



# Historia física y política de Chile

Historia I

Claudio Gay



BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN  
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE  
BIBLIOTECA NACIONAL

# BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

INICIATIVA DE LA CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN,  
JUNTO CON LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE  
Y LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

COMISIÓN DIRECTIVA  
GUSTAVO VICUÑA SALAS (PRESIDENTE)  
AUGUSTO BRUNA  
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI  
JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ LEIVA  
MANUEL RAVEST MORA  
RAFAEL SAGREDO BAEZA (SECRETARIO)

COMITÉ EDITORIAL  
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI  
NICOLÁS CRUZ BARROS  
FERNANDO JABALQUINTO  
RAFAEL SAGREDO BAEZA  
ANA TIRONI

EDITOR GENERAL  
RAFAEL SAGREDO BAEZA

EDITOR  
MARCELO ROJAS VÁSQUEZ

CORRECCIÓN DE ORIGINALES Y DE PRUEBAS  
ANA MARÍA CRUZ VALDIVIESO  
PAJ

BIBLIOTECA DIGITAL  
IGNACIO MUÑOZ DELAUNOY  
I.M.D. CONSULTORES Y ASESORES LIMITADA  
GESTIÓN ADMINISTRATIVA  
MÓNICA TITZE

DISEÑO DE PORTADA  
PEZESPINA

PRODUCCIÓN EDITORIAL A CARGO  
DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA  
DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

## PRESENTACIÓN

La *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* reúne las obras de científicos, técnicos, profesionales e intelectuales que con sus trabajos imaginaron, crearon y mostraron Chile, llamaron la atención sobre el valor de alguna región o recurso natural, analizaron un problema socioeconómico, político o cultural, o plantearon soluciones para los desafíos que ha debido enfrentar el país a lo largo de su historia. Se trata de una iniciativa destinada a promover la cultura científica y tecnológica, la educación multidisciplinaria y la formación de la ciudadanía, todos requisitos básicos para el desarrollo económico y social.

Por medio de los textos reunidos en esta biblioteca, y gracias al conocimiento de sus autores y de las circunstancias en que escribieron sus obras, las generaciones actuales y futuras podrán apreciar el papel de la ciencia en la evolución nacional, la trascendencia de la técnica en la construcción material del país y la importancia del espíritu innovador, la iniciativa privada, el servicio público, el esfuerzo y el trabajo en la tarea de mejorar las condiciones de vida de la sociedad.

El conocimiento de la trayectoria de las personalidades que reúne esta colección, ampliará el rango de los modelos sociales tradicionales al valorar también el quehacer de los científicos, los técnicos, los profesionales y los intelectuales, indispensable en un país que busca alcanzar la categoría de desarrollado.

Sustentada en el afán realizador de la Cámara Chilena de la Construcción, en la rigurosidad académica de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y en la trayectoria de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos en la preservación del patrimonio cultural de la nación, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* aspira a convertirse en un estímulo para el desarrollo nacional al fomentar el espíritu emprendedor, la responsabilidad social y la importancia del trabajo sistemático. Todos, valores reflejados en las vidas de los hombres y mujeres que con sus escritos forman parte de ella.

Además de la versión impresa de las obras, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* cuenta con una edición digital y diversos instrumentos, como *softwares* educativos, videos y una página web, que estimulará la consulta y lectura de los títulos, la hará accesible desde cualquier lugar del mundo y mostrará todo su potencial como material educativo.

COMISIÓN DIRECTIVA - COMITÉ EDITORIAL  
BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

GAY, CLAUDIO, 1800-1873.

HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE: SEGÚN DOCUMENTOS ADQUIRIDOS EN ESTA REPÚBLICA DURANTE DOCE AÑOS DE RESIDENCIA EN ELLA / CLAUDIO GAY. -- PARÍS: MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO, [184-] 30 v. ; 24,5 cm.

v. 1-8. HISTORIA DE CHILE – v. 9-10. DOCUMENTOS SOBRE LA HISTORIA, LA ESTADÍSTICA Y LA GEOGRAFÍA – v. 11-18. BOTÁNICA -- v. 19-26. ZOOLOGÍA – v. 27-28 AGRICULTURA – v. 29-30 ATLAS.

BOTÁNICA-CHILE – ZOOLOGÍA-CHILE – AGRICULTURA-CHILE-HISTORIA – CHILE-GEOGRAFÍA HISTÓRICA-MAPAS

© CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN, 2007  
MARCHANT PEREIRA 10  
SANTIAGO DE CHILE

© PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE, 2007  
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 390  
SANTIAGO DE CHILE

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 2007  
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 651  
SANTIAGO DE CHILE

REGISTRO PROPIEDAD INTELECTUAL  
INSCRIPCIÓN Nº 168.204  
(OBRA COMPLETA)  
SANTIAGO DE CHILE

ISBN 978-956-8306-08-3 (OBRA COMPLETA)  
ISBN 978-956-8306-09-0 (TOMO PRIMERO)

IMAGEN DE LA PORTADA  
ESPADA, SIGLO XVII. MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

DERECHOS RESERVADOS PARA LA PRESENTE EDICIÓN

CUALQUIER PARTE DE ESTE LIBRO PUEDE SER REPRODUCIDA  
CON FINES CULTURALES O EDUCATIVOS, SIEMPRE QUE SE CITE  
DE MANERA PRECISA ESTA EDICIÓN.

Texto compuesto en tipografía *Berthold Baskerville 10/12,5*

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA EDICIÓN, DE 1.000 EJEMPLARES,  
DEL TOMO I DE LA *BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE*,  
EN VERSIÓN PRODUCCIONES GRÁFICAS LTDA., EN DICIEMBRE DE 2007

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

CLAUDIO GAY

HISTORIA  
FÍSICA Y POLÍTICA  
DE CHILE

TOMO PRIMERO

HISTORIA



SANTIAGO DE CHILE  
2007



CLAUDIO GAY.

DE LA HISTORIA NATURAL  
A LA HISTORIA NACIONAL.  
*LA HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA*  
DE CLAUDIO GAY Y LA NACIÓN CHILENA

*Rafael Sagredo Baeza*

INTRODUCCIÓN

En los inicios de la república, cuando todo estaba por hacerse, ¿en qué consistía el Chile de entonces?, ¿cómo era el territorio bajo la jurisdicción del nuevo Estado?, ¿cuáles las características físicas, económicas, culturales y sociales del conjunto bajo su soberanía?, ¿cuál la noción existente acerca del número y distribución espacial de sus habitantes?, ¿cuáles sus principales recursos económicos? A éstas, y muchas otras interrogantes, buscaba dar respuestas el gobierno chileno cuando en 1830 decidió la contratación de Claudio Gay. Afortunadamente para Chile, el naturalista no sólo cumplió con creces la tarea que se le encomendó, además, con los conocimientos que generó sobre la historia, el territorio y el mundo natural y cultural del país, contribuyó decididamente al proceso de organización republicana, al ejercicio de la soberanía estatal y a la consolidación de la nación.

La tarea científica desplegada por el naturalista en Chile permite apreciar desde un ángulo inédito el proceso de construcción de la nación y de organización republicana. Gay orientó parte importante de su quehacer como hombre de ciencia a generar un sentimiento de nacionalidad gracias al conocimiento de la realidad natural y cultural del Chile que nacía a la vida republicana. Además de proporcionar instrumentos para el gobierno del país gracias a sus informes científicos y representaciones cartográficas.

El cuadro del sabio, que desde 1846 engalana el Museo Nacional de Historia Natural, representa muy bien los principales temas que ocuparon al científico. En él Gay aparece sentado junto a una mesa en que se aprecian un mapa de Chile, un vegetal monocotiledón en la forma de una flor con su tallo, su microscopio y papeles; sobre ellos, la mano izquierda del científico sosteniendo su lupa. En la derecha, el naturalista tiene una pluma.



Claudio Gay (1800-1873), óleo sobre tela de Alexandre Laemlein, 1845. Museo Nacional de Historia Natural. El pintor hace resaltar en su retrato al hombre de ciencia, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo fue capaz de aportar al conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría.

Es el sabio en su gabinete, revestido del prestigio que le otorga su saber y de la dignidad y respetabilidad que le proporcionan una vida consagrada al trabajo científico, en su caso, sobre Chile.

Qué duda cabe que los objetos con los que se retrata a Gay pretenden mostrar, cuando no simbolizar, sus preocupaciones, quehaceres y honores. Ahí están la pluma con la que entonces componía su monumental obra sobre Chile. La flor que muestra su condición de botánico y la lupa -pudieron ser sus instrumentos de física, su barómetro o su rosa de los vientos- que ilustra su calidad de científico. Los papeles bajo su mano muestran su contracción al estudio, cualidad propia de todo hombre de ciencia. Pero también está la cinta de seda roja en el ojal izquierdo de su pecho. Ella representa la Legión de Honor, en el grado de caballero, con que había sido distinguido por sus servicios eminentes a Francia en el ámbito de la historia natural.

Creemos que con la sobria y elegante levita oscura con que el artista retrata a Claudio Gay no sólo muestra al hombre de facciones acentuadas y rostro inmutable; o al científico, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo, fue capaz de aportar al conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría. También al naciente Estado, a la nación chilena cuyas aspiraciones y valores republicanos vio encarnadas en Claudio Gay de forma tan evidente como para materializarlas en una obra de arte que presidiera una de las instituciones esenciales de la cultura nacional, como lo es el Museo Nacional de Historia Natural, que el propio sabio fundó.

El pintor hace resaltar en este retrato al hombre de ciencia, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo fue capaz de aportar a la formación de la nación a través del conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría. Que no fue otro el objetivo que tuvo el quehacer científico de Claudio Gay en Chile.

Trabajos de naturalistas como los de Claudio Gay en Chile, Agustín Codazzi sobre Nueva Granada, Alcide d'Orbigny respecto de Bolivia, o la de Antonio Raimondi en relación al Perú, permiten apreciar el papel determinante que éstos tuvieron en el reconocimiento científico de los países que exploraron, pero también en la conformación de nacionalidades, el desarrollo de identidades regionales, la integración de pueblos y sociedades o, esencial, en la identificación de un destino, futuro, común. Ahora como estados nacionales.

Estas obras, concebidas originalmente como historias naturales, debido a las necesidades de las autoridades republicanas terminaron transformándose también en historias nacionales, en las que la narración del pasado acompañó y complementó las descripciones científicas y las representaciones cartográficas. Entre los ejemplos que se pueden citar, el quehacer y la obra de Claudio Gay constituye uno de los más ilustrativos, tanto por su gestación y preparación, como por su culminación, la *Historia física y política de Chile*, la primera narración histórica del pasado chileno elaborada en el periodo republicano.

## UN CIENTÍFICO EN CHILE

Según sus principales biógrafos, el arribo de Claudio Gay al país en los primeros días de diciembre de 1828 fue consecuencia de su contratación como profesor del Colegio de Santiago, cuyas actividades docentes se iniciarían en marzo de 1829. El naturalista, que lograría fama gracias a sus investigaciones sobre Chile, había nacido en marzo de 1800 en Draguignan, departamento del Var, en la Provenza, en medio de una familia de pequeños propietarios agrícolas<sup>1</sup>.

Consta que desde su infancia, Gay demostró una inclinación por el estudio de las ciencias naturales, que se manifestó en lecturas sobre botánica elemental y en herborizaciones, así como en periódicas excursiones alrededor de su pueblo natal. En ellas, que con el paso de los años se fueron ampliando a prácticamente todo el departamento del Var y a parte de los Bajos Alpes, el joven se preocupaba de recolectar material botánico y zoológico y de averiguar sobre la mineralogía y la geología de los sitios visitados. En el diario que se atribuye, Gay evoca esta época: “a penas me sentí capaz de identificar unas cuantas plantas, mi pasión por la botánica me empujó a atravesar los límites severos de las montañas de los Alpes, del Delfinado, de Saboya y de parte de Suiza. En esos lugares reuní una colección de plantas que unidas a las que me regalaron otros botánicos, aumentaron considerablemente mi herbario”<sup>2</sup>.

Completada su primera educación, alrededor de 1820, Gay arribó a París para seguir estudios superiores de medicina y farmacia. Sin embargo, su curiosidad por el cultivo de las ciencias pudo más que la práctica profesional y comenzó a concurrir a los cursos públicos de ciencias naturales del Museo de Historia Natural y de la Sorbonne<sup>3</sup>. En aquellos años, aprovechaba sus vacaciones para emprender excursiones destinadas a herborizar fuera de Francia, o para cumplir comisiones encargadas por el Museo. Recorrió Suiza, una parte de los Alpes, el norte de Italia, una porción de Grecia, algunas islas del Mediterráneo y el norte de Asia Menor. Durante sus años en París, entre 1821 y 1828, además de la botánica y la entomología, sus aficiones preferidas, Gay también se adentró, como autodidacta, en el estudio de la física y la química, para más tarde seguir cursos de geología y de anatomía comparada. De esta manera adquirió vastos conocimientos y también se inició en la investigación científica al lado de eminentes maestros de los Jardines del Rey y de la Escuela de Minas. Sus conceptos a propósito de su paso por el Jardín Botánico y Museo de Historia Natural de París son elocuentes: “Las abundante colecciones de objetos de ciencia natural, el alto nivel científico de los cursos que allí se realizaban, el interés de los profesores por facilitar mis estudios, todo ello

---

<sup>1</sup> Carlos Stuardo Ortiz es quien más acabadamente ha investigado acerca de la vida del científico. En su obra póstuma *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, se reproducen numerosos escritos de Gay, o concernientes a su labor en Chile, así como diversos textos relativos a su persona.

<sup>2</sup> Véase Claudio Gay, *Diario de su primer viaje a Chile en 1828*, p. 88.

<sup>3</sup> En su diario escribiría: “El estudio de la medicina me pareció el más seductor y el que estaba más de acuerdo con mis gustos. Desgraciadamente mi pasión cada vez mayor por la historia natural me hizo abandonarlo y eso es algo que lamentaré toda mi vida”. En Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 90.



Alexander von Humboldt (1769-1859), el sabio prusiano, autor de numerosas obras sobre América, representó el principal modelo para los naturalistas que como Claudio Gay arribaron a América luego de la Independencia. En David Yudilevich L. (ed.), *Mi viaje por el camino del inca (1801-1802)*, antología.

contribuyó poderosamente a hacerme amar una ciencia a la que ya me había dedicado por mi cuenta, estudiándola con mi propio esfuerzo”<sup>4</sup>.

Como acertadamente hace notar Stuardo Ortiz, Gay se vio favorecido por el ambiente científico existente en París en las primeras décadas del siglo XIX. Entonces diversas instituciones, como la Sociedad Philomatica, la Sociedad Linneana, el Museo de Historia Natural y la Facultad de Ciencias de la Universidad de París, tenían como objetivo esencial promover el desarrollo de las ciencias naturales.

Junto con beneficiarse de las actividades que en ellas se realizaban, Claudio Gay recibió la influencia de grandes investigadores y maestros como Alexandre Brongniart en Mineralogía, Pierre-Louis-Antoine Cordier en Geología, André-Marie-Constant Duméril en herpetología, Georges Cuvier en Anatomía Comparada, René-Louiche Desfontaines y Adrien de Jussieu en Botánica, Pierre-André Latreille en Entomología, André Laugier o Louis-Nicolás Vauquelin en Química y Joseph-Louis Gay-Lussac en Física, entre otros.

Los detalles del origen de la preocupación de Gay por nuestro país, y de su venida a Chile, permanecen todavía inciertos en muchos aspectos, aunque se sabe que su arribo fue consecuencia directa de haber aceptado la oferta del periodista y aventurero Pedro Chapuis, que en 1828 organizaba en París un grupo de pro-

---

<sup>4</sup> Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 89.

fesores para establecer un colegio en Santiago, y que, según Gay, contaba con el patrocinio del gobierno chileno<sup>5</sup>.

Los testimonios aparecidos en la prensa nacional a propósito de la llegada de Chapuis y demás profesores sólo aluden al arribo de una “sociedad de profesores de ciencias” que vienen “con el objeto de fundar un nuevo establecimiento de educación”, sin dar mayores noticias de las motivaciones cada uno de los “socios”, aunque sí de sus aptitudes. Sobre Gay, en el aviso que Pedro Chapuis publicó para dar a conocer su iniciativa, se lee: “doctor en ciencias. Miembro de varias sociedades, corresponsal del Museo y profesor de física, química e historia natural”<sup>6</sup>.

En el diario que presumiblemente comenzó al momento de iniciar su viaje a Chile, Gay alude a sus intentos frustrados por pasar a América, hasta que le avisaron “que se estaba formando en París una sociedad de personas con la intención de fundar una Universidad en Santiago de Chile, bajo la protección especial del gobierno francés y del chileno”; entonces, declara, “el placer unido al interés de descubrir un país aun no conocido por los naturalistas, me hizo aceptar sin ninguna vacilación la proposición que me hicieron de nombrarme profesor de química y de física”<sup>7</sup>.

Años después, y al comienzo de su monumental obra, el naturalista afirmó que fueron sus maestros en París quienes le habían señalado la república de Chile como la más a propósito para satisfacer las exigencias de una desmedida curiosidad que lo impulsaba a investigar las producciones de algún remoto clima que no pareciera muy andado; consejo que siguió, comenzando desde entonces a tomar nota de lo muy poco que se había dicho de la historia y de la geografía de esta parte de América. Más tarde escribiría, en el prólogo del tomo I de la *Historia Física y Política de Chile*, que había sido en medio de esa situación que “una circunstancia imprevista se adelantó a mis deseos llevándome a las afortunadas costas de ultramar mucho antes de lo que yo presumiera”<sup>8</sup>.

Además de sus motivaciones particulares, es preciso tener presente que en el ambiente científico y oficial del París de la década de 1820, “entre los diversos países que sería importante explorar en interés de la historia natural, el Perú y Chile pueden ser colocados en primera fila, en todo sentido”, pues se afirmaba, “la parte de América meridional que ocupan estas dos vastas regiones no ha sido visitada

---

<sup>5</sup> En su diario el naturalista relata que en un encuentro con Chapuis en París, éste “me hizo ver un discurso del presidente Pinto en que solicita profesores de anatomía y de química para una escuela de medicina”. Véase Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 103.

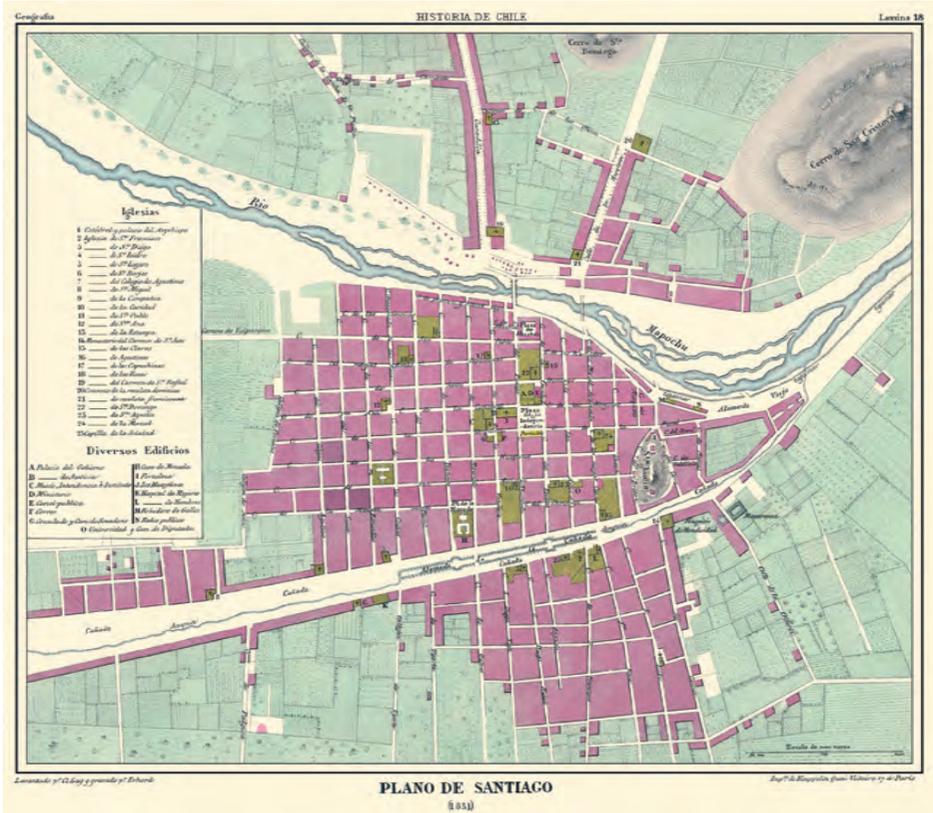
<sup>6</sup> Véanse *La Clave de Chile* del 11 de diciembre de 1828 y del 17 de febrero de 1829, y la *Gaceta de Chile* del 31 de diciembre de 1828.

<sup>7</sup> Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 91.

<sup>8</sup> En su manuscrito sobre los araucanos, todavía inédito, Claudio Gay relaciona su arribo a Chile con la política francesa respecto de Latinoamérica, ahí escribió: “En esa época las repúblicas americanas habían sido más o menos reconocidas por las potencias europeas. Francia era una de las más atrasadas en ese justo deber... por ese mismo motivo decidió crear en Santiago un colegio universitario compuesto únicamente por profesores franceses. Habiendo sido designado para la clase de física y química me encontraba en condiciones de realizar mi pasión por los viajes...”. Agradecemos a Luis Mizón el darnos a conocer este texto, así como su traducción. Como se advertirá, la versión del naturalista difiere bastante de la ofrecida por todos los estudiosos de su vida y obra.

aún sino por un número muy pequeño de viajeros, y sus exploraciones, por lo demás azas incompletas, se remontan ya a una época muy alejada<sup>9</sup>.

Para comprender cabalmente la presencia de Claudio Gay en Chile es necesario atender el interés galo por explorar América meridional, que en su caso sin embargo no se materializó en ningún apoyo oficial, aunque si en el estímulo de sus profesores y de la Academia francesa; pero también a las urgencias y necesidades del naciente Estado chileno, cuyos dirigentes, aun antes de la independencia, y con mayor razón después, venían insistiendo en la necesidad de crear instituciones de enseñanza y de fomentar el reconocimiento geográfico del territorio. Aunque no está acreditado el apoyo oficial al colegio para el cual había sido contratado Gay, lo cierto es que el Estado chileno, y sus autoridades, frecuentemente aludían, y seguirían mencionando, la urgencia de contar con nuevas instituciones educativas; interés que seguramente personajes como Chapuis buscaron aprovechar.



La inclusión del plano de Santiago en su *Atlas de la historia física y política de Chile*, muestra que Gay apreció la situación preeminente de la capital en el país.

<sup>9</sup> Carta de la Administración del Museo de Historia Natural de París al ministro del Interior, fechada el 25 de noviembre de 1825, y generada por la expectativa de que el naturalista Alcide d'Orbigny se dirigiera a América en misión científica. Citada por Pascal Riviale en su obra *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*, p. 34.

Contratado como profesor de física, química e historia natural, Gay vio en su viaje a Chile, más que el inicio de una carrera destinada a la docencia, la posibilidad cierta de dedicarse a la investigación en un país casi total y absolutamente desconocido para los hombres de ciencia europeos. Además, veía en él la materialización de sus aspiraciones pues, había escrito en su diario, “desde que me consagré al estudio de las ciencias naturales, que son verdaderamente sublimes, nació en mí el deseo de viajar, que al parecer forma parte de ellas”<sup>10</sup>.

Instalado en Santiago, Claudio Gay, junto con atender sus clases en el Colegio de Santiago, se dio tiempo para recorrer diversos sitios y recolectar material científico, llegando a formar en corto lapso colecciones de plantas, de animales y de rocas.

Más entusiasmado con sus excursiones que con sus clases, a la vez que revelando los motivos que lo habían traído a Chile, el propio Gay escribía a Alexandre Brongniart el 9 de diciembre de 1829 que a pesar de que “no disponía más que de un día a la semana en provecho de las ciencias” y que, sobre todo al comienzo de su estadía, no le era posible más que “visitar solamente los alrededores de Santiago o realizar un viaje rápido a la orilla del mar o a la cordillera”, ya había realizado “una buena serie de observaciones que bastarán para dar a conocer estas comarcas tan poco visitadas por los naturalistas”<sup>11</sup>.

El celo y la pasión que Gay mostraba por la historia natural, expresada en su infatigable actividad y dedicación al estudio, no sólo llamaron la atención de los pocos sujetos con interés por las ciencias naturales existentes en Santiago. También llegó a conocimiento de las autoridades, en las cuales rondaba la idea de estudiar científicamente el país, una antigua aspiración que no había podido materializarse por falta de una persona idónea para acometer la empresa<sup>12</sup>. En el Chile de la organización republicana, donde todo estaba por hacerse, y en medio de las tribulaciones políticas y la pobreza del erario, hubo gobernantes que tuvieron plena conciencia de la necesidad de conocer cabal y científicamente el territorio y la realidad nacional. Entonces, ni siquiera existían mapas medianamente aceptables; poco se sabía de la situación exacta de las ciudades y puntos geográficos de importancia; nadie había estudiado sistemáticamente las especies naturales; y, menos aún, preocupado de las características geológicas o de precisar adecuadamente las condiciones climáticas de los ambientes en que comenzaba a desenvolverse la república<sup>13</sup>.

<sup>10</sup> Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 88.

<sup>11</sup> Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, p. 2.

<sup>12</sup> Guillermo Feliú Cruz en su ensayo crítico “Claudio Gay, historiador de Chile”, señala que el botánico Vicente Bustillos, el canónigo de la catedral José Alejo Bezanilla, el conservador de la Biblioteca Nacional Francisco García Huidobro y el médico francés Carlos Bouston, fueron los primeros amigos del científico en Chile, y quienes advirtieron al gobierno de su presencia y de la posibilidad de confiarle el estudio de la naturaleza del territorio nacional.

<sup>13</sup> La preocupación de los gobiernos por conocer la geografía nacional, y con ellas las riquezas del territorio, se había hecho presente ya en 1823. Entonces se contrató al aventurero Juan José Dauxion de Lavaysse para que realizara un estudio científico del país. El mismo año, otro decreto comisionó al ingeniero militar José Alberto Backler D’Albe y al ingeniero geógrafo Ambrosio Lozier para que levantaran la carta corográfica y geodésica de Chile. Como se sabe, ambas empresas fracasaron y no

Alentado por sus cercanos, en julio de 1830 Gay redactó una presentación dirigida al Vicepresidente de la República a través de la cual ofrecía sus servicios para trabajar en la preparación de una historia natural, general y particular de Chile; una geografía física y descriptiva del país; una geología que haría conocer la composición de todos los terrenos, la estructura de las rocas y la dirección de las minas; y una estadística completa de las actividades productivas y de la población. Además de los trabajos nombrados, el científico se comprometía a formar un gabinete de historia natural que contuviera la mayor parte de las producciones de la república, con sus nombres vulgares y científicos, así como una colección, tan completa como fuera posible, de todas las piedras y minerales que pudiera recolectar; analizar químicamente todas las aguas minerales que encontrara; a elaborar cuadros estadísticos de todas las provincias; hacer un catálogo de todas las minas; preparar planos de las principales ciudades y ríos, así como de todas las haciendas que pudiera visitar; y, finalmente, si el gobierno así lo quería, instruir a dos alumnos en todas las ciencias sobre las que él se ocupaba. Es decir, Gay se obligaba a una tarea monumental, la cual le llevaría casi toda la vida.

A cambio de sus trabajos, los cuales, declaraba, sólo podrían ser publicados en Europa, el naturalista solicitaba auxilio para continuar sus investigaciones y el auspicio del gobierno para las obras que proponía. Se mostraba dispuesto a que se nombrase una comisión que inspeccionara lo realizado por él hasta entonces y los trabajos que en adelante emprendería, así como también a demostrar los medios que poseía para llevar adelante sus estudios. A este último respecto, y para avalar su petición, Gay hacía saber al gobernante que las ciencias naturales habían sido objeto de sus preocupaciones desde temprana edad y que había elegido a Chile como escenario de sus investigaciones con el único fin de satisfacer su interés científico,

“y el deseo que tengo de hacerme útil dando a conocer a la nación chilena, las producciones de su industria y de su territorio, y poniendo a la vista de las otras un país muy poco conocido, pero sin embargo muy digno de serlo por su feliz posición, por la riqueza de la tierra y por los extraordinarios productos de su agricultura”<sup>14</sup>.

Un elemento decisivo en la determinación que el gobierno tomó, finalmente, fue el trabajo ya adelantado por Gay en el país, que demostraba su capacidad de naturalista. Como el propio científico lo hacía notar, y quienes lo auspiciaban sabían,

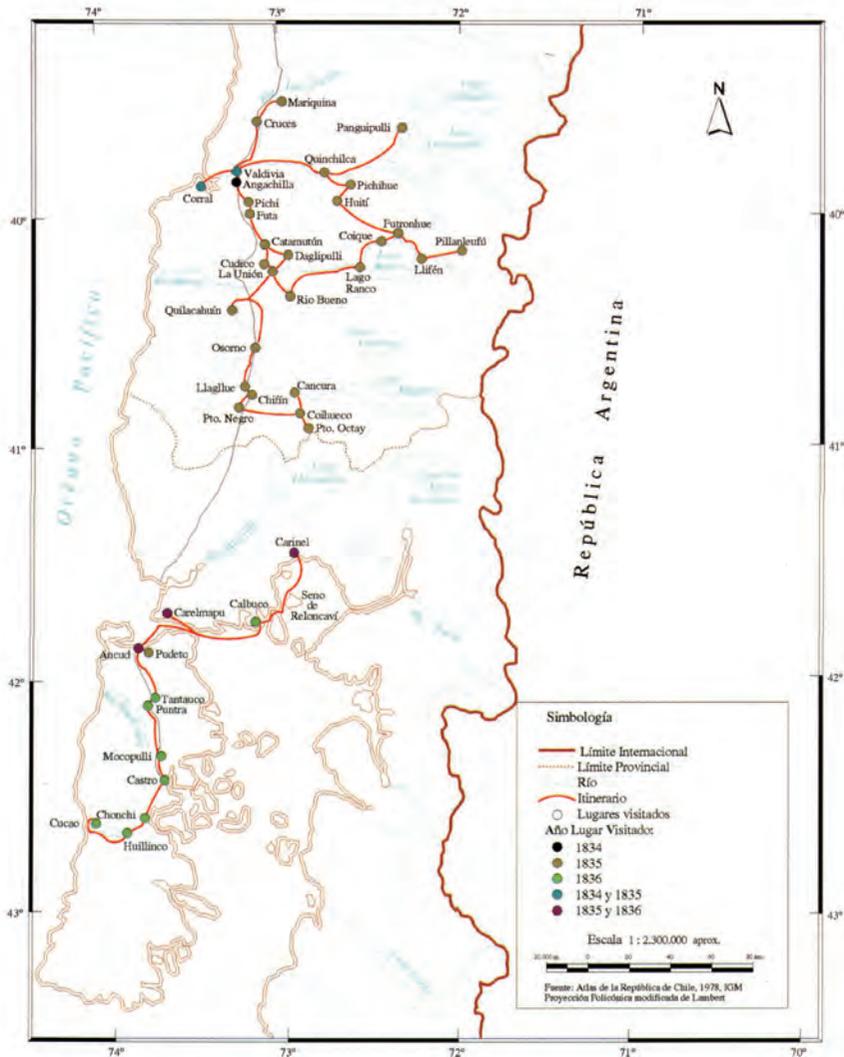
---

pasaron de ser simples ensayos. Barros Arana, en su trabajo *Don Claudio Gay; su vida y sus obras*, ofrece un completo panorama de los esfuerzos del Estado “por hacer estudiar y por dar a conocer la geografía de nuestro país y las producciones de su suelo”.

Los afanes republicanos por conocer los territorios sobre los que comenzaban a ejercer soberanía están estrechamente relacionados y son una herencia del espíritu ilustrado que, a lo largo del siglo XVIII, había llevado a las potencias europeas a organizar, financiar y promover expediciones científicas a suelos y costas americanas, entre otras razones, para obtener ventajas económicas de ellos. Al respecto véase la obra de que somos coautores con José Ignacio González, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*.

<sup>14</sup> El texto a través del cual Gay ofreció sus servicios al gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio..., op. cit.*, t. II, pp. 87-90.

## Expedición Científica de Claudio Gay Provincias de Valdivia - Chiloé



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

en el lapso de un año había podido investigar acerca de la historia natural y la geología de los alrededores de Santiago; describir y pintar la mayor parte de los objetos relacionados con ellas; preparar un plano de la ciudad capital y cartas geográficas del territorio; analizar las aguas minerales de Apoquindo; recopilar estadísticas del país en casi todas las administraciones y, por último, recorrer parte del litoral central y de la cordillera frente a Santiago. De este modo, escribió en su ofrecimiento, no tenía más trabajos en la capital y se encontraba listo para emprender investigaciones en la provincia, las cuales estaban postergadas por falta de recursos.

En pago de sus servicios, Gay no pidió al gobierno ni grandes salarios, ni demasiados favores, “sino sólo su protección cerca de las autoridades provinciales y los gastos indispensables de los viajes que mis investigaciones me obligan a hacer”. Como garantía de los recursos que se le entregarían, ofrecía “depositar en el lugar que se sirva designarme, una parte de mis colecciones, y a más mi biblioteca compuesta de cerca de cuatrocientos volúmenes, obras científicas y escogidas”, todos los cuales quedarían en poder de la Biblioteca Nacional si no cumplía con las obligaciones contraídas.

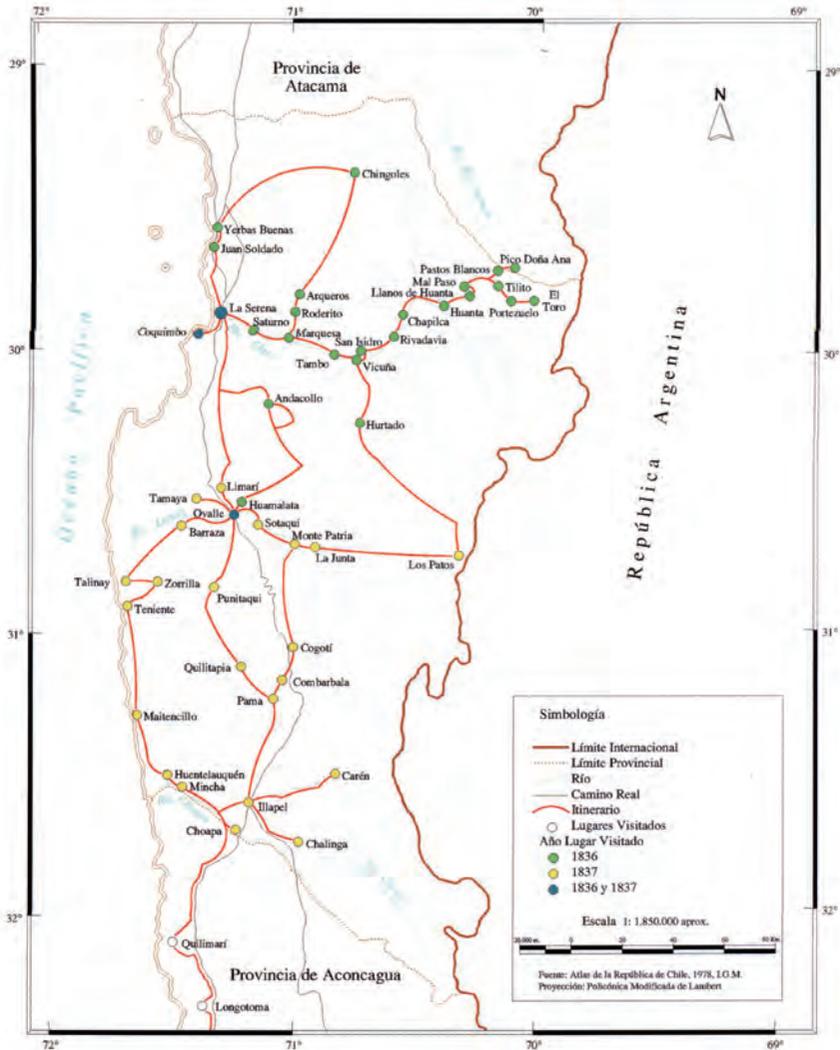
Atendidos los antecedentes, no debe extrañar que en septiembre de 1830 se autorizara al ministro del Interior, Diego Portales, para suscribir un contrato con Gay en virtud del cual quedaría sellado el viaje científico por el territorio. Como justificaciones se esgrimían, tanto la importancia de la iniciativa, como las cualidades de Gay para verificarlo con ventaja para el país. Además, y recogiendo la proposición del francés, el ministro había conformado el 31 de julio de 1830 una comisión científica destinada a verificar la calidad de sus trabajos. Ésta emitió un informe favorable con fecha 13 de agosto del mismo año en que se afirmaba que “todo hace esperar ventajas del viaje proyectado”.

De acuerdo con el contrato firmado el 14 de septiembre de 1830, Gay quedó obligado a hacer un viaje científico por todo el territorio de la república, en el término de tres años y medio, con el objeto de investigar la historia natural de Chile, su geografía, geología, estadística y todo aquello que contribuyera a dar a conocer los productos naturales del país, su industria, comercio y administración. Además, al cuarto año, debía presentar un bosquejo de las siguientes obras: una historia natural general de la república que contuviera la descripción de casi todos los animales, vegetales y minerales, acompañados de láminas coloreadas proporcionadas a los objetos que describa; una geografía física y descriptiva de Chile, con observaciones sobre el clima y temperatura de cada provincia, y adornada con cartas geográficas de cada una, y con láminas y planos de las principales ciudades, puertos y ríos; un tratado de geología relativo a Chile; y una estadística general y particular de la república, ordenada por provincias. También se comprometía a formar un gabinete de historia natural con las principales producciones vegetales y minerales del territorio y un catálogo de todas las aguas minerales existentes en el país, con sus respectivos análisis químicos<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> El texto del contrato entre Gay y el gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, op. cit., t. II, pp. 91-93.

## Expedición Científica de Claudio Gay Provincia de Coquimbo



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

Considerando que uno de los propósitos del Estado chileno al confiar a Gay la comisión que éste se comprometía a realizar era la de “dar a conocer las riquezas del territorio de la república, para estimular la industria de sus habitantes y atraer la de los extranjeros”, el científico se comprometió también a publicar su obra tres años después de concluida su labor.

Gay recibiría ciento veinticinco pesos mensuales durante los próximos cuatro años; los instrumentos para sus observaciones geográficas; un premio de tres mil pesos, si cumplía con lo prometido; y la promesa de la autoridad de hacer llegar a los intendentes de las provincias, a los gobernadores de los pueblos y a los jueces territoriales, una circular para que facilitasen todas las noticias que requiriese para el puntual desempeño de su trabajo<sup>16</sup>.

#### LA EXPLORACIÓN DEL TERRITORIO

Concluidos los trámites administrativos y los preparativos indispensables para emprender el viaje científico, Gay se dispuso a acometer la exploración del territorio nacional, empresa que inició por la provincia de Colchagua en diciembre de 1830. Instalado en San Fernando, durante meses realizó cuatro salidas por la jurisdicción provincial que lo llevaron a reconocer la laguna de Tagua-Tagua y sus alrededores, la cordillera de la zona a través del curso del Cachapoal y el de su afluente el río Cipreses, el volcán Tinguiririca y, por último, la costa colchaguina siguiendo el curso de los ríos Tinguiririca y Rapel hasta el Pacífico. Luego de una breve estadía en Santiago destinada a ordenar el material recolectado, a comienzos de julio de 1831, Gay emprendió viaje al norte, en un recorrido que lo llevó por Colina, Polpaico, Til-Til y la cuesta de la Dormida hasta Puchuncaví.

---

<sup>16</sup> No sobra señalar que las diligencias destinadas a contratar a Claudio Gay se realizaron casi exactamente después de la visita a Chile del naturalista Alcide d’Orbigny. Éste había sido enviado por el Museo de Historia Natural de París para realizar una misión científica que, prolongándose entre 1826 y 1833, lo llevó a explorar Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia y Perú.

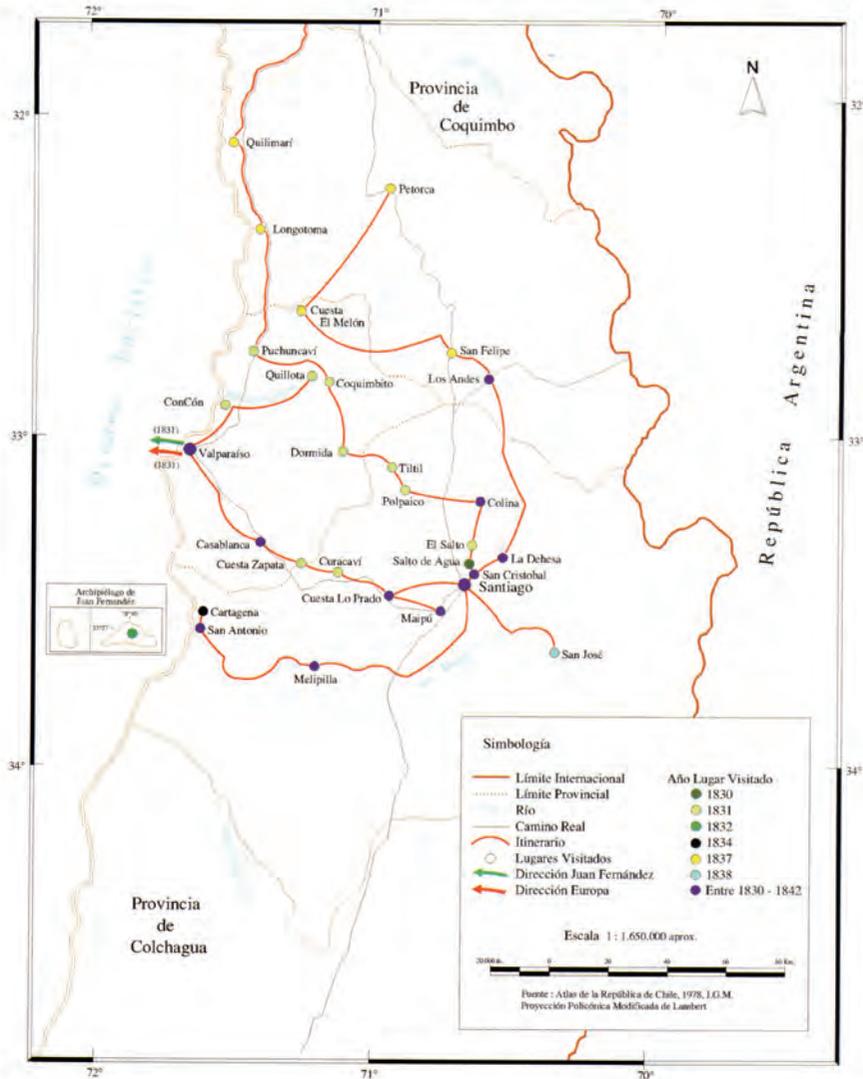
El autor de *Viaje a la América meridional*, arribó a Valparaíso el 16 de febrero de 1830, puerto del que salió el 8 de abril luego de visitar también Santiago. En la capital del país permaneció sólo ocho días, en los cuales no sólo recorrió sus alrededores y conoció diversas personas, también, realizó una ascensión a los Andes en compañía de Claudio Gay.

Fue al momento de salir de Chile que d’Orbigny recibió, a través del cónsul francés en el puerto, la carta del general Santa Cruz, entonces Presidente de Bolivia, invitándolo a investigar las riquezas naturales del país del altiplano, adelantándole que le conseguiría, como efectivamente ocurrió, todas las facilidades deseables para sus exploraciones y estudios.

En su monumental obra, publicada entre 1835 y 1847 en nueve tomos y 11 volúmenes, d’Orbigny refiere que su corta estadía en Chile no le permitió “generalizar mis observaciones, lo que me obliga a pasar por alto lo que podría decir de Chile”, agregando todavía: “por lo demás, no quiero usurpar el derecho que una larga permanencia en la República de Chile da al señor Gay para describirla”.

Según relata Claudio Gay en su diario, conoció a D’Orbigny en septiembre de 1828, en su viaje hacia Chile. Ahí escribe que “durante los ocho días que me quedé en Buenos Aires no dejé un solo día de ir a verlo y de discutir con él ciertos puntos de historia natural”. Véase Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 126.

## Expedición Científica de Claudio Gay Provincias de Aconcagua - Valparaíso - Santiago



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

En diciembre de 1831, y a la espera de poder abordar un barco para Europa, a donde se dirigía para comprar instrumentos y libros adecuados para su trabajo, Gay exploró los sitios cercanos a Valparaíso y realizó un viaje al archipiélago de Juan Fernández, que se extendió hasta mediados de febrero, zarpando hacia Francia el 14 de marzo de 1832.

De esta época datan algunos testimonios de Diego Portales sobre Gay que no sólo muestran su preocupación por el quehacer del científico y su carácter irreverente, también las iniciativas y actividades del naturalista y la impresión que causaba entre la población. El 21 de diciembre de 1831 Portales escribe a su amigo Antonio Garfías que Gay está en Valparaíso imposibilitado de salir para Francia por falta de buque, y que quiere visitar las islas de Juan Fernández aprovechando el próximo viaje de la *Colo-Colo*. Entonces le pide que le comunique al Ministro del Interior que “si no hay algún motivo que demore el viaje, sería bueno y conveniente que pasase a botar al tal mr. como cosa pérdida en aquellas playas”. El 19 de enero relata que “el dueño de la posada donde reside Gay, ya está loco, porque todo el día hay en ella un cardumen de muchachos y hombres que andan en busca de mr. Gay”; pues “siempre que sale a la calle, los muchachos le andan gritando mostrándole alguna cosa: señor esto es nuevo, nunca visto, usted no lo conoce; y anda más contento con algunas adquisiciones que ha hecho, que lo que usted podría con \$100.000 y platónicamente querido de todas las señoritas de Santiago”<sup>17</sup>.

En París Gay fue recibido entusiastamente por sus maestros, con los cuales mantenía contacto epistolar, y frente a quienes, ahora personalmente, desplegó el fruto de su trabajo científico en Chile. En esa ocasión obsequió al Museo de Historia Natural parisino minerales, fósiles, semillas y colecciones de especies recolectadas en Chile, también algunos de los dibujos y pinturas que había realizado hasta entonces. El reconocimiento por su labor fue inmediato y se materializó, entre otras medidas, en que el gobierno francés lo distinguió con la cruz de la Legión de Honor.

En Europa, adquirió numerosos instrumentos para sus observaciones, los más modernos existentes en la época. Agujas para medir la declinación magnética, imanes, agujas para levantar planos, instrumentos para calcular la latitud, cronómetros, microscopios, telescopios, barómetros, termómetros, higrómetros, eudiómetros, areómetros, un aparato para observar la electricidad atmosférica y hasta una cámara oscura, probablemente una de las primeras que llegó al país, fueron algunos de los aparatos adquiridos por encargo del Estado chileno.

Pero el sabio no sólo volvió con todo lo necesario para sus investigaciones, también con una esposa pues se había casado con Hermance Sougniez. Su matri-

---

<sup>17</sup> Véase *Epistolario Diego Portales*, t. I., pp. 148 y 174. Esta fuera de duda la valoración que Portales hizo de Gay, incluso pensó aprovechar sus conocimientos para fines personales. Así se lo hace saber a su amigo Garfías cuando el 4 de julio de 1834 le escribe sobre un posible viaje con el científico: “yo tengo el interés de que el hombre analice una palma, y vea si será posible hacer con éste árbol en Chile lo que se hace en el Río de Janeiro de extraerle parte del jugo sin matar el árbol, pues si consigo esto, no doy a Pedegua por \$80.000”. El texto citado en *Epistolario...*, *op. cit.*, t. II., p. 507.

monio, por lo demás muy desgraciado y que culminaría en divorcio 1845, mereció un comentario del irreverente ministro Diego Portales quién, en carta a su confidente Antonio Garfias le mandó decir: “a Mr Gay que no me olvido de su encargo, y que cuando se aburra con la francesita me la mandé para acá”<sup>18</sup>.

Provisto de los instrumentos científicos necesarios para sus trabajos, así como de material para incrementar el gabinete de historia natural, Gay se trasladó a Melipilla y Casablanca en junio, para regresar a Santiago y dirigirse a Valdivia en octubre del mismo año, llegando a la bahía de Corral a fines de mes. Luego de remontar el río Valdivia y de recorrer y explorar los sitios aledaños a la ciudad del mismo nombre, en enero de 1835 se dirigió a investigar en los contornos del lago Ranco. Concluida esta expedición tomó rumbo a Osorno con el propósito de alcanzar hasta el lago Llanquihue, en cuyos márgenes permaneció hasta mediados de febrero. De regreso en Valdivia, en abril, se embarcó hacia el lago Panguipulli para asistir a la ceremonia de entierro del cacique Cathiji, de la cual da cuenta en una de las conocidas láminas de su *Atlas*. Permaneció en Valdivia todo el invierno de 1835, aprovechando su estadía para realizar breves excursiones a Corral, destinadas, entre otros objetivos, a levantar planos de los fuertes de la bahía. También desde Valdivia realizó una excursión al volcán Villarrica en octubre de 1835, alcanzando las nieves eternas del mismo.

En los últimos días de noviembre de 1835 Gay se encontraba en la isla de Chiloé, instalado en Ancud. Desde aquella ciudad realizó breves excursiones a las cercanías, como a Pudeto, y, atravesando el canal de Chacao, exploró el lado norte del seno de Reloncaví, visitando los poblados de Carelmapu, Calbuco y Carinel. A mediados de febrero de 1836 se dirigió hacia el sur de la isla grande, alcanzando hasta Queilén, luego de pasar por Puntra, Mocopulli, Castro y Chonchi. De regreso al norte, se dedicó a herborizar en las orillas del lago Huillinco y en las cercanías de Cucao. Luego de su larga estadía en la isla de Chiloé, y previa escala en Valdivia y Talcahuano, el 17 de mayo recalaba en Valparaíso.

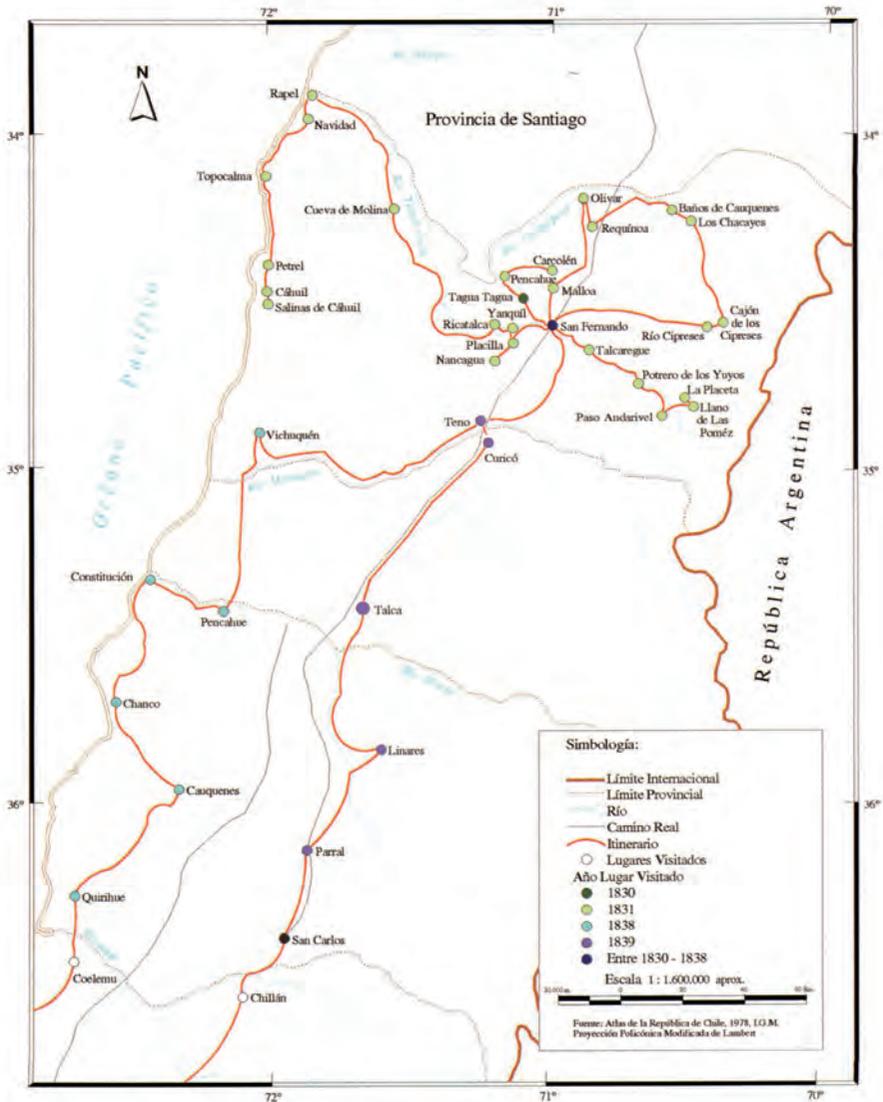
La siguiente etapa de su recorrido lo llevó a la provincia de Coquimbo, instalándose en La Serena en septiembre de 1836. Visitó las minas de Arqueros y zonas aledañas como Chingoles, Yervas Buenas, Juan Soldado y Los Porotos. Luego, en noviembre, se dispuso a recorrer el valle de Elqui. Pasó por Saturno, Marquesa, Tambo, Vicuña, San Isidro, Rivadavia, Chapilca y Guanta, sitio desde el cual inició el ascenso de la cordillera, alcanzando hasta Tilito, a 4.000 metros de altura. Siguió a la cordillera Doña Ana, volviendo por los Baños del Toro y Rivadavia, arribando finalmente a La Serena a comienzos de diciembre de 1836.

A fines del mismo mes reinició sus excursiones dirigiéndose hacia Andacollo y a las minas de sus alrededores. Recorriendo la zona pasó por Huamalata y Ovalle, visitando también las minas de Tamaya para, ya en enero de 1837, internarse en la cordillera siguiendo el curso del río Rapel. Entonces su itinerario lo llevó por Sotaquí, Monte Patria, La Junta, Arcos, Rapel y el sendero cordillerano que sale

---

<sup>18</sup> Véase correspondencia fechada en Valparaíso el 20 de junio de 1834, en *Epistolario...*, *op. cit.*, t. II, p. 496.

## Expedición Científica de Claudio Gay Provincias de Colchagua - Talca - Maule



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

de Las Mollacas y conduce al paso de Valle Hermoso. A su regreso, bajó por el río Hurtado para arribar a Vicuña, pasar por El Tambo, y terminar en La Serena los primeros días de febrero. Desde esta ciudad, y llevado por su afán de conocer los yacimientos de mercurio existentes en esas latitudes, emprendió viaje hacia el extremo sur de la provincia de Coquimbo. Punitaqui, Quilitapia, Pama e Illapel fueron visitadas por el naturalista hasta fines de abril, permaneciendo en Illapel durante todo el invierno, explorando los parajes aledaños a aquel pueblo y excursionando hasta La Serena pasando por Combarbalá, Cogotí y Ovalle. En otra oportunidad, ahora a principios de la primavera, Gay salió de Ovalle y tomó la ribera sur del río Limarí hasta Barraza, marchando por Zorrilla y Talinay, alcanzando luego hasta Maitencillo, pasando por El Teniente, llegar a Mincha y de ahí dirigirse nuevamente a Illapel.

Los últimos días de septiembre de 1837 se dispuso a volver al sur, viaje que iniciado en Illapel, continuó por el curso del río Choapa hasta llegar a Huentelauquén en la costa. Desde este punto siguió hacia el sur visitando Longotoma y Petorca, poblado al que arribó en los primeros días de octubre. La siguiente etapa lo llevó por la cuesta del Melón y San Felipe para alcanzar Los Andes a fines del mismo mes, lugar en que permaneció hasta comienzos de diciembre.

Durante el mes de enero y parte de febrero de 1838, el sabio francés se dedicó a excursionar en los parajes cordilleranos frente a Santiago, internándose por el cajón del río Maipo, pasando por San José de Maipo y El Volcán, hasta llegar al volcán San José.

Incansable, en septiembre de 1838 salió de Santiago con destino a las provincias del llano central. San Fernando, Vichuquén, Pencahue, Constitución, Chanco, Cauquenes, Quirihue, Coelemu, Rafael, Tomé, Penco y Concepción vieron llegar al naturalista. Entre octubre y noviembre visitó la costa de Arauco hasta Tirúa. En diciembre se encontraba en Nacimiento, visitó la cordillera de Nahuelbuta para luego emprender viaje a Los Ángeles a fines de mes. Más tarde se internó hacia Santa Bárbara llegando hasta Trapa-Trapa. De regreso en Los Ángeles, a fines de enero de 1839, salió hacia Antuco, Laguna de la Laja y la Sierra Velluda. Luego de subir el volcán Antuco, regresó por el pueblo de Tucapel hacia el Salto del Laja, de ahí siguió a Yumbel y La Florida, para llegar a Concepción en los últimos días de febrero.

En marzo siguiente se encontraba en Chillán, ciudad desde la cual tomó hacia el norte por el llano, pasando por San Carlos, Parral y Linares, llegando a Talca el 31 del mismo mes. Su excursión prosiguió por Curicó, Teno, San Fernando, Rancagua y Maipú, culminando en Santiago a mediados de abril. En este viaje, además de sus tareas científicas habituales, dibujó algunos paisajes que luego incluyó en su *Atlas* como láminas. Entre ellas: “Los pinares de Nahuelbuta”, “Laguna del Laja”, “Volcán Antuco”, “Salto del Laja” y “Molino de Puchacay”.

Luego de un viaje al Perú iniciado en marzo de 1839, que le significó alejarse poco más de un año y cuyo propósito fue revisar los archivos limeños en busca de documentación relativa a la historia de Chile, se dirigió a Copiapó en diciembre de 1841. En la provincia de Atacama visitó Caldera, Cerro Ramadillas, la capital provincial, Tierra Amarilla, Nantoco, Totalalillo, Hornito y Chañarcillo. A conti-

nuación pasó a La Pucheta y alcanzó hasta La Puerta, La Capilla, Potrero Grande y Amapolas. Siguiendo el curso del río Manflas llegó hasta La Jarilla y a Vallenar. Más tarde pasó a Freirina y en enero de 1842 llegaba al puerto de Huasco para regresar al sur. Con esta última excursión, y luego de cuatro o cinco intentos fallidos por llegar a la provincia de Atacama, finalmente Gay cumplía su íntimo anhelo de “no dejar ningún punto de Chile sin haberlo realmente visitado”, como se lo hizo saber a Ignacio Domeyko en carta fechada el 8 de diciembre de 1841. Al respecto, no debe olvidarse que en esa época el desierto de Atacama era el límite septentrional del país, y que todavía no se iniciaba el esfuerzo destinado a asegurar la soberanía nacional sobre el estrecho de Magallanes y su entorno.

Durante sus excursiones, y gracias a haber permanecido sucesivamente en cada una de las provincias que componían la república, las cuales recorrió minuciosamente, Gay recogió la mayor parte de las especies animales y vegetales existentes en el territorio considerado chileno en ese entonces. Llamando la atención sobre este aspecto de su quehacer, el naturalista explicó que la única forma de acceder al conocimiento de los ejemplares de una región era permaneciendo “más o menos tiempo en cada provincia, estudiando cuidadosamente y bajo un punto de vista comparativo y sobre todo geográfico, cuantos objetos haya obtenido a fuerza de investigaciones y cacerías: solo así puede conocerse bien la fauna de un país”<sup>19</sup>.

En el cumplimiento de su comisión, desarrolló un patrón de conducta que cumplió rigurosamente durante sus excursiones, y que explica el éxito final de su empresa científica. En cada lugar que visitó o recorrió, procedió a examinar y estudiar las especies naturales, recolectando todas aquellas que le resultaban de interés. Preocupación especial mostró siempre por herborizar y por observar la adaptación de las plantas en las regiones altas de las cordilleras. Fijar con exactitud la situación de los puntos geográficos, auxiliado por los modernos instrumentos adquiridos en Europa, fue también objeto de su atención. Los estudios geológicos y el levantamiento de la respectiva carta geográfica de la zona visitada constituyeron otras de sus ocupaciones permanentes. En los lugares en que existían procedía también a analizar las aguas termales, determinando, entre otras características, si eran sulfurosas o salinas. La recopilación de estadísticas, de documentación y de todo tipo de noticias de los parajes y poblados recorridos, fueron también actividades características suyas. Por último, sus observaciones climáticas y sus mediciones meteorológicas, así como las destinadas a determinar el magnetismo terrestre, fueron otra constante de su acción.

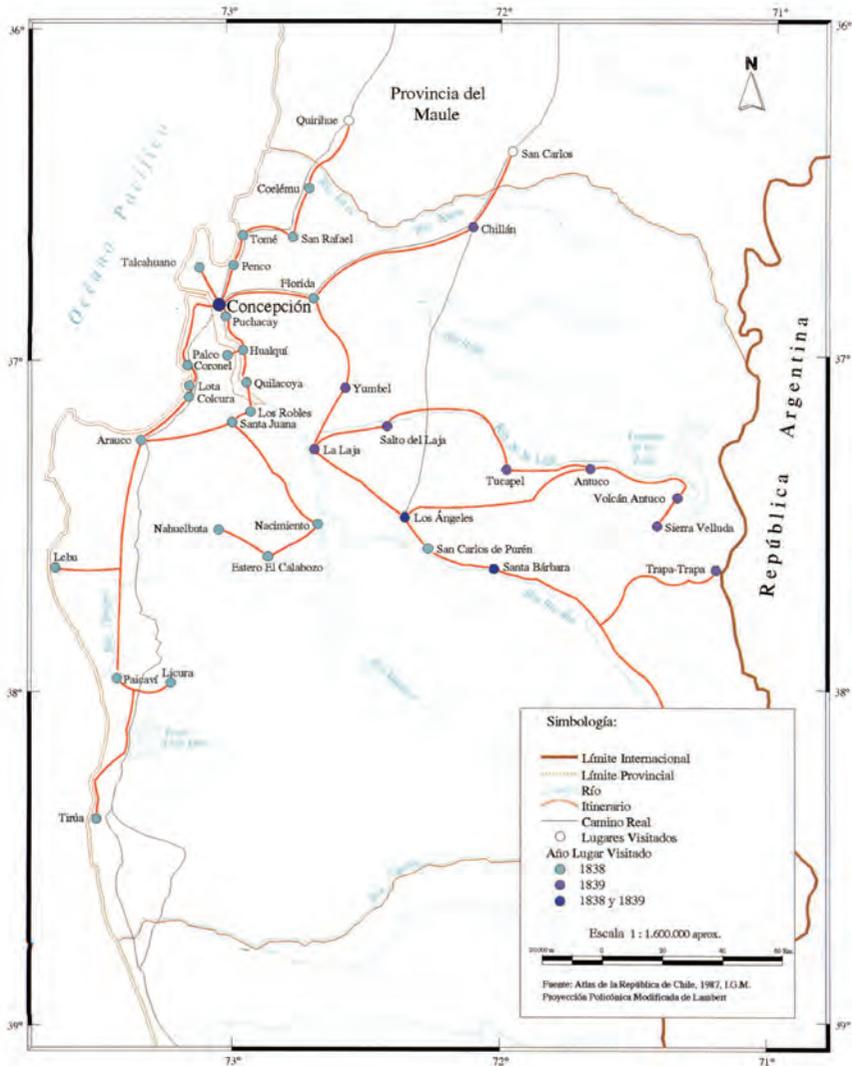
Pero, y como ha sido señalado, en todas partes Gay conversaba con la gente y observaba las formas de vida y los métodos de trabajo, práctica que no sólo fue muy útil para la preparación de su texto sobre la historia y agricultura chilena, sino en especial para obtener antecedentes de los hechos históricos e identificar los rasgos propios del pueblo chileno<sup>20</sup>. Incluso, en el texto de su historia, Gay

---

<sup>19</sup> Claudio Gay, *Historia física y política de Chile, Zoología*, t. I, pp. 5-6.

<sup>20</sup> En el prólogo de la *Agricultura*, el científico alude a “sus largos viajes por Chile, cuando visitaba sus inmensas haciendas..., pensé estudiar minuciosamente... como un simple capítulo de una obra

## Expedición Científica de Claudio Gay Provincia de Concepción



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay, 2004.

ocasionalmente apoya la narración de los hechos con su propio testimonio a propósito del conocimiento de sujetos protagonistas de los hechos. Por ejemplo, en el tomo VIII, cuando abordando algunos episodios de la “Guerra a Muerte” en la década de 1820, recuerda “el tiempo de mis expediciones a las altas montañas de Nahuelbuta”, oportunidad en que lo acompañó uno de los militares que participó en aquellas campañas, y que “por la noche, bajo los pinares y al lado de la llama, me contaba con cierto placer y animación todas las peripecias de aquellas guerras y la parte activa que en ellas había tomado”, a continuación de lo cual narraba la historia basado en ese testimonio<sup>21</sup>.

Durante los períodos de sedentarismo, el naturalista procedía a ordenar, clasificar, describir, dibujar y acondicionar las especies y objetos recolectados, redactar los informes científicos para el gobierno chileno y mantener viva su correspondencia con sus colegas europeos, a los cuales informaba detalladamente de sus estudios y de las novedades que iba descubriendo en su recorrido por el país. Ejemplo de lo que afirmamos, así como de la admiración que nuestra realidad física le provocó, es un párrafo de uno de sus textos. En él, y refiriéndose a la vida natural en las islas de la entonces existente laguna de Tagua-Tagua, escribió que era tal la infinidad de “especies nuevas, tanto para mí como para la ciencia, que ellas hacen de este país una mansión de delicias y admiración, en que la naturaleza ha hecho todo el costo, y sólo espera la mano del hombre para disputarle la belleza y la hermosura a los encantadores alrededores de Como, de Constanza y aun de Ginebra”<sup>22</sup>.

En sus viajes por el país Claudio Gay no sólo debió enfrentar todo tipo de adversidades, producto de la falta de vías de comunicación o de albergues adecuados, además, sufrió los rigores de las condiciones ambientales extremas de algunas de las regiones. Según testimonios de quienes lo conocieron, como relata Barros Arana:

“era un hombre infatigable en el trabajo, que pasaba días enteros sobre el caballo sin demostrar el menor cansancio, que trepaba los cerros más altos o bajaba a los precipicios más profundos a pie o a caballo sin arredrarse por ningún peligro, que soportaba el hambre y la sed, el frío y el calor sin quejarse de nada, y siempre con un incontrastable buen humor, que dormía indiferentemente al aire libre o bajo techo, y que su salud vigorosa no sufría nunca ni las consecuencias de la mala alimentación ni los resultados de las agitaciones y desarreglos de aquellas penosas exploraciones”<sup>23</sup>.

Muestra de su pasión por la ciencia, en cada una de sus excursiones cumplió fielmente con lo prometido al gobierno, desarrollando a plenitud sus observa-

---

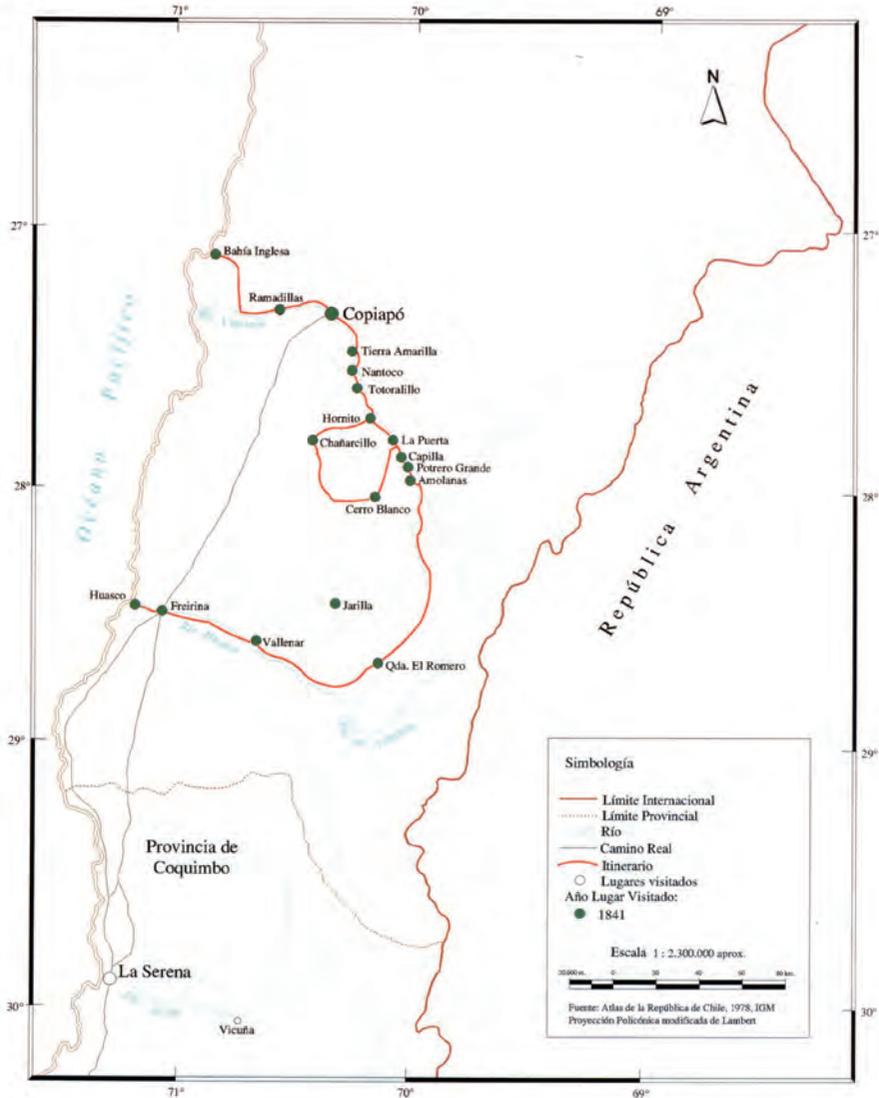
general sobre Chile..., pero a medida que se extendían mis investigaciones, mis notas se aumentaron de tal manera y llegaron a ser tan interesantes, que ha concluido por tomar la proporciones de un libro de abultado volumen”.

<sup>21</sup> Gay, *Historia física...* *op. cit.*, t. VIII., p. 278. Otro caso similar, en el mismo volumen, p. 341.

<sup>22</sup> El párrafo en su “Viaje científico. Informe a la Comisión Científica sobre sus exploraciones de la provincia de Colchagua”, en Stuardo Ortiz, *Vida de...*, *op. cit.*, t. II, p. 94.

<sup>23</sup> Barros Arana, *Don Claudio...*, *op. cit.*, p. 284.

## Expedición Científica de Claudio Gay Provincia de Atacama



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

ciones, mediciones, recolecciones y estudios<sup>24</sup>. Aun en medio de las limitaciones presupuestarias, las alteraciones políticas experimentadas por el país o la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, Gay, paciente, sistemática y casi anónimamente, durante aproximadamente una década, llevó a cabo su comisión, sentando las bases del desarrollo científico del país y recopilando antecedentes que más tarde serían los fundamentos de la nacionalidad chilena. Una tarea que a pesar de carecer de sucesos espectaculares o llamativos, tuvo importancia fundamental en el desenvolvimiento de la nación. Concluida ella, ahora sólo quedaba el trabajo, no menor, de dar a conocer el fruto de sus investigaciones por el territorio nacional a través de la respectiva publicación, la cual, como sabemos, incluyó la primera historia nacional del país.

#### LA HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE

De acuerdo con su propio testimonio, Gay había elegido Chile como teatro de sus investigaciones “no solamente por la riqueza de su suelo y la variedad de su clima, sino también porque era un país desconocido absolutamente a los naturalistas”<sup>25</sup>.

Sus afirmaciones tenían fundamento pues, si bien más de una expedición de carácter científico había arribado al territorio de la gobernación durante la Colonia, la más importante de ellas la encabezada por Alejandro Malaspina entre 1789 y 1794, lo cierto es que a comienzos de la década de 1830 los resultados de sus observaciones permanecían casi absolutamente inéditos y desconocidos para los científicos europeos. Contribuía al desconocimiento de Chile el que expediciones como la de Alexander von Humboldt, que gracias a sus publicaciones difundió notablemente la realidad natural y cultural de una importante porción del continente americano, no alcanzaron esta región. Por otra parte, Charles Darwin, que en los años de 1830 visitó y recorrió el país, tuvo objetivos muy diferentes de los que Gay se propuso, como lo demuestran los trabajos que ejecutó luego de su viaje en el *Beagle*.

Concluida la etapa de la investigación en terreno, que implicó también la prospección del material documental existente en los archivos públicos y en los privados, donde revisó, tomó nota o hizo copiar las piezas que le interesaban, para luego estudiarlas e informarse convenientemente de su contenido, Gay inició las tareas destinadas a publicar el fruto de sus años de trabajo. Antes de volver a Francia, permaneció en Chile cerca de dos años trabajando en reunir todavía más información sobre el país, clasificando y distribuyendo los objetos que había recolectado

---

<sup>24</sup> No debe olvidarse que a Claudio Gay se debe también la organización del Museo de Historia Natural, del que fue su primer director, y al cual se destinaron las colecciones que su trabajo proporcionó, así como los objetos y especies que periódicamente hizo llegar desde Europa una vez de regreso en Francia.

<sup>25</sup> Véase el texto de julio de 1830 en que ofrece sus servicios al gobierno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, p. 88. Lo que en 1830 no sabía era que la historia civil de Chile también era ignorada, no sólo por los extranjeros, también por los propios chilenos, y que sería él quién también llenaría este vacío.



Mariano Egaña (1793-1846), jurista, político y destacado hombre público, en su calidad de Ministro de Culto e Instrucción pública del presidente José Joaquín Prieto, alentó a Claudio Gay a escribir la historia política de Chile. [memoriachilena.cl](http://memoriachilena.cl)

y ocupado en arreglar el Museo de Historia Natural que había creado. Fue en esa época, además, que redactó el *Prospecto* de su *Historia física y política de Chile*, que se publicó en *El Araucano* del 29 de enero de 1841<sup>26</sup>.

En él, junto con resumir las tareas científicas emprendidas bajo el auspicio del gobierno, defendía la edición que proponía tanto por el provecho que ella prestaría, como por la urgencia de dar a conocer el fruto de su quehacer científico para ventaja de los propios habitantes de Chile. Años después, y en correspondencia al ministro de Instrucción Pública fechada en París el 15 de junio de 1848, confesó que

“confiado en las promesas del gobierno francés de ayudarme en los gastos de la publicación, sólo se había decidido a publicar el *Prospecto* de su texto cuando varios chilenos movidos por un sentimiento de patriotismo, me aconsejaron hacerlo argumentando que encontraría en Chile un número de suscriptores suficiente para cubrir los gastos de una edición en español, y que sería una vergüenza para el país que se le publicase en otro idioma siendo la empresa tan eminentemente nacional”<sup>27</sup>.

---

<sup>26</sup> El texto del *Prospecto*, como tantos otros debidos a la pluma de Gay, se encuentra reproducido en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 274-283.

<sup>27</sup> El texto de la carta en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 134-137.

En su propuesta, el naturalista explicaba que editaría su obra sobre Chile dividida en varias secciones, a saber: la flora, la fauna, la minería y geología, la física terrestre y meteorológica, la estadística, la geografía, la historia y las costumbres y usos de los araucanos. Todas estas materias se editarían en cuadernillos o fascículos de 136 páginas, de tal modo que cada cuatro se iría formando un volumen. Pero el plan no se limitaba sólo a la identificación y descripción de las especies y objetos recolectados y a la elaboración de los estudios realizados según su idea original. El sabio francés tuvo clara noción de la necesidad de acompañar sus textos de “una gran cantidad de láminas iluminadas”, no sólo de los animales, plantas y restos que el mundo natural le proporcionaría; también, “con láminas de vistas, vestuarios y planos de las principales ciudades”, es decir, con dibujos que ilustrarían la sociedad y sus habitantes.

Instalado en París en octubre de 1842, inició la tarea destinada a dar a la prensa su trabajo. Junto con informar a la Academia de Ciencias y a la Sociedad de Geografía acerca de sus exploraciones y de sus planes de publicación de sus investigaciones sobre Chile, se ocupó de buscar los colaboradores para la redacción de su *Historia*, tarea que le demandó muchas diligencias y no pocas fatigas en virtud de la escasez de recursos.

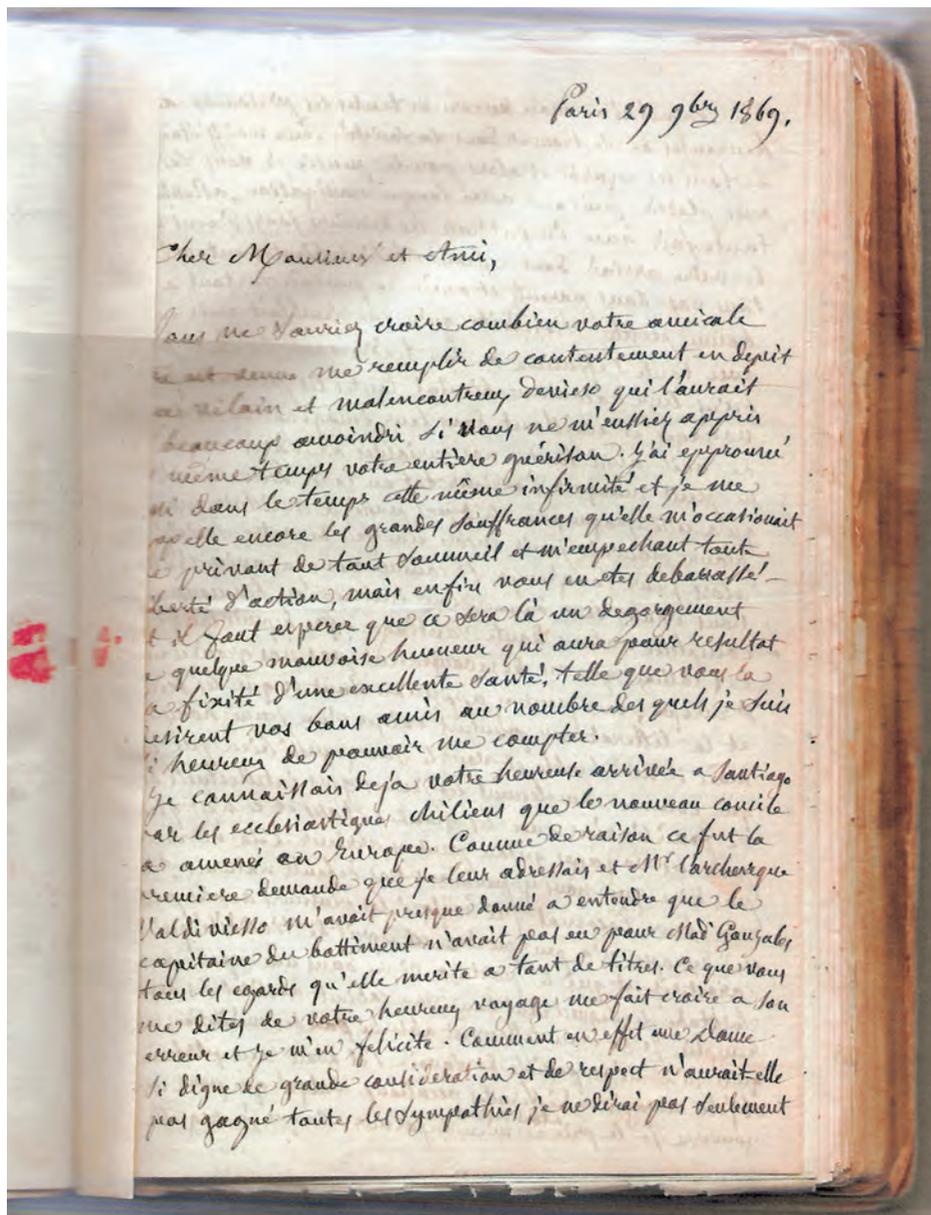
En enero de 1843, en carta dirigida al entonces ministro de Instrucción Pública, Manuel Montt, Gay informaba sobre la imposibilidad de obtener financiamiento del Estado francés para imprimir su obra, concluyendo que sólo podrá contar con los “únicos recursos de Chile”. Ellos sólo provendrían de las suscripciones que había logrado levantar luego de publicar su *Prospecto*. Gay sumaba no más de “800 o 900 suscripciones”, entre las cuales se contaban las tomadas por el Estado<sup>28</sup>. En efecto, la confianza que el trabajo emprendido por Gay daba al gobierno de Chile, además de la inversión ya realizada en sus investigaciones, llevó a la firma de un contrato entre ambos por el cual el Estado se comprometió a adquirir cuatrocientos ejemplares de la obra, especificándose que del total, “200 serán con láminas iluminadas [coloreadas], 50 de lujo y 150 serán con láminas negras”<sup>29</sup>.

En diciembre de 1843 Gay pudo disponer de textos y láminas para iniciar la impresión de la primera entrega de su *Historia* cuyo primer cuadernillo, con 130 páginas, salió de la imprenta en marzo de 1844. En agosto siguiente llegaron a Chile los primeros pliegos de la obra que era esperada con ansiedad, tanto por los suscriptores como por el gobierno. En esta primera entrega el sabio abordaba

---

<sup>28</sup> Además de los destinados a las bibliotecas y a los establecimientos educacionales públicos, los ejemplares que el gobierno adquirió entonces fueron utilizados para difundir el conocimiento sobre Chile en el mundo. Por ejemplo, se entregó a comisiones científicas que, ocasionalmente, arribaban al país y que luego los depositaban en las bibliotecas de sus países de origen. Así lo demuestra la carta de agradecimiento que la Dirección de la Academia Imperial de Ciencias de Viena dirigió al Presidente de la República de Chile el 28 de octubre de 1868. En ella se acusa recibo y se ponderan los ejemplares de la obra de Gay que los miembros científicos de la fragata *Novara*, de paso por Chile en 1859, habían llevado al Imperio de Austria.

<sup>29</sup> El texto del contrato de suscripción de la obra por parte del gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 314-316.



Primera plana de una carta de Claudio Gay fechada en París en 1869.

la historia civil del país, desde la situación española previa al descubrimiento de América, hasta los comienzos de la conquista de Chile.

Superando los contratiempos, lenta pero sistemáticamente, venciendo todos los obstáculos que se le presentaron, entre 1844 y 1871 fueron apareciendo las sucesivas entregas que terminaron conformando una monumental obra de 28 tomos: ocho referidos a la historia, otros ocho a la botánica, también ocho para la zoología, dos de documentos históricos, y dos para la agricultura. Todos ellos, acompañados de dos tomos de láminas que constituyen el *Atlas*<sup>30</sup>.

Las contrariedades, que fueron numerosas, no amilanaron a Gay que en numerosas ocasiones reiteró la importancia de su texto y su compromiso de concluirlo. En septiembre de 1845 se quejaba ante Manuel Montt del tiempo que le quitaba la revisión de los textos y traducciones de sus colaboradores, aunque, escribía, no le importaba y deseaba “ardientemente conducir a buen fin una obra que no puede sino hacerme mucho honor”, agregando: “ningún país de las dos américas, y aun de varias partes de Europa, podrán ofrecer una semejante”<sup>31</sup>. Años después, en agosto de 1850, insiste ante su protector que pese a lo contratiempos, él continuará poniendo todos sus esfuerzos “para terminar felizmente este gran trabajo, que si bien poco apreciado hoy, estoy seguro más tarde recibirá una aceptación más digna del trabajo y de las inquietudes que me da”<sup>32</sup>.



Al centro de la lámina “Entierro del cacique Cathiji” que da cuenta de una ceremonia en la que Gay participó como testigo privilegiado, y de la cual también dejó un informe escrito, puede reconocerse la silueta del naturalista. *Atlas de la historia física y política de Chile*.

<sup>30</sup> De la *Historia...*, según se deduce de la información disponible, se tiraron 1.250 ejemplares, cuatrocientos para el gobierno chileno, y el resto para ser comercializadas por su autor.

<sup>31</sup> El texto de la carta, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 74-83.

<sup>32</sup> El texto de la carta, en *op. cit.*, t. II, pp. 113-116.

Como es conocido, y salvo por el interés y apoyo que constantemente recibió de Manuel Montt, por lo demás siempre inmerso en tareas de gobierno que lo absorbían, entre los chilenos Gay tuvo no pocos críticos, e incluso opositores a su obra cuando ésta comenzó a publicarse. Si al principio se le reprochó el estilo, luego fueron ciertas imprecisiones en la información y algunos errores en sus mapas, culminando las críticas con las quejas “por el atraso que he puesto en terminar mi obra”.



Boceto de Claudio Gay delineado en terreno. Más tarde sería utilizado para la composición, en París y por artistas, de la lámina de su *Atlas*, “Pinares de Nahuelbuta”. Archivo de la Société d’Études Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var.

Buscando una explicación para las contrariedades, el hombre de ciencia confesaba a su protector que tal vez “yo debiera haber pensado también un poco en el espíritu económico de los chilenos”, y haber publicado esta obra en una escala mucho más modesta, “no obstante la alta posición de Chile, que puede hoy marchar de frente con Brasil, México, Cuba, etc., cuyos gobiernos no han retrocedido ante los gastos de empresa semejante”<sup>33</sup>.

Reflexionaba también sobre la alternativa de haber disminuido el volumen del trabajo y sólo haber publicado información sobre las especies más notables y útiles, y aun, sobre la posibilidad de haber dado a sus descripciones una forma sencillamente literaria, novelesca en ocasiones y siempre pintoresca. De esta forma, le aseguraba a Montt, “mi obra habría agradado momentáneamente, para ser dejada

<sup>33</sup> En carta a Manuel Montt fechada el 14 de noviembre de 1853. Véase Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, p. 124.

de mano más tarde, pero no importa, habría producido efecto, satisfaciendo todo lo que hubiera pedido una persona que no hubiera tenido en vista sino la especulación”. Reaccionando a sus propias palabras, y de paso mostrando el camino que debe seguir un verdadero estudioso, Claudio Gay le explica al presidente Montt que en lo que se refiere a él, le hubiera sido imposible obrar de una manera distinta a lo hecho pues, aclara, “habiendo reunido con solicitud y trabajo tantos materiales, he querido publicar un trabajo de valor permanente, y realizarlo tal como la ciencia lo exige, así como las necesidades del país”<sup>34</sup>.

#### CLAUDIO GAY HISTORIADOR

Como se habrá advertido, en su propuesta original al gobierno chileno el naturalista no incluyó la preparación de una historia civil. En su ofrecimiento escribió que sólo trabajaría en una “Historia Natural, general y particular de la República de Chile”, que contendría “la descripción de casi todos los animales, vegetales y minerales de todo el territorio, con sus nombres vulgares, utilidades y localidades”<sup>35</sup>. De hecho en los planes del científico no estaba la tarea de investigar el pasado de Chile y su única alusión a la historia en sentido clásico se encuentra cuando, refiriéndose a sus trabajos de geografía física y descriptiva, alude a que los mismos tendrán “consideraciones sobre la historia de las ciudades”.

Sería el gobierno chileno, a través de su Ministro de Instrucción Pública, el que sugeriría a Gay la conveniencia de redactar una historia nacional que se incluyera en la magna obra que estaba preparando<sup>36</sup>. El impulso vino de Mariano Egaña, y el momento en que éste se produjo puede ayudar a explicar la actitud del secretario de Estado pues fue en 1839, en medio de la euforia nacional desatada por el triunfo chileno obtenido en el mes de enero de aquel año en el conflicto militar que lo había enfrentado contra Perú y Bolivia en la llamada, en Chile, Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana.

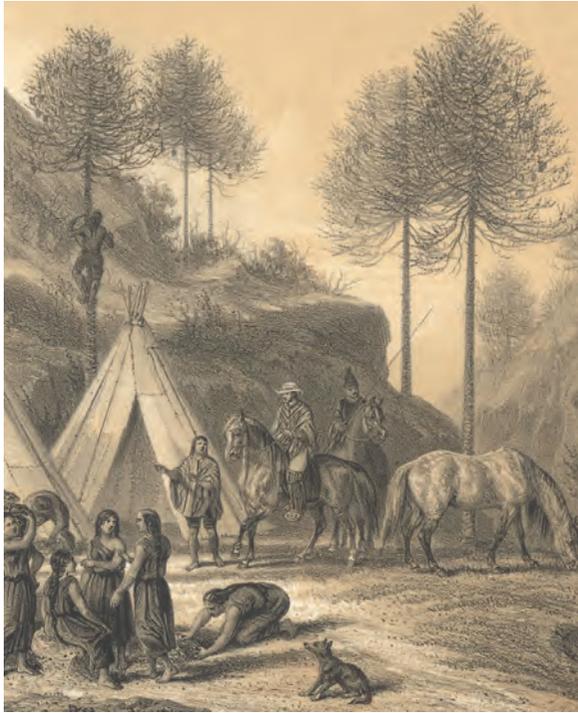
Alentados por el éxito militar del “Ejército Restaurador” encabezado por el general Manuel Bulnes, y estimulados por el entusiasmo popular y el fervor patriótico que se desencadenó luego de la Batalla de Yungay que liquidó las aspiraciones del Mariscal Andrés de Santa Cruz, ánimo que se prolongaría durante prácticamente todo el año hasta que el 18 de diciembre de 1839 el general vencedor y sus tropas entraron en Santiago, el gobierno aquilató la conveniencia de contar con una historia de Chile digna, a la altura de la república que había conquistado la

---

<sup>34</sup> Véase Feliú Cruz y Stuardo Ortiz, *Correspondencia de..., op. cit.*, p. 124.

<sup>35</sup> Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio..., op. cit.*, t. II, p. 88.

<sup>36</sup> Véase Guillermo Feliú Cruz, *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile. 1808-1826*, pp. 10-11. Francisco Antonio Encina también atribuye a Egaña la acción para “comprometer al naturalista francés... a completar su ardua tarea con una historia civil de Chile”. Según este autor, sin embargo, la petición de Egaña fue hecha en 1838 y Gay comenzó a acumular los materiales en aquel año. Véase Francisco A. Encina, *Historia de Chile*, t. XI, p. 38 y t. XII p. 463.



Fragmento de la lámina “Los pinares de Nahuelbuta”, en *Atlas de la historia...*

gloria en los campos de batalla<sup>37</sup>. Entonces, relata Diego Barros Arana, “el triunfo se celebraba en todas partes con un contento enloquecedor”. Para el historiador, explicando la reacción popular, y de paso ofreciendo antecedentes que explican la conducta de Egaña, “ni aún en los días gloriosos de la Independencia, la alegría nacional había tomado esas proporciones y esa espontaneidad, porque entonces una parte no pequeña de la población conservaba aun sus simpatías por la causa de España. Ahora, el triunfo reciente era celebrado en todos los hogares”<sup>38</sup>.

El sentimiento patriótico que el triunfo de las armas chilenas fomentó vino a acrecentar la noción de comunidad que el terremoto del 20 febrero de 1835 también había permitido expresarse. Como antes, y en muchas ocasiones después, la catástrofe natural que destruyó numerosas poblaciones del centro sur del país tuvo el efecto de potenciar el sentido de pertenencia a una nación, entonces, en proceso de formación. Ambos eventos, el desastre telúrico y el militar glorioso, con su potencial unificador, además, producidos en una década marcada por el gobierno del omnipotente ministro Diego Portales que con su secuela de persecuciones y arbitrariedades, cuando no de crímenes, no había contribuido precisamente al clima

<sup>37</sup> A falta de fuentes de primera mano, deducimos nuestra interpretación de la información que ofrece Feliú Cruz, *Conversaciones...*, *op. cit.*, pp. 13-15.

<sup>38</sup> Diego Barros Arana, *Un decenio de la historia de Chile*, t. 1, p. 93.

de encuentro nacional<sup>39</sup>. En este contexto, el triunfo de enero de 1839 no podía ser desaprovechado<sup>40</sup>. La nación que se proyectaba hacia el futuro necesitaba de una historia que contribuyera a consolidarla.

Hasta entonces, pensaban sus autoridades, Chile no contaba con una historia concebida con criterio moderno, propio del siglo XIX que, alejada de las preocupaciones de naturaleza religiosa, narrara los sucesos después de haberlos confrontado con las fuentes. El ministro Egaña quería una historia que respirara sentido crítico, ajena a la incertidumbre, la leyenda, la imaginación y la tradición, y pensó que el único que entonces podía escribirla era, precisamente, el científico Claudio Gay. Muy probablemente el influyente Andrés Bello también estuvo tras esta aspiración de los gobernantes de la época. Así se deduce, entre otros antecedentes, de sus palabras una vez aparecida la obra de Gay, cuando resumió las necesidades que venía a llenar el trabajo de naturalista, entre las cuales estaban

“la historia de los estados erigidos en el Nuevo Mundo, desde su ocupación por la España hasta la revolución que les ha dado una existencia independiente; la política del gobierno que las tuvo tres siglos bajo su tutela; la naturaleza de los elementos con que se emprendió y llevó a cabo esa revolución; el carácter peculiar de ésta, injustamente calumniado por la parcialidad o la ignorancia; sus resultados, su porvenir... en la parte, no la menos gloriosa, que en este grandioso panorama toca a Chile”<sup>41</sup>.

La primera reacción de Gay a la petición que se le formuló refleja bien su formación como naturalista, pero también su visión eurocéntrica, pues preguntó a Egaña si acaso creía que el pasado de Chile significaba algo en el concierto de la civilización. La respuesta del gobernante no sólo no se hizo esperar, definitivamente marcó el rumbo al improvisado historiador, y creemos que el de la historiografía nacional, cuando escribió: “Ciertamente, ese aporte es algo. La civilización española se salvó en Chile de pasar a manos de los holandeses o de los ingleses en la época del filibusterismo. La guerra de Arauco durante casi tres siglos hirieron aquí de muerte el concepto imperial castellano al doblegar el orgullo de las armas españolas, que desde entonces perdieron fe en la invencibilidad. Después, fue en Chile donde se dieron las dos batallas decisivas de la libertad de América: Chacabuco y Maipú. La expedición Libertadora del Perú hizo imposible la continuación del imperio español en este continente. Además, actualmente es Chile el único país organizado en estos momentos que existe en América, sometido a un régimen

---

<sup>39</sup> Existe consenso entre los estudiosos respecto de que luego de la muerte de Portales el gobierno depuso su política autoritaria, dictatorial, y dio paso a una de templanza y conciliación que, además, se potenció con el triunfo militar de 1839.

<sup>40</sup> Según Francisco A. Encina, “del campo de batalla de Yungay surgió, por primera vez desde la independencia, un vínculo que unió a todos los chilenos con un lazo común por encima de las discordias anteriores”. Véase Encina, *Historia...*, *op. cit.*, t. IX, p. 495.

<sup>41</sup> La reseña de Bello se titula “Historia física y política de Chile por Claudio Gay”, entrega 1ª, y apareció en el diario oficial *El Araucano* el 6 de septiembre de 1844. Véase *Obras Completas de Andrés Bello*, t. XXIII, pp. 127-132.

político y respetuoso de su sistema republicano. Es, pues, algo de lo que Chile ha dado a la civilización europea”<sup>42</sup>.

Como se apreciará, la noción sobre la excepcional situación y trayectoria chilena en el concierto americano estuvo presente en las elites chilenas de la época aun antes que se escribiera la historia nacional. Era consecuencia de la realidad, del contexto local e internacional existente entonces y que éstas vivieron intensa y dramáticamente; como su participación en la independencia, la organización republicana y la guerra contra la Confederación lo habían demostrado. Pero también de la ponderación que el abate jesuita Ignacio de Molina había hecho de Chile en su leído *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*, publicado en español en 1788, verdadero resumen de la conciencia criolla local, para la cual Chile, en palabras de Molina, era “el jardín de la América meridional, ...extendiéndose... mucho más a lo largo que a lo ancho, tiene la proporción necesaria para recibir y madurar todo género de producciones apetecibles”<sup>43</sup>.

Precisamente por todo lo anterior es que era preciso escribir una historia de Chile. Como Mariano Egaña se lo hizo saber a su amigo Claudio Gay, era “una necesidad nacional”, pues esa ponderación de la realidad natural y del pasado chileno, pero en especial de su ordenada evolución luego de la independencia, sería la base sobre la cual se sustentaría la unidad nacional. Gay tomó la recomendación del ministro Egaña como una verdadera orden, convenciéndose de que, en medio del precario nivel intelectual nacional, efectivamente era el único que entonces podía escribir una historia de Chile, poniendo ahora en ella el método y rigor que caracterizaba sus investigaciones en el ámbito de la historia natural. Debe haber contribuido a su decisión el que durante sus excursiones por el país, mucho antes de pensar siquiera en escribir una historia de Chile, y sólo llevado por su curiosidad y espíritu de investigador, tomara notas de sus conversaciones con toda clase de personas que podían ilustrarlo con sus informaciones y declaraciones sobre lo que habían visto u oído sobre el pasado chileno. Con esas anotaciones, que por lo demás se encuentran por cientos en su archivo, Gay terminará enriqueciendo su obra con las costumbres, el folclore, las creencias y supersticiones populares, la música, el canto, la comida y las fiestas locales, entre otros muchos elementos que no sólo aportan información histórica, antropológica o etnográfica, además, constituyen parte fundamental de la cultura nacional<sup>44</sup>.

Por último, y como el propio Gay lo confesaría muchos años después de haber iniciado su obra histórica, a pesar de que la opción de escribir la historia civil se le presentó en momentos en que “todas mis tareas se encerraban en el estudio de las ciencias naturales y geográficas”, incidió en su decisión el consejo de los que llama “algunos grandes patriotas, a quienes se les figuró, por la naturaleza de la mayor

<sup>42</sup> El texto es citado por Feliú Cruz, *Conversaciones...*, *op. cit.*, pp. 14-15.

<sup>43</sup> Juan Ignacio Molina, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*, p. IV.

<sup>44</sup> El Archivo Claudio Gay, depositado en el Archivo Nacional de Chile, consta de 70 volúmenes de documentos de las materias más diversas, todos recopilados por el naturalista durante sus viajes y estudios en Chile.

parte de mis ocupaciones, que mis publicaciones serían nuevas para el país, y, por consiguiente, poco apreciadas, me animaron a añadirles una historia civil, con el objeto de darles un interés general que estuviese al alcance de la generalidad de lectores”<sup>45</sup>. Esta declaración complementa, a la vez que muestra como Gay también construía una “historia” de su propia labor, los planteamientos que ofrece en el prólogo del tomo v de su *Historia*. Ahí afirma que finalmente se decidió por preparar la historia política al constatar “el sentimiento de admiración” que despertaron en él los “nobles y generosos hechos” de los patriotas durante sus “largos viajes por la república, cuando visitaba con respeto religioso los campos de batalla empapados aun de la sangre de tantas víctimas de la libertad chilena”. Situación que lo estimuló al contrastar este sentimiento contra “la especie de indiferencia” con que los chilenos de aquella generación dejaban de recoger y compulsar preciosos documentos para formar con ellos un cuerpo de historia, que sería un monumento de gloria y de justicia, y un verdadero cuadro nacional representando el heroísmo, la fuerza de alma y las virtudes cívicas de sus actores”<sup>46</sup>. Como se apreciará, si no al principio, durante su larga ejecución, Gay tuvo plena conciencia de que su obra sobre Chile sería un instrumento de formación de la nación.

Tomada su determinación, el acopio de materiales, en este caso de documentación que buscó en archivos públicos y entre las familias protagonistas de la independencia, fue el primer paso dado por Gay para fundar su historia; el mismo que lo llevó al Perú en junio de 1839, aprovechando así la presencia chilena para revisar archivos y recopilar memorias, correspondencia, informes y crónicas en el antiguo virreinato del cual Chile había formado parte<sup>47</sup>.

En su “Informe al ministro de instrucción pública sobre el viaje al Perú”, junto a las noticias concretas de su búsqueda de documentación relativa a la historia de Chile, Gay ofrece luces sobre su concepción de la historia y respecto de sus obligaciones como estudioso del pasado, las cuales tienen el valor de haber sido planteadas al comienzo de su trabajo como historiador y no como explicaciones *a posteriori* para justificar su obra y sus resultados.

La investigación sobre la base de la pesquisa y revisión de manuscritos originales es su gran preocupación, lamentando por ello muy sentidamente el incendio que en 1821 había consumido los archivos del virreinato, tanto como los saqueos que posteriormente habían sustraído del conocimiento de los historiadores los acervos documentales que se habían salvado del primer desastre. Especial preocupación mostró Gay por hacerse de documentos oficiales y de epistolarios de personalidades del gobierno colonial que le permitieran “aclarar” lo que llamaba “puntos importantes de la historia de Chile”. La compulsión de documentos, la obtención de estadísticas relativas a Chile o de noticias sobre los indios chilenos fueron también el centro de sus afanes como investigador.

---

<sup>45</sup> Estos conceptos en el prólogo del tomo v de la *Historia física y política de Chile, Historia*, publicado en 1849, p. xv y xvi.

<sup>46</sup> Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. v, pp. xiv y xv.

<sup>47</sup> El texto del informe mencionado, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. ii, pp. 266-273.



Interés mostró también por acopiar noticias sobre la que llama “historia de la independencia”, para lo cual tuvo la fortuna de dar con epistolarios de autoridades monárquicas de la época de las luchas militares entre patriotas y realistas, los cuales demostraban, como Egaña se lo había señalado, la trascendencia de la batalla de Maipú sobre la suerte de América y las naciones que surgieron como consecuencia de la gesta libertaria. Ya entonces Gay pudo concluir, como lo expresa en su informe, respecto de la “parte activa y decisiva” que le cupo a Chile, valorando así a una sociedad que hasta ese momento sólo se había mirado “como una parte integrante del Perú o como una de sus lejanas provincias”. Ponderando los testimonios, en un rasgo que le fue característico, agregó que “tal vez el amor propio de ciertos pueblos no querrá reconocer esta gran influencia, pero será siempre confesada por las correspondencias de personajes que por su posición y sus opiniones no pueden sino merecer plena y completa confianza de parte del historiador imparcial”. Estas y otras informaciones, como por ejemplo las que sus conversaciones con Bernardo O’Higgins le procuraron, formaban para Gay “la base de una buena historia de esa brillante época de la independencia”, sin duda ya, y aun antes de comenzar a escribir su obra, el punto culminante de la misma.

De este modo, el naturalista convertido en historiador debido a las urgencias del Estado nación para el cual prestaba sus servicios, hizo saber que su método sería el propio del positivismo, es decir la recopilación y crítica de los documentos que acopiaba, los cuales le servirían de material para la elaboración y redacción de su obra luego de un esfuerzo desapasionado por establecer los hechos. Así, y como se ha establecido, “Gay tuvo el mérito de señalar una orientación metodológica para el cultivo de la historia”, estableciendo que antes de emprender una síntesis o una interpretación filosófica del pasado, era preciso realizar el esfuerzo de investigación, acopio de documentos, catalogación de archivos y elaboración de monografías, entre otros requisitos para llegar a un adecuado conocimiento de los hechos<sup>48</sup>.

La defensa que años después hizo de su obra, a propósito de algunas críticas que se dejaron oír luego de la aparición de la parte histórica, confirman lo que afirmamos. En septiembre de 1845 escribió, dirigiéndose al entonces Ministro de Instrucción Pública, Manuel Montt:

“me reprochan escribir más bien una crónica que una verdadera historia, y agregan que no conozco bastante la filosofía de esta ciencia [la historia] para ser capaz de publicar una buena obra. Sin duda, me gustan mucho esas brillantes teorías engendradas por la escuela moderna... Pero antes de ahondar esta clase de materias, los señores periodistas debieran preguntarse si la bibliografía americana, y en particular la de Chile, ha avanzado bastante como para suministrar los materiales necesarios para este gran cuadro de conjunto y de crítica”<sup>49</sup>.

---

<sup>48</sup> Sergio Villalobos R., *Historia del pueblo chileno*, p. 11.

<sup>49</sup> La carta de Gay a Montt en Feliú Cruz y Stuardo Ortiz, *Correspondencia...*, *op. cit.*, pp. 74-83.

Aludiendo a los europeos que se le señalaban como ejemplo, advertía que quienes se ocupaban de los cuadros de conjunto, “dejándose llevar por su sola imaginación, por su solo genio”, actuaban sobre la base de “millares de memorias particulares, trabajadas con el cuidado más tenaz por monografistas tan pacientes como concienzudos”, inexistentes en el Chile de entonces. De ahí que, continuaba, “querer obrar de esta manera para la historia de Chile sería querer principiar por donde se debe terminar, querer dogmatizar en un plano calculado sobre el de otras naciones acerca de los acontecimientos más oscuros y los menos conocidos”. Considerando que en Chile los hechos de su pasado no habían sido discutidos ni comentados, y que “se han adoptado de buena fe y sin crítica los resúmenes que por copia han sucedido hasta nosotros” preguntaba, “¿y es con esa clase de materiales con que se querría escribir una historia de Chile fundada en los preceptos de la escuela filosófica moderna?”. Su respuesta no debe extrañar: “No sé si me engañe, pero me parece que esa clase de trabajos, por otra parte siempre útiles, no pueden en el estado actual de nuestro conocimiento del país formar parte de una obra seria”. Para Gay la “historia era una ciencia de hechos, tal como han ocurrido”, los cuales se determinaban a partir de los documentos; en su concepto, “los únicos capaces de darnos resultados satisfactorios” si se buscaba, como se le había pedido, elaborar una historia mucho más “completa que la de mis antecesores”.

En este aspecto, la obra histórica del naturalista correspondía más o menos exactamente con lo que en su época se consideraba un buen trabajo historiográfico. Como se ha afirmado, “el escribir basándose estrictamente en fuentes originales era para aquel entonces algo enteramente nuevo”, y Gay lo hizo<sup>50</sup>. Obviando las diferencias, en especial en orden al estilo literario de las mismas, el texto de francés estaba concebido con los mismos principios que la obra del norteamericano William Prescott *Historia de la conquista del Perú*, la cual en Chile fue muy ponderada por Andrés Bello que, también, había valorado los primeros tomos de la *Historia* de Gay<sup>51</sup>.

Éste trasladó al estudio del pasado nacional las tareas propias del método científico, las mismas que había repetido una y otra vez durante sus exploraciones por el territorio nacional. Para escribir su historia reemplazó los años de herborizaciones, acopio de muestras, mediciones, recolección de restos, observaciones y descripciones minuciosas sobre el terreno, por la revisión de archivos, la búsqueda y compulsión de manuscritos, el cotejo de documentos y las entrevistas con contemporáneos y protagonistas de los procesos que marcaron su época. Toda la información recopilada y seleccionada, sometida a una rigurosa crítica, permitió al sabio, como lo señala en el prólogo de su *Historia*, escapar de toda especulación,

---

<sup>50</sup> La cita en Donald H. Cooper, “Claudio Gay, científico e historiador”, p. 243. Sobre los modelos historiográficos europeos entonces vigentes, véase Cristian Gazmuri R., *La historiografía chilena (1842-1970)*, pp. 52-54.

<sup>51</sup> Guillermo Feliú Cruz, en su *Historiografía colonial de Chile*, pp. 52-53, compara la obra de Gay con la de Prescott. Para apreciar el trabajo historiográfico de Prescott, véase el documentado libro de Iván Jaksic, *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880*.

determinar los hechos que constituían la historia de Chile, desechar los sucesos inverosímiles y corregir las interpretaciones ligeras, satisfaciendo así “las esperanzas que el patriotismo chileno ha puesto en esta obra”<sup>52</sup>.

#### LA HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE

En la parte propiamente histórica de su monumental obra, Gay abordó el pasado chileno desde los primeros momentos de la dominación española en Chile, hasta el cambio de década entre la de 1820 y 1830, momento culminante del proceso de organización nacional que sucedió a la Independencia.

Pero Gay no sólo puso límites temporales a su *Historia*, también territoriales, pues con su quehacer también definió el espacio nacional, sustrayéndolo a la visión geográfica continental prevaleciente hasta 1810. El naturalista geógrafo marcó el territorio donde se desenvolvería la “historia de Chile”, favoreciendo de paso el carácter centralista y capitalino de la historiografía nacional al haber identificado el llano central, cuyo centro es Santiago, como el ámbito característico de desenvolvimiento de la sociedad chilena. En este sentido, la historia de Chile, como la de muchos otros estados en América Latina, también es fruto de la materialización de un espacio, un territorio, una unidad geográfica identificable gracias a sabios como Gay, y, por tanto, necesitada de un pasado que la legitimara y dotará de contenido histórico.

El primer mérito de la *Historia* de Gay es que al momento de publicar su obra, nadie había emprendido la historia completa de las centurias coloniales, y menos, abordado la etapa republicana de Chile. Para el periodo colonial, el texto tenía el valor de haber sistematizado el conocimiento que se tenía sobre la época, sometido a crítica las crónicas coloniales y, esencial, haber utilizado una gran cantidad de documentos que, como la correspondencia del conquistador Pedro de Valdivia, permanecía absolutamente desconocida para los estudiosos del pasado de Chile. En este plano, se ha juzgado que en general Gay “había acometido un trabajo serio, profundo, investigado en fuentes inéditas de primera mano, y expuesto con método y claridad el asunto”. Más todavía, que había percibido que las crónicas no eran las únicas fuentes a que debía recurrirse para hacer una historia verdadera con criterio científico, comprendiendo que “sólo en la compulsión de documentos era posible fijar la exactitud o certidumbre del conocimiento histórico”<sup>53</sup>.

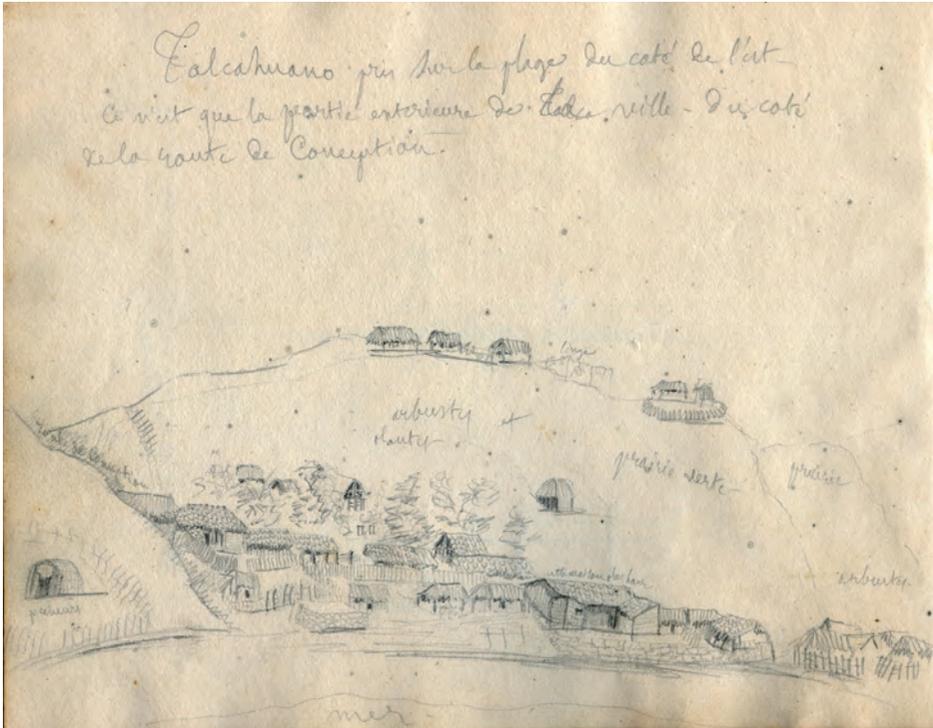
En los tomos I a IV de la *Historia* los chilenos conocieron por primera vez y de manera sistemática, completa y acabada, su pasado colonial. Ahí estaba el cuadro histórico de las alternativas de una sociedad a la que, se deduce de la lectura de la obra, las adversidades habían desafiado una y otra vez, imponiéndole sacrificios tremendos que ésta había superado hasta surgir reponiéndose de sus pesares. De este modo el “acontecer infausto”, característico de la evolución chilena, al igual que la capacidad de la población para sobreponerse, pasó a constituir una de las notas

---

<sup>52</sup> Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. I, pp. V-XVI.

<sup>53</sup> Feliú Cruz, *Conversaciones...*, *op. cit.*, pp. 65 y 73.

distintivas, y motivo de orgullo, de la nueva nación. Tanto como la idea de la aspiración por la libertad que, desde las primeras páginas, Gay señala como propias de los habitantes de Chile. Así, por ejemplo, refiriendo las alternativas de la expedición de Diego de Almagro y su encuentro violento con los indígenas del norte, anima el relato concluyendo: “estas fueron las primicias de la sangre chilena y española que regó aquella tierra de libertad, aquel suelo de probado valor y exquisito heroísmo”<sup>54</sup>.



Dibujo autógrafo de Claudio Gay del puerto de Talcahuano. Durante sus excursiones por el territorio nacional, el naturalista tomó apuntes que más tarde aprovecharía para componer su monumental obra. Archivo de la Société d'Études Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var.

En contraste con la época de libertad que se vivía luego de la independencia, la obra del naturalista, como después la de los historiadores clásicos del siglo XIX, muestra el periodo colonial como una etapa de usurpación, desfavorable para los americanos, tanto como para sostener, como lo hace en el último tomo que dedica a ella que: “hasta ahora, la historia del reino de Chile ha sido puramente la historia de su infancia y de los males infinitos, increíbles que ha tenido que resistir para hacerse adulto, fuerte y capaz de existir por sí solo”, profetizando que en razón de todos los elementos de su creación y de su naturaleza, Chile estaba destinado a “su duración futura o su perpetuidad de existencia”<sup>55</sup>.

<sup>54</sup> Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. I, p. 113.

<sup>55</sup> *Op. cit.*, t. IV, p. 5.

En conceptos que para sus lectores chilenos debieron ser motivo de satisfacción y orgullo, y que muestran elocuentemente el propósito esencial de su texto, el naturalista, luego de completar el relato de la época colonial, concluía que

“el pensamiento de formar una grande familia, una nación perfectamente organizada y respetable se ve, desde un principio, en el arrojo y tesón de sus primeros colonos; en la unanimidad de sus miras; en la probidad y celo de sus administradores; en la perseverancia heroica de unos y de los otros en luchas contra adversidades que hubieran podido desanimarlos mil veces por una, mil veces que los hallaron sin el menor auxilio para contrarrestarlas, abandonados a sí mismos y al sólo impulso de sus brazos y de sus corazones; y, en fin, en la noble ambición de ilustrarse ansiando, pretendiendo y obteniendo a fuerza de constancia y de una conducta política fundada esencialmente en los más escrupulosos principios de honradez, los títulos y condiciones de existencia que constituyen un estado social completamente fundado, civilizado, respetable y respetado”<sup>56</sup>.

En el resto de la sección histórica, en especial en los tomos V y VI, Gay aborda la Independencia, periodo al cual prestó especial dedicación en virtud del interés con que esta sección era esperada, precisamente por, en sus palabras, “ser la revolución chilena, sin disputa, la parte más noble, la más importante y la más gloriosa de su historia”. En este contexto, el autor la presentaba como “emblema del gran movimiento social que ha sacado al país de sus pañales y le ha hecho crecer de repente, comunicándole bastante fuerza para conquistar su nacionalidad, que el egoísmo le había negado hasta entonces”<sup>57</sup>. Aun antes de escribirla, la historia de la nación chilena había sido trazada por sus elites, cuando encargaron su obra a Gay, y por éste cuando concluye el último tomo dedicado a la colonia, ahí se lee en el último párrafo:

“A la gloria de la conquista mas portentosa de cuantas se leen en historia alguna, gloria a la cual sería inútil buscar un parangón, los Chilenos han añadido la de la perseverancia más heroica en formar solos una grande y noble nación, solos, luchando contra resistencias internas y contra envidias extrañas; luchando contra los hombres y contra los elementos, sin haber desmayado nunca, y la civilización, y el mundo entero, y el cristianismo, les deben gracias y alabanzas que, a la verdad, la civilización y la religión mismas, lejos de negárselas, les tributan alta y universalmente”<sup>58</sup>.

Como se comprenderá, la historia de la independencia y los primeros años de vida republicana, narrados en los tomos VII y VIII, y en especial el papel de sus actores, fue apreciado por la elite chilena prácticamente como una crónica de su pasado, muchos de cuyos miembros ofrecieron su testimonio en calidad de protagonistas de la que Gay califica como la etapa más “gloriosa” del pasado nacional.

---

<sup>56</sup> Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. IV, pp. 4-5.

<sup>57</sup> *Op. cit.*, t. V, p. V.

<sup>58</sup> *Op. cit.*, t. IV, p. 498.

El naturalista, sin duda atento a la reacción del grupo gobernante que le había encargado la “historia de Chile”, dado las facilidades para su ejecución, financiado sus trabajos y prestado declaración, se sintió comprometido con ellos<sup>59</sup>.

Pero también con una realidad que para el científico, conservador en materias políticas, resultaba evidente. Por ello en 1849, en el prólogo del tomo v de su obra, y a propósito de la trayectoria de la joven república, señaló que “mientras sus vecinas gimen aun bajo el azote de la anarquía, Chile, fuerte y tranquilo, prosigue en su alta misión, esparciendo en los diferentes ramos de la prosperidad social las mejoras morales y materiales que parecen emanar directamente de un poder superior y absoluto”<sup>60</sup>. Para la obra de la elite no escatima elogios “sería difícil hallar un país en donde los que mandan hayan abusado menos de su poder y autoridad”; valorando que “animados, al contrario, de las mejores intenciones, e imbuidos de la más escrupulosa probidad, se han entregado constantemente al servicio público”. De ahí que no fuera casual que la revolución en Chile “aparezca coronada de una aureola de gloria que, muy ciertamente, debe lisonjear sobre manera el amor propio de los habitantes”<sup>61</sup>.

Por lo anterior, y por su formación científica, es que Gay narró, narró y narró hechos y hechos. Evitó los juicios y los pronunciamientos, en especial si éstos debían caer sobre individuos. Lo dicho se aprecia en el tono general de su obra, como en los calificativos que aplica a determinados periodos históricos y grupos de la sociedad. Esta característica, también, aunque más moderadamente, fue seguida más tarde por Diego Barros Arana en su *Historia general de Chile* que, en 16 volúmenes, fue publicada entre 1884 y 1902.

Todo lo dicho reviste gran importancia en razón de algunas de las notas distintivas de la historiografía chilena en tanto historia aristocratizante, elitista, capitalina, política y, esencialmente, triunfalista; en el sentido de la valoración que corrientemente se ha hecho de la trayectoria nacional que, normalmente, se ha presentado como responsabilidad prácticamente exclusiva de las elites nacionales<sup>62</sup>. En rigor, se ha confundido la historia de la elite con la historia de Chile, siendo ésta una forma de legitimación de la preeminencia como sector social de la primera. Sin duda Gay contribuyó también a esta noción al privilegiar, y no podía ser de otro modo dado la época en que escribió, el documento como materia prima de la historia. La base de su obra histórica fue el testimonio oficial, sellado y firmado, aquél que

<sup>59</sup> Según Barros Arana, Gay “no quería herir las susceptibilidades de los descendientes de los personajes cuyos hechos narra”. Barros Arana, *Don Claudio...*, *op. cit.*, p. 401.

<sup>60</sup> Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. v, p. XIII.

<sup>61</sup> *Op. cit.*, t. v, pp. XII y XIII.

<sup>62</sup> Sin duda, desde sus orígenes, la historiografía chilena ha sido poco analítica, también en el sentido de crítica, respecto del pasado nacional y del papel de los grupos dominantes en el mismo. Las condiciones en que nació, las características de sus cultores, tanto como la necesidad de contribuir a la consolidación de la nación a través de una historia edificante y heroica que insuflara espíritu patriótico, explican el tono de la mayor parte de ella; cuando no la especie de “censura” que impidió una historia menos complaciente debido a que podía poner en cuestión la que se sostenía era la obra de las elites nacionales, es decir, la organización republicana y la consolidación nacional.

esencialmente emanaba de los agentes del Estado, de los gobernantes que, mayoritariamente pertenecían a la elite.

Resultado de todo lo anterior, en el siglo XIX la elite chilena no sólo dominaba el presente, además, protagonizaba el pasado de la nación, su obra, que a través de la construcción de su historiografía ayudaba a consolidar. De este modo no es casual que Gay escribiera que para la historia de la independencia, además de los documentos, se sirvió de “repetidas conversaciones que he tenido con testigos de la revolución”, y que en definitiva advirtiera que la historia de esa etapa, “en resumen y en general, será un registro de sus nobles y brillantes hechos”<sup>63</sup>. Sobra señalar que la historiografía clásica chilena siguió muy de cerca esta idea de la historia, como las obras de Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y Miguel Luis Amunátegui lo demuestran. El método positivista, la crónica política y militar y el protagonismo de los personajes de gobierno es lo que caracteriza la obra de estos autores, haciendo de la trayectoria de las elites y de sus logros, la historia de Chile. Como se comprenderá, el que hasta bien entrado el siglo XX los cultores de la historia nacional fueran, precisamente, miembros de lo que tradicionalmente se ha considerado elite chilena, contribuyó también a prolongar esta concepción de la historia. Ellos escribieron sobre el grupo al que pertenecían por razones vinculadas a su condición social y su ideología política, o relacionadas con los desafíos de la época en que vivieron. Aunque también porque entonces, la historia, la historia verdadera, como estudiosos como Gay lo habían demostrado, era la de los grupos en el poder<sup>64</sup>.

En la época, la ponderación de los tomos referidos a la independencia fue, en general, positiva. Al decir de Diego Barros Arana, en una muestra decisiva de que el método y concepción de Gay habían calado hondamente en los historiadores clásicos, “los sucesos están distribuidos con método y contados con claridad: hay allí investigación propia, confrontación de autoridades y noticias importantes que en vano se buscarían en otros libros y que Gay había recogido de boca de los mismos autores”<sup>65</sup>.

Numerosas y diversas son las evaluaciones que se han hecho de la sección histórica de su obra, tanto por sus contemporáneos como por críticos posteriores<sup>66</sup>. Sin

<sup>63</sup> Las palabras del naturalista en el prólogo de los tomos dedicados a la independencia. Véase Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. V, p. XXI.

<sup>64</sup> Para una caracterización de la historiografía chilena decimonónica en relación a este punto, véase Rafael Sagredo Baeza, “Elites chilenas del siglo XIX. Historiografía”, pp. 103-107.

<sup>65</sup> Barros Arana, *Don Claudio...*, *op. cit.*, p. 401-402. Los textos de Barros Arana sobre Gay y su obra datan de 1875.

<sup>66</sup> A nuestro juicio, los trabajos de Cooper, *op. cit.*; Francisco A. Encina, “Breve bosquejo de la literatura histórica chilena” y Guillermo Feliú Cruz, *Claudio Gay, historiador de Chile. 1800-1873*, son los que más rigurosa y certeramente han analizado la obra historiográfica de Gay, destacando sus méritos y explicando sus falencias.

Para la historia contemporánea de la historiografía, el interés por la obra de Gay recae esencialmente en lo relativo a al método positivista, narrativo y crítico que más tarde sería seguido por los llamados “historiadores clásicos”, por ejemplo, véanse Villalobos R., *op. cit.* y Gazmuri R., *op. cit.* En la perspectiva de la historia de la ciencia, pueden consultarse los trabajos de Zenobio Saldivia Maldo-



Fotografía de Diego Barros Arana (1830-1907), autor de la *Historia general de Chile* publicada entre 1884 y 1902, la máxima expresión de la escuela historiográfica positivista nacional, continuadora, por su método e intención, de la obra iniciada por Claudio Gay. Biblioteca Nacional de Chile.

embargo, y más allá de los errores fácticos puntuales que se le han reprochado, el mal uso de algunos de los materiales que recopiló, el escaso vuelo interpretativo del trabajo, lo precipitada que resulta en ocasiones, la falta de equilibrio en la composición, la cruda redacción de muchas de sus partes e, incluso, el que el propio Gay, luego de visitar los archivos, señalara que ella no tenía gran valor como conocimiento histórico pues muchos documentos la contradecían, lo cierto es que el texto resulta esencial en tanto ofreció la primera visión de conjunto del pasado de Chile, transformándose así en un instrumento esencial en el proceso de conformación de la nación. Ahí está su verdadero mérito.

En la que llamó historia física de Chile, Claudio Gay abordó esencialmente la descripción de la flora y fauna de Chile bajo los rótulos de botánica y zoología, destinando 8 volúmenes a cada una de las secciones de esta parte de su texto, ofreciendo lo que consideraba “el catálogo más completo de las especies que habitan esta gran república”<sup>67</sup>. Con ellos pretendía llenar los vacíos que sobre estas materias existían en las obras que, como las de Molina y Ruiz y Pavón, habían antecedido a la suya; pero también, y esencialmente, publicar una obra “de entera utilidad para los americanos, y sobre todos para los chilenos”, que ahora contarían con una

---

nado, *La ciencia en Chile decimonónico* y *La visión de la naturaleza en tres científicos del siglo XIX en Chile: Gay, Domeyko y Philippi*, pero también el de Mario Berríos C. y Zenobio Valdivia M., *Claudio Gay y la ciencia en Chile*, Santiago, Bravo y Allende Editores, 1995.

<sup>67</sup> Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, *Zoología*, t. I, p. 6.

flora y fauna que les permitiría conocer a fondo nociones de “gran provecho para la moral, para la industria, y para la pública felicidad”<sup>68</sup>.

En la historia natural Chile también sobresalía pues, como Gay lo explicaba, tenía un carácter particular derivado de las barreras naturales que cerraban todo su contorno, transformándolo en una “región enteramente natural”. “De ahí nace, explica, el que sean exclusivamente de ese país muchos de los productos naturales, y hay géneros particulares, que con todo de contar con numerosas especies, allí se encuentran concentrados por no haber podido salvar las imponentes barreras que los guardan”<sup>69</sup>. En lo que desde Pedro de Valdivia en adelante constituye un verdadero estereotipo o lugar común, el naturalista francés también señalaba el clima como otra cualidad propia del territorio nacional. De este modo, calificativos como el de “hermoso” o “delicioso” país que aplicó a Chile no nos deben sorprender si consideramos que su objeto de estudio constituía un espacio natural de una “prodigiosa feracidad” que él, el científico, daba a conocer ofreciendo una acabada descripción de sus especies vegetales y animales.

Gay consideró pertinente ofrecer una descripción muy lata de las familias, de los géneros y después de las especies que estudió, tanto como de sus rasgos distintivos, las características de su ambiente natural y los límites extremos de su hábitat. Pero también, cuando correspondía, nociones respecto de las virtudes medicinales de algunos vegetales, como del empleo y utilidad que se les podía dar a determinadas especies en los diferentes ramos de la industria nacional. Por último, pero no menos importante en razón de su efectos sobre la noción de lo chileno, “deseando que fácilmente se llegue al conocimiento de las especies”, entregó a los pintores la responsabilidad de grabar las láminas con las imágenes de plantas y animales.

Para justificar la inclusión las láminas que terminaron formando el *Atlas*, en el *Prospecto* de su trabajo Gay explicó que una obra como la suya “no puede carecer de estampas, indispensablemente necesarias para que se entienda la explicación de ciertos fenómenos y para facilitar el estudio de todo cuanto concierne a la geografía y a la historia natural”. Por ello informa:

“desde el momento en que arrostré la empresa sentí la necesidad de una colección semejante y, bien que mis numerosas ocupaciones consumieron casi todo mi tiempo, no he dejado por eso de dibujar los objetos vivos, principalmente aquellos que no era posible conservar con sus caracteres peculiares de forma y colorido”<sup>70</sup>.

Las estampas, que cubren aspectos históricos, culturales y geográficos, además de reproducir especies de los mundos animal, vegetal y mineral, fueron preparadas por Gay por considerarlas indispensables para facilitar la inteligencia y el estudio de la geografía y de la historia natural de Chile. De este modo, aunque ellas son parte integrante de su monumental *Historia*, lo cierto es que por sí mismas

---

<sup>68</sup> Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, *Botánica*, t. I, pp. 15-16.

<sup>69</sup> *Op. cit.*, *Botánica*, t. I, p. 4.

<sup>70</sup> Véase el *Prospecto* en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, p. 282.

**Preguntas que han de contestar los gobernadores departamentales, poniendo sus contestaciones en el blanco que se deja al frente o márgen de cada una de ellas.**

*Al Gobernador del Departamento de Carchimapu*

1.ª ¿Cuáles son los límites del departamento al oriente, al poniente, al norte y al sur?

*Al oriente toda las cordilleras de Atacama donde de de con el departamento de Calbuco. Al Poniente playas de Carchimapu en la marina.  
Al Norte el río Maipo y río negro, en la Montañas que van para Atacama.  
Al sur la costa que va para Calbuco y la abata.*

2.ª ¿En qué lugares del departamento

- hai y cuantos
- Conventos. . . . .
  - Iglesias. . . . .
  - Capillas. . . . .
  - Oratorios. . . . .
  - Curas. . . . .
  - Sotacuras. . . . .
  - Clérigos. . . . .
  - Relijiosos y su órden? . . . . .

*No hai ninguno convento.  
Una en Carchimapu.  
Una en Manillón.  
ninguno.  
Uno.  
ninguno  
Id.  
Un religioso de la Merced que es el cura.*

3.ª ¿Cuáles son las enfermedades mas comunes en el departamento?

*Catarrados crónicos, dolores de estómago y resaca en tabardillos*

4.ª ¿Cuántos médicos o cirujanos hai?

*ningunos*

5.ª ¿Si hai algunas aguas minerales y en qué lugar?

*ningunas*

6.ª ¿Cuántos mendigos o pordioseros habrá poco mas o ménos?

*habran como doce o caboco.*

7.ª ¿Cuántos negros y negras?

*ningunos*

8.ª ¿Qué número de minas se trabajan?

*ningunas*

9.ª ¿Cuántas de cobre y con cuantas barras?

*Id.*

10.ª Cuántas de plata y con cuantas barras?

*Id.*

Questionario, verdadera encuesta, con las respuestas de la autoridad competente, que Claudio Gay entregaba para obtener información de cada una de las localidades que visitó durante sus exploraciones por el territorio nacional. Archivo de la Société d'Études Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var.

representan un testimonio de primer orden para el conocimiento de la evolución chilena. Ellas constituyen un elocuente repertorio de imágenes en las que está plasmado el Chile de las primeras décadas de la república, tanto en su realidad material, natural y cultural, como en la profundidad de las costumbres, mentalidad, valores y formas de ser que ellas reflejan.

A través de las láminas publicadas Gay ofrece una visión ilustrada, gráfica, del país. Una imagen que conforma un registro fundamental para la historia de la representación iconográfica de Chile en la etapa de su consolidación como nación. Es decir, cuando la noción sobre lo chileno estaba en gestación, tanto para los nacionales, como para los extranjeros ante los cuales Gay daba a conocer el país.

El *Atlas* de Gay ofreció por primera vez para Chile, y como nunca antes había ocurrido, la fuerza de la imagen como instrumento de divulgación. No sólo del conocimiento científico, también de la fisonomía y naturaleza de una sociedad que se da a conocer a través de la representación de sus modelos sociales, ambientes propios, tareas y diversiones características. Por ello es que en el contexto de la evolución republicana, el quehacer de Claudio Gay tiene el mérito de ser uno de los factores esenciales del proceso de conformación de una imagen de Chile.

Para la sociedad, y todavía por muchos años, el conjunto del trabajo de Gay constituyó, como lo valoró un periodico en 1863, un verdadero “monumento histórico y científico”, por el cual éste debía ser apreciado como “uno de los hombres que ha empeñado con más justos títulos la gratitud de la patria”<sup>71</sup>. Para otros, se trataba de un “célebre autor de la mejor historia de Chile que poseemos”<sup>72</sup>. Realidad que sólo comenzaría a cambiar en 1884 cuando apareció el tomo primero de la *Historia general de Chile* de Diego Barros Arana.

#### LA OBRA DE CLAUDIO GAY EN LA ACTUALIDAD

El conocimiento y la divulgación de la obra desplegada por el naturalista hará posible apreciar el papel de los emprendedores y de los científicos, como lo fue Gay, en la historia nacional. Además, gracias a la reedición de su *Historia física y política de Chile* el sistema educacional nacional, en particular, y la sociedad, en general, ahora cuentan con un instrumento de aprendizaje de primer orden, para una variedad de disciplinas, y que permite ilustrar numerosos contenidos transversales y formar en valores fundamentales promovidos por el sistema nacional de educación.

Considerando que Claudio Gay orientó su quehacer como hombre de ciencia a generar un sentimiento de nacionalidad gracias al conocimiento de la realidad natural y cultural del Chile que nacía a la vida republicana, además de proporcionar instrumentos para el gobierno del país a través de sus informes, proyecciones científicas y representaciones cartográficas, no se exagera al sostener que su obra constituye los cimientos del Chile republicano. En ella se resume el conocimiento

---

<sup>71</sup> Los conceptos en *La Tarántula* de Concepción del 28 de octubre de 1863.

<sup>72</sup> Véase *El Porvenir* de Chillán del 8 de octubre de 1863.

existente en su época, y sobre ella se levantará el trabajo de quienes lo sucedieron en la tarea de inventariar y proyectar Chile, lo que lo transforma en un referente indispensable por la magnitud, amplitud y heterogeneidad de sus investigaciones.

La posibilidad de contar con los textos de Gay significa dotar al país, y con él al sistema educacional, universitario y científico nacional, de las fuentes que harán posible mostrar y educar, de una manera concreta y ejemplar, acerca de la trascendencia del quehacer científico, así como del estudio, la investigación y el trabajo sistemáticos. Todos, elementos esenciales a la hora de formar a la población de un país que aspira a ocupar un sitio en el mundo desarrollado a través de agregar valor a sus riquezas naturales por medio de la ciencia y la tecnología, entre otros medios.

Reeditar por primera vez la *Historia física y política de Chile*, que a pesar de ser conocida como la obra de un solo autor es, en realidad, el resultado del trabajo de más de 30 de reputados científicos del siglo XIX, permitirá mostrar en nuestro mundo globalizado una de las raras iniciativas en que Chile capturó la atención del mundo. En efecto, no es sólo que en la redacción de la *Historia* de Gay participaron numerosos académicos, es también que entonces, mediados del siglo XIX, Chile fue uno de los pocos países de Hispanoamérica que tuvo una obra de esta magnitud. Transformándose de este modo en un referente para las demás naciones del continente americano. Es decir, prácticamente desde cualquier ángulo de las preocupaciones de la sociedad chilena actual, Claudio Gay y su obra es un ejemplo y antecedente esencial. Incluso, también en un aspecto como el del idioma en que se escribió pues, a petición de los chilenos, entonces y ahora casi totalmente ignorantes de otros idiomas, fue compuesta en español, limitando así sus posibilidades de ser conocida en Europa, y con ella Chile y sus recursos; lo que a su vez no favoreció la inversión extranjera, tan importante entonces como hoy, pero tampoco la inmigración, en aquella época esencial para el país.

Desde otro ángulo, hoy, cuando la sociedad chilena se ofrece diversa y heterogénea, cuando los procesos de democratización han hecho posible la expresión de variadas voces, que a su vez representan a también numerosos y diversos actores y grupos de la sociedad; cuando la globalización ha estimulado la mirada comparativa, inclusiva y regional, pero también las identidades locales y particulares; cuando por lo señalado resulta imposible hablar de la existencia de una sola versión de la historia de Chile como la de Claudio Gay lo fue alguna vez; incluso así, constituye un referente. En efecto, y tal como se experimenta en estos tiempos, su trabajo, su énfasis, a veces exageración, por ponderar esa realidad que es Chile no está muy alejado de lo que es posible advertir en la actualidad con las “escuelas historiográficas” que buscan relevar nuevos actores y grupos como “el sujeto popular”, localidades y regiones del país, o niños, mujeres y mapuche, entre otra serie de sujetos antes inexistentes para los estudiosos, o integrados en la “gran” historia nacional, de la que la *Historia física y política de Chile* de Claudio Gay es la primera versión

Por último, cuando celebramos el bicentenario de la Independencia, los 200 años del hito en que se data el inicio del proceso de organización republicana y de

construcción de la nación, el ejemplo de trabajo que Claudio Gay ofrece permite renovar los modelos sociales.

Si se toman los que hasta ahora se han exhibido como ejemplo, se trata esencialmente de figuras militares y autoritarias, de épocas de turbulencia y conflictos; exiliados, muertos, asesinados, o suicidas, por alguna causa que la historiografía más tarde interpretó como razón patriótica, nacional, republicana o de Estado. Como si sólo este modo de servicio a la patria, a la nación o al Estado fuera la única forma de entrega a la sociedad; como si sólo las batallas y las muertes heroicas, la creación de instituciones jurídicas o el ejercicio del poder político, fueran las únicas fuentes de trascendencia histórica.

Que la generación que luchó y alcanzó la independencia elevara este tipo de sujetos a la categoría de figuras de la historia para celebrar su propia gesta, entre otros medios a través de la *Historia* de Gay, es entendible; incluso lo es el que en función del proceso de construcción nacional se utilizaran las hazañas militares y a sus protagonistas para crear un sentimiento de comunidad. Lo que parece menos comprensible es que todavía esos sigan siendo los únicos modelos, como si la formación de la nación y la existencia de la república todavía estuvieran en duda. Como si no hubieran transcurrido el tiempo y la historia entre 1810 y la actualidad. Como si nuestra sociedad se hubiera petrificado en la independencia y en sus consecuencias.

La trayectoria y trabajos de Claudio Gay permiten mostrar el valor del trabajo sistemático, el espíritu emprendedor y el papel del conocimiento científico, el arte y las humanidades en nuestra trayectoria como sociedad, todos elementos indispensables en una comunidad que aspira al rango de país moderno. Constituye un ejemplo concreto de la importancia de la ciencia y la constatación, más allá de cualquier duda, de la proyección política, cultural, económica y social de la investigación y el saber.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Anónino, Antonio y Francois-Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Archivo Nacional, *Catálogo del Archivo de Claudio Gay*, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1963.
- Barros Arana, Diego, *Don Claudio Gay; su vida y sus obras*, en *Obras completas de Diego Barros Arana*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1911, tomo XI.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000-2006.
- Barros Arana, Diego, *Un decenio de la historia de Chile (1841-1851)*, en *Obras completas de Diego Barros Arana*, Santiago, Imprenta, Litografía i Encuadernación "Barcelona", 1913, tomos XIV y XV.
- Bello, Andrés, *Obras completa de... Temas de historia y geografía*, Caracas, La Casa de Bello, 1981, tomo XXIII.

- Berríos C., Mario y Zenobio Saldivia M., *Claudio Gay y la ciencia en Chile*, Santiago, Bravo y Allende Editores, 1995.
- Burucúa, José Emilio y Fabián Alejandro Campagne, “Mitos y simbologías nacionales en los países del cono sur”, en Antonio Annino y Francois Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 433-474.
- Colmenares, Germán, *Las convenciones contra la cultura*, Bogotá, Tercer Mundo Editores S.A. 1989.
- Cooper, Donald B., “Claudio Gay, científico e historiador”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 127, Santiago, 1959, pp. 228-245.
- Encina, Francisco A., *Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta 1891*, Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1952.
- Encina, Francisco Antonio, “Breve bosquejo de la literatura histórica chilena”, en *Historiografía chilena*, separata número extraordinario de la revista *Atenea*, Santiago, Editorial Nascimento, 1949, pp. 27-68.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Claudio Gay, historiador de Chile. 1800-1873. Ensayo crítico*. Santiago, Editorial del Pacífico S.A., 1965.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile. 1808-1826*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1965.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Historiografía colonial de Chile*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1957.
- Feliú Cruz, Guillermo, “Perfil de un sabio: Claudio Gay a través de su correspondencia”, en Carlos Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina y Editorial Nascimento, 1973, t. II, pp. 11-82
- Feliú Cruz, Guillermo y Carlos Stuardo Ortiz, “Claudio Gay a través de su correspondencia”, en Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1962, pp. VII-LXXXIV.
- Feliú Cruz, Guillermo y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1962.
- Gay, Claudio, *Historia física y política de Chile*, París, Casa del autor, 1844-1871.
- Gay, Claudio, *Agricultura chilena*, Santiago, Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA), 1973.
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile*, Santiago, LOM Ediciones y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.
- Gay, Claudio, *Diario de su primer viaje a Chile en 1828*. Investigación histórica y traducción de Luis Mizón, Santiago, Ediciones Fundación Claudio Gay, 2008.
- Gazmuri R., Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)*, Santiago, Taurus y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006, tomo I.
- Jaksic, Iván, “*Ven conmigo a la España lejana*”: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispánico, 1820-1880, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2007.

- Lomné, Georges, “El espejo roto de la Colombia bolivariana (1820-1850)”, en Antonio Annino y François Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 475-500.
- Molina, Juan Ignacio, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*. Madrid: Antonio de Sancha, 1788, edición facsimilar, Santiago, Pehuén Editores, 2000.
- Mizón, Luis, *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 2002.
- Orbigny, Alcide d', *Viaje a la América meridional*, La Paz, Instituto Francés de Estudios Andinos y Plural Ediciones, 2003.
- Riviale, Pascal, *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos y Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000.
- Sagredo Baeza, Rafael, “Elites chilenas del siglo XIX. Historiografía”, en *Cuadernos de Historia*, N° 16, Santiago, 1996, pp. 103-132.
- Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*, Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.
- Saldivia Maldonado, Zenobio, *La ciencia en Chile decimonónico*, Santiago, Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana, 2005.
- Saldivia Maldonado, Zenobio, *La visión de la naturaleza en tres científicos del siglo XIX en Chile: Gay, Domeyko y Philippi*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile, 2003.
- Stuardo Ortiz, Carlos, *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina y Editorial Nascimento, 1973.
- Torres Marín, Manuel, *Así nos vió la Novara. Impresiones austríacas sobre Chile y el Perú en 1859*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1990.
- Universidad de Chile, *Anales de la Universidad de Chile. Edición facsimilar del primer número de los “Anales de la Universidad de Chile*. Santiago, Impresos Universitaria S.A., 1998.
- Universidad Diego Portales, *Epistolario Diego Portales*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2007.
- Villalobos R., Sergio, *Historia del pueblo chileno*, Santiago, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1980.
- Yudilevich L., David (ed.), *Mi viaje por el camino del inca (1801-1802), antología*, Santiago, Editorial Universitaria, 2004.



**HISTORIA**  
FISICA Y POLITICA  
**DE CHILE**

SEGUN DOCUMENTOS ADQUIRIDOS EN ESTA REPUBLICA  
DURANTE DOZE AÑOS DE RESIDENCIA EN ELLA

**Y PUBLICADA**

**BAJO LOS AUSPICIOS DEL SUPREMO GOBIERNO**

**POR CLAUDIO GAY**

CIUDADANO CHILENO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES CIENTIFICAS NACIONALES Y ESTRANGERAS  
CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR.

**TOMO PRIMERO.**

HISTORIA



**PARIS**

EN CASA DEL AUTOR.

**CHILE**

EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO.

MDCCCXLIV



## PRÓLOGO

El apego, con que desde mi tierna infancia, me entregué al estudio de las Ciencias, vino a ser en breve una irresistible pasión por todo cuanto en la naturaleza es digno esencialmente de un atento examen y de un análisis especial, y causa, al cabo, para que, después de ocho años de constante asistencia a las universidades más célebres de París, cayera yo en la tentación de consumir otros muchos investigando las producciones de algún remoto clima que no pareciera muy andado.

Mis maestros hubieron de señalarme la república de Chile por una de las regiones que podía más cumplidamente responder a las exigencias de mi desmedida curiosidad, y como me cuadrara el consejo, resolví seguirle, comenzando desde entonces a anotar cuidadoso, en tablas metódicas y analíticas, lo muy poco que de la historia y de la geografía de aquella parte de la América se había dicho. Éste era el medio de traer mis ulteriores tareas a un sistema de orden que había de hacerlas más breves y muy menos penosas; pero una circunstancia imprevista se adelantó a mis deseos llevándome a las afortunadas costas de ultramar mucho antes de lo que yo presumiera.

Entré en Chile a principios de 1829, dispuesto a reconocer su historia natural, su estadística y su geografía; y como el gobierno de esta república comprendiera, desde mis primeros ensayos, cuán importante era la empresa, contento y generoso se llamó a parte en ella, dando con esto un saludable impulso a mis fuerzas, y el medio ventajoso de dejarme discurrir en el país con cuanta atención y confianza eran menester para tomar tantos apuntes locales como pedía el complicado bosquejo de la importante publicación que desde este día entro.

Si no es temerario el empeño, bien habrá de parecer audaz, pues se trata no menos que de señalar cronológicamente los sucesos parciales y generales ocurridos en una de las partes del nuevo mundo, con las causas que los provocaron; hay que pintar la fisonomía del país de suerte que sucesiva y ordenadamente asomen sus valles, sus campiñas y oteros, sus cordilleras y vegas; se ha de hablar de las producciones naturales del suelo, de la calidad del terreno que las lleva, de los fenómenos atmosféricos que allí se cumplen, que así es de hacer para inteligenciarse en la esencia del clima, y en el porvenir y los límites reservados a la industria y a la agricultura; es indispensable el examen crítico del estado actual de la civilización, distinguiendo muy particularmente la de cada localidad; en una palabra, se ha de

descorrer también el interesante cuadro donde luzcan los usos, las inclinaciones y costumbres de los tan altivos cuanto intrépidos *araucanos*, que idólatras de su libertad e independencia, y merced a su heroico valor, han sabido guardar intactas hasta el día sus rústicas instituciones, y con ellas su hereditaria dignidad. Ya se ve si es inmenso el campo que me propongo recorrer, y a cuyo fin he de llegar; que así me lo anuncia mi propia conciencia, más que a primera vista parezca presunción del amor propio... ¡Ojalá yo lo logre con el tino que la obra exige y merece!

Como quiera, cumple aquí una ligera reseña de mis viajes, una abreviada enumeración de los materiales que han de formar el cuerpo de este vasto edificio; todo muy oportuno para disipar cualquier recelo, la más leve desconfianza que alzarse pudiera contra hechos dignos ciertamente de igual fe, del justo crédito que a mí mismo me merecen.

Ya se ha dicho cuál fue conmigo el puntoso porte del gobierno de Chile desde que notara el celo, la conciencia, la escrupulosa atención, con que yo emprendí, en cuanto llegué a Santiago, la visita de aquel país, reuniendo y copiando cuantos objetos de historia natural lograba ver; buscando, además, en los archivos, las noticias estadísticas que habían de llevarme al exacto conocimiento del suelo donde me hallaba, y de semejante patrocinio fue consecuencia el recomendarme oficial y eficazmente a todas las autoridades provinciales, aventajando así sobremanera mi posición, siendo, además, motivo para que desde mis primeras pruebas distinguiera yo, no tan sólo la valía del favor, si también los preciosos resultados que me esperaban al fin de la carrera; pero no tardé en tropezar con inconvenientes harto hechos para desalentar al hombre más resuelto y tenaz.

Falto, en efecto, de instrumentos para determinar todos los fenómenos físicos que en aquellas regiones ocurren, mal podía yo armonizar mis ensayos de historia natural, ni por consiguiente apreciar la influencia directa del clima en la distribución y forma de los seres animados, ni sus relaciones recíprocas o de dependencia. ¿Qué hacer? Atravesar segunda vez los mares, y procurarse en Europa todo cuanto para este género de trabajo se hacía de absoluta necesidad. No era pequeño el sacrificio, pero ni me faltó aliento para cumplirle, ni le doy por mal empleado; antes merecí a esta medida, y a la noble generosidad del gobierno chileno<sup>1</sup>, el hacerme con una hermosa y rica colección de instrumentos de física y de meteorología, debidos a la habilidad de los primeros artistas de París, ejecutados bajo la dirección de varios académicos, comparados con los del Real Observatorio; lo cual, sobre realzar su precio, dio a todos mis cálculos un orden enteramente comparativo, conduciéndome a descubrimientos dignos, en verdad, de la mayor confianza. Explicaré mi idea.

De vuelta a Chile en 1833, restablecí, como era natural, mis tareas con el mayor ahínco, aunque siguiendo estrictamente un plan trazado esta vez de acuerdo con varios sabios de París, plan que consistía en recorrer una por una las nueve provincias de que consta la república, asentar sucesivamente en cada cual de las capitales mi observatorio, y recoger, de concierto con algunas personas inteligen-

---

<sup>1</sup> En Chile es de uso general el adjetivo *chileno*, pero la Academia Española dice *chileño*.

tes, una serie de observaciones siete y ocho veces repetidas por cada día, y además renovadas, rectificadas sin cesar, durante mi permanencia en un mismo punto.

Excusado decir que de semejante tarea no podía resultarme sino el estudio perfecto del clima local, pero ni tenía tampoco otro objeto: para adquirir el de la geografía, y de la naturaleza, convenía veredear por toda la provincia, cualquiera que fuese la estación, ora trepando con atento y detenido empeño hasta vencer las más encumbradas montañas, ora midiendo paso a paso el lecho de los ríos desde su origen hasta su confluencia recíproca, alzando, por supuesto, la fiel delineación de todos ellos; y esto es cabalmente lo que yo he cumplido, sacando, si se me permite la voz, el escuadreo del país en todas direcciones, con el fervor, con la constancia y el entusiasmo propios de la juventud, al paso que las muchas personas que me acompañaban reunían el gran número de plantas, de animales y de minerales que tengo destinados para un tratado muy completo de la historia natural de Chile. Gracias debo a aquellos inteligentes auxiliares, pues con ahorrarme ese trabajo material, pude darme resueltamente al de investigación, hasta fijar la altura de los lugares visitados, indagar con fruto la sucesión de animales y vegetales, a medida que más se adelanta hacia la cresta de las cordilleras; distinguir los límites; hacer un gran número de observaciones de física terrestre con efectos dignos de inducciones filosóficas sobre el conjunto de la naturaleza animada de aquella privilegiada región, y que servirán, además, de complemento a esta obra, o mejor de adorno, traído como de intento contra la aridez y el fastidio de las descripciones científicas, con términos cuyo colorido la hagan parecer pintoresca a par que literaria.

He experimentado atentamente las costumbres de los animales; la virtud medicinal de los vegetales y la utilidad que de ellos puede reportar la industria; las curiosidades naturales del país, los lugares cuyos acontecimientos políticos son dignos de nota; y todo ello vendrá en la historia detallada de ciudades, y aldeas, al relatar el estado de su comercio e industria según las diferentes administraciones, y sus respectivos períodos; pues poseo documentos para entrar con alguna confianza en todas esas materias.

Intricado, molesto, parecerá semejante trabajo, pero muy precioso, muy útil, cuando de él ha de resultar también la publicación de una historia política de Chile, a contar desde que allí arribaron los españoles hasta el fin de la guerra de la independencia, época gloriosa de la regeneración social, principio de vida, de actividad, de inteligencia y asiento perenne de la existencia civil y gubernativa de aquella república,alzada desde entonces al merecido rango de nación libre e independiente.

No le faltará a esta parte descriptiva el interés que de suyo pide, antes abundarán en ella los elementos sociales, políticos y religiosos, que se desprenden de infinitos materiales cuya autenticidad descansa en veintidós manuscritos históricos recogidos en el mismo Chile y en las repúblicas vecinas, en una multitud de documentos que el gobierno chileno tenía archivados, otros que provienen de familias tan distinguidas cuanto han sido cautas y curiosas, y aun en muchas reales cédulas originales.

No sin fruto he pasado tres meses en Lima reconociendo los archivos, y apuntando cuanto tuvo relación con Chile mientras su dependencia de aquel virreinato;

y por si algo pudiera faltar, todavía es fortuna el haberme procurado gran número de códices existentes en ciertas bibliotecas de París, principalmente en la del señor *Ternaux-Compans*, dueño de una baraja de obras sobre América, de inestimable precio, quien con fino y generoso desprendimiento las deja a mi entera disposición.

Esto, sobre facilitar el curso de mis confrontaciones, y resolver dudas, me ayudará a dar con acierto la idea general y fundada de cada una de las secciones en el propio curso de su respectiva introducción.

En una palabra, rico en materiales, sumamente agradecido a lo mucho que al gobierno de Chile, y a sus dignos y dichosos administrados debo, permítaseme afirmar, sin viso de vanidad, que esta obra, si acaso hubiera debido caer a manos más diestras que las mías, de ningunas saliera tratada con más apego, con el atento esmero que me he impuesto en satisfacción de la confianza pública.

Sin duda traeré yo noticias y opiniones que se apartarán mucho de las que otros historiadores han consagrado, pero no por ello se apresure la crítica, que si, careciendo de los documentos originales que la fortuna ha traído a mis manos, se vieron los escritores en la dura necesidad de repetirse, de aceptar, unos tras otros, los mismos errores, las propias preocupaciones, de éstas y de aquéllos trataré de huir a beneficio de la señalada ventaja.

Sea muestra de esta verdad la administración de D. Pedro de Valdivia, una de las más interesantes ciertamente, y la que menos conocida anda; porque poseo copia íntegra de la correspondencia que con Carlos V siguió aquel caballero, copia que fue sacada fielmente de las cartas originales, trasladadas, con otros documentos, desde Simancas a Sevilla, donde existen hoy, y que guardó muchos años el célebre Muñoz.

Cuando se compara el contexto de esos preciosos manuscritos con otros que de Chile y de Perú he traído, no se sabe cuál es de más sentir si los varios anacronismos que se advierten, o el asiento de algunos hechos inverosímiles, otros ligeramente interpretados. Se nos dice, por ejemplo, que al resolver Valdivia su expedición contra Chile, el renombre militar de que gozaba su persona le atrajo un sinnúmero de soldados, que entusiasmados corrían de todas partes para venir a engrosar las filas: la verdad es que si llegó a reunir aquel jefe unos ciento cincuenta españoles, todavía fue muy a duras penas, y con el sacrificio, no solamente de todo su caudal, sino de crecidas cantidades que hubo de tomar prestadas. Asientan los historiadores que Valdivia llevó, pasando a Chile, el mismo camino que Almagro, trepando por las encrestadas cordilleras de Copiapó, y de aquí hacen materia para pintar detalladamente dificultades, riesgos, infortunios, etc., etc., porque así se lo figuró la imaginación de los primeros autores; el hecho es que Valdivia pasó a Chile siguiendo las costas, atravesando el desierto de Atacama.

Encarécense de tal suerte los tesoros de Chile, se dan tan subidos colores a la desmedida ambición de Valdivia que aún hoy día cuentan cándidamente los biógrafos, como los indios, apoderados de la persona de aquél, le hicieron tragar el oro derretido para ver si así descansaba su hartura: aserción ridícula, pueril, y sobre todo mal avenida con los nobles sentimientos de Valdivia, afanado cons-

tantemente en la colonización, en el auge de la agricultura, en la prosperidad de todo el país, que a ella atendió cuidadoso desde que entró a gobernarle. Sí que de vez en cuando se le vio beneficiar algunas minas, pero el producto de ellas pasaba a manos del Rey, o se consumía en la adquisición de reclutas y de colonos que a propósito se solían filiar en Perú; pero no se crea que era tan considerable ese producto: el oro entonces no andaba muy abundante, y pruébalo el siguiente aviso que a Carlos V se le dio, desde Concepción, en 15 de octubre de 1550:

“Partió este barco llevando los que en él iban míos y de particulares casi sesenta mil pesos, que a ir a otra parte que a Perú eran gran cosa, pero, como aquella tierra ha sido y es tan próspera y rica de plata, estimarían en poco aquella cantidad, y acá teníamosla en mucho por costarnos cada peso cien gotas de sangre, y doscientas de sudor”.

Con otros muchos testimonios pudiera yo argüir, no solamente del gobierno de Valdivia, si también del de García de Mendoza, de cuyo sujeto guardo varias comunicaciones; pero presumo haber dicho aquí cuanto era menester para quedar a cubierto de los tiros que una crítica inadvertida pudiera asestar contra mí, al querer apadrinar hechos con demasiada ligereza sentados, y sin atenta y averiguada procedencia recibidos.

Tras lo expuesto ya no me resta sino notar que el desempeño material de esta vasta y variada tarea no es, ni debe ser, obra de un solo hombre. Yo me reservo la dirección, sí: trataré cuantas materias parezcan por su naturaleza de mi propia incumbencia, todas las que por su nimiedad demanden detenido examen y escrupulosas investigaciones, con el apego, el tesón, el constante querer que sólo puede sentir quien pone en el compromiso sus intereses y su honra personal; todo lo demás queda a cargo de personas las más científicas de Francia y del extranjero, cada cual en su propia especialidad. Son, en general, miembros de la academia, y este solo título me dice de antemano cuál esmero, cuál mérito ostentarán todas mis publicaciones.

Gran parte le queda que hacer al pincel para el mayor lucimiento y triunfo de esta importante empresa, así es que de entre los tantos ingenios como en esta capital han contribuido a la ilustración de esas magníficas ediciones salidas a luz en estos últimos tiempos, los más acreditados están conmigo.

Para la versión castellana tengo la pluma de *D. Pedro Martínez López*, sujeto cuyos conocimientos literarios andan ya consignados en todas sus obras de enseñanza, unas adoptadas por la *Dirección General de Estudios de Madrid*, otras por el *Consejo Real de esta universidad de París*, para los colegios de su inspección. Sin duda responderá dignamente a las exigencias del público, y su decir mantendrá el carácter de originalidad que le distingue, y que tanto cuadra con las esperanzas que el patriotismo chileno ha puesto en ésta su obra.

Con el texto irán cuantos retratos pueda lograr de los personajes a quienes más o menos directamente debe Chile su prosperidad y su esplendor, que en obrar así respondo al grito de mi corazón, ansioso de probar su desprendimiento, su cons-

tante anhelo porque desaparezca de esta gran empresa toda máxima de especulación, aunque enormes sean los sacrificios, que, al fin, yo los considero como debido tributo del sincero culto que desde mi niñez rindo respetuoso a las ciencias.

El cuadro de la civilización chilena en las diferentes épocas de su historia, le reservo para la introducción general de la obra, y habrá de precederle, como es justo, una lista de todos los suscriptores, ya que reconozco que a sus esfuerzos se debe la consagración de este monumento nacional.

CLAUDIO GAY

# HISTORIA DE CHILE



## CAPÍTULO PRIMERO

Estado de España antes del descubrimiento de América. Borrascoso reinado de Enrique IV. Isabel aclamada reina de Castilla contra los derechos de la princesa Juana. Su matrimonio con Fernando. Su acertada administración. Conquista de Granada. Establecimiento de la inquisición.

Varios eran los estados que tenían dividida a España a mediados del siglo xv, todos ellos independientes, todos en la más completa desorganización, consecuencia forzosa del espíritu turbulento y sedicioso de la época; espíritu más pronunciado entonces en los reinos de Castilla, de Navarra y de Aragón, cuya existencia política, ya tan precaria, pusieran las guerras intestinas poco menos que a merced de sus vecinos, sobre todo de esa gran familia mauritana, señora, después de casi ocho siglos, de la rica e importante provincia de Granada.

Tal era el estado de las cosas cuando Enrique IV, hijo de don Juan II, subió al trono de Castilla. No debió pensar este Príncipe en granjearse el amor de sus pueblos, haciendo de modo que llegaran a olvidar las demasías y vejaciones de sus predecesores; antes deja desde luego que en su Corte la corrupción se asiente sin disfraz, y, socolor de impotencia, se resuelve a repudiar su esposa Blanca, princesa de Navarra, celebrando segundas nupcias con doña Juana, hermana de *Alonso V*, rey de Portugal.

Esta Princesa, cuya juventud, jovialidad y donaire, eran el adorno, el embeleso de la corte de Lisboa, no hizo aprecio del carácter de austeridad que la etiqueta guardaba en la de Castilla, y dio por lo mismo ocasión a que se la tildara de veleidosa, de liviana y hasta de infiel a su esposo, suponiéndole, no sin fundamento, en relaciones ilícitas con Beltrán de la Cueva, caballero de bellísima presencia, que acababa de señalarse en una justa celebrada en obsequio de Juana.

Respondía Enrique a estos rumores prodigando distinguidas honras y mercedes al nuevo valido, como si entendiera mostrarse parte en tan reprensible intriga. Al cabo de seis años, y cuando más impuesto se presumía el público en la impotencia de su Monarca, la inesperada nueva del embarazo de la Reina, y el nacimiento de una princesa, a quien se le dio el nombre de su madre, le llenaron de asombro, no viendo en la recién nacida sino la hija de Beltrán, y apodándole por lo mismo la Beltraneja; mote que conservó hasta el desgraciado fin de sus días.

Diligente anduvo Enrique hasta hacer que aquella Princesa fuese públicamente reconocida, y declarada heredera presuntiva de la Corona; acto que provocó el general disgusto, entre la nobleza sobre todo, que no podía mirar sin celos la influencia de un favorito orgulloso y presumido.

Con todo, particular mención haremos de dos personajes que como por encanto pasaron de la nada al colmo de la prosperidad y de la opulencia. Era el uno don Juan Pacheco, después marqués de Villena, y don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, el otro. El primero, hombre astuto y de irresistible persuasiva, subyugó la apagada voluntad del Monarca hasta encerrar las soberanas disposiciones dentro del círculo de sus personales intereses y caprichos. El segundo, de un carácter dominante y receloso, servía cumplidamente a las miras ambiciosas del Marqués, amparándolas con el supremo ascendiente de su elevada dignidad. Sin embargo, envidiosos ambos del singular favor de Beltrán de la Cueva, no vieron mejor medio de rebajarle sino favoreciendo cautelosamente las pretensiones de Luis XI sobre Cataluña, cuya mayor parte se había apropiado ya Enrique, sin respeto a los derechos del rey de Aragón, en guerra entonces contra los catalanes; pero descubierta su perfidia, la indignación soberana vino a castigar la ingratitud y deslealtad de estos ministros alejándolos de sus puestos y de la Corte.

Triste, lamentoso, desesperado era entonces el cuadro que ofrecía Castilla. Exhausto el tesoro; agobiados los pueblos con reiterados tributos, insuficientes todavía para la prodigalidad regia; la relajación de la Corte que se propagó en el país hasta hacerse un mal endémico; la alteración de la moneda que sólo tenía un valor nominal, y que hizo poco menos que imposible la salida de los productos en el mercado; todo parecía presagio de una catástrofe. Por otra parte, los señores, cuyos privilegios no tenían límites en aquella época de brutal feudalismo, hacían gala de ejercitarse en toda suerte de crímenes y atrocidades, salteando en despoblados y caminos, mancipando pacíficos transeúntes hasta obtener de ellos un crecido rescate, y encastillándose, después para gozar impunes el fruto de sus rapiñas; porque ni aun a sus fundos podía acercarse la justicia, impotente en todo caso, como emanación de un gobierno corrompido, con un jefe sin carácter y sin voluntad.

Como también la grandeza se viera a su vez siendo juguete del capricho de cuatro advenedizos, tomó en cuenta la mísera situación de Castilla, y se propuso hacer que Alonso, hermano de Enrique, fuera llamado a sucederle; pero la muerte prematura de aquel Príncipe desconcertó el proyecto, poniendo a los conjurados en la necesidad de consagrar el fruto de sus desvelos a la elevación de la princesa Isabel, hermana de Alonso, que Enrique hubo de reconocer por su heredera, firmando un tratado tan indecoroso, cuanto contrario a los intereses de su hija Juana. Con manifiesto despecho llegó a oír la Reina la existencia de un documento de tanto ultraje para su honra y para su dignidad, concibiendo desde luego la idea de invalidarle en todos sus extremos.

Isabel, sin la voluntad de Enrique, había celebrado secreto matrimonio con Fernando, rey de Aragón. Mucho desagradó a la Corte la noticia de este enlace, y aprovechando Juana tan favorable disposición de los ánimos, pronto se apoderó

del de su esposo empeñándole a protestar solemnemente contra la clandestina unión, y revocar, por consecuencia, el pacto convenido en favor de aquella Princesa, reservando de nuevo la Corona para Juana, que el Rey declaró esta vez hija suya con público juramento.

Motivo de nuevas discordias para el país era esta resolución, aunque no faltó quien entonces la aplaudiera, entre otros el marqués de Villena, ya reconciliado con la Corte; pero no se destemplaron los ánimos hasta que la muerte de Enrique vino a dar a la contienda esa apasionada energía que suelen desplegar siempre las guerras de sucesión.

Invadió Castilla un ejército portugués, a cuyo frente estaba Alonso, resuelto a sustentar los derechos de la princesa Juana, su prometida esposa; midió sus armas con las de Fernando en muchos y muy repetidos reencuentros, mostrándose siempre indecisa la victoria; pero pronunciose al cabo por Fernando, y el rey de Portugal hubo de abandonar su empeño y retirarse, dando así ocasión a Juana para que, exasperada, consagrara el resto de sus días a perpetua reclusión en un convento.

Muy satisfactorios debieron ser estos señalados triunfos para Fernando e Isabel; pero mayor fue su contento al saber el voto solemne que la princesa Juana acababa de pronunciar, dejándoles, por consiguiente, en quieta posesión de la Corona, pudiendo darse sin recelo a las reformas que el espíritu de la época y la situación del país reclamaban.

Menester había el pueblo de una organización política y de un gobierno que le pusiese al abrigo de toda arbitrariedad, y como esto cuadrara cumplidamente con los deseos de los reyes, convocáronse cortes en Toledo, sentando varias leyes, y produciendo una organización de cinco consejos, cada uno de los cuales tuvo su día fijo en la semana para ser presidido por Isabel. No fueron estos consejos exclusivo patrimonio de la grandeza, antes la exquisita sagacidad de la Reina se sirvió con acertado aprecio de los talentos que en la clase media distinguiera, y fue tal su celo y su esmero en el arreglo de los tribunales, que logró hacer imposible la violencia, impracticable la parcialidad, dando con esto tan cierta y verdadera protección al desvalido, cuanto pudiera prometérsela el poderoso. Sea testimonio de su acendrado amor a la justicia la severa institución de celadores protectores del pueblo en los negocios contenciosos, medida importantísima, y causa única de ese espíritu de igualdad y de independencia que la estupidez desconocía, y el temor tenía enfrentado.

Comprendieron también los reyes que todas las guerras intestinas tenían un mismo origen, el demasiado poder que ejercía la nobleza en menoscabo del débil, y desdoro de las soberanas regalías; cumplía rebajar este poder vulnerándole, y la esclarecida política de los monarcas comenzó la obra haciéndose con el maestrazgo de las órdenes de Santiago, de Alcántara y de Calatrava; título de alta valía, que les procurara las pingües rentas, las temibles fortalezas y numerosos brazos con que aquellos caballeros solían cercenar los derechos y la autoridad del Soberano.

Todavía robustecieron el cetro dando al tribunal de la santa hermandad cuanta consideración e impulso convenía al restablecimiento del orden en las provincias, conteniendo los latrocinios de nobles y caballeros armados; institución tan útil para el pueblo como para el trono, y contra la cual fueron vanos los clamores de la

nobleza, quejosa porque le moderaba lo que ella llamara sus prerrogativas, arrebatándole la dependencia en que, de juro, decía tener a sus vasallos.

Aún no lleno el ánimo de Fernando y de Isabel con medidas de tanta prudencia, como de fecundo porvenir, concibieron el audaz proyecto de expulsar los moros de la Península, y agregar el importante reino de Granada a sus estados, ya enriquecidos con el de Aragón, por la muerte de su rey don Juan; empresa de mucha oportunidad, porque amaestradas las armas castellanas en las guerras civiles, deseosas se mostraban de medirse con las de los infieles, cuyas disensiones domésticas daban a entender una resistencia tibia e incierta.

Varios fueron los estados empeñados en esta conquista desde el rey S. Fernando hasta Enrique IV, sin otro éxito que el establecimiento de pueblos cristianos tan contiguos a los de los moros, que el eco de las campanas se perdía entre el destemplado lelilí que en lo más elevado de los alminares traían los papaces de Mahoma. Los esfuerzos parciales de tan diferentes estados en absoluta independencia, traídos al combate sin plan, sin método, sin disciplina, no podían rendir otros frutos; cierto es que se emprendían las refriegas con denuedo, pero porque, desnudos ambos partidos de toda idea de conquista, y fanáticos por sus respectivas creencias, era su bandera la parca ensangrentada, cuyo alfanje solicitaban con frenesí, éstos por el triunfo del Evangelio, aquéllos por el del Corán, siendo unos y otros mártires de la fe y de la esperanza.

Hacia algunos años que Muley-Aboacem, rey de Granada, negaba a la corona de Castilla el tributo pactado con sus predecesores, y de este pretexto se apoderaron Fernando e Isabel para disponerse a la conquista, ya que ningún recelo les inspiraban los estados vecinos, y asegurada veían la paz en el interior de los suyos.

Muley había respondido con demasiada altivez al mensaje en que Fernando reclamaba aquel tributo. “Hacedle entender, dijo a los enviados, que para el rey de Castilla no tiene el de Granada sino lanzas y cimitarras”. Valentonada que no perdonaría jamás el orgullo de Fernando, y que mandaba imperiosamente buscar medios con que sustentarla; esto es lo que hizo Muley, preparándose por su parte a la guerra.

Tal era el estado de los negocios cuando Muley, cayendo de improviso sobre el fuerte de Jahara, logró tomarle; acto, aunque hostil en apariencia, muy conforme con lo estipulado en el armisticio de las dos potencias, que podían atacarse recíprocamente, y tomarse las fortalezas, siempre que estas empresas quedaran cumplidas dentro de tres días, sin ningún carácter oficial; pero que acabó de irritar al rey de Castilla, pesaroso con tal pérdida, aunque en breve la reparó el marqués de Cádiz, apoderándose del Alhama, una de las poblaciones más florecientes del reino de Granada. Suelto así el rayo de la guerra, no tardó en extender sus estragos, llevando el pendón castellano ante las principales villas musulmanas, cuyo recinto disputaban palmo a palmo sus moradores, aunque inferiores en fuerzas, manteniendo, al grito de venganza, una lucha de diez años que selló cumplidamente el arrojío, y la desesperada valentía de ambos partidos.

Acorralados se miraban ya los infieles entre las murallas de la capital, y todavía repelían con admirable tenacidad la irrupción de los castellanos, que, con aliento

entusiasta, demandaban el triunfo de la santa causa, y el de sus queridos reyes, partícipes constantes de sus fatigas y de sus privaciones; pero hubieron de sucumbir, no tanto al valor español, cuanto al funesto desgobierno en que las desavenencias traían pueblo y milicia desde que comenzó la guerra.

Ocurrió la toma de Granada a principios de 1492, despertando en el mundo cristiano ese espíritu de portentosas conquistas que han de considerarse como consecuencia de la de aquel reino, en cuyo obsequio ostentó la sede pontificia cuanta suntuosidad cabe en funciones de piadoso júbilo, en tanto que Fernando e Isabel, también por devoción, por política, o por ambas cosas a la vez, decretaban la expulsión de cuantas personas hubiese en sus dominios fuera del seno de la iglesia cristiana.

Hubieron de abandonar el país millares de familias israelitas y mahometanas, que con su comercio e industria mantenían la riqueza española; al paso que otras, ya cedieran al grito del amor patrio, ya reconocieran el terrible menoscabo que habían de sufrir sus géneros extrayéndolos, se resolvieron al bautismo; conversión si no falaz, sospechosa al menos, y que de todos modos ponía en peligro la tranquilidad pública, como que entre estos cristianos nuevos las prácticas religiosas se cumplían por puro deber, cuando el supersticioso castellano, envanecido con el triunfo, y no poco exigente, quería que concurrieran a ellas con demostraciones de bien sentida fe.

Comenzaron con esto a enconarse los ánimos; renacieron inveteradas enemistades; siguióse un recíproco e insultante desprecio; y tomaron tal auge los odios, que hubo de apelarse a una implacable venganza, entrando en ella magistrados, juristas, funcionarios, y hasta la misma Reina, no obstante su prudencia, y sus benéficos sentimientos. Las reacciones civiles no son de comparar, ni con mucho, con las reacciones religiosas, sobre todo cuando se arma el pueblo, no para combatir una pertinaz herejía, sino todos los dogmas de una religión contraria; en este caso enmudece la clemencia, el hombre se convierte en tigre, y no quiere que corra la sangre a torrentes, antes goza viéndola instilar hilo a hilo de las venas del idólatra, cuya alucinación, tan culpable en sentir del creyente, merecedora es de un interminable e impío tormento.

He ahí la causa primordial del restablecimiento de la inquisición en España, solicitada con afán tanto por un clero demasiado ganancioso en esta nueva contienda, y otorgada por los reyes con señaladas muestras de protección; tribunal terrible que tan directamente influyera en los destinos del país. Decimos terrible porque no hay que disimularse el rigorismo, la vituperable inhumanidad de sus primeros actos; y, si bien libertara a España de las guerras de religión, que afligieron a la mayor parte de Europa, todavía no fueran disculpables, a no abstraernos de las ideas del día, y de ese tolerantismo que de un siglo acá nos gobierna; que en tal hipótesis, ajustados con las máximas de aquella época de ignorancia, de fanatismo, de groseras costumbres; recordando que a fines del siglo XIV la superstición era el alma de los pueblos, sobre todo en España, donde la religión cristiana, en continuo roce con el judaísmo y el islamismo, encrudecida con la guerra y los insultos, se había hecho intolerante e implacable; mucho menos extrañaremos que las masas, deslumbradas con tan señalados triunfos, viesen la institución del Santo

Oficio como cosa muy apropiada a sus miras, y a las circunstancias; prestándole por lo mismo ese apoyo, ese impulso que tanto desdice de nuestras costumbres.

Pierde sus justos títulos la crítica cuando se examinan los hechos bajo un punto de vista relativo, apartándose de inducciones más o menos aventuradas, y huyendo de la exageración. Yo no soy fatalista; no quiero hacerme cargo de la parte que puede caber a la política en el restablecimiento de esa inquisición, conocida ya en España desde 1240, pero ante los restos activos y turbulentos de la religión musulmana, origen de tantas disensiones, consecuencia natural me parece. Observemos, además, que sólo dos o tres son los autores contemporáneos que vituperaron, y eso indirectamente, la institución de ese tremendo tribunal, tan popular en sus días, cuando todos los demás le colmaron de encomios; siendo muy probable que hoy mismo hicieran de nuevo su apología, dado que al mundo volvieran con las ideas absolutas de su época; circunstancia que arguye victoriosamente contra los descompuestos ataques que de algún tiempo a esta parte le asestan las pasiones, o el débil destello de esa filosofía desdeñosa e incrédula, que tan torcidamente guió el espíritu del último siglo.

## CAPÍTULO II

La monarquía española constituida. Se propone Cristóbal Colón el descubrimiento de las Indias. Preséntase con este objeto a la corte de Lisboa, y enseguida a la de España. Desprecian los sabios de Simancas el plan de Colón. Dispónese éste a pasar a Francia después de muchas humillaciones y desaires, pero la reina Isabel le detiene, entra en sus miras y ordena la ejecución de ellas.

Tomó Castilla el nombre de *reino de España* desde que se le agregaron los de Granada, de Aragón y de Cataluña, adquiriendo la preponderancia de una de las monarquías de primer orden, porque sus entendidos y laboriosos soberanos, movidos de un común celo, no pararon hasta plantear en ella una administración que supo contener los excesos del feudalismo, al paso que reparar los estragos que la corrupción de sus predecesores hiciera.

Poseedores de cuantos elementos convienen al logro de las grandes empresas, y ayudados del aura popular, fácilmente pudieron poner en juego todos los resortes de la complicada máquina en que ruedan la suerte y el porvenir de las grandes naciones, desplegando afanosos el valor, la prudencia, la constancia, la grandeza de ánimo y los talentos de que dotados se vieran esos ilustres esposos, que en dicha de España había unido el destino, reservando a su ingénita justicia, a su política y a su exquisito discernimiento para penetrar el corazón humano, los tantos trofeos que a mayores glorias les llamaran.

Y es de notar cuanto luce al lado de esas dotes personales, la hipocresía, la estudiada solapa con que Fernando marcha tras la realización de su ardua y no menos gigantesca empresa, aparejando con leyes de prudente reserva el establecimiento de un sistema de equidad y de justicia entre sus vasallos, y el despojo de las regalías que la grandeza se había apropiado en deslustre de la Corona; pues a todo esto le empeñaba la buena armonía que guardaban con él las naciones vecinas, y la tranquilidad de sus estados, donde la severa vigilancia del Santo Oficio traía amigos y enemigos callados y sumisos entre la unidad de creencias y de opiniones.

Como el pueblo se mantuviera siempre en manifiesta oposición a la nobleza, y como comprendiera en las miras de Fernando la regeneración de su existencia política, y el asiento del principio democrático que más o menos tarde había de romper el vasallaje, resuelta y denodadamente favoreció la reforma; pero la santa hermandad fue el poder material de que echaron mano los reyes españoles, como

de los archeros, en su tiempo, el monarca francés Carlos VII. En tesis general, bien cabe avanzar que la política de aquellos monarcas fue un traslado de la de sus vecinos. ¿Quién no descubre en los principios de Fernando, en su imperiosa índole, en sus desvelos por humillar el orgullo de la nobleza, la propia persona de Luis XI? Sí que hubo en el rey castellano más tacto, más juicio, pues que, lejos de desairar a los nobles posponiéndolos descubiertamente a gentes de oscura condición, dando así motivo a interminables guerras civiles, se los atrae con contemplaciones, en tanto que indirectos medios, hábilmente combinados, hacen su descrédito, y que ellos mismos se labran, sin pensarlo, la pérdida de sus privilegios, la de su prestigio, hasta ver con asombro en derredor suyo la más completa humillación.

Ni salió mejor parada la silla apostólica. Valida sin duda de la exagerada devoción de los dos reales esposos, acudió a ellos entonces con ciertas pretensiones que, sobre ser desatendidas, pusieron al Pontífice en la necesidad de otorgar a los reyes nuevas prerrogativas, con algunos subsidios destinados al mayor lustre de nuestra santa religión.

Notoria era en aquella época la ignorancia del clero y su relajada vida, por tanto de absoluta necesidad la reforma en todas las órdenes. Confiaron los monarcas esta importante obra al confesor de Isabel, el franciscano Jiménez de Cisneros, hombre de tanta altivez cuanto era rígida su austeridad. Apenas hecho este prelado arzobispo de Toledo, segunda dignidad de la monarquía española, cuando ya intentó imponer aquellas máximas que más conducentes creyera para morigerar el laxo clero; pero tropezó en una terrible oposición robustecida de los de su misma orden, hasta del poder pontificio, ya ganado por los sacerdotes de alta categoría. Había en Jiménez convicción, una voluntad de bronce, y en ella se estrellaron los esfuerzos de todos sus enemigos, dejándole asentar *la regla* en todas las comunidades, sin enmienda, sin restricción, sin particulares consideraciones, e imponer al culto un carácter de autoridad y de respeto, exento de la superstición de que falsamente se le acusó más de una vez.

Sí que puso gran empeño en la conversión de los moros, en que desapareciera de España toda idea de mahometismo; y ya tomara en cuenta la conveniencia política, ya (y es lo más probable) cediendo a su fervorosa caridad por los infieles, se trasladó a Granada resuelto a fundar de un modo estable la unidad religiosa, como prenda segura de la prosperidad y del sosiego de los habitantes. Si a su administración miramos, preciso se hace encomiar el orden y la economía de Jiménez, afanado en rebajar tributos, en proteger industria y letras, en traer a la Corona el poder de que tanto abusaran los grandes, y solo, y sin ejemplo que imitar, haciendo por la nación española lo que por Francia hicieron después Richelieu y Mazarin.

Un reino nuevo, un gobierno fuerte, una administración de imparcial y severa justicia, máximas de una religión bien entendida, un principio de igualdad que aniquila el feudalismo, y cuyo espíritu político y social fue causa primera de la nacionalidad española; he ahí la fuente de la prosperidad, de la preponderante posición que Castilla debiera a los tantos y tan briosos esfuerzos del saber, y de la prodigiosa actividad de sus monarcas. A la unidad del poder, a la centralización de los intereses comunes, consecuencia de semejante metamorfosis, todavía siguieron



DOÑA ISABEL  
Reina de España.



otros sucesos muy a propósito para acrecentar la fortuna de esta nueva y floreciente monarquía, pues que se la ve curar la mortal llaga que la ausencia de judíos y mahometanos abriera en su agricultura, en su industria y en su comercio; y como si algo faltara al lustre de aquel reinado, sin par en los anales de Castilla, sin par quizá en el orbe, encumbrarle al lleno de la gloria con la conquista de un mundo nuevo que el talento y la habilidad de un oscuro extranjero acabara de descubrir.

Cristóbal Colón, dedicado desde su tierna infancia al estudio de la Geografía, de la Cosmografía, y a la práctica de la navegación, concibió la idea de ir tras aquellas grandes Indias de que tantos tesoros sacaran venecianos y genoveses, mientras fueron dueños absolutos del comercio del oriente. Ansioso de realizar su proyecto, se encaminó a Lisboa, presumiendo hallar en esta Corte cuantos auxilios reclamaba la importancia de la empresa, que a tanto le inclinaba, no sin razón, el entusiasta arrojó con que, de descubrimiento en descubrimiento, corrían los portugueses las costas occidentales de África. Motivos hubo desde luego para que la presunción pasara a ser realidad. El rey don Juan, digno heredero de las miras y de las luces de su tío Enrique, acogió con distinguida benevolencia la persona de Colón, y oyole exponer las razones de su demanda con particular interés, en tanto que un detenido y maduro examen acabó de inclinar el ánimo del Soberano en favor del plan, sobre el cual pidió consejo a la junta especial de descubrimientos marítimos. Concurrió Colón a esta junta haciendo ante sus miembros una reseña especulativa sobre la forma de la Tierra, y exponiendo cuantas nociones tenía adquiridas acerca de la existencia de las islas de las *especias*, al occidente de España y de Portugal, pero con tan lúcidos y convincentes razonamientos, que varios de los vocales no pudieron resistir a la evidencia: por desdicha no supo el mayor número penetrar los arcanos de aquella teoría cosmográfica, y, esclava de vulgares preocupaciones, vio en el tal proyecto una ridícula quimera, y en su autor una cabeza demente y visionaria.

No satisfizo al Rey este resolver de la junta, y como ya estuviera muy de parte en las ideas de Colón, y con no poco deseo de realizarlas, requirió el parecer de sus propios consejeros, que vino a ser, después de examinada la cuestión en todas sus formas, aún más desfavorable que el de la asamblea; bien es verdad que, acomodándose al interés que parecía mostrar su Soberano en aquel negocio, inclinaban su real ánimo al apresto de un navío que, socolor de conducir víveres a Cabo Verde, llevara el plan a efecto, dando vela hacia el oeste; precaviendo de este modo las consecuencias de una expedición extranjera.

El cauto y generoso Juan no pudo esta vez resistir a tan desleal y pérfida estratagema, antes despachó misteriosamente una carabela, cuyo capitán, no menos escaso de valor que de luces, hubo de volver en breve sin resultado ninguno; dando así lugar para que Colón, sabedor del hecho, y reconociéndose juguete hasta del Rey mismo, cuya franqueza y lealtad tantas esperanzas le habían inspirado, abandonara indignado Portugal, llegando a España casi reducido a mendigar el necesario sustento.

El renombre de que gozaban los monarcas españoles hubo de aconsejar a Colón una nueva tentativa en obsequio de sus planes. Sirviéronle a este intento

algunos amigos que, sin esfuerzo ni repugnancia, reconocieran la exactitud de sus opiniones, y que le acompañaron a la Corte, donde se presentó compuesto y lleno de modestia, aunque con el desembarazo a que le autorizaba el convencimiento de sus creencias, por extravagantes que a primera vista pareciesen.

El plan de una empresa que tan perfectamente cuadraba con la sed de gloria y de engrandecimiento que alimentaba Fernando, no podía menos de hallar favorable acogida, sobre todo cuando los importantes descubrimientos que diariamente pregonaban los portugueses, eran otros tantos pesares para el alma envidiosa del rey castellano; pero casualmente los preparativos de una guerra, de cuyo éxito pendía el porvenir del país, preocupaban demasiado la soberana atención, y el proyecto del ilustre genovés fue sometido al saber de los hombres especiales de la Península, convocados con este objeto a la ciudad de Simancas.

Con suma complacencia recogía Colón la celebridad de los nombres llamados a esta asamblea, prometiéndose iba a fallar en su causa un criterio racional, saludable, desnudo de todo género de prevenciones. Se engañó. Era un arbolario, un extravagante, y como la estrecha inteligencia de sus jueces no alcanzase a ver, ni a comprender, la trascendencia de los argumentos que él sentara, o se le barajaban con absurdos, o se le replicaba con denuesos a su honra y a su delicadeza. Mucho juicio, mucha moderación, gran fuerza de alma es menester para mantenerse compuesto ante un aerópago que la pasión deslumbra, si mejor no le domina el espíritu desdeñoso que suele seguir al doctoramiento, como si la borla fuera exclusivamente el arca santa del humano entender. Ni ya correspondían aquellos pretensos sabios al objeto para que fueron llamados. Las ideas de un hombre que ninguna universidad, ninguna academia traía matriculado, desdecían soberanamente entre aquella corporación cargada de perejiles; eran un insulto a su exquisito saber, y cumplía por lo mismo que la tenacidad sistemática saliese a combatir las con estudiadas sutilezas y con cuantas armas prestase la más dañada fe.

Este injusto, cuanto inesperado, proceder no desvió a Colón de su empeño, ni le acobardaron tampoco la reputación y el prestigio de sus jueces y declarados enemigos; antes no escuchando sino a sus deseos, o sea, como él decía entonces, a la inspiración divina que le aseguraba coronar sus esfuerzos, persistió en las pretensiones.

Salió, en esto, la corte de Simancas encaminándose contra Granada, a cuyo punto le siguió el célebre genovés, entrando aparte en muchos lances, y hasta en la toma de aquella capital, que tan inmarcesibles glorias reportó a las armas castellanas. Este importante suceso produjo en toda España una religiosa veneración por sus reyes, y fue celebrado con fiestas y regocijos de todo género, en tanto que la Corte, establecida en Santa Fe, daba entre muestras de lucido aparato y suntuosa pompa, un justo desahogo al lleno de sus satisfacciones. Perdida la atención de Cristóbal en el anchuroso espacio de su gigantesco proyecto, si acaso logró distinguir esas demostraciones de general contento, fue solamente para presumir inoportunas a sus fines aquellas circunstancias; y como se viera olvidado y desatendido, resolvió pasar a Francia, y probar sus pretensiones en esta Corte. Salió con este objeto de Santa Fe, sin que los ruegos, ni las reiteradas instancias de sus

amigos, lograran detenerle; pero hablaron éstos inmediatamente a la Reina con tal eficacia que se despachó un mensaje ordenando regresase Colón a la Corte, y alcanzado a dos leguas de ella, hubo de obedecer, no sin desconfiar de la realidad de la voluntad soberana; de quien en breve recibiera distinguidas pruebas de aprecio, y la solemne promesa de adherir a su súplica, y aceptar sus condiciones.

Fernando, cuyas miras ambiciosas tanto halagara en sus principios el proyecto de Colón, mirábale ya con indiferencia, porque, consecuente con su política incierta y recelosa, le pareció oportuno dejar como definitiva la sentencia de los doctores de Simancas; pero diósele a la empresa un carácter puramente religioso, y esto le decidió a tomar una parte, sino directa, porque se había de ejecutar a expensas de Castilla, bastante a promover y facilitar los medios de realizarla.

Firmáronse, en consecuencia, convenios harto lisonjeros para Colón, y como dejara sentado Toscanelli que los primeros descubrimientos habían de ser la isla de Cipango (el Japón), y los misteriosos reinos de Catay y de Mangi, tan maravillosamente bosquejados por Marco Polo, y que tantos tesoros rindieran al comercio de Génova y de Venecia, cuya opinión fuera entonces de común asentir; los monarcas españoles suministraron al ilustre marino recomendaciones para que el Gran Khan se dignase dispensarle su soberana protección hasta el feliz término del viaje.

Todavía fueron más señaladas y positivas las mercedes con que Isabel honró a su digno ahijado, cuyas luces y extraordinarios juicios la traían enajenada, pues queriendo probarle, no tanto el interés con que asistía a la empresa, sino el que sentía en obsequio del porvenir de su familia, hizo a su hijo Diego paje del príncipe Juan, heredero presuntivo de la Corona; honra reservada hasta entonces para los jóvenes de ilustre cuna, y que llevó al alma noble y generosa del marino un puro gozo, un sentimiento de eterna gratitud.

Tales fueron los auspicios que acompañaron a Colón hasta el puerto de Palos, en Andalucía, cuyo punto le fue destinado para disponer lo necesario a su importante, y no menos arriesgada empresa.



## CAPÍTULO III

Da Colón con nuevas dificultades. Logra vencerlas con los generosos esfuerzos de Martín Alonso Pinzón, y sus dos hermanos. Su partida del puerto. Descontento de la tripulación: ésta se rebela. Colón el primero que descubre tierra.

**M**erced a la paciencia, a la perseverancia, y a las luces de Colón, ya prevaleció la idea que en su mente traía después de veintidós años, y por cuyo triunfo consagró diez, sustentándola con el fuego de un irresistible convencimiento, contra los violentos ataques de los seudosabios, cuya preocupación, vanidad y amor propio, tan humillados dejaron los exquisitos conocimientos cosmográficos del descubridor de un nuevo mundo.

Como quiera, no ha agotado todavía el célebre Colón el cáliz de sus amarguras. Un terror pánico se apodera de toda la tripulación, cuyos temores no logran disipar las astutas razones de un jefe tan práctico y versado en la náutica, que demuestra cuánto aquéllos son infundados, cuánto los peligros disminuyeran desde el descubrimiento de la brújula, y la aplicación del astrolabio al arte de navegar; ni tampoco la elocuente persuasiva con que concurrió a robustecer esos argumentos el prior del convento de la Rábida, F. Juan Pérez. Y probablemente quedara la expedición sin efecto, a no venir Pinzón y sus hermanos, ofreciendo liberales sus personas y haciendas, en obsequio de una empresa que de día en día daba con nuevos obstáculos.

Eran los Pinzón intrépidos y ricos pilotos de Palos, y pasaban por muy entendidos en el arte de la navegación, entonces tan difícil. Sobrado prácticos para dar un justo precio a las ideas de Colón, y, por otra parte, predisuestos de antemano en favor de una empresa que tanto los preocupara, sin esfuerzo entraron en ella; y se presume que, a instancia suya, se obligó Colón a pagar a los marineros la octava parte de los gastos; cuales fueran las condiciones, no es cosa averiguada. Sábese que aquella familia gozaba mucho crédito; que poseía varios bajeles; y que tenía a su servicio un muy completo marinaje de probada fidelidad, y sumisión, todo lo cual sirvió para vencer dificultades, y llevar a efecto un proyecto que parecía cada vez más problemático.

En el temor de que no se tuviera por muy dispendiosa la ejecución de su plan, excesivamente modestas habían sido las pretensiones con que Cristóbal se acercara a los reyes de España; así es que éstos no le otorgaron sino tres carabelas,

la mayor de algunas de ciento veinte toneladas, y con cuya mezquina escuadra el célebre genovés se arrojó audaz a merced de ese misterioso y soberbio océano, mansión, según pública fama, de los horribles monstruos que aún se ven en los mapas de la antigüedad, y alma de las furiosas tempestades que el espanto se entretuvo en describir.

De aquellas tres carabelas, cuya forma irregular hacía la navegación lenta e insegura, una sola se viera con cubierta, y en ella entró Colón, dándole el nombre de *Santa María*, bajo cuyo amparo se puso con religioso respeto. Reservóse la comandancia de las dos restantes para los Pinzón, siendo capitán de la *Pinta*, Martín Alonso, a cuyo lado iba en calidad de pilotín su hermano Francisco; y de la *Niña*, Vicente Yáñez Pinzón, otro hermano de aquéllos; y cerrado ya, a fines del mes de julio, el número de los ciento veinte hombres que habían de componer la tripulación, se aplazó el viaje para los primeros días de agosto.

Supuesto el carácter sagrado con que convino vestir esta expedición, fue preciso tributarle nuevamente algunos ejercicios de fervorosa piedad, llevando a los corazones la consoladora unción de la fe contra los grandes riesgos, y haciendo teatro de esta santa ceremonia el convento de la Rábida, donde Colón hospedara a su paso de Portugal para España, y al cual concurrió procesionalmente toda la marinería, que mantuvo un muy devoto recogimiento, en tanto que el prior F. Juan Pérez pedía al omnipotente el patrocinio divino para una empresa, cuyo objeto era propagar la religión.

Tras esta reverente plegaria, cada marinero llevó al tribunal de la penitencia el arrepentimiento de sus culpas; recibió después el sacramento de la eucaristía, y así reconciliados todos con el redentor del mundo, se volvieron al puerto en el propio orden con que a estos actos asistieran, determinando la partida para el subsiguiente día, es decir, para el viernes 3 de agosto, en el cual dio vela la escuadra, una hora antes de salir el Sol, entre los ayes y lamentos de los habitantes de Palos, y de otros pueblos, que se despedían angustiados de aquellos de sus parientes o amigos, unidos ya a la suerte del intrépido genovés. Un secreto presentimiento parecía anunciar ser aquél el último adiós; eran por lo mismo las demostraciones del dolor tan agudas que penetraban el ánimo de los marineros, infundiéndoles desaliento y pesar; pero Colón, cuya sagacidad descubriera cuán funestos resultados pudieran acarrear tantas y tan punzantes conmociones, se hizo mar adentro con cuanta diligencia pudo, para asentar de una vez el imperio de su única voluntad.

Lejos ya de la costa, comenzó a revolver en su mente las nuevas tierras que su gratitud pensaba ofrecer rendido a los pies de los bienhechores monarcas; recuerdo halagüeño que le hacía olvidar los pasados desaires, no cuidando sino de despertar en el corazón de sus súbditos la confianza y el contento: cosas muy necesarias, en efecto, al logro de su atrevida empresa, pero no fáciles de imprimir en pechos, unos arrancados violentamente de su país, otros sin fe en los supuestos resultados.

Pronto fue ocasión para que se aumentaran los temores. El timón de la *Pinta* no pudo resistir a la braveza del oleaje y, aunque la habilidad de Martín Alonso paró con diligencia el peligro, no fue de tanta duración el remedio que dejara de

hacerse indispensable el acostar a las Canarias, para reponerse en estado de continuar el viaje.

Cerca de un mes se detuvo la expedición en estas islas, lisonjeándose Cristóbal poder apresar en ellas algún bajel de mejor servicio que los suyos, porque autorizado estaba para ello; pero viendo frustradas sus esperanzas, y temiendo la desertión de los descontentos, o acaso su ya meditado sublevamiento, lo cual le pusiera en la necesidad de abandonar un plan que tantos años le traía ocupado, y cuyos resultados distinguía con entera evidencia, aceleró la reparación de la *Pinta*, corrigió el velamen de la *Niña*, para que de este modo pudiera ir de par con las otras dos carabelas, y se apartó de Canarias el 6 de septiembre.

No tardó en mirarse surcando la embravecida frente del majestuoso océano, ante el cual yacían postrados el aliento, y la intrepidez del navegante. Guiábanle a Colón su exquisito instinto, y el convencimiento de que al oeste existían las famosas Indias orientales, y bastaba eso para mantenerse sin ningún género de inquietud; mas no podían compartir sus compañeros esa seguridad, máxime recordando, como recordaban, que toda una corporación de sabios, sobre haber tildado de ridículas y absurdas las presunciones del célebre piloto, le habían declarado insano; cuya injuria todavía le echaban en cara algunos de sus súbditos. Temor, desesperación, he ahí lo que reinaba en todos los ánimos, sin que las promesas de gloria y de riqueza, con que se pretendió halagarlos, pudieran templar su inquietud.

La presencia de un mastelero que asomó barbeando las aguas, resto sin duda de algún antiguo naufragio, fue señal de los primeros rumores de indisciplina, aunque sin el carácter de gravedad que en breve tomaron. Nótese enseguida que el extremo de la saeta no norteaba exactamente, como ocurría en todas las demás aguas conocidas, sacando, por consecuencia de esta irregularidad, que el imán perdía su virtud avanzando hacia el oeste; que era por lo tanto impracticable la navegación, y que la escuadra no tardaría en verse perdida en la inmensidad de aquel desierto piélagos.

No era infundada la suposición entonces ante un fenómeno desconocido, cuyas causas no alcanzarán tampoco las esmeradas luces de Colón; pero atento siempre éste a disipar temores, procedió con acertada presteza diciendo que semejante anomalía, negativa en apariencia, no provenía de la aguja, antes, al contrario, de la estrella polar que, debiendo marcar un círculo en derredor del verdadero polo, no podía guardar punto fijo; explicación ingeniosa que los marineros aceptaron satisfechos, y casi convencidos del gran talento astronómico de su jefe.

Tras éstos y otros incidentes que de vez en cuando comprometían la suerte de la expedición, algunos surgían también que la ponían esperanzada, hasta el caso de creer en un pronto y feliz resultado; ordinaria alternativa de la vida humana, por entre la cual marchara el impávido Colón al cabo de su viaje, ora usando, con prudente reserva, de su autoridad; ora recordando la de su Soberano; ora, en fin, descendiendo afable a templar impacencias, a reprimir amagos de rebeldía, harto pronunciados ya entre muchos descontentos, que a toda costa y riesgo querían dar vuelta a España.

Vece hubo que, ansioso de despertar ambiciones, y con ellas entusiasmo, llamaba la atención de su gente con la detallada reseña de las admirables curiosidades

relatadas en los viajes de Marco Polo; cuyas curiosidades prometía poner ante sus ojos; cuidando siempre de explicar en otras, el misterio de los repetidos fenómenos que por primera vez venían a llenar de asombro, y de sobresalto, el corazón de aquellos hombres: así es como solía contener la tempestad, marchando hacia su objeto cada día más comprometido.

Ya por fin, quiso la fortuna que se dejaran ver algunas aves tenidas entre los marineros por terrestres. Aumentábase el número de día en día, hasta que dieron en bajar con solazosos revuelos en torno de las naves, contra cuyos bordos también se habían arrimado varias madejas de finas, frescas, y verdorosas yerbecillas; infiérese cuál sería el alborozo que provocó tal accidente. No puede estar muy distante ese tan deseado suelo, y todo el mundo corrió entusiasmado para ver hacia qué punto le ofrecía el horizonte, y ganar así la renta de los diez mil<sup>2</sup> maravedís, que el rey Fernando prometiera a quien primero anunciara tierra; promesa justa y de importancia para la expedición, aunque con el inconveniente de agriar la impaciencia del marinero, porque sabido es que el horizonte pinta muchas veces en alta mar la imagen verdadera ya de rocas, ya de islas, ya de cordilleras, allí donde no hay sino un conjunto de nubarrones de celaje atterrado.

Este fenómeno, común a inmediatez de los continentes, se presentó por primera vez a vista de Martín Alonso, con tales visos de realidad, que no pudo menos de exclamar *¡Tierra! ¡Tierra!...* Voz de consuelo a que toda la tripulación respondió con indecible algazara, acrecentándose ésta después que el ilustre jefe, ilusionado también, como todos los demás, y lleno del celo religioso que le distinguía, hubo de arrodillarse, y entonar, en acción de gracias y de reconocimiento, el *Gloria in excelsis Deo*.

Esta engañosa pintura, que se mantuvo hasta perderse entre las sombras de la noche, hizo que cada cual se creyera salvo de nuevas zozobras y peligros, y que deseara, con entusiasta anhelo, la venida de la aurora para saltar en tierra; ajenos todos de presumir que sólo parecería la primera luz para hundirlos en el lleno del dolor, tanto más terrible, cuanto era violento el común sentir de satisfacción y de alegría.

Huyó, en efecto, la noche; con ella la tierra deseada, y las venturosas esperanzas que su apariencia hiciera nacer; porque no quedaron sino muy remotos recuerdos de un sueño de placentera ilusión, contra el sentido extremo de haber de continuar en incierta derrota, entre nuevas dudas y nuevos recelos.

Como quiera, con sobrada frecuencia se dejaba oír ya la voz, *¡Tierra!*, mas por el vivo anhelo con que se apetecía, que por el premio de los diez mil maravedís; pero como ese tránsito inmediato del contento al dolor, de la esperanza al despecho, debiera determinar, en último caso, el más terrible desaliento en la tripulación, y aconsejarle un alzamiento que frustrara todo resultado, acudió el jefe a remediar aquel abuso, declarando sin derecho a la renta quienquiera que anunciase *tierra*, si al cabo de tres días no se presentaba de un modo evidente; medida que impuso mucha reserva en los marineros, reprimiendo también las diversas conmociones que tan comprometida ponían la suerte de la expedición.

---

<sup>2</sup> 117 pesos fuertes.

No por eso dejaba de asegurar el ilustre genovés que el viaje sería ya de corta duración, porque tal era su íntima fe, y anunciaba estas promesas con un semblante de confianza y de verdad que todos sus súbditos se inclinaban a creerle: desgraciadamente este efecto era instantáneo, sin que se pueda extrañar en hombres tantas veces engañados, que desesperaban por lo mismo del porvenir, a pesar de tantos presagios de que testigos fueran; antes no querían ver en ellos, si tal vez los recordaban, sino unos objetos fatídicos que los arrastraban a despecho suyo a la sima del insondable e hiperbólico océano.

Y contra tanta ansiedad todavía tendían involuntariamente la vista penetrando el anchuroso espacio, para confundir, entre su melancólica desesperación, un rayo de esperanza con que mitigar pesares, tan arraigados ya en los jefes de las carabelas, como en todos sus súbditos. Volvieron a presentarse de vez en cuando varios de esos objetos, que aun hoy día son la delicia del impaciente navegante, y cuyo precio no puede sentir, ni estimar, quien no haya recorrido los mares; y estos verdaderos indicios de una tierra inmediata, imprimieron un delirante entusiasmo en la débil inteligencia de aquellas gentes, a quienes la inquietud y el miedo traían abatidas, por entre aguas que, a decir del fanatismo, sólo recorrieran vestiglos formidables, conservándolas fuera del dominio de los humanos.

Aumentábanse los objetos a medida que la expedición avanzaba hacia el oeste, y por si alguna duda quedara de un inmediato arribo, vino a disiparla la presencia de varios peces, de ordinaria residencia en torno de las rocas; la de algunas matas de yerba en todo su verdor; de un ramo cargado de fruta ya madura; y, por último, de un palo donde parecía haberse ejercido la mano del hombre. Éstos y otros varios despojos que las aguas arrastraban, aseguraron enteramente el general contento, dando campo para que aquellas gentes, tímidas y supersticiosas, redoblaran el celo y la cuidadosa atención con que procuraban ya registrar el espacio, en busca del suelo, después de tanto tiempo, apetecido.

Como siempre se mantuviera Colón en acecho de las ocasiones, sacando de todas ellas un saludable fruto, parecióle ésta de mucha oportunidad para desterrar de una vez toda suerte de celos; y concluido el *Salve regina*, himno que todas las noches se cantaba a bordo, con religioso recogimiento, se puso a discurrir entre sus súbditos, ponderando cuán dichosos debían llamarse, pues que se encontraban al cabo de una navegación fácil y bonancible, y a orilla de una tierra cuya existencia negaban la ignorancia y la supersticiosa ceguedad; asegurando que en aquella misma noche la verían todos, si despiertos y vigilantes quisieran mantenerse. Tras esta consoladora promesa, Colón hubo de apartarse de los suyos, y puesto sobre la toldilla, su alma inquieta y meditabunda quería descorrer el tenebroso manto que empañaba el horizonte, penetrándole hasta punto de figurarse alcanzar el brillo de una luz artificial. Mal seguro de lo que su vista le dijera, llamó a don Pedro Gutiérrez, que también entró en el sentir de Colón, ya que otros llegaran a tenerle por una nueva aprehensión del deseo; que las dudas nunca se apartan de las esperanzas, y entre ambas cosas fluctuaron los ánimos, hasta que a las dos de la madrugada, un cañonazo de la *Pinta* dijo definitivamente, que la expedición estaba en presencia de la costa, llenando de júbilo todos los corazones.

Fue el descubridor Rodrigo de Triana, marinero a las órdenes de Martín Alonso; pero cúpole a Colón la renta de los diez mil maravedís, por el señalamiento de la luz artificial, ocurrido algunas horas antes.

## CAPÍTULO IV

Desembarca Colón en una isla, y la nombra San Salvador. Sus relaciones con aquellos naturales. Descubre otras islas. Su errada opinión acerca de la de Cuba. Deserción del navío la *Pinta*. Visita Colón la isla Española, y naufraga en ella la *Santa María*; funda una colonia de treinta y ocho personas, y vuelve a España.

Con vivísima impaciencia anhelaba Colón el dichoso instante de ocupar aquella tierra, debida a su perseverante empeño, parte, o isla por lo menos, de la famosa y rica Cipango, porque a esta creencia le inclinaban algunos errores cosmográficos. La tripulación, por su parte, como no pudiera ya dudar de los resultados, y reconociera en ellos el juicio, el esmerado saber de su jefe, tan indignamente ultrajado en Simancas, corrió, con leal y sincero arrepentimiento, a echarse a sus pies implorando perdón de su pasada indisciplina; olvido de tantas ofensas como se le hicieron; y de paso, aclamándole almirante de aquellos mares, y virrey del territorio que los rayos argentados de la risueña aurora iban abriendo a la vista de los regocijados marineros. Con bondadosa afabilidad recogió Colón estas muestras de respeto y de pesar, dando a entender que sin violencia, ni repugnancia, sabía olvidar los mayores agravios, ya que también encomendara la enmienda para el porvenir, y la común obediencia tan necesaria al mayor lustre del nombre castellano; encargo que debió renovarse en el desembarcadero, donde reprodujeron sus súbditos los mismos votos de arrepentimiento, las propias aclamaciones de almirante y de virrey.

Tomadas aquellas medidas de precaución que oportunas parecieran, dado que los moradores de la isla llegasen a mostrarse hostiles, saltó Colón en tierra, a la cabeza de los jefes de las otras carabelas, de varios oficiales, y de un corto número de soldados y marineros; llevando consigo el pendón real, y las grímpolas expedicionarias, en cuyo lienzo lucían una cruz verde, y las iniciales de Fernando y de Isabel, sobrecargadas de una corona.

Así puestos en aquella tierra de promisión, con el majestuoso aparato de triunfadores que la gloria envanecía, todos doblaron las rodillas, y con los brazos elevados al cielo, como en señal de un respetuoso reconocimiento a sus favores, sellaron con sus labios el suelo que acababan de pisar; hecho lo cual, desnudó el jefe su espada, y flameándola señera, declaró la isla posesión de los ilustres monarcas españoles, entre repetidos vivas, y entusiastas aclamaciones; suceso que hizo me-

morable el día 12 de octubre de 1492, y que ocurrió a los treinta y seis, después de la salida de la Gomera, y setenta y uno, del puerto de Palos.

El imponente aspecto de las naos, que a velas llenas se avanzaban cortando las aguas, dio lugar a que los naturales presumieran el arribo de algunos endriagos salidos del seno del océano, y confusos y despavoridos corrieron a ocultarse en el corazón de los majestuosos bosques que embellecen los países intertrópicos, o entre malezas y encrespados tormos, desde donde poder admirar, con turbada curiosidad, la marcha grave y compuesta de aquellas moles, en su sentir, animadas.

Mayor fue todavía su asombro cuando vieran que, del centro de aquellos corpulentos bultos, salían hombres ricamente vestidos, para darse a ceremonias cuyo carácter anunciaba dulzura, caridad, y profunda veneración, debiendo ser por lo mismo espíritus celestiales: idea que aplacó todos sus temores, y les empeñó a venir a mezclarse entre los extranjeros, cuyos trajes y blanca tez, era para ellos objeto de viva admiración, al paso que su desnudez y color hosco, excitaba la de los españoles.

En esto estaban cuando el horrísono cañón vino a dar, con su repentino y atronador estruendo, la exacta idea de la perturbación del aire entre la furiosa tempestad; quedáronse inmóviles los isleños, y cuando hubieron de recobrar, en algún modo, sus abatidas fuerzas, sólo fue para deshacerse en signos y ademanes que daban a entender cuán dispuestos y resignados se sintieran a rendir un respetuoso culto a hombres de tanto poder.

Inexplicable fue el contento que causara en aquellos pacíficos insulares el presente de algunas baratijas y bujerías que los castellanos les hicieran, y a las cuales dieron tal importancia, que se conservaban como santas reliquias, dignas de la más profunda veneración; pero ansiosos de responder a la gratitud que semejante don imponía, corrieron ofreciendo afectuosos borras de algodón, algunos loros y considerable cantidad de frutas, cuya esencia no supieron valorar los españoles.

Los naturales llamaban aquella isla *Guanahani*, pero ya se ha dicho que Colón le puso el nombre de San Salvador, dando con esto a entender que en ella se había salvado su empresa de los tantos peligros como la siguieran, a la vez que constante en el error de que la dicha isla componía parte del continente de la India, llamó *indios* a los que la habitaban; y este nombre impropio ha venido hasta nuestros días, comprendiendo a todos los hijos de las dos Américas.

En el reconocimiento que de esta isla hiciera Colón, ya por mar, ya por tierra, hubo de observar que ni era muy extensa, ni encerraba tampoco la abundancia de oro que a su codicioso desvelo cumplía; y como los naturales le indicaran, en dirección del sur, otras tierras más ricas en aquel metal, se dispuso a visitarlas, llevando consigo algunos guanahanos, que habían de servirle, a la par que de guías, de intérpretes, si necesario fuere.

Dejáronse ver en el tránsito numerosas islas de pintorescas campiñas, donde la vegetación ostentaba milagrosa lozanía, despidiendo al viento los más suaves y delicados aromas, como digna y merecida ofrenda hacia un cielo tan esplendoroso y puro, cuya admirable diafanidad parecía atestiguar la existencia del gran archipiélago, que con tan lindos colores Marco Polo dejara retratado.



CRISTOVAL COLON.



Aprehendida la posesión de algunas de aquellas islas, en nombre de los reyes castellanos, y bautizadas con el de Santa María de la Concepción, Fernandinas, Isabela, etc., hizo Cristóbal objeto particular de su examen la de Cuba, creyendo era la célebre Cipango, y parte muy inmediata a la gran Catay, en cuyo error le afirmó la siniestra interpretación que a ciertas palabras de aquellos isleños se diera, o acaso la cultura de éstos, mucho más desarrollada que la de los guanahanos.

Fue este motivo para que despachara Colón algunos españoles con orden de allegarse a la ciudad de Quinsai, y poner en manos del Khan las cartas de Fernando e Isabel; cargo confiado al particular desempeño del converso Luis de Torres, sujeto versado en las lenguas santa, caldea y árabe, y por tanto el más a propósito para insinuarse en la Corte de aquel Emperador; y diéronsele, además, algunos indios de Cuba y de San Salvador, por si de ellos hubiere menester en el viaje.

No quiso Colón quedar ocioso durante una embajada cuyos resultados habían de ser, según él, de suma importancia; antes pasó a reconocer una parte de la isla, adquiriendo cada vez mayor certeza de que se hallaba en el país descrito por Marco Polo, y resuelto, por lo mismo, a ponerle en relaciones mercantiles con España, no menos que a proveerse de una regular carga de esas *especies* que, en aquel tiempo, tanto codiciara Europa; presunción vana de que debió curarle la vuelta de Luis de Torres asegurándole que, en lugar del gran Monarca, y sus suntuosas ciudades, no había dado sino con chacras habitadas por gentes en todo semejantes a las de la costa. Esta inesperada novedad, que así destruía los dorados sueños del genovés, fue causa para que saliera la expedición de aquellos parajes con el posible aceleramiento; llevando ya los marineros algunas hojas de tabaco, cuyo uso les habían indicado los naturales de Cuba, y dirigiéndose en busca de Haití, centro del más precioso trofeo hasta entonces descubierto, *¡montones de oro!*

Dada vela en aquella dirección, y cuando apenas se apartaran las carabelas de la costa de aquel supuesto continente, la *Pinta* se separó de la *Santa María* y de la *Niña*, tomando distinto rumbo; suceso que afligió extraordinariamente el alma de Cristóbal. Martín Alonso Pinzón, que desde su infancia estaba hecho a mandar, no podía doblarse a la obediencia, ni menos a un papel secundario en una empresa donde traía su posición social, sus bienes, sus talentos náuticos y su propia persona, sin lo cual quizá no se realizara; ya porque supuestos riesgos contenían a los más alentados marineros, ya porque faltaban embarcaciones, ya, en fin, porque los recursos pecuniarios fueran insuficientes, sin el bolsillo del marinero de Palos, abierto para atender a la octava parte del gasto común.

Andaban los dos jefes deslindando todas esas pretensiones, pero supuso Colón que Martín las había pretextado sin otro objeto que hacerlas motivo de separación para adelantarse a Haití, cargarse de toda especie de tesoros, y, siendo su carabela más velera que las otras, regresar a España para atribuirse la honra de todos los descubrimientos; villanía que llenaba de amargura el caballeroso pecho del delicado comandante. Llegó éste a Haití, con sus dos carabelas, el 6 de diciembre, y dio a la isla el nombre de *Española*. Los indios buscaron pavorosos un refugio en los montes, sin que bastaran a tranquilizarles las repetidas muestras de paz con que les convidara un corto número de españoles, destacados en su seguimiento, antes

huían con mayor espanto, y debieron volverse los soldados sin más presa que una joven isleña, a quien se dio libertad, habiéndole hecho muchos agasajos, y algunos presentes. No fue estéril este generoso proceder. Como vieran los isleños a su paisana engalanada con arrequives de brillante apariencia, sin recelo vinieron donde estaban los extranjeros, y les ofrecieron, con señales de mucho interés, el cordial acogimiento de que los salvajes hacen su primera ley, porque todavía sienten latir en sus pechos la clásica fraternidad, que la codicia y el egoísmo han desterrado de las naciones cultas.

Mantúvose varios días la expedición en esta isla, viendo con sentimiento, cuán escasa era también en mineros del metal que tan afanosa buscaba; recorrió enseñada algunos puertos, llegando por último al de Santo Tomás, adonde concurren embajadores del muy acreditado cacique *Guacanagari*, manifestando cuánto su señor anhelaba la visita de Colón, y la sincera amistad de que le daría pruebas, si se dignaba pasar a su morada, situada tras un cabo o promontorio que se dejaba ver a la parte opuesta.

Dispúsose la expedición a montar la punta en cuanto viera un tiempo favorable; pero como marchara en medio de una noche despejada y serena, el timonel cometió la imprudencia de confiar el pinzote a un grumete, y el aguaje varó la *Santa María* en un bajío; novedad de indecible pesadumbre para el Almirante, a quien sólo la *Niña* le quedaba, y ni en ella podía entrar el cargamento del bajel naufragado, ni se suponía resistencia para regresar a España. Este fatal contratiempo puso a Colón en la necesidad de dejar en aquellos parajes algunos de sus súbditos, que esperarían el retorno de su jefe al abrigo de un fortín, bastante bien defendido, y a cuya obra contribuyeron gustosos los naturales del país.

Esta nueva colonia, llamada *Navidad*, se componía de treinta y ocho individuos de los más diestros y más juiciosos, todos voluntarios y sumisos a las órdenes de don Diego de Arana, contraamaestre de la *Santa María*; y no parece quedar comprometido su porvenir, ni haber de verse expuesta a insultos y graves riesgos; al contrario, se le considera en pacífica y segura posesión, porque a tanto obligan las muestras de amistad y de respeto que a Colón tributara Guacanagari, y más todavía la bondadosa índole de los insulares, su extremado contento considerando que aquellos extranjeros habían llegado allí para abatir la insolencia guerrera de sus más encarnizados enemigos, los caribes.

Con todo, no quiso Colón apartarse de sus compañeros sin encarecer cuán útil y necesaria se hacía una estrecha circunspección con los naturales, un noble porte, una armonía y una unión, cual convenía a la gravedad del caso; aunque recomendándoles también mucha diligencia en registrar cuidadosos aquellos valles, donde las encumbradas cordilleras que los resguardan verterían precisamente abundante porción de oro en polvo: tras cuyo encargo, y hecha ostentación de su sobrehumano poder, por medio de un gran ejercicio de fuego, cuyo traquido llenó de espanto a los salvajes, se despidió de sus colonos, dando a la vela el 3 de enero de 1493.

Tierna, fraternal y bien sentida fue esta común separación, porque habituados a compartir unos mismos recelos, las propias esperanzas y amarguras, entre los violentos embates de un mar nunca visitado, y los peligros de que constantemente

se creyeran amenazados, reinaba en todos esa simpatía, esa pura amistad, reconocida indestructible por lo mismo que se contrae en el infortunio. De singular contento fueron para el Almirante estos recíprocos desahogos del más puro y noble afecto, pero no tardó en compadecerlos y llorarlos en su interior, reflexionando que no a sus conocimientos náuticos, no a sus esfuerzos, debería ya el regreso a la Metrópoli, sino a la casualidad, a la veleidosa fortuna, dado que guardarle quisiera la endeble carabela de cincuenta toneladas, que le había quedado.

Así desesperanzado salió de la Navidad, y fue costeano Haití, siempre con la idea de descubrir alguna ciudad populosa que viniese a confirmar el plan de Toscanelli, como quien no veía en Cuba sino parte del continente asiático, muy cercana de la gran Catay, y en Haití la verdadera y célebre Cipango; pero mientras que su falsa presunción le paseaba por la costa oriental de la isla, uno de sus marineros, que a la sazón se hallara sobre el mastelero de gavia, distinguió muy a lo lejos la *Pinta*, que vino, no tardando, a unirse a la *Niña*, cuya tripulación, harto desalentada ya, recogió este suceso con señales del mayor alborozo.

Bien mereciera Martín Alonso que el jefe le demandase cuenta de su receso, mas era de mucha importancia la prudencia para con un hombre de tanta valía entre los marineros, y prefirió Colón mostrarse indiferente al deber, no pensando desde entonces sino en volver camino de España, para procurarse una nueva escuadra capaz de responder cumplidamente a la naturaleza y gravedad de sus meditadas investigaciones; aunque, obstinado en su pretendida Cipango, visitara todavía algunas de las bahías, hasta dar con una inmediata al cabo Cabrón, y que él llamó cabo Enamorado, cuyos indios, armados de arcos, y bien provistas las aljabas, se arrojaron impávidos contra los españoles. Sin mucho esfuerzo fueron rechazados y puestos en derrota, llevando algunos heridos; primer sacrificio de sangre americana que los europeos hicieron en el nuevo mundo, y de muy poco sentir entonces para aquellos salvajes, que acuden al siguiente día con franca y resuelta voluntariedad donde los españoles estaban, y continúan frecuentándoles hasta que Colón hizo a la vela para la Península, en cuyo viaje hubo de arrimar a las Azores, y después a Lisboa, huyendo de una furiosa tempestad que por poco no le echara a pique.



## CAPÍTULO V

Arriba Colón a España. Brillante acogimiento que le hace la Corte. Envidiosas pretensiones de Portugal acerca de los descubrimientos de Colón. Bula de repartimiento. Prepara Colón su segundo viaje.

No hay para qué encarecer el entusiasmo de los moradores de Palos en presencia de la carabela *Niña*, tanto más pronunciado, cuanto que los curaba de la punzante incertidumbre en que la suerte de la expedición los tenía. Parientes, deudos extraños, todos, llevaron al desembarcadero un copioso tributo de placenteras lágrimas, desahogo tan necesario a la inesperada ventura, como al repentino pesar; y una vez templada la mutua y común ansiedad con mil parabienes, y mil amorosos y tiernos abrazos, púsose Colón al frente de sus compañeros, dirigiéndose a la iglesia, en cumplimiento de ciertos votos que tenía prometidos.

Siguióle todo el pueblo en masa, porque también quería participar de aquella piadosa ceremonia, y entró en el templo con tal alegría, con devoción tanta, que el acto de gracias revistió cuanto la imaginación puede discurrir en lo sublime y majestuoso, dando después suelta al júbilo de que todos se sentían poseídos, en un constante campaneó durante el día, y en los repetidos saludos con que el tronitoso cañón anunciaba a los pueblos lejanos la dicha, la ventura de los moradores de este puerto.

En el lleno de ese legítimo deporte se estaba cuando la *Pinta*, que la tempestad alejara de la capitana, rindió también el borde; mas su jefe Martín Alonso se abstuvo de aumentar, con su presencia, las distinguidas honras que a Colón se le estaban tributando, y no quiso tomar tierra hasta ampararse en las sombras de la noche. Hase dicho que, desatendidas las exageradas pretensiones con que presumió contrarrestar la gloria del jefe de la expedición, una incurable licantropía le arrastró al sepulcro, lleno de pesar y de arrepentimiento; es justo recordar, que si no fue muy leal la conducta de este generoso piloto para con Colón, si tal vez pasó a baldonarle; sin su celo, sin su crédito, sin su caudal, sin sus naves y sus marineros, probablemente quedara la empresa en proyecto, a pesar de la protección, y de la autoridad soberana; y en semejante hipótesis bien merece Martín un rasgo de gratitud, señalándole a la posteridad como causa segunda del descubrimiento del nuevo mundo.

Como quiera, la familia de ese malhadado nauta se declaró enseguida enemiga implacable de toda la del noble genovés.

Residía entonces la Corte en la ciudad de Barcelona, y Colón le dirigió un relato detallado de todos sus descubrimientos, con lo que pensó poder pasar a Sevilla, en cuyo punto quería asentar su domicilio; pero anticipáronse sus soberanos con respuesta muy satisfactoria, y no poco lisonjera, por medio de la cual se le prevenía recoger en aquellos lugares cuantos datos pudieran convenir al pronto empeño de otra nueva expedición, y pasar enseguida a la Corte, donde se le esperaba con impaciencia. No descuidó Colón el cumplir de este mandato, con un trabajo que su propio interés le aconsejara desde el instante mismo en que desembarcó; y púsose después en camino acompañado de seis indios, y en posesión de varios objetos curiosos que se había procurado en los nuevos países.

Excusado fuera hablar del entusiasmo con que las gentes corrían al camino para ver y conocer un personaje, de cuya gloria y hechos todo el mundo se hacía lenguas; fue el tránsito un constante y nunca desmentido triunfo, cuyo fastuoso lustre vino a coronar la capital de Cataluña, llevando nobles, cortesanos y plebeyos, al encuentro del ilustre Colón, y acompañándole con vivas aclamaciones hasta el magnífico solio que ocupaban los reyes, en una vastísima sala, de libre y expedito acceso en esta ocasión.

Distinguido fue el aprecio con que los monarcas recibieron al Almirante, quien, después de satisfechas debidamente las exigencias del ceremonial, se puso a relatar, con su ordinaria trascendencia, todo cuanto en sus viajes le había parecido digno de nota, recorriendo con encantador aseo el cuadro sublime de los remotos países, de sus lascivas producciones, y de sus variadas riquezas, como para probar la importante conquista que allí tenía segura la religión cristiana, de tan fácil asiento entre unos habitantes de suyo pacíficos, afables y condescendientes; y por si más fuera necesario para completar el embeleso, expuso a la general expectación las raras curiosidades, los vistosos adornos de oro, de plumas, etc., cuya extrañez nadie se cansaba de mirar y de admirar.

La presencia de tantas riquezas pintó en el semblante de todos los espectadores un loco enajenamiento; ipero cuál sería el de los monarcas, que, reconocidos a tantos beneficios como acababan de recibir de mano del omnipotente, se arrodillaron, y, con los brazos hacia el cielo, tributáronle gracias entonando el *Te Deum laudamus* con los músicos y chantres de la capilla real!

Especiales y muy lisonjeros fueron los testimonios de estima que, de los monarcas y demás miembros de la real familia, Colón recibiera, durante su permanencia en Barcelona. Confirmáronsele sus títulos de almirante del mar de las Indias, y virrey de las tierras descubiertas, y que en adelante descubriera; las prerrogativas contenidas en el célebre pacto de 17 de abril de 1492 fueron ratificadas; y, para que nada faltara a la gloria del genovés, la munificencia regia vino en hacer títulos de Castilla a todos sus parientes, constituyendo blasón de su escudo las propias armas reales cuarteladas con un castillo y un león, y timbrado, además, el del almirante con un grupo de islas y cinco ferros, entre un campo de undoso azul, a cuyo pie esta divisa:

A CASTILLA Y A LEÓN  
NUEVO MUNDO HALLÓ COLÓN

Ni le faltó tampoco el incienso y la lisonja de la grandeza, que diligente solicitaba su amistad y trato; ocurriendo el famoso banquete del cardenal González de Mendoza, donde la maledicencia y la envidia de algunos viles palaciegos recibieron el más cruel desaire, en la graciosa experiencia del huevo, con que les dejó corridos y abochornados el ilustre navegante.

En alas de la fama, y con la rapidez del rayo, corría su gloriosa reputación hasta los extremos del continente europeo, siendo objeto de todas las conversaciones, y particularmente de los sabios, que prevenían la importancia de tales descubrimientos; causa de tanto pesar, y de tan desesperada envidia para la corte de Lisboa, que veía eclipsarse entre ellos los que a costa de muy grandes sacrificios ella se granjeara en las costas de África; así es que, recordando que la bula del pontífice Martín V le declaraba dueña de las tierras descubiertas, y por descubrir, en toda la costa oeste de África y de la India, pronto apareció llamándose a derecho sobre las de Colón.

Era Fernando demasiado sagaz para no precaver semejantes pretensiones, y sobradamente activo para dejarse sorprender sin armas con que rechazarlas. Apenas si el Almirante había llegado a Barcelona cuando ya iban camino de Roma embajadores encargados de anunciar al Papa los señalados beneficios que el Todopoderoso acababa de otorgar a la corona de Castilla, destinada con especial esmero a la propagación de la fe porque tanto suspiraban sus reyes; al paso que habían de instarle para que declarase buena y legítima la posesión de los descubrimientos, por medio de una bula cual la que, por semejante causa, se le había dispensado al rey de Portugal.

Esta novedad fue de sumo gozo para el papa español Alejandro VI, que aplaudió las pías intenciones del monarca castellano, y apeteciendo acrecer sus temporales poderes, respondió a la demanda con la famosa bula del 3 de mayo de 1493, por cuyo medio distribuyera, entre las coronas de Portugal y de Castilla, la mayor parte de nuestro globo; pero en ideal línea de demarcación que abrazaba cien leguas al occidente del meridiano de las islas de las Azores, siguiéndole desde el polo Ártico hasta el Antártico, con declaración de pertenecer a Portugal las tierras de la parte este, y las del oeste a España<sup>3</sup>.

¿A qué argüir del derecho de sanción en esa tan extraña medida? Estaba en el formulario de la omnipotencia pontifical de aquel tiempo, y basta; con todo, no fue del gusto de Fernando, ni de su esposa, y túvoles algún tiempo preocupados e irresueltos; pero pronto volvieron a pensar seriamente en los preparativos de otra empresa, digna esta vez de la excelencia del objeto. Con este motivo se estableció en Sevilla una comisión, especialmente encargada del despacho de los negocios

---

<sup>3</sup> No por esto cedieron las discusiones diplomáticas entre las dos cortes, antes llegaron a enredarse en términos que Alejandro hubo menester acallarlas promulgando otra bula en 1494, donde la línea de demarcación se tuvo a 370 leguas oeste del meridiano de las islas de Cabo Verde.

del nuevo mundo, nombrando superintendente de ella al arcediano Fonseca, un tesorero, un interventor, con cuyos tres miembros se entendería Colón hasta dejar cumplida la voluntad de los monarcas. Esta comisión se dio a conocer más tarde con el nombre de *Compañía de las Indias* o *Casa de Contratación de Sevilla*.

El rey de Portugal aprestaba entretanto, con cautelosa diligencia, algunos bajeles, en ánimo de explorar secretamente los nuevos países; mas como Fernando tuviera noticia de un proyecto que importaba desbaratar, o, por lo menos, ganar por la mano, confirió a Colón y a Fonseca ilimitados poderes para que apresaran cuantas embarcaciones considerasen convenientes a la empresa, a reserva de un flete racional apoderándose también de todos los enseres y municiones de boca y guerra necesarios al armamento, llevando la violencia hasta contra capitanes, oficiales y marineros, si no pareciere suficiente número de voluntarios; abuso que patentiza cuán despóticas y arbitrarias eran las leyes de la época.

Desde entonces data igualmente el desacertado giro que los españoles dieron a su sistema colonial, imprimiendo en la organización mercantil el aspecto mezquino de que nunca logró curarse; porque, ya quisieran los monarcas reservar para la Corona todos los beneficios de las futuras conquistas; ya entraran en las torcidas ideas que, del comercio y de la naturaleza de las nuevas colonias, prevalecían; ya, en fin, tomaran por norte la política con que los portugueses gobernaban las importantes posesiones de que eran dueños en la costa occidental de África, donde el recelo, la mezquindad y la envidia, bosquejaron el tipo de las colonias modernas, en todo diferentes de las antiguas de griegos y romanos, ello es que ordenaron terminantemente que ningún español pudiera embarcarse para el nuevo mundo sin el soberano permiso, el de Fonseca, o el de Colón: medida impolítica, mantenida hasta de poco acá, y con la cual quedó sofocado el espíritu de la filantropía, el de la moral, no menos que el de la industria.

Supuesto o verdadero, la conversión de los indios era el principal colorido que a la expedición se le dio, y el mismo Alejandro la encomendaba eficazmente en su bula; por tanto, no se descuidaron los reyes en hacer que recibieran el bautismo los seis isleños que el Almirante dejara en la Corte, y debía trasladar de nuevo a su país natal. Regia fue ciertamente esta ceremonia. Fernando concurrió al bautisterio en calidad de padrino del bizarro *Goacanaric*, honrado con el nombre de Fernando de Aragón; el joven príncipe Juan se presentó enseguida pidiendo el ser de gracia, para otro ahijado suyo, que pensó guardar en Sevilla hasta que, versado en la Teología, pudiera regresar a su patria en calidad de misionero: una muerte prematura vino a destruir esas piadosas miras.

Esa primicia de gentilidad indiana que el trono acababa de ofrecer a nuestra religión, prometía venturosos resultados, y lisonjeras esperanzas, no menos para los nuevos vasallos, que para la propagación de la fe porque tanto suspiraba Isabel, aunque encomendara constantemente el uso de las armas espirituales, la dulzura, la caridad, la persuasión, como más eficaces que el prestigio violento de la fuerza; así es que, para corresponder a la pureza de sus nobles deseos de asentar en las nuevas colonias las santas verdades del Evangelio, la unidad religiosa, sin la cual siempre peligran los vínculos de la amistad y de comunes intereses, dispuso fuesen

en esta segunda expedición doce eclesiásticos bajo el gobierno del benedictino fray Bernardo Boyd, sujeto de saber y de piedad, que el Papa nombró su vicario apostólico. Debían estos sacerdotes instruir a los indios, predicando la moral, la caridad, e iniciándolos, con paciencia y moderación, en los misterios de la ley cristiana, sin dejar tampoco de ejercer las funciones de su ministerio con los cristianos transportados al nuevo mundo.

Por otra parte se le dio a la expedición un gran surtido de cereales, simientes de toda suerte de hortaliza, plántones fructíferos, sarmientos, cañas de azúcar, ganados y animales demésticos, y una multitud de útiles de agricultura y de mecánica con que poder acelerar la prosperidad en las proyectadas colonias. Y como fuera sabido el gran precio y estimación que daban los indios a las chucherías europeas, hizo el comercio buena provisión de aljófar, abalorio<sup>4</sup>, espejos, cascabeles, etc., prometiéndose que a manos llenas vendría el oro reclamando el cambio. De suerte que todas estas disposiciones espirituales y temporales, hijas de la voluntad de los monarcas, pusieron en concurrencia los dos grandes poderes, dando origen a la civilización, ignorada hasta entonces en aquellas incultas regiones.

---

<sup>4</sup> *Chaquira* le llaman en Chile, en Perú, y en otros puntos de América; aunque no falta quien confunde en ese nombre *abalorio* y *cañutillo*.



## CAPÍTULO VI

Emprende Colón su segundo viaje. Descubre las Antillas. Llega a la isla Española, donde se le anuncia la destrucción de la Navidad, habiendo sido degollados todos sus compañeros. Fundación de la ciudad Isabel. Violenta inquietud de sus habitantes; logra Colón calmarla. Échase a nuevos reconocimientos en el mar. Descubre Jamaica. Se mantiene en su error respecto a la isla de Cuba.

Diecisiete bajeles contaba esta segunda expedición y, aunque apenas si contuvieran los tres mayores cien toneladas, todavía es digna de reparo tomando en cuenta la época, sobre todo cuando la vemos con cuanto es menester para hacerse a la vela a mediados de septiembre de 1493, es decir, poco más de seis meses después de haber desembarcado Colón en el puerto de Palos, y a los ciento veinte días de su salida de la ciudad de Barcelona. Eran muchas las maravillas que de los remotos países se contaban, de agudo estímulo las curiosidades que se habían traído de ellos, y ni el entusiasmo, ni la codicia podían mantenerse callados. Así es que, contra la resolución de no tomar a bordo si no mil personas, entre marinos, soldados y pasajeros, luego contó Cadiz mil quinientas de todas clases y condiciones, que, poseídas de un espíritu aventurero, habían puesto en juego cuanto el ardid y la intriga pueden en las humanas pretensiones; ofreciendo así aquella ciudad un teatro de contento y de constante acción, dentro del cual se agitaban nobles, caballeros, administradores, militares de graduación, que, mal hallados en el ocio, desde que con bizarra intrepidez plantaran en la torre de la soberbia Alhambra el estandarte de la fe, corrían a confundirse entre los jornaleros, artesanos y labradores, destinados a formar el poder material de las nacientes colonias.

Con exagerado anhelo ansiaba todavía el espíritu pugnas de aquellos militares otros climas donde ganar nuevos prosélitos a la gloria de nuestro divino Salvador, pues demandaban con indomable impaciencia se les trasladase adonde poder renovar las esclarecidas hazañas que, al nombre de *Granada*, recordaban llenos de ufanía; a tanto iba su pasión por la andante y aventurera orden. Sobresalía entre ellos don Alonso de Ojeda, si no feliz en empresas, célebre por su arrojo en tentar las más raras, las más aventuradas, tal vez las más temerarias; y no menos célebre por sus prendas personales. Persuadido este caballero, como Colón, como todo el mundo entonces, que las tierras descubiertas en el primer viaje formaban parte del gran imperio indio, bien creyó alcanzar especial nombradía, tomando por cuenta

suya el penetrar en la populosa Catay, y no detenerse hasta descubrir las tantas maravillas y preciosidades que allí guardaba hacinadas la pública opinión.

Llegó por fin el día 24 de septiembre para templar impaciencias y satisfacer deseos, pues que debiendo dar vela en la mañana del siguiente, marinaje, soldados y la mayor parte de los pasajeros hubieron de ir a bordo, donde quedaron esperando a que apareciera la próxima aurora, que fue saludada con aclamaciones de universal júbilo, al paso que se cruzaban en los aires los ecos compasados de la maniobra, el bronco rechino de los ferros, y el estrepitoso bullicio de todo un pueblo agolpado al puerto para despedirse de los que, en brazos de la fortuna, iban a trasladarse a países de abundancia y de bendición. ¡Qué contraste con el luctuoso cuadro que pintó el pueblo de Palos al emprenderse el primer viaje! Voluntad, alegría, esperanzas, ilusiones, entusiasmo, todo corre esta vez en torno de Colón, que es el alma de tan grandioso movimiento, el héroe de la escena; y, sin embargo, no distingue la diferencia, porque embebido como le tenía tanta faena, sólo atiende a verla concluida para comunicar la señal de largarse, como, en efecto, lo ejecutó así que oyera la voz *vergas en alto*, enmarándose el primero en la *María Galante*, que todas las demás naos siguieron con ordenada majestad.

Lenta y entormecida se mostraba al principio la capitana, serpenteando en las aguas de la vasta bahía gaditana; pero apenas se pusiera a cierta distancia de la costa, y tendido que fuera su velamen, cuando, rompiendo las aguas con indecible soltura, pronto hubo de hacerse mira de la vigilante atención de todos los oficiales de cuarto. Siguió la expedición el derrotero de las islas Canarias; repuso en ellas ciertos mantenimientos, tomó algunos animales domésticos, varias semillas y otros objetos de utilidad para las nuevas colonias, y enseguida dio vela en dirección del oeste-sur-oeste. Bonancible y de corta duración fue la navegación, pues que en la mañana del domingo, 3 de noviembre, ya celebraba el Almirante, con acciones de gracias, que en aquella época de piedad y de fe eran para los corazones un bálsamo saludable y consolador, el descubrimiento de la isla *Dominica*, así llamada atendiendo al día de este suceso. El 4 se dejó ver otra nueva isla, y los descubrimientos se sucedían como más se avanzaba; hasta que, por último, la expedición se reconoció en medio de un archipiélago, que el error y la ilusa ignorancia, dieron entonces, por el de esas famosas *Antillas* tan pregonadas en antiguos autores, sobre todo por el célebre geógrafo Behaim, que las supuso delante de la gran Catay, y limítrofes con Cipango; habiéndoseles conservado este nombre hasta hoy.

Como quiera, visitó Colón algunas de aquellas islas, particularmente la Guadalupe, donde por primera vez vio, y aun gustó, ananás y otros frutos no menos fragantes y succulentos, en tanto que los naturales se internaban, llenos de espanto, en lo más retirado de los bosques, despreciando las señales de paz de los españoles que los seguían. Tuvieron éstos que volverse con la dolorosa prueba de que los isleños eran antropófagos, suponiéndoles, por lo mismo, los caribes, o canibales, de que se les diera noticia en su primer viaje; repugnante y bárbara costumbre confirmada en la deposición de algunas mujeres prisioneras, que voluntariamente vinieron donde el Almirante estaba, asegurando que la isla era un como cuartel general de aquellos intrépidos e impíos guerreros, destinados a llevar muerte y exterminio en todas direcciones.

Aunque el deseo de poner término a la navegación era general, y tocara ya en descontento; aunque la isla ofreciera una perspectiva pintoresca y halagüeña; no quiso el Almirante quedarse en ella, antes tuvo por más conveniente visitar primero la Navidad, con cuyo motivo se encaminó para la Española; cuidando en el tránsito de hacerse cargo, con más o menos exactitud, de todas las islas que sucesivamente se ofrecían a su vista.

Aportó a la Española el 22 de noviembre, y algunos días después a la Navidad... ¡ya sepulcro de sus antiguos y malhadados compañeros!...

Apenas se ausentara Colón de aquellos desgraciados, cuando la más completa anarquía vino a desunirlos. No se conoce autoridad, o, por lo menos, es obra de cada día, pasando de mano en mano, y haciéndose más digno de ejercerla, aquél que mejor responde a los caprichos, y a los fines del funesto interés, y que sabe callar ante criminales demasías; porque como no siguieran más ley que la de los brutos, esto es, la violencia, entendían ser legítimos dueños de cuanto poseían aquellos insulares, hasta corromper y profanar la honestidad de sus hijas y de sus mujeres, haciéndose por lo mismo pendencieros, después ladrones, y al cabo asesinos unos de otros (que a todo esto conducen los celos y las envidias), para que los hijos del país, hartos y exasperados de tanta insolencia, de tan violentas exacciones, y de tamaños desafueros, corrieran a vengarlos, dando a todos los colonos una desastrosa muerte.

Con extremado sentimiento supieron esta novedad los marineros que habían hecho parte de la primera expedición, siendo para todos los demás, indicios, por lo menos, de un calamitoso porvenir. También Colón la lloraba con agudísimo desconsuelo, hasta que allegada a su mente la imagen del cruento sacrificio, halló fuerzas para huir de aquel ensangrentado lugar, yendo a establecer su colonia en otro que, a las inmediaciones de Monte Cristi, le pareciera más propicio, y en el cual fundó la ciudad Isabel, en memoria de su digna y real protectora. Rendidos traía la larga navegación a la mayor parte de los españoles, pero todos ellos se prestaron gustosos al trabajo material de la construcción de los edificios, no obstante el bochorno cargado de humedades que reina en el país, resultando, por lo mismo, la relajación de la salud, y en breve un cúmulo de graves enfermedades, que ni aun respetaron la persona del Almirante. Funestas fueran las consecuencias del común desaliento que semejante conflicto imprimiera en los ánimos, si dichosamente no viniera a fortalecerlos la gran cosecha de oro que en el interior de la isla se había procurado el famoso don Alonso de Ojeda; porque sin este remedio fueran quizá ineficaces los que, para templar inquietudes, contener turbulencias, y rehacer el espíritu de los enfermos, la prudencia y la autoridad de Colón dictaban, aunque obligado a guardar cama.

El Almirante se había reservado cinco naves para continuar sus viajes y descubrimientos, yendo todas las demás camino de España; pero distinto era el destino que el descontento pensó darles. Quiso apoderarse de ellas el interventor Bernal Díaz de Pisa, con otros conjurados, todos ellos resueltos a volver a su país, donde presumían que, con acusar la insalubridad del clima, y la escasez del oro, tras que andaba su interesada codicia, quedaría su crimen lavado. También Fermín Cado vino a

robustecer este culpable proyecto con cuanta autoridad le diera su título de docimástico, y no hay duda que la trama consumara su obra, sin la despierta vigilancia del Almirante, arrestando a Díaz y a los principales conspiradores, quienes recibieron en breve un castigo suave, que desdecía demasiado de la enormidad de la culpa, pero que no por eso dejó de ser germen de una enemiga cuya ponzoña había de consumir lenta, y atribuladamente, la gloriosa existencia del cordato genovés.

Restablecida la paz en la colonia, dispuso Colón pasar al Cibao, donde la diligente codicia de don Alonso de Ojeda había descubierto tanto oro; pero como importara hacer alarde de gran poder, para darse a respetar de aquellos insulares, y enfrenar su carácter indómito, mandó que los soldados vistiesen sus más ricos uniformes, y emprendió la marcha al frente de una numerosa banda de tambores y trompetas, cuyos marciales y sonoros ecos difundían asombro y espanto por lo más recóndito de aquellas rústicas, y solitarias selvas. La novedad de este majestuoso espectáculo atrajo en breve una muchedumbre de indios que, si el lucir de las armas, y el lujo de la tropa tenían asombrados, la vista de caballos y jinetes no componiendo, en sentir suyo, sino un solo individuo, acabó de enajenar; siendo causa para que casi todos ellos siguieran maquinalmente con la columna hasta el Cibao, donde Colón, ayudado de estas pobres gentes, hizo muy buena cosecha de oro, y de varias muestras de cobre.

Este suceso dio margen a que el Almirante alzara en aquel paraje el fuerte llamado Santo Tomás, a propósito de la incredulidad de sus súbditos respecto a la existencia del precioso metal; fuerte que presidió competentemente, quedando la guarnición encargada de recorrer todos los alrededores en busca de veneros de oro, porque éste era el móvil principal de aquellas expediciones, y el conato de prosperidad a que propendieran las colonias establecidas y por establecer.

Regresó Colón a Isabel, donde la intensidad de las enfermedades, y la escasez de alimentos, así europeos como indígenas, habían despertado alarmas, y hecho presentir los horrores del hambre, con cuyo motivo dictó todas cuantas medidas de precaución aconsejaban con imperio las circunstancias; pero fueron muy mal acogidas, aun entre las personas más juiciosas, siendo una de ellas el vicario apostólico *Boyl*; y acabaron de exasperar a nobles y caballeros, que no podían avenirse con el trabajo corporal a que se veían obligados. Hechos a una vida opulenta e independiente, de que su imaginación novelera, y sedienta de aventuras, los sacara, arrastrándolos engañados donde no aparecían medios de contentarla, dieron entrada a la más negra melancolía, tanto más vehemente y desesperada, cuanto que no quisieron ver en las órdenes del Almirante sino un desafuero contra su lustre, dignidad y nacimiento, y un humillante insulto al orgullo castellano. No faltó quien con frívolos pretextos pretendiera negarse al servicio que reclamaban las necesidades de la colonia, pero también hubo en Colón nervio para desatenderlos, fuerza para hacerse obedecer, cuando la persuasión era ineficaz; afinando así la balanza de la justicia equitativa; aunque no desconociera que esta aparente rigidez había de motivar quejas que rebajarían su reputación y crédito en el ánimo de sus soberanos.

Creyendo que la delicada salud de muchos de sus soldados, cada día más comprometida en aquellos paludosos parajes, podría curarse de sus descalabros

a beneficio de nuevos aires; deseoso también de distraer el espíritu atronado y peligroso de los descontentos, organizó una expedición bajo las órdenes de Margarita, mandándole recorrer militarmente la mayor parte de la isla; de este modo pudo entregarse con más desembarazo a reponer la moral de su abatida colonia, cuyo aspecto tétrico y silencioso contrastaba maravillosamente con el júbilo y la completa satisfacción que allí mismo sintieran las gentes de la primera empresa; porque es verdaderamente de admirar el carácter de oposición de las dos expediciones, si en cuenta se toman las circunstancias que concurrieron al desempeño de una y de otra. En la primera, temores, recelos, peligros, desazones, resistencias, una acalorada prevención contra el éxito; al paso que el prestigio de una maravillosa ilusión viene ofreciendo a la segunda más de lo que fuera menester. Aquélla no lleva sino la modesta pretensión de descubrir una tierra; ésta ya codicia gloria, o mejor, riquezas aseguradas en supuestas realidades que la ambición acoge siempre con fe. Alcanza el lleno de sus deseos la una, viendo entusiasmada un país que la vegetación viste de ricas y majestuosas galas, y donde cada objeto es un embeleso; mientras que la otra, como, al tender la vista en aquellas afortunadas regiones, no distingue hacinado el metal de sus quiméricas esperanzas, cede a un doloroso abatimiento, y, por fin, a una desesperación de funestas consecuencias para el mayor número de los nobles colonos.

En tanto que la expedición de Margarita recorría la isla, armó Colón tres bajeles, y encomendado el orden y la tranquilidad de la colonia a una junta, presidida por don Diego, su hermano, se embarcó, en ánimo de hacer nuevos descubrimientos. Después de haber registrado gran parte de la isla de Cuba, se inclinó hacia el sur, y vino a descubrir Jamaica, con cuyos naturales empeñó algunas refriegas, notando por primera vez el arresto con que los perros acometían a los indios; mas no hizo larga estancia en aquel suelo, una vez persuadido que no respondía al objeto capital de sus afanosas investigaciones, ese oro por cuyo hallazgo tanto se suspirara; y hubo de volverse a Cuba, resuelto a esclarecer el juicio que de ella tenía formado, considerándola parte del gran continente, o ver si era una simple isla. Sin voluntad para sacudir la influencia de su errada prevención, volvió de nuevo a convertir en sustancia cuantas indicaciones le suministraron los habitantes de la costa, concluyendo que aquel país era propiedad del gran Catay, en cuyo sentir entraron todos sus compañeros; lo cual dio margen a que inmediatamente se instruyera, por ante escribano público, un como expediente en que quedaron consignados el descubrimiento, y el unánime parecer; título que hasta los grumetes firmaron, y que por fortuna se ha salvado de los estragos del tiempo.

Enseguida partió el Almirante para la Isabel.



## CAPÍTULO VII

Vuelve Colón a la Española, y encuentra en ella a su hermano Bartolomé. Batalla de la Vega con los naturales. Regresa Colón a España y emprende su tercer viaje. Descubre el continente. Insurrección de Roldán. Aporta Bobadilla a la Española, encargado de informar cuál era el estado de la colonia. Pone preso al Almirante, y le envía a España, con una cadena al pie, para que comparezca ante los monarcas. Imperfecto desagravio contra tamaño ultraje. Cuarto y último viaje de Colón. Sus tribulaciones. Su muerte.

Apenas entrara Colón en Isabel cuando se le anunció la desertión del ingrato general Margarita, la del irascible e intrigante Boyl y de la mayor parte de sus implacables enemigos, que todos reunidos habían dado vela para España. Comprendió el Almirante las consecuencias de tan innoble proceder, que pusiera en inminente riesgo su ya tan resentida salud, a no concurrir, para atemperar la pena, el arribo de su hermano Bartolomé, tras doce años de pesarosa ausencia. Muy satisfactorio fue para Colón este inesperado suceso, porque sobre dilatar en su atormentado pecho los tiernos afectos de la verdadera fraternidad, le procuraba un hombre de toda su confianza, de nobles y raras virtudes, tan hábil en la náutica, como versado en la administración, y, por tanto, capaz de cargar con gran parte de sus tantas y tan laboriosas tareas; siendo de no menos aprecio y utilidad para la colonia, que para el jefe de ella; porque, consecuente y rígido, sin dejar de ser hidalgo, precisamente se había de captar el amor de los colonos, asegurándoles un porvenir que la veleidad de su hermano Diego amenazaba comprometer.

En efecto, confiósele el cargo de adelantado<sup>5</sup>, y descansando en su prudencia, pudo el Almirante marchar contra los naturales, declarados ya en abierta hostilidad, y que habían atacado el fuerte de Santo Tomás, irritados del continuo mero deo de la tropa, que la fuga de Margarita dejara sin jefe, y alentados también con la ausencia de aquél. Midieron sus fuerzas las dos naciones en el punto llamado la Vega, pero, aunque muy superiores en número, pronto cedieron los indios a las terríficas armas de los españoles, declarándose en completa derrota, y al cabo, viniendo al campo castellano en busca de un perdón, que no les fuera otorgado, a no comprarle con la solemne promesa de contribuir cada individuo, y por trimestres,

---

<sup>5</sup> Gobernador político y militar.

con una cantidad de oro en polvo equivalente al valor de cinco pesos fuertes<sup>6</sup> poco más o menos, o, en su defecto, una bala de veinticinco libras de algodón. Éste fue el origen de un tributo que todos los indios conquistados tuvieron que pagar después a los monarcas españoles.

Mientras que a favor del tino y de los desvelos del adelantado y del Almirante, recobraba la isla la paz de que tanto había menester, los maldadosos desertores descorrían ante la corte de España un triste y espantoso cuadro sobre el estado de la colonia, hasta lograr de los reyes los competentes poderes para que pasase un tal Aguado a tomar conocimiento de los negocios, y corregir abusos y vicios de la autoridad administrativa.

Ya otra vez había hecho Aguado este viaje, y debía al Almirante muy distinguidos favores; pero ingrato hasta el punto de declarada enemiga, se presentó ante su protector, con ese ruin entono que visten los necios, desde que se ven con facultades cuya trascendencia no sabe medir su presuntuosa vanidad. No por eso se descompuso la natural moderación, ni la gravedad del Almirante, sólo que reconociendo la trastienda, y la dañada intención, con que se trataban asuntos de tanta monta, tomó al instante el partido de pasar a la Península, cuyos soberanos le acogieron de nuevo con pruebas de particular aprecio.

Con verdad, y elocuente persuasiva, dio el Almirante cuenta a sus reyes del estado más o menos aventurado de la colonia, notando causas, y arguyendo razones que descubrían un porvenir más venturoso; sometiendo de paso a la regia consideración una multitud de objetos preciosos, de raras curiosidades, y gran cantidad de oro, producto de una mina que acababa de ser descubierta; pero si este proceder, si el lenguaje de la sinceridad y de la franqueza debilitó la prevención que a los reales pechos la calumnia llevara, no logró borrarla enteramente; y si los reyes resolvieron otra expedición, sólo fue porque estaban convencidos del provecho que había de reportar a la Corona la adquisición de nuevas posesiones.

Tenaz fue el empeño con que los implacables enemigos de Colón, armados de celos, de intrigas y de perfidia, promovían obstáculos, dificultades y embarazos, para que no se realizara esta tercera empresa, manteniéndola entorpecida hasta el 30 de mayo de 1498, en cuyo día pudo dar la vela el infatigable genovés, al cabo de veinticinco meses de residencia en la Península. Componíase la escuadra de seis naves, tres de las cuales marcharon con provisiones a la Española, y el Almirante con las otras tres hacia el sur-oeste, rumbo tal cual apartado del de sus precedentes viajes. Preocupados entonces los ánimos con la supuesta existencia de un fuego permanente en las regiones de la zona tórrida, cuya opinión alcanzaba mayor peso a medida que más adelantaran las naves hacia los trópicos, porque se sentaba el Sol de tal manera que sobre hacer molestísima la navegación, maleaba considerablemente los mantenimientos; y como por otra parte se reconocieran los marineros en medio de unas aguas nunca visitadas, se manifestó al instante una inquietud y un descontento general. El Almirante, a quien traía postrado después de algunos días una accesión de gota, hubo de precaver mayores resultados inclinándose en

---

<sup>6</sup> Hoy, que el oro tiene más precio, puede valuarse aquel tributo en unos quince pesos.

dirección de la Española, cuyo incidente le llevó a una nueva tierra que llamó *isla Santa*, para caer, después de haberla costeadado durante algún tiempo, contra el curso de un caudaloso río que le hizo presumir la existencia de un gran continente; y no fue cálculo aventurado, pues se veía en el Orinoco, cuyas aguas bañan la tierra conocida con el nombre de Paria, al noreste de América del Sur.

Sin duda hiciera este inesperado suceso que Colón marchara investigando hacia el Ecuador, pero los excesivos calores habían averiado casi todos los víveres, y debió continuar su viaje para la Española, donde aportó a fines del mes de agosto.

Lamentosa era la situación de la colonia transportada ya, en virtud de orden de su jefe, sobre las márgenes del Ozensa. Carecía de toda especie de municiones; una facción terrible y numerosa luchaba contra las disposiciones del gobernador Bartolomé: el taimado cuanto temerario Roldán, además de fomentar la anarquía en los suyos, la propagó también entre los isleños ya declarados libres y exentos de todo tributo; de suerte que si a costa de grandes esfuerzos pudo llegar Colón a que la ley fuera de nuevo acatada, a pique estuvo su estrella de eclipsarse, arrancándole todo el prestigio de autoridad sobre aquellos hombres que un imprudente cálculo tomara para pobladores, siendo los más de ellos galeotes, bandidos y gentes de lo más corrupto y soez que en España hubiera.

Por otra parte, el ahínco frenético con que perseguían la ruina del Almirante sus encarnizados enemigos, le denunciaba a la Corte como un tirano, un ambicioso, un traidor, cuyos calumniosos epítetos venían a confirmar las repetidas quejas de las turbulentas facciones de la colonia, aun de los soldados, resentidos también porque se les debía el prest de algunos meses. Tantas y tan repetidas acusaciones hicieron que Fernando y su magnánima esposa recordaran como, en efecto, el Almirante había mostrado tal cual vez un genio irritable, y aun andado descomedido con un funcionario público en cierta ocasión; no fue menester más para que, movidos de un espíritu de humanidad y de justicia, nombraran un nuevo comisionado con encargo de inquirir los motivos de las últimas revueltas, y la conducta del Gobernador.

Cupo esta importante y delicada misión a Bobadilla, juez y parte en el asunto; quien después de haber tomado consejo del pérfido Fonseca, y hecho buen acopio de cargos sobre qué apoyar sus meditadas hostilidades, pasó a Santo Domingo, donde con encrestada impudencia, y con atropellamiento de los límites de sus facultades, y por consiguiente de la ley, arrestó a Colón, le despojó de todos sus bienes, y le envió a España con una cadena al pie, sin concederle el consuelo de sus hermanos Diego y Bartolomé, que fueron puestos en distinto buque, como en testimonio de que la ferocidad de Bobadilla aún no quedaba satisfecha con esta bárbara y asquerosa principada.

Con ánimo resuelto, con imperturbable decoro y noble calma sufrió el Almirante tamaños insultos, y si Bobadilla presumió imprimir con los hierros baldón y oprobio en la frente de su víctima, éste no vio en ellos sino un nuevo timbre destinado a ensalzar sus glorias, resistiendo por lo mismo, hasta llegar a Cádiz, a las instancias del capitán del buque, el virtuoso Vallejo, que quiso descargarle de las afrentosas prisiones. No es de decir cuál sensación experimentó el pueblo gaditano a vista de tanto desafuero contra persona tan caracterizada, y menos la presteza

con que se extendió por toda España, despertando en los reyes tan profundo enojo, que sin esperar a oír descargos del Almirante, ordenaron viniese inmediatamente a residencia el autor del atentado.

También Colón fue llamado a la Corte, y recibido con agasajos que desdecían mucho de la severidad de las órdenes dadas a Bobadilla; pero era caso ya de rechazar groseras imputaciones, y el Almirante supo demostrar, con moderación y brío, la falsedad de cuantas calumnias asestaban sus envidiosos enemigos contra el lustre, la fama y los triunfos de un hombre, *por desgracia* EXTRANJERO; logrando que la sinceridad de sus palabras imprimiera en el corazón de Isabel el convencimiento de su inocencia.

No por eso se le restituyó a Colón su gobierno; era Isabel temosa en ciertos casos, y nombró en su lugar a don Diego Ovando, sujeto de salada facundia, cuya sed de autoridad cubría un exterior de acendrada rectitud y calculada modestia.

Treinta y dos bajeles se le dieron a este nuevo gobernador, que se hizo a la vela el 13 de febrero de 1502, y aportó a Santo Domingo el 15 de abril del propio año; siendo el primer acto de su autoridad la prisión de Bobadilla, la de Roldán y de sus cómplices, embarcándolos todos para la metrópoli, en cumplimiento de soberano mandato; pero forzoso es que la justicia divina interviniera, pues que una furiosa borrasca hizo que la mayor parte de las naves que llevaban aquellos desgraciados bajaran al insondable abismo del vasto océano.

Purgada la colonia de genios turbulentos y alborotadores, podía esperar curarse en breve de los muchos males que por tanto tiempo le afligieran, y más con dos mil quinientos hombres que llevó Ovando, todos ellos laboriosos, todos dóciles y todos de ajustada vida.

Con instancia reclamaba Colón se le repusiese en su gobierno, porque a ello le daban derecho los pactos de 1492. Acostumbrado desde su niñez a una vida de continuada tarea, y no obstante su avanzada edad y sus dolencias, ni podía resignarse al peligroso fastidio del ocio, ni ver indiferente el vivo impulso que se daba a la colonización de un país que, a su habilidad, y a su valerosa constancia, la corona de Castilla mereciera; pero por desgracia eran ya las conquistas de muy subido precio para no infundir recelos en el ánimo de los monarcas, y por lo mismo eludían éstos el cumplimiento de los tratados; dando así lugar para que el Almirante les sometiera impaciente el plan de una nueva expedición contra mares desconocidos, y que él presumía hallar del otro lado del continente descubierto, si algún estrecho o istmo, le procuraban el paso; cuya demanda fue acogida con solícita benevolencia.

Sólo cuatro navíos se le otorgaron esta vez, siendo el mayor de escasas setenta toneladas. El 9 de mayo de 1502 dio vela el Almirante, y fue directamente a la Española, donde tuvo ocasión de reconocer la pravedad de Ovando, y casi ser testigo de la catástrofe de su antigua escuadra; caminando enseguida para el sur hasta dar con el vasto continente comprendido entre el cabo *Gracias a Dios* y el Havre de Puerto Rico.

Bien quiso plantear en aquellos sitios una colonia bajo la autoridad y dirección de su hermano Bartolomé, porque a ello le convidaban lo pintoresco de los cam-

pos, la lozanía de los vegetales, y sobre todo la abundancia de mineros de oro; pero más alentados aquellos naturales que los de las otras islas, le habían hecho sufrir un revés, y como por otra parte la indisciplina de sus súbditos le inspirara recelos, resolvió abandonar el país dirigiéndose hacia Jamaica, en cuyo punto por poco no fuera víctima, con toda su gente, del más violento temporal, que sobre echarle a pique dos naos, el choque recíproco en que mantenía barloando con furioso ímpetu las otras dos, las traía muy mal paradas, hasta que por último un maretazo las arrojó a la costa, poniendo la tripulación en la triste necesidad de pedir asilo a unos isleños que en tiempos de más fortuna tanto maltratará ella misma.

Más de un año pasó Colón en esta isla teniendo que hacer frente a las amenazas de los naturales, que rehusaban suministrarle los necesarios alimentos, y a los clamores subversivos de sus propios súbditos, que le suponían causante de todos sus infortunios; pero su sagaz entendimiento vino a sacarle de tan terrible agonía, a favor de ese eclipse de luna tan famoso en la historia; ya que atribulada todavía su alma en presencia de compañeros, o gravemente enfermos, o amotinados hasta el caso de hacer armas unos contra otros, no perdiera de vista la horrorosa imagen de una muerte próxima, sin siquiera esperar recibirla entre los consoladores auxilios de nuestra santa religión.

Sabedor era Ovando de ese cúmulo de penalidades y de tribulaciones, pues que se había apelado a su clemencia por medio de varios mensajeros que, arrosando toda suerte de peligros, se prestaron a pasar a la Española; pero mostrose insensible a la desventura de sus compatriotas, haciendo con esto más desesperada su posición. Resolvió por fin recogerlos y trasladarlos a Santo Domingo, mas sin pérdida de tiempo los embarcó para España, donde la inconstante fortuna de Colón, que el espantoso naufragio desquiciara, recibió el último golpe en la noticia de la muerte de su soberana protectora, la reina Isabel.

Justas y debidas lágrimas de dolor tributó el Almirante a la muerte de esa ilustre Reina, gloria de Castilla y ángel tutelar de los dóciles y pacíficos habitantes que las nuevas conquistas hicieron de su dominio, pues, aunque con razón pudiera recordarle tal cual rasgo de inmerecida severidad, no eran de olvidar los nobles sentimientos de su justicia, ni su constante anhelo por sacarle limpio de las acusaciones y calumnias de todos sus enemigos. ¿Qué prometerse ya de la mala fe, del egoísmo de Fernando, en cuyo pecho tanto influían las apariencias?... Con sobrada justicia solicitó Colón se le mantuviesen sus regalías y sus rentas, pero el astuto, cuanto ingrato Monarca, no respondió sino con promesas vagas, evasivas; desleal conducta que llenó de aflicción el alma del ilustre marino, agravó sus muchas dolencias y le arrastró al sepulcro, sin haber logrado conocer la importancia de los descubrimientos que España debía a sus talentos y a sus infatigables desvelos.

El 20 de mayo de 1506, le vio Valladolid pasar a mejor vida, a los setenta años de edad<sup>7</sup>. Sus restos, desde luego encerrados en la iglesia de Santa María, fueron

---

<sup>7</sup> No hay concordancia en los historiadores respecto a la edad que Colón tenía a la hora de su muerte; cincuenta y nueve años le señala Robertson, pero Washington Irving le supone setenta, y ésta nos parece, en efecto, la verdadera, según documentos de los cuales se infiere haber ocurrido el naci-

después trasladados a la de las Cuevas de Sevilla, enseguida a la catedral de Santo Domingo y, por fin, a la de La Habana.

---

miento del ilustre náutico hacia el año 1437. Asentar cuál fuera el pueblo de su naturaleza, también ha dado margen a muchos y muy sostenidos altercados, por lo mismo que era de muy subido precio la herencia de un nombre tan singular, cuanto glorioso; y si bien Colonetto, cerca de Génova, parecía ya en quieta posesión de tan envidiable fortuna, por el descubrimiento que hizo el distinguido arqueólogo Isnardi, hoy viene Córcega disputándosela, siendo por tanto Francia quien habrá de vindicar la honra de haber producido un Colón, si, como lo han dicho varios periódicos franceses y extranjeros, llega a confirmarse la noticia de que el señor Guibega, antiguo prefecto de Córcega, ha descubierto en Calvi, una de las aldeas de la provincia, la fe de bautismo del inmortal mareante.

## CAPÍTULO VIII

El portugués Vasco de Gama se hace célebre logrando doblar el cabo de Buena Esperanza. Desleal conducta del rey Fernando. El famoso D. Diego de Ojeda emprende su viaje de descubrimientos acompañado del florentino Américo Vesputio. Don Diego Colón, hijo del inmortal Almirante, recobra judicialmente los empleos y prerrogativas de su padre. Pasa al gobierno de su colonia seguido de varias de las principales familias de España. Diego Velázquez conquista la isla de Cuba. Ponce de León somete la de Puerto Rico, y da con la Florida. Descubrimiento de Yucatán por don Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís. Balboa se apodera del gobierno de Darién. Descubre el mar del Sur. Es nombrado adelantado de este mar, y gobernador de Panamá y de Coyba. Muere en un cadalso. Francisco Pizarro se propone descubrir y conquistar Perú. Recházanle los naturales. Segunda tentativa no menos desgraciada.

Afanosos andaban ya los españoles tras nuevos descubrimientos, aun antes de la muerte del señalado Colón, y muy atentos para asentar un régimen colonial en bases regulares y uniformes; pero no era menor el celo con que los portugueses registraban las playas occidentales de África, donde su intrepidez y su constancia habían adquirido una prodigiosa extensión de costas, desde 1412 que comenzaron estas arriesgadas expediciones; verdad es que todavía permanecía postrado su arrojo ante el célebre e imponente cabo *Tormentoso*, que así le llamó su descubridor Díaz, y que el rey Juan II puso de *Buena Esperanza*, respondiendo a la que él alimentara, de que por allí pasaría un día a las grandes Indias, tan apetecidas de todo el mundo.

No quiso la muerte que este Príncipe realizara su atrevido proyecto; estaba sin duda reservada la ejecución para su entendido sucesor Manuel *el Afortunado*, que, envidioso de tantos descubrimientos como los españoles alcanzaran, aprestó una escuadra, a las órdenes del célebre Vasco de Gama, cuya probidad, honradez y lucido saber hacían muy merecedor de tal confianza. Esta expedición dio la vela en julio de 1497, siguiendo constantemente el derrotero del sur, pero ni anduvieron escasos los peligros, ni faltaron duras penalidades, sin que por eso desalentara la entereza de Gama, antes se mantuvo logrando doblar el terrible cabo, arrimar a la ciudad de Melinda, y enseguida a Calicut, cuyos naturales parecieron en un grado de civilización, sino increíble, por lo menos desconocido hasta entonces.

Admirada dejó a toda Europa la noticia de tan inesperado suceso, cuyas consecuencias desde luego debió temer el comercio de Venecia y de otros puntos, aunque no con tanto pesar como hubo de sentir el ambicioso Fernando, porque presumió que concurría para frustrar todos los resultados de sus nuevas adquisiciones, que tan gravada tenían a la Corona. No así pensaron los navegantes españoles, sobre todo los antiguos compañeros del inmortal Cristóbal, que vieron en aquel descubrimiento un nuevo y poderoso estímulo muy conforme con su sed de adquirir riquezas, disponiéndose por lo mismo a rivalizar en esfuerzos con sus vecinos los portugueses; porque ya llegó el amor propio a punto de saber de quién a quién sería el mayor número de las tierras desconocidas, y el primero que había de llegar a las Indias por el camino más llano y más corto, el que Colón había trazado.

No había que apelar a las arcas públicas para la ejecución de estas nuevas empresas; las guerras civiles y extranjeras habían dejado exausto el tesoro, y las rentas de la Corona eran en aquel tiempo escasas: así es que cada cual se propuso hacer este género de viajes a sus propias expensas, prometiendo al gobierno una no mala parte de los beneficios que rindiesen; pero no era admisible la propuesta en presencia de la religiosidad del convenio existente entre el Rey y el Almirante, y sólo la deslealtad de un Fernando, que quebraba su palabra siempre que a su interés conviniera, pudo aceptarla mandando que se otorgaran letras patentes por el ministerio de Fonseca, a cuantos las solicitasen con aquellas condiciones.

El primero a quien cupo esta gracia fue don Alonso de Ojeda, cuyas proezas y audacia quedan ya consignadas, y como algunos armadores y mercaderes asociados le aviaran un bajel, dio vela el 2 de mayo de 1499, en compañía del florentino Américo Vesputio, hombre de algunas luces, sobre todo en la Cosmografía. A vuelta de este viaje, Américo publicó en España una relación donde por primera vez se vieran señalados los usos y costumbres de los habitantes de los remotos países, no menos que la majestuosa perspectiva de éstos; y preciso es que eso le valiera la gloria de dar su nombre al nuevo mundo, porque causó mucha sensación en toda Europa; como quiera, el tiempo ha sancionado esta honra, y la ingratitud la deja correr.

Don Pedro Alonso Niño y don Vicente Yáñez Pinzón, ambos pilotines en el primer viaje del ilustre genovés, y el segundo muy recomendable por la generosidad con que él y sus hermanos acometieron aquella memorable empresa, obtuvieron también de Fonseca las respectivas patentes, y pasaron al nuevo mundo, como Ojeda, en el propio año de 1499; pero estos y otros viajes que la sórdida avaricia provocara, no fueron de gran provecho para los especuladores, como no sea el de Niño, que reportó algunos beneficios; no trayendo los demás sino relaciones más o menos exageradas de los nuevos descubrimientos, y la esperanza de un brillante porvenir de gloria y de intereses para las futuras expediciones.

Ni hubo menester de más, porque ese hipo de la ambición humana penetró en todas las clases de la sociedad, haciendo que concurrieran a las escuadras que en los puertos se preparaban, ésta tras una ideal granjería, aquella ansiosa de gloria, y la de más allá, en busca de maravillas y portentos, que cebo había para todos los deseos.

Crecido era el número de los exploradores que la emulación, el entusiasmo y la codicia pusieron a vista del nuevo mundo, aunque pocos a expensas del gobierno, porque el comercio y algunos fúcares flamantes surtían y empeñaban casi todas aquellas empresas, estimulados eficazmente por el mismo Fernando, como quien comprendía cuantas ventajas habían de reportar a la Corona. Fue, pues, preciso dar mayor ensanche a la administración dividiendo en dos gobiernos la parte conocida del continente, y formando en ella varios establecimientos, cuya resolución vino a premiar el talento, la actividad y bizarría de don Alonso de Ojeda, encargándole uno de aquellos dos gobiernos; siendo el otro para don Diego de Nicuesa, hombre no menos digno de esta gracia, diestro cual ninguno en todo género de ejercicios, alentado en las peleas, donairoso y galante en la sociedad. Por desgracia hubieron de enemistarse estos dos nobles aventureros, y no rindieron las colonias el fruto que de ellas debió esperarse.

Don Diego Colón, hijo legítimo del Almirante, había emparentado con las familias más distinguidas de España, casando con doña María de Toledo, hija de don Fernando de Toledo, primo carnal del Rey, y hermano del duque de Alba; pero, ni podía permanecer ocioso ni quiso tampoco ver por más tiempo descontados los pactos convenidos entre el Rey y su padre, saliendo a reclamar los títulos y dignidades que a éste pertenecían, por la vía judicial; y como los tribunales pronunciaran en su favor, no tardó en pasar a la Guadalupe, sino el tiempo que hubo menester para atraerse un séquito de caballeros, de señoritas y de personajes, que, con él y su ilustre esposa, llevaron a las nuevas poblaciones un fausto, un esplendor cual nunca se viera.

Mucho había ya prosperado la colonia, porque Ovando, sobradamente inhumano para con los indios, fue para los colonos harto equitativo y justiciero, llevando el celo hasta sentar algunos pueblos en Puerto Rico, y hacer que Sebastián de Ocampo visitase Cuba, que fue desde entonces declarada isla verdadera. Por tanto, en este teatro de acción permanente, no había de quedar sin parte el nuevo gobernador don Diego Colón, antes determinó nuevas exploraciones, e hizo que Diego Velázquez con trescientos hombres fuese a la conquista de Cuba, que en verdad no fue difícil, ni dispendiosa. También Ponce de León había sometido ya la isla de Puerto Rico, pero como este hombre, tan acaudalado como emprendedor, se sintiera poseído de un irresistible entusiasmo a cada uno de los descubrimientos que sus compatriotas anunciaran, armó tres bajeles, y seguido de otros muchos aventureros se empeñó en una expedición para la parte norte del continente americano, que, tras no pequeños riesgos, le hizo hallar la Florida.

Tampoco fue mezquina la fortuna con los que guiaban por otras partes del nuevo mundo, sobre todo para don Juan Díaz de Solís y don Vicente Yáñez Pinzón, que dieron con la llave del reino mexicano, el Yucatán, después de haber registrado muy buen trecho del continente. En otro viaje que Díaz de Solís ejecutó por disposición del rey Fernando, reconoció también una parte de Brasil, pero este gran imperio ya le había visto algunos años antes el célebre portugués Cabral, que una tremenda borrasca arrojara en aquellas regiones, y que, navegando después en dirección del sur, fue a recibir en el río de la Plata una muerte tan atroz, cuanto gloriosa.

Era entretanto el golfo de México teatro de inauditas violencias de la autoridad de los dos gobernadores, Ojeda y Nicuesa, quienes, ya respondieran a la superstición de la época, ya también a la voluntad de su Monarca, de cualquier modo ellos descargaban inclementes sobre los indios un brazo de hierro para que callados y sumisos doblasen la cerviz al yugo del Evangelio. Muy capaces ambos para gobernar, y conteniendo con empeño y celo por ver quién mejor desempeñaría el cargo, de presumir era que sus colonias gozasen, por lo menos, orden y elementos de estabilidad: no fue así; antes sentían los estragos de la anarquía como casi todas las demás del nuevo mundo, y si en ellas se habían fundado algunos establecimientos de importancia, el desconcierto y las continuas guerras que había que sustentar con los naturales, propendían a destruirlos, y ahogar todo germen de progreso y de prosperidad. Ya por fin, Vasco Núñez de Balboa se apoderó a mano armada del gobierno de Darién, Nicuesa fue depuesto, y las cosas tomaron otro rumbo. Balboa era hombre de acción y arrojado; había ido en muchas expediciones, y como oyera a los naturales del país que el famoso mar del Sur, buscado con tanto ahínco por el inmortal Colón, estaba a muy pocas jornadas de la colonia, se propuso descubrirle, y no paró hasta lograrlo, superando los mayores peligros y grandísimas privaciones. Ufano con este suceso que tanta fama le diera, entró en la mar hasta que el agua le cubrió la rodilla, y con la espada en una mano, y la bandera en otra, aprehendió posesión de aquel vasto océano en nombre de su ilustre Monarca.

Este hallazgo, ocurrido en el mes de septiembre de 1513, fue uno de los más ruidosos de América, porque facilitaba nuevas vías al comercio, y un nuevo estímulo a la codicia, que así lo comprendió también el alentado cuanto sencillo Balboa, proponiéndose además, como se lo aconsejaba su fogosa imaginación, que aquel mar era el paso seguro para ir a las islas de las especias. Ya había mucho tiempo que Fernando apetecía llegar a este descubrimiento, y Balboa se le participó, acompañando su respetuosa comunicación con buena cantidad de oro, y una preciosa remesa de perlas, cuyo número y magnitud borraban totalmente el mérito de todas cuantas piedras de esta especie se conocían entonces; que así se propuso agrandar al Rey, inclinándole a que le perdonara el crimen de la revuelta, y le conservara su título de gobernador; pero estaba ya nombrado en su lugar don Pedro Arias, conocido bajo el de Pedrarias Dávila, cuando llegó a manos del Príncipe el magnífico agasajo de Balboa.

No fue esta vez ingrato Fernando, quien además de perdonar el origen a que debía Balboa su gobierno de Darién, le nombró inmediatamente adelantado del mar del Sur, y gobernador de las provincias de Panamá y de Coyba; pero no tardaron en disputarse sus atribuciones él y Pedrarias, y como éste viera el gran ascendiente de Balboa sobre los colonos, con ruin perfidia le suscitó una causa de alta traición, llevándole, por consecuencia, al palo; trágico fin que llenó de dolor y de consternación a todos sus partidarios, como que nada le motivara sino el consejo de la más vil y vergonzosa envidia.

Pedrarias, al contrario, celebraba con hipócrita reserva esta injusta muerte, que, cubierta con el manto de un procedimiento legal, le descartó de un hombre sumamente respetable en el país, pudiendo de este modo hacer de su único capri-

cho la suprema ley de la administración, y tal fue ella que no paró hasta devastar y aniquilar aquellas ricas y hermosas regiones, para trasladar enseguida la colonia sobre la costa occidental del istmo, dando fundamento a la ciudad de Panamá.

El malhadado Balboa había afirmado en diferentes ocasiones, apoyándose en datos harto dignos de aprecio, que aquélla era la puerta por donde había de pasarse para llegar al país de la verdadera riqueza; y como los colonos oyeran, llegando a Panamá, que los naturales confirmaban esta misma voz con la más hidalga e inocente franqueza, pronto se hizo la colonia el emporio de un crecido número de aventureros que, para contentar su codicia, comenzaron a proyectar nuevas empresas. Ninguna de las tantas como se empeñaron siguiendo la costa del sur, ninguna correspondió al deseo; mas no por ello se enfriaron las esperanzas, ni se postró el valor, sobre todo entre aquellos hombres cuyo querer y hacer fueron tan tenaces y enteros durante la conquista del nuevo mundo; antes salen tres, verdaderamente extraordinarios, que dueños de harto caudal, ni temen aventurarle, ni presumen tampoco que todo el imperio de Perú pueda resistir a sus esfuerzos: fueron estos atrevidos, Francisco Pizarro, Diego Almagro y Fernando de Lucas.

Admira el que estos tres sujetos vean en sí mismos el conjunto de cuantos elementos son de contar para conducir a feliz término cualquier empresa, por extraordinaria y difícil que pudiera parecer. Era el primero hijo noto de un hidalguélo; ni aun leer sabía, lo que no se ha de extrañar, pues que pasó toda su juventud siendo un triste porquero. No podía acusar mejor origen el segundo, borde también hallado en la piedra de la villa de Almagro, cuyo nombre hubo de apropiarse, y criado de limosna, hasta que con la edad se le pudo destinar a las armas. En cuanto al tercero, un clérigo de Panamá con escuela de primeras letras abierta, y algún viso en la colonia, bastara su dignidad sacerdotal. Desde luego dieron estos hombres principio a su colosal proyecto pasando a sentar en auténtica y legal forma, que Pizarro, como el de menos peculio, se encargaría de la parte activa y más arriesgada de la empresa, es decir, de la conquista de Perú; que Almagro conduciría a Pizarro socorros de soldados y de municiones de todo género, cuando menester se hiciera, y volvería a Panamá con cuantos productos fueran rindiendo los descubrimientos; en fin, que Lucas permanecería constantemente en la colonia, manteniendo relaciones amistosas y de interés con las autoridades, y procurándose medios para acudir a todas las necesidades de la expedición; siendo de notar que este contrato, sobre ser autorizado por el mismo gobernador Pedrarias, recibió una sanción solemne por medio de las graves ceremonias de nuestro venerable y sagrado culto.

Tras esas prevenciones, Pizarro se echó en un bajel, y seguido de ciento catorce soldados, pasó al reconocimiento del rico y misterioso país, siempre en dirección del sur, y tomando tierra a medida que más avanzaba; porque le importaba ver el terreno, y entrar en relaciones con los naturales, como que ellos solos podían suministrar datos de donde inferir las disposiciones que a la empresa convinieran.

Ni el país presentaba un aspecto halagüeño, ni los habitantes se mostraron serviciales; siendo de un carácter altivo y belicoso, vieron indignados la imprudente audacia de aquellos advenedizos, comprendieron que no podía ser otro su ánimo

sino el hostilizarlos, y ni la trastienda, ni la táctica, ni la superioridad de las armas españolas, pudieron resistir al bizarro ímpetu de los indios; viéndose Pizarro en la necesidad de abandonar el campo, y marchar precipitadamente a refugiarse en Chinchama, no muy distante de Panamá.

Ya en esto, andaba también Almagro la costa del sur; llevaba un refuerzo de setenta hombres, y no pudiendo dar con su socio, vino precisamente a tomar tierra al punto de donde aquél saliera tan mal parado; pero los indios le recibieron con no menos indignación y, aunque de Almagro fuera la victoria, forzoso le fue embarcarse con pérdida de algunos muertos, y no pocos heridos, siéndolo él mismo de un flechazo que le saltó un ojo; suceso grave en un hombre de avanzada edad, y en un país tan cálido. Tan mal trato, tanto disgusto, y viendo por otra parte cuán inútilmente registraba las aguas, dio vela para Panamá, perlongando siempre, y esto le procuró descubrir el asilo de Pizarro, sirviendo de singular consuelo a aquellos intrépidos emprendedores, que los reveses, las privaciones, y más que todo, las enfermedades, traían ya rendidos.

Fue resultado de este encuentro que Almagro se llegase a Panamá por más refuerzos, porque no podía abandonarse la conquista de un país, donde la ilustración de los naturales era un seguro testimonio de imponderables tesoros; pero no obtuvieron los esfuerzos de aquél sino ciento diez nuevos reclutas, los cuales, con treinta que sólo le quedaban a Pizarro de los ciento ochenta y cuatro recibidos, habían de enseñorearse de aquella vasta y opulenta monarquía. Así aparejada la presunción de ambos jefes, no temieron echarse segunda vez por entre breñas, malezas y balsares, y en medio de habitantes demasiado numerosos para subyugarlos, y harto escasos de oro para pensar en alejarse de ellos sin sentimiento; pero no tardaron las enfermedades en cargar sobre la columna expedicionaria, hasta que convencidos Pizarro y Almagro de la impotencia de sus fuerzas para acabar el gigantesco proyecto, resolvieron retirarse a la isleta de Gallo. Volvió Almagro a Panamá en busca de nueva gente. Entre los españoles que en Gallo quedaron con Pizarro, había muchos descontentos, y escribieron bajo mano a sus amigos, pintándoles lo desesperado de su posición, y pidiendo con encarecimiento concurriesen en toda diligencia a sacarlos de ella; de este modo el gobernador Pedro de los Ríos, que había sucedido a Pedrarias, fue noticioso del aprieto en que sus compatriotas se veían, y lleno de paternal compasión, acudió inmediatamente, no sólo prohibiendo que Almagro cumpliera nuevos enganches, sino que hizo que el corregidor Tafur pasase a Gallo, y recogiese cuantos individuos desearan volver a la colonia.

En poco tuvo Pizarro esta medida: perseverante y tenaz en sus proyectos, pasó a calmar la inquietud de sus súbditos con ricas y pomposas ofertas fiadas al porvenir, y cuando se apercibiera que la incredulidad mantenía la indecisión, después de haber trazado una línea con la punta de su espada, dijo en imponente acento que “sólo quien se resolviese a pasarla parecería digno de quedar a su lado”. Trece individuos lo ejecutaron, y la historia ha recogido sus nombres; todos los demás marcharon a Panamá dando al cuadro de los nuevos países tintas demasíadamente lóbregas.

Pizarro y sus trece compañeros quedaron en la isla Gorgona, en tanto que el socio Almagro regresaba con fuerzas suficientes para emprender por tercera vez

la invasión del gran imperio, pero seis meses de cruel e impaciente espera, entre muchos padecimientos, y comestibles de muy triste condición, pusieron a aquellos hombres en la dura necesidad de atender a sus vidas, trasladándose a la colonia, y como no tuvieran embarcación, empezaron a construir una como balsa: ya la tenían concluida cuando les llegó un bajel que el compasivo Pedro de los Ríos les enviaba con orden terminante de volver a Panamá. Más incentivo tenían para Pizarro las tierras meridionales, y por tanto, ya con estudiadas lisonjas, ya con inventadas exageraciones, no paró hasta ganar la voluntad del capitán del buque, llevándole camino del sur hasta dar en Tumbes, donde tanto fue de admirar la cultura de los naturales, como la abundancia de oro que poseían en joyas, en vajilla, en otros mil objetos de servicio, de que hicieron los españoles no mala provisión, y por consiguiente motivo para volver al país, así como se procuraran en Panamá los medios de ejecutarlo.

Mucho encareció Pizarro las riquezas del país que acababa de descubrir, y sobrado argüían de ellas los tazones, los vasos y objetos preciosos de oro que consigo llevara, pero no bastó esto para que Pedro de los Ríos determinase una expedición, ni menos permitir que otros la emprendieran; aferrado en su sistema de prudente reserva, desoyó cuantas súplicas le hicieron Almagro y socios, diciendo que no comprometería la suerte de su débil colonia, empeñándola a invadir una monarquía tan vasta, tan belicosa y de tanto poderío; cuya resolución dio lugar a que aquéllos procuraran a Pizarro los medios de pasar a España en solicitud de los suficientes auxilios para la ejecución de sus planes.



## CAPÍTULO IX

Pasa Pizarro a España. Vuelve a América para emprender de nuevo la conquista de Perú. Cuál era entonces el estado de los peruanos; cuál la religión que sus incas, o emperadores, les dieran, haciéndola objeto de todas sus conquistas. Arriba Pizarro a Tumbes. Felicítanle los príncipes Atahualpa y Huáscar por medio de embajadores. Llega Pizarro a Cajamarca. Apresa al inca reinante. Enorme suma que este Soberano ofrece por su libertad. Su desastrosa e injusta muerte. Marcha Pizarro al Cuzco. El gobernador de Guatemala, Pedro de Alvarado, en Perú. Almagro sale resuelto a combatirle. Conciertan paces estos dos jefes.

Grande era la gloria, grande la preponderancia de la nación española entonces, a cuyo frente se veía ya Carlos V, que a punto estuvo de dictar leyes sobre todo el continente europeo, mientras que los brillantes, los inauditos hechos que el célebre Hernán Cortés había acabado en el rico y poderoso imperio mexicano hacían presentir que también América, toda ella, estaba para rendirse a la voluntad de aquel Monarca.

Carlos se pagaba mucho del arrojo, y más cuanto más temerario se anunciara, así es que apenas viera la osada entereza con que Pizarro llegó a pedirle el gobierno absoluto e independiente de los países que con tan grandes tesoros acababa de reconocer hízole incontinente gobernador, capitán general y adelantado de todo lo descubierto y por descubrir al sur del istmo, concesiones entonces puramente nominales. Pizarro carecía de fondos. Sus primeras expediciones habían quebrantado el caudal de los socios<sup>8</sup>, y éstos no pudieron suministrarle sino lo muy preciso para llegar a la Península; mas por fortuna se hallaba Cortés en ella, y deseoso de que su antiguo compañero de armas llevase su proyecto a cabo, acudió a socorrerle con algún dinero; de suerte que así pudo embarcarse en Sevilla, acompañado de sus cuatro hermanos, y de algunos sujetos que la codicia impelía hacia las remotas tierras. Cruda, irritante fue la acogida que sus socios le hicieron en Panamá, sobre todo Almagro, cuyo despecho no hallaba términos con que reprender y condenar el egoísmo de Pizarro, que sólo por sí mirara, sin haber pedido una cualquier gracia al Soberano para sus dos amigos; y, aunque, con calculada prudencia y afectuosas palabras, trató aquel de sosegarlos, vanos fueron todos sus esfuerzos, si con

---

<sup>8</sup> Cuentan que consumieron unos doce mil ducados.

magníficas promesas, si con compromisos efectivos no viniera, dando el título de adelantado para Almagro, y el de un gobierno independiente del suyo, en cuanto las circunstancias lo permitiesen; quedando para Lucas una mitra; pues parece que no formuló mayores pretensiones la ambición de este sacerdote.

Tras este arreglo de intereses respectivos, y una vez trazado el plan de campaña, se le procuraron a Pizarro tres bajeles, ciento ochenta infantes y treinta y seis caballos; ni permitía mayor esfuerzo el haber de la compañía, pero aquél le tuvo por sobradamente poderoso para llevar sus proyectos al término deseado, que a tanto podía subir la presunción con vista de la heroicidad, del tesón y del sufrimiento que los españoles traían ya probados. Fue la escuadra a buen viento hasta unas cien leguas antes de la ciudad de Tumbes, que se resolvió el jefe a desembarcar con todos sus soldados, para ir atrochando en busca de dicha población, sin reparar cuánto esta jornada había de ser larga y penosa, cuán expuesta en un país desconocido, en un país sin caminos, y donde caudalosos ríos tenían a cada momento atrancado el paso; de manera que el cansancio, el hambre, y más las enfermedades, vencida, por decirlo así, llevaban la columna, cuando quiso su fortuna salvarla dejándola sorprender el pueblo de Coaca, donde, cebada la codicia en una cantidad de oro, equivalente a unos treinta mil pesos, tomó aliento y nuevas esperanzas. También se hicieron aquí los españoles con una cosecha prodigiosa de esmeraldas, pero la estupidez las sometió a la acción del martillo para apreciar su mérito, porque era opinión que estas piedras habían de tener la solidez del diamante, y tan necio error fue causa de que casi todas ellas quedaran hechas polvo.

No se descuidó Pizarro en mandar un buque a Panamá y otro a Nicaragua, con las riquezas que en Coaca recogiera, como quien sabía que ante el atractivo no podía quedar muda la ambición, y era preciso reclamarla para que viniera apoyando sus fines. Él, entretanto, salió de aquel punto, y ya atacando abiertamente a los naturales, quienes no podían contener la impetuosidad de los españoles, hasta que los moradores de la isla Puna, en la bahía de Guayaquil, supieron hacerse respetar resistiendo con brío seis meses enteros, al cabo de los cuales hubieron de someterse.

Pasó enseguida Pizarro a Tumbes, y allí estableció su cuartel general en tanto que se curaban algunos soldados enfermos, y descansaban los demás, que buena necesidad tenían; mas no fue de larga duración el reposo, porque como llegaron algunos socorros de Nicaragua, a las órdenes de dos jefes, tan arrestados, cuanto entendidos, siguió la marcha hasta el río Pinza, contra cuyo desemboque fundó la primera colonia española en el imperio de Perú, llamada San Miguel. Ya se ha debido reparar que en este atrevido jefe no hay plan; anda a tientas; no tiene más guía que su instinto; pues pasemos a verle dado enteramente al impulso de su distinguido ingenio, que recoge y combina con admirable tacto cuanto contribuye a facilitar la realización de su aventurado proyecto, tomando por pauta, como todos los conquistadores de su época, la política mañosa y solapada de Hernán Cortés, que aplicada a los más insignificantes acaecimientos, toda vez que las circunstancias lo permitieran, vino a dar a esta expedición un realce, una importancia exagerada y ridícula, si resultados extraordinarios y maravillosos no salieran para acreditarla con asombro.

Nos lo dirán los hechos, tras la breve reseña del estado de los naturales del país que ocupa ya aquel conquistador.

Todavía mantenían los peruanos su salvajez, cuando hubieron de establecerse al extremo del valle de Sarsahuaman ciertos extranjeros procedentes de los países meridionales, y estos dignos bienhechores que parecían inspirados del espíritu divino, anunciándose los ministros e intérpretes de su voluntad, sin que saliesen de su boca sino palabras de paz y de ventura, llevaban consigo el germen de una civilización, destinada a operar en breve dichosísimos resultados. Como notaran la presura con que los salvajes corrían a escuchar sus consejos, y recoger sus prudentes dogmas, se resolvieron a plantear los cimientos de un gobierno absoluto, que al instante se transformó en una verdadera teocracia, merced al prestigio, al ascendiente que llegaron a granjearse; pero siendo en ellos muy vaga la idea de la divinidad para fijarla en cosas espirituales, la confundieron en el objeto de la creación, y por consiguiente, el Sol y la Luna, cuyo inmediato influjo atestiguaba efectos harto patentes, naturalmente debieron preocuparlos, y señorear su inteligencia.

De ahí, pues, sacaron los primeros incas todos los elementos de la religión, y en ánimo de que su poder quedara mejor sentado, y más robusto, se dieron como hijos de aquellos dioses visibles, asentando en su honra el correspondiente culto; sin que este origen del imperio de aquellos virtuosos monarcas haya desmerecido andando los siglos, pues se nota que siguieron en todos con el mismo celo, propagando en los inocentes habitantes de sus dominios los principios de la moral, el apego a una vida abastecida de cuanto conduce al bienestar que, antes de este suceso, desconocían enteramente. Y éste era sin duda el término a que hubieron de llegar unos súbditos sobre quienes influían dos grandes poderes, uno religioso, otro civilizador, ambos contribuyendo a fundar en aquella sociedad naciente, una comunidad de intereses, y el espíritu de honradez sin el que no puede existir ventura social.

Aunque dóciles y pacíficos, bien conocían aquellos indios el arte de la guerra, y más de una vez les fue menester practicarle, pero nunca vistieron sus empresas un carácter violento, ni rencoroso, porque no las intentaban con la idea de extender sus posesiones, sino en mayor bien de semejantes suyos, pudiéndose asegurar que más que guerra, era una propaganda, una cruzada civilizadora encargada de mejorar la suerte de los vencidos, trayéndolos al suave yugo de un gobierno paternal, para recoger después merecidas bendiciones.

Tal fue el sistema que hubo de valerles el extender su autoridad con admirable rapidez desde el Cuzco hasta fronteras que se alejaban a medida que los incas se sucedían, pues las importantes provincias de Charcas, Chiquitos, Aymaras, Cumana, Cajamarca, etc., se sometieron sucesiva y voluntariamente unas, tras una débil resistencia las otras, a las leyes de aquellos monarcas. Huana Capac, duodécimo de estos incas, cuyas armas habían conquistado el gran reino de Quito, hacia mediados del XVI siglo, casó con la hija del Rey vencido, y en ella tuvo Atahualpa, a quien instituyó heredero de este reino; pero es de notar que las leyes santas del Cuzco prohibían terminantemente el enlace de un inca con persona que no fuera de su propia sangre, y como Huana Capac infringiera esta ley, el pueblo no quería

reconocer la legitimidad de aquel Príncipe. Huáscar, verdadero descendiente de Manco Capac, o, *hijo del Sol*, tampoco entendía partir sus estados con Atahualpa, su hermano; y como viera en su favor la opinión pública, no receló en declararle guerra; pero habiase granjeado Atahualpa de antemano los caudillos de mayor nombradía, y el triunfo no podía ser dudoso, saliendo Huáscar completamente derrotado, y hecho prisionero. Tal era su posición cuando se le anunció el desembarco en Tumbes de unos extranjeros, no menos singulares que valerosos. No hizo gran novedad este suceso en el ánimo del desgraciado Príncipe, porque tenía oído a su padre que debía bajar del cielo el gran Viracocha para visitar el país; sólo que anhelando la amistad del celestial personaje, que bien la necesitaba su triste suerte, mandó inmediatamente un embajador para que en su nombre le cumplimentase. También Atahualpa enviaba casi al mismo tiempo el suyo, pero con prenda de sumisión asegurada en riquísimos presentes, que incitaron la codicia de Pizarro; siendo, además, esta prueba de la desavenencia de los dos príncipes, causa para que el general español, considerado ya en el país como una divinidad, envanecido con sus triunfos, se echara alentado por el interior del reino, avanzando hasta Cajamarca, punto donde el inca estaba acampado. Con palabras de estudiada modestia y aparente franqueza se presentó Pizarro ante aquel Monarca, ponderando la magnanimidad, el poderío de su amo y señor Carlos V, quien le enviaba para anunciar a todos los reyes de aquellas apartadas tierras, lo mucho que le importara ser en paz y en amistosas relaciones con ellos; pero el pérfido ya revolvió en su mente una de esas ruindades que siempre vinieron a empañar los hechos más lucidos de aquellos hombres de bronce, y por supuesto trayendo nuestra santa religión a la escena, como para escudo del meditado crimen.

Como quiera, si en esta entrevista la novedad pudo dar lugar a inquietudes y desconfianzas, el fementido porte de Pizarro hubo de destruirlas enteramente, que así lo dan a entender la alegría, las tiernas conmociones, las señales de amistad con que los indios concurren en derredor de su Soberano, para mirar y admirar por segunda vez unos extranjeros cuya procedencia anda cerca de la divinidad. El padre Valverde, con Jesús crucificado en una mano, y un breviario en la otra, se acercó al Inca, y comenzó un como vespertino, cuyo trasunto era un compuesto de los misterios de la religión, del poder espiritual y temporal de los papas, y de una muchedumbre de dogmas, que el intérprete llegó a verter con más o menos exactitud; y acabó ordenando al Inca que abrazase el cristianismo, y se reconociese vasallo del rey de España, o de lo contrario habría grandes calamidades para él y para el país. “¿Dónde has aprendido tú todas esas cosas tan incomprensibles?”, le dijo el Inca. “En este libro”, repuso el Obispo, alargando el breviario.

Tomole el Monarca; revolvió algunas hojas, le aplicó al oído, y como no llegara a ver, comprender, ni oír una sola palabra, le arrojó con desdén, dando así a entender cuál era su derecho, cuál su dignidad; acción sobrado inocente, pues que parece sin idea premeditada, pero que fue, sin embargo, la señal de ataque. Los soldados españoles, colocados en orden de batalla, cargan de interpresa con inaudita ferocidad contra los indios, que confiados, inermes y cogidos de rebato, nada pueden sino huir despavoridos; entra la caballería aumentando el desorden

y el espanto, y entonces Pizarro se acerca al Inca, le arrebató de su litera, a pesar de la resistencia que opone su escolta, y le guarda en calidad de prisionero. Fue de mucho precio para Hernán Cortés la prisión de Montezuma, y la copió Pizarro esperando sacar igual o mejor partido del desgraciado Atahualpa. A este ruin y desleal proceder, todavía sucedió otro no menos reprehensible, el saqueo de los muchos tesoros que el Inca y sus cortesanos tenían en sus tiendas, de suerte que al notar el malhadado prisionero la descompuesta violencia con que los españoles se arrojaban sobre el oro, llegó a presumir que con ofrecer a aquellos terribles extranjeros una cantidad suficiente a saciar su funesta codicia, obtendría la libertad. Atahualpa estaba encerrado en un cuarto de veintidós pies de largo, con dieciséis de ancho, y le dijo a Pizarro que se lo llenaría de oro y plata hasta la altura que pudiera alcanzar su brazo, con tal que por ello se le dejara libre; proposición que fue aceptada sin titubear un solo instante, aunque pareciera, sino imposible, por lo menos difícil de realizar. El inca mandó inmediatamente algunos de sus oficiales al Cuzco, a Quito, y a otros puntos, en los cuales se habían de recoger los tesoros prometidos, pero como aquellas ciudades estaban tan distantes, y los caminos tan malos, los envíos eran lentos, y la impaciencia de los ambiciosos soldados comenzaba a transformarse en recelos.

Para temprarlos pidió oportunamente el inca que pasasen algunos españoles al Cuzco, porque ésta era la ciudad que había de suministrar la mayor parte del oro, y fueron nombrados a este fin Pedro del Barco y Fernando de Soto, los cuales dieron en el camino con las tropas de Atahualpa que traían prisionero al príncipe Huáscar. Hablaron los españoles con él y le dieron cuenta del trato convenido entre Pizarro y el inca relativamente al rescate; parecióle a Huáscar buena coyuntura aquélla para recobrar su libertad, aun a expensas de la del usurpador, y por consiguiente dijo que él no se contentaba con llenar de oro la habitación a la altura que el brazo señalara, sino hasta que tocara con el techo el precioso metal, añadiendo que esta cantidad no tenía que mendigarla, antes era dueño de ella, porque la había heredado de su padre.

Esta magnífica oferta debió hacer que los españoles regresaran al campamento, pero sin duda les aconsejó la codicia ir al cabo de su misión, reservando, para después de concluida, una nueva cuenta con Huáscar. Atahualpa entendió el asunto de muy distinta manera: sabía perfectamente que su hermano era más capaz que él para contentar la sed de riquezas que sus vencedores sentían; era peligroso exponerse a las resultas de la competencia, y ordenó que al instante sus soldados le libertaran de tan terrible enemigo, asesinándole. Apenas dicho y hecho; perdiéndose con esta muerte el tesoro que Huáscar guardaba enterrado, sin que hasta el día se haya logrado descubrir, aunque con exquisita y constante diligencia se ha buscado<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Buscábase el oro en tiempo de la conquista con tan desenfadada avidez que los naturales del Cuzco se apresuraron a enterrar todo cuanto poseían, antes que verlo en manos de los españoles. Muchos años después hizo la casualidad que fueran descubiertos algunos de aquellos tesoros, y desde entonces comenzó la imaginación a multiplicarlos bajo tan aparente realidad, que los habitantes del Cuzco corrían continuamente tras nuevas excavaciones, sin que los curaran de la manía repetidos y

A medida que las remesas de oro iban llegando a Cajamarca, se aumentaba el deseo de verle repartido, tanto que sin que todavía estuviera completa la cantidad convenida, hubo que responder a la general impaciencia haciendo derretir todas las alhajas, aparte algunos vasos, jarrones y otros objetos de esmerado trabajo, que se reservaron para el Rey; saliendo una masa equivalente a un millón seiscientos mil quinientos duros, que fueron distribuidos, guardada proporción, con alcance para cada soldado de caballería de ocho mil quinientos pesos, y cuatro mil al infante, suma enorme para la época, y que dio margen a que la mayor parte de los soldados reclamaran volver a España, donde ya podían gozar una vida tranquila y desahogada. De muy buena gana se prestó Pizarro a semejante solicitud, facilitando paso para la Península a cuantos le pidieron, ya que este propio viaje iba a emprender su hermano Fernando, encargado de poner en manos del Monarca la parte que, por razón de quinto, le había cabido; porque conocía que el ruido de tantas riquezas como sus soldados llevaban, le había de procurar sobrado número de ambiciosos, resueltos a seguirle en la conquista de Perú.

Aún se estaba en la distribución de aquel caudal, cuando se presentó Almagro, que venía de Panamá con un corto refuerzo, y por supuesto él y su gente se llamaron a derecho igual sobre el rico botín, manteniéndose muy sentidos, aunque Pizarro hizo se les dieran a los soldados cien mil duros, y a su socio preciosísimos regalos que fueron recibidos con insolente desdén. El ambicioso Almagro hubo de temer que el oro que faltaba para completar la cantidad convenida se partiría entre los soldados de Pizarro, en perjuicio de los que consigo él llevaba, y concibió la ruin idea de poner término a los días de Atahualpa, cosa que cuadraba perfectamente con las miras del General.

El Inca fue, por consecuencia, llamado a responder, 1º de inducir sus vasallos (que lo eran ya del rey de España) a la insurrección; 2º del asesinato cometido en la persona de su hermano Huáscar; dando a la acusación cierto carácter legal por medio de un fiscal que la sostuvo, contra las súplicas, las protestas y quejas del infortunado Monarca, condenado a morir entre las llamas, ya que, en premio de haber recibido el bautismo, se satisfizo la barbarie ahorcándole en su propio encierro, a despecho de algunos honrados militares que, llenos de horror y de indignación, protestaron contra tamaña atrocidad.

---

numerosos chascos. Hoy mismo prevalece la opinión de que muchos de los indios traen de padres a hijos una exacta noticia del lugar de aquellos escondrijos, y yo he tenido ocasión de ver en Cuzco varias indicaciones o derroteros que deslindaban con minuciosa escrupulosidad el paraje donde habían de hallarse tales tesoros.

## CAPÍTULO X

Nombra Pizarro un sucesor a Atahualpa y parte para el Cuzco. Invasión de Pedro de Alvarado. Consecuencias que acarrea. Fernando Pizarro vuelve de España. Usurpa Almagro el gobierno del Cuzco. Se reconcilia con Pizarro. Resuelve ir a la conquista de Chile. Reseña histórica de su descubrimiento por el inca Yupanqui.

Cumplidos ya tantos desórdenes, o acaso no viendo Pizarro en derredor suyo dónde cometer otros nuevos, con esperanza de que habían de responder a su desmesurada codicia, hubo de resolverse a dejar el país para buscar otros en qué poder contentarla, pero antes hizo que uno de los hijos del infeliz inca, de un carácter pacato y sin experiencia, subiese al trono de Perú; en tanto que los peruanos del Cuzco proclamaban a Manco Capac, hermano de Huáscar. Ello es que, por una parte las guerras intestinas, y por otra la perniciosa influencia de los extranjeros, traían ya divididos los ánimos; el equilibrio jerárquico y administrativo andaba roto; y varios ambiciosos, enteramente extraños a la familia real, aspirando al supremo poder; de manera que la anarquía se extendió, sirviendo cumplidamente al fin que Pizarro se tenía propuesto.

Como ya no se hablara en Guatemala, en Nicaragua y otros puntos, sino del cúmulo de riquezas de los países que Pizarro recorría, era inmenso el número de aventureros que venían a engrosar sus filas; por lo mismo no tardó en creerse con sobradas fuerzas para adelantar sus conquistas, y emprendió su marcha a la cabeza de quinientos hombres de ánimo resuelto, destruyendo en varios lances a sus débiles, aunque numerosos enemigos, hasta que llegó al Cuzco, capital de este vasto imperio para extraer de sus adoratorios una cantidad de oro no menos prodigiosa que la recogida en Cajamarca.

Los indios no pudieron mantenerse indiferentes ante tamañas demasías; pensaron en vengarlas, y corrieron resueltos a una resistencia arrojada, atropándose en diferentes puntos para oponerse a los progresos de aquella tan funesta, cuanto audaz, invasión, que, si no conocían el arte de la guerra, ni tampoco la disciplina, hervía en sus pechos el amor de la libertad, y esto bastaba para alentarlos; siendo, además, de no pequeño incentivo el religioso respeto que les inspiraba la familia del malhadado inca, cuya política supersticiosa y apagada le llevó al patíbulo. Las esperanzas de un mejor porvenir cebo hallaron en algunas ventajas preliminares, pero era imposible una reacción entre banderías demasiado desavenidas para ha-

cer causa común; de su ignorancia no había que esperar el ajuste de un buen plan de ataque; y en tal caso, sólo debieron prometerse el poder acosar, destrozarse, si se quiere, tal cual vez, una o más de las partidas sueltas que se aventuraban imprudentes por terronteras y hondísimas barrancas, desde donde los indios podían defenderse sin daño.

Con todo, pronto tuvo que atender Pizarro contra dos jefes que acababan de levantar bandera, el uno el usurpador Ruminahui, en Quito; el otro Quisquis, en Condesuyo, enviando contra este último algunas tropas que, sobre hacerse respetar de los indios, habían de mantener despejado el camino, porque tal lo requería el continuo tránsito de soldados y de aventureros españoles, atraídos a aquella tierra de predilección en pos de las inmensas riquezas que la lejanía no dejaba de encarecer. Ni se contentó la codicia tentando a los colonos de Panamá, y de los demás países de la costa oeste del nuevo mundo, antes se hizo oír hasta del mismo gobernador de Guatemala, el célebre paladín Pedro de Alvarado, empeñándole a probar fortuna en la entablada conquista. Ya en la de México había tenido una parte hartamente activa, y en ella consignado no comunes proezas, que hubieron de ser motivo para que acudiera a S.M. demandando el permiso de pasar a Perú, ansioso de participar de la de este imperio; y, aunque es de considerar como una repulsa la respuesta que se le dio, cuando oyera la interesante pintura que de los nuevos países vino a descorrer García Holguín, tras el minucioso reconocimiento que de ellos traía hecho, ya no pudo Alvarado resistir al cumplimiento de una expedición.

No escaseó los preparativos; su título de gobernador de una provincia tan importante como la de Guatemala, contribuyó mucho al pronto avío de cuanto al caso convenía; y por si más pudiera ser necesario para asegurar el éxito de la empresa, tomó en Nicaragua dos naves que allí se estaban aprestando por cuenta de Pizarro. Si este proceder, y la misma expedición en sí, eran o no leales, esto es lo que no curaron de examinar las gentes ya destinadas para entrar en aquellos bajeltes; muy contentas en caminar bajo la conducta de un jefe cuyas hazañas probadas, y prendas personales, daban tantas garantías, con impaciente conato solicitaban se diera vela cuanto antes; de suerte que pronto se vio Alvarado con quinientos soldados, la mayor parte de caballería y de noble progenie.

No ignoraba Pizarro el renombre que Alvarado se granjeara en México, y cuánta preponderancia vino a darle su gobierno de Guatemala, de manera que al tomar noticia de cómo el tal Gobernador se preparaba para pretender también a la conquista de un país, cuya soberanía hubo de parecerle de propia, única y legítima pertenencia, entró en recelos, que, revueltos en su mente con airada indignación, le aconsejaron prontas y eficaces medidas coercitivas, en ánimo de guardar el fruto que ya habían rendido los tantos sacrificios, los tantos quebrantos como traía vencidos.

El denodado Almagro corrió a la costa con un trozo de gente, para oponerse al desembarco del nuevo rival, si a tiempo asistía, o en otro caso detenerle el paso; mas como llegara al puerto de San Miguel, donde ninguna noticia se tenía de Alvarado, ni de sus gentes, y supiera que el gobernador de esta colonia, Benalcázar, cansado de una ociosidad, así de monótona, cuanto estéril, caminaba contra Quito resuelto

a someter aquella rica y hermosa región, y a deshacer al famoso Ruminaqui, que andaba hostilizando ciertas poblaciones indias, ya aliadas de los españoles; marchó en ayuda de aquél, con lo que tuvo la empresa un desenlace activo y lisonjero.

Volvíase Almagro para el Cuzco a fin de reunirse a Pizarro, cuando un jefe indio le salió al encuentro dándole parte de la llegada de Alvarado al país, y de cómo se encaminaba hacia Quito; esto le hizo retroceder inmediatamente, y no tardó en mirarse ante su adversario, con ánimo de atacarle. Superiores eran las fuerzas del gobernador de Guatemala, pero también pacíficas sus intenciones, que, ya le hiciera cargos su conciencia contra la determinada resolución, ya tomara en cuenta tantos peligros, tantas privaciones como él y los suyos habían sufrido, si por desgracia tras ellos todavía se encubriera un terrible y tardío desengaño, prefirió abandonar el empeño y regresar a su gobierno, con tal que, en desquite de gastos, y estimación de los bajeles y enseres que en Perú dejaba, se le otorgasen cien mil pesos. Así quedó estipulado entre ambos jefes sin que la tropa tuviera noticia del asunto, con lo cual se dirigieron unidos para el valle de Pachacama, donde llegaron después de haber jugado con el célebre Quisquis algunas escaramuzas, en una de las cuales anduvo muy en riesgo la vida de Almagro. Ya se hallaba Pizarro en el citado valle, y no solamente se contentó con acoger al Gobernador entre demostraciones de agasajo, sino que, contra el sentir de muchos, le entregó los cien mil pesos convenidos con Almagro, volviendo Alvarado a Guatemala casi sin ninguno de los que le habían seguido.

No fue otro el desenlace de una expedición de que Pizarro llegó a recelar demasiado, y que a dicha de sucesivas circunstancias le vino a ser sobradamente útil, porque dejándole enteramente dueño de sí mismo, ya no pensó sino en dotar al hermoso país conquistado, con una regular administración, una existencia política y moral, en fin, un sistema de gobierno cual convenía a la índole de aquellas hordas aventureras. Almagro pasó al Cuzco para que, en unión con los dos hermanos de Pizarro, Gonzalo y Juan, entretuviera en Manco Inca la esperanza de que se le mantendría rey de Perú, provisionalmente saludado y reconocido tal; pero Pizarro quedó en Pachacama en ánimo de fundar con toda diligencia un establecimiento marítimo, que le abriera relaciones activas con la Península, y con las colonias americanas; y como varios de sus oficiales reconocieran que el lugar más a propósito para el caso era la orilla del río Rimac, en ella tuvo inmediatamente fundamento la ciudad llamada *Los Reyes*, por tomar origen en la Epifanía de 1535, ya que más tarde se le dio por nombre *Lima*. Su comercio, su lujo, su magnificencia y sus riquezas la superpusieron en breve a todas las capitales de América del Sur.

Pizarro se trasladó enseguida a Trujillo para reanimar y robustecer la colonia que en este punto Almagro había establecido; recibiendo, a poco de haber llegado, la plausible nueva de la ostentosa acogida que la corte de España había hecho a su hermano Fernando, si acaso no fue obsequio al rico presente que le ofreciera, y al cual respondió con el título de marqués para el conquistador; dándole, además, el gobierno de toda la tierra conquistada, que en adelante se llamaría *Castilla la Nueva*.

Comprendiendo también el emperador Carlos la deuda en que le tenían los esfuerzos, los servicios que Almagro llevaba cumplidos en esta empresa, le nom-

bró adelantado y gobernador de la parte, dicha desde entonces, *Toledo la Nueva*, doscientas leguas al sur del territorio jurisdiccional de su socio; mas como fuera la línea de demarcación vaga, o mejor ilusoria, nacieron entre los dos jefes disidencias que pusieron en grave riesgo la tranquilidad de los colonos. Pretendía Almagro ser dentro de sus límites la ciudad del Cuzco, y como muchos de sus amigos apoyaran esta pretensión, no titubeó en darse a reconocer en calidad de gobernador absoluto. Los hermanos de Pizarro, que a la sazón se hallaban en el Cuzco, salieron contra la usurpación primero inofensivos, y esforzándose a persuadir la manifiesta injusticia del proceder; pero viendo que Almagro ni aceptaba consejos, ni oía razones, recurrieron a la violencia, provocando varias asonadas de que resultaron hartos heridos, y aun varias muertes; y fueran cruelmente sangrientas, a no ser el aceleramiento con que Pizarro corrió al lugar de la escena, deteniendo con su presencia el conflicto, restaurando el orden, y haciendo que su socio renunciase solemnemente a su ambiciosa exigencia<sup>10</sup>; pero no se crea que esto ocurriera sin condiciones.

De la fe que los dos jefes se juraron nuevamente ante los altares, salió también el convenio de que Almagro iría al descubrimiento y conquista de Chile, país abundantísimo en oro y plata, a decir de los indios del Cuzco; y que de malograrse la empresa, o, cansado, querer abandonarla, con volver a Perú le haría Pizarro partícipe de su propio gobierno, no menos que de todos los rendimientos de aquella rica y floreciente colonia.

Bajo esas concesiones dispuso Almagro pasar a subyugar un país que, como vamos a verlo, dependía, ya hacía más de un siglo, de las leyes peruanas.

Fieles los incas a la difícil y sacerdotal misión que les imponía su cuna, y las leyes patrias, proseguían sus piadosas conquistas economizando sangre humana, y conciliándose el amor de numerosas tribus salvajes, que desde luego comenzaban a llamarse dichosas en el seno de una civilización naciente.

Ya duraba casi dos siglos este afán de conquistar y de civilizar, cuando Yupanqui, último inca de la dinastía, tomó el cetro de aquel vasto imperio. Este Monarca, en quien resplandecían las más exquisitas prendas, por entre las eminentes virtudes que mantienen al hombre en el santuario de la bondad, de la caridad y de la justicia, quiso, a ejemplo de sus mayores, ir adelante con el sistema de propaganda, extender la dominación, y plantar en nuevos pueblos la unidad religiosa ingénita, característica, en todos los descendientes de Manco Capac.

Pareciple cuerdo que, para el logro de este intento, convenía ver por sí mismo el estado de sus vasallos, y se dio, por consiguiente, a recorrer las provincias, reglando en todas ellas la parte administrativa, y acudiendo a remediar las necesidades comunes; tras lo cual resolvió emprender la conquista de los antis, entre quienes pensaba asentar sus leyes políticas y religiosas.

---

<sup>10</sup> Desde Trujillo al Cuzco se cuentan más de doscientas leguas de un camino todo él sumamente quebrado, todo muy a propósito para celadas y asaltos, y le corre Pizarro esta vez poco menos que solo. Ahí se dice cuál sería el terror que los españoles inspiraban ya a los indios, pues que pueden a placer registrar todo el país sin temor, sin compromiso, sin ningún género de riesgo ni peligro.

Marchó hacia los moxos al frente de un crecido ejército, siguiendo el venaje del río de la Plata, y salvando por este medio la aspereza y la escabrosidad de los montes que cortan los dos países; pero los chunchos, habitantes de aquellas riberas, hostilizaban a Yupanqui con tenaz encarnizamiento, despachando nubes de flechas envenenadas contra sus soldados: fue preciso saltar en tierra, combatir cuerpo a cuerpo contra los intrépidos salvajes, de los cuales siempre triunfaron los peruanos, hasta que al cabo se rindieron, aceptaron la ley del vencedor, y se le declararon aliados.

Sobradamente cara compró Yupanqui esta alianza y, si bien caminó con su empeño contra los antis, no pudo ser sin reparar que apenas contaban sus banderas la décima parte de la gente que del Cuzco había sacado; apurada posición a la cual no podía oponer sino la honradez de su conciliador carácter, esperando que ya, no la violencia, sino el consejo y la elocuente persuasiva, eran las armas de que podía prometerse el triunfo de sus proyectos. Cual apóstol de verdad, cual hombre que no anhelaba sino el bien de sus semejantes, se pone Yupanqui a ponderar, entre los antis, las ventajas de un continuo y mesurado trabajo, las de la vida social, de la temperancia, deduciendo mil maravillas del origen de la divinidad, de la naturaleza del Sol, su padre, y asegurando que a la observancia de tan santos preceptos habían debido sus antecesores muchos y muy preciosos resultados; de suerte que, encantados los salvajes con palabras de tanta caridad, de tan fraternal consuelo, espontáneamente se escribían en aquella religión de premio y de dulzura, declarándose aliados del Inca, ya que con la prudente reserva de no sonar como vasallos, ni tributarios suyos.

Tal fue nada menos el dichoso desenlace de la expedición contra los moxos, nación dada a las mayores extravagancias, a los desórdenes, a los vicios más asquerosos y repugnantes, y que, como por ensalmo, pasó de repente a la vida más noble y más arreglada, a la más escrupulosa y rígida moderación.

No fue Yupanqui tan feliz con los chiriuanos, gente en exceso sacudida, y tan apegada a su independencia, que sobre resistir con inaudito arrojo a las armas de la milicia civilizadora, no paró hasta destruirla, causando esta catástrofe, en todo el imperio de los incas, la más terrible consternación.

Con todo, no por eso se abatió la entereza del Soberano. Comprendía la importancia de la empresa, y redobló el celo y la actividad por traer aquellas inocentes criaturas al seno de la sociedad, y al culto del Sol, expresión única de la verdadera dicha, ley para él sacrosanta, y en cuyo obsequio determinó tentar nuevos empeños, a los que había de concurrir personalmente, hasta plantear, en las más apartadas regiones, la regla escrita de sus nobles sentimientos.

Con nuevo ejército se encaminó Yupanqui para Atacama, límite sur de su extenso imperio, queriendo adelantarse hasta el gran reino de Chile; mas como ignoraba la naturaleza de este país, y las costumbres de sus moradores, dispuso cuerdo suspender la marcha, en tanto que algunos espías pasaban a reconocerle; los cuales debieron luchar contra todo género de privaciones, atravesando un desierto de más de ochenta leguas, ya que tuvieran la suerte de llegar a la provincia de Copiapó, o Copayapo (que así la llamaban los naturales). Recogidas cuantas noticias convenían al caso, volvieron estos emisarios a Atacama, y así como su

Soberano los oyera, hizo que el valiente Chinchiruca, con una división de diez mil soldados, invadiera el país; pero mostrando resistencia los habitantes de Copiapó, Yupanqui, que había quedado en Atacama para atender de cerca al mejor éxito de la empresa, mandó otros diez mil hombres, con lo cual entraron los copiapinos en la voluntad del Inca, adoptando sincera y respetuosamente su religión y sus leyes.

Tras este triunfo, marcharon los peruanos contra Coquimbo o Cuquimpu, y desde aquí a Chile (que dio su nombre a todo aquel país), sin haber de superar obstáculos de ninguna especie, hasta que al llegar a orilla del río Maule tropezó con un cuerpo de indios de la provincia de Purumuca o Promaucas<sup>11</sup>, que parecieron determinados a guardar intactas sus costumbres, y su independencia. Chinchiruca usó desde luego de blandura, de persuasión, creyendo que de esta suerte lograría ganar aquellos indios; pero como viera desatendidos estos medios, acudió a la fuerza, fiando a las armas la solución de la contienda. Tres días duró el combate, demasiado sangriento por desgracia, pues que un recíproco fanatismo daba aliento a los dos bandos, éste para hacer valedera su religión, aquél para alcanzar el triunfo de su libertad y de su exagerado amor patrio, hasta que cansados, rendidos, hecho el campo una carnicería, se retiraron unos y otros sin que la victoria hubiese pronunciado.

Como probara el jefe peruano la bizarra resistencia de los promaucas, socorridos de otros pueblos, ya no quiso cargar con la responsabilidad de tentar de nuevo al enemigo. Antes se contentó con poner en conocimiento del inca Yupanqui lo acontecido en la primera refriega, y el Monarca le respondió de esta suerte<sup>12</sup>:

“Que no conquistasen más nuevas tierras, sino que atendiesen con mucho cuidado en cultivar y beneficiar las que habían ganado, procurando siempre el regalo y provecho de los vasallos, para que viendo los comarcanos cuan mejorados estaban en todo con el señorío de los incas, se redujesen también ellos a su imperio, como lo habían hecho otras naciones, y que cuando no lo hiciesen perdían ellos más que los incas”.

Ése fue el término de las conquistas de Yupanqui, sirviendo de límite del de sus dominios en Chile el río Maule<sup>13</sup> a la parte del sur.

---

<sup>11</sup> Es opinión de varios autores que estos indios eran excelentes bailarines, suponiendo que así lo dice la palabra *promaucas*, compuesta de *prum*, baile y *aucas*, gentes vivarachas.

<sup>12</sup> Garcilaso de la Vega.

<sup>13</sup> Sigo la opinión de Garcilaso sobre el deslinde del gobierno de los incas en Chile. Molina pretende que, lejos de ir los límites hasta el río Maule, se detenían a orilla norte del río Rapel. Fuéramos con Molina queriendo hacer precio de los escasos vestigios de ciertos propugnáculos, que aún se dejan ver a cierta distancia de ese último río, y particularmente sobre el cerro llamado *del Inca*, a orilla del lago Taguatagua, pero razones más poderosas tenemos para adoptar el testimonio de Garcilaso, quien, en todo evento, es la sola autoridad competente sobre la historia civil y militar de los incas.

## CAPÍTULO XI

Penetran los españoles en Chile con una división de quince mil indios que Manco Inca les dio como auxiliares. Perece la mayor parte de esa gente en las cordilleras. Cómo se condujo Almagro con los caciques de Copiapó. Treinta naturales condenados a muerte en Huasco, y otros sucesos. Función de Río Claro. Vuelve Almagro a Cuzco. Da contra los Pizarro. Batalla de las Salinas. Almagro prisionero, juzgado y ajusticiado<sup>14</sup>.

Lucían en Almagro el valor, la actividad, un desprendimiento sobrado generoso, y estas prendas no podían dejar de servir cumplidamente a la ambición de gloria que tanto llenaba su pecho; así es que, comenzados los preparativos para la conquista de Chile, y por consiguiente el alistamiento de la gente con que se había de emprender, soldados, oficiales, y aun aquellos aventureros que ya poseían en el Cuzco una regular fortuna, todos volaban contentos y presurosos a las banderas de Almagro, aunque otras muchas empresas estaban señaladas; pues, por una parte, se hablaba con encarecimiento de las riquezas de Chile, y de sus innumerables minas, poderoso atractivo entonces; y por otra, el respeto en unos, la amistad en otros, y el reconocimiento en muchos, ello es que aquel jefe se vio no tardando con unos quinientos o seiscientos hombres, vestidos, armados y equipados a expensas de su General, aunque a título de devolverle en su día el importe de estos tan subidos gastos.

Manco Inca, que Pizarro había puesto en el trono de Atahualpa, entró aparte en esta audaz tentativa con quince mil indios a las órdenes de cabos valientes y experimentados, siendo los principales su hermano Paullo Toppo y el gran sacerdote Villacumu, cuyos personajes eran, por su dignidad y elevada prosapia, muy a propósito para allanar cuantas dificultades pudieran presentarse entre los naturales de Chile, dependientes ya del imperio de Perú. No falta quien quiere ver en esta

---

<sup>14</sup> No hay en toda la historia de Chile un hecho de tanta vaguedad como el de la expedición de aquel desgraciado jefe, porque sobre no existir documentos fidedignos, andan todos los autores en sentir enteramente opuesto, y no es fácil parar en un juicio satisfactorio, aunque con constante diligencia hemos trabajado para poder asentarle. Nuestra duda, sin embargo, no recae sino en algunos detalles; en el conjunto de los acontecimientos todos los autores convienen.

determinación de Manco un rasgo de pura amistad hacia los españoles; ya veremos luego cómo el interés la dictó. En Manco era ilusorio el título de inca, y él quería convertirle en realidad; pero convenía obrar disimulada y cautelosamente con los jefes españoles; y, ya que hubiera de reprimir el grito de su conciencia con mostrarse auxiliar de los enemigos de su patria, no es probable fuera sin la idea de rebajar sus fuerzas separándolas, y lograr así, con mayor probabilidad, su completo exterminio. Ésta fue por lo menos la opinión de algunos autores, y la comprueban los acontecimientos que en el Cuzco ocurrieron después.

Don Juan Saavedra, con los primeros cien hombres que Almagro reuniera, marchó para las charcas, adonde los dos jefes peruanos, acompañados de cinco españoles, habían ido para fundar la aldea Paria, y procurarse en sus contornos los bastimentos que se hacían necesarios al paso de la expedición.

Rodrigo de Orgoñez quedó encargado de reclutar en el Cuzco cuantos soldados pudiera, y Ruiz Díaz y Benavides fueron con la propia comisión para Lima y sus provincias rayanas, que así sólo podía Almagro hacerse con brazos para la meditada conquista, y aun para reparar las resultas de un revés, si la desgracia llegara a traérsele, máxime conociendo, como conocía, el espíritu belicoso de los chilenos, y la extraordinaria distancia a que iba a ponerse sin poder pensar en prontos y eficaces auxilios.

Cerca andaba ya el invierno de 1535, cuando las armas españolas dejaron el Cuzco, caminando hacia el Paria, en cuyo punto permanecía Saavedra con sus cien hombres. Marchó toda la división a Tupiza; unióse aquí con los dos jefes indios, y pasó algún tiempo en preparativos de campaña, y aun cumpliendo algunas excursiones en las tierras de Jujuy, hasta sacar completa venganza de la muerte que los naturales dieron a tres españoles imprudentes, que el arrojo y un mal entendido entusiasmo a sus moradas habían arrastrado. El castigo de esta ofensa le fue encomendado al capitán Salcedo, quien con sesenta caballos marchó contra los indios, ya cuerdamente atrincherados, y por consiguiente en posición de resistir el ataque, no obstante el arrojo y valor del enemigo. Salcedo tuvo necesidad de reclamar nuevas fuerzas y, aunque con diligencia se le otorgaron, yendo a las órdenes de Francisco de Chaves, no fue tanta como la que aquellos indios pusieron en salir, a favor de la noche, contra los yanacunas que seguían a este último jefe, acometiéndole antes que llegara donde Salcedo estaba, matando gran número de sus soldados, arrebatándole todo el tren, y yendo enseguida a guarecerse en las cimas de montes inaccesibles a la caballería.

Ocurría esto precisamente cuando Almagro recibió la noticia de estar ya en el Cuzco la real cédula que le nombraba gobernador de doscientas leguas de extensión al sur de Perú, y también varias cartas de sus amigos, invitándole todas a echar a un lado su plan de conquista, y correr con presteza a tomar posesión del gobierno de aquella ciudad, parte, en sentir suyo, de la jurisdicción concedida.

Cuzco, capital entonces de todo Perú, era, en efecto, población muy importante, y acaso la hacían más sus magníficos monumentos y la multitud de españoles de distinción en ella establecidos; digna por lo mismo de llamar la atención de un ambicioso como Almagro; pero su genio emprendedor no le permitió abandonar

un proyecto que tanto crecía sus esperanzas, proyecto de tanta gloria, en cambio de un título cuyo fondo al cabo era susceptible de controversias. Ni se extrañe tampoco que así se mantuvieran sus ilusiones, cuando en el tránsito llevaba ya recogida una cantidad de oro más que sobrada para caminar contento al fin de sus deseos, y desoír los ruegos de sus amigos; señaló, pues, su partida con toda la diligencia de su prodigiosa actividad.

Como vieran Paullo Toppo, y los demás jefes peruanos el itinerario que Almagro se había trazado para pasar a Chile, corrieron a ver si lograrían disuadirle del empeño, demostrándole cuán penoso, cuán imposible y fortunal camino escogía, empeñando la tropa por entre cordilleras de difícil paso, de numerosos precipicios, y que guardaban, durante el invierno, parveros de nieve. Todo fue vano para aquel conquistador atrevido; no conocía el peligro, despreciaba las privaciones y las penalidades, tenía fe en su empresa, y la ruta más corta era, en su sentir, la mejor, sin cuidarse de las resultas.

No hubo en las primeras jornadas motivos de arrepentimiento; los mantenimientos abundaban, gracias a la diligencia de Paullo Toppo y de Salcedo, y el soldado lleno de contento guardaba cuanta disciplina se podía esperar de aquellas mesnadas aventureras. Mantúvose algunos meses el ejército en las llanuras de Jujuy, al cabo de los cuales cumplió su movimiento en dirección del oeste hasta vencer las cordilleras vecinas al valle de Copiapó. En esta travesía ejecutada casi siempre por páramos en que rara o ninguna vez parecía un fontanar, también las municiones de boca llegaron a su fin, y tal contratiempo llenara de desaliento a la tropa sin la actividad, sin la cuidadosa atención con que Almagro sabía sustentarle; pero todo ello no era en suma sino un muy corto anuncio de los infortunios que la recicura del invierno reservaba contra aquellas gentes así como llegaran a la cumbre de aquellos empinados y soberbios puertos, cuya riscosa garganta la temeridad sola pudo suponer practicable.

Y es de notar que en lo más duro de la estación fue precisamente cuando Almagro se arrestó al paso de aquellas escabrosas y peladas sierras de elevación progresiva, partidas, como de propósito, en diferentes órdenes de derrumbaderos; pero todas estas consideraciones no impidieron que aquellos intrépidos guerreros doblaran, aunque con dificultad, la primera cordillera: internáronse avanzando contra las restantes; las dificultades se aumentaron, y ya dieron en el triste extremo de haber de trepar por senderos tan fragosos, tan impracticables no sólo para la caballería que las penalidades de la desigual marcha traían vencida, sino que hasta la infantería iba por ellas expuesta a despeñarse.

En esta horrorosa lucha de los hombres contra los obstáculos de la naturaleza, contra las injurias de la estación, y contra el poder atmosférico, todo parecía darse la mano. Las nieves venían en cellisca, y prodigiosa abundancia, para cubrir como de propósito los precipicios, y atraerles de este modo mayor pasto; los vientos enfurecidos, desencadenados se convertían en impetuosos huracanes, difundiendo espanto, desesperación y tormento en todas las filas de aquella división casi en completa desnudez ya, y nada de esto fuera quizá de sentir a no descargar el hado toda su ira, desde que la tropa se viera en la cresta de las cordilleras, refinando el

aire de tal modo que apenas si dejaba un anheloso expirar, cuyo acontecimiento, sobre turbar todos los órganos de la vida, ocasionó la indisposición llamada en el país *puna*, y por consiguiente ese abatimiento profundo que sólo puede sentir quien mira la vida como una carga insoportable; hízose por lo mismo el descanso una necesidad irresistible, y tanto más funesta, cuanto que interceptada, por decirlo así, la acción vital, el cuerpo quedaba expuesto a todo el rigor, a todas las intemperies de aquellas frigentes montañas.

Como los peruanos, sobre andar ligeramente vestidos, no estuvieran hechos a tales fatigas, la muerte se cebaba en ellos de un modo espantoso, y no perdonaba tampoco a los españoles, aunque mucho más defendidos contra el frío, y de un carácter tanto más roblizo, tanto más entero cuanto mayores eran los trabajos, pues muchos murieron helados, otros perdieron el uso de sus miembros, y hasta los hubo que cegaron momentáneamente, con el reverbero del radioso albor de la nieve. Dicen varios historiadores que el tránsito de estas cordilleras costó la vida a diez mil indios, ciento cincuenta y seis españoles, una mujer y cuarenta caballos<sup>15</sup>.

Mucho contribuyó la escasez de alimentos para que tantas desgracias quedaran cumplidas, y acaso no saliera vivo un solo hombre, a no adelantarse Almagro hasta Copiapó, y mandar inmediatamente cuantos socorros pudo; con lo que, la poca gente que le restaba, librada así del peligro, logró avanzar hasta las vastas riberas que él ocupaba ya, en donde, con el descanso y la abundancia de mantenimientos, reparó sus fuerzas, olvidó sus penas y quebrantos, y cuantos riesgos acababa de correr.

Sobremanera sintió Paullo Inca las calamidades y desastres pasados, y llegó a temer que influyeran demasiado en el ánimo de Almagro, pero tuvo ocasión de verle tan sereno, tan firme, tan impertérrito como si nada hubiera ocurrido. Ansioso de complacerle y como conocía la pasión, superior a todas las pasiones, del general español, hizo el inca que los indios de aquel país le llevaran en presente cuanto oro poseían, reuniendo por este medio en dos veces una suma equivalente a quinientos mil ducados, sobrado capaz por tanto para responder a todas las exigencias de su gran liberalidad, si no es mejor llamarla ilimitada profusión.

Almagro no ambicionaba las riquezas en la mira mezquina y egoísta de poseerlas; despreciaba el interés personal, y si todo su anhelo le ponía en adquirir, tan sólo era para dar mayor impulso y desarrollo a su natal generosidad; así es que, dueño de los quinientos mil ducados, al instante se apresuró a distribuirlos entre sus compañeros de armas, y como si ya estuviera en el lleno de la fortuna, en la última grada de la gloria que tan afanoso buscaba, todavía se muestra entre los suyos entusiasmado; háceles ver los créditos que contra cada cual de ellos tenía, desde el equipo que a costa suya se efectuó en el Cuzco, y los rasga y arroja como diciendo públicamente: *¡Nada me debéis!...*

No con otra acción se necesita precisar la desinteresada índole de aquéllos tan altivos, cuanto desprendidos conquistadores. Tras ese rasgo de nobleza, ya no

<sup>15</sup> Eran entonces tan raros que cada caballo solía costar dos mil duros.

pensó Almagro sino en acelerar la conquista del país en que se hallaba, trayendo, por supuesto, a juego, esa solapada y desleal política de que más tarde quiso fundar escuela el célebre Maquiavelo.

Como se le dijera que el cacique de aquella tribu había usurpado esta dignidad a uno de sus sobrinos, que para sustraerse del malquerer de su tío andaba errante en el corazón de aquellos montes, pronto vio Almagro cuánto le importaba introducir la discordia en el país, declarándose partidario y defensor del joven indio, hasta hacer valer sus legítimos derechos, y revestirle con el título de que se mantenía despojado. Saliole esta empresa muy a medida de su deseo, y la influencia de Paullo por una parte, y el esfuerzo del joven cacique por otra, le procuraron algunos batallones de indios, con los cuales emprendió su marcha resuelto a conquistar las provincias del sur, independientes aún del gobierno de los incas. Y llegando al valle de Coquimbo, al instante ordenó viniesen a su presencia el cacique de Huasco, llamado Marcandei, su hermano y veintisiete personas más, todas ellas de viso en el país, y todas acusadas de complicidad en la muerte dada a tres españoles que incautos se internaron en aquellas tierras. Acaso esos imprudentes se hicieran merecedores de la suerte que les cupo, pero también Almagro creyó deber usar de rigor para dar poder y fuerza a su débil columna, y mandáralo la necesidad, o la justicia, ello es, que todos aquellos personajes fueron pasto de las llamas, acompañados en el martirio por el cacique de Copiapó, que consigo llevaba el general español. Éstas fueron las primicias de la sangre chilena y española que regó aquella tierra de libertad, aquel suelo de probado valor y de exquisito heroísmo, y donde, si durante tres siglos ha continuado humedeciendo las feraces provincias araucanas, todavía mantienen éstas con orgullo sus límites, toda su primitiva y venerada independencia.

Pasó el ejército conquistador desde Coquimbo, por el sur de la provincia de Chile, al punto llamado Concomicagua, teniendo hartos motivos Almagro para notar en la marcha que las riquezas del país no debían ser tales cual la exageración había supuesto, y de ese mismo modo de ver parecerían sus más allegados, pues que concurrieron aconsejándole regresase al Cuzco, como más aventajado en toda suerte de recursos. Bien logran su intento a poderse aunar el consejo con el excesivo amor propio de aquél a quien se le daban, pero se creía Almagro demasiado empeñado en la función para haber de abandonarla sin resultado plausible, y continuó su jornada hasta Río Claro, donde los atrevidos promaucas, que los peruanos no lograron subyugar, se presentaron ante los españoles con imperturbable continente, con sacudida impavidez. Sí que las armas de los españoles, y sobre todo la novedad que les causaron los caballos, los tuvo un momento suspensos, y como desalentados, pero pronto recobraron su natural valor, y cargaron con tal denuedo sobre las filas de los indios entrados en obra los primeros, que en breve fueran rotos y deshechos, a no correr Almagro con los castellanos, para medirse, y no de balde, con hombres de un temple, de un ánimo guerrero muy sobre cuanto hasta entonces se traía probado.

Fatal fue este choque para ambos partidos, y el español no quedó con vivos deseos de renovar otros; pero, quiso la suerte que llegaran Rodrigo Orgóñez y Juan

Rada<sup>16</sup>, y esto motivó en Almagro una resolución de que vinieron como eslabonados los acontecimientos, hasta arrastrarle al patíbulo, como lo veremos en breve.

Dijimos que esos dos capitanes habían quedado en Perú haciendo gente para reparar las pérdidas que Almagro pudiera sufrir, y ayudarle en la empresa. Anduvieron en ello tan activos, se mostraron tan tenaces contra cuantas privaciones e intemperies les oponían la estación, y el país, que llegaron a Copiapó muy poco después de haberse ausentado Almagro, marchando infatigables hasta dar con éste, y poner a sus órdenes los reclutas que la muerte quiso perdonar, porque muchos de ellos sucumbieron también a las penalidades del camino. Rada llevaba, además, para su General la real cédula en la cual se le declaraba adelantado de la Nueva Toledo, designando este gobierno al sur de Perú, aunque sin límites determinados, como ya se ha dicho. En dos bandos estaban ya entonces los españoles. Querían unos quedar en Chile; apetecían otros volverse al Cuzco, y como Almagro no creyera en los tesoros inmensos que la fama atribuía al suelo, cuya conquista tenía comenzada, se puso sin renuencia de parte de los del último bando, como se lo pedían también sus amigos Diego y Gómez de Alvarado, no menos que Orgóñez, sosteniendo todos ellos que precisamente correspondía al Cuzco el ser capital del gobierno de la Nueva Toledo. Ni fue menester más para despertar la ambiciosa pretensión con que Almagro aspirara a reinar en el Cuzco, y por tanto, decidido a regresar con cuanta velocidad pedía el caso, llamó a Paullo Inca, y a la mayor parte de los oficiales que mejor conocían el país, consultando con ellos cuál camino sería de preferir para volver a Perú; parece que los reveses le habían hecho ya más prudente.

Prevalció esta vez el consejo de Paullo que, como al venir del Cuzco a Chile, mantuvo debía seguirse doblando toda la costa, por donde se salvarían embarazos y penalidades, ya que se hubiesen de cumplir muchas más jornadas; y tan en punto se mostró en esta ocasión la cordura, que de común resolver fue destacado anticipadamente un cierto número de hombres encargados de registrar, y habilitar fosando, cuantos surtidores pareciesen por todo el tránsito, para que no faltase agua al ejército en marcha tan dilatada y molesta. Tras estas medidas encomendadas a un pelotón de indios y de españoles, la columna se puso toda ella en movimiento, en trozos harto adelantados unos de otros, a fin de dar tiempo a que los manantiales llenaran de nuevo las arcas, donde depositaban su caudal, para servir simultáneamente a las necesidades de la tropa, que sin esta precaución económica mal respondiera al consumo la aridez de aquel vasto desierto.

En Atacama, se le dijo a Almagro que Nuguerol de Ulloa se hallaba en la costa reconociendo los puertos, y resuelto a tomar conocimiento de la posición de Chile; pasó a verle inmediatamente, y al cabo de algunos días volvió a reunirse con su gente en Arequipa, no sin saber ya cómo los indios, capitaneados por Manco Inca, habían cumplido un alzamiento, desde luego parcial y en breve general, contra los españoles, cuya vida estuviera en inminente riesgo; y presumiendo sacar gran partido de estas disensiones, en su sentir muy oportunas para el logro de sus fines, aceleró la marcha contra el Cuzco, y desde Urcos ya se puso en correspondencia

---

<sup>16</sup> Unos escriben *Herreda*, otros *Arrada*, otros, y son los más, *Rada*, como nosotros.

con el Inca, ofreciéndole toda su protección con tal que de común acuerdo se die-  
ra, hasta derribar a los Pizarro, cuyos sujetos le traían indignamente engañado.

Fernando Pizarro ejercía entonces la comandancia del Cuzco, y también trató por su parte de atraerse la persona del bizarro Saavedra, brindándole con una crecida suma, mas se estrelló la tentativa contra la honradez de este militar incapaz de venderse a partido ninguno, ni de mentir a la fidelidad y al respeto que su jefe le inspirara; antes vino a ser muy pronto uno de los que más intervinieron en la fatal contienda que se alzó entre Almagro y los Pizarro, Fernando y Gonzalo, cuyo resultado fue la prisión de los últimos, y la tan completa anarquía que se extendió en todo Perú, haciéndole teatro de las más lamentosas calamidades.

Ya venía Francisco Pizarro contra el Cuzco, resuelto a castigar las imperdo-  
nables demasías del arrojado Almagro, que, además de usurparle el gobierno y la capital de Perú, había encarcelado a sus dos hermanos; pero recelando no tener bastantes fuerzas para contener la invasión del usurpador que, ufano con algunos triunfos, marchaba también sobre Lima, volviose a esta ciudad para ponerse en estado de defensa, alzó nuevas tropas, y habiendo escogido setecientos hombres de los más esforzados y mejor dispuestos, salió de nuevo al encuentro de su adver-  
sario, que ya estaba a las inmediaciones de Chíncha.

Bien comprendieron ambos jefes lo mucho que importaba economizar la sangre española, y que sus personales contiendas podían comprometer en Perú la suerte de todos sus compatriotas; se pensó por lo mismo en el medio de entenderse amistosa-  
mente, citándose al efecto a un lugarcillo llamado Mela, pero fueron tan desmedidas las pretensiones recíprocas que hubieron de separarse acaso con mayor erronía, y sin obtener Pizarro otra concesión que la libertad de su hermano Fernando.

Cuando viera Almagro cuánto le aventajaba su contrario en fuerzas, no quiso tomar la ofensiva, antes se posesionó en lo más elevado de la montaña de Guayta-  
ra, no obstante sentir su salud sobradamente quebrantada; mas como los hermanos de Pizarro vinieran a atacarle, abandonó casi sin resistencia su ventajosa posición, y marchó al Cuzco, en donde pasó dos meses fortificándose, fabricando armas, y amaestrando gente con que poder defender sus intereses y sus pretensiones.

Comprendiendo el Marqués que su tropa era más que suficiente para destruir la enemiga, hizo que sus hermanos marchasen contra el Cuzco, donde la espada resolvería definitivamente una querrela que tanto turbaba el orden, y de tal suerte entorpecía la administración pero él se volvió a Lima con una corta escolta.

Almagro hubo de cortar los caminos y destruir los puentes al retirarse para el Cuzco. Poco detuvieron estos obstáculos a los hermanos de Pizarro, quienes, al cabo de algunos días, dieron alcance, en las inmediaciones de las Salinas, a la columna de su enemigo, capitaneada ya por Rodrigo Orgóñez, habiéndose agrava-  
do la enfermedad del jefe principal. Tomáronse las armas en ambos partidos con decisión y entusiasmo, cada cual de ellos resuelto a sacrificarse en obsequio de su propio caudillo; y llegada la mañana del 26 de abril de 1538, en la cual hizo Fer-  
nando Pizarro que muy de madrugada se celebrara el sacrificio de la misa, se dio inmediatamente orden al capitán Mercadillo para que avanzase con la caballería, en tanto que los indios rompían el ataque en partidas sueltas. Pronto fue general

la función, y pronto de observar el denuedo, la bizarría y la impavidez de ambos bandos. En éste se señala con singular arrojo la actividad de Pedro Valdivia, maestro de campo de Pizarro; en aquél se hace admirar el bizarro Orgóñez, quien, sin olvidar el deber de jefe, desempeña el de soldado, acuchillando a derecha y a izquierda a cuantos oponérsele pretenden, no obstante llevar la cabeza barrenada de un balazo. Desgraciadamente eran muy inferiores las fuerzas de este famoso cabo para resistir largo tiempo a las de su enemigo; fue preciso declararse en retirada, a ceder a Pizarro las palmas de la más completa victoria.

Veía Almagro desde la cresta de una colina la precipitada fuga de sus soldados, y corrió a encerrarse en el fuerte de Cuzco, de donde no tardaron en sacarle sus enemigos conduciéndole a un calabozo, y al cabo de seis meses al suplicio.

Ése fue el fin trágico de uno de los capitanes más valientes que viera el nuevo mundo, y del primer español que penetró en el interior de Chile. Nunca supo a quién debió sus días, porque al nacer fue abandonado a las puertas de una iglesia, y por consiguiente la caridad pública cuidó de su porvenir. Se dio al ejercicio de las armas desde que se le permitió la edad, y hay quien dice que se halló en las guerras de Italia; pero como en aquella época de aventuras y de prodigios, era América la que absorbiera toda la atención de Europa, como allí vieran los entusiastas un vasto teatro de gloria y de singulares proezas, el desgraciado Almagro entró en el movimiento general, con el firme propósito de llegar a distinguirse entre los demás hombres, que todo se lo prometía él de su carácter, de su osadía y del valor que jamás desmintiera.

Marchó, pues, a América, y cúpole gran parte de las expediciones del intrépido conquistador Vasco Núñez de Balboa, adquiriendo también en ellas un caudal que supo ir mejorando sucesivamente, aunque no era la pasión de riquezas la que mejor asiento ocupara en su pecho, donde no ardía sino el amor de la gloria; y tal el frenesí por adquirirla que, a fin de tributarle ofrenda de mayor consideración, hasta misereaba en cuanto a su persona correspondía, al par que era un manirroto cuando venía ocasión de sacrificarse por la ventura y bienestar de sus compañeros de armas. Gran parte se le debe de la conquista de Perú, a la cual contribuyó con la mitad del numerario que se consideró menester, y con su propia espada; pero estaría escrito en el libro del destino, cómo este hombre, que tanta gloria diera a su patria, fortuna tanta a Pizarro y a todos sus secuaces, tuviera por premio una oprobiosa muerte, a una edad, y en el lleno de dolencias harto capaces de excitar el respeto, la veneración de los encarnizados enemigos, cuanto más la de compañeros testigos de sus hazañas y de su noble desprendimiento.

¡Desgraciado! ¡Expuesto su cadáver durante el día, sirviendo de escarnio a la curiosidad de un populacho vil y desmoralizado! ¡Casi en carnes... y la gratitud calla tímida; y la piedad ensordece; y nadie osa venir ofreciéndole una triste mortaja!... Un negro, uno de sus antiguos esclavos, se allega al anochecer al cadalso, recoge respetuoso el cuerpo de su señor, y corre a depositarle en una capilla de la iglesia de la Merced.

Almagro murió a fines del año 1538, a los sesenta y seis años de vida, según varios autores, bien que no falta quien le da más de setenta. Mantúvose celibato, pero

tenía un hijo que llevó su mismo nombre, y fue enviado a Lima, donde, de acuerdo con los partidarios de su padre, allí señalados con el apodo de *chilenos*, tramó la conspiración que trajo a Francisco Pizarro el mismo fin que él había aplicado a su antiguo socio, a aquél a quien sin duda era deudor de su personal engrandecimiento.



## CAPÍTULO XII

Emprenden nuevas conquistas otros cabos españoles. Encargásele a Valdivia la de Chile. Cuánto le cuesta el hacerse con soldados. Su salida del Cuzco, y su llegada a Atacama en donde rompe el acuerdo celebrado con Pedro Sánchez de Hoz, quedando dueño de la expedición. Entra en el valle de Copiapó y le declara posesión de la corona de España. Su marcha a través del país. Batalla en el valle de Chile. Llega a las llanuras de Mapocho.

(1539-1541)

**E**l triunfo de Pizarro en las Salinas, sobre descartarle de un rival que le disputaba el gobierno de Perú, hubo de traerle también el gran número de oficiales y de soldados que seguían la bandera de Almagro; mas como reconociera cuánto importaba un severo castigo en los principales delincuentes, así para el mantenimiento de la disciplina, como para impedir nuevas revueltas, determinó que los vencidos, diseminados entre los vencedores, pasasen a emprender nuevos descubrimientos y conquistas para la corona de España; medida muy acertada, pues que con ella se precavía contra nuevas guerras civiles que el resentimiento, o el deseo de venganza, suelen promover, con el furor que siempre visten las reacciones.

Gómez de Alvarado fue encargado de la conquista de Guanuco; de la de Conchucos Francisco de Chávez; Pedro de Vergara marchó a la de Bracamores; a Juan Pérez de Vergara se le ordenó la de Chachapoyas; la de Mullubamba cupo a Alonso de Mercadillo, y por fin la del alto Collao a Pedro de Candia.

Todavía pensó Pizarro en cargar de nuevo contra Chile, no obstante el terrible revés y los desastrosos resultados de la primera tentativa; porque allí era donde la fama se empeñaba en mantener inagotables tesoros, hasta tal punto pregonados que el rey de España, deseando poseerlos, hizo que don Pedro Sánchez de Hoz pasase desde la Península a Perú, encargado particularmente de la conquista de doscientas leguas de país al sur del precedente.

No reconoció Pizarro en ese sujeto las prendas necesarias al intento de una obra tan importante, y por consiguiente echó mano de Pedro de Valdivia, hombre muy capaz, y cuya fidelidad se había probado en la airada contienda que con Almagro se acababa de cumplir. En efecto, era Valdivia el caudillo que para semejante empresa mejor convenía, porque sobre muy militar, y traer practicado este

arte desde su niñez, habiendo asistido a las guerras de Italia, a la toma de Milán y a la batalla de Pavia, en que fue hecho prisionero el rey de Francia Francisco I, se hallaba ya en América desde 1535, distinguiéndose en la conquista de Venezuela, y por último pasando a Perú desde que se hizo teatro de las singulares proezas, en busca de las cuales andaban él y otros guerreros con el mismo anhelo, el propio entusiasmo que en las guerras contra Granada se mostrara; con igual deseo de señalarse en prodigios de valor.

En más de un lance debió probar el suyo Valdivia, puesto que le vemos maestro de campo de Pizarro desde que el levantamiento general de los indios, con Manco Inca a la cabeza, puso al jefe español en la necesidad de diseminar todas sus fuerzas, distribuyéndolas entre sus hermanos, para que cada uno, en distinta dirección, fuera contra las facciones peruanas, así es que una vez resuelta la conquista y colonización de la Nueva Toledo que Almagro abandonara, Pizarro se sirvió de Valdivia en uso de las facultades que se le tenían conferidas por real cédula de 1537, aunque, no queriendo parecer opuesto a la voluntad soberana, causa cierta de común descontento, le asoció el ya nombrado Pedro Sánchez de Hoz, quien hubo de tomar el formal compromiso de procurarse a sus expensas en la ciudad de *Los Reyes*, cincuenta caballos, doscientas corazinas y un buen surtido de objetos para el equipo de los soldados; y todo esto en el espacio de cuatro meses, según así se estipuló en 28 de diciembre de 1539.

Con admirable actividad empezó Valdivia las levas, para la proyectada campaña, desde que se le comunicó el cargo superior de la expedición contra Chile, pero los desastres de la primera vivían todavía en el angustiado pecho de los moradores del Cuzco; eran también la mayor parte antiguos compañeros del desventurado Almagro, y por consiguiente, no sólo se negaban al llamamiento de Valdivia, aunque conocida andaba en él la fama de soldado activo, bizarro y lleno de juicio, sino que reprobaban con desabridéz el empeño de esta segunda empresa, ponderando, a par que la extrema pobreza del país, la sin igual valentía de los chilenos, quienes, si por fortuna pudieran ser vencidos, jamás consentirían mantenerse subyugados.

Vestían estos clamores un tono de tan singular convencimiento, que ni los sectarios de Valdivia lograban fruto alguno en sus diligentes esfuerzos tras brazos que vinieran a ayudarlos en la conquista, ni la ambición española salía del profundo letargo en que el desengaño y los reveses la habían hundido. De suerte que al cabo de inauditos esfuerzos, de un constante tesón, y más que todo, a beneficio de consumir Valdivia todo su dinero, y no pequeñas sumas que tomó prestadas, vino a contar en sus filas ciento cincuenta hombres de ambas armas, y un corto número de indios, con destino al resguardo y conducta de los bagajes.

El 20 de enero de 1540 fue el día aplazado para comenzar la jornada, pero la víspera concurrió toda la tropa a formar en la plaza del Cuzco, y allí, Valdivia, acompañado de sus oficiales, hizo fueran reconocidos en calidad de maestro de campo, Pedro Gómez, de alférez del real estandarte, Pedro de Miranda, y de sargento mayor Alonso Monroy.

Había, además, para cada compañía dos capitanes de probado ardimiento, y de conocida habilidad, siéndolo de la caballería Francisco de Aguirre y Gerónimo

de Alderete; de los arcabuceros y ballesteros Francisco de Villagra; en fin, Rodrigo de Quiroga el de los piqueros y rodeleros; haciéndose también notar en esta corta columna algunos sacerdotes, entre otros Bartolomé Rodrigo y Gonzalo Marmolejo, que, como sus piadosos compañeros, se propusieron responder al espíritu de caridad que sentían, yendo a predicar la fe santa a los nuevos países.

Así dispuesto y aparejado, se dirigió Valdivia a la catedral, en cuyo atrio hubo de recibirle el célebre obispo D. fray Vicente Valverde, para oír y recoger los votos que en aquella época prometía religiosamente la milicia por medio de sus caudillos, toda vez que iba a tentar empresas de gravedad. Los de Valdivia fueron en esta ocasión la promesa de dedicar a la Virgen de la Asunción, patrona del Cuzco, y bajo cuyo amparo se puso, el primer templo que en Chile la gratitud y la devoción vinieran a levantar; y la primera ciudad que en aquel país se fundara sería consagrada al apóstol Santiago: tras cuyos votos, jefes y soldados doblaron sus rodillas con muestras de muy exquisita devoción, en tanto que el ilustre prelado bendecía sacerdotalmente el proyecto, y las esperanzas de los emprendedores, pidiendo al Todopoderoso allanara clemente las dificultades de tan arriesgada obra; y dando fin a esta majestuosa ceremonia con armoniosos himnos en que los corazones hallaron ensanche, conformidad y plena confianza.

Emprendió la expedición su marcha hacia el sur, pero Valdivia se sentía cada día más mal hallado con Pedro Sánchez de Hoz, cuya obligada compañía le pareció carga muy pesada, de que era menester desembarazarse cualquiera que fuese el pretexto, para quedar jefe único de la empresa; y como este socio se le uniera en Atacama sin haber llenado una de las varias condiciones estipuladas con Pizarro, Valdivia hubo de echarle en cara la falta, y tomar de ella motivo para compelerle a renunciar por escrito cuantos derechos, cuantos títulos hubiera y pudiera haber a la conquista de Chile, aunque de nuevo se los confiriese la corte de España; pero fue también condición del compromiso que Sánchez de Hoz continuaría en las filas con aquel empleo que su rango y sus cualidades merecían. Este pacto<sup>17</sup> fue firmado en Atacama el 12 de agosto de 1540 por Pedro Sánchez de Hoz, Juan Bohon, Alonso de Monroy, Pedro Gómez, el clérigo Diego Pérez, y pasado por ante el escribano público del ejército Luis de Cartagena; quedando por consiguiente Valdivia señor de sus obras, dueño único de las fuerzas conquistadoras, con lo cual pudo desplegar cuanta energía, cuanto arrojo hervía en un corazón ansioso de gloria y de singulares prodigios.

Cuando la columna hubo repuesto las fuerzas que el cansancio de la jornada le había rebajado, Valdivia resolvió pasar a Chile llevando su tropa por el vasto y monótono desierto de Atacama, cuya travesía siempre había sido difícil y penosa, como que en ella todo lo que pide la existencia falta, y hacíase más aventurada esta vez porque iban con la división una multitud de animales domésticos, destinados al asiento y prosperidad de la gran colonia en proyecto; pero amaneció el día 14 de agosto para decir por medio de un cañonazo, cuánto aquel jefe desdeñaba los

---

<sup>17</sup> Guardo copia literal de ese documento. La matriz existe en el archivo general de las Indias de Sevilla, con los demás papeles que allí se trasladaron del de Simancas.

peligros, y como era preciso cejar ante su entera voluntad, rompióse la marcha, ya que, para guarecerse de alguna celada, tomó la prudente precaución de destacar en vanguardia algunos caballos encargados de reconocer las inmediaciones de ambos costados.

Iba con Valdivia el mercenario fray Antonio Rondon, que con el malhadado Almagro había cumplido la primera invasión, y fue este religioso de suma utilidad, haciendo de guía, por decirlo así, y señalando los *altos* o descansos, en aquellos lugares más cómodos, más propios para responder a las necesidades de la columna, permaneciendo más o menos días en cada uno, según que los pastos, el combustible, las aguas, etc., eran más o menos abundantes; pero no por esto se mantenían ociosos los soldados, antes se los empleaba en el manejo de la lanza a éstos, en el del estoque a aquéllos; tales entraban en el ejercicio de fuego con el arcabuz, y otros, por fin, se daban al de la ballesta. Si tal vez se les permitía el descanso, entonces se ponían alrededor de su jefe, le oían respetuosos mientras les encargaba cuánto importaba se condujesen como verdaderos militares, como hombres de pundonor, de probidad, siendo moderados y leales en su trato con los indios, cuya conquista iban a cumplir para plantear entre ellos una nueva civilización.

Esta cordura, este amable porte de Valdivia le granjearon, además del respeto, el cariño de sus soldados, y de ello le dieron sobradas pruebas; aunque autores hay, y entre ellos Antonio García, que suponen en esta jornada una sedición a causa de haber faltado momentáneamente los mantenimientos, sedición que Valdivia hubo de reprimir en breve. Mal admitiéramos tal suposición, cuando sobre ser constante la mucha estima de que aquel jefe gozara entre los suyos, todavía dice el libro del Cabildo: “que los había traído y gobernado con tanto acierto sin haber habido escándalos ni disensiones”.

Como quiera, llegó Valdivia a Copiapó no sin dejar vencidas hartas dificultades en la travesía del desierto, sobre todo teniendo que atender a la seguridad de las muchas mujeres y niños que a la expedición siguieron y estableció su campo a orilla de un riachuelo, poniéndose a cubierto de cualquier ataque; tras lo cual hizo que todos los sacerdotes entonaran el *Te Deum laudamus*, en reconocimiento de la dicha con que Dios le había permitido acabar su penosa jornada. Siguióse a esta pía ceremonia el destemple de un júbilo entusiasta, haciendo los atrevidos conquistadores que mil gritos de alegría llenasen los aires de aquellas rústicas regiones, con extremos, más bien que militares, propios de peregrinos en romería, si de tiempo en cuando no salieran el eco del cañón y el ruido de los atabales recordando la gravedad e imponente pompa de una función bélica: también respondían las filas con sonoros vivas, en tanto que el héroe de la ceremonia, con la espada desnuda en una mano y el pendón en otra, se declaraba poseedor, a nombre del rey de España, de todo aquel país, y para perpetuar la memoria de este tan importante acontecimiento, ordenó que en adelante se diría *valle de la Posesión*, y no de Copiapó, aunque éste es el que la costumbre ha hecho prevalecer.

La expedición toda notaba, sin embargo, que aquel país no ofrecía con qué contentar la codicia del aventurero, ni aun siquiera objetos capaces de pagarle las incomodidades que el visitarle le había costado. Así discurría tendiendo la vista



Pedro de Valdivia. Colección Museo Histórico Nacional



por el inmenso y desierto valle, no sin reparar en el transcurso de sus gozosos desahogos que ni un solo salvaje asomaba, cuando en el mismo lugar había probado Almagro en otro tiempo la más pura, la más sincera hospitalidad: era, pues, de presumir que esta vez los naturales pensaban oponerse a los invasores, y tal recelo hubo de entristecerlos.

Como Valdivia concibiera también los mismos temores, con diligencia destacó algunos caballos encargados de recorrer el campo y tantear el ánimo de los indios; volvieron en breve los soldados con dos prisioneros, los cuales declararon que los jefes de aquellas tribus estaban reunidos tratando estos dos puntos capitales; hostilizar a los españoles según unos, guardar con ellos paz según parecer de otros.

Comprendió perfectamente Valdivia las consecuencias del proceder, y sin perder instante se preparó a usar de violencia, dado que con la persuasión no viniesen los indios a partido; y una vez que hubo arengado a su tropa marchó con ella a punto muy bien escogido, y harto inmediato al en que los indios se hallaban reunidos. Cuando a la mañana del siguiente día iba a romperse el ataque contra la asamblea toda, se le dijo al general español que tres *huerquenes*, o enviados, provistos de flechas, guarnecidas de un lazo azul, que era la señal de paz, demandaban parlamento. Queriendo dar a la negociación cuanta importancia era del caso, se puso al instante en armas toda la milicia, rodeose Valdivia de su oficialidad, y, descornado con majestad y pompa el real estandarte, ocurrió la introducción de los tres embajadores, precedidos de la banda de tambores y atabales. Anduvieron escasas las palabras, pero muy llenas de sencillez, diciendo los indios que sentían no haber sido más exactos en venir a rendir homenaje, en prueba de la amistad que con Almagro tenían de antemano pactada, cuya amistad renovaban, y prometían contribuir desde aquel día con cuanto fuera menester al sustento de la columna.

Sintió Valdivia un contento interior casi difícil de reprimir, porque esta nueva prueba de paz y de sumisión de parte de los habitantes argüía muy en favor de la empresa; pero sobradamente astuto disimuló cuanto pudo, y respondió a los tres indios reprendiendo con aparente gravedad su inhospitalaria índole, y como si sólo cediera a las vivas instancias de sus propios oficiales pronunció el perdón en nombre del rey Carlos V, no sin exigir se le trajese un buen número de indios destinados al transporte de víveres y bagajes.

Dándose enseguida recíprocas muestras de paz y de concordia, pasaron los tres indios embajadores a visitar el campo de los españoles, que la curiosidad es característica de las tribus salvajes; y no supieron cuál era más de admirar: si la gallardía de los caballos, el brillo de las armas, o la original variedad de los trajes, hasta que cumplidamente satisfecho su deseo, pensaron en probar la sinceridad de su sumisión yendo en busca de cuanto la tropa había menester para el sustento.

Como quiera, no respondían los naturales al principal objeto de los que seguían la expedición, codiciosos todos y sedientos de ese oro que tantas empresas provocaba; y como este proceder, si acaso naciera de una inocente indiferencia, pudiera también ser resultado de calculado intento, los invasores se apresuraron a poner de manifiesto gran porción de chaquiras, de cañutillo, de cuentas de diferentes formas y colores, de agujas, y de otros objetos muy a propósito para deslumbrar

y atraer la inocente curiosidad de aquellos rústicos habitantes, quienes al momento concurrieron al cambio con diferentes trozos de carbonato, de silicato de cobre, de insignificante precio (aunque grande le creyeran los españoles, tomándolos por turquesas<sup>18</sup> merced al hermoso azul que vestían), y con oro en grano o en polvo hasta en cantidad de unos mil quinientos pesos.

Satisfecho ya Valdivia de la amistad de los habitantes de aquel país, y ansioso de conocer otros nuevos, determinó su partida, y al instante se encaminó hacia las provincias australes, con tanta más seguridad, como que el cacique de la tribu había surtido todos cuantos mantenimientos y enseres fueran de desear hasta llegar a la tribu inmediata, y además cuatrocientos ganapanes<sup>19</sup> para transportar los equipajes, que los *tamenes* peruanos habían conducido hasta Copiapó, y éstos fueron inmediatamente armados para entrar también en función, si la necesidad lo exigiera. Toda esta cautela necesitaba Valdivia, no obstante las muestras de sumisión de los copiapó, pues no desconocía que Almagro halló entre ellos un loco entusiasmo, cuando para él sólo había parecido una tarda y, por tanto, dudosa visita.

La marcha revistió también esta vez el pomposo y marcial carácter que tanto influyera en el ánimo de aquellos indios meticulosos, y por entre los cuales se desfilaba con bandera desplegada, tambor batiente y repetidos cañonazos, entre cuyo trueno se perdía el *ventempi* de los naturales, expresión de despedida hija, no de una afectuosa y sincera amistad, antes de un odio, aunque concentrado, violento.

No fue larga la jornada primera, porque se perdió mucho tiempo en los preparativos de la marcha, pero continuose a la madrugada del siguiente día con dirección al valle de Huasco, a cuyo punto llegó la tropa sin ningún accidente; pasando enseñada por Petacas, Travesía, Boquerón, Yerbabuena, Carrizalillo, Portezuelo de Capote, hasta acampar en Paitanas, a cuyo punto concurrió diligente el cacique Marcandei, nieto del que Almagro condenó a las llamas, ofreciendo a Valdivia, en su nombre y en el de otros, varios personajes que le acompañaban, además de respeto y sumisión, todo cuanto pudiera ofrecérsele durante su permanencia en el país.

Ocho días solamente se mantuvo Valdivia en este punto, y como al cabo de ellos se le dieran provisiones y brazos para continuar el viaje, licenció los *tamenes* de Copiapó, después de haberles regalado algunas joyuelas, y se encaminó para Coquimbo por quebrada Honda, Chañaral, quebrada de los Choros, hasta Yerbabuena, en donde se le participó que el cacique Huelquemilla deseaba fuese a acampar en una ramada que para toda su gente tenía ya preparada. Cuadrole a Valdivia la propuesta, y fue a sentar sus reales contra las márgenes del río, no distante del mar sino unas cinco o seis leguas; pero al cabo de tres días se volvió a poner en movimiento, dirigiéndose por las Lagunillas, río Limarí y río Choapa, reparando, no sin extrañeza e inquietud, que los habitantes no concurrían a ofrecérsele, ni con mantenimientos para la tropa, antes aparecían en todo el tránsito desde aquel úl-

<sup>18</sup> Pretende Ovalle que la palabra *Copiapó* significa *sementera de turquesas*, pero dudamos que así sea, no obstante creer probable que de ahí han tomado ocasión varios autores, después de Herrera, para asegurar gran abundancia de turquesas en el valle de Copiapó.

<sup>19</sup> Entre los peruanos y algunos otros pueblos de América se llaman *tamenes*; en Chile *mancún*.

timo río hasta el de Longotoma, más dispuestos a hostilizar, que no a alargar una mano hospitalaria, haciéndose por tanto muy necesaria la prudencia, una exquisita cautela en la marcha, y gran actividad y vigilancia de parte de las guerrillas avanzadas, a fin de reconocer el campo, tantear la intención de los indios y precaver a la gente de emboscadas y de sorpresas,

Dos días pasó Valdivia a orillas del Longotoma apercibiéndose para rechazar cualquier acometimiento de los indios, pues con fundamento le esperaba desde que se le anunció la fuga del cacique con todos los hijos de aquella tribu, y no menos vigilante que activo, pasó durante la noche a espiar la conducta de los coquimbanos, de la cual tanto desconfiara. Seguía en esta nocturna ronda don Pedro de Miranda, sujeto bastante práctico en la lengua del país, y acercados a un cierto corrillo de salvajes, pudieron oír cómo los moradores del valle de Chile, hoy llamado Aconcagua<sup>20</sup>, se andaban concertando, para oponerse esforzados a la invasión de los españoles.

Esta novedad, enteramente de acuerdo con otros precedentes, hubo de aconsejar al General la necesidad de proceder inmediatamente a la fundación de su colonia, entre defensas capaces de resistir toda irrupción, y como se le hubiese ponderado aventajada posición la risueña y fértil llanura de Mapocho, resolvió pasar a establecerse en ella; pero era preciso ejecutarlo dirigiéndose hacia el regazo de las cordilleras, que sólo así podía evitar el choque con los naturales; o ir sino resueltamente a combatirlos, a ver si por medio de una cumplida victoria, y con un aparente terror, llegaba a intimidar el inconsiderado arrojamiento de tan numerosos, aunque débiles enemigos.

Este último plan fue el que prefirió toda la oficialidad de Valdivia en consejo que al efecto se tuvo, como que era el que más se armonizaba con su intrépido y belicoso carácter; por consecuencia se emprendió la marcha contra los chilenos ya reunidos en el vasto valle de Chile, según razón dada por algunos espías, que cayeron en manos de las avanzadas españolas. Valdivia hizo algunos presentes a los espías, y se sirvió enseguida de ellos para decir al cacique Michimalonco, *toqui* o jefe de los indios, que se rindiese a tratos de paz y de amistad, de lo cual habría ventajas para ambos bandos, cuando la guerra no dejaba esperar sino desastres; pero el Cacique no quiso responder, y fue ya necesario que Valdivia legalizara con las armas su tan atrevida cuanto injusta invasión.

Aparejados, pues, los partidos para el combate, al cual corrieron los naturales muy engalanados con vistosas plumas, provistos de flechas, de hondas y de mazas, y dada la señal, comenzó la función, que ciertamente no fue muy sostenida, ni era de esperar lo fuese entre enemigos demasiado numerosos por una parte, mal hallados con la disciplina, bisonos en la táctica, cuando en la contraria sobaban habilidad, valor y gran superioridad en las armas: así es que acosados los salvajes en todas direcciones pronto se declararon rotos, y en pavorosa fuga, no sin dejar en el campo gran número de muertos y de heridos, con otro no menos considerable de prisioneros, a quienes se les dio inmediatamente libertad, fuera de unos cua-

---

<sup>20</sup> Valdivia le llama *Conconcagua* en su correspondencia con Carlos V.

trocientos que se reservó Valdivia, para transportar los bagajes, y con esto poder licenciar a los coquimbanos.

Tras esta sangrienta refriega fueron los indios a refugiarse en las breñas del seno de aquellas sierras, dejando de libre paso el río de Aconcagua; pero quedó Valdivia en aquel campo el tiempo que se hizo necesario para aplicar a los heridos prisioneros los auxilios que su posición reclamaba, con el mismo interés que el que se tuvo respecto a los españoles que de aquella lucha salieran maltratados: cumplido lo cual se emprendió la marcha por Tapihue, cuesta de Zapata, Mallarauco, Talagante, etc., hasta llegar a la vasta y deliciosa llanura de Mapocho, en donde se había de establecer la colonia.

No era posible dar con una posición más ventajosa, ni de más encantadora perspectiva; era una campiña de doscientas leguas de superficie, partida por medio de verdosos collados, y por entre los cuales corren dos caudalosos ríos cuyo manantial rompe en la frente de las encumbradas cordilleras con tan rápida declinación, que convida con abundante riego a todo aquel vasto territorio y por consiguiente con lozana vida a los productos de la agricultura.

## CAPÍTULO XIII

Resuelve Valdivia establecerse a la falda del cerro Huelén. Concédénle un término y toma posesión de él. Funda la ciudad de Santiago. Instalación del Cabildo y nombramiento de capitulares. Estratagema de los indios para deshacerse de los españoles. Noticia de la muerte de Pizarro, y cuál sensación causa. Valdivia nombrado gobernador de Chile por el Cabildo y el pueblo. Pasa a la embocadura del río Chile para fabricar un bergantín. Conspiración en Santiago contra la vida de Valdivia. Vuelve éste a la ciudad. Cinco conjurados en la horca. Los indios asesinan a los españoles ocupados en la construcción del buque.

(1541)

Valdivia fundaba grandes esperanzas para el porvenir de su colonia, registrando con escrupuloso interés aquella inmensa llanura. Andaba en busca de un punto donde levantar su ciudad, y hubo de parecerle muy a propósito un terreno propio del cacique Huelén Guala, contra las márgenes del río Mapocho, cuya acertada elección aprobaron sus oficiales no menos que las personas de cierto viso en la expedición. El terromontero de Huelén, que hoy se llama *cerro de Santa Lucía*, era ciertamente por su forma, como por su aislamiento y proximidad al río, de una importancia suma, de una posición militar harto aventajada para defenderla cuando la necesidad lo mandase; pero Valdivia, siguiendo la política de la época, solicitó amistosamente la concesión de aquel terreno, empleando la persuasión, y no escasas promesas, todo con el fin de atraerse la voluntad de los naturales, y dar a la invasión un viso de legalidad cuya sanción descansaba en la intolerancia religiosa.

Anunció, por consiguiente, una junta general a que fueron invitados la mayor parte de los caciques del contorno, que concurrieron más por temor que por voluntad, y la junta se celebró a principios de 1541. Valdivia desplegó esta vez cuanta pompa su aislada posición le permitiera, poniendo toda su gente en armas, y colocándose con toda su oficialidad, religiosos y sacerdotes que le seguían, en un lugar harto elevado para descubrir y dominar los contornos. Comenzó la ceremonia; los caciques eran recibidos a son de cajas y atabales, notándose entre los concurrentes las personas de Huelén Guala, dueño del terreno que tanto se ambicionaba, Gualaguala<sup>21</sup>, cacique de

---

<sup>21</sup> También la dehesa se llamaba Gualaguala.

la parte superior del río Mapocho, Yncageruloneu, cacique de los cerrillos de Apochame, Millacura, cacique de las playas del río Maipú, etc.; todos ellos con adorno de ricas y vistosas plumas en la cabeza, y en la mano un ramo de voigue<sup>22</sup>, símbolo de paz, y todos pasando por entre filas hasta tomar asiento al lado del jefe español, que presidía este *parlamento*<sup>23</sup>.

Concluido el recibimiento, tomó Valdivia la palabra, y recitó de un cabo al otro el interminable discurso que, de orden real, había formulado de antemano el doctor Palacios Rubios, para que los conquistadores supiesen cómo habían de hablar con ocasión de posesionarse de algunos terrenos. Allí se trataba de nuestra genealogía; del poder espiritual y temporal de los papas, de la concesión que uno de ellos había hecho a los monarcas españoles de todos los países de América, y al que debían los indios sumisión y vasallaje, si no querían más una guerra continua, durante la cual verían sus campos talados, sus mujeres e hijos traídos a la esclavitud. Estas amenazas venían doradas con palabras de caridad y de consuelo, que propendían a encarecer los placeres de la vida social, y el cuadro venturoso de un porvenir hasta entonces ignorado en aquellas regiones; beneficios que sólo serían asequibles consintiendo el establecimiento de los españoles para que, haciendo comunes con los naturales sus luces, sus esfuerzos, sus tareas y sus afecciones, llegaran a desarrollarse todos los elementos de la prosperidad. He ahí por qué, decía Valdivia, si se nos otorga el terreno que pertenece al cacique Huelén Guala, se le darán en cambio, así como a sus indios, las tierras de los mitimaes del Inca en el término llamado Talagante.

Vino en apoyo de estas pretensiones el cura Marmolejo, cuyo discurso interpretó fray Antonio Rondon, notando cuidadoso las ventajas de una religión fundada en la moral y en la fraternidad, y la única que había de conducirlos a la bienaventuranza.

El lenguaje no dejó de chocar a los caciques, y más cuanto menos pensaban ellos en que aquellos extranjeros querrían establecerse en el país, antes se habían figurado que la reunión no importaba otro objeto sino el de reclamar víveres y algunos indios de carga para continuar su marcha; pero sobrado cautos no creyeron deber romper contra tan injustas exigencias, sino que escondiendo el despecho que les inspiraban, dijo Huelén Guala, como el más interesado en esta contienda, y en nombre de todos los caciques, “que aceptaban gozosos y reconocidos la demanda, y contribuirían con buen número de indios para que les ayudasen en el desmonte del terreno y construcción de los edificios”.

Tal declaración llenó de júbilo el alma del ilustre Valdivia, y pasó al instante a declarar posesión del rey de España todo el territorio vecino al cerro de Huelén,

<sup>22</sup> Hoy lleva este árbol el nombre impropio de *canelo*, y los botanistas le llaman *drymis chilensis*.

<sup>23</sup> Ese nombre se ha dado a las juntas, o reuniones diplomáticas habidas entre los españoles y los indios. Llegaron a hacerse muy frecuentes después, y eran de ley, por decirlo así, cada vez que ocurría la llegada de un nuevo gobernador a Chile, con el cual se renovaban las protestas de una paz que las vejaciones de los españoles de la frontera por una parte, y la mala fe de los indios por otra, hacían con frecuencia sospechosa. Ya tendremos ocasión de notar los resultados de cada uno de estos *parlamentos*, y lo que corresponde al ceremonial vendrá cuando pintemos los usos y costumbres de los araucanos.

plantando por sí mismo una cruz en el punto en que se había de alzar la iglesia parroquial, dedicada a Nuestra Señora de la Asunción, según el voto que en el Cuzco había prometido. Esta ceremonia ocurrió el 12 de febrero de 1541, entre mil vivas, y entre las salvas que la artillería disparaba para solemnizar el acto.

Trazó al instante Valdivia el plan de la ciudad dividiéndola en cuadros, y éstos subdivididos en otras cuatro partes llamadas solares, cada una de las cuales pertenecería a un propietario: dando a dicha ciudad el nombre de Santiago, patrón de España. Cumplieron los caciques su promesa enviando multitud de indios, destinados a lo más penoso de la obra, y fue tal su celo y su constante asistencia que como por ensalmo se veían concluidos los edificios muy a satisfacción del Gobernador, que gustoso entró a parte en el trabajo material, como queriendo dar un ejemplo de igualdad entre sus compañeros de armas, y enseñarles así a contribuir con sus brazos al pronto desempeño de la empresa.

Todas las casas situadas al ángulo de las dos calles quedaron aisladas unas de otras; eran bajas, pequeñas, con muy cortas comodidades, construidas con madera, cubiertas de bálago, y con dos cercas de terreno donde se sembraron por de pronto hortalizas y cereales, aunque después se les prohibió a los dueños el cultivo de los últimos, en ánimo de que la agricultura fuera extendiéndose por aquellos hermosos campos, cuya propiedad habían de apoyar las armas.

Era la religión el principio dominante entre los audaces aventureros, y por consiguiente se hizo de necesidad un templo. Levantáronle con notable sencillez sobre el ángulo de la parte oeste de la plaza, y se le destinaron tan sólo los objetos indispensables para las principales ceremonias. También construyeron en uno de los lados de dicha plaza la casa del Ayuntamiento, y la de las oficinas fiscales, así como la de Valdivia, algo más desembarazada ésta que las demás, porque así lo exigía el despacho provisorio que de allí salía para todos los ramos de la administración.

Como quiera, esta ciudad naciente presentaba un cierto aire de igualdad de especial contraste con el rigorismo de un gobierno puramente militar, como que la disciplina, no menos que la policía, emanaba de los caudillos de la expedición; y el soldado y el colono todos indistintamente tenían que obedecer callados las órdenes, por más que parecieran caprichosas.

Pronto comprendió Valdivia que semejante régimen no podía ser duradero, y como le interesara tanto la prosperidad de la colonia, se apresuró a tomar medidas que amparasen la seguridad personal, y las propiedades, como lo habían hecho también los demás conquistadores; pues no desconocía que su prestigio, su talento, su posición misma peligraban en el mando militar y absoluto, sobre gentes de intereses distintos, de intereses privados, y a quienes la naturaleza misma de su vida aventurera había hecho temibles y no poco exigentes. Derrocado el absolutismo, no menos que el imperio feudal, se sentían las masas animadas de un espíritu democrático harto descubierto en la instalación de las *comunidades* encargadas de defender los intereses generales, de discutir, y aun de poner límites a los actos de la autoridad. Casi toda Europa marchaba, en esta hermosa época de transición, bajo la benigna influencia de un régimen de justicia y de libertad, dando a la sociedad

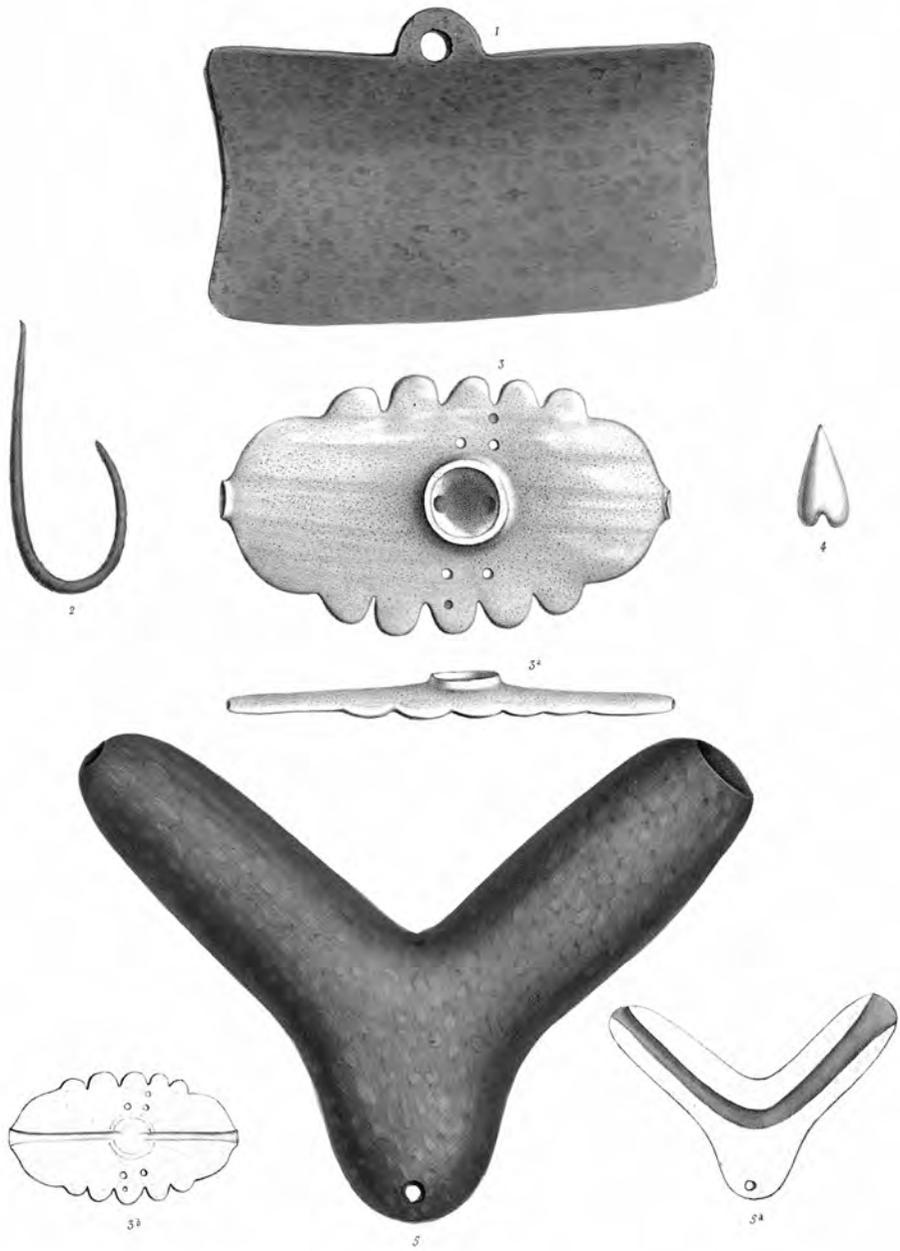
ese carácter independiente tan del gusto de la clase media, apartada hasta entonces de los negocios administrativos, y el medio de apreciar los intereses locales como base del derecho común, de un verdadero principio de equidad; pero sobre todo España era la que contaba ya algunos siglos probando las preciosas ventajas de esa innovación, y en muchas de sus ciudades el señorío había perdido sus derechos, recogiendo ellas privilegios y franquicias que los reyes prodigaban de intento, como que éste era el medio de acrecentar y consolidar su autoridad a expensas de la grandeza, siempre predispuesta a cercenársela, y a obrar según su propio capricho. Y eran dignos de nota los servicios que esas ciudades prestaban a toda la nación, pues obligadas a mantener las poblaciones en militar forma, usaban de sus fuerzas para reprimir la insubordinación y las rapiñas de los grandes, o las llevaban a las guerras internacionales contra la morisma, o contra los estados vecinos.

También esta forma de gobierno era muy ventajosa en América para los intereses del pueblo, y los de la Corona, pues que en el sistema de propia defensa tenía el colono un arma terrible contra el abuso de autoridades que la lejanía de la metrópoli hizo más de una vez injustas, sistema a que tenían que asentir todos los conquistadores, una vez en posesión de tierras destinadas a la colonización.

No por eso se ha de confundir el régimen municipal de aquella época con el de la presente. Era el poder de los antiguos municipios mucho más lato, mucho más complejo, y su institución, además de la parte civil y local, gozaba todavía de una intervención política, que alcanzaba en muchos casos a contrarrestar las órdenes del jefe. En una palabra, llámese un gobierno verdadero cuya soberanía se extendía por los ángulos de la república, conociendo en todos los ramos de la administración; aunque no tardó esta organización democrática en inclinarse al federalismo estableciendo nuevas comunidades, pues que cada ciudad aspiró a gobernarse por sí, y a tomar una parte directa en los negocios, preparando, por lo mismo, los elementos de la anarquía, de la discordia, que todo lo convirtiera en desorden a no concurrir el establecimiento de la Real Audiencia, centralizando el poder.

La arbitrariedad de Valdivia fue en el principio la que presidió a la elección de los concejales; sin embargo, preciso es reconocer que no hubo en ello violencias, ni parcialidades, porque sólo el mérito personal se tuvo en cuenta, resultando electos en nombre del Rey, el 7 de marzo de 1541, Francisco de Aguirre y Juan Dávalo Jofré, *alcaldes ordinarios*; Juan Fernández Alderete, Juan Bohon, Francisco Villagra, Martín de Solier, Gaspar de Villarroel y Gerónimo de Alderete, *regidores*; Antonio Zapata, *mayordomo* y Antonio Pastrana, *procurador*. Este cabildo, cuyas funciones habían de acabar al año, prestó juramento, ante el General, el 11 del dicho mes, prometiendo cumplir fiel y religiosamente su cargo en obsequio de Dios, del Rey, de los colonos y de los indios, cuya civilización iban a perseguir; y enseguida quedó determinado que se juntarían todos los concejales tres veces por semana, los lunes, los miércoles y los viernes, celebrando sus juntas en la iglesia después de misa mayor; y asistiendo a ellas los altos funcionarios tales como el tesorero, el alguacil mayor, etcétera.

Al considerar el estado de civilización de aquella época, que, apenas si dejara ver en las diferentes clases de la sociedad, ni aun entre los más célebres conquista-



ANTIGÜEDADES CHILENAS .



dores, quien leer supiera, queda uno admirado notando que el libro de acuerdos de aquel cabildo está atestado de firmas trazadas por casi todos los habitantes de aquella débil colonia; monumento precioso que tanto abona la condición de los primeros conquistadores de Chile, siendo acaso origen del carácter pacífico de sus actuales moradores, de la repugnancia con que miran la venta de los negros, y el tráfico que se hace con los esclavos.

Como notaran los indios los rápidos progresos de la colonia, y se desvaneciera con ellos la esperanza de verse libres de aquellos extranjeros, resolvieron recurrir a la fuerza para obligarlos a dejar el país, y en ánimo de concertar el plan de ataque anunciaron una asamblea general. A Valdivia no se le ocultaban estos designios, y menos desde que por algunos indios, sorprendidos en el camino, cuando desde el Cuzco pasó a Chile, había sabido que Manco Inca, al anunciar a los chilenos esta segunda expedición, por medio de varios emisarios, les aconsejaba retirasen de la vista de los españoles oro, algodón y víveres, y hasta sus ropas, aparentando así una extrema miseria, como medio único para que los conquistadores abandonaran de nuevo el país. El consejo fue seguido con la más exquisita escrupulosidad, pues no conservaron los indios sino los víveres necesarios hasta la recolección de nuevos frutos, y sin duda por no exponerlos aparentaron muestras de una paz, de una sumisión que interiormente aborrecían, siendo además tan medidos que llevaron la cautela y el patriotismo hasta punto de aparecer ante los españoles casi en completa desnudez.

En nada tuvo Valdivia el artificio, ni tampoco hizo aprecio de lo que acerca de Manco Inca llegó a saber, antes sin apartar su vista de los manejos que pudieran tentar los naturales, se dio a encerrar en un fortín, al pie del cerro Santa Lucía, una cantidad de maíz, suficiente para mantenerse dos años, ejecutando enseguida varias salidas contra los indios insumisos, y que de vez en cuando daban señales de hostilidad. En una de estas excursiones llegaron a saber sus soldados la muerte de Pizarro, y de la mayor parte de los españoles que habitaban Perú, noticia que los indios extendían con imponderable gozo, no sin pronosticar el mismo fin a los invasores de Chile, y que corriendo hasta Santiago, llenó de espanto y de turbación a todos sus habitantes, considerándola como preludio de las calamidades que los amenazaban.

Valdivia, luchando entre el temor y la desesperación, suponía falta de verdad aquella desconsoladora noticia y, por tanto, infundadas las consecuencias a que ella daba lugar; ponderaba también el carácter embustero de los indios, como si así hubiera de rehacerse el ánimo en todos sus súbditos. En eso andaba cuando le trajeron varios prisioneros del valle de Aconcagua, que se negaron a responder a cuantas preguntas se les hicieron, despreciando la persuasión, como las más terribles amenazas. Esto fue causa para que los españoles, ansiando salir de la cruel incertidumbre en que se hallaban, apelaran a esas atroces medidas inventadas en la Edad Media, y usadas todavía en aquel siglo de transición, es decir, al tormento, sometiendo aquellos desgraciados a espantosas e inhumanas pruebas, hasta que, allegados a la agonía, y cansados del martirio, confesaron cómo había ya dos días que Michimalonco tenía avisos de los caciques de Copiapó, Gualimi y Galdiquín,

en que se le anunciaba la muerte de Pizarro, asesinado en Pachacama (Lima) por el hijo de don Diego Almagro, ayudado de algunos de sus partidarios; que desde entonces los indios de Perú andaban tras el completo exterminio de los españoles, sumamente débiles ya a causa de sus guerras intestinas; que, en fin, el cacique de Atacama, el cual les había transmitido esta noticia por medio de mensajeros llegados en siete días a Aconcagua, los invitaba a levantarse al instante contra los colonos de Chile, para quedar completamente libres de aquellos tan incómodos cuanto perjudiciales extranjeros, pues él por su parte ya había quitado la vida a dieciocho que iban a atravesar el desierto dirigiéndose a Chile.

Confirmada de esta suerte la infausta noticia recibida el día anterior, los colonos cayeron de nuevo en el más completo abatimiento, y por más que se confiaban recíprocamente sus temores, y los medios que cada uno de ellos juzgaba dignos de las circunstancias, eran tan escasas sus fuerzas que no veían cómo salir del peligro. El Cabildo se declaró en sesión permanente y pública, dejando libre voto a todos los ciudadanos; oyéronse todas las opiniones y, aunque la confusión crecía cuanto más abultaba el riesgo, se llegó por fin a proponer que Valdivia sería investido de una autoridad completamente independiente del gobierno de Lima, del cual no era hasta entonces sino un delegado.

Aceptada esta proposición por la generalidad de los asistentes, y tomada también en cuenta por el Ayuntamiento, el procurador síndico Antonio de Pastrana se presentó a fines del mes de mayo con una memoria, en la cual, después de pintar los males de tan violenta posición, la necesidad de prontas y vigorosas medidas, y la obligación de nombrar un jefe independiente, hasta ver qué determinaría la voluntad soberana, concluía llamando a Valdivia al ejercicio de la suprema autoridad, en nombre del Rey y del pueblo.

Agradecido este General a los favores que de Pizarro tenía recibidos, hacia el cual no quería parecer ni ingrato, ni injusto; dudando de las desgracias que de Lima se contaban; y temiendo, además, las consecuencias de esta especie de insubordinación por mucho que vistiera el carácter de obligada, pidió algunos días de reflexión, y el dos de junio ya respondió, diciendo “que no aceptaba una dignidad tan opuesta a su honor, a su carácter y a sus deberes”.

Mal podían los miembros del Cabildo ceder ante semejantes escrúpulos, máxime temiendo que Almagro no dejaría de vengar la ofensa en sabiéndola, y por lo mismo todos los concejales reunidos concurrieron en casa de Valdivia, suplicándole de nuevo aceptase el mando que en nombre del Rey se le concedía, y en el cual se fundaba la tranquilidad de la colonia, cruelmente agitada y recelosa; y que de no hacerlo se le constituía responsable de cuanto pudiera acontecer. Esta súplica con trazas de imperioso mandamiento pareció más enérgica a beneficio de una voz que salía diciendo: “que la paz del pueblo hacía forzosa esta medida, y que si Valdivia rehusaba el poder, no faltarían personas dispuestas a recogerle”.

Con tan severa salida harto comprendía el General cuán inútil era luchar contra la evidencia de los hechos; declaró, pues, ante los asistentes la sinceridad y pureza de sus intenciones, y para desvanecer todo temor, todo motivo de desorden, asintió resueltamente al cargo con que el pueblo lo convidaba, causando esta

novedad un contento general entre aquellas gentes que los sucesos de Perú tenían llenas de pavor.

La expresión de confianza con que los colonos acababan de honrar a Valdivia, sobre lisonjear no poco el amor propio de este jefe, alentó también en su corazón el constante deseo que sentía por la mayor ventura de todos sus compañeros. Como comprendiera que no podrían ellos dejar de mantenerse algún tiempo bajo la impresión desconsoladora de las noticias del día, y viéndose sin medios para ponerse en comunicación con Perú por tierra, creyó oportuno ir a construir un bergantín con que poder seguir relaciones en Lima y en España, y dar de paso ocupación a los colonos, arrancándolos de la especie de letargo en que yacían.

Depositó por lo mismo su autoridad en el capitán Monroy, y él se dirigió, con alguna gente, al valle de Aconcagua, desde donde pasó a las ricas minas de Marga-Marga que tantos tesoros rindieran a los incas, y que permanecían entonces abandonadas; y siguiendo después el curso del río de Chile, fue a establecerse en el desembocadero para llevar su proyecto al cabo. Tenía consigo ocho soldados de caballería para guardar los doce carpinteros encargados de la construcción del bajel, cuya obra se comenzó con actividad y conato; pero pocos días habían transcurrido cuando Monroy mandó un parte diciendo al General: “que algunos soldados partidarios de Almagro tenían el proyecto de asesinarle en cuanto regresara a Santiago”. Recibió Valdivia esta extraña novedad a medianoche, y como en casos semejantes las disposiciones deben ser prontas y severas, no tardó en ponerse en camino sino el tiempo necesario para aconsejar a los carpinteros se mantuviesen constantemente alerta, y que en caso de necesidad abandonasen el país, no debiendo fiar en manera ninguna de aquellos indios.

Puesto el General en Santiago, y justificada la exactitud del parte dado, descubriendo un no pequeño número de conjurados, aunque las circunstancias no eran las más propicias para descargar sobre tantas cabezas la cuchilla de la justicia, mandó poner en un palo a cinco de los principales conspiradores; los cuales confesaron antes de morir que los partidarios de Almagro les habían aconsejado, al dejar Perú, matasen a Valdivia, entre los meses de abril y mayo, en cuya época sería también la muerte de Pizarro.

Triste, repugnante, horrendo es el espectáculo de una ejecución de la pena capital en las grandes poblaciones, pero ni con mucho tan imponente y desconsolador como aparece en lugares de corto vecindario, y sobre todo entre gentes cuyas penalidades, infortunios, intereses y hasta la misma existencia, marchan mancomunados, entre gentes constituidas en una verdadera familia y que se ayudan y consuelan recíprocamente, sin pretensiones de cuna, sin exigencias de rango, ni de supremacía.

El pueblo de Santiago quedó consternado ante la severidad de aquella justicia, y todavía lloraba silencioso la infausta suerte de sus desgraciados compañeros, cuando llegó, para aumento de su dolor, la noticia de que los indios habían incendiado el bergantín, y dado muerte a los individuos encargados de su construcción.

En efecto, pocos días después de la vuelta de Valdivia a Santiago, los indios de Michimalonco, siempre en guerra con los españoles, como llegaron a saber la au-

sencia de aquel jefe, se acercaron a los carpinteros diciendo que les enseñarían una gran masa de oro si querían seguirles al paraje donde se encontraba; iban provistos de algunas muestras, la codicia de los españoles dio sin recelo en el lazo, y todos siguieron a los indios, abandonando el astillero, dentro del cual podían muy bien defenderse; y allegados a la emboscada que Michimalonco tenía dispuesta, fueron víctimas de su imprudencia. Solos se salvaron el capitán Gonzalo de los Ríos y un negro, porque tenían buenos caballos, y lograron ocultarse en los montes, hasta que, al favor de la noche, pudieron encaminarse a Santiago, adonde llegaron en el más lastimoso estado<sup>24</sup>.

---

<sup>24</sup> No guarda consecuencia Valdivia en la relación de este suceso. En una carta de 1544 dice terminantemente que dos solas personas salvaron la vida esta vez; en otra carta ya habla de cuatro. También parece dar a entender que el buque estaba terminado, y que los doce hombres se mantenían custodiándole, pues dice: “Para enviar por socorro y dar a V.M. cuenta di orden de hacer un bergantín, y el trabajo que costó Dios lo sabe; hecho, me lo quemaron los indios, y mataron *ocho* españoles de *doce* que estaban a la *guardia* por exceder la orden que les dejé”.

## CAPÍTULO XIV

Comienzan las hostilidades. Valdivia marcha contra un cuerpo de indios apostados al sur de Santiago. Michimalonco acomete a la ciudad y logra incendiarla. Acción desesperada de doña Inés de Suárez. Retorno de Valdivia. Apurada posición de los españoles. Monroy se resuelve a pasar a Perú en busca de nuevas tropas. Su marcha. Los colonos cultivan los alrededores de Santiago teniendo que mantenerse armados. Llega un bajel de Perú, y vuelve Monroy. Contenido general. Relación del expuesto y trabajoso viaje de Monroy. Valdivia sale contra los indios de la provincia de los promaucaes.

(1541 - 1544)

Muy llena de inquietud y de zozobras parecía ya esta débil colonia, y harto desesperaba de su porvenir; no era extraño después de tan calamitosos y tan repetidos acontecimientos como había probado. El mismo Valdivia sentía, a pesar suyo, doblegar su natural entereza, porque a más de haber de recelar con fundamento de las maquinaciones de los conjurados, sabía mejor que ningún otro de sus compañeros la firme resolución con que los indios se aprestaban a destruir violentamente todo plan de una colonización injusta, y en extremo oprobiosa en sentir de ellos.

Valdivia quería evitar la guerra porque conocía muy a fondo el carácter belicoso de sus enemigos, pero esa guerra se había hecho inevitable desde la jornada de Comon, y fue, como lo llegó a presumir el general castellano, el origen de la continuada y encarnecida lucha, que con desesperada y furiosa bizarría fijó la suerte de la Araucanía, dejándole hasta hoy su digna y merecida independencia.

Estos deseos de paz, si bien sentados en el alma del Gobernador, no eran tan absolutos que viendo como los indios se preparaban a inquietarle, hubiera de mantenerse indiferente e inactivo; antes sobrado interesado en la prosperidad de su colonia, le pareció útil conjurar a tiempo la tempestad, y destruir sus efectos; con cuyo objeto, seguido de noventa hombres, se encaminó hacia el sur para dispersar las partidas enemigas que allí se iban reuniendo.

Dos diferentes cuerpos, desiguales en número, presentó el enemigo, con ánimo de atacar en dos puntos distintos a los españoles, y Valdivia marcha contra el más fuerte; pero apenas se empeñó la función, cuando Michimalonco, jefe del

bando menos numeroso, se volvió hacia la ciudad, que estaba fiada al cuidado de Monroy, y empeñó con éste un ataque terrible y que fue bien sostenido, aunque el cabo español sólo disponía de treinta infantes y veinte caballos. La metralla causaba espantosos estragos en las filas enemigas, cuyos tiros no podían ofender, mas no por esto disminuían el entusiasmo ni el valor en los indios, pues unos cargaban con arrojada resolución, mientras que otros querían allanar el paso llenando los fosos con cadáveres de sus hermanos. Ya obtenían tal vez alguna ventaja, pero de muy poca importancia, hasta que al fin lograron poner fuego a la ciudad, matar algunos soldados y varios caballos, y extender la confusión en el campo castellano. En medio de esa confusión, de ese inminente riesgo, parece ser que doña Inés de Suárez, mujer de Rodrigo de Quiroga, notando cuánto se esforzaban cinco caciques para romper los hierros con que se los tenía amarrados en la ciudadela, cogió un sable y los degolló... ¡Infelices!, su delito no era otro sino un acrisolado amor a su país, y el natural deseo de sustentar sus derechos y su libertad<sup>25</sup>.

Semejante acción, demasiado violenta sin duda, y que nada pudiera aconsejarla, sino la desesperada posición de los sitiados, fue la señal de un ataque encarnizado de parte de los indios, que ansiosos de venganza, y despreciando los mortíferos fuegos de arcabuces y obuses, corrieron en masa contra aquel puñado de enemigos, casi extenuados tras tantos y tan instantáneos embates, sin reparar que sus armas nada significaban y que las de los españoles les causaban gravísimas pérdidas. Ya, por fin, sintieron la necesidad del descanso, y hubieron de abandonar el tenaz empeño, en ánimo de renovarle al día siguiente, como lo ejecutaron, aunque con menos probabilidad del triunfo.

Hay quien dice que esta batalla, que puso a los sitiados en grandes apuros, costó la pérdida de algunos miles de indios, y que de los españoles murieron cuatro hombres y veintitrés caballos, baja insignificante en verdad, pero de gran precio si nos hacemos cargo del aislamiento en que se hallaba la colonia, y de su cruel posición. Perdieron, además, los españoles todos sus víveres, todos sus efectos, que, como sus casas, fueron pasto de las llamas; no quedándoles sino sus armas y

---

<sup>25</sup> Citamos este hecho de doña Inés porque anda en todas las historias referentes a Chile, en las impresas, como en las que aún permanecen manuscritas; pero más de un motivo hay para no creerle verdadero. Todavía no hemos logrado ver un solo documento que ese hecho confirme; el libro de acuerdos del cabildo de Santiago no hace mención de él, ni tampoco Valdivia, aunque abundan en todas sus cartas los detalles de cuantos sucesos acontecieron entonces. También nos parecen exagerados esos grandes combates que Monroy hubo de sostener en la plaza y fuera de ella, sobre todo los últimos nos parecen inciertos, porque Valdivia no cita sino el de la ciudad, que, en efecto, duró todo el día, y a la mañana siguiente cuando él entró la tranquilidad estaba casi enteramente restablecida. Respecto a su pretendida expedición de Penco o al sur de Cachapoal, es aserción enteramente falsa, aunque todos los autores la hayan recogido, pues hay infinitos testimonios contra ella y también una aguda crítica. Esa expedición ocurrió mucho después, y con las fuerzas que Monroy trajo de Perú. Quien quiera ver la prueba de todo esto lea una de las cartas de Valdivia, que, en los documentos justificativos, publicamos. En ella se verá también cuán mal interpretaron los autores este interesante período de la historia de Chile. Insistimos acerca de estos documentos porque con ellos nos creemos al abrigo de cuanto pudiera decir la crítica, reparando cómo nuestras opiniones se apartan de las de otros historiadores.

la ropa puesta; en cuanto a animales domésticos, sólo escaparon del incendio dos *porquezuelas*, un *cochinillo*, una *polla*, un *pollo* y dos *almuerzas* de trigo<sup>26</sup>.

Bien digno de reparo es el heroico sacrificio que sellaron en esta circunstancia aquellos conquistadores. Así de alentados, cuanto tenían de sufridos, pues que a pesar del rigor de su suerte, no obstante la total escasez de víveres en distintas épocas, todavía guardan religiosamente esos tan débiles elementos de colonización, que vinieron a ser origen de todo cuanto en la materia posee hoy la república de Chile.

Como quiera, Michimalonco abandonó el campo, y se retiró a Quilicura para dar tierra a los que perecieron en la refriega, y descanso también a los que de ella salieron salvos; con lo cual los españoles, no menos rendidos, se reunieron en común, tratando de consolarse recíprocamente de las penalidades, de las vicisitudes de aquellas empeñadas conquistas. Lastimosa era entonces su suerte. Hallábanse en lo más crudo del invierno, no solamente sin víveres, sino en la triste necesidad de pasar a la inclemencia día y noche, sin un trapo con qué cubrir sus carnes, y preservarse del frío y de la escarcha. La pérdida de sus cuatro compañeros y de los veintitrés caballos les era también muy sensible, y más como que veían de cuanta utilidad les fueran, caso de haber de abandonar forzosamente el país; de suerte que éstos y otros males llegaron a relajar la parte moral de los colonos, ya atacada desde la terrible escena de los cinco ajusticiados. Tal aspecto ofrecía la colonia cuando en consecuencia de una comunicación de Monroy, volvía Valdivia a Santiago, donde, aparentando calma y serenidad, trató de realzar el espíritu de sus compatriotas, y de inspirarles confianza, ahogando en su pecho el vivo dolor que le causaban tantas calamidades.

Importantes, numerosas fueron las medidas que tomó el Gobernador, procurando, desde luego, el posible alivio a los males de los colonos, empeñándolos a que olvidaran sus pasados trabajos, y a reedificar sus casas, aunque de un modo harto ligero, con las maderas que se cortaron en los alrededores, y el auxilio tan precioso de los indios que de Perú se trajeron para el servicio general.

Ni podían recibir estas obras mejoras de mayor conveniencia, porque la gente tenía que atender a otras de las cuales pendía el sostén de la colonia, y contaba ya cuatro meses obligada a alimentarse de cebolletas que a mano armada le era preciso buscar en el campo, con exposición de la vida, y en continua agitación y sobresalto.

Semejante conflicto llevó el abatimiento de los españoles al último extremo, y hasta sobrecogió la ingénita entereza de Valdivia. Discutiáse entre los principales colonos cuál medio parecería mejor para salir de situación tan aflictiva, y no veían otro sino el de enviar por socorros a Perú, pero, ¿cómo hacerlo? El bajel que a este

---

<sup>26</sup> Así lo anota Valdivia en carta al emperador Carlos V: “Pelearon todo el día en peso con los cristianos, y les mataron 23 caballos y 4 cristianos; y quemaron toda la ciudad y comida y la ropa y cuanta hacienda teníamos, que no quedamos sino con los andrajos que teníamos para la guerra y con las armas que a cuestras traíamos, y dos porquezuelas y un cochinitillo, y una polla y un pollo, y hasta dos almuerzas de trigo”.

efecto podía haber servido los indios le habían reducido a cenizas; faltaban elementos para construir otro; por tierra era imposible el tránsito, porque además de la inmensa distancia que mediaba entre Lima y Santiago, todo el país estaba ya en completa insurrección. Contra todos estos obstáculos que tenían la opinión incierta y confusa, quiso la fortuna que saliera el capitán Monroy ofreciéndose generoso a ejecutar un viaje que, si con dicha llegaba a su término, tan beneficioso había de ser para sus afligidos compatriotas. Indecible fue el júbilo de todos, y no menos grande el de Valdivia, al reconocer ese patriotismo, ese sentimiento filantrópico, esa noble abnegación de Monroy, que así exponía su vida en obsequio de la de sus compañeros. Súbditos y jefes todos comprendieron la importancia de tan singular servicio, y cada cual de ellos vislumbraba también las venturosas consecuencias que eran de esperar. Valdivia recogió la generosa oferta de su lugarteniente con la expresión de un vivo reconocimiento en nombre del Rey, y en ánimo de que marchara más seguro al fin de su atrevida, cuanto peligrosa empresa, ordenó le acompañarían cinco de sus mejores soldados, todos bien montados, tras lo cual pasó a disponer lo conveniente al camino, con manifiesta alegría de cuantos en la colonia demoraban.

La expedición que el difunto Almagro había cumplido en Chile, y su retorno tan fatal, cuanto fueron patentes las muestras de la miseria y de la indigencia con que en Perú entrara, llevaron a los ánimos una muy desfavorable idea de aquel país. Por tanto, si de él se hablaba era con profundo desdén, deduciendo consecuencias sobradamente funestas, y harto capaces para oponerse a toda suerte de progreso que en su favor se meditara. Muy presente tenía Valdivia con cuánta dificultad llegara él a reunir los ciento cincuenta hombres con que vino a Chile, y no dudaba que Monroy diera con los mismos inconvenientes en llegando a Perú, a no llevar consigo alguna prueba de la riqueza del suelo. Suministrole con este motivo una cantidad de oro equivalente a siete mil duros, que los soldados y los anaconas, o yanaconas (eran indios amigos de los españoles) habían recogido en las preciosas minas de Aconcagua, mientras duró la construcción del bergantín, y que voluntariamente habían entregado a su jefe. Parte de esta materia se consumió en seis pares de estribos, en las guarniciones de los sables de los seis viajeros, y en dos hermosos jarrones, todo, por supuesto, hecho en ánimo de despertar la codicia de los peruanos. Los estribos de hierro se convirtieron en herraduras, dando a cada soldado cuatro de repuesto, por si en tan dilatado viaje fuere preciso calzar a los caballos, y tras todas estas prevenciones el Gobernador, habiendo recordado a Monroy con sentida eficacia la lamentosa situación en que dejaba a sus hermanos, y cuánto importaba la presteza en volver a socorrerlos, dióle, así como a los otros cinco compañeros, su paternal bendición, y ellos se pusieron en camino el 18 de enero de 1542.

Arriesgada, difícil era esta empresa, sin embargo, desde su principio comenzó a ser de provecho para los colonos, porque les inspiró nuevas esperanzas, entibiando un tanto sus justas inquietudes. También Valdivia confiaba como los demás en un mejor porvenir, sólo que medía perspicaz la gran distancia que hay desde el deseo hasta el logro de lo deseado, y por consiguiente en nada rebajaba lo apurado

de la extremosa posición, que tenía a todos los colonos condenados a sustentarse de cebolletas, cuyo alimento se buscaba siempre con riesgo de la vida.

Ya por fin, dispuso el Gobernador se comenzase la cultura de la tierra para confiarle las dos almuerzas de trigo que se habían salvado del incendio, y con este motivo fue preciso que una parte de los colonos quedara destinada a labrar y recoger los frutos, mientras que los otros, bien armados, habían de defender a los trabajadores de los ataques de los indios, teniendo, además, que custodiar los campos por la noche, para que aquéllos no los talasen cual lo pretendían. Esta tenaz y esmerada vigilancia, a más de desesperar a los salvajes, los llenaba de asombro, y llegaron a creer que para sustentarla era preciso ser *cupáis*, esto es, *diablos*, mote que desde entonces dieron a los españoles.

Mucho ánimo, maravilloso arrojo probaban los colonos en esta angustiosa crisis, pero el Gobernador veía que este incesante trabajar había de concluir gastando la salud de todos, hasta el sensible extremo de tener que abandonar un país cuyo asiento llevaba ya consumidos tantos y tan esforzados sacrificios. Era de su deber parar, por cuantos medios fueran en sus manos, un tan funesto resultado, labrando poco a poco el remedio de salvación común, contra cualquier calamidad que el destino quisiera descargar de nuevo. Había que combatir noche y día contra cuadrillas de indios cuya osadía se arrojaba hasta las chozas mismas de la colonia, matando cuanto encontraban, anaconas, o hijos de los españoles que estaban en el cultivo de los campos; y tal estado de cosas reclamaba con urgencia que Valdivia emprendiese medidas conservadoras. Con este motivo juntó anaconas y españoles y se puso inmediatamente a construir un fortín al pie del cerro Santa Lucía, cuya obra marchó con asombroso aceleramiento, sin dejar de ser bastante sólida, y dentro de la cual se entraban, a la primera señal de ataque, no solamente los víveres que había a mano y otros enseres, sí también mujeres, niños, y cuántos se hallasen en caso de no poder tomar las armas. La infantería tenía el cargo de defender este recinto, y la caballería, distribuida en guerrillas, salía contra el enemigo a campo raso, del que siempre solía desalojarle<sup>27</sup>.

Tras tantas penalidades en medio de todo género de privaciones, de temer era que en la colonia naciera el descontento, con él la licencia, y por fin la fatal discordia, arrastrando los ánimos a toda suerte de excesos; que tan terribles fueron siempre los resultados de una situación sobreviolenta, sin viso de mejora. Bien procuraba Valdivia inspirar confianza, y consolar al afligido con palabras de ternu-

---

<sup>27</sup> Dícele Valdivia a Carlos V acerca de estas refriegas: “Matándonos cada día a las puertas de nuestras casas nuestros anaconas, que eran nuestra vida, y a los hijos de los cristianos; determiné hacer un cercado de estado y medio de alto, de mil seiscientos pies en cuadro, que llevó doscientos mil adobes de a vara de largo y un palmo de alto, que a ellos y a él hicieron a fuerza de brazos los vasallos de V.M. y yo con ellos, y con nuestras armas a cuestras trabajamos desde que lo comenzamos hasta que se acabó sin descansar hora, y habiendo grito de indios se acogían a él la gente menuda y bagaje, y allí estaba la comida poca que teníamos guardada, y los peones quedaban a la defensa, y los de a caballo salíamos a correr el camino y pelear con los indios, y defender nuestras sementeras; esto nos duró desde que la tierra se obró, sin quitarnos una hora las armas de a cuestras hasta que el capitán Monroy volvió a ella con el socorro que pasó espacio de casi tres años”.

ra, de interés y de fe en un dichoso porvenir; pero esto no bastaba; era preciso un remedio más eficaz, un consuelo positivo, el cambio instantáneo de aquella dura e insoportable existencia sobradamente rica en peligros y en infortunios, ya que exhausta de todo, por lo que toca a cuanto se necesita para conservarla. En Monroy estaba la vida de esta infeliz colonia, pero mil razones había para mirar, sino como imposible, como muy dudoso y problemático su regreso, en cuya suposición el conflicto debía parecer bajo un aspecto mucho más aterrador.

Por otra parte, también las municiones de guerra comenzaban a escasear, los víveres eran ya tan raros que se creía dichoso el individuo si lograba cincuenta granos de maíz por día, o un puñado de trigo del que ni aun el salvado quería desperdiciar<sup>28</sup>. Las plantas salvajes, las raíces, los ratones de campo, conocidos entre los hijos del país con el nombre de *devú*, y otras cosas más inmundas eran el sustento de aquellas gentes aventureras, cuya imaginación tanto enardecieran los dorados sueños de gloria y de inmensas riquezas, para no dejarles ver al cabo sino el horror del hambre, el constante empeño en haber de defender sus vidas, y los frutos de sus tareas campes- tres, del diario arrojó con que los indios concurrían para destruir cuanto encontraban por delante; siendo tal y tan laboriosa la contienda que a pique de rendirse estuvo la acerada e infatigable fibra de aquellos intrépidos conquistadores.

Algo mejoró su condición en el último año de su miseria, porque las dos almuerzas de trigo, salvadas del incendio, sembradas y custodiadas con exquisita vigilancia, rindieron doce fanegas, que fueron distribuidas casi en partes iguales entre los colonos; también los demás frutos vinieron en mayor abundancia que hasta entonces. Por lo demás, la situación siguió igualmente incierta y arriesgada, teniendo que mantenerse la gente refugiada en el fortín, o cuando más recorriendo un muy estrecho círculo en el campo inmediato, al cual era forzoso bajar armados y acompañados.

Tan terrible era la posición de la colonia cuando le llegaron noticias de la expedición del capitán Monroy, por medio de un bajel, que fondeó en Valparaíso en septiembre de 1543; acontecimiento que dio nueva vida a todas aquellas pobres gentes, inspirándoles un contentamiento indecible.

El generoso y denodado Monroy, apeteciendo burlar la vigilancia de los indios, y salvarse de su furor, tomó, desde su salida de Santiago, el medio de pasar las horas del día oculto en lo más fragoso de las selvas, y caminar durante la noche por veredas y senderos poco trillados; pero ni aun esta precaución bastó, porque llegando al valle de Copiapó, al instante se vio atacado por los indígenas, con el sentimiento de perder cuatro de sus compañeros que murieron en el lance, quedando él y el otro soldado prisioneros del cacique de la localidad. Fue causante de esta desgracia un renegado español que en la primera expedición de Almagro ha-

---

<sup>28</sup> “Y hasta el último año de estos tres que nos sementamos muy bien y tuvimos harta comida, pasamos los dos primeros con extrema necesidad, y tanta que no lo podría significar y con muchos de los cristianos les era forzado ir un día a recabar cebolletas para sustentarse aquél y otros dos, y acabados aquellos tornaba a lo mismo, y las piezas todas de nuestro servicio e hijos con esto se mantenían, y carne no había ninguna, y el cristiano que alcanzaba 50 granos de maíz cada día no se tenía en poco, y el que tenía un puño de trigo no lo molía para no sacar el salvado”. Valdivia a Carlos V.

bía desertado su bandera, y pasádose a los indios, pero cupo la gloria de la acción a un jefe indio llamado Coteo.

Agudísimo era el dolor que Monroy sentía en su cautividad, no por su suerte particular, sino más bien por la que a la colonia había de acarrear este desdichado contratiempo, y revolviendo en su mente toda suerte de cavilaciones vino por fin a concertar, con su compañero en desgracia, un golpe atrevido que pudiera llevarlos a su libertad, o a su ruina, si acaso llegaban a errarle.

Como los dos prisioneros se vieran un día con el renegado, convertido en indio, cayeron a seña convenida sobre él, le arrancaron el cuchillo de que siempre iba armado, y con esta arma dieron inmediatamente muerte al Cacique: hecho esto con cuanta celeridad era del caso, se apoderaron de tres de los caballos que sacaron de Santiago, y escaparon a esconderse en el desierto, llevándose delante a su pérfido compatriota<sup>29</sup>.

Desesperados andaban los indios de Copiapó con la fuga de los cautivos y la muerte que a su cacique dieron, pero toda su ira, todo su conato de venganza fueran vanos; estaba muy próximo el desierto, las medidas de persecución no se tomaron tan a tiempo como era menester, nadie pudo indicar cuál dirección seguían los fugados, y éstos a fuerza de penas y de constantes esfuerzos alcanzaron por fin la frontera, encaminándose enseguida al Cuzco.

En esta ciudad se hallaba el gobernador de Perú, Vaca de Castro, a resultas de la batalla de las Chupas en que fue vencido don Diego Almagro, hijo del adelantado, y pocos días después condenado a muerte.

Castro atendía entonces a reparar los sensibles descalabros de aquellas discordias intestinas; trataba de reconciliar los partidos, amortiguar odios y llamar la atención del soldado hacia nuevos descubrimientos; tal era la tarea en que le encontró Monroy llegando al Cuzco en un estado harto deplorable.

Como oyera el Gobernador la relación que del estado de la colonia chilena le hizo aquel valeroso capitán afirmando cuánto importaba ir, sin pérdida de tiempo, en su auxilio, su sensible corazón quedó lacerado y, aunque las continuadas guerras de que acababa de salir habían consumido todos los caudales del fisco, y cuantiosas sumas debido a la generosidad de algunos poderosos, queriendo prestar los socorros que se le demandaban, interpuso toda su valía con dos sujetos que vinieron en responder a los patrióticos clamores del capitán de Valdivia.

Cristóbal de Escobar surtió lo necesario para la monta y equipo de setenta soldados de caballería. El reverendo padre Gonzalíanes entregó, por su parte, cinco mil castellanos en oro, y también se puso a catequizar los ánimos,

---

<sup>29</sup> Discordes andan los historiadores en este punto. La mayor parte de ellos dice que condolido la mujer del Cacique del infortunio de los prisioneros intercedió resueltamente porque se les guardase la vida, y proveyó a la curación de sus heridas. Que Monroy mató después al hijo del Cacique para salir del cautiverio. Sea lo que quiera de esta uniformidad de asertos, no aceptamos en esta parte sino el tenor de la carta de Valdivia, en la cual no se dice tampoco que el compañero de Monroy era un capitán llamado Miranda, como asientan los autores, antes bien un soldado raso: “Llegó en Perú sólo con uno de *los soldados* que de aquí sacó y pobre, habiéndole muerto en el valle de Copiapó los indios los cuatro compañeros, y preso a ellos, etc.”.

inclinándolos a la expedición; pero con tal destreza y fortuna tanta que en breve pudo marchar Monroy con una muy lucida columna, y la seguridad de que así como vacaran un tanto las muchas ocupaciones que tan atareado traían al Gobernador, se pensaría en la colonia de Chile y se le enviaría un buque cargado de cuanto se creyera serle de utilidad.

Monroy se dirigió desde el Cuzco a Arequipa, en ánimo de comprar armas y otros objetos de necesidad para la gente que le seguía. Vaca de Castro no pudo obtener el bajel de un propietario del Cuzco, pedido para transportar la expedición a Chile; pero Monroy dio en Arequipa con un tal Lucas Martínez Vegazo que se ofreció a mandar uno, cargado de armas, de quincalla y de otros géneros; el cual caminó bajo la dirección de don Diego García de Villalón, y aportó a Valparaíso, como ya lo tenemos dicho.

Monroy siguió con su tropa el camino del desierto, teniendo que repeler diariamente masas de indios en revuelta que salían a hostigarle en todas direcciones, pues el levantamiento era ya general; así es que esta expedición no llegó a Santiago hasta fines de diciembre de 1543, o sea, cuatro meses después del socorro que por mar se le envió a la colonia.

Habíase celebrado en ella la llegada del bajel que aportó a Valparaíso con todo género de regocijos, entre los cuales también la devoción hizo su parte con una procesión solemne, un *Te Deum* y una misa de gracias, de que ya había cuatro meses carecían los fieles por falta de vino para celebrar; pero mayor fue el contento a la llegada de Monroy, y de su columna, por la que se renovaron con indecible entusiasmo los ejercicios de piedad, dando suelta a un gozo cual hasta entonces nunca experimentarían los colonos.

Vivas y no pequeñas muestras dieron todos de lo mucho que agradecían los filantrópicos esfuerzos del bizarro Monroy; todos le colmaban de bendiciones, todos, en fin, se le declaraban deudores de su nueva existencia, pues los curaba de tantos males, de tantas zozobras, de tan duros sufrimientos como resignados habían resistido; no rebotando en el pecho de cada colono sino esperanzas, vida y nuevo aliento para procurarse una común y próspera posición.

También Valdivia revolvía ya en su mente nuevos proyectos de conquista, nuevas posesiones en las provincias meridionales, y vivos deseos de marchar contra aquellos indios que tantas veces le habían provocado, y que si con la llegada de Monroy se alejaran algún tanto de Santiago, no por eso habían depuesto ni su osadía, ni su singular presunción.

Quiso, sin embargo, que sus súbditos corrieran un mes en el reposo, en el desahogo de sus pasadas vicisitudes, olvidadas muy pronto entre la conveniencia, la alegría y el poder. Al cabo de este período marchó para la provincia de los promaucaes, adonde los indios se habían retirado; iba destruyendo y talando cuanto por delante veía; arrojó al enemigo de sus atrincheramientos, y le hizo retirar hasta el río Maule, cuyas riberas tan feraces, cuanto pintorescas, fueron el asombro, la admiración de los españoles.

Dos meses y medio había que seguía Valdivia castigando la arrogancia de los indios, cuando aparecieron en la costa tres españoles y un negro, restos de una

expedición mercantil que varias personas determinaron probar comerciando con Chile. Como esta expedición llegara a Copiapó, los naturales del país la atacaron, y forzaron la gente a reembarcarse, no sin dejar varios muertos en la refriega. Continuaba la navegación, pero una terrible marejada, en medio de la tempestad, arrojó el buque a la boca del río Maule, y fue tal la furia con que los indios cargaron sobre la tripulación, que la hicieron pedazos, sin salvarse más que los cuatro individuos atrás mencionados; el bajel mercantil sirvió de pábulo a las llamas.

Semejante pérdida, si acaso insignificante en otra ocasión, no dejó de influir singularmente en el ánimo de Valdivia, empeñándole a volver con su tropa a Santiago, a fin de tomar medidas salvadoras, dado que los indios, engreídos con este reciente triunfo, pretendiesen descorrer de nuevo el pendón del general alzamien-



## CAPÍTULO XV

El capitán Pastene con nuevos socorros para Chile, por orden de Vaca de Castro. El Gobernador hace que aquel nauta pase a visitar la costa hasta las alturas de la isla de Chiloé, y tome posesión de ella. Comienza la sumisión de los indios. Se benefician las minas. Fundación de la ciudad *La Serena*. Vuelve Pastene a Perú, y Ulloa y Monroy le acompañan. Expedición militar de Valdivia hasta el río Biobío, cuáles fueron los resultados, y su retorno a Santiago. Faltan noticias de Perú; ocasiona esto un descontento general en la colonia, y el Gobernador manda que Juan Dávalos marche a aquel país.

(1544 - 1546)

El licenciado Vaca de Castro, gobernador de Perú, tenía muy presente haber prometido a Monroy nuevos socorros para Valdivia, en cuanto el orden y el asiento de la tranquilidad en el país le permitieran recogerlos, y comprendía cuánto importaba la conquista de Chile, no obstante el desgraciado éxito de la expedición que Almagro había dirigido; pero con los mejores deseos no pudiera él salir airoso de su empeño, pues carecía de buques, de dinero y de enseres, a no traer la fortuna al puerto de Lima al piloto mayor de la real audiencia de Panamá, Juan Bautista Pastene, y concurrir al mismo tiempo Juan Calderón de la Barca, ofreciendo generoso su dinero.

Pastene era un noble genovés que recorría los mares del sur, desde Lima a Panamá unas veces, otras inclinándose más al norte. Gran reputación de hábil, de cauto y de experimentado, tenía adquirida, y los principales mandarines de la época le manifestaban mucho aprecio, en consideración a los relevantes servicios que a S. M. llevaba prestados. Concertose, pues, con Juan Calderón de la Barca, para pasar a Chile, siendo el buque de cuenta del uno, y los capitales de que hubiere necesidad, a cargo del otro; y estas proposiciones aceptadas, ellos dieron vela para aquel país, al que arribaron en julio de 1544.

Valdivia atendía entonces a reparar los estragos que acababa de ocasionar una espantosa riada del Mapocho, en la cual peligró sobremanera la colonia, y había muy pocos días que estaba de vuelta de su expedición contra los promaucaes; pero en cuanto supo del arribo de un bajel a Valparaíso, que le mandaba Pastene de quien tanto decía la fama, sintió un gozo imponderable, y concibió al instante

la idea de nombrarle su lugarteniente de marina (como Monroy lo era para la tierra), con cargo de correr toda la costa de Chile hasta el estrecho de Magallanes, registrando puertos, ríos, y posesionándose de todo ello, en nombre del rey de España.

No era el momento muy favorable para viajes de investigación y de descubrimiento; se estaba en lo más recio del invierno, época de ordinario borrascosa y de navegación difícil, molesta, tal vez arriesgada; pero se emprendieron preparativos, entre ellos el acomodo de otro buque para que acompañara a Pastene, y así se pasó hasta principios de septiembre que Valdivia se trasladó a Valparaíso, seguido de algunos oficiales con destino a esta nueva empresa. Ya le había adelantado su maestre de campo Francisco de Villagra, yendo a las provincias del sur para contener la emigración de los indios que abandonaban en masa sus hogares, y también Francisco de Aguirre se mantenía a orillas del río Maule para cortar el paso y defenderle contra la emigración, como contra la invasión, si acaso se intentara.

Así preparado, puso en el bajel, llamado *San Pedro*, treinta hombres, bien armados, y otros cuantos en el *Santiagoueño*, que debía ir a las órdenes de aquél, y la empresa a las de Pastene, ya que se le dieran tres auxiliares encargados de guiarle con sus consejos, y tomar una parte activa en sus tareas, siempre que la necesidad lo exigiese. Eran estos tres sujetos Gerónimo de Alderete, tesorero del Rey, y hombre muy versado en la administración; Rodrigo de Quiroga, escribano mayor del juzgado, muy cumplido militar y hábil estratégico; Juan de Cárdenas que, en su calidad de secretario de Valdivia, había de instrumentar en legal forma la toma de posesión de cuantos lugares fueran declarados de real pertenencia. Estos lugares habían de recibir todos ellos sus nombres respectivos, ya fueran puertos, ya islas, ya ríos o terrenos, que tal lo tenía ordenado el Gobernador, y además habían de traérsele indios de cada uno de los nuevos descubrimientos, a fin de que le suministraran noticias relativas a sus propios países. Tras estas prevenciones, entregó Valdivia a Pastene una bandera con las armas imperiales a un lado, y al otro las del gobierno colonial, recibiendo de aquel jefe el juramento solemne de desempeñar fiel y lealmente su cargo y obligaciones; con lo cual se le dio orden de hacerse a la vela.

El 4 de septiembre de 1544 salieron los dos bajeles del puerto de Valparaíso, encaminándose hacia el sur. Como el viento suele siempre ser contrario en aquella costa, la expedición tuvo que hacerse mar adentro navegando hasta el 41° grado, casi frente a la isla de Chiloé, pero como no se habían de recorrer sino doscientas leguas de costa, Pastene creyó deber acercarse de nuevo a tierra, y esto le condujo al descubrimiento de un puerto que tomó el nombre de San Pedro, en honra del Gobernador, y del navío que hizo el hallazgo. Posesionada de este puerto, encaminose la expedición hacia el norte, dando en breve con otro puerto que fue llamado Valdivia, en obsequio también del Gobernador; en fin, resultó en este viaje el descubrimiento de los ríos Toltén y Cautén, de la isla Mocha, de la bahía de Penco, etc., y regresó la expedición a Valparaíso el 30 de septiembre, con veintiséis días de mar<sup>30</sup>.

---

<sup>30</sup> Entre los documentos curiosos que daremos por separado, irá el poder que Pedro de Valdivia confirió a Pastene en el momento de echarse a la mar. Es preciso ver los diferentes descubrimientos

Esta expedición, sobre rendir una parte muy instructiva acerca de la extensión de Chile, fue sumamente útil por el inmenso ascendiente que con ella adquirieron las armas castellanas, llenando a los indios de asombro y de admiración, y como ellos presenciaron al mismo tiempo las atrevidas excursiones de Francisco de Villagra, las de Francisco de Aguirre, y las no menos arrojadas que poco antes acabara el mismo Gobernador, tan pavorosos se sintieron, que desarmados y humildes descendían de las cordilleras unos, salían del corazón de los bosques otros, y todos resueltos a establecerse en los campos, a confundirse entre los españoles, y a vivir con ellos en buena paz y perfecta armonía.

Valdivia comunicó órdenes a los caciques que se le habían mantenido fieles, encargándoles recibiesen con afabilidad todos cuantos indios se presentasen y vienesen a socorrerlos con maíz, y aun con trigo, para que despertara en ellos el apego a la cultura de la tierra; éste era el pensamiento dominante, no sólo del Gobernador sino de casi todos los jefes de aquella colonia, cuya extensión y prosperidad se notaban ya de día en día.

Contaba entonces (1545) unos doscientos españoles, sin incluir en este número las mujeres, ni los niños. Los animales domésticos se habían multiplicado de una manera prodigiosa, y se esperaba que, a más de una rica cosecha de maíz, en aquel año sería la de trigo de entre diez a doce mil fanegas<sup>31</sup>.

Con diligente esmero andaban todos los españoles tras su común engrandecimiento, pero es preciso confesar que Valdivia era el alma de aquella ciudad; el que la impulsaba con todo género de sacrificios, porque su generosidad, si inferior a la de Almagro, ofrecía rasgos no menos hidalgos, tales como el absolver a los colonos de todo cuanto le eran en deber, aunque se viera él mismo abrumado de deudas y de compromisos por atender al establecimiento de familias que continuamente hacía venir de otras colonias.

Sin embargo, ansioso también de salir honrosamente de sus empeños, echó mano de los anaconcillos para que fueran en busca de oro con que satisfacer a sus acreedores, y adquirir nuevos brazos, cuya necesidad se hacía más y más imperiosa cada día; también concibió el proyecto de mantener un camino libre y desembarazado entre Perú y su colonia, a cuyo efecto hizo que el capitán Bohon fuese a fundar una aldea en el valle de Coquimbo, desde donde se había de atender a los manejos de indios mal intencionados, a la seguridad de los aventureros que de Perú pasasen a Chile: y este pueblecillo, llamado *La Serena*, en memoria del en que nació Valdivia, se alzó a la derecha del río, y a pocas leguas de la mar, siendo sus

---

que hizo este nauta, y las peregrinas fórmulas de la toma de posesión de las tierras. Este documento, cuyo original existe en los archivos de Sevilla, es de una autenticidad indisputable. La crítica a que nos conducen esos descubrimientos, la reservamos para cuando tratemos la parte geográfica.

<sup>31</sup> Le dice Valdivia al emperador Carlos V: “Y ya porque en esta tierra se pueden sustentar todos los que están y vinieren, atento a que se recogerán de aquí a tres meses por diciembre que es el medio del verano en esta ciudad 10 o 12 mil fanegas de trigo y maíz sin número y de las dos porquezuelas y cochinillo que salvamos cuando los indios quemaron esta ciudad, hay ya 8 a 10 mil cabezas, y de la polla y el pollo tantas gallinas como yerbas que verano y invierno se crían en abundancia”. Nos parece que Valdivia exagera en esta ocasión el producto de los animales.

primeros moradores en número de diez, todos ellos bien armados para defenderse de los ataques de los naturales.

En nueve meses que los anaconas trabajaron en las minas, bajo la dirección de algunos españoles, se recogió una cantidad de oro apreciada en sesenta mil castellanos<sup>32</sup>. Bien hubiera querido Valdivia emplearla en pago de sus empeños, pero era suma muy insignificante para tal destinación, y sobre no cubrir con ella las tantas obligaciones que tenía contraídas, prefirió aplicarla a las necesidades de la colonia; confiando también en que no dejaría S.M. de concurrir socorriéndole, desde que sus tareas y el resultado de sus conquistas le fueran conocidos.

Dispuso, pues, que aquella cantidad se invertiría en armas, en algunos útiles necesarios, y en el enganche de nuevos colonos que podía hacerse en Perú, confiando esta misión a Pastene, bien digno de ella por sus prendas personales, y por la reputación de que gozaba. En el mismo navío de aquel capitán se embarcaron varios mercaderes y otras personas, interesadas en el aceleramiento de esta empresa, yendo entre ellos don Alonso Monroy, cuyo noble porte en su primer viaje al Cuzco ya conocemos, y don Antonio de Ulloa. Éste debía pasar a España para noticiar a S.M. cuanto en Chile quedaba ya cumplido, el estado de la colonia y las lisonjeras esperanzas que en ella debía fundar la Corona; aquél llevaba orden de volver de Perú por tierra, con cuantos soldados, caballos y yeguas llegare a recoger, evitando así los peligros de una navegación demasiado lenta entonces, y por tanto peligrosa.

No le faltaban averías al bajel *San Pedro*, y no había medio de repararle en el puerto de Valparaíso; fue, pues, preciso trasladarle a la rada de Coquimbo, donde con el betún vegetal, ya en uso en aquella época, se logró la rehabilitación, y la gente dio vela el 4 de septiembre de 1545.

El mismo Valdivia había acudido también a Coquimbo para acelerar la expedición, no obstante estar de antemano preparado para cumplir otra en las provincias rayanas con la Araucanía; y mientras se detuvo en aquel valle reformó muchísimo la parte administrativa de La Serena, hizo levantar en ella una capilla, y acreció la guarnición del pueblo con otro trozo de gente bien armada, planteando, además, en el mes de septiembre del propio año un cabildo, o ayuntamiento regular, compuesto de personas de su confianza, al paso que llamó otras a funciones concernientes a la conservación del orden y de la tranquilidad de la ciudad naciente.

A su regreso a Santiago, que se verificó por tierra, visitó con detenida atención todos aquellos valles, determinando en muchos de ellos la fundación de unas como ventas, que en el país se llaman *tambos*, a fin de proporcionar a los viajeros en lo sucesivo un lugar donde recogerse. Estas ventas se multiplicaron mucho enseguida, sobre todo en el camino que guía desde Coquimbo a Penco; y fueron de suma utilidad, porque además de ofrecer abrigo y seguridad para pasar en ellas la noche, andaban muy surtidas de víveres perfectamente acondicionados.

Cuando entró en Santiago ya andaba su maestre de campo muy dado a los preparativos necesarios para ir hacia el sur tras nuevas conquistas con que poder

---

<sup>32</sup> Valía cada castellano catorce reales y catorce maravedís.

surtir, en terrenos y en indios, a las personas que habitaban el país, y carecían de propiedades, y también a las que debían venir con Pastene y Monroy.

Como el oro recogido en las minas de los incas, a la parte de Marga-Marga, bastara para estimular las codiciosas esperanzas del Gobernador, volvió a enviar un cierto número de anaconas en busca de aquel metal, principal elemento, en su sentir, para la prosperidad de la colonia, y capaz por sí solo de responder a todas sus necesidades y deseos. También se puso a beneficiar otros mineros recientemente descubiertos en el valle de Quillota, y una vez determinadas cuantas disposiciones habían de conducir al mantenimiento de la tranquilidad entre los moradores de la capital, se ausentó de ella acompañado de sesenta caballos bien dispuestos, y bien equipados. Ya se estaba en febrero de 1546.

Ningún enemigo, ningún obstáculo se opuso a la marcha de Valdivia en los primeros días, antes daban, en muchos parajes del tránsito, con españoles establecidos en el país, entre los cuales debieron hallar cuantos auxilios fueron necesarios; pero apenas llegaron a pasar el río Maule, cuando fue preciso observar que todos los indios pintaban en su semblante muestras nada equívocas de azoramiento y de turbulenta inquietud, hasta que al cabo aparecieron unos trescientos hombres resueltos a interceptarles el paso.

Un destacamento de Valdivia cargó inmediatamente contra aquella masa de indios, causando la muerte a una cincuentena de ellos, y poniendo los restantes en precipitada fuga; pero este revés no los desalentó, antes se unieron con otros cuerpos, y por la noche cayeron sobre los españoles más de ocho mil, atacando con un ardimiento desconocido hasta entonces, y manteniendo la función durante dos horas. Es indecible la feroz bizarría con que a beneficio de la oscuridad cargaban a la caballería castellana, ya en grupos sueltos, ya en masas cerradas y compactas, todo con prodigiosa actividad; pero disueltos, por la ventaja de que el enemigo disponía, hubieron de ceder, declarándose en retirada, y dejando el campo sembrado de cadáveres entre los cuales el del intrépido y denodado cacique que con tanto valor los había dirigido en la pelea. Los españoles tuvieron cinco soldados y cinco caballos heridos, con dos más de estos muertos<sup>33</sup>.

Como viera Valdivia, en la mañana siguiente, que su tropa podía continuar la jornada, marchó todo el día en dirección del sur, hasta dar con el río Biobío, pero no pudo atravesarle por su demasiada anchura, y fuele preciso descender hacia la mar, lo cual le procuró el llegar a la bahía de Penco, descubierta por Pastene, y que con cuidadosa atención visitó el Gobernador, reparando un lugar muy a propósito para fundar una nueva ciudad. Es menester reconocerlo, en aquel conquistador no lucía sino un solo pensamiento, el dar a su gobierno una vida duradera, un verdadero y sólido porvenir, y justo apreciador de la importancia de las minas, si las beneficiaba tal cual vez, no era con el mezquino objeto de que resaltara la riqueza del suelo, sino para procurarse medios con que atraer nuevos colonos. Quería

---

<sup>33</sup> Aunque no dice Valdivia dónde ocurrió esta acción, somos de parecer que tuvo lugar en Quilicura, siendo esta localidad la que dio su nombre a la batalla que en esta parte refieren todos los demás historiadores.

que la agricultura se desarrollara; que se aumentaran las poblaciones para utilizar aquellos campos tan feraces, e imponer mayor respeto a los indios, cuya cultura anhelaba de todas veras, porque los consideraba como la base de la población; pero acompañado, como entonces iba, de un tan corto número de hombres, y en presencia de una tierra cuyos habitantes andaban en completa revuelta, se apartó de Penco, bien decidido a volver en breve con elementos que le permitieran la ejecución de su plan.

En marzo entró Valdivia en Santiago después de una ausencia de cuarenta días. Con visible entusiasmo le recibió el pueblo, y no fue menor el que manifestó cuando supiera que las tierras visitadas, de suyo tan fértiles, y situadas en parajes sobremanera deleitosos y pintorescos, iban a ser repartidas entre los conquistadores, reservando algunas para las gentes que habían de venir de Perú, con Pastene y Monroy, ausentes después de siete meses, y de quienes ninguna noticia se tenía.

Era de extrañar el silencio habiéndose llevado algunos indios encargados de regresar por tierra, desde que en Perú desembarcaran aquellos jefes; con todo, lo atribuía Valdivia a causas tan inevitables como involuntarias, porque no había razón para recelar del tino, de la habilidad y prudencia de sus comisionados, ni menos del distinguido patriotismo de Vaca de Castro. Por lo mismo de hora en hora suponía el retorno de estos enviados, con buen número de nuevos colonos, cuyo mantenimiento y arreglo de antemano traía preparados, haciendo mayor siembra de cereales y de maíz que en los años anteriores. También las minas se beneficiaban con más ahínco y regularidad, y para que la ciudad estuviese mejor surtida se había construido un barco harto sólido con destino a la pesca en la bahía de Valparaíso.

Otras prevenciones surgieron en esta ocasión, todas muy provechosas para la colonia, pero como pareciera el regreso de Pastene cada día más remoto y más incomprensible, los recelos, los temores y hasta un muy pronunciado descontento entraron de nuevo en los espíritus, y el Gobernador tuvo que salir para tranquilizarlos, encomendando a Juan Dávalos que, con siete hombres y el barco pescador, pasase inmediatamente a Perú, a fin de averiguar el paradero de los expedicionarios. Era aquel sujeto persona de la confianza de Valdivia; dióle éste unos sesenta mil pesos para la adquisición del mayor número posible de brazos, y se embarcó con dirección a su destino en septiembre de 1546.

Algo se calmaron los colonos al ver cumplida esa resolución, pero no los satisfizo enteramente, porque tenían con fundamento que un leve descalabro en las armas castellanas, aconsejaría de nuevo el levantamiento general de los indios, cuya actividad e índole guerrera hartó se acababa de enseñar en la última excursión de Valdivia, que a no retirarse tan a tiempo a la capital, sin duda se viera ésta acometida y sitiada otra vez, con más encarnizamiento que la primera; como que más hechos ya los indios al poder y violencia de las armas españolas eran, si más osados, también más astutos y cautos para esquivar los tiros enemigos.

Comprendían, además, todos los colonos que, sin relaciones permanentes entre Chile y Perú, la existencia de la colonia sería siempre precaria y vaga, siempre expuesta a los embates de los altivos indios, cuyo alentado arrojo andaba ya tan

perfectamente probado. La inmensa distancia que media entre aquellos dos países; la falta de caminos o veredas, que si alguna había, de trecho en trecho se solía perder en la continuidad del desierto, entre arenales sin asiento; la escasez de buques para correr por agua aquellas regiones, todo parecía oponerse al establecimiento de una comunicación sostenida y saludable, y era causa de que los colonos, y cuantas personas apetecían sinceramente el fomento de Santiago, no pudieran curarse de un desaliento receloso y justo: sí que la constante vigilancia del Gobernador, y su exquisita atención a cuanto pudiera ser en dicha de sus afligidos compañeros, ya que no desterraran aquellos negros presentimientos, harto lograban moderarlos trayendo todos los brazos en constante acción, con tareas de pública utilidad, que distraían no poco de la triste reflexión a que en la ociosidad hubieran podido venir. Así es como se logró el asiento de una excelente policía urbana en la colonia, y de reglamentos de prudente precaución contra la usura en los tratos, contra el pernicioso abuso de los logreros. En las casas se echaron también tejados con que se les dio mayor realce; en la ciudad se abrió un gran número de acequias, y un alarife asalariado tomó el cargo de atender al aseo, limpieza y conservación de calles y de edificios; en fin, hasta se determinó la construcción de un puente sobre el río Maipú a expensas de todos los vecinos.



## CAPÍTULO XVI

Regresa Pastene a Chile. Triste desenlace de su misión. Guerras civiles en Perú. Marcha Valdivia a este país para sustentar y hacer valer la causa del Rey, y síguenle diez de sus oficiales en el bajel de Pastene. Llega al Callao después de haber abordado en Coquimbo y en Tarapacá. Se reúne en Andahuayla con el virrey D. Pedro de la Gasca. Batalla de Sacsahuana. Se le confirma a Valdivia en el gobierno de Chile. Comienza a procurarse gente para su colonia. Cargos a que tiene que responder ante el Virrey y la Real Audiencia. Su regreso a Valparaíso.

(1547 - 1549)

**E**n todas estas reformas se andaba para el mejor estar de aquella sociedad naciente, cuando llegó la noticia del arribo del *San Pedro* a las órdenes de Pastene, después de veintisiete meses de ausencia.

De inexplicable satisfacción fuera esta novedad para los habitantes de Santiago, ya tan angustiados, si con ella no supieran también que el bajel, quedado a doce leguas de Valparaíso, a causa del viento sur, no conducía socorro de ninguna especie en hombres, ni en mercaderías, y que su capitán había tenido que luchar contra todo género de desazones, y de no pequeños peligros.

En efecto, al cabo de veinticuatro días de navegación habían llegado al Callao los comisionados de Valdivia, para ver con dolor cómo se despedazaba Perú entre la más cruenta anarquía, y por Virrey, no ya al patriota Vaca de Castro, tan querido de todos, y en cuyo civismo tanto esperanzaba Valdivia, sino a Blasco Núñez Vela, cuya exagerada severidad en el cumplimiento de las nuevas leyes de repartimientos de tributos y de indios había provocado terribles clamores en el país, y traídole una muchedumbre de enemigos muy dispuestos a romper la obediencia con el grito de un alzamiento. Aumentóse el número de los descontentos; fue, pues, preciso pensar en un jefe que los dirigiera, y recayeron estas miras en la persona de González Pizarro, hermano del Marqués, primer virrey de Perú.

Tranquilo se mantenía entonces este ilustre personaje, en la vasta provincia de las Charcas, atendiendo al cultivo de sus haciendas, y como quedaran tan comprometidas con aquellas leyes como las de los demás conquistadores, no hubo que hacer un gran esfuerzo para traerle al Cuzco, adonde sus amigos, sus partidarios y el voto de muchas poblaciones le llamaban, convidándole con el título de virrey.

En su principio no se mostró dispuesto a recoger cargo semejante, antes le repudió de un modo positivo; mas vencióle la persuasión, rindiéndose al clamoreo público, o ya quisiera aprovechar tan oportuna coyuntura para recobrar un virreinato de que, en su sentir, la injusticia le había desposeído, ello es que vino en aceptar aquella dignidad, comenzando resuelto todo género de preparativos para marchar contra Lima.

No quiso esperar en esta ciudad Blasco Núñez; era general el descontento contra él, y esto le hizo ver en Pizarro un enemigo demasiado formidable. Retirose, por lo mismo, hacia el Popayán, y alcanzado por los insurgentes tuvo que recurrir a las armas en los contornos de Quito, pero pereció en la acción; siguióse la derrota completa de sus partidarios y esto le dejó a Pizarro dueño absoluto de Perú.

Poco había que Pastene estaba en el país, sintiendo en extremo las crueles desavenencias en que le veía envuelto, no menos que la ausencia de su digno protector Vaca de Castro, tan empeñado en que prosperase la colonia chilena.

La suerte de sus dos compañeros Monroy y Ulloa había sido también muy diferente. El primero, cogido de una fiebre cerebral llamado *chavalongo* en el acto de desembarcar sobre el país, murió a los pocos días; el segundo, como se hallara que su cuñado Lorenzo de Aldaña era justicia mayor, y lugarteniente de Pizarro en Lima ya no quiso pasar a la corte de España en desempeño de su misión: antes puso en juego cuantas ventajas presumió de esta inesperada posición, para que la empresa de Pastene corriera de cuenta suya, y en su propio y personal interés.

Apropiose por consiguiente cuanto oro Valdivia le había entregado, recogió, además, lo que llevaba el desgraciado Monroy, y se incorporó con Pizarro, acompañándole hasta Quito. Contento este caudillo del porte de Ulloa en la batalla que al Virrey costó la muerte, se rindió a la solicitud que le hizo reclamando el encargo particular de conducir a Chile los socorros que Pastene había de procurar según su especial comisión; conducta desleal e injusta que no podía dejar de irritar a aquel capitán, tanto más cuanto que su buque fue embargado por mandamiento de Aldaña. Apoyado Pastene en la mediación de Carvajal, pasó a verse con Pizarro, y como éste cediera a la justicia de su demanda, al momento dispuso trasladarse al Callao, pero los dos navíos habían salido pocos días antes con dirección a Atacama, en cuyo punto habían de esperar a Ulloa, que caminaba ya por tierra.

Este nuevo atentado acabó de exasperar el ánimo de Pastene, no tanto porque le colocaba en la imposibilidad de regresar a Chile, cuanto porque sabía que Ulloa abrigaba proyectos abiertamente hostiles contra Valdivia, y deseaba de todas veras poder parar los efectos; así es que trayendo a cuento su bien sentada reputación y su crédito, no paró hasta alcanzar una suma de dinero bastante para procurarse un barquichuelo, y entrándose en él con unos treinta hombres entre soldados y marineros, pudo al cabo de seis meses pasar a Atacama. Allí estaban todavía los dos bajeles, y Ulloa, quien le convidó al desembarque so pretexto de concertar ciertos y determinados asuntos; pero Pastene, que tuvo aviso de las dañadas intenciones de aquél, halló excusa para no concurrir a la cita, y también el medio de evitar el peligro en que tenía su vida, burlando la vigilancia de sus enemigos, y los esfuerzos

del buque que en su perseguiamiento se echó, mas llegó a las costas de Chile en un estado verdaderamente lastimoso.

En igual miseria aparecieron pocos días después otros ocho españoles, entre ellos un criado de Valdivia que con Dávalos pasara a Perú. Estos desgraciados se habían agregado en Atacama a la expedición que Ulloa preparaba, pero hubo de abandonar el proyecto, y dieciocho soldados reunidos se aventuraron a volver a Chile atravesando el desierto, sin armas, porque con motivo de las guerras civiles de Perú, se las recogieron. Como los indios los vieran indefensos, calleron sobre ellos, mataron doce, pudiendo salvarse los ocho, aunque heridos, en yeguas salvajes que los llevaron a La Serena, en donde depositaron lo poco que traían y unos cuantos negros, y seis niños, trasladándose después a Santiago.

Estas desastrosas ocurrencias, y la relación de tantas tribulaciones, tantos peligros ocurridos, así a los llegados por mar, como a los que vinieron por tierra, llenaron de consternación a toda la colonia, sin dejar por ello de parecer compasiva y generosa con los que, no el valor, sino la casualidad había salvado.

La muerte del capitán Monroy era sobre todo objeto del más vivo dolor, pues nadie podía olvidar esa valerosa abnegación de sí mismo con que aquel infortunado arrostraba toda suerte de riesgos siempre que con sus esfuerzos pudiera ver servidos a sus compañeros; nadie desconocía que en todos sus cargos no se había notado sino justicia, actividad, tino y desprendimiento; todos sabían que a su juicio, no menos que a su valor, se había debido la gloriosa defensa de la ciudad, cuando la sitió Michimalonco; y, por consiguiente, todos, incluso el Gobernador lloraron la pérdida de este hombre tan singular, cuanto era para la colonia necesario.

Valdivia era hombre de un natural templado y sufrido, pero sobrecogido de tan infaustos acontecimientos dio suelta al despecho con palabras que pintaban abiertamente su intento de vengar en persona el desacato hecho al Rey, o por lo menos, abrazar con resuelto interés la defensa de su causa. Vituperable en sumo grado le pareció la conducta de Pizarro, porque no descubría causas con las cuales poder disculparla. Aquella conducta era también un ejemplo desastroso que ponía en peligro a todos los gobiernos sucesivos, y se hacía de necesidad un pronto y severo castigo. Tales consideraciones le condujeron naturalmente a la resolución de pasar a Perú y unirse con Pedro de la Gasca, comisionado de Carlos V para pacificar aquel país y regirle; cuyo caballero, a decir de los ocho soldados recientemente llegados a Santiago, se hallaba ya en Panamá.

Como conociera Valdivia que entre su oficialidad había sujetos muy a propósito para dar a sus proyectos mayor impulso, y más seguro desenlace, reuniolos a todos en junta particular, en ánimo de llevar a sus pechos el vivo entusiasmo de que él se sentía poseído en favor del Rey; dándoles a entender que si quedara impune la sedición peruana, era tanto como declarar destruida la escala política, el rango confundido, la autoridad sin poder, y por consiguiente, el ambicioso en amplia libertad de marchar al logro de sus miras, por entre desórdenes y excesos; mas como notara que este discurrir no hacía gran mella en el ánimo indeciso de algunos de sus oyentes, de repente descendió el Gobernador apelando a la conciencia individual, con el recuerdo de los juramentos de fidelidad y de adhesión

que por el Emperador tenían todos ellos prestados, y de tal modo logró remover los corazones que fue unánime la resolución de seguirle, de ayudarle a sofocar la anarquía que destrozaba las hermosas provincias peruanas: llama devoradora que podía cundir hasta los umbrales de la pacífica colonia de Santiago, cuyos intereses reclamaban una esmerada protección<sup>34</sup>.

Así ajustada esta nueva expedición contra Perú, comenzó el Gobernador a procurarse cuanto convenía y era de necesidad para darse a la vela; pero tuvo gran cuidado de que el pueblo no entendiera en manera ninguna el designio, ni parece que le penetraran los concejales, pues que escribiendo éstos a S.M. dicen: estar en la persuasión de que el viaje del Gobernador se prolongaría hasta España, en mejor interés y servicio de la colonia, sin que en esta comunicación se suelte una sola palabra acerca del verdadero objeto de la ausencia de Valdivia, que era hacer la guerra a Pizarro y a todos sus secuaces.

El bajel de Pastene se hallaba en Valparaíso desde el 1 de diciembre de 1547, y Valdivia pasó a este puerto acompañado, no solamente de los sujetos que debían seguirle a Perú, sí también de otros varios a quienes el deber o la amistad aconsejaban concurrir a la despedida. Entretúvose varios días determinando cuantas instrucciones creyó para el mejor curso de la administración durante su ausencia, siendo entre ellas, el depósito de su autoridad en el capitán Francisco de Villagra, mandándole pasar inmediatamente a Santiago para que las autoridades todas y el pueblo le reconociesen por su gobernador interino; bien entendido que sin tener Valdivia el acta de aquel reconocimiento legalizada por dichas autoridades, y extendida según leyes por ante el notario mayor de los reinos<sup>35</sup> no saldría del puerto.

También hizo que el escribano mayor del juzgado, Juan Cárdenas, le suministrase un testimonio, dando fe de quedar la colonia con cuanta seguridad y orden permitían las circunstancias, y de que sólo se ausentaba de ella por haber de emplearse en obsequio del Rey contra Gonzalo Pizarro y sus partidarios: documento que firmaron, además de los oficiales de esta expedición, cuantas personas concurren a Valparaíso en ánimo de despedirse de su jefe.

A beneficio de estas mismas personas pudo reunir Valdivia en esta ocasión, hasta unos cien mil castellanos en oro, siendo los sesenta suyos y de sus amigos, y los cuarenta procedentes de un repartimiento entre el vecindario; pero a condición de inmediato reintegro con el oro que recogían los indios del Gobernador, que

<sup>34</sup> Diez era el número de estos oficiales, cuyos nombres consignaremos aquí: Gerónimo de Alderete, Esteban de Sosa, Luis de Toledo, Gaspar de Villaruel, Juan de Cepeda, Juan Jofré, Antonio Beltrán, Vicencio del Monte, Diego de Oro, García de Cáceres. También fue con ellos Juan de Cárdenas, escribano mayor del juzgado, encargado, como de ordinario, de la secretaría de Valdivia.

<sup>35</sup> Había de expresar este instrumento que Villagra quedaba en posesión de todos los bienes, caciques e indios pertenecientes a Valdivia, para con sus rendimientos ir solventando las deudas que éste tenía contraídas. Constaría asimismo cómo quedaba autorizado para ordenar cuanto en bien de la colonia creyese convenir; para nombrar funcionarios, y destituirlos si preciso se hiciera, aun sin excepción del maestre de campo; pero el teniente general de marina D. Juan Bautista Pastene no había de ser depuesto de su empleo por ningún motivo.

podía valuarse en unos quince mil pesos cada año; siendo, por supuesto, destino de aquella cantidad, no menos que de las que en Perú pudieran obtenerse, la adquisición en este país de todo cuanto pudiera redundar en provecho de los moradores de Chile<sup>36</sup>.

Tranquilo Valdivia con haber aparejado esas medidas de prudente precaución, dio vela el 10 de diciembre de 1547, llegando dos días después al puerto de Coquimbo, porque le pareció muy del caso no salir de Chile sin visitar de nuevo La Serena, para comunicar algunas instrucciones al cuerpo municipal de esta naciente población, y encargar a sus habitantes guardasen buena paz y armonía con los naturales, conduciéndose con prudencia y circunspección. El Gobernador tenía en mucho aquel puesto avanzado, porque aseguraba con él, o por lo menos favorecía y facilitaba el paso de los españoles a Chile, sirviendo, además, como de escala para comunicar más desembarazadamente con Perú.

Marchó en el mismo día para Tarapacá, y cuando llegó a este punto dijéronle sus moradores que Gonzalo Pizarro era ya dueño absoluto de Perú, y que el Virrey que S.M. mandaba para este país se había detenido en Panamá, no atreviéndose a luchar contra un enemigo que tantos partidarios contaba, todos ellos dispuestos a morir antes que doblarse a la obediencia de las nuevas ordenanzas.

Tan desagradables noticias capaces eran de intimidar al hombre más alentado, pero ni un momento desconcertaron la serenidad de Valdivia, antes impaciente de llegar al término de su viaje, en aquella misma noche volvió a largarse con dirección al Callao, y los vientos, de ordinario favorables en aquellas regiones para navegar hacia el norte, fueron esta vez, sino contrarios, tan sumamente débiles que ningún poder tuvieron sobre el tosco y pesado bajel en que iba la expedición, durante los dieciocho días que ésta puso para arribar a su destino.

Mucho ansiaba el Gobernador ver por sí mismo cuál era el estado de los negocios en Perú; porque de ese estado pendía su suerte futura; pero luego tuvo ocasión de reconocer la falsedad de las nuevas recogidas en Tarapacá. La Gasca, sobre no haberse detenido en Panamá, iba ya camino del Cuzco con ánimo de atacar a Pizarro en esta capital. Tan plausible noticia hizo que el gobernador de Chile, procurándose en Lima con toda presteza, cuanto para él y su gente considerara necesario, saliese al cabo de ocho días y a marchas forzadas en busca de las tropas reales, llegando muy pronto a la aldea Andahuayla, donde ellas tenían su cuartel general.

---

<sup>36</sup> Tal era el afecto de los habitantes de Santiago por Valdivia, que éste, dicen varios autores, obtenía de ellos cuanto dinero deseaba, a título de préstamo, o como donativo gracioso. Pretenden otros, al contrario, que solamente la violencia, y el ardid tal cual vez, le procuraban al Gobernador los caudales, y de este sentir es D. Diego Fernández en su *Historia del Perú*, páginas 129 y 130. Con las piezas justificativas y otros documentos interesantes que irán en un tomo separado, trasladaremos también ese pasaje, hasta venir de un autor contemporáneo; pero sin entrar en semejante opinión respecto a Valdivia, pues, si bien queremos creer recurriera tal vez a medios ilegales para la exacción de tributos que servían siempre y exclusivamente al sustento y adelantos de la colonia, como las cartas del Gobernador lo patentizan, jamás esos repartimientos extraordinarios se cumplieron con la arbitrariedad y la violencia que ciertos historiadores pretenden afirmar.

Presentose Valdivia al Virrey que le acogió con señaladas prendas de satisfacción y de interés, como hombre que de antemano conocía la pericia militar de tan ilustre caudillo, y a lealtad que a su Rey y a sus juramentos guardaba; en prueba de lo cual, y no obstante tener a su lado cabos de justificado mérito, el Virrey le confió inmediatamente el mando del ejército, como el más digno de esta honra en razón de su arrojada valentía, y por los exquisitos conocimientos militares que, asistiendo a las campañas de Europa y de América, traía adquiridos.

Sobremañera sensible y agradecido Valdivia a una muestra de tan distinguida confianza, se apresuró a pagarla besando la mano del Virrey, como en testimonio del vasallaje que de nuevo rendía al rey de España, en la persona de aquel su representante, prometiendo de paso llenar con fidelidad y celo el deber del cargo a que se le llamaba. Fue enseguida a revistar las tropas, reglar los cuerpos, proveerlos de armas y de municiones, y atender a todo lo que tuvo por necesario para la campaña, siguiendo alerta y vigilante para que el orden y la disciplina se mantuviera en las filas durante la marcha, y guiando ésta hasta las cercanías del Apurima, cuyo caudaloso río logró pasar con toda su gente, aunque no fue mucha la puntualidad con que se ejecutaron las medidas al intento por él ordenadas.

Así acercados ya los dos bandos, ambos parecían obrar con igual prudencia, ambos con la misma actividad, entrando en sucesivos reencuentros, más o menos sostenidos, y por tanto de mayor o menor importancia; hasta que ya por fin se allegó a una función que puso en completa derrota la columna revolucionaria, cuyos cabezas quedaron casi todos prisioneros, siéndolo también el mismo Pizarro, y decapitado poco después en el Cuzco con el tan famoso cuanto alentado Carvajal.

En esta acción, que volvió Perú a la obediencia de la corona de Castilla, se había distinguido Valdivia de muy lucida manera, así con su propia persona, como con el tino que en todas sus disposiciones desplegara; y harto lo había reparado el virrey La Gasca, pues que para premiar debidamente tan relevantes servicios, usando de las facultades que de S.M. tenía, confirmó a Valdivia en el gobierno de Chile, y le aseguró interpondría toda su autoridad para llegar con más aceleramiento al logro de los socorros con que aquél pensaba regresar a su colonia.

Oportunas eran, en efecto, las circunstancias. Durante la discordia civil habían tomado las armas muchísimos aventureros, cuya existencia entre tantos bandos, pudiera con el tiempo poner en peligro la tranquilidad del país; pues, si bien no pocos debían haber quedado contentos, o con los empleos, o con el repartimiento de fincas que del nuevo Virrey recibieron, para otros no hubo nada, y tras estos se echó Valdivia tratando de llevárselos para poblar Chile, donde tan necesarios se hacían los brazos.

Llegó, por consiguiente, a enganchar unos ochenta soldados de caballería, que fueron mandados a Atacama, en cuyo punto se reunirían los víveres necesarios para la gente que debía pasar por tierra a la colonia de Santiago; determinación juiciosa con la cual pensaba suplir a la escasez, si acaso los indios llegaban a ocultar sus frutos, como era de temer, dado que la tropa no pudiera llegar al país antes de la recolección. Tenía, además, Valdivia un capitán en Arequipa encargado de cumplir por su parte cuantos enganchamientos pudiera, y esperarle en esta ciudad;

otro capitán había pasado con igual comisión a las Charcas, aunque prevenido de trasladarse a Atacama con los reclutas que lograra; y como se viera abastecido de todo cuanto su posición le permitiera ejecutar en favor de Chile, pasó al instante a los Reyes, compró dos buques de la marina real y uno mercante, y puso en ellos cuantos enseres y colonos adquiriera desde que, con este solo intento, se había ausentado del Cuzco. Bien pensó embarcarse en uno de aquellos bajeles, para ir a la mira de sus súbditos, pero pareciéndole demasiado larga la navegación, hubo de confiárselos al capitán Gerónimo de Alderete, y él marchó por tierra para Arequipa, de donde salió diez días después con la gente que allí había reunido su comisionado.

Es de reparar el estado turbulento a que redujo, en aquella época las provincias meridionales de Perú, el concurso de esos aventureros, ociosos y dados, después de la paz, a todo género de excesos y de tropelías. So pretexto de pertenecer a las filas que Valdivia formaba para marchar a la conquista de Chile, se creían autorizados para recorrer el país, causando atrocidades sin cuento, exacciones pecuniarias a que ningún derecho tenían, en fin, injusticias que, a fuerza de repetidas, pusieron al Virrey en la dura necesidad de ordenar que el general Pedro de Inojosa, con diez arcabuceros, se inquirese con diligencia de la conducta del gobernador de Chile, y le hiciera volver a Lima, si pareciere resultar delincuente. A pocos días de haber salido Valdivia de Arequipa, le alcanzó el comisionado del virrey La Gasca, y expuesto el objeto de su misión, debieron ser bastantes los descargos del acusado, puesto que vemos cómo éste continúa tranquilo su camino hasta llegar a Tacna, y aparece, a fines de septiembre de 1548, en la pequeña aldea de Atacama, entre toda la gente que él y sus capitanes habían podido reclutar.

Como quiera, mal recibió el Virrey el resultado de la misión de Inojosa. Se le había asegurado que un gran número de descontentos y partidarios de Pizarro habían concebido el proyecto de asesinarle, no menos que al Obispo, al maestre de campo y a los capitanes que le seguían; y marchar después a robar la tesorería real de las Charcas, proclamar a Valdivia jefe de Perú, y dar por tierra con las nuevas ordenanzas, origen de tantas turbulencias y de tan desastrosas discordias<sup>37</sup>. En una palabra, se le había dicho también que el Gobernador no anduvo distante de aceptar tan desleal ofrecimiento, y que si no aprobaba las vejaciones y delitos de los que le seguían, harto parecía tolerarlos con su indiferencia e inacción.

Decidido, pues, el Virrey a contener tamaños desórdenes, de acuerdo con la Real Audiencia, ofició a Valdivia encomendándole regresase a Lima para responder a los numerosos cargos contra él resultantes; y el mismo Inojosa tuvo que pasar con esta orden a Atacama, donde el Gobernador acababa de llegar. Sumiso

<sup>37</sup> He aquí como se explica Valdivia en carta al emperador Carlos V. “Con certificar a V.M. estaba la tierra tan vidriosa cuando volví y la gente tan endiablada por los muchos descontentos que había por no haber paño en ella para vestir a más de a los que el Presidente vistió, que intentaba mucha gente de lustre, aunque no en bondad, de matar al Presidente, y mariscal, y a los capitanes, y obispos que le seguían, y muertos salir a mí y llevarme por su capitán por robar la plata de V.M. que estaba en las Charcas, y alzarse con la tierra como en lo pasado, y si no lo quisiese hacer de grado compeleme por la fuerza a ello, o matarme, etc.”.

respondió éste al emplazamiento del Virrey, aunque sus oficiales querían que le desobedeciera, y marchó inmediatamente con Inojosa para Arequipa, en donde, como se les dijera que una de las galeras destinadas a trasladar víveres a Chile iba a dar la vela, resolvieron aprovechar esta ocasión; embarcáronse, y al cabo de diez días arribaron al Callao, a cuyo punto concurría también el Virrey en persona.

En la audiencia particular que con el magistrado supremo tuvo Valdivia, ocurrieron cargos que éste trató de barajar y desvanecer con toda la entereza de su carácter; pero no por ello deja de comparecer ante la sala, y convincentes y claras debieron ser sus réplicas, pues se nota que al cabo de un mes de semejante suceso, marcha ya el Gobernador para Arequipa, en donde cayó gravemente enfermo. Repuesta su salud, pasa a Arica para embarcarse en uno de sus bajeles dispuesto a salir para Chile, lo que se verificó tres días después, por complacer al Virrey, que encargaba a Valdivia se ausentase con la posible presteza de aquellas regiones, para que de una vez acabasen los extravíos de sus soldados<sup>38</sup>.

Partió, pues, de Arica el Gobernador el 21 de enero de 1549, llevándose unos doscientos hombres, con muy pocos abastecimientos y en un bajel tan averiado que hacía agua por todos los costados, causando por lo mismo una travesía sobre penosa, llena de riesgos, aunque no fue de larga duración para la época, puesto que en abril, o sea, a los dos meses y medio de navegación, ya estaba la gente en el territorio chileno con un contento indecible, por verse libre de tantas incomodidades y del grave peligro en que el bajel la tenía.

Y tiempo era también de abordar a tierra, porque varias familias que tan sólo dejaron Perú, huyendo de los disgustos, de las vejaciones y desastres de las guerras civiles, traían su salud tan descalabrada que, a durar más la navegación, acaso perecieran. En cuanto al Gobernador, hecho como estaba desde su niñez a todo género de privaciones, a todos los contratiempos que en la milicia ocurren, poco le abatía el peligro, y menos la mala condición de los mantenimientos; pero anhelaba tanto y más que nadie el arribo al país, cuyo estado le interesaba conocer al instante, como que ya le consideraba de su propia pertenencia, y contaba comenzar llegando la conquista de las ricas y deliciosas provincias del sur, últimamente descubiertas.

Así es que apenas tomó tierra, cuando envió a Santiago el parte de su arribo, por medio del primer pescador que apareció en el puerto; y algunos días después ya tenía a su lado infinitos sujetos venidos para informarle de todo lo ocurrido en la colonia durante los diecisiete meses que ausente de ella estuvo.

---

<sup>38</sup> Diego Fernández dice en su *Historia del Perú* que en nombre de Valdivia se cumplieron los tantos desórdenes como en aquella época sufrieron las provincias meridionales; que él fue causa de todos los excesos, y que mientras su residencia en Lima para responder a la acusación contra sí mismo resultante, un gran número de personas vinieron de Chile para quejarse a la Audiencia de las exacciones violentas a que las había compelido a su salida de Valparaíso; lo cual había agravado sobremano la posición del Gobernador. No conocemos escrito ninguno que apoye semejante aserto. El libro del Cabildo no señala ni un solo indicio de culpabilidad contra Valdivia; sin embargo, si con atención y criterio se examina la correspondencia que este personaje mantuvo con Carlos V, hartó se descubre, como ya se ha dicho en las notas precedentes, para suponer que si no era la violencia lo que le procuraba los recursos, no hay duda que los demandaba con imperiosa autoridad.

## CAPÍTULO XVII

Gobierno de Francisco Villagra en ausencia de Valdivia. Conspira Pedro de Hoz y muere decapitado. Administración de Villagra. Vuelve de Perú Juan Dávalos Jofré, y Villagra pasa a este país. Levantamiento de los indios del norte. Incendio de La Serena. Cuarenta españoles degollados. Medidas para detener las consecuencias de ese suceso. Vuelta de Valdivia a Chile. Recibimiento que se le hace como gobernador del país. Sus tareas gubernativas. Manda que Francisco de Aguirre pase a reedificar La Serena. Se abastece de cuanto es necesario para cumplir una expedición militar a la parte del mediodía. Medidas de precaución para la seguridad y el orden de la ciudad. Acontecimiento que por poco no le cuesta la vida.

(1547 - 1549)

Con no poco sentimiento vieron los habitantes de Santiago la ausencia de su gobernador para Perú, pero no carecía de importancia el motivo, y como en él se fundaran esperanzas de un mejor porvenir, hubo de celebrarse con toda suerte de regocijos públicos. Al nombre de Villagra, señalado para el gobierno interino de la colonia, hay que atribuir esta vez una parte de aquella común demostración que los colonos mantuvieron tres días seguidos con el mayor orden, con verdaderas señales de un puro entusiasmo. Era, en efecto, Villagra un militar muy cumplido y experimentado, y como en muchos casos hubiera probado una inteligencia no común en el arte de gobernar, en el que siempre se mostró atinado y prudente, todo el mundo aplaudía la acción; todos en fin descansaban en la sagacidad de este jefe provisorio, hasta que uno de los colonos salió con pretensiones al mando; las cuales, fundadas o infundadas, cerca estuvieron de desconcertar la armonía que existía entre aquel puñado de hombres, cuyo misterioso instinto los llevó a ser casi los antípodas de su suelo natal.

Fue ese colono Pedro de Hoz, a quien el Rey tenía encargada parte de la conquista de Chile por tierra, mientras que Camargo ejecutaría otra por mar<sup>39</sup>.

---

<sup>39</sup> Llegó Pedro de Hoz a Perú con ese encargo, pero, como se ve, sus operaciones habían de ir a par con las de Alonso de Camargo, quien por disposición del obispo de Plasencia D. Gutiérrez de Varga, salió de los puertos de España con tres bajeles, dirigido al estrecho de Magallanes. El objeto de esta expedición era, según lo anhelaban los administradores de Perú, cuya conquista pareciera ya tan impor-

Pizarro, que no debió notar en aquél ni la actividad, ni acaso los conocimientos necesarios al cargo de que venía revestido, dispuso se asociara con Pedro de Valdivia, y éste fue quien quedó jefe absoluto de la expedición, aun sin haber salido de Perú, como ya se ha dicho, por medio de un pacto que entre él y Hoz se firmó en Atacama<sup>40</sup>.

Prestose Pedro de Hoz a este sacrificio con aparente conformidad, pues que se supuso útil y necesario al buen éxito de la empresa; pero de distinto modo juzgaba él interiormente aquel acto, en su sentir violento; y, aunque se decidió a participar de la conquista con semblante satisfecho, no supo esconder bastante el secreto de sus fines, mostrando por lo mismo cuánto convenía recelar de sus pasos, y atender con cuidado a su conducta ulterior. Mejor que ningún otro había penetrado Valdivia las intenciones de Hoz, a quien colmó de mercedes y de riquezas en inmensas posesiones y encomiendas, sin que por ello dejara él de andar taciturno, siempre como pensativo y lleno de algún proyecto, dando también en que entender durante el terrible conflicto en que la colonia se viera, pues ni concurrió a consolarla, ni a socorrerla; antes miró sus padecimientos con chocante indiferencia, atribuida por muchos al carácter indolente del sujeto cuando sólo era el fruto de un calculado resentimiento.

Como quiera, sospecharon mal de él los amigos del Gobernador, y a fin de que en ningún caso pudiera exponerlos a la suerte de una intentona, le apartaron de todo empleo, de toda intervención, cuyo carácter hubiera de traerle un influjo social de importancia, y quedó, por lo mismo, sin entrada entre los capitulares, sin acción en funciones así de honrosas como eran lucrativas, hasta casi olvidado de la milicia; lo cual despertó en su alma ese odio mezquino que el débil suele convertir al instante en una implacable sed de venganza.

No fue otra cosa lo que Pedro de Hoz llegó a experimentar entonces. Pretenden varios historiadores que en la conjuración de los *almagristas*, cuando Valdivia pasó a Concón para hacer construir un buque, su parte tuvo también Pedro de Hoz, y que aquélla quedó sin resultado por no tener este hombre entereza y denuedo; pero a vista de lo poco que hubieron de influir sus manejos en los ánimos, nada le convenía como aplazar, para mejor ocasión, el plan de ir adonde su vanidad y su ambición le llamaban.

Demasiado conocía él cuánto respeto, cuán gran aprecio sentían los colonos por Valdivia, y no le era menos patente la sagacidad con que éste sabía descubrir cualquiera trama, para cargar en los criminales con inflexible severidad. Esto, por una parte, y su incapacidad para dirigir una conspiración, por otra, llegaron a hacerle tímido y circunspecto, y acaso le tuvieran apartado de sus pretensiones, si el Gobernador, al ausentarse de Chile, no viniera llamando a Villagra al desempeño

---

tante, el asegurar relaciones directas y continuas, si se llegaba a facilitar el paso de dicho estrecho; pero por desgracia naufragó en él uno de los tres buques; otro tentó el paso vanamente, y tuvo que dar vuelta a España, y el tercero, en el cual iba Camargo, pudo arribar a Arequipa, aunque ya lleno de averías.

<sup>40</sup> Con los documentos justificativos irá también copia exacta de ese pacto. El original existe en el archivo de las Indias de Sevilla.

de un puesto que Hoz creía ser de su inmediata pertenencia, ni reparara en otras injusticias que como de propósito ocurrieron para acabarle de exasperar.

También parecía la ocasión oportunísima. El hombre de prestigio estaba ya ausente; en la colonia no faltaban descontentos, y el número de éstos se aumentó con el modo algo ilegal de que usaba Valdivia para procurarse medios pecuniarios destinados a los gastos de su expedición, aunque sabía siempre dorar estas demandas, trayendo a cuenta el bien público. Sin embargo, en una sociedad donde, por decirlo así, dominan el fastidio, los trabajos y las privaciones, el más insignificante disgusto asoma presentando temores y riesgos, y suele concluir desquiciando el orden y la paz. Hartas pruebas tenía dadas Villagra de su saber y tino, y lo mismo de sus buenos deseos por la equidad y la justicia, mas esto sin prestigio no era suficiente, y el prestigio no es cosa que se granjea en un día, aunque uno se vea ejerciendo la primera autoridad. Era, pues, precaria la posición del gobernador interino, y Pedro de Hoz quiso aprovechar de esta coyuntura para derribar el gobierno, y asentarse sobre las ruinas, valido del nombramiento que del Rey recibiera con autorización de cumplir por sí la conquista de Chile. Fue ventura para la colonia el que, al querer ejecutar el plan a este efecto propuesto, se vio que la combinación era soberanamente descabellada, y por consiguiente la empresa abortó aun antes de nacer, pagando Pedro de Hoz con la cabeza su temeraria ambición, y Juan Romero, en un palo, a la mañana siguiente, el delito de llevar consigo una carta dirigida a varios hidalgos de la colonia.

He ahí las dos únicas víctimas de una conjuración con tanta sagacidad descubierta, cuanta fue la prontitud en reprimirla; quedando todos los demás conspiradores, o totalmente ignorados, o con cargos de tan leve compromiso que hubo de mantenerse sorda la justicia, siquiera por avenirse a la indulgencia y a la moderación del jefe.

Con manifiesto desprecio vieron los habitantes de Santiago la ruina del autor de aquel mal concebido, y peor empeñado plan; pero no por eso quedó sin efecto moral en la colonia, porque eran públicos los horrores que las guerras civiles ocasionaban en Perú, y con razón se temía que tan contagioso ejemplo cundiera un día en Chile, donde, si la desunión entraba, todos los colonos tendrían que sucumbir para siempre.

Villagra, a cuyo cargo estaba confiada la vida de aquella sociedad, vino al momento con medidas capaces de impedir el retorno de semejantes atentados, y de guardar también intacta la tranquilidad de que había menester. Atendió después a cuantas reformas reclamara la mejor administración, ya con respecto al bienestar común, ya por lo concerniente al ramo de la policía; y como era presidente nato del Cabildo, de concierto con éste, salió nombrando para desempeñar el cargo de alamín o fieladgo a uno de los regidores, como también un alarife para atender a que las acequias se mantuviesen en el necesario aseo. En ánimo de dar mayor ensanche a la agricultura, prohibió se sembrasen legumbres en las huertas contiguas a las casas, no debiendo llevar en adelante sino lo que se llama propiamente hortalizas.

Ya se hacía una cosecha de trigo muy regular en esta época, pero para reducirlo a harina había que machacarlo a fuerza de brazos entre piedras; costumbre pu-

ramente india, de tarda e imperfecta operación, y extremamente trabajosa. Quiso el regidor Rodrigo de Araya remediar esos inconvenientes con la construcción de un molino, y como se accediera a su demanda, le levantó en la cumbre del cerro Santa Lucía, a la parte sur, y al lado de la hermita y casa de Nuestra Señora del Socorro; con lo cual dotó al país de una máquina sobradamente útil, y que sirvió de modelo para otra semejante, que Bartolomé Flores fundó a la parte opuesta del mismo cerro.

También el comercio llamó la atención de Villagra. Eran sumamente raros los barcos que de Perú venían de vez en cuando, pero sobrado el número de los granjeros que concurrían a ellos comprando en globo todas cuantas mercaderías transportaban, para vender después en detalle a precios exorbitantes. Ya se habían quejado los vecinos de ese escandaloso abuso, pero esta vez el Cabildo, con competente autorización, publicó un bando por cuyo medio se mandaba que los compradores concudiesen a declarar el precio de los objetos comprados, y habían de darlos a ese mismo precio durante los nueve primeros días a contar desde aquél en que se abría la venta. Podían los vendedores señalar a su arbitrio el precio de los géneros, acabado que fuera aquel plazo, pero todavía se reservó el Cabildo el derecho de intervención y de señalamiento siempre y cuando las circunstancias aconsejasen esta medida.

En estas reformas andaban Villagra y el Cabildo, porque ambas autoridades apetecían la prosperidad del país, cuando vino la noticia de la llegada de Juan Dávalos Jufre, con una carta del presidente de Perú, Pedro de la Gasca, para el ayuntamiento de Santiago, en la cual se le daba parte de la orden que de S.M. había recibido para trasladarse a Perú, sofocar la anarquía, y dar su merecido a los cabecillas de tan criminal desorden. El Ayuntamiento acusó inmediatamente el recibo de esta comunicación, suplicando de paso a La Gasca, se dignase disponer que Pedro de Valdivia, ausente de Chile ya había más de ocho meses, y cuya existencia se ignoraba, volviese con la posible brevedad a su puesto; que si por ventura hubiese aquel pasado a España, o causas desconocidas impidiesen su regreso, viniera el Presidente en nombrar para el gobierno de Santiago a don Francisco de Villagra, sujeto que el mismo Valdivia dejó en su lugar al ausentarse. Tras esto todavía salió el procurador síndico Bartolomé Maella proponiendo se diputara una persona con cargo de solicitar al Presidente, además de algunos socorros para la colonia, aquella protección que más pudiera avenirse con la seguridad y acrecentamiento de sus intereses; y como pareciera bien la propuesta recayó la elección en Pedro de Villagra, regidor y maestro de campo, quien caminó para Perú en el bajel con que había venido Juan Dávalos Jofre.

Enseguida volvió el gobernador interino a sus tareas de utilidad pública con el mismo celo, la propia actividad que de antes traía probados. Ya le habían llegado algunos refuerzos de Perú por tierra, entre los cuales hay que anotar ochenta hombres con que vino a Chile Esteban de Sosa, a quien La Gasca había nombrado para contador en esta colonia. De la misión de Villagra también esperaba otros auxilios, y todo esto daba nuevo aliento a sus benévolas intenciones; pero, por desgracia, un desastroso acontecimiento vino a interrumpir sus tareas, y a enlutar también el asiento de sus lisonjeras esperanzas.

Entraron en Santiago varios indios anunciando la destrucción completa de cuantos españoles habitaban en las vallejadas de Coquimbo, de Huasco y de Copiapó; el incendio de la aldea La Serena, y el alzamiento general de los naturales. Tan funesta novedad, en breve confirmada por Pedro Gómez de las Montañas, que concurrió en nombre de todos los trabajadores de las minas de Marga-Marga, demandando fuerzas con que defenderse del ímpetu de los indios sublevados, sembró el espanto en la ciudad, y los capitulares se reunieron para resolver medidas contra el común peligro. Se dispuso que el Gobernador, con algunos soldados, marchara a reconocer las provincias del norte, debiendo atacar a los indios en masa, y castigar a los primeros instigadores hasta asentar la paz del país, y hacer imposible la revuelta.

Sin duda era corta la fuerza de que se podía echar mano para el desempeño de semejante empresa; pero considerámosla suficiente para contra una población que desde el valle de Aconcagua hasta Copiapó, apenas si contara tres mil indios<sup>41</sup>. Así es que el Gobernador no titubeó entrar en la medida, antes partió a Marga-Marga en cuanto se procurara lo necesario para el viaje, y que vio reconocido en su lugar a Francisco de Aguirre, como así lo había dejado dispuesto Valdivia para los casos extraordinarios.

El marcial continente de este puñado de hombres, en su marcha tan rápida cuanto exterminadora, sobrecogió de tal manera a los indios, llevó a su espíritu meticulado y feble un tan exagerado terror, que ni aun con fuerzas para resistir se sintieron. Acobardados, sin aliento para hacer frente a un enemigo tan poderoso, corrían a esconderse en los montes o entre las ricas breñas de las cordilleras, quedando Villagra en medio del desierto, sin objeto sobre qué descargar su enojo, de modo que en vano, por decirlo así, se gastaban los esfuerzos de aquellos hombres y con todo se sabía que los indios se comunicaban de tribu a tribu con activa regularidad, y que trazaban un nuevo plan de acción en juntas generales a este efecto convocadas. Villagra escribió a Santiago, mandando se saliese a prender a los caciques y principales úlmenes del valle de Chile, a fin de que no pudieran tomar parte en el levantamiento; y la persona a quien esta orden fue encomendada tuvo la fortuna de llegar a la ciudad, pero Francisco de Aguirre ya no estaba en ella; había salido a perseguir varios cuerpos de indios que en armas corrían por aquellas inmediaciones. Como supiera el Cabildo el contenido de aquel mensaje, y viera cuánta era su importancia para haber de suspender la ejecución hasta el retorno de aquel jefe, acudió por sí mismo a cumplirle, mandando una partida de hombres bien armados que respondieron digna y acertadamente a los deseos de Villagra, trayéndose los personajes de más viso e influencia entre los indios, siendo del número el cacique de Lampa y el de San Juan, quienes fueron puestos a disposición de Aguirre desde que éste regresó a la ciudad.

Rigurosas, violentas fueron las medidas que en estas circunstancias adoptaron los españoles, irritando hasta tal extremo el carácter sensible de los indios, que aun

---

<sup>41</sup> Carta de Valdivia al emperador Carlos V.

los que se les mantenían fieles y aliados debieron pensar en hacerles cruda guerra. La inquietud era, pues, universal, y todo indicaba como muy inmediato el día de un alzamiento en masa, pues hasta en el mismo Santiago penetraban espías que contaban el número de los que podrían defender la ciudad, para atacarlos con mayor confianza y seguridad. La ausencia de Valdivia y de Villagra daba mucho aliento a los indios; eran los dos jefes que más terror les infundían; no se les ocultaba que en la colonia reinaban piques y desavenencias capaces de desquiciar la armonía social, y como era tan reciente el sacrificio de los cuarenta o cuarenta y tres españoles degollados en las provincias del norte, el patriotismo de los indios había subido de punto hasta la esperanza cierta de que era llegado el momento de purgar su país de aquellos extranjeros audaz e injustamente en él posesionados.

Esa fermentación, ese entusiasmo que los indios mostraban por todas partes, como queriendo proseguir hasta el fin las ventajas con que comenzaron las hostilidades, llevaron al alma de los colonos una inquietud, un recelo desesperado, pues, aunque contaran ya ocho meses de una tranquilidad no interrumpida, todavía guardaban todos los moradores recuerdos muy tristes de sus pasadas vicisitudes, de sus peligros y privaciones, y temían se renovaran esta vez si acaso no cayeran con mayor rigor. El Cabildo, que siempre se mostró activo y vigilante, ansioso de contener los desastrosos efectos de una insurrección general, recurrió a medidas que pudieran infundir espanto y terror; y después de haber autorizado al alguacil mayor Juan Gómez para que, sin distinción de personas, hiciese obligatorio el servicio público, se le ordenó salir en busca de indios de paz o de guerra; y los infelices que caían en sus manos eran condenados al tormento, hasta declaración de lo que supieran respecto a los proyectos de sus compatriotas<sup>42</sup>.

Tal y tan violenta era entonces la posición de los españoles.

Corre en esto la noticia del arribo de un bajel a Valparaíso, en el cual venía el gobernador don Pedro de Valdivia, y al paso que el suceso, tan fausto como inesperado, llena de júbilo y de entusiasmo a la colonia, creyéndose salva de peligros y de temores al abrigo de un jefe que tan a propósito venía a decidir la suerte, que se entrega loca de gozo a todo género de regocijos, en los indios se acrece, al contrario, el pavor; conocen por experiencia el audaz aliento de Valdivia, su prodigiosa actividad; piensan que con él no dejará de venir un número considerable de soldados, y desesperando de ver coronados sus esfuerzos, todos huyen zozobrosos y dispersos a lo más recóndito de los bosques.

Mes y medio permaneció Valdivia en Valparaíso, a cuyo punto abordó, al cabo de doce días, el bajel que en el Callao había dejado; y poco después entró también en la propia ciudad su lugarteniente Francisco de Villagra, de vuelta de las provincias del norte, a las que había corrido, como ya vimos, para apagar la revuelta de los indios, y castigar su audacia. Tras la primera conferencia ocurrida

---

<sup>42</sup> Dice el Cabildo en acuerdo de 13 de marzo de 1540, acerca del alguacil mayor: "Y que pueda salir de esta ciudad siéndole mandado por nos a tomar lengua de los que hay en la tierra, y para ello pueda tomar cualquier indio de cualquier repartimiento sea de paz o de guerra, y lo atormentar y quemar para saber lo que conviene se sepa en lo tocante a la guerra".

entre estos dos jefes, Valdivia despachó para Santiago a Gerónimo de Alderete, con los suficientes poderes y encargo de darle a reconocer por gobernador de Chile, en nombre de S.M, y de prestar, en el suyo propio, el juramento de costumbre; cumplido lo cual se trasladó a la capital de cuyo recinto faltaba ya dieciocho meses. Concejales, empleados civiles y militares, población, todo el mundo salió al encuentro de este ilustre personaje, que fue recibido, el 20 de junio de 1549, con señaladas muestras de cariño y de singular respeto, acompañado, ante todas cosas, a la iglesia, donde solemnemente se tributaron gracias de reconocimiento al Todopoderoso por tan feliz regreso, y seguido después hasta su morada, en la que, en presencia del Cabildo, renovó el juramento que en su nombre había prestado Alderete.

Con sobrado celo se había dedicado Villagra, durante su administración, al arreglo de la policía urbana; pero eran muy escasos los elementos de que al efecto pudo disponer: por otra parte el carácter turbulento de los indios le tenía enteramente distraído, y apenas si llegara a trazar las primeras y más esenciales reformas de una administración que la llegada de Valdivia y los recursos que traía consigo hicieron más regular y mejor entendida. La hacienda sobre todo contaba ya tres empleados de nombramiento del licenciado Pedro de la Gasca, los cuales habían de dar a este ramo de administración una forma metódica y expeditiva, haciendo de tesorero Gerónimo de Alderete, de contador Esteban de Sosa, y de *veedor*<sup>43</sup> Vicencio de Monte<sup>44</sup>.

El licenciado Antonio de las Peñas era también un sujeto de mucha utilidad para la colonia, por sus esmerados conocimientos en el Derecho, y por el tino con que de ellos solía usar. En los primeros años de gobierno, más de una vez había reconocido Valdivia lo mucho que le importaba tener a su lado un asesor, o consejero, con quien poder resolver la gravedad de ciertos asuntos; y como esto le hiciera desear el hallazgo de una persona capaz de desempeñar tan importante encargo, parecióle muy a propósito Antonio de las Peñas, y el 8 de julio de 1549, le nombró *justicia mayor*, para que administrase la de toda la república, aunque con apelación de sus acuerdos a la real audiencia de Lima, siempre que los negocios fueran de alguna importancia. Este juez prestó su juramento ante el Cabildo, cuya corporación intervenía en todos los actos gubernativos, y la ceremonia debió ocurrir en la iglesia; porque ya hemos dicho que en ella se celebraban las sesiones de los concejales, tres veces por semana, y después de la misa mayor. Pero reconocírase entonces la inconveniencia de este santo lugar para tales reuniones, en las que acaso no se guardara la mesura tan escrupulosamente como era menester, o fuera otro el motivo, ello es que se determinó concurrir en adelante a la casa de Francisco de Villagra, ausente ya de la colonia, y esta medida no fue del agrado de Antonio de

---

<sup>43</sup> Este nombre tuvieron, en lo antiguo los miembros del consejo de hacienda.

<sup>44</sup> Vino a Chile de capitán de una galera con abastecimientos para la colonia. Acompañó a su esposa y una hija, con otras seis señoritas hijas de otros conquistadores. “Para que casándose en esta tierra hiciesen vecindad y fundasen nobleza con las personas principales de aquellos conquistadores” (Título de encomienda de Aguirre).

las Peñas; antes pretendió que tales juntas debían celebrarse en su propia morada, y por tanto no quiso asistir a la que el Cabildo había escogido.

Entre otras disposiciones que dieron al gobierno político de la colonia una base más lata y más duradera; hay que contar las ordenanzas de policía y de minas; las que sirvieron de freno a la codicia de los mercaderes; las que atendieron a la conservación de montes y plantíos, prohibiendo las cortas; y una, en fin, por la cual quedó la ciudad de Santiago declarada capital de todo aquel país.

No se mostraba Valdivia menos atareado que el Cabildo. Dejando a un lado las medidas de detalle, atendía a la organización en globo, echando mano de todo cuanto pudiera contribuir al fomento de su nueva sociedad; y como comprendiera que este venturoso resultado no se había de lograr sin tener relaciones abiertas con Perú, a merced de un punto intermedio, vino en resolver que La Serena fuese de nuevo reedificada. Francisco de Aguirre fue el hombre que el Gobernador escogió para llevar a efecto este importante proyecto, y no hay duda que ningún otro podía responder tan aventajadamente como Aguirre, a las miras de su jefe.

Desde luego debía Aguirre atacar a los indios, rechazarlos hasta lo más extremo de sus guaridas, y hacer de suerte que nunca pudieran ofender, ni renovar el ejemplo de la atroz traición con que incendiaron aquella aldea. El 26 de julio de 1549, salió de Santiago este caudillo, con una corta división<sup>45</sup> y después de una multitud de refriegas, todas ellas desastrosas para los indios, vino a levantar la nueva población a orillas del río de Coquimbo, mucho más cerca del mar que la antigua. El 26 de agosto, ya existía otra vez en San Bartolomé de La Serena, pero con título de ciudad (a pesar de la oposición del cabildo de Santiago), y con los funcionarios correspondientes así a la parte política como a la económica.

Francisco de Villagra, que Valdivia había nombrado teniente gobernador, se embarcó el 9 de julio en una de las fragatas arrimadas al puerto de Valparaíso, encaminándose para Perú, donde debía cubrir algunas deudas que el Gobernador dejara, y procurarse socorros; con cuyo objeto se le dieron unos treinta y seis mil castellanos, que con su maña y natural persuasiva pudo sacar de sus amigos Valdivia.

El principal conato de este jefe era la conquista de las feraces provincias del sur, que en años atrás había reconocido. A esto propendían todas sus miras, y nada apetecía tanto como la ocasión en que poder realizarlas, ocasión que no tardó en ofrecerse con aspecto harto favorable.

Apenas si había un mes que él había llegado a Santiago, cuando se le presentaron las tropas que desde Perú despachó por tierra y bajo la conducta de tres de sus capitanes. Las fuerzas no eran muy considerables, y en el camino se habían perdido más de cien caballos que mató el cansancio; pero no por ello desistió el Gobernador de su proyecto, antes se dio a combinar cuantos elementos se hacían precisos para ir al cabo de la gigantesca empresa que en su mente revolvía afano-

---

<sup>45</sup> No señala Valdivia en sus cartas el número de los soldados que siguieron a Aguirre. Los autores andan en este asunto discordes; pretenden unos que fueron treinta, otros suponen setenta, y en un título de encomienda de la familia de Aguirre se dice que ochenta.

so. Bien intentaron borrarle esta idea los habitantes de Santiago, porque temían, y eran de temer, los resultados de cualquier descalabro y hasta el mismo Cabildo fue a reconvenirle, diciendo que la expedición de Aguirre había rebajado sobremanera las fuerzas de la ciudad, y que si se efectuaba la que él traía meditada, aquella quedaría casi sin gente, y por tanto expuesta a los ataques de los indios.

En muy poco tenía Valdivia las reconvencciones ni los consejos, tratándose de la adquisición de nuevas tierras, sólo que por no romper abiertamente con los concejales satisfizo a sus razones diciendo, que el arribo de las nuevas tropas había llenado a los indios de terror y de desaliento; que además todavía les quedaría para defender la ciudad mayor número de brazos que aquél con que se cumplió la ocupación del país, y su asiento en él. Con todo, tanto por su propia tranquilidad como para mayor seguridad de los habitantes, ordenó, de acuerdo con el Cabildo, que todos los encomenderos y mercaderes mantuviesen sus caballos en las cuadras; que quien no tuviese caballo le había de comprar; que a los vecinos se les suministraran armas, y que todos ellos se recogieran durante la noche a la ciudad: esta última disposición llevaba consigo la pena de muerte contra quien llegara a infringirla.

Ésas fueron las medidas que Valdivia dictó para mantener la tranquilidad de la colonia, y asegurarle una fácil y ejecutiva defensa. Prodigiosa es ciertamente la actividad que este hombre muestra en sus determinaciones, sobre todo cuando le vemos gravemente enfermo de resultas de una caída que en un alarde hizo su caballo<sup>46</sup>; y en este estado de dolencias, de contrariedad y de sufrimiento todavía mira al bienestar de sus súbitos, todavía hace que se aceleren los preparativos para ir a la conquista de la parte sur, todavía, en fin, trata de acrecer las rentas de la Corona, aplicándole el quinto del producto minero, y dando un nuevo método a la administración de los diezmos, establecida ya había algún tiempo en aquel país.

---

<sup>46</sup> “Habiendo descansado la gente en Santiago mes y medio, determiné de tomar la reseña para saber lo que había para la guerra, porque se aderezasen para entrar en la tierra por el mes de diciembre; día de Nuestra Señora de Septiembre, bendita ella sea, salí a esto, y andando escaramuzando con la gente de caballo por el campo, cayó el caballo conmigo y di tal golpe con el pie derecho que me hice pedazos todos los huesos de los dedos de él, desechando la choquezuela del dedo pulgar, y sacándome la toda a pedazos. El discurso de la cura estuve tres meses en la cama, porque la tuve muy trabajosa, y se me recrecieron grandes accidentes, y tanto que todos me tuvieron muchas veces por muerto” (Carta de Valdivia a Carlos V).



## CAPÍTULO XVIII

Marcha Valdivia a las provincias meridionales. Llega al río Biobío. Empeña varias escaramuzas con los indios. Se dirige hacia el mar después de haber reconocido el país. Su permanencia temporal en las honduras de Andalién. Entra en función contra los naturales. Alza en Penco un palenque y concurren un sinnúmero de indios atacándole. Resultado de esta acción. Arribo por mar del capitán Juan Bautista Pastene. Misión de este piloto y del capitán Gerónimo de Alderete para la Araucanía. Fundan los españoles la ciudad Concepción, e instalan su concejo. Alonso de Aguilera pasa a España por orden de Valdivia.

(1550)

**E**n la energía, en la actividad del alma de Valdivia no hacían ya mella los padecimientos del cuerpo, y como no pensara sino en llevar a cabo el halagüeño plan de las soñadas conquistas que tan bien se aunaban con su desmedida ambición, no quiso guardar por más tiempo la cama; antes recorriendo entusiasmado cuantos triunfos, cuanta gloria se llegó a imaginar en el cumplimiento de esta empresa, el dilatarla le parecía un crimen, puesto que la verdadera existencia política de aquel país, y su elevación al rango de nación americana, del suceso de aquel empeño dependían. Ilegítimos, sin duda, habían de ser los medios de que debía usar para llegar al colmo de sus deseos, y también indignos de un verdadero militar; pero no desdecían del espíritu de la época cuyo espíritu absuelve, en todo caso, las demasías de aquellos atrevidos e incomparables conquistadores.

Ansioso, pues, de reponer su salud, y dar, por consiguiente vigor y nueva vida a sus miembros, dejó Valdivia la cama a principios de diciembre de 1549, pero por desgracia no le permitieron las heridas mantenerse en pie, y tuvo menester de pasar días y días recostado en un sillón con no poco tormento para un carácter emprendedor y activo que así se veía encadenado. Por otra parte era la estación la más propicia para ir a poner en obra la empresa; se hacía urgente el abastecerse de cuantos víveres se contemplaron necesarios para el mantenimiento de las tropas; éstas necesitaban tiendas donde abrigarse durante el invierno que iban a pasar en aquellas regiones de continuadas lluvias, y Valdivia estaba enfermo!... Llegó por fin la Pascua de Navidad en cuya celebración eran de uso función de iglesia y regocijos públicos; quiso el Gobernador disfrutarlos saliendo este día a caballo, pero fue

preciso renunciar al proyecto, no obstante cuantas precauciones se tomaron para que el movimiento no le fuera molesto, ni perjudicial; y en tal extremo ya reconoció, bien a pesar suyo, la necesidad de aplazar la expedición para el año siguiente, aunque su imperioso querer siempre rayara en inflexible obstinación. Con todo, como tanto anhelara la ejecución de los planes ordenó se le hiciese una como litera o silla de manos, y satisfecho este deseo, encargó la penosa tarea de transportarle de un lugar a otro, a varios indios de los más robustos y mejor aleccionados.

El 1 de enero de 1550, ya hizo Valdivia que sus tropas emprendiesen la marcha, después de cumplidos los deberes religiosos de una piedad tal cual en contradicción con las groseras y a veces inhumanas costumbres del siglo decimosexto. La expedición contaba unos doscientos hombres entre jefes y soldados de ambas armas, y la guiaba el Gobernador desde su litera, pues, aunque los indios de las inmediaciones de Santiago parecían pacíficos y sumisos, no estaba de más la cautela contra un ataque imprevisto. En tres trozos iba dividida la columna; entre el centro y la retaguardia marchaban los bagajes de transporte, y la vanguardia, compuesta de treinta o cuarenta caballos, iba mandada ora por el mismo Valdivia, ora por su maestre de campo, ya en fin, por cualquiera de los demás jefes, debiendo recorrer los contornos en todas direcciones descubriendo tierra, reconociendo el país, señalando como los aposentadores, los puntos a propósito para los descansos, y saliendo a desbaratar todos los movimientos de los indios que solían presentarse resueltos a cerrar el paso de la tropa, y hostigarla en sus marchas.

Allegado Valdivia sobre las márgenes del río Itata, dio un descanso a su gente, y entretanto envió un mensaje a los caciques del país invitándolos a que de grado se sometiesen a la corona de España, fórmula que de orden de S.M., tenía que llenar todo conquistador, antes de pasar a instruir el acta de posesión del país conquistado.

La expedición alzó su campo hacia mediados de enero, y pasó el río sin encontrar ningún obstáculo. Valdivia, que ya había abandonado su litera, marchaba a la cabeza de sus compañeros, inspirándoles la confianza, el contento que en sí mismo sintiera desde que se vio a caballo, y enteramente libre de sus dolencias; siguió constante el camino que se extiende por la inmensa llanura que media entre la gran cordillera y la de la costa, hasta dar con el río Nivequetén<sup>47</sup>, a muy corta distancia de su confluencia con el Biobío. El primero que llegó a este punto fue el maestre de campo, quien mandaba en aquel día la vanguardia, y tuvo que empeñarse contra dos mil indios obstinados en cerrarle el paso del río; pero con facilidad y presteza fueron rotos, dejando en el campo muchos muertos, y varios prisioneros, entre los cuales parecieron tres caciques que dieron al Gobernador noticias harto extensas acerca del país cuya conquista tanto codiciara.

Una vez puestos los españoles al otro lado del río, continuaron marchando en dirección del sur, y el 24 de enero ya dieron con las márgenes del Biobío, algo más arriba del paraje en que éste bebe el caudal del Vergara; pero como vieran que era imposible vadearle, comenzaron a formar balsas de paja, en cuya tarea los cogió una muchedumbre de indios, resueltos también a disputarles el paso. Muchos de

---

<sup>47</sup> Hoy se llama *la Laja*.



Don FRANCISCO DE VILLAGRA. SEGUNDO GOBERNADOR PROPIETARIO DE CHILE.  
VINO A CHILE CON PEDRO DE VALDIVIA I FUE UNO DE SUS MAS ESFORZADOS CAPITANES  
I LEALES AMIGOS. FUE DOS VECES GOBERNADOR INTERINO EN 1543 I EN 1551  
ENTRO A GOBERNAR EN PROPIEDAD EL 10 DE JULIO DE 1561.

Francisco de Villagra. Colección Museo Histórico Nacional.



ellos se echaron al instante a nado para venir a medirse abiertamente con los españoles en su propio campo, fiando sin duda en el número, aunque pronto pagaron su imprudente arrojo dejando diez o doce muertos, y huyendo el resto en busca de su salvación a la parte del río que acababan de dejar.

Ya estaban las balsas dispuestas; mas llegó a temer Valdivia que se le desgraciara algún caballo, y por lo mismo se puso en marcha para ver si daba con un paso menos azaroso; lo cual le condujo ante otro cuerpo de indios ya preparados a la resistencia. El capitán Alderete, con veinte caballos, dio de repente la carga, y como reparara cuán a poca costa llegó a dispersarlos, se arrestó a pasar el río tras ellos, decidido a seguirlos en la desordenada fuga; pero como Valdivia, que había notado el movimiento, alcanzara a descubrir del otro lado una masa de más de veinte mil indios, temió que el número conseguiría envolver a su alentado capitán, y despachó otros treinta caballos más, que a todo escape pasaron para proteger la retirada de los primeros, o ayudarlos al vencimiento. Gran parte del día gastaron los españoles sacrificando aquellas inocentes víctimas que el estrepitoso trueno de las descargas de las armas de fuego, y sus efectos, no menos que los del acerado corte de las escarinas o espadas, tuvo llenos de espanto y de terror; ya por la tarde regresaron los conquistadores con más de mil carneros cogidos en el país, sin otra pérdida por su parte que la de un caballo y su jinete, arrastrados ambos por la corriente del río, y hundidos en su caudaloso seno.

En cuanto volvieron los soldados de Alderete donde el Gobernador se hallaba, se puso toda la columna en movimiento siguiendo la orilla norte del Biobío, siempre en el designio de dar con un lugar que permitiera un fácil y seguro paso a toda la gente; pero ya que cuanto más se ascendía, más estrechaba su lecho el río, y más rebajaba su caudal, todavía no quería Valdivia acometerle, recelando se reprodujesen tales desgracias como la que acababa de presenciar en el malhadado soldado que se ahogó. Acampose por lo tanto sobre la misma orilla que seguía; y tomando consigo unos cincuenta caballos, se echó con ellos a nado para dispersar nuevos cuerpos de indios que venían a impedir la invasión, y vengar la muerte de sus inocentes compatriotas. Tuvieron el mismo lastimoso fin que éstos, porque tarde, y muy a sus expensas, reconocieron el estrago de las armas españolas, habiendo menester huirlas entre el terror y la confusión, y dejando a Valdivia en el lleno del contento con un triunfo que le hacía desear nuevas ocasiones de alcanzar otros.

Púsose éste en movimiento a la mañana siguiente, y recorrió durante dos días gran parte de las vegas de Tolpén y de Bureu, en cuyo paraje se detuviera algún tiempo más, a no temer que la parte de su gente quedada en el campamento podía correr riesgo durante su ausencia. Sí que eran aquellas hermosas campiñas muy propias para fundar en ellas una población. Báñanlas el Biobío y sus afluentes, y convidan con una vegetación lozana y rica, pero conocía el Gobernador cuán incierta era todavía su posición y prefirió inclinarse hacia el mar como punto más seguro para poder abandonar el país, dado el caso de un inminente peligro; no viendo en esta ocasión un puesto de tanta importancia como Penco le pareciera desde que por primera vez le visitó, y resuelto por lo mismo a encaminarse a este sitio en cuanto reconociera los contornos del país que ocupaba.

Ocho días se mantuvo corriendo con algunos caballos aquellas vastas llanuras de una numerosísima población, y los indios le suministraron, de grado o por fuerza, ganados y cuantos víveres creyó necesitar para sus cuarteles de invierno, tras lo cual, y harto satisfecho así de sus descubrimientos, como de las impresiones que en su ánimo hicieran, levantó el campo, y continuó la expedición el curso del Biobío.

Llegando al valle de Andalién asentó los reales a orillas de un lago de agua dulce, como paraje más seguro para defensa de la columna, y en tanto que se descubriera, con la precaución debida, un sitio a propósito para el establecimiento de una nueva colonia; porque conocido el carácter belicoso de los indios y su esmerado apego a la independencia, era menester obrar con diligente prudencia, y no carecía de ella el Gobernador, antes cuidaba de que la mitad de sus soldados velara mientras la otra mitad gozaba del necesario descanso.

Los naturales del país no pudieron, en efecto, parecer indiferentes viendo cómo aquellos extranjeros daban muestras de querer establecerse en un terreno al que con ningún otro título concurrían sino con el que pudieran fundar en una insolente y presuntuosa usurpación. Desesperados también de los reveses que se les había hecho experimentar, y ansiosos de vengarlos cumplidamente, vienen en ala a muy poca distancia del campo enemigo, aclaman por su toqui, o general, al tan altivo como valiente Aillavilú, y llenos todos ellos del prestigioso entusiasmo de su *cuyuntucún*<sup>48</sup>, marchan con las sombras de la noche resueltos a embestir a los españoles; pero como al pasar el Biobío asomara en los aires un meteoro, que la gente de Valdivia llegó también a ver, tal fue el pavor de aquellos indios tan llenos de preocupaciones, que gran parte de ellos quiso volver atrás, ya que otros muchos deducían por consecuencia de aquel fenómeno un favorable auspicio para su santa y justa empresa; por fin marcharon las masas adelante, aunque tímidas por lo mismo que habían dado entrada a la desconfianza.

Allegados al campo enemigo, con cuanto silencio es de suponer, divididos en cuatro cuerpos, y echando al aire espantosos alaridos,

“acometieronnos por sola una parte, porque la laguna nos defendía de la otra, tres escuadrones bien grandes, con tan gran ímpetu y alarido, que parecían hundir la tierra, y comenzaron a pelear de tal manera que prometo mi fe que a treinta años que sirvo a S.M. y he peleado contra muchas naciones, y nunca tal tesón de gente he visto jamás en el pelear como estos indios tuvieron contra nosotros, que en espacio de tres horas no podía entrar con cien de caballo al un escuadrón, y ya que entrábamos algunas veces, era tanta la gente de armas enastadas y mansas, que no podían los cristianos hacer a sus caballos arrostrar a los indios; y de esta manera peleamos el tiempo que tengo dicho; y viendo que los caballos no se podían meter entre los indios, arremetieron la gente de a pie a ellos, y como fue dentro en su escuadrón, los comenzamos a herir. Sintiendo entre sí las espadas que no andaban

---

<sup>48</sup> Así llaman al estilo sublime y cadente de que usan los oradores en todas sus juntas, ya se trate de paz, ya de guerra, ya de regocijos. Muchas son las veces que hemos sido testigos del asombroso influjo que el *cuyuntucún* ejerce en el ánimo curioso y entusiasta de aquellos salvajes.

perezosas, y la mala obra que les hacían, se desbarataron. Hiriéronme sesenta caballos y otros tantos cristianos, de flechazos y botes de lanza, aunque los unos y otros no podían estar mejor armados, y no murió sino sólo un caballo a cabo de ocho días, y un soldado que disparando otro vecino un arcabuz le mató, y en lo que quedó de la noche y otro día, no se entendió sino en curar hombres y caballos<sup>49</sup>.

Mientras se remediaban del mejor modo posible los estragos de esta encarnizada función, el Gobernador se puso a visitar los contornos, buscando el sitio más conveniente para fundar un pueblo. Ya por último plantó el real estandarte a orillas del riachuelo Penco, y en la misma playa del mar, posición ciertamente ventajosa y de seguro porvenir para la colonia, asentada en un puerto magnífico, hermosísima bahía, con abundancia de pescados, y muy próxima al caudaloso Biobío, con que se le ofrecía la navegación interior.

Ocurría este suceso el 23 de febrero de 1550, concurriendo toda la columna. Como importara mucho el precaverse contra los embates de los indios, que los repetían sobradamente, sin que los descalabros entibiáran su ardor, se dio principio a la obra, levantando una estacada entre un hondísimo foso, con maderos sumamente gruesos y de mucha resistencia; y fue tal el celo y el apego durante este trabajo, que al cabo de ocho días ya se veían los españoles dentro de un círculo “tan bueno y fuerte que se puede defender a la más escogida nación guerrera del mundo”. Enseguida pasó Valdivia a deslindar todo el terreno interior, dividiéndole en suertes más o menos grandes, que fueron repartidas entre la gente que le acompañaba el 3 de marzo de 1550, y cada cual empezó a levantar en ellas su propia morada. Tal es la época con que da principio la ciudad llamada *Concepción*<sup>50</sup>.

Así guarecidos, bien hubieran podido gozar los españoles de algún descanso abandonando sobre todo la penosa alerta en que tenían que pasar las noches la mitad de ellos, si los araucanos respetaran algo más el fuego de los arcabuces, o que con tan repetidos reveses llegaran a desalentarse; pero fue el caso que, fiados siempre en el inmenso número de combatientes con que sus filas se aumentaban de día en día, y llenos de un arrojo tanto más temerario cuanto mayor se presentaba el peligro, volvieron inmediatamente al frente de un enemigo cuyas armas y pericia militar le hacían sobrado imponente y temible. Bien conocía Valdivia

<sup>49</sup> Eso es lo que Valdivia dijo a Carlos V en carta que le dirigió desde Concepción con fecha 25 de septiembre de 1551.

Dicen todos los historiadores, hablando de esta batalla, que Valdivia estuvo a pique de perecer en ella, y que le mataron los indios el caballo; a ser cierto el hecho de sobra resultara en el contenido de la precedente carta, pues que cuenta cuántos fueron los heridos, cuántos los muertos, y de éstos sólo se anota un caballo que *muerre a cabo de ocho días*... Dicen además los historiadores, que el intrépido *Aillavilú* tuvo la gloria de mandar a los indios esta vez, y de morir en la confusa pelea. Nada habla Valdivia de este jefe; quizá lo hiciera por desprecio, pero entro de lleno en la opinión de aquéllos, con tanta más razón, cuanto que Ercilla, autor contemporáneo, le cita también en su poema la *Araucana*.

<sup>50</sup> Autores hay que pasan la fundación de esa ciudad al 5 de octubre de 1550, y así lo indica también Valdivia en dos de sus cartas. Si el principio de un pueblo no ha de contar hasta desde el día en que se verifica la instalación de su ayuntamiento, razón tienen, pues que el 5 de octubre se instaló el de Concepción; pero nosotros contamos de otra manera.

cómo se preparaban los indios para atacarle y, aunque su audacia iba de par con el violento deseo que sentía por salir contra sus enemigos, todavía se contentó con esperarlos dentro del palenque hasta el anochecer del 12 de marzo, en que todos los oteros y collados de los alrededores aparecieron cubiertos instantáneamente de millaradas de guerreros prontos a descolgarse contra la columna expedicionaria. Eran más de cuarenta mil, y los mandaba el famoso Lincoyán, personaje de tan prodigiosa estatura, cuanto eran singulares sus talentos y su señalado valor.

“Venían (dice Valdivia a Carlos V, con referencia a este suceso) en extremo muy desvergonzados cuatro escuadrones de la gente más lucida y bien dispuesta que se ha visto en estas partes, y más bien armada de pellejos de carneros y ovejas y cueros de lobos marinos cruzados de infinitos colores, que era en extremo cosa muy vistosa, y grandes penachos todos con celadas de aquellos cueros a manera de bonetes grandes de clérigos, que no hay hacha de armas, por acerada que sea, que haga daño al que las trajere, mucha flechería y lanzas, a veinte y a veinticinco palmas, y mazas y garrotes: no pelean con piedras”.

Cuanto era de hacer había hecho Valdivia para desviar a los indígenas de sus hostiles intenciones, y aun algunos días antes les envió varios prisioneros, brindándolos con la paz, si le daban por prenda la obediencia; mas como fueran vanos todos estos medios, hízose la guerra indispensable, y ya no pensó el Gobernador sino en alentar a sus soldados para que le ayudaran esforzados a sacudir un golpe decisivo que sumiese para siempre la indomable obstinación de aquellas hordas guerreras.

Como reparara que el enemigo se le acercaba en cuatro divisiones por cuatro puntos distintos, y de tal modo dispuestas que no podían ampararse simultánea y recíprocamente, corriendo ordenó que Gerónimo de Alderete, con cincuenta caballos, saliese contra el cuerpo que se dirigía hacia la puerta de la estacada, de la cual no distaba ya sino el alcance del arcabuz; y fue la carga tan súbita, tan arrojada y terrible, que no pudiendo los indios contenerla, turbados y sobrecogidos retrocedieron, encarnizándose en ellos la caballería española con inaudita ferocía y crueldad. No salieron mejor paradas las otras tres divisiones. Así es que los indios, sin aliento a vista de una tan grande derrota, y no distinguiendo en derredor suyo sino espanto y confusión, en una presurosa fuga fundaban todos su vida. Todos corrían, ansiosos de allegar a las crestas de montañas inaccesibles a la caballería y como eran tantos, y el desorden tan grande, unos a otros se embarazaban, dando con esto a las armas castellanas cuanto tiempo podían apeteer para saciar su feroz y brutal osadía.

“Matáronse (dice Valdivia al emperador Carlos V) hasta mil quinientos o dos mil indios, alanceáronse otros muchos, y prendiéronse algunos, de los cuales mandé cortar hasta doscientos las manos y narices, en rebeldía de que muchas veces les había enviado mensajeros y hécholes los requerimientos que V.M. manda. Después de hecho justicia, estando todos juntos, les torné a hablar porque había entre ellos algunos caciques e indios principales, y les dije y declaré cómo aquello se hacía, porque los había enviado muchas veces a llamar y requerir con la paz, diciéndoles

a lo que V.M. me enviaba a esta tierra, y habían recibido el mensaje, y no cumplido lo que les mandaba, y lo que más me pareció convenir en cumplimiento de los mandamientos de V.M. y satisfacción de su real conciencia; y así los envíe”.

Injusto, soberanamente atroz fue ese proceder, pero no por eso se intimidaron los hijos del país, antes redobló su exasperación; y si por ser sus desastres tan recientes, no vieron mejor medio que retirarse a sus rústicas moradas, en ellas comenzaron desde luego a meditar y resolver modos de cumplir uno de esos grandes hechos que sólo un muy puro y ardoroso amor a la independencia puede aconsejar. Quieto y libre dejaron a Valdivia en sus acciones, y harto presumió él con esto que los tenía sumisos, llevando por lo mismo todas sus miras y su incansable actividad al acrecentamiento instantáneo de su nueva población. Recogidos cuantos víveres creyó serle necesario, y puestos en paraje seguro, se dio a correr los alrededores del país, mezclándose con los indios, cuya obediencia hubo de parecerle muy natural, muy sincera. Infiérase también si le sería satisfactoria, puesto que, con la simplicidad más cándida, escribe, al cabo de cuatro meses, diciendo que, con la ayuda de Dios, de la santa Virgen y del apóstol Santiago, quienes siempre apadrinaron sus proyectos, había podido reducir la tierra, traerla a paz, y obligar a los indios a que le sirviesen en la construcción de los edificios de la ciudad que estaba fundando<sup>51</sup>.

Al ausentarse Valdivia de Santiago, deja mandado se le envíen dos de los cuatro buques que de Perú esperaba; y ocho días después de su última refriega con los indios, le llegó el capitán y piloto Pastene, con algunas fuerzas traídas por mar. No podía venir más a propósito el refuerzo, por muy pequeño que fuese; así es que se le recibió con singular contento, y más Valdivia que no soñaba sino conquistas. Escasos andaban ya los mantenimientos, y como los indios de las inmediaciones hubieran contribuido con más de lo que fuera de esperar de sus cortas provisiones, tuvo el Gobernador que despachar el bajel de Pastene para las costas de la Araucanía, en busca de maíz, mientras que Gerónimo de Alderete, con sesenta caballos, seguía por tierra la misma dirección, a fin de guardarse y socorrerse recíprocamente esos dos capitanes. El éxito de esta expedición respondió mucho más allá de las esperanzas; pues sobre reparar que la sumisión de los salvajes era general, se procuraron los españoles tal abundancia de víveres, que cayó el Gobernador en la idea de volver a mandar el mismo Pastene con igual cargo para aquellas regiones; y así lo cumplió el piloto cuatro meses después de su regreso, visitando esta vez además de la isla de Santa María, en la que tan bien recibido fue la primera, la isla de la Mocha, cuya población era muy considerable. Comunicó a todos los caciques una orden del Gobernador, por medio de la cual se los convocaba a Penco, para prestar juramento de fidelidad y de vasallaje al rey de España, pena de ser exter-

<sup>51</sup> Algunos autores, hablando de ese último triunfo de los españoles, le suponen tan inesperado, tan milagroso que el reconocimiento votó en su memoria la erección de un templo, alzado cuatro años después allí donde la pelea fue más reñida y aventurada. Con los documentos justificativos que han de ir en tomo separado daremos una idea de los milagros de aquella época, entre los cuales contará la aparición del apóstol Santiago, que vino a ser después el *Nahuelbuta* de los indios. Tal es por lo menos nuestra opinión.

minados si se negasen a darle cumplimiento; y, aunque no la voluntad, sino un exagerado temor, los pusiera en presencia del jefe español, éste quedó muy pagado de la obediencia, y dedujo consecuencias como convenían a sus risueños planes de conquista, que más se dilataban cuanto mayor era la fama que el prestigio de sus armas adquiría. Grandes triunfos se prometía; y no le deslumbró poco el cuadro de un brillante porvenir; sólo que antes de comenzar nuevas empresas, se dedicó al arreglo de la administración en su parte económica y política, instituyendo el Cabildo el 5 de octubre de 1550, con personas de viso y mérito, siendo uno de los dos alcaldes el jurisperito Antonio de las Peñas, que había abandonado la ciudad de Santiago por no ser blanco de enconadas rencillas. Publicó enseguida un ordenamiento en cuarenta y cuatro artículos todos muy ajustados a las necesidades de aquella sociedad, dividió los indios en veintiséis encomiendas, y sorteó los terrenos entre sus soldados, reservando para sí la extensa península situada entre el embocadero del Biobío y el río Andalién.

También se señalaron en la ciudad espaciosos solares para los edificios públicos, como casa del concejo, cárcel, hospital, y sobre todo iglesias, objeto siempre preferente entre aquellos supersticiosos conquistadores, aun cuando se tratase de un insignificante aldeorrio. Se dio a cada individuo aquel espacio de tierra a que, para levantar casa, hubo de parecer merecedor, en cuenta de su rango y de sus títulos, ya que en este punto no fue extremoso el rigor, porque no se quiso herir el amor propio ni la ufanía de aquellos aventureros que una misma causa mantenía, por decirlo así, en igual línea. La catedral quedó bajo el amparo y patronazgo del apóstol san Pedro, como para memoria del nombre del insigne Gobernador, y éste fundó su casa en la plaza, con sobradas conveniencias y bien entendida distribución; lo primero porque era el país muy de su gusto, y lo segundo porque la destinaba para morada de su digna compañera, doña Marina Ortiz de Gaete, que desde Salamanca debía trasladarse a aquellas regiones.

Con todo, no así quedaba asegurada la vida de esta república, ni con ella debía contar a no interesarse Perú en su conservación. Con harta frecuencia marchaban para aquel país delegados de Valdivia, pero muy escasos eran los socorros que le solían recoger. Había mandado a España algunos de sus oficiales y, aunque puesto, por este medio, en relaciones directas con el gobierno de Castilla, sin fruto veía también sus demandas; con cuyo motivo resolvió que Alonso de Aguilera, uno de sus parientes, pasase a la Corte de Carlos, con una nueva e importante misión.

Púsose en camino este sujeto el 15 de octubre de 1550, llevando una muy extensa y detallada comunicación de Valdivia para Carlos V<sup>52</sup>, en la cual le daba cuenta minuciosa de lo que le había sucedido, y en favor de la colonia llevara hecho; pidiendo que, por vía de remuneración, S.M. le conservara en el empleo de gobernador de Chile; le *concediese*, para él y sus herederos, el oficio de alguacil mayor, y las escribanías públicas de cuantas ciudades llegara a fundar; la octava parte del territorio conquistado, honrándole con aquel título que más fuera del real

---

<sup>52</sup> Guardamos copia de este precioso documento, del que extractaremos algunos pasajes para que acompañen a los justificativos que tenemos anunciados.

agrado; el permiso de introducir dos mil negros sin causar derecho de ninguna especie; que le absolviese del pago de ciento dieciocho mil pesos fuertes tomados en las tesorerías de Santiago y de Lima, para los gastos de sus expediciones; que le diese además otros cien mil pesos para ayuda de nuevas conquistas; que le asignase el sueldo de diez mil duros anuales, en atención a los infinitos gastos que le imponía su posición... En fin, como se hubiera determinado que el cura don Rodrigo González, bachiller en Teología, acompañaría a don Alonso de Aguilera, Valdivia concluía recomendando eficazmente a S.M. la persona de aquel sacerdote, y pidiéndole con encarecimiento le nombrase para la mitra de Santiago; pero don Rodrigo desistió de este viaje poco conforme con su avanzada edad, o acaso cediendo a los votos de sus feligreses, entre quienes gozaba de una bien merecida veneración.



## CAPÍTULO XIX

Estado de la ciudad de Santiago. Marcha Valdivia a la conquista de la Araucanía. Funda la ciudad llamada Imperial e instala en ella un cabildo. Regresa a Concepción. Recibe en este punto una carta del Monarca, y otra de Francisco de Villagra dándole cuenta de hallarse en las pampas inmediatas a Santiago. Villagra arriba con dos bajeles a Concepción. Pasa Valdivia a las provincias del sur. Acontecimiento de Calle-Calle. Fundación de la ciudad Valdivia. Reconocimiento del río Bueno y del lago Ranco. Vuelve el Gobernador a Santiago. Gerónimo de Alderete pasa a España. Expedición para las pampas.

(1551 - 1552)

En cuanto Alonso Aguilera hubo tomado en Santiago los pliegos que el Cabildo creyó deber elevar a conocimiento de S.M., comenzó Valdivia sus preparativos para marchar contra las provincias meridionales. No se retardara esta expedición si para efectuarla sólo se hubiera de consultar el afán, el celo con que el Gobernador concurría a todas sus empresas; pero no podía ausentarse de la nueva población, sin exponerla a los ataques de un enemigo, sobre numeroso, soberanamente lleno de una virtud patriótica que le mantenía alentado y resuelto. Si tímidos, si vacilantes parecieron los indios tras los primeros reveses que experimentaron, la razón de esa timidez, de esa perplejidad en el prodigioso efecto de las armas castellanas está, efecto que hubo de sorprenderlos y llenarlos de pavor; pero bien comprendía Valdivia que, rebajándose el prestigio, y preciso era que se rebajase, volverían los indios con mayor audacia, con empeño más violento, y por tanto más arriesgado para los españoles. Recelaba ya también de la sinceridad de las promesas con que los caciques supieron dorar su sumisión y rendimiento, como que los hechos vinieron contra las palabras, y nada le convenía mejor que una estudiada y prudente reserva en todas sus operaciones. Por otra parte, para conducir a término sus proyectos contaba con dos buques que de Perú venían, y era útil aguardar el recibo de semejante refuerzo.

También la ciudad de Santiago reclamaba la atención del Gobernador, pues si bien el Ayuntamiento cuidaba de que la ley fuera acatada, y el orden siguiera su ordinario curso, ya estaban encontradas las opiniones de los miembros que aquel cuerpo componían, y la discordancia pudiera ser fatal a la colonia. El sabio juris-

consulto Antonio de las Peñas, que vino de Perú con Valdivia, era de un carácter arrogante y díscolo. Ya se ha visto cómo so pretexto de injusticia rehusó concurrir a las juntas; pero de rencilla en rencilla fue dando tal importancia a la desunión de los capitulares, que el Gobernador no vio mejor medio para contener el mal, sino llamándole a Concepción, y nombrando en su lugar a Gerónimo de Alderete, al paso que Rodrigo de Quiroga fue señalado teniente del gobierno y de la capitanía general, en ausencia de Valdivia. El 2 de marzo de 1550 entraron en ejercicio esos dos jefes con venia del Cabildo, aunque opuesto y resentido se mostró don Antonio de las Peñas, protestando contra la elección.

Separado este último individuo de su cargo, y con ayuda de Alderete y de Quiroga, ya pudo el Cabildo remover con más fuerza y método cuantos arbitrios convenían al desarrollo y prosperidad del vecindario y del país; publicó, en efecto, pragmáticas en que lucían miras de bien sentida humanidad para con los indios, prohibiendo terminantemente no se los enviase a trabajar en las minas, a no pertenecer a la clase de los de *repartimiento*, y aun de éstos sólo se podría disponer seis meses al año, dejando los otros seis libres de tan penosos trabajos. Renovose también la ley de no vender las mercancías procedentes de Castilla, sino a precio de coste y porte, durante los nueve días primeros a contar de aquél en que hubiesen sido adquiridas; porque éste era el medio de atajar el escandaloso abuso del monopolio; y como servía de moneda el oro en bruto contra los precios del género, se dispuso no tendría curso aquella materia, a no ir con el sello de la contaduría y las armas de S.M., indicio cierto de cumplir los cambios sin fraude, sin alteración ninguna.

Con esta medida había provecho para el comercio, y provecho para el fisco, porque en tan saludable intervención sobre asegurar la ley del metal, se descubría la cantidad, para poder apropiarse el quinto de ella en favor de la Corona, más de una vez perjudicada en esta parte.

Tras esas providencias, y otras que miraban al bienestar de los habitantes, como la distribución de las aguas, y el aseo de las fuentes, todavía se trató de entablar relaciones de franca y amistosa concordia con los hijos del país; se publicó una nueva ley concerniente a las minas, y para impedir abusos de autoridad o de poder pasaron a las de Marga-Marga jueces de conocida probidad, con cargo de contener robos, y prohibir juegos, sobrado comunes ya entre los mineros.

Frecuentes y no aventuradas eran las comunicaciones entre Santiago y Concepción, aun cuando bastante distantes entre sí estas dos poblaciones, y con paso por entre indios nada pacíficos. De siete en siete leguas había un *tambo* o mesón, y con esta ordinaria jornada llegaba el viajero a puntos donde guarecerse, y en los que también encontraba indios dispuestos a acompañarle de *tambo* en *tambo* mediante una corta recompensa. Esto le facilitaba al Gobernador una constante correspondencia con Santiago, atendiendo vigilante a todo cuanto pedía su mayor prosperidad, hasta que puesto Alderete en el empleo de justicia mayor pudo descansar en el patriotismo y en las luces de este hombre de confianza, para volver toda su atención a la meditada empresa contra la Araucanía.

Tenía entonces en su compañía unos doscientos veinte españoles, y esperaba con impaciencia los que de Perú debían llegar de un momento a otro; mas viendo

que el arribo se retardaba, y llena su imaginación de los trofeos que en aquel su empeño traía de antemano recogidos, deja una guarnición de treinta peones y veinte caballos para defensa de la ciudad, donde se acababa de levantar un fuerte hecho de piedra y de adobe; y él con ciento veinte caballos y cincuenta infantes se dirigió hacia el Biobío, cuyo paso cumplió a favor de balsas, y muy cerca del embocadero. Ocurría esto a mediados de febrero de 1551. Como hubo pasado aquel río, siguió su movimiento por la parte de la costa<sup>53</sup>, empeñando de cuando en cuando varias escaramuzas con los indios de Lincoyán, entre quienes no había orden ni arrojo; y así llegó, por fin, sin el menor accidente al río Cautén<sup>54</sup>.

En 1544 había visto Pastene esta localidad y reconocido su importancia; pero esta vez fue tan del agrado de Valdivia, que al instante resolvió poblarla, comenzando con la villa llamada *Imperial*, distante unas siete u ocho leguas del mar, y puesta en el mismo recodo que forma el río de las Damas, al perderse en el Cautén. Para que no peligraran los habitantes de esta nueva población se construyó inmediatamente un fortín mucho mejor acondicionado y defendible que el de Penco; hecho lo cual se emprendieron varias correrías por las inmediaciones para asegurar paz en los indios, o alejar del país los que parecieran dispuestos a la guerra. Asombrado quedó desde luego el Gobernador reparando la inmensa población que aquellos lugares encerraban; la gente era numerosísima aun en los puntos más retirados, fue, pues, causa para que Valdivia proyectara al instante sacar de aquí las ricas encomiendas con que quería remunerar los importantes servicios, el mérito de aquellos de sus compañeros más distinguidos; pero lo adelantado de la estación, y la continuidad de las lluvias, hubo de desviarle del repartimiento ya comenzado, dedicándose a mirar por las necesidades de los cuarenta individuos que habían de formar la base del pueblo *Imperial*, a quienes se les dieron los terrenos necesarios así para fundar como para abrir sus *chacras*, y los indios que habían de cultivarlas. Encomendoles Valdivia se mantuviesen sumisos y obedientes al jefe que les dejaba, y cuánto importaba el que guardasen un honroso comportamiento; y enseguida marchó para Concepción con ciento treinta hombres, a cuyo punto llegó el 4 de abril de 1551.

Grande fue el gozo de los habitantes de Concepción al ver llegar al Gobernador, y con señaladas prendas de cariño le recibieron, porque durante su ausencia habían sido muy vagas, muy inciertas las noticias que de la expedición y sus resultados se adquirieran, mas que confiados en la prudencia y en la habilidad del General, atendieran tranquilos al porvenir y fomento de un pueblo que prometía ventajas de mucho importe. Mayores adelantos hicieran aquellos nuevos colonos si la inconstancia natural de los indios no les dejara poco menos que abandonados a sus propios esfuerzos, siendo esto causa para que a la llegada del Gobernador, todavía se vieran muy atrasados los trabajos dirigidos a la construcción de los monu-

---

<sup>53</sup> No dice Valdivia cuál camino tomó. Autores hay que suponen fue por los *llanos*, es decir, por Angol y Purén cuando otros aseguran haber ido por Arauco y Tucapel; éste es nuestro parecer también, y éste fue el que asentó Ercilla.

<sup>54</sup> Hoy llamado el Imperial.

mentos públicos; aunque merced a su índole activa y emprendedora, luego se dio por concluida la iglesia, así como una sala donde los concejales habían de celebrar sus juntas siempre que fuera de atender a la solución de negocios concernientes al procomunal. Trató además Valdivia de granjearse la amistad de los caciques, pero sin dejar de fortificar más y más la villa, pues no había que fiar mucho en las palabras de los naturales.

Dos meses de tarea en beneficio público llevaba ya gastados, cuando recibió una misiva de S.M., y carta, dos días después, del capitán Francisco de Villagra que con doscientos soldados, y cuatrocientos caballos y yeguas recogidos en Perú, había llegado a las pampas inmediatas a Santiago, y deseaba se le dijese si debía, o no, pasar *incontinenti* a Chile. El capitán Diego Maldonado, que venía acompañando a Villagra, se arrestó a pasar las cordilleras en lo más duro del invierno con ocho hombres solamente, y él fue quien entregó la carta a Valdivia, no menos que el portador de la respuesta, con que se puso en camino diez días después, diciendo resuelto que no serían las nieves las que le habían de impedir el paso a su destino. Ponderaba Valdivia en esta respuesta lo mucho que convenía el que Villagra viniese a reunírsele, como hombre que ya se le hacía tarde el tomar un tan excelente refuerzo para extender con él sus conquistas, y afianzar el goce de las que tenía acabadas. Para mayor dicha suya y de la colonia, llegaron por este tiempo en la hermosa bahía de Penco los dos bajeles que de Perú aguardaba, y en los cuales venían otros cien hombres; no parece sino que la fortuna se declaraba abiertamente en gracia de este arrojado conquistador, reuniéndole en pocos días un cuerpo de tropas hartamente conveniente a sus planes, y sobrado imponente para los indios, ya que los de las inmediaciones dieran muestras de querer mantener amistoso trato con el Gobernador y sus secuaces.

Cobró, con esto, Valdivia nuevo aliento; y dio entrada en su imaginación a planes más extensos, más atrevidos, entre ellos la fundación de otra ciudad al sur de la Imperial, adonde había de trasladar un crecido número de potros nacidos en el mismo Chile; creyendo, por supuesto, que no debía distar mucho esta nueva población del estrecho de Magallanes, y que sería en tal caso de suma importancia política para la corona de Castilla. La ejecución de este famoso proyecto pedía de toda necesidad la llegada de Villagra, y como este oficial también anhelara verse al lado de antiguos compañeros de armas, no tardó en atravesar las cordilleras con toda su gente, y tras un corto descanso que tomó en Santiago, se encaminó para Concepción, acompañado del denodado y activo Alderete.

Brillante acogida dispensó Valdivia a éstos sus dos valerosos tenientes, no sólo porque así lo aconsejaba la ley de la gratitud sino porque daba en ello suelta al grito de la pura, la íntima y franca amistad que desde muchos años atrás ambos le merecían. Inquieto le había tenido la larga ausencia de Villagra; mas subido, por lo mismo, fue el júbilo que experimentó volviéndole a ver a su lado, sobre todo cuando le procuraba tantos brazos para realizar las brillantes esperanzas fundadas en sus proyectadas conquistas. Llegó Villagra en ocasión en que el Gobernador atendía, con resuelto empeño, al asiento de reglamentos de policía urbana, con leyes también que endulzaban la posición de los indígenas, haciendo fuesen sus

personas respetadas; decretose, además, el aumento a la multiplicación de los *tambos* que habían de allegar hasta la Imperial, sirviendo de comunicaciones fáciles, prontas y seguras, entre esta última villa, Concepción y Santiago capital del país, y por consiguiente punto céntrico de todas las combinaciones sociales y políticas.

En estos importantes trabajos gran parte tuvo Francisco de Aguirre, que de La Serena viniera a verse con el Gobernador, reclamando un sello semejante al de que se usaba en Santiago para marcar los rieles de oro que servían de moneda en los tratos, lo cual le fue concedido, sólo que como no se hallara en Concepción platero ni grabador alguno capaz de abrir el tal sello, fue preciso encargarle a Santiago, arreglado al modelo del de la tesorería general; y con esto pudo Aguirre contener un tanto el fraude y estorbar la liga con que empezaban a correr en su colonia las barras de oro.

Harto se infiere cuánto se avivaría la ambición de Valdivia en presencia de los refuerzos que por mar y por tierra acababa de recibir; y bien se ve también cómo se han multiplicado sus medios de acción. Si quiere más auxiliares puede contar con los indios de los alrededores de Concepción, pero todo lo espera del valor de sus tropas; le basta el prestigio de sus armas; cree, por otra parte, que hay mala fe en los naturales; aun cuando así no sea, no distingue que sean ellos ni de una mediana importancia para la solución de una refriega, y por lo mismo solamente admite un número de indígenas para el transporte de los bagajes, pareciéndole que sus conquistas han de ser rápidas y seguras.

En esta expedición que marchó, como la primera, bordeando la costa, iban Gerónimo de Alderete y Francisco de Villagra. Dirigióse el Gobernador, ante todas cosas a Imperial, deseoso de conocer cuál era el estado de esta nueva colonia, y de encomendar a sus habitantes ciertas medidas de precaución, y de utilidad común. Enseguida siguió hacia el sur hasta llegar al caudaloso río Calle-Calle, que sale de la laguna Huanehue, y vierte en la vasta bahía descubierta por Pastene en su primer viaje marítimo, y a la cual dio el nombre de Valdivia, en honra del digno Gobernador que esta misión le encargara. No mostraron gran pujanza los indios en las diferentes veces, que durante este tránsito, salieron contra las armas españolas, mandados las más de ellas por el apagado Lincoyán; pero como llegaran a aquel río, ya se les puso al frente un numeroso ejército de los hijos de la tribu de los cuncos, muy decididos a impedir el paso; indispensable se hacía la refriega, y a darla se disponían ambos campos, pero una mujer llamada Recloma, queriendo economizar la sangre de sus semejantes, corrió al instante de campo a campo exhortando a los jefes a la paz, y con sus palabras logro templar la irritación de los cuncos, poniéndolos, aunque de una manera tácita, bajo el yugo de los alentados extranjeros.

A los esfuerzos de la caritativa Recloma y sus resultas, satisfecho y contento se mostró el general castellano, porque al fin bien le pareció evitar una guerra que pudiera traerle disgustos, y acaso males; pero con todo hartó le pesaba en su interior el no haber hecho ostentación del poder de sus armas, y del valor de sus tropas, ante aquella turba de desconsiderados, tanto como atrevidos guerreros, a quienes hubiera puesto en derrota con facilidad, y dado una lección de escarmiento muy

útil para en adelante. Consolose, empero, con la esperanza de que semejante ocasión no tardaría en presentársele, y por entonces se puso en busca de un punto a propósito en que fundar otra colonia para entrar en posesión de aquellas tierras. Se alzó, pues, la nueva población, y como fuera costumbre dar un nombre a todos los lugares conquistados, respetó esta vez el Gobernador las intenciones con que Pastene había bautizado en otro tiempo aquella famosa rada, y por consiguiente el Calle-Calle y la villa se llamaron también Valdivia.

Con marcado interés, con exquisito esmero atendió el Gobernador a la prosperidad de este pueblo de su nombre, y esta preferencia la justificaba una posición de las más hermosas, de las mejor socorridas, y que pareció brindar con cuantos elementos son menester para prosperar segura y rápidamente, quedando, además, defendida por una extensísima bahía, y libre de toda invasión naval a merced de algunos fortines, por insignificantes y débiles que fuesen.

Más ambicionaba Valdivia cuanto mayor era la facilidad con que adelantaba sus conquistas, y más grande la importancia que ofrecían en provecho de la corona de Castilla. Parecíale poco la posesión de un territorio capaz de contener más de diez millones de habitantes y, aunque le traían muy entretenido los trabajos de construcción, las disposiciones reglamentarias y gubernativas para afianzar cuanto conviene al orden y la tranquilidad de los nuevos colonos, todavía maduraba en su fecunda imaginación el mejor modo de asentar otra colonia capaz de servir de barrera a todas las demás, pues que había de contener y estrechar los indios del interior del país. En efecto, hallábanse sobre la costa, o en sus cercanías, las ciudades Concepción, Valdivia e Imperial, y nada tan urgente, nada más indispensable como el tener un pueblo al pie de las cordilleras, para evitar así que aquéllas no fuesen acometidas, pues sólo se había de enfrenar el carácter independiente e indómito de que alarde hacían algunas tribus araucanas, con el asiento de una como cadena, o escala de baluartes de distancia en distancia; mas no tenía tiempo el Gobernador por entonces rodeado de mil atenciones, ya para distribuir tierras a los nuevos colonos, ya para el arreglo de la administración pública y municipal, cuya tarea le había de llevar hasta fines del otoño, del que no se estaba muy lejos.

Quería, por otra parte, recorrer los contornos, y ver si el país era tan importante, de tal preponderancia militar como él se lo tenía figurado, llegando a considerarle la llave de toda la mar del sur, entre tantas miras preciso era aplazar la ejecución de aquel atrevido plan, ya que no por ello le perdiera de vista; antes revolviéndole más y más cada día con cuanto pulso y cuidado son de suponer en un militar prudente y experto, vino en ordenar que Gerónimo de Alderete marchara a desempeñarle. La elección no pudo ser más acertada, porque en Alderete había actividad, valor y sano criterio; así es que con sesenta hombres escogidos de entre los que Villagra había traído de Perú caminó para las cordilleras, y en marzo de 1552 levantó contra las márgenes del lago Mallalauquén la villa llamada *Villarrica*, en razón de los preciosos mineros de oro que allí se vieron.

Mientras que Alderete se ocupaba en poblar este nuevo país, el Gobernador activaba cuanto podía el fomento de su nueva ciudad, resuelto a ponerla tal cual conviene a una plaza militar, que la naturaleza quiso, cuidadosa y liberal, hacer

desde luego fuerte y resguardada. Envidiosas ya las naciones del continente europeo, al ver cuántas y cuán ricas provincias gozaba España en las Américas, deber era de los jefes de aquellas conquistas el atender a la conservación de sus posesiones, y defenderlas de los indígenas constantemente en pugna por arrebatarlas, como de los extranjeros que vinieren a invadirlas, y para contra éstos no hay duda que la bahía de Valdivia prestaba grandes ventajas. Es, por decirlo así, la puerta de todo el mar del sur, y podía servir de punto de reunión a cualquier armada que las circunstancias guiaran hacia aquellas regiones, o de abrigo a la que huyendo de un revés o contratiempo viniera a refugiarse en ella. Conveniente, por lo mismo, que Valdivia persiguiera con tanto empeño utilizando los importantes recursos que la naturaleza le ofrecía, y de los cuales precavido se armaba contra el porvenir, fundando su ciudad en medio de dos budiales que la tenían resguardada, y dotándola con mayor número de moradores que en las otras ciudades dejara, si exceptuamos la de Santiago.

Impaciente también de examinar el interior del país, y acercarse más al estrecho de Magallanes, emprendió un nuevo reconocimiento con una corta escolta para defenderse, en caso de ser acometido, pero hízolo en dirección del sur, y por un camino ante el cual debiera postrarse toda ambición de conquista por muy exagerada que se suponga, porque era, en efecto, intransitable. Sin embargo, Valdivia siguió impávido su resolución hasta que al fin dio en la risueña y rica vega de Daglipulli, y después a orillas del río que hoy se llama *Bueno*<sup>55</sup>, cuya corriente no osó atravesar, antes caminó agua arriba hasta la laguna de Rancho, visitándola en casi toda su circunferencia; tomó el camino de Huiti, y entró de nuevo en Valdivia, tras poco más de un mes de ausencia. No fue larga su permanencia en este lugar, porque queriendo que Alderete pasara en comisión a España, y concluir durante el invierno los reglamentos administrativos de la capital, sólo se detuvo unos días para dictar varias providencias, al cabo de las cuales se ausentó dejando cien colonos<sup>56</sup>, y pasando con la demás gente a Villarrica en la cual le esperaba su alentado capitán.

Con minucioso cuidado estudió el Gobernador el trazo o diseño que Alderete tenía dispuesto para aquella población, y ya se veían dentro algunas casas; pero parecióle el punto desnudo enteramente de miras que la estrategia toma siempre en cuenta, más necesarias entonces, cuanto mayor era el peligro, y las fuerzas de resistencia más cortas y más aisladas. Cambió, por lo mismo, de lugar asentando su colonia allí donde el lago Mallalauquén presta su caudal al río Toltén; pasó algunas semanas dirigiendo los trabajos de construcción, determinando los terrenos para cada uno de los cincuenta colonos que en este pueblo habían de quedar;

---

<sup>55</sup> Pretenden varios autores que Valdivia llegó en esta ocasión hasta el archipiélago de Chiloé, y que visitó parte de él: es falso; no pasó el río Bueno; desde aquí se encaminó hacia la cordillera, y regresó a Valdivia en cuanto recorriera la inmensa laguna de Rancho.

<sup>56</sup> El cabildo de Valdivia envió al rey de España, con fecha 20 de julio de 1552, una relación de los servicios del Gobernador; y en ella se dice que el número de los moradores era doscientos; pero preferimos quedar en cien, que cien señala el mismo Valdivia en una de sus cartas.

dioles también los indios necesarios a su servicio, y como hubo nombrado un ayuntamiento entre los sujetos más dignos y capaces, se puso en movimiento para Imperial, atravesando después las llanuras de Lumaco y las de la costa sobre las cuales levantó los tres fortines de Purén, Arauco y Tucapel, en mejor defensa de las nuevas colonias, y mayor seguridad de sus recíprocas comunicaciones; cumplidos estos trabajos marchó a Concepción.

A fines del invierno de 1552 ya estaba el Gobernador en Santiago, preparando el viaje de Alderete a España, adonde tantos comisionados había enviado, entre ellos a su pariente Alonso de Aguilera, siempre en la idea de hacer comprender al gobierno de S.M. la importancia de las conquistas, para que acudiera de un modo directo y activo a la prosperidad de las colonias. Alderete era muy a propósito para semejante misión, porque desde que Valdivia salió del Cuzco no se había apartado de su lado; tenía vistas todas sus empresas, desempeñando los primeros empleos civiles y militares, y por tanto, un perfecto conocimiento de las necesidades, como de los vicios de cada una de las administraciones; y con esto, además de serle fácil el dar cuenta fiel y circunstanciada del estado del país, todavía podía indicar aquellos medios de que convenía echar mano para mejorar la posición. Era, pues, tan útil cuanto oportuno el que hiciese este viaje, cuyos resultados pudieran ser satisfactorios; así es que Valdivia, apeteciendo dar salida a este intento, se puso a escribir una memoria para el gobierno español, donde con harta proligidad pintaba todo cuanto ofrecía Chile, sus recursos, y el porvenir que debían prometerse los españoles en él establecidos. Así dispuesto, le entregó a Alderete una crecida suma de dinero para sus particulares encargos, y además todo el oro que por razón del quinto real se hallaba en las arcas de la tesorería. Los ayuntamientos de las nuevas poblaciones, fiando en las nobles prendas y buenos deseos de aquel comisionado, y seguros también de que los había de servir con celo, le dieron competentes poderes, y una suma de trece mil pesos fuertes, para que solicitara y obtuviera de la corte de Castilla las demandas que cada uno de aquellos expuso por escrito; y como todo pareciera corriente y arreglado hacia el septiembre de 1552, Alderete se despidió de su esposa, pasó a Valparaíso acompañado del Gobernador y de varios oficiales y amigos, en cuyo punto se embarcó para Lima en un bajel que, a decir de Herrera, acababa de traer algunos alquiladizos a Chile.

Regresó el Gobernador a Santiago y emprendió sin tardanza todas cuantas reformas administrativas aconsejaban el estado de la sociedad, y las lecciones de la experiencia. Comenzó ante todo por ver cómo había de traer los indios al cristianismo, cómo apartarlos de los caprichos, de la pasión tal vez brutal, a que una soldadesca inmoral, atrevida, orgullosa e intolerante solía darse, aun en presencia de sus propios jefes, sin que éstos osaran reprimirla; y al efecto, dispuso con el Cabildo ciertos acuerdos relativos al servicio de los naturales. En ellos se establecía que nadie podía cargar en un indio más de dos arrobas, ni cogerle, ni obligarle a que le siguiera en viaje a no ser de los de su propia encomienda. Como existiera entre ellos la bárbara costumbre de matarse unos a otros, a instigación de sus adivinos, allí llamados *ambicamayos*, se acordó que de vez en cuando recorrieran los jueces el país al fin de acabar con las horribles ceremonias de los *ambihechos*, castigando

severos a los que se empeñaran en mantenerlas. Cuidó, además, del aumento y mejora de los *tambos*, como que por ellos tenía la capital relaciones abiertas con los demás pueblos de la provincia; revisó las ordenanzas de economía y orden social; por fin volvió a pensar en la sumisión de nuevas tribus, porque en Valdivia la pasión de las conquistas era ya una necesidad, dominaba todas las demás, se convertía en frenesí, imponía silencio a todo otro deseo, y en el alma de aquel hombre se aglomeraban de tal suerte los proyectos, parecían todos tan elaborados, y tan factibles, que no había sino pasar a la ejecución por débil que fuera el destello de la esperanza que los recordara.

Francisco de Villagra hubo de notar admirado, durante su permanencia en las pampas al regresar de Perú, que aquel país era sumamente vistoso, acomodado, y rico; ya se supone cuánto esta noticia ensancharía el corazón del Gobernador, y si la recibiría con sobrado entusiasmo; en verdad que muy natural era pensar en esta conquista, porque extendiéndose ya los límites de su gobierno hasta Tucumán, parte de aquel país, preciso se hacía reconocerle con mayor o menor detenimiento, puesto que los establecimientos situados en la Araucanía dejaban suponer que la dependencia de todo el Chile quedaba asegurada.

Este plan de conquista era, además, muy del gusto del cabildo de Santiago, y por propio interés. La medida de la riqueza de cada particular estribaba entonces en el número de los indios que poseía como encomendero; y estos indios no andaban numerosos, sobre todo al norte de Santiago, desde el valle de Aconcagua hasta el páramo de Atacama. Ya se habían quejado de la escasez de brazos para el trabajo, el ayuntamiento de La Serena, y las familias principales de esta población, proponiendo que debieran cumplirse algunas excursiones a la parte de las cordilleras para recoger trabajadores; por tanto los deseos de unos, y las necesidades de otros allanaron al instante cuanto para la empresa pareció de útil y conveniente acopio, y se resolvió la expedición.

En mejor y más pronto resultado, fue ésta determinada por tres distintos puntos invadiendo a la vez el valle de Coquimbo, el de Aconcagua y el de Villarrica, enteramente al sur de la Araucanía. Capitaneara la primera columna Francisco de Aguirre, con orden de adelantarse hasta Tucumán, y visitar la villa del *Barco*<sup>57</sup> fundada en este país por el capitán Juan Núñez de Prado a virtud de mandato del presidente y licenciado Pedro de la Gasca, cuya población dejó sometida a Valdivia, desde que por ella pasó Francisco de Villagra, siendo enseguida separada por el mismo Prado, de la dependencia de este Gobernador. Era jefe de la segunda un capitán no menos entendido<sup>58</sup> que debía internarse cuanto posible fuera en las pampas situadas frente a Santiago; en fin, acaudillaba Villagra la tercera, encargado de

---

<sup>57</sup> En ninguna historia de Chile se halla impreso, o ande manuscrita, aparece el nombre de esta población, como no sea en la que escribió José Pérez García, y después Carvallo, repetición casi literal de la de aquél; y ambos la señalan equivocadamente contra las márgenes del río Illapel, cuando estaba en el valle de Tucumán. Ni podían estos autores hablar de un modo determinado, puesto que sólo la vieron citada con vaguedad en varios acuerdos del ayuntamiento de Santiago.

<sup>58</sup> Las cartas de Valdivia no dan el nombre de este capitán.

llegar hasta el océano Atlántico, distante unas cien leguas de Villarrica, según opinión de los indios que en este pueblo se mantenían. Esta última columna cumplió su movimiento mucho antes que las otras dos<sup>59</sup>. Para que el reconocimiento fuese más completo, y más uniforme la marcha de estas tres columnas despachadas por tierra, Francisco de Ulloa, capitán de luces y de aliento, marchó con dos bajeles y algunas tropas en dirección del sur de la ciudad Valdivia, dando con infinidad de puertos y de islas muy pobladas. Acaso llegara navegando hasta el estrecho y no regresara a Concepción sino después de la muerte del Gobernador.

---

<sup>59</sup> Los autores no hablan sino de la columna de Francisco de Aguirre; algunos detalles da Valdivia en sus cartas acerca de las otras dos.

## CAPÍTULO XX

Dichoso desenlace de la empresa. El cabildo de Concepción reprueba el sistema colonizador de Valdivia. Funda éste el pueblo de *Angol*, o de los *Confines*. Mineraje. Arribo de dos buques de Perú. Expedición del sur a las órdenes de Francisco de Villagra. Sabe Valdivia la insurrección de los araucanos. Carácter de este alzamiento. Desavenencias entre los indios a propósito de la elección de un toqui. Restablece Colocolo la armonía y hace que el nombrado sea Caupolicán. Calidades y mérito de este cacique. Su ardid para tomar la plaza de Arauco, y suceso fatal que produjo. Marcha contra la de Tucapel y la asedia. Estado desesperado de la guarnición. Abandona ésta la plaza y se retira a Purén.

(1552 - 1553)

Conquistado Tucumán y las pampas limítrofes al Chile propiamente dicho, sin duda iba Valdivia a verse dueño absoluto de todo el círculo que el virrey de Perú le tenía señalado por límites de su gobierno, y con una como soberanía secundaria, cuya dominación alcanzaba muchedumbre de tribus, que la diferencia de usos y costumbres mantenía separadas. Como de todas sus empresas saliera según habían sido los deseos, como a su imperiosa voluntad todo parecía ceder sin gran esfuerzo, en fin, como la fortuna le continuara risueña sus veleidosos favores, llegó a formar tan exagerado juicio de sus armas, y del valor de su gente, que se figuró indestructible su poder, afirmado para siempre jamás, y en su loca fantasía ya no rayaba sino la posibilidad de dar a sus dominios esa respetable importancia que otros países de América tenían adquirida<sup>60</sup>.

---

<sup>60</sup> El feliz suceso, la victoria,  
La fama y posesiones que adquirirían,  
Los trajo a tal soberbia y vanagloria,  
Que en mil leguas diez hombres no cabían.  
Sin pasarles jamás por la memoria  
Que en siete pies de tierra al fin habían  
De venir a caber sus hinchazones,  
Su gloria vana, y vanas pretensiones.

(*Araucana* de Ercilla, Canto primero).

Por desgracia pecaba de muy grave su sistema de colonización, y tenía que acarrear en su día un gran cúmulo de tribulaciones, porque establecidos los pueblos a largas distancias unos de otros, el amparo recíproco había de ser tardo, difícil, acaso imposible; pero nada de esto se tomó en cuenta, deslumbrado como le tenían los repetidos triunfos, y la bien figurada sumisión de los naturales. ¡Mil españoles cuando más, diseminados en tan vasto territorio, donde pululaban hombres así de temer en consideración al número, como por su salvaje y característica osadía!... ¿No debió reparar el Gobernador que su poder disminuía cuanto más terreno abrazaba, porque necesitaba desmembrar sus fuerzas, y por tanto debilitarlas? En tal caso viera las funestas consecuencias a que arriesgaba el país, sobre todo si despertando los araucanos corrían reclamando con feroz imperio esa santa e independiente libertad que en sus pechos había visto grabada Valdivia, en más de una ocasión.

No eran de este temple los indígenas de la parte norte, y por consiguiente tampoco había causa para temerlos, aunque Michimalonco proseguía tenaz en su empeño de recobrar la independencia, y no anduvieran olvidados los horrores que en La Serena cometiera; porque al cabo, si todo esto no fuera digno de un absoluto desprecio, no pedía a lo sumo sino una prudente vigilancia; pero los indios del sur merecían distinto trato: su aguerrida continencia, sus manejos, su porte siempre equívoco, harto daban en que entender; demasiado recordaban lo que anteriormente habían hecho; y con ello dijeron también al entendimiento de los hombres que sabían pensar, todo cuanto eran capaces de hacer. Inquieto y receloso hubo de sentirse el mismo Valdivia respecto a este particular, siendo de atribuir a su recelo el aglomeramiento de pueblos que puso en este país activo y belicoso, como para estrechar y encadenar mejor a sus hijos, pues que en el resto de la nación las poblaciones eran tan raras que casi se mantenía desierta.

Con elogio habláramos del sistema colonizador de Valdivia a verle sobrado número de brazos para poblar, y poner sus pueblos bien guarnecidos: en tal caso la conquista de todo el país y la dominación de la arrogante Araucanía eran ciertas, seguras; pero sin esa condición locura el aspirar a tan grandioso fin. De Perú venían algunos refuerzos, mas de tarde en tarde; la madre patria estaba muy distante para esperar en los que ella pudiera suministrar; debía pues Valdivia usar de las armas existentes en Chile concentrándolas en un solo punto; cuyo círculo hubiera podido abrir poco a poco labrando con cautela y prudencia una dominación tan fácil de hacer, como de conservar. Y tal fue el parecer de muchas personas de viso y de sano juicio, sólo que este dictamen no podía aunarse con la índole inquieta y ambiciosa del Gobernador, empeñado en hacer sus conquistas tanto y más sonadas en el continente europeo como ya lo eran las que Cortés y Pizarro habían acabado. Así es que lejos de reconcentrar fuerzas, fue a desmembrarlas plantando nuevas colonias en el seno mismo de la orgullosa e indómita Araucanía.

Dictadas las reformas administrativas en Santiago, y determinado un extenso reglamento de policía, que hubo de someter a la aprobación de la audiencia real de Perú, se puso Valdivia en camino para Concepción, donde entró a fines de 1552. En los primeros días de enero de 1553, ya tenía a su disposición cuanto creyó serle

de necesidad para penetrar en el interior del país, y levantar nuevos pueblos, cuya conservación y defensa le parecía asegurada en un corto número de hombres, a los cuales se les distribuían grandes suertes de tierra y algunos indios, pues esto era, en verdad, lo que más querían los colonos, y en ellos fundaban sus mayores esperanzas. Como el cabildo de Concepción conociera a fondo la índole y el carácter de los naturales, no titubeó un instante en abrirse con el Gobernador diciéndole cuán inconducente le parecía la fundación de nuevas colonias, y las desgracias a que se los exponía; pues que dispersos los habitantes en destacamentos tan pequeños, su resistencia había de ser sumamente débil, e imperfecta, dado que se los atacara con tesón. Estas observaciones, hijas de un temor fundado, también las apoyaron varios militares de nota, mas en nada rebajaron la resolución de Valdivia, cuya entereza no dejó de escocer a los concejales considerándose desdeñados.

El Gobernador partió, pues, a la ejecución de su plan caminando contra el curso del Biobío, y quedó sumamente encantado al descubrir la famosa vega de Angol, pues le parecía no haber visto nunca tan hechicera perspectiva, ni lugar más a propósito para un nuevo establecimiento o pueblo, bajo el nombre que el mismo sitio llevaba, y que más tarde se llama Angol, o los Confines. Fue el primer edificio, según costumbre, un fortín; enseguida vino la distribución de terrenos entre las personas que habían de componer esta colonia; y por fin, la elección de concejales, apareciendo en éstos el ya recordado licenciado Las Peñas, que la fatalidad llevaba errante de pueblo en pueblo.

Vuelto Valdivia a Concepción para terminar el reglamento concerniente al mejor estar y trato de los indios, por los cuales siempre sintiera un solícito interés, se le anuncia el descubrimiento de ricas minas de oro en los oteros inmediatos a Confines; y ya se beneficiaban también las de Quilacoya con fundadas esperanzas de buenos rendimientos, sólo que los trabajos iban lentos y sin constancia, y por lo mismo de muy poca monta los frutos; pero en ello no hacían los colonos sino conformarse con las órdenes del Gobernador, opuesto siempre al beneficio de los mineros, en tanto que no llegaran a verse las colonias con seguro porvenir, y sólidamente establecidas<sup>61</sup>. Con todo, ansioso de ver prosperar el país que por suyo contaba, considerando que a este fin convenía multiplicar los brazos europeos, pero que para atraérselos eran necesarias prendas que pregonasen la riqueza del suelo, y le diesen reputación en el continente, dio de mano a su natural repugnancia, ordenando se echasen los moradores a la explotación de las minas, o en busca de oro en polvo y pepitas, pudiendo cada uno emplear una parte de sus indios, que alternarían con más a menos regularidad. También Valdivia envió el gran número de los que poseía en sus encomiendas de Arauco y Tucapel; y, si bien fueron muy satisfactorios los resultados que obtuvo, si este género de ocupación llegó a hacer

---

<sup>61</sup> “Y como al presente no se saca oro sino en esta ciudad de Santiago y La Serena, atento a que no consiento se saque tan presto en las demás que tengo pobladas a causa de asentar y cimentar bien los naturales, y que los vecinos se perpetúen en hacer sus casas y darse y sembrar y criar, por ennoblecer la tierra para su perpetuación, etc.”

(*Carta de Valdivia a Carlos V.*)

las delicias de todos los españoles, pues creyeron ver afianzado un porvenir venturoso, del Gobernador no podía alojarse la ambición de las conquistas, ni su errado sistema de multiplicar pueblos y pueblos en daño de los ya establecidos, porque, como se ha dicho, las fuerzas se diseminaban, y quedaban más expuestas al furor de sus salvajes y crueles enemigos.

Enteramente al sur de Río Bueno pensaba esta vez ir Valdivia, siempre con el fin de allegarse al estrecho de Magallanes, punto, en su sentir, muy importante para la consolidación de las posesiones españolas en aquellas regiones, y único paso para dar entrada al comercio de las especias, de que ya se tenía conocimiento en las islas del mar del sur. Esta era también la opinión de los miembros del cabildo de Concepción, y de otras poblaciones de la Araucanía, mas objetaban, sin embargo, contra las conquistas, que decían ser útiles, y expuestas, atendido el corto número de españoles existentes en Chile; y se alzarán resueltos a impedir las si la gratitud, si el prestigio del jefe conquistador, no tuviera el poder civil en la incapacidad de medirse con el poderío militar. Hubieron, pues, de ceder a las pretensiones de Valdivia y auxiliarle con cuanto convenía al caso.

No podía ser crecido el número de los soldados destinados a esta empresa, y aun pareciera insuficiente a no llegar con mucha oportunidad dos buques de Perú que conducían algunos reclutas, y entre los pasajeros, la esposa del Gobernador doña Marina Ortiz de Gaete y su hermana doña Catalina, que casó a muy poco con Lorenzo Suárez de Figueroa. Alderete fue quien aconsejó a aquella señora el paso a Chile, y tierna y sentimental fue la acogida que le hizo su ilustre marido; pero el público la recibió con muestras de imponderable contento, manteniéndose varios días en fiestas y regocijos con un entusiasmo cada vez más crecido y más patente. Quizá, se creyera que esta circunstancia, la edad algo andada ya en el Gobernador, el descalabro a que su salud había llegado tras una vida tan laboriosa y agitada, le traerían a nuevas reflexiones, de que hubiera de resultar el total abandono de sus proyectos de engrandecimiento, porque al cabo con ellos nada tenía que prometerse como no fuera un muy feble destello más de la celebridad a que sus importantes hechos le habían llevado; pero aún no sonaba para él la hora del descanso, y en su irresistible ardor por los combates, se entregó contento a la pasión de sojuzgar nuevas tribus, y afrontar con ánimo sereno los peligros.

Pronto salió para el Biobío, por disposición de Valdivia, el bizarro Villagra (don Francisco) general de los reales ejércitos, y su lugarteniente, quien llevaba orden para fundar contra aquel río una ciudad que había de llamarse Santa Marina de Gaete, en memoria de su ilustre compañera; él, por su parte, estaba ya disponiéndose para pasar a esta nueva colonia, con treinta hombres que al intento reservara, y en esto le cogió la noticia del alzamiento general de los indios, puestos las órdenes del intrépido Caupolicán.

Eran señores los españoles de casi toda la Araucanía, y desde que la invadieron no fermentaban en los pechos de los naturales sino ideas de odio y de venganza. Acostumbrados a mandar y nunca a obedecer, en su dominación no hacían sino meditar silenciosos, y con estudiado misterio, sobre el medio de reducir al polvo esas cadenas entre las cuales se encendía su orgullo, pues les parecían ignominiosas

a par que insoportables, y era preciso no sosegar hasta el total exterminio de aquellos arrojados aventureros que a labrarles afrenta, inquietudes y disgustos vinieran.

Mandábalos todavía Lincoyán, cuyo carácter no respondía a la sublime misión que el amor de la patria inspiraba, pues o por sobrado circunspecto, o por falta de tino y de luces, en todas sus empresas había sido desgraciado; con lo cual difundía temor, desaliento entre los suyos, casi desesperanzados del porvenir. En semejante estado de abatimiento bien había menester de remover los ánimos de aquellos salvajes, para sacarlos del letargo en que infinitos reveses, y prodigiosos acontecimientos los tenían hundidos; por su cuenta tomó esta patriótica encomienda un anciano y virtuoso cacique, de mucho nombre en el país.

Este noble caudillo, llamado Colocolo, ansioso de recobrar la independencia nacional, sacando a su país de tantas desgracias como le aquejaban, comenzó a rehacer el espíritu de sus compatriotas, invitándolos a una liga general. Sus canas, la mucha experiencia que del mundo tenía, y más que todo, como con su acendrado patriotismo se había granjeado la estima y la confianza del país, en donde gozaba de una prestigiosa influencia, de todas esas circunstancias hubo de echar mano a fin de convertirlas en provecho de su suelo natal. Se puso, pues, a recorrer las principales tribus despertando su amor propio con recuerdos de su antiguo poder, y brillantes hechos; y como lograra traerlas a una asamblea, hízoles admitir la posibilidad de rescatar su perdida libertad, si aprovecharse querían de la dispersión y del aislamiento en que se había puesto el ejército enemigo. Su decir, que por lo simple rayara en lo profético, pareció tan convincente que unánimes los indios juraron dar sus vidas por la salud de la patria, trayendo por testimonio de este voto tres españoles prisioneros que fueron sacrificados al *Pruloncón*<sup>62</sup>.

Despedazados en muy menudas porciones los cuerpos de aquellos tres desgraciados, fueron mandados a todas las tribus en señal de un apellidamiento militar, y éstas aceptaron el presente dando así a entender que adherían a la resolución.

Los caciques y los úlmenes entraron contentos en las miras del venerable Colocolo, porque también les pesaba el atribulado y oprobioso existir a que los españoles los tenían reducidos, resueltos, como estaban, a sacudirle, cualesquiera que fuesen los sacrificios al caso necesarios; así es que abrazando el proyecto del anciano cacique, en muy pocos días lograron verse todos reunidos en lo más retirado de un frondoso bosque. Indecible el entusiasmo que acompañó a esta reunión nacional. Llenos todos los caciques de un cruel enojo contra los extranjeros, todos aspiraban al mando en jefe de esta santa liga, sobresaliendo entre tantos el famoso Elicura tan esforzado como valiente; el atrevido Tucapel, acérrimo enemigo de los cristianos; el denodado Angol, y el no menos bizarro Millarapue; el salvaje Cayocupil, jefe de los rústicos serranos; eran, en una palabra, infinitos los que codiciaban parte en la gloria y en los peligros de aquella conjuración<sup>63</sup>. A pique estuvo

---

<sup>62</sup> Nombre de la ceremonia que se hace en toda asamblea de indios cuando como en este caso, se trata de inmolar a los enemigos de la patria.

<sup>63</sup> En *La Araucana* de Ercilla se pueden ver los nombres de otros muchos caciques que asistieron a esta junta, y el número de indios de que cada uno se hizo acompañar, o podía disponer.

de quedar comprometida la causa araucana en las acaloradas discusiones que el exceso en las bebidas hubo de provocar aquel día<sup>64</sup>; pero a través de esta perturbación de los espíritus, todavía hay que ver, no la ambición, sino el patriotismo disputándose la honra de dirigir la proyectada empresa, hasta que llegada a colmo la agitación, salió Colocolo llamando al orden; y ponderando cuánto importaba una unión estrecha y franca entre todos los jefes, hízose juez árbitro de opiniones y de partidos, y señaló para el mando de la expedición al intrépido Caupolicán. Grande fue el júbilo de toda la asamblea al reparar en una tan acertada elección<sup>65</sup> porque era, en efecto, un cacique de muy distinguido mérito, esforzado cual ninguno, de tan imponente cuanto majestuosa presencia, aunque ciego de un ojo; y en su reputación traía justificadas prendas de valor, de prudencia y de liberalidad. Hablaba Colocolo de este jefe con tal admiración y entusiasmo tanto; era tal el respeto que le rendían las tribus vecinas de Pilmayquén, donde él tenía su cacicazgo, que fue preciso reconocer en este indio la persona más idónea para salir airoso del empeño que iban a acometer.

En tanto que los demás caciques se disputaban ardorosos la gloria de mandar, el juicioso y modesto Caupolicán se mantuvo aparte de la discusión, y sin presenciar lo que deliberaba la asamblea, hasta que Colocolo salió en busca suya para verse aclamado toqui principal con unánime asentimiento, y armado del hacha, divisa de este cargo, y de la cual se desnudó Lincoyán con franca y leal resignación. Bien conocía el nuevo general los deberes del empleo a que se le acababa de llamar, y se propuso, desde luego, llenarlos con el celo, con el talento que le distinguía, comenzando a rodearse de cuantos jefes habían de ayudarle en la empresa, y aun sucederle en el mando, siempre que las circunstancias lo hicieran necesario. Mariantu, pariente suyo, fue nombrado *vicetoqui*; Tucapel tuvo un grado superior, y otro semejante le cupo a Lincoyán, sin que le pareciera desmenguado el haber de combatir bajo el mando del nuevo jefe, porque en general todos los caciques, no obstante el violento empeño con que solicitaran el primer puesto en la milicia, todos se sometieron con gusto y desprendimiento a la voluntad de Caupolicán,

<sup>64</sup> Tal es el sentir de los historiadores. Es constante que entre los indios no puede celebrarse asamblea ninguna sin que los licores anden en abundancia; pero los principales miembros de estas juntas no beben hasta ver resueltos los puntos sobre que versa la cuestión, que así lo hemos visto practicar varias veces en la misma Araucanía. Lo que hay es que concluida o disuelta la junta esos mismos sujetos se apresuran a satisfacer su pasión hasta el extremo de una muy completa ebriedad.

<sup>65</sup> Dice Ercilla, y lo dicen con él otros muchos historiadores, que esta elección, aunque debida en parte al amaño, todavía fue hija de una prueba de fuerza material. Esta prueba consistía en cargar cada pretendiente con una enorme y pesadísima viga, y llevaba la palma aquél que más tiempo la resistía en hombros. Allá cuando la sociedad andaba en mantillas siendo las facultades intelectuales, y las combinaciones ingeniosas, sino nulas, de insignificante precio, no hay duda que quedara el premio para la fuerza muscular y la dureza del cuerpo, puesto de propósito a este género de experiencias; pero hoy con el conocimiento que de los usos y costumbres de los actuales araucanos tenemos adquirido, siendo en ellas, y en su patriótico temple, muy tales como sus mayores, déjenseos dudar del aserto de aquel poeta, poco exacto, al cabo, a mirarle como historiador, y a quien el estro arrebató con sobrada frecuencia: ¡cuidado con hombres que sustentaban a cuestas durante veinticuatro, y otras cincuenta horas, una viga de peso tal, que nadie podía mover ni aun rodándola!...

ofreciéndosele a parte en la expedición, mas que hubieran de ir en clase inferior a su carácter.

¡Vamos desde aquí mismo contra los enemigos de nuestra patria!... exclamaba con temeraria uniformidad aquella muchedumbre beblada, y sacudida todavía del ardoroso fuego en que se mantuvieron al principio los debates de la asamblea; mas no entendía su cauto jefe obrar con ligereza tanta, ni fiar tampoco al acaso el éxito de un empeño en que la sana razón no había tomado parte alguna, antes aplazó las operaciones para cuando tuviese combinado un plan de campaña capaz de rendir frutos más o menos considerables.

Entre los salvajes el ardid es la verdadera táctica militar; así es que Caupolicán debía dar en esta ocasión pruebas inequívocas de sagacidad, imaginando el medio de tomar por interpresa la fortaleza de Arauco. En una como reseña que de todas sus tropas hizo, sacó aparte ochenta individuos de los más audaces y resueltos, y los puso a las órdenes de Cayeguano y de Alcatipay. Estos cabos habían de entenderse con los indios que servían a la guarnición de Arauco, y penetrar después en la plaza, con sus armas ocultas ya en haces de leña, ya en gavillas de yerba, cosas que diariamente entraban para las necesidades de los moradores, y alimento de sus ganados. Conseguido así, atacarían todos reunidos a la guarnición, cuidando de apoderarse de la puerta de la plaza para dejar libre el paso a la gente con que había de acudir Caupolicán. Difícil, arriesgada era la empresa, pero los indios la ejecutaron como se les tenía prevenido, ya que el éxito no respondiera a las esperanzas, porque el comandante del fuerte don Francisco Reinoso, hombre vigilante y astuto, se encontró en disposición de parar esta ingeniosa sorpresa, y como, dada la alarma, todos sus soldados corrieran contra el común peligro, al instante se empeñó una refriega funesta para los alentados indios, pues los más fueron degollados, y muy pocos los que pudieron volver al campo de Caupolicán, quien no llegó a tiempo para defender a sus valerosos soldados.

No desalentó este revés al general araucano, antes viendo que no podía penetrar en el fuerte se decidió a sitiarse, aunque de un modo tan imperfecto que Reinoso pudo fácilmente despachar partes a Concepción, dando cuenta al Cabildo y al Gobernador de todo cuanto ocurría.

Los araucanos no se mantuvieron mucho tiempo en Arauco, pues como creyera Caupolicán que le era imposible el reducir esta plaza, prefirió ir contra la de Tucapel, antes que llegara a oídos de esta guarnición el alzamiento general que se acababa de cumplir. Empezó su marcha a favor de la noche, yendo por atajos que tenía muy bien conocidos, pero también le fallaron estas precauciones, porque avisado oportunamente Martín Ecija, comandante de aquella guarnición, compuesta de cuarenta caballos, con ánimo sereno esperaba al enemigo, y le recibió a balazos. Como quiera, un tan corto número de hombres no podía ofender demasiado, aun su propia defensa parecía de poca duración, y fue tal el apuro en que el asedio los puso que uno de ellos, aventurando su vida en obsequio de la de sus compañeros, se ofreció a pasar a Arauco, como lo hizo, demandando auxilio a Reinoso, jefe de esta plaza. Seis hombres bien montados se le dieron, y los mandaba Diego Maldonado, los cuales partieron para Tucapel; pero tenían los indios tan

perfectamente guardados los caminos, fue tal su empeño en atajar el paso, que los españoles, no obstante su valor, y el tenaz propósito de prestar ayuda a sus compatriotas, tuvieron que retroceder a Arauco después de haber fenecido la mitad.

Caupolicán estrechaba la plaza de Tucapel, cada día con mayor rigor, por la innumerable multitud de indios de que disponía; y Ecija reconocía también el terrible apuro de la situación que de hora en hora se agravaba. Ya había cumplido algunas salidas contra el enemigo, pero con resultados insignificantes, por manera que deseaba una ocasión propicia para poner término a tanta incertidumbre, a tan inminentes riesgos como delante de su vista tenía. Se veía aislado; miraba aquel campo cubierto de indios, que le recorrían con una petulancia insultante; faltábanle mantenimientos, y esto tenía poco menos que exasperados a algunos de sus súbditos, que demasiado seguros de su valor, si acaso despreciando ligeros el poder del enemigo, en tiempo oportuno no pensaron en almacenar provisiones, antes tuvieron por imposible el que se los viniera a hostilizar; de suerte que todo esto era para el jefe un muy poderoso motivo que le encomendaba pronto remedio. De entre este puñado de guerreros hay que mencionar al joven Leonardo Manrique. Con sobrada dosis del espíritu andantesco, todavía muy común en aquella época de aventuras y de galanteos, y sin dar cuenta a nadie de su idea, se echa de la muralla abajo, y marcha, con la espada desnuda, desafiando a un corro de indios, quienes sin comprenderle quedaron mirando y admirando su atrevida empresa. Pronto se vio cercado de un número considerable de enemigos, contra los cuales atacaba furioso y desesperado, y ciertamente sucumbiera en la lid, si Ecija y sus compañeros, viendo desde las murallas este ejemplo de bizarría, no corrieran a defenderle; cuyo hecho trajo el empeño de una función general, batiéndose ambos bandos con igual encono. Dueños los españoles del campo, todavía hicieran que el enemigo abandonase el sitio; pero los esfuerzos de aquel día los traían tan rendidos, eran los brazos tan pocos, que les pareció más conveniente volverse al fuerte para meditar con consejo el medio más seguro de abandonarle en la primera ocasión que se les presentara.

Tal era, en efecto, el deber de Ecija, cerrado como estaba en una plaza a la cual no podían allegar socorros de ninguna especie. Por otra parte, los víveres escaseaban de día en día, y esperar a que enteramente faltaran, fuera dar lugar a que los soldados, rompiendo la disciplina, se amotinaran contra sus jefes; por cuya razón Ecija, con acuerdo de los demás oficiales, resolvió abandonar la ciudadela, y atravesar el campo enemigo, amparándose en las sombras de la noche, para ir a refugiarse en la plaza de Purén, distante una docena de leguas. Chasqueada se vio esta vez la sagacidad de Caupolicán. Figurósele que esta salida de los españoles no tenía otro objeto que el procurarse mantenimientos, y determinó, por consiguiente, varias celadas con fuertes destacamentos de indios, que al retorno de aquéllos, habían de acometerlos con resolución y denuedo; mas pronto comprendió aquel caudillo que su enemigo había efectuado su retirada, y como, al acercarse al fuerte, le viera totalmente desamparado, hizo que los suyos le demolieran inmediatamente.

Tras este suceso dispuso el general araucano que sus hordas fueran a ocupar diferentes puntos de posición aventajada para poderse defender con oportunidad;

y como presumiera que los españoles no dejarían de concurrir a socorrer la plaza de Tucapel, recurrió de nuevo al sistema estratégico tan natural en los indios, la arteria, emboscando varios cuerpos de trecho en trecho, hasta el cerro de Mari-gueñu, sitio entre Arauco y Concepción; cuyo cerro se hizo célebre en los fastos militares de la Araucanía.



## CAPÍTULO XXI

La noticia del levantamiento de los indios causa en Concepción un terrible desánimo. Marcha Valdivia para restablecer el orden. Se presenta en Arauco. Degüello de dos avanzadas españolas. Desprecia Caupolicán las proposiciones que le hace Valdivia. Derrota de los indios. En vano tratan sus jefes de reunirlos. El indio Lautaro, criado de Valdivia, desierta el campo español, y logra rehacer el ánimo en sus compatriotas. Segunda batalla en que perecen todos los españoles. Valdivia prisionero: es asesinado por Leucotón en presencia de Caupolicán, que se disponía a perdonarle la vida. Carácter de aquel insigne conquistador.

(1553)

La noticia del alzamiento de los indios llenó de recelos a los moradores de Concepción, temiendo que las tribus de las cercanías seguirían también ese funesto ejemplo. Se veían sin fuerzas para repeler al enemigo, porque un falso cálculo en el colonizar, y una infundada confianza, las tenía diseminadas; pero estaba por fortuna el Gobernador en la ciudad, aunque preparándose para ir a la conquista del sur que ya tenía Villagra comenzada, y la presencia de aquel jefe no deja de ser consuelo para unos habitantes sobradamente azorados e inquietos.

Sí que eran de mucho valer los militares talentos de Valdivia, sus pasados hechos, y la grande experiencia que de la guerra tenía; pero esto sin hombres no bastaba, y como se ha dicho andaban dispersos en poblaciones muy distantes, todos aquéllos que hubieran podido ayudarle en las empresas. Pedir fuerzas a Santiago también era casi inútil porque el servicio no permitía demora, la situación de los sitiados reclamaba pronto socorros, y por otra parte como todo se lo prometiera el Gobernador del denuedo castellano, pues que, nunca llegó a desmentirse, resolvió partir *incontinenti*, y sofocar la insurrección o por lo menos frenarla.

Había encargado pocos días antes al comandante del fuerte de Purén, que enviase catorce hombres para Tucapel, punto a que él se encaminó a fines de diciembre de 1553, seguido de cincuenta hombres solamente, por no dejar desamparada la ciudad de Concepción. Pasó el Biobío en barcas, y continuó marchando sin embarazo ninguno, bordeando la costa hasta Arauco, donde le hizo Reinoso una pintura, sino satisfactoria, muy exacta, relatando la naturaleza y la importancia de la insurrección de los indios; y, aunque nada supiera de lo ocurrido en el fuerte de Tucapel, aban-

donado ya por Ecija, harto presumía tristes consecuencias, con lo que acerca de este punto le habían contado los tres militares que la fortuna quiso reservar, cuando con otros tres pretendieron ir a la defensa de aquel fuerte, desde el de Arauco.

Era uno de estos tres militares el capitán Maldonado y, aunque guardando cama para curarse de las heridas recibidas, todavía confirmó los recelos que Reinoso explicaba al Gobernador, y otros que su larga experiencia hubo de sugerirle; con tal fuerza de persuasión todo, con tales y tan ajustadas palabras, que de sobra impresionaron el alma de Valdivia, sólo que como éste nunca supo deponer sus proyectos, ni menos huir del deber; teniendo por muy sagrado el que le mandaba correr a la defensa de sus compañeros de armas, y sacarlos del peligro en que los suponía, decidió marchar adelante, no dejando en Arauco sino los soldados necesarios para su guarda, y servir de refugio en caso de necesidad<sup>66</sup>.

De Arauco a Tucapel cortan el camino muchísimos hondones, todos ellos serpenteados de mil torrenteras que obstruyen el paso, si acaso no le hacen intransitable. Las desventajas de semejante trecho para una columna ofensiva, de sobra las distinguía Valdivia, y como no quisiera por lo mismo marchar a tientas, mandó que seis caballos se adelantasen a descubrir campo, los cuales, acometidos en breve por una celada de indios, fueron degollados, menos uno que pudo volver a la columna con esta fatal noticia. Semejante accidente no desconcierta al Gobernador, pero le dio a entender que convenía redoblar de vigilancia en su empresa, y por tanto despacha otros diez caballos, cuya infausta suerte fue como la de los anteriores sin salvarse ninguno. Esto puso a los españoles en indecible aprieto, luchando entre el parecer incierto de continuar su camino o regresar a Concepción; mas como el grito de sus pechos se pronunciara por el cumplimiento del deber, como sintieran también un ardoroso deseo de venganza, avanzaron intrépidos, y al cabo de algunos días llegaron a Catiquichay, punto muy cercano a la fortaleza de Tucapel.

Era noche; se acamparon, y por consiguiente nada pudieron advertir sobre el estado en que la ciudadela se hallaba; mas llegada la aurora, con profundo escozor notaron que aquella plaza estaba demolida, y ocupados los contornos por una prodigiosa muchedumbre de indios de infinitas tribus. A vista de un enemigo tan poderoso, tan ufano también por los insignificantes triunfos, que adquiridos traía, conveniente era una resolución veloz; así es que Valdivia se determinó ante todas cosas a convidar a Caupolicán con palabras de paz, ofreciendo perdón y seguridad individual dado que al orden volviese, y vasallo de la corona de Castilla quisiera decirse. No eran injuriosas las proposiciones, pero hay que tenerlas por incongruentes, pues que se dirigen a un pueblo en cuyo ánimo, lejos de haberse enfriado el patriotismo, arde, al contrario, tal llama de nacionalidad y de independencia, es su arrogante orgullo tan subido, que le lleva a recibir con insolente desdén tratados de una paz que el sentimiento íntimo de la justicia de su causa rechaza. No hay sino empeñarse en una cruenta batalla, y así lo comprendió el Gobernador como recibiera la respuesta del general indio.

---

<sup>66</sup> Como caminara Francisco Reinoso con el Gobernador, el mando de esta plaza recayó en Maldonado.

Comenzaron, pues, ambos bandos a moverse, corriendo los jefes de aquí para allí a fin de enardecer a los soldados y avivar el valor con que se debía jugar en aquel día la suerte de la patria. Soberanamente desiguales eran las fuerzas: de un lado tantos miles de indios; del otro un puñado de valientes, pero éstos tenían en su favor el renombre de sus armas, la táctica en las maniobras, los caballos de tan señalada ventaja por el terror que imponían a aquellas inocentes hordas; y como a todo esto debieran los españoles sus constantes victorias, en ello se apoyaban también sus esperanzas, permaneciendo serenos, audaces y aun exigentes en medio de un enjambre de bravos que no respiraban sino despecho y ferocía.

También Caupolicán tomó prudente cuantas medidas creyó conducir a un dichoso desenlace; y, aunque desconocida completamente la disciplina militar entre aquellos salvajes que de ordinario combatían cada uno por su lado y a su antojo, el haber observado con frecuencia cómo se mantenían los españoles en las refriegas, le suministró ciertas ideas de orden y de teoría, de que en esta ocasión pretendió hacer uso. Desde luego eligió una posición aventajada, y con consejo del anciano Colocolo, dispuso sus huestes en tres grandes divisiones que habían de cerrar con la caballería enemiga simultáneamente, y socorrerse unas a otras en caso dado. Encomendó el mando del ala derecha al bizarro Mariantu, su lugarteniente; cupo la dirección del ala izquierda al intrépido y arrebatado Tucapel, y él se reservó mandar el centro, donde se guardaba el pendón nacional, en cuyo campo una estrella en cintas encarnadas, y el hacha de piedra, insignia de la dignidad de toqui. Sus soldados iban armados de lanzas, de picas en extremo largas, de *macanas*<sup>67</sup>, de hondas, y algunos de lazos, o cuerdas con nudo corredizo, de que se servían tirándolas contra los jinetes (y más de una vez con acierto) para desmontarlos; y era su traje tan raro, tan abigarrado que harto ponderaba el gusto pueril de aquellos sencillos naturales.

Con manifiesta impaciencia anhelaba por su parte el Gobernador el corto socorro de brazos que al comandante de Purén le tenía pedidos; no se resolvía a embestir al enemigo, y con todo, esto era lo que los suyos apetecían ardorosos, excitados como estaban por algunos jóvenes oficiales de tanto brío cuanto exagerado era su entusiasmo, su deseo de entrar vengando cumplidamente los alaridos provocadores, ofensivos e insultantes de aquellas mesnadas salvajes. Cansado ya de esperar, o mejor, desesperando de que le llegara el refuerzo y como no pudiera reprimir la impetuosa ardicia de sus compañeros, dividiolos en tres partidas, una al mando de Reinoso, otra al de Bobadilla y otra, en fin, que él se guardó para el centro como que era el alma de aquel tan corto número de adalides; tras lo cual, a impulsos del grito de piedad que siempre sintieron estos conquistadores, se apearon todos, doblaron las rodillas en derredor de su digno y virtuoso capellán, recibieron humildes y respetuosos el dulce consuelo de la absolución.

---

<sup>67</sup> No volveremos a anotar ninguna de las voces que pertenecen al lenguaje de los indios, o son de invención y uso de los chilenos. Al fin de esta obra escribiremos en orden alfabético cuantos nombres nos parezcan aparte de los que conoce la lengua castellana, y los pondremos en relación con éstos, por medio de equivalentes si los hubiere, o traduciéndolos concisamente.

En cuanto los españoles cumplieran con estos saludables deberes de nuestra santa religión, cada cual fue a ocupar el lugar que se le tenía señalado para entrar en la pelea; y con ansia la esperaban los indios, porque en ella pensaban castigar de una vez, cuantas tribulaciones les habían hecho sufrir aquellos aventureros. Bien quisiera el osado Tucapel ser el primero de todos sus compatriotas en acometer al enemigo, pero esta honra tocaba de derecho a Caupolicán, y la aceptó con el feroz ardimiento que siempre viste aquel pueblo marcial; pues su gente, alentada que fue con un tremendo leilí de señalado encono, se arrojó impávida contra la que mandaba el impertérito Francisco Reinoso, que la recibió con su ingénita serenidad. Dan al momento Mariantu y Tucapel contra las otras dos partidas, atacándolas de un modo tan confuso y tumultuoso, que la función se hizo general, el encarnizamiento imponderable, el celo por la santidad de la causa uno, y único; sólo que éstos se inmolaban defendiendo patria y libertad, y los otros queriendo poseer un hermoso país, y creyendo ser grato a Dios el exterminio de unos infieles, en quienes todavía no habían podido hacer mella las verdades del Evangelio. Para desgracia del bando español, faltáronle las armas de fuego, pues no llevaba entonces la caballería, sino lanza y sable, y carecía por lo mismo de una de las mayores ventajas; pero fue preciso que el valor la supliera, y esto se hizo de manera que jamás se vieron prodigios tales, ni heroicidad tanta. Acuchillaban los españoles por todas partes con un furor temerario, desesperado; y el ejército enemigo pugnaba inútilmente para comprimir el arrojado choque, y mantener indecisa la victoria; si que con tantos millares de brazos podían sustentar la reñida lid, y oponer nuevas víctimas a la impetuosidad castellana, pero entró al fin el desorden en las filas de los salvajes, y una fuga, tal cual semejante a una derrota, dejó a los españoles casi dueños del campo de batalla.

Harto se esforzaban los jefes araucanos para detener a los fugitivos, y rehacer en ellos un ardor que aún no les había abandonado enteramente. Caupolicán y Tucapel se empeñaban en volverlos de nuevo al combate, pero ni oyeron súplicas, ni temieron amenazas, ni tampoco cedieron a los exhortatorios clamores del anciano Colocolo, que tomó en esta refriega una parte muy activa; y probablemente la suerte de la Araucanía quedara para siempre resuelta desde entonces, si un inopinado acontecimiento no concurriera cambiando la fortuna de las armas.

Entre los indios que acompañaban a los españoles en clase de sirvientes, contaba el joven Lautaro, criado ya había mucho tiempo de Valdivia, y a quien éste hiciera bautizar con el nombre de Felipe. Mozo de genio alegre, activo y sobrado inteligente, se supo granjear el cariño de su señor, y quería éste tanto que apenas si le apartó de su lado ni en las campañas, ni en las invasiones que cumplió durante los años de su gobierno en aquel país. Este continuo roce con un hombre del temple de Valdivia pasó al alma del joven indio un resalto de gloria y de ambición que crecía con la edad, sin por ello pensar en hacerse desleal ni pérfido, antes se mantuvo fiel a las órdenes de su amo, y muy de parte de los intereses de los españoles, con cuyas costumbres se avenía perfectamente; hasta que, asaltado de repente de una inspiración patriótica, se dejó ir a un acto que fuera incomprensible, a no suponerle motivo en las desgracias de sus conciudadanos.

Metido entre los españoles durante esta tan sostenida y furiosa lucha, harto debió ver cuán rendidas quedarán las fuerzas de unos hombres que con tanto brío contuvieron la acometida cien veces renovada por millares de enemigos; comprendió por lo mismo que aquéllos no podrían resistir esforzados a una segunda prueba, y en consecuencia se resolvió a pasar al campo araucano, contando alcanzar un triunfo breve y completo si lograba alentar a sus compatriotas, y traerlos de nuevo al combate.

Parecióle esta acción muy noble, muy leal, y sin el menor escrúpulo marchó a ejecutarla para libertar a su país de un enemigo a cuyo servicio la fuerza o las circunstancias le habían arrastrado. No le fue difícil el paso; estaban los dos campos tan inmediatos entre sí, que burlada la vigilancia de las avanzadas españolas, al instante se halló entre los suyos.

Como llegando viera el crecido número de heridos y de muertos, traídos del campo de batalla en obsequio de vulgares preocupaciones, tomó su indignación tal incremento, tanto se exaltaron sus potencias, que discurriendo acerca de la santa causa porque aquellos cuerpos habían sido sacrificados, llamando a la venganza, y prometiendo entusiasmado el triunfo, despertó en sus compatriotas aliento, furor, desesperación, y desesperados, en efecto, volvieron contra los españoles, porque prendiendo en los araucanos el fuego patriótico que con celo tanto supo atizar el joven Lautaro, con clamores de unánime y feroz aprobación, se le aplaudía por todas partes, los fugitivos entraron otra vez en masa, y todos siguieron tras el que acababa de arengarles.

Con sobrada sorpresa repararon los conquistadores este retorno de los indios, pero esperaron serenos a la defensiva, aunque con cierta inquietud, como hombres que comprendían su falsa y peligrosa posición. Terrible fue el arrojo con que Lautaro cargó antes que los demás jefes indios, si bien éstos no tardaron en venir a la función, haciéndose otra vez general, para ver en ella cómo los capitanes españoles, llenando a la vez los deberes de soldados y de jefes, andaban por entre las masas en busca de caudillos indios, como si de la muerte de éstos hubiera de depender el vencimiento. Pronto mató Diego de Oro al intrépido Paynagualla, pero para morir él mismo enseguida a manos del famoso Caupolicán; casi igual desgraciada suerte cupo a Juan de Mesa, a quien Mariantu abrió la cabeza de un terrible porrazo que le asentó; por manera que así de encruelecidos, así de arrojados todos los demás cabos, no parece se satisfacían sino arrancándose recíprocamente la vida, con tal empeño, con desprecio tanto de la propia que el valor rayaba en ferocidad... Pero nadie mostró la temeridad que el impávido Valdivia, quien, sin reparar en el número, ni en los riesgos, rompe audaz por entre las masas tumultuosas, ábrese paso hasta el centro del enemigo, acomete al denodado Ongolmo, logra herirle, mas notando que Francisco de Reinoso iba a sucumbir bajo los tiros de Leucotón, marcha veloz en su defensa, y le aparta de una muerte inevitable si más tardara en socorrerle.

¿No eran vanos todos estos esfuerzos? ¿No excusado ese valor heroico contra batallones que se sucedían en la lid con admirable regularidad y rapidez?... El joven Lautaro pensó cuerdo que del demasiado número de combatientes cerca

anda la confusión, y por tanto dispuso la gente en seis cohortes, cada una de ellas bajo las órdenes de caudillos alentados y expertos, teniendo éstos que atacar por turno, y sólo cuando la división empeñada en la refriega se sintiese descompuesta, debilitada, o tan mal traída que no tuviera ya fuerza para imponer respeto a los españoles; en este caso era cuando de refresco concurriría otra división a sostener el empeño.

Nada de semejante podían hacer los españoles; antes el escaso número de los que allí se encontraran tenía que acudir a gastar sus fuerzas en constante acción, y así lo cumplieron hasta que molidos, quebrantados de tanto esfuerzo, cubiertos de heridas, los muy pocos que la muerte todavía respetara, o cedieron, o se contentaron con oponer una muy débil resistencia, en lo que tardaron (que no fue mucho) el rendir todos ellos el último suspiro en los llanos de Tucapel; porque prefirieron perecer antes que cumplir una vergonzosa retirada, de que sin duda sus caballos pudieran haberlos sacado con bien.

No presenció el malhadado Valdivia este cruento sacrificio del resto de sus compañeros. Seguro de que su fin no andaba lejos, y dando, como siempre, oídos a los sentimientos religiosos que su corazón abrigaba, se había retirado con el capellán a un punto algo apartado del cerro Tomelenco, para recibir los auxilios de la religión, y hacer así que la muerte no le fuese tan sensible. Mientras que cumplía este piadoso deber, los indios de Huaticol le sorprendieron, y cargaron con tal ímpetu, que sin dar lugar a la defensa, ni a la fuga, mataron al ministro del altar, y prendieron al Gobernador, cuya vida guardaron para mayor celebridad de su bárbaro triunfo, conduciéndole maniatado y lleno de heridas a presencia del toqui Caupolicán, quien hubo de recibirle con una afabilidad ajena enteramente del carácter salvaje de aquellos indios.

Con semblante sereno, con audaz continente apareció Valdivia ante el jefe araucano, pero el instinto de conservación que la naturaleza tiene grabado en el alma de todo viviente, amortiguó en breve la arrogancia marcial del desgraciado que humilde y respetuoso llegó a suplicar se le guardara la existencia, bajo el firme propósito de retirar todos los españoles de aquella tierra para siempre. El joven Lautaro también interpuso su valer en favor de su antiguo amo, y ni a los ruegos de éste, ni a las súplicas del infeliz prisionero resistiera Caupolicán, en cuyo pecho sin duda se sustentaba la generosidad que ha de distinguir a los verdaderos militares, iba a pronunciar la gracia, cuando el sanguinario Leucotón, que con enojo escuchara voces de clemencia para con el mayor enemigo de su patria, le asestó por detrás un tan terrible golpe con su macana que cayó exánime a los pies de sus vencedores...

Esta acción temeraria, villana y feroz, propia es solamente de aquellos salvajes, y por ser entre ellos muy común quedó el asesino impune, no obstante la reprobación airada del generoso Caupolicán.

He ahí el fin de ese célebre conquistador que acaso eclipsara los nombres de los Cortés y Pizarro, y ser el teatro de sus empresas a medida con sus talentos, con su actividad, con su carácter atrevido y laborioso. Se le ha visto cómo con un puñado de aventureros arrestados, gana para la corona de España un número

prodigioso de vasallos, enriqueciéndola con cerca de quinientas leguas de terreno; cómo se mantiene en constante lucha contra numerosas tribus enteramente feroces e incultas, y alentadas; cómo en muy corto período funda, en un país con justas pretensiones de nación, siete poblaciones crecidas, todas ellas con su iglesia, su cárcel, su casa de ayuntamiento, y los fuertes necesarios a su defensa. Sí que sus conquistas fueron sobrado rápidas, puesto que apenas si le costaran más tiempo que el que demandaba la travesía del país; pero desde el principio se advierte que en todas ellas presidió un cierto viso de equidad y de moderación, harto suficiente para que la crítica de algunos historiadores, más o menos injustos, no se ejerciera con abuso tanto contra aquellos hombres de tan acorado temple.

Tal era la ambición de Valdivia, tanta el ansia de riquezas que le atormentaba, que los indios no vieron mejor modo de saciarla como haciéndole tragar oro derretido... Calumnia absurda que tanto desdice de las inclinaciones simples y modestas del desventurado Gobernador, que tan mal cuadra con su constante posición, sino indigente, escasa, incierta y siempre alcanzada.

Fue tal vez parcial; obra en otras con arbitrariedad, exigiendo cantidades indebidas a ciertas personas; pero hasta disculpables nos parecen esas exacciones, supuesto que se consagran a la prosperidad de la colonia, o sirven para procurarse nuevos brazos, indispensables si se quería la conservación de tantas conquistas. Y al cabo, nada nos prueba que tales exigencias hayan sido ni frecuentes, ni de mucho importe; nada nos afirma en que las quejas y clamores alzados contra Valdivia por esta causa, hayan sido fundados; hay, al contrario, razón para pensar que este pasajero resentimiento, solamente la envidia y la exageración le forjaron.

En Villanueva de la Serena, provincia de Extremadura, nació don Pedro de Valdivia. Fue hijo de padres nobles; entró en el ejercicio de las armas, muy apetecido entonces de la juventud entusiasta, y concurrió a las campañas de Italia, bajo el mando del célebre Antonio de Leiva. Volvió a España con el empleo de capitán, y se unió legítimamente con doña Marina Ortiz de Gaete, natural de Salamanca; pero vencido poco después de su genio aventurero y belicoso, pasó al nuevo mundo, donde desde luego se señaló, ya contribuyendo a la conquista de Venezuela, ya trayendo su espada contra la guerra civil que comenzó dislocando los establecimientos de Perú, y puso en gran riesgo su existencia. Encargósele enseguida la conquista de Chile, de cuyo país se guardaban terribles recuerdos a vista de las desgracias que en él experimentara Almagro. Valdivia admitió gustoso el cargo, y le desempeñó con tal cordura, y con destreza tanta, que se vio señor de casi todo Chile en menos de diez años de tarea. No hay sino que, feliz en sus empresas, enardecido con sus triunfos, ciego entre el humo de su desmesurada ambición de gloria, ni supo ser político, ni ver tampoco la índole característica de los naturales que sojuzgaba, yendo por lo mismo a labrarse imposibles para la conservación de un país que no podía menos de rebelarse desde que la fundación de tantos pueblos trajera la necesidad de desmembrar las fuerzas invasoras. Por esta causa, muriendo, no dejó para sus sucesores otra herencia que la guerra y la discordia: ambas se encendieron en la Araucanía; han transcurrido tres siglos y todavía no están enteramente muertas las cenizas...

En Valdivia iban de par lo sobrio y lo generoso; pasmosa fue la moderación de sus costumbres, y no menos admirable el afán con que corría en servicio de sus compañeros de armas, ya hubiera de sacrificar su reposo, ya sus particulares intereses. De su pensamiento no se desvió nunca la mejor suerte de los indios, en cuyo favor dictó providencias así de humanas como de bien intencionadas. Fue una vez excesivamente severo con ellos, pero no atribuirlo a su carácter, sino a la desesperada y crítica posición en que se reconociera; sería injusto acusar de impío a este ilustre conquistador, ya que las leyes de la época si descargaban implacables contra cualquiera que osara dudar una sola de las verdades de la religión de Cristo, con mayor motivo habían de alcanzar a los que no querían rendirse a ninguno de sus dogmas.

Semejante rigorismo la intolerancia romana parecía aconsejarle, y por esto no era raro el ver cómo sujetos de noble estirpe, de virtudes y reconocida piedad, cometían tal vez las mayores atrocidades en honra y lauro de la divinidad, cuya protección presumían alcanzar, sacrificando víctimas a su santa causa.

Ricas eran las encomiendas que Valdivia se apropiara, y crecido el número de indios que mantuvo en el beneficio de las minas, durante una parte del año; mas el fruto de estas encomiendas siempre fue invertido en el fomento de la nación que tanto anhelara fundar; así es que a la hora de su muerte, sus posesiones aparecieron gravadas con una deuda de doscientos mil pesos en oro, siendo todavía de añadir otros quinientos mil gastados en la conquista, pues fue liberal hasta el extremo de perdonar a todos sus soldados cuanto le costó el equiparlos en Cuzco<sup>68</sup>.

El gobierno de Chile era la sola riqueza que apetecía el alma de Valdivia, pero con afán tanto que todas sus cartas dirigidas al Emperador, todas eran la reiterada súplica de que no le removiese S.M., que no mandase al país ningún otro gobernador hasta cuando la conquista pareciera segura, y al abrigo por consiguiente de los tristes acontecimientos promovidos en Perú.

Tres años antes de morir, es decir, en octubre de 1550, había marchado a España de orden suya su pariente Alonso de Aguilera, con cargo de poner en manos de S.M. una carta en que relatava lo acaecido en sus conquistas, y pedía no pocas gracias, entre las cuales, la octava parte de la tierra descubierta y que en adelante pudiera descubrir, con más un título de Castilla para él y sus descendientes.

La munificencia real vino en concederle el mayor número de las gracias que solicitaba, y justicia hizo<sup>69</sup>, pero cuando Aguilera llegó a Chile, el agraciado ya había perecido.

Valdivia murió en los últimos días de diciembre de 1553, y tenía unos cincuenta y seis años. Según cartas escritas en aquella época, los salvajes partieron en mil

<sup>68</sup> “Y yo estoy muy adeudado y empeñado en cantidad de más de doscientos mil pesos de oro, sin otros quinientos mil que he gastado en el descubrimiento, conquista, población, sustentación y perpetuación de estos reinos, que son los mejores que a V.M. se le han descubierto, y donde más servido será”.

Eso dice Valdivia a Carlos V en carta del 26 de octubre de 1552.

<sup>69</sup> Con los documentos justificativos irá la carta en que constan las gracias que el Gobernador pidió en aquella época.

tajadas su cuerpo, y se le comieron, haciendo de los huesos unas como flautas, que en el país llaman *tutucas*<sup>70</sup>. No dejó posteridad, y cuantos enseguida se dijeron descendientes de este ilustre caudillo, no proceden sino de la hermana de su esposa, que, como se ha dicho, casó con Lorenzo Suárez de Figueroa<sup>71</sup>.

En cuanto a que los indios partieran en pedazos el cuerpo del desgraciado Gobernador y se le comieran, no podemos admitir el hecho, a pesar de esa autoridad contemporánea. Jamás fueron antropófagos los araucanos; por lo menos ningún monumento de su historia hay que lo contrario nos incline a presumir. Que en el lleno de su furia arrancaran el corazón de aquellas víctimas; que derramasen su sangre con los dedos, y aun con la boca, después de haberla chupado; esto, sí, ya se lo hemos visto practicar en distintas ceremonias, en que fueron inmolados ciertos animales; pero que realmente comieran la carne se nos resiste. Tampoco entramos en que la muerte del Gobernador y el degüello de sus compañeros ocurrieran el 1 de enero de 1554; es positivo que el cabildo de Concepción tuvo la noticia de esta desgracia el 2 de ese mes; llévese al último extremo el aceleramiento con que se marchó desde Tucapel a Concepción, y seguro es que no se atravesará la distancia en menos de dos días.

---

<sup>70</sup> En carta de Segarra Ponce de León y Juan Fernández Alderete, fechada en Santiago el 10 de septiembre de 1555, leemos lo siguiente. “Estando que estaba en la ciudad de la Concepción, quiso ir a castigar y a pacificar los indios y fue Dios servido que yendo a los pacificar a quince leguas de una casa que tenía el Gobernador en Purén estaba hecha una gran junta de indios y mataron al Gobernador y a cincuenta soldados que iban con él, a los cuales los despedazaron, después de haberlos preso, y cortándolos en pedazos se los comieron. Fue el 1 de enero de 1554”.

<sup>71</sup> Comencé con el propósito de unir a cada uno de los principales períodos de la historia de Chile el resumen de su administración, de su gobierno, de su iglesia, de las costumbres de los españoles, de sus encomiendas y de su comercio, realizando también cuanto conduce al conocimiento del estado civil de una nación, pues que sin disputa ésta es la parte en que más se interesa la mayoría de los habitantes; pero semejante método no sirviera sino para romper con frecuencia la filiación narrativa, y por salvar el inconveniente, he resuelto pintar el cuadro de la civilización chilena, que vendrá a ser una como introducción a la presente obra. El examen de la administración de Valdivia acabado estaba ya, pero atendida la razón que dejo señalada, le reservo para cuando se llegue a la estadística histórica y comparada, en donde vendrá la historia detallada de cada administración, a comenzar desde el principio de la conquista, hasta en estos nuestros días.



## CAPÍTULO XXII

Regocijos públicos a causa de la victoria de Tucapel. Lautaro nombrado vicetoqui. Medios con que los caciques presumen mantener las ventajas de triunfo. Discordan en pareceres. Saben que un refuerzo de españoles viene de Purén; los atacan y los fuerzan a retirarse. Prepáranse para la guerra. Destino que da Caupolicán a sus tropas.

(1554)

Celebraron los araucanos su completa victoria con fiestas públicas a que concurrieron ancianos, mujeres, niños, y cuantos tomaron parte en aquella memorable jornada. Lautaro era el héroe de esta como apoteosis. Sentado en medio de los sangrientos trofeos amontonados en aquel lugar según bárbaras costumbres de aquellos indios, recogía las felicitaciones que a los señalados servicios rinde presuroso y pródigo el bien sentido reconocimiento. Caupolicán sobre todo le colmaba de alabanzas, de bendiciones y de honras, apellidándole más de una vez salvador de la patria, el héroe, el único capaz de sacarla de la dominación de aquellos ruines extranjeros, para lo cual le nombra en el acto vicetoqui, no obstante su tierna edad; cuyo hecho aplaudió entusiasta toda la asamblea.

En tanto que las masas daban salida a su extremado contento en todo género de diversiones, aquellos personajes en cuya posición descansaba el porvenir del país, se apartaron a un lugar solitario para convenir en medios propios a no dejar estéril el triunfo que celebrando estaban. En sentir de unos era el carácter de sus compatriotas muy más a propósito para defender que para ofender, y parecían por lo mismo sumamente cuerdo el mantenerse en la Araucanía. Pretendían otros que lo mejor era marchar contra Santiago, y estrechar al enemigo de tal suerte que en la precisión de abandonar el suelo chileno se reconociera. De este parecer era el turbulento Tucapel, que tan acalorado en sus discursos como en sus proyectos extravagantes, ni le parecía mucho el ver a su patria libre de enemigos; ni era gran cosa ir a exterminar los que Perú ocupaban, y por lo menos convenía caminar a atacarlos hasta en el mismo seno de la apartada Castilla. Grandemente confiados y gozosos acogieron este plan los infinitos indios, que con la invasión española fueron a asilarse en la Araucanía, furiosos como estaban contra sus opresores, y no fue pequeño el número de los atrevidos araucanos que le apadrinaban, porque

a todo esto conducían los recientes sucesos; pero ni el valiente Caupolicán, ni el entendido Colocolo se ilusionaban con arrebatos momentáneos y pasajeros. Con más cordura, y por lo mismo, sin la temeridad que el atolondrado Tucapel, veían lo mucho que importaba el obrar con exquisita circunspección cuando se trataba de un enemigo, no menos formidable en sus armas, que en el arte con que de ellas servirse sabía; y ciertos de que convenía abandonar toda idea de conquista, y atender sólo a la seguridad del país, propusieron que era menester contentarse con atacar, y si se podía tomar, los pueblos y fortalezas fundadas en la Araucanía, demoliéndolas después para que ningún medio de seguridad, ni punto de reunión quedara a los audaces extranjeros. Muchos fueron los caciques que combatieron este parecer, sin duda el más prudente de todos, porque los tenía sumamente preocupados la fogosa y elocuente persuasiva de Tucapel; siendo esto origen de acaloradísimas discusiones de que naturalmente surgiera otra vez la desunión entre los jefes, a no ocurrir la llegada de uno de los indios de la división de Lincoyán, entonces apostada en el desfiladero de Tagelboru, con la noticia de que los soldados de Purén venían a atacarlos; pues este accidente hizo presentir el común peligro, y repuso la armonía entre los mandarines.

Ya se ha visto, en efecto, que Valdivia, antes de salir de Concepción, había pedido al jefe de Purén catorce soldados que en las inmediaciones de Tucapel habían de unirse al Gobernador. Fuera negligencia, u otro motivo que nadie conoce, es sólo cierto que Juan Gómez de Almagro no fue muy expeditivo en el cumplimiento de aquella orden; pues tardó dos días en salir de Purén con el destacamento que se le había pedido. Como ninguna noticia tuviera de lo ocurrido con Valdivia, marchaba Almagro con su gente confiado, y sin recelo alguno, pero al llegar a la tribu de Ilicura se vio envuelto por un cuerpo de indios que Lincoyán y Huancón capitaneaban. Empeñose la función y Huancón pereció en ella; también de los españoles murieron varios, y acaso sufrieran mayor descalabro si Almagro, que había quedado a retaguardia con cuatro hombres, no corriera a la defensa de los demás. Dispersos estos indios, continuaron los españoles su ruta con gran cautela, y con cuanta vigilancia era menester; y allegados a una corta distancia de Tucapel, se les presentó el mismo indio enviado a Valdivia desde Purén, para anunciarle cómo se iban a ejecutar inmediatamente sus órdenes. Lleno de pena y de decaimiento les contó este mensajero fiel la muerte del Gobernador y sus soldados, y el loco entusiasmo con que era la victoria celebrada en el campo de los salvajes. Tan desastrosa novedad fue causa para que Almagro pensara en tornar aceleradamente a Purén, a donde llegó con sólo siete hombres porque los otros siete perecieron en los diferentes empeños a que los indios los forzaran en el tránsito. No quedó mucho tiempo en aquella plaza; lo crítico de las circunstancias y la revuelta general de los indígenas, hicieron que fuese a refugiarse en Imperial<sup>72</sup>. También la guarnición

---

<sup>72</sup> Aunque sin ningún documento auténtico con relación a este suceso, no hemos querido acoger lo mucho que de él cuenta Ercilla en el canto 4º de su poema. En esta parte vamos con los historiadores de más conciencia. Ercilla asienta los nombres de los catorce militares de quienes acabamos de hablar: Juan Gómez de Almagro, Pedro González Córdova, González, Fernández, Vergara, Peñalosa y

de Arauco sintió al instante la necesidad de retirarse, bien segura de su impotencia para resistir a las armas victoriosas de aquellos bárbaros, y pasó a Concepción, que permanecía entonces casi despoblada.

Atentos anduvieron los araucanos a fin de que el acontecimiento de Tucapel no sonara en parte ninguna, porque como su modo de guerrear sólo se funda en el ardid y en la sorpresa, eran guardadores del secreto en sus empresas, hasta tal rigidez, que no diremos una traición, pero ni sospecha de indiscretos se ha de suponer en ellos. Mas como con la refriega de Tagelboru, y con la retirada de los españoles a Purén, ya no pudieran mantenerse callados los hechos, comprendieron que sus enemigos no dejarían de concurrir a lidiar denodadamente para castigar el reciente desbarato, y que era menester disponerse a la defensa. Entraron, pues, en los preparativos con cuanta actividad muestran siempre las tribus guerreras, y en breve se vieron en aventajadas posiciones, desde las cuales podrían fácilmente defenderse. El joven, y ya célebre, Lautaro con diez mil hombres escogidos ocupó la montaña de Marigüeñu; Lincoyán volvió con cuatro mil al desfiladero de Tagelboru, para obstruir el paso entre Purén y Angol; el indómito Tucapel tomó por su cuenta la guarda del camino de Cayucupil, que conduce a Imperial, y, aunque sólo llevara tres mil soldados, fiaba tanto en su valentía y en su arte para inspirársela a las tropas, que acometiera desde luego a los españoles, sin miedo a sus terríficas armas, sin cuenta ninguna en el mayor o menor número de ellos. Estos tres jefes, así encargados de guarnecer las principales veredas por donde el enemigo pudiera transitar, no debían cerrar el paso, al contrario, mantenerse con la gente en zalgarda, dejando que aquél entrara en el país hasta que atacado en todas direcciones se saliera cortándole la retirada a sus establecimientos. Por lo que hace a Caupolicán, en Tucapel y vecinas tribus quedó acampado con Colocolo, quien siempre le siguió dando los preciosos consejos que la edad y la experiencia acertadamente sugieren.

---

Castañeda, los que tuvieron la dicha de volver a Purén; Leonardo Manrique, Cortés, Maldonado, Diego García, Escalona, Córdova y Pedro Niño, los que acabaron sus días en los diferentes reencuentros habidos con los indios.



## CAPÍTULO XXIII

Se divulga en Concepción el fatal descalabro de Tucapel y la muerte de Valdivia. Dolorosa impresión que en los habitantes causa esta novedad. Comunicación del suceso al cabildo de Santiago, y demanda de socorros. Disposiciones de este cabildo. Rodrigo de Quiroga gobernador interino, contra lo dispuesto en testamento de Valdivia. Insurrección de los indios mapochos sofocada. Caminan algunas fuerzas en amparo de Concepción. Concorre a esta ciudad Francisco de Villagra, y entrando se le nombra gobernador. Resuelve este jefe vengar la muerte de Valdivia. Llega con su gente hasta Tucapel sin impedimento. Retrocede. Se empeña con los indios en Marigüeñu y sale roto. Vuelve a Concepción en un estado lastimoso. Los habitantes todos huyen, y se encaminan a Santiago.

(1554)

**D**e la feroz matanza ocurrida en Tucapel sólo dos indios lograron salvarse, los mismos que el 2 de enero de 1554 comunicaron a los moradores de Concepción el infausto fin del Gobernador y de su gente, llenando todos los corazones de angustia y de terror. El sentir fue tremendo. No había en la ciudad quien no contara entre las víctimas un padre, un marido, un hermano, un pariente, y sobre haber menester de llorar la pérdida de objetos tan queridos, inquietos presumían también que en breve se mirarían a merced de aquellos insulares a quienes la victoria hiciera más audaces, mucho más insolentes y feroces. Si al menos quedado hubiera con vida el Gobernador, ni el dolor fuera tan intenso, ni el desaliento tan exagerado; había corrido ya grandes riesgos la colonia, y de todos salieron triunfando la sagacidad y el valor de Valdivia; con presencia de este infortunado jefe los españoles se contemplaban dichosos, tranquilos, seguros, más que se acordaran tal cual vez de que en derredor suyo no aparecían sino masas de encarnizados enemigos; pero la muerte de aquel ilustre caudillo fue la que apagó todas las esperanzas, la que llenó al pueblo de luto y de consternación.

Su lugarteniente don Francisco de Villagra traía bien ganada la reputación de activo, de valeroso soldado, y de hombre de capacidad; pero luce poco el mérito cuando el prestigio con que se ha de ir a las grandes empresas falta. Ni tampoco se hallaba Villagra en Concepción entonces, antes se mantenía inmediato a Río Bueno, ocupado en fundar la villa Santa Marina de Gaete, y, por tanto, en la im-

posibilidad de correr a la defensa de los moradores de aquella despavorida población, con la urgencia que se hacía preciso. Esperar en socorros de las otras colonias situadas en la Araucanía, tampoco se podía, porque el ejército indio tenía cogidos todos los pasos; de cuatro bajeles que poseían los españoles, bastantes quizá para salir en aquella ocasión del inmediato peligro, andaban los dos mayores en el reconocimiento del archipiélago de Chiloé, y de la costa que corre hasta el estrecho de Magallanes; de suerte que si grande era el conflicto, los temores muchos, el dolor imponderable, y hubo que recurrir al cabildo de Santiago con anuncio de los acontecimientos, y requiriéndole viniese a la guarda y defensa de los colonos de Concepción, con la mayor diligencia.

Con medidas de prudente precaución entró el ayuntamiento de Santiago, así como le llegara aquella tan desconsoladora noticia. La gobernación estaba entonces a cargo de Rodrigo de Quiroga, sujeto que, con su afabilidad y esmerado porte, tenía conquistado el afecto de todos sus conciudadanos, y que, considerando oportunas las circunstancias, trató de ver cómo salir nombrado gobernador de Chile, hasta tanto que S.M., o la real audiencia de Lima, proveyesen. No fue vano su pensar. Los concejales entraron sin esfuerzo en las miras del pretendiente, y como el 11 de enero de 1554 ya viniera el procurador síndico Santiago de Azoca, con formal propuesta, el acuerdo fue unánime, pareció de necesidad absoluta para la seguridad del país, y por consiguiente Quiroga hubo de prestar en este mismo día el juramento de ley, y verse proclamado gobernador con manifiesto gozo de los habitantes que concurrieron casi todos a firmar el acta de su elección.

El antiguo virrey de Perú, don Pedro de la Gasca, había facultado a Valdivia para nombrar sucesor interino a su gobierno de Chile. Valdivia, en uso de estas facultades, tenía hecho su testamento con designada persona llamada a sucederle; este documento fue depositado en un arca de tres llaves, cada una de las cuales quedó en manos de los tres primeros magistrados de Santiago. No era el llamado Rodrigo de Quiroga, mas del contenido del testamento no se tuvo noticia hasta el día siguiente al en que salió nombrado aquél, y los concejales presumieron que nada convenía ya como el cuidar de que no se descubriese el secreto. Por tanto su resolución fue que nadie pronunciase palabra alguna sobre la disposición testamentaria de Valdivia, y que todo aquél que hubiese menester de escribir a personas fuera de la ciudad, presentase antes su carta a uno de los concejales, so pena de pagar mil pesos fuertes de multa, y perder la mano derecha.

De nada sirvió esta extremosa medida. Valdivia había dejado en el archivo del cabildo de Concepción una copia auténtica de su testamento, cuando con la última expedición marchó a la muerte, y de consiguiente el silencio se hizo imposible, porque los concejales de esta población, con mejor fe que los de Santiago, ansiosos de conocer y respetar la postrera voluntad de su gobernador, ya que le supieron muerto, pasaron a abrir en solemne forma la escritura, cuyo contexto era que recayese el gobierno interino de Chile en Gerónimo de Alderete; éste ausente, en Francisco de Aguirre, y en su defecto en Francisco de Villagra; con obligación el que fuere de tomar por suyas cuantas deudas el testador hubiere contraído para atender a las necesidades y al fomento de la colonia.

De todo esto se tuvo noticia en Santiago el 18 de enero, pero no por ello dejó Quiroga de proseguir en sus disposiciones gubernativas, antes atendió a todo cuanto las circunstancias con más imperio reclamaban. Sabedores los mapochos de lo acontecido en Tucapel, y deseosos de romper también el yugo de aquellos aborrecibles extranjeros, saliendo de su dominación, se aprestaron al alzamiento, y los síntomas de su intentona hasta las inmediaciones de Santiago allegaron; pero marchó contra ellos muy a tiempo el capitán Juan Jofré, que contuvo a los revoltosos, castigó a los caciques e indios que más culpables parecieron, aunque verdad es que no se recobró un orden perfecto, pues que el gobierno tuvo que andar en adelante receloso no sólo con los indios sí también con los yanaconas, de quienes por necesidad había que servirse.

Como presumiese el nuevo gobernador lo mucho que convenía el notificar a todos los ayuntamientos lo dispuesto por el de Santiago, dando sucesor al difunto Valdivia, determina que Fernando de Aguirre pasara a La Serena con comunicación de aquella acta; y los capitanes Gaspar Orense y Francisco de Riveros, fueron enviados a Concepción, con muchos caballos, pero muy pocos soldados, pues faltó tiempo para reunir mayor número. Estos capitanes habían de reclamar al cabildo de Concepción uno de los cuatro buques anclados en la bahía de esta ciudad, para con él elevar a conocimiento del Soberano y de la real audiencia de Perú lo que con motivo de la muerte de Valdivia acababa de resolver.

Así, mientras que los españoles del norte de Chile luchan entre el temor y el recelo de una insurrección general de los indios, los que habitan el sur yacen postrados, abatidos ante el doloroso recuerdo de que la tea incendiaria los tiene cercados, y en medio de salvajes así de sacudidos cuanto es grande su feroz audacia. La guarnición de Purén ya se había retirado a Imperial, y con el relato de sus infortunios, y de sus inminentes riesgos pasados, en tal manera consternó el ánimo de aquellos débiles colonos, que como por encanto se propagaron terror y desaliento, alcanzando a todos los demás pueblos.

En cuanto a Villagra, allá le dejamos ocupado en la fundación de una nueva colonia al sur de Río Bueno, y espera impaciente la llegada de Valdivia para atravesar de nuevo las cordilleras, y ponerse en busca del mar del norte, que, según decían los naturales, estaba muy inmediato, y al este de la soberbia sierra; debiendo ser, por tanto, de suma importancia para el comercio futuro de aquellas provincias.

No necesitamos encarecer cuánta, cuán grande fue la sorpresa de ese jefe, al oír la relación que de lo ocurrido en Tucapel le hizo un español, allegado con algunos indios a donde él se hallaba; se inferirá sabiendo que sin pasar instante hizo recoger cuantos enseres allí tenía, y se retiró a Valdivia con apresuramiento, decidido a mandar que los moradores de esta población huyesen también, tomando acaso en cuenta el aislamiento en que se veían; mas como considerara enseguida que semejante paso no había de servir sino para acrecer la alarma y la confusión, vino a dejar algunos de sus soldados para mejor defensa de la villa, y dadas algunas instrucciones adecuadas a las circunstancias, se puso en camino para Imperial.

No se detuvo muchos días en esta colonia. Era todo su anhelo llegar cuanto antes a Concepción, porque le constaba estar enteramente desguarnecida, y supo-

nía también que sobrado tiempo habría de perder en el tránsito, pues forzoso se hacía caminar por derrotas apartadas, y con gran cautela, para no caer en manos de las masas enemigas. Contentísimos vieron los habitantes de Imperial la llegada de este jefe bizarro y de los pocos guerreros que le seguían, pero, ¡cuánto su dolor fue como le miraran alejarse de sus puertas! Con fundamento temía aquella pobre gente condenada, por decirlo así, a ver desde su propia morada el cruento teatro en donde fueron descuartizados sus compañeros, a mantenerse en continua y zozobrosa alerta, y a sustentar de vez en cuando reñidas funciones con las tribus vecinas, que si de estas refriegas salían siempre victoriosos los españoles, merced a la excelencia de sus armas, por fin y postre no podían dejar de serles fatales.

Villagra emprendió el camino de la costa, y atravesola sin dar con ningún obstáculo; pues los indios, o por temor, o por desacierto de sus espías, habían abandonado desfiladeros que la misma naturaleza hizo inexpugnables, y retirándose al interior del país; con que el general español logró entrar en Concepción mucho más pronto que se tenía prometido. Sobremanera celebraron estos habitantes la llegada de Villagra, como que la idea de un alzamiento en masa los traía atribulados, y a tanto convidaban los triunfos que los araucanos alcanzaran, a tanto llamaba también el deseo de venganza inseparable de aquellos indios, sobre todo cuando la ciudad no podía oponer resistencia, pues llevó Valdivia consigo casi toda la gente de guerra, no quedando en Concepción sino ancianos, mujeres, niños, y cuando más, algunos adultos incapaces todavía de provecho alguno para contra un lance arrojado.

En la mañana del día siguiente se reunió el Cabildo para determinar el cumplimiento de la voluntad de Valdivia, y Villagra, que ya conocía las disposiciones del difunto, asistió a esta junta, en la cual se volvieron a leer las cláusulas del testamento. Ya hemos dicho las tres personas llamadas a suceder en el gobierno de Chile: en primer lugar Gerónimo de Alderete, en segundo Francisco de Aguirre y en tercero Francisco de Villagra. El primero se hallaba en España; el segundo en la conquista de Tucumán; tocaba, pues, de derecho el gobierno, por lo menos interinamente, al tercero, es decir, a Francisco de Villagra, que así lo entendió también el Cabildo proclamándole gobernador, y dándole a reconocer por tal en todas las colonias del sur, que acogieron la elección con señalado contento.

Funestas pudieran ser las consecuencias de esta medida, más que con el aparato de la justicia se cubriese, y necesariamente se resentiría el amor propio de los concejales de Santiago, presumiéndose ser en su derecho el nombrar según les pareciere, y sin hacer cuenta ninguna del testamento de Valdivia. Sobrada experiencia había en Villagra para prever las resultas de la desunión; con todo, suponía de su parte la justicia, estaban a sus órdenes las mejores tropas, esto es, aquéllas que un continuo combatir traía amaestradas, y por consiguiente aceptó el mando.

Con esto, el Cabildo hizo que los capitanes Diego Maldonado y Juan Godínez pasasen a Santiago con comunicación oficial de este nombramiento, en todo conforme con las intenciones del difunto Gobernador.

Villagra, por su parte, comenzó a reunir cuantas fuerzas consideró menester para marchar contra los indios, pues como ambicionara el gobierno, presumió que un hecho de armas brillante y sonado era el mejor camino para afianzar el

logro de sus deseos. Hizo que la aldea de Angol fuese inmediatamente abandonada, lo cual le procuró algunos soldados, que con los venidos de Santiago, y los correspondientes a la expedición mandada al estrecho de Magallanes, que acababa de llegar, compuso una columna de ciento ochenta hombres perfectamente equipados y montados, a quienes también se les dieron arcabuces y otras armas de fuego, recogiendo, además, algunos pedreros, y los mulos necesarios para el transporte.

Así preparado, y encargada la defensa y guarda de la ciudad a una guarnición de ochenta hombres, salió Villagra con sus ciento ochenta, en persecución de los indios. Ocurría esto entre fin de febrero o principios de marzo, estación de corta espera ya para semejante campaña; pero era tal la confianza del general español en el pronto desenlace de su empresa, que el traerla a cabo antes que comenzasen las grandes lluvias no parecía sino asunto de su entero querer. Se dirigió, pues, al Biobío, y pasado este río a muy corta distancia de la mar, continuó la costa hasta entrar sin accidente en Arauco. De aquí partió para Tucapel, resuelto a traer los indios a un lance decisivo, pues consideraba que éstos, envanecidos con el reciente triunfo, correrían por otro al propio lugar. Se engañó.

Aunque entre los araucanos no hubiera un plan regular de operaciones, todos ellos estaban convenidos en dejar que los españoles penetraran sin oposición en el país, pero que al querer regresar se les había de embestir con fuerza y denuedo, para cuyo fin tenían de antemano cogidos los desfiladeros; así es que vieron la columna enemiga en el interior, sin bajar a provocarla.

Cansado ya Villagra de esperar inútilmente a los araucanos, resolvió volverse a Concepción y asentar en ella sus cuarteles de invierno; entonces fue cuando apareció el paso obstruido, y de necesidad la fuerza para despejarle. Al principio, empero, sólo había que sacudir contra pelotones de indios cuya resistencia no argüía grandes cuidados; aumentábase el número de aquéllos cuanto más se acercaban los españoles al norte, y cada vez aparecían en mejor orden y continente: pero llegando a Laraquete, ya hubo ocasión de ver cuán grandemente defendida y guarnecida tenía esta colina un numeroso cuerpo bajo el mando del célebre Lautaro.

Preparáronse ambos bandos para la batalla, porque ésta se hizo indispensable, los indios empeñados en no dejar paso a los españoles, y éstos en abrírsele a toda costa, así es que puestos en función, y como si todo debiera ceder al valor castellano, acuchillados los araucanos en todas direcciones, con presura abandonaron el campo dejando libre el camino. Con esto, sin embargo, no se hizo sino vencer una dificultad no pequeña, pues que la colina, por su posición, pudiera haber sido mejor defendida, pero, ¿cómo doblar la montaña de Marigüeño? Su desmesurada elevación, los escarpados y corridos derrumbaderos que mantiene; las leñas y malezas de que en todo su ámbito está vestida, si cuando más los surcan estrechos y casi impenetrables senderos, todo, en fin, hacía de este sitio una barrera inexpugnable, y a él corrió el joven Lautaro con diez mil indios, colocando una parte en la cresta del monte; otra ocupó los flancos en donde se tenían fosos abiertos para cortar el paso a los caballos, y la tercera, con los restos de Laraquete, se puso a retaguardia del enemigo, para hostigarle a la vez por todos los costados.

Como llegara a creer Villagra que los indios habían concentrado la mayor parte de sus fuerzas en el cerro de Laraquete, estas vencidas y dispersas, ya no restaba sino continuar tranquila jornada; mas reconoció su error al dar vista a la montaña de Marigueñu, reparándola coronada de una muchedumbre de soldados, y éstos en ademán de disputarle el camino. Seguramente comprendió que no había de pasar a no hacerlo sobre los cuerpos de aquellos feroces guerreros, y dispuso su gente para empeñar esta segunda lid que mostraba más gravedad que la primera. Distribuyola, pues, en tres destacamentos confiados a capitanes de arresto y probada pericia. Olmo de Aguilera había de cargar el primero a los indios, y éstos respondieron con presteza al reto, acometiéndose ambos bandos con tal arrojío y furor, que apenas empeñados y ya se contaba la muerte de dos de los principales y más osados jefes araucanos, de cuya venganza tomó cumplida cuenta el valeroso Curiomán, quien, echándose en las filas españolas, cebó furioso su lanzón en el cuerpo de siete enemigos, sin recibir por su parte lesión alguna; y todavía le hincara en otro, a no concurrir, de rebato el capitán del centro, el valiente Diego Cano, que, alentado por el mismo Villagra, de un tremendo hachazo acabó con aquel tan hazañoso y tremendo salvaje.

Era este momento en que la función se había hecho general, y los españoles se miraban ya en la cúspide de la montaña, que grandes trabajos, sensibles tribulaciones costó la llegada hasta tal punto. En cuanto Villagra se viera en aquel paraje, colocó sus pedreros donde mejor pareció para sustentar y proteger las cargas de la caballería, pero por desgracia ni el terreno, ni el espesor de las leñas, se avenían con la táctica de las armas españolas, y era menester luchar no en masa, antes bien así como guerrillas de tropa ligera en servicio de avanzada; de suerte que, no obstante la actividad, el ardoroso conato del General, siempre y constantemente en medio de los combatientes, a pesar también de los prodigios que el ala izquierda operara a las órdenes del resuelto Alvarado, la victoria se declaró en breve por los indios. El número de éstos, que se reponía con asombrosa rapidez, el desesperado arrojío con que caían sobre los españoles, concluyó humillando la soberbia extranjera, forzándola a dejar la ofensiva, y a no pensar sino en procurarse una retirada extremadamente difícil, en verdad, en razón del precipitoso descenso, no menos que de la estrechez y de la tortuosidad de las veredas que le señalaban, pero al cabo indispensable, pues quedaban ya fuera de combate muchos soldados, y los cañones estaban también en poder del denodado Lautaro.

A pesar de todo, la desesperación, a vista de tanto revés, inflama de nuevo el corazón de Villagra; quiere repetir otra prueba; alienta enardecido a su gente ya casi postrada, y pasando del valor a la temeridad, se echa él mismo como un rayo allí donde mayor era el peligro, para caer al instante sin sentido de un golpe que le asentó en la cabeza uno de los jefes indios. Y fuera su muerte infalible a no concurrir trece de sus soldados, que lograron arrancarle de las manos de sus terribles enemigos, siendo este acontecimiento causa para que la refriega tomase otra vez el mismo ardor, el propio encarnizamiento que en la primera, no respirando los bandos sino encono, saña, vivísimo deseo de aniquilarse. Mas, ¿qué esperar ya de un puñado de valientes durante tanto tiempo acosados, y traídos tan en acción por

masas de refresco, por tropas que se reemplazaban con celeridad tanta? Una corta y débil resistencia. Tuvieron que retirarse y a la vez ir conteniendo, con las armas en la mano, los ataques del famoso Cayupillán. Al valor más exquisito, o acaso el más desesperado, le pudiera ser permitido el doblar aquella montaña, habiendo de descenderla por derrumbaderos que las torrenteras cortan a cada instante, y que numerosos indios guardaban, manteniéndose como en cordón desde la cresta hasta el regazo mismo de aquel empinado cerro: los vencidos le bajaron.

En documentos de aquella época se dice que los españoles perdieron en esta batalla ochenta hombres<sup>73</sup>, los indios más de setecientos, sin contar un gran número de caciques y de úlmenes; pues a creer el dicho de varios autores, el bizarro Lautaro, y el indomable Leucotón, fueron los solos jefes salvos, quedando los demás tendidos en diferentes puntos de aquella montaña, que lleva desde aquel día memorable el nombre de *cerro de Villagra*, como si los conquistadores hubieran querido pasar a las generaciones la fama de tan desastrosa refriega.

Indecible el dolor y la desesperación de los habitantes de Penco así como vieran llegar a sus puertas una expedición en que puestas tenían las más risueñas esperanzas, una columna ya derrotada, abatida, y que sobre haber perdido la mitad de sus fuerzas, apenas si en las salvadas venía hombre alguno que no tuviera su cuerpo acuchillado. Como esta colonia estuviera tan inmediata al lugar en que ocurrió la sangrienta acción, todavía fue caso de temer que el diestro Lautaro utilizaría el triunfo corriendo tras los fugitivos, hasta venir a atacar la aldea para saciar en ella su venganza con toda suerte de excesos y de atrocidades. El mismo Villagra entraba en esos temores, y por lo tanto, convocando inmediatamente el Cabildo dio cuenta del mal estado de sus armas; refirió los recelos que le asaltaban, una vez que no había medio de hacer frente a aquellas hordas de poseídos, por segunda vez victoriosos, y concluyó proponiendo cuánto urgía el que los colonos abandonasen sus moradas, retirándose a Santiago, en cuyo punto se concertarían medidas de seguridad, y planes con que volver a restaurar el país perdido. Sensible, dura hubo de parecer a los concejales la propuesta de su Gobernador, pero hartos comprendían que así la dictaban las circunstancias y suscribieron unánimes al sacrificio, resolviéndose a huir de sus hogares y a dejar todos sus intereses a merced de sus enemigos. Manteníanse en la bahía dos bajeles, y de ellos se echó mano para transportar cuantos ancianos, mujeres, niños y soldados heridos pudieron admitir, caminando la demás de la gente por tierra, bajo el amparo y defensa de los que parecieron en estado de llevar las armas.

---

<sup>73</sup> Hay autores que suponen a los españoles acompañados esta vez de un crecido número de indios auxiliares, de los cuales quedaron tres mil cadáveres en el campo. Ninguna de las memorias que hemos logrado consultar, ninguna hace mérito de semejantes auxiliares, antes no faltan historiadores de merecida confianza que se declaran contra el aserto. Nunca, en efecto, señalaron los indígenas una amistad franca y sincera a sus opresores; pero siempre se les vio en acecho de la más insignificante ventaja, para aprovecharla, y caer impávidos sobre aquéllos, ansiosos de exterminarlos, o por lo menos alejarlos de su suelo. Harto conocían los jefes españoles el patriótico instinto de los salvajes, y poseían sobrada prudencia para que fuéramos a creer recurrieran a auxiliares sobre todo cuando tan reciente estaba el triunfo de Tucapel, que tan audaces hizo a los indios.



## CAPÍTULO XXIV

Estado de Chile después de la batalla de Marigüeñu. Villagra y Quiroga en disputa del gobierno. Hace el cabildo de Santiago que Quiroga se desnude de su título de gobernador, y guarda las facultades de esta suprema dignidad. Sale Francisco de Aguirre reclamándola. Digresión sobre la provincia de Tucumán, y resultado de la empresa de Aguirre. Cómo se conduce el cabildo de Santiago con los pretendientes al gobierno. Pronuncian en esta cuestión, dos letrados, pero sin anuencia de Aguirre. No se conforma Villagra con el parecer de los jurisconsultos, y pretende se le nombre gobernador. Opónense los concejales, y al cabo violentados le admiten. Se apodera de los fondos que había en arcas.

(1554)

A vengar la muerte de Valdivia, y reconquistar los fuertes perdidos en la Araucanía, había ido Francisco de Villagra, mientras que Rodrigo de Quiroga empleaba todo su celo y su actividad en el gobierno de Santiago, y en sofocar motines que de vez en cuando levantaban los indios mapochos. Como Quiroga ignorara todavía las pretensiones de Villagra, y la inmensa lejanía que le apartaba de Francisco de Aguirre le pareciera razón bastante para no hacer aprecio de este rival, en paz presumió gozar su título de gobernador. Fue por lo mismo su principal idea la popularidad, tras la cual iba con tareas así de beneficiosas para la colonia, como para cada uno de los que la componían. Prendas le adornaban para el intento, y con facilidad le trajeron a fin su carácter llano y afable, y sus modales tan sencillos cuanto se ostentaban desnudos de vano presumir, pues de tal suerte se ganó las voluntades, que cuando los diputados de Concepción entraron en Santiago, pretendiendo que el Cabildo reconociera en Villagra el sucesor de Valdivia, como ya lo habían verificado todas las poblaciones del sur, aquellos concejales, con parecer del licenciado Altamirano, se negaron abiertamente a la demanda, diciendo que las circunstancias los pusieron en la necesidad de elegir un gobernador, y no era cosa de destituirle sin más motivo que haber de pasar la autoridad a otra persona.

Como quiera, concedores todos ellos del arresto de Villagra, de la justicia de su causa, y del número de soldados con quienes contar podía, lamentosos resultados presumían descubrir tras la contienda suscitada entre los dos jefes, y resultados

que acaso se resolverían en una guerra civil. Importaba evitar esta calamidad, más de temer por lo mismo que cada día presentaban peor aspecto las cosas en Perú, y resolvieron que el Chile quedaría interinamente dividido en dos grandes provincias independientes, una al norte, otra al mediodía, siendo límites de la primera el río Maule, y había de gobernarla Rodrigo de Quiroga; mientras que la demás tierra quedaría para el gobierno de Villagra<sup>74</sup>. Ésa pareció ser la medida más acertada, si se atiende al desconcierto, al estado de inquietud y de alarma en que andaban entonces las ciudades de Concepción, Valdivia y demás del sur, y el mismo Quiroga debió comprenderlo así, puesto que, lejos de mostrarse sentido, escribe a los concejales de aquella colonia, inclinándolos a entrar en las pacíficas y prudentes proposiciones que los de Santiago les comunicaban.

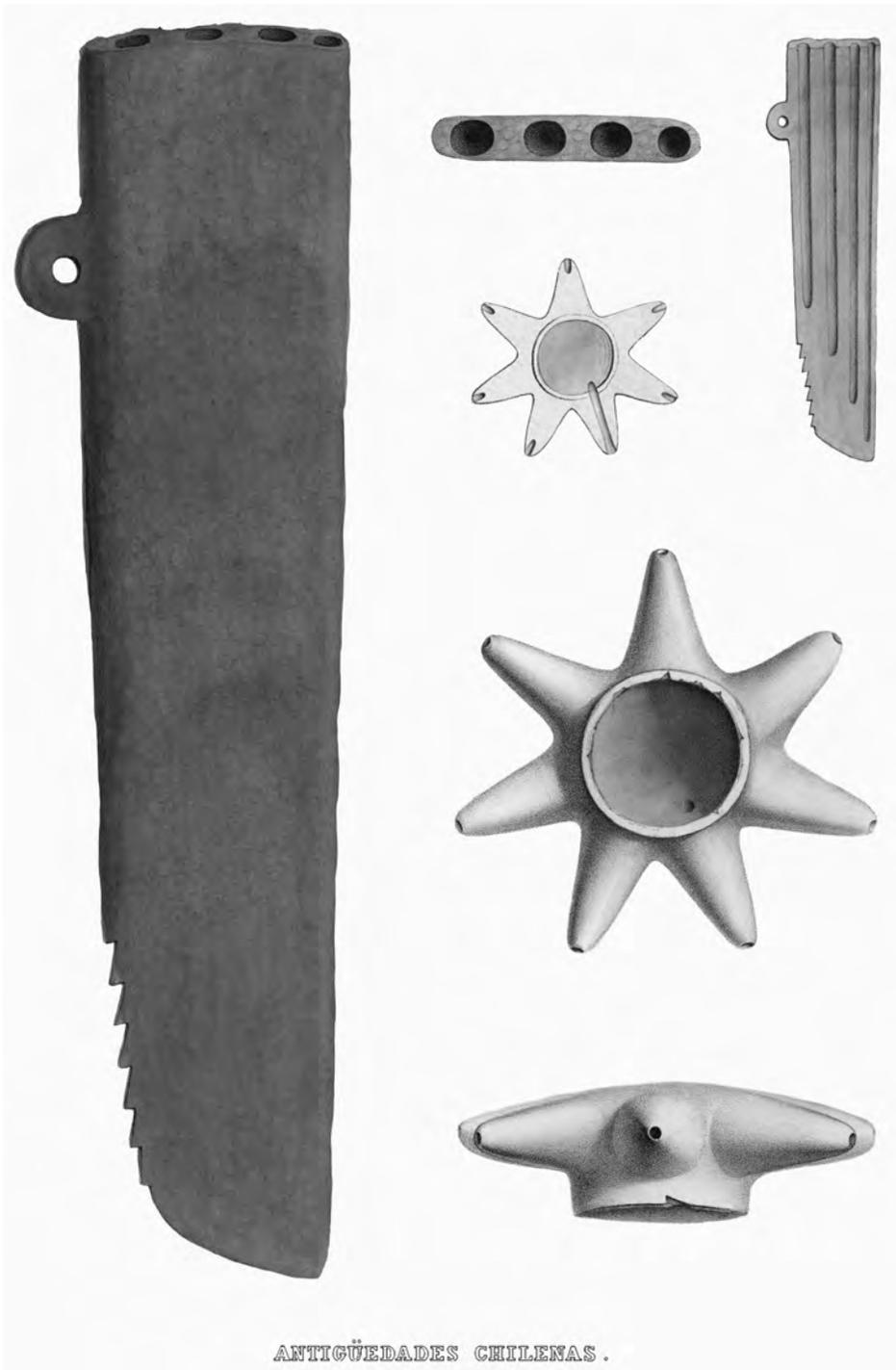
No se dice con esto que Quiroga anhelaba conservar el gobierno; antes reparamos que, o por no avenirse el carácter desprendido y moderado de este jefe con un cargo de tanta tarea y responsabilidad, cuando todas sus inclinaciones le llamaban a un género de vida tranquilo y retirado, o temiera, si se quiere, las consecuencias de un desavenimiento, con marcada indiferencia guardaba un título del que, sin embargo, no hubiera querido desnudarse ante las exigencias del capricho, y mucho menos si se apelara a medios violentos. Ni abrigaba tampoco en su pecho resentimiento alguno contra su competidor; lejos de esto, como llegara a saber que Gaspar Orense acababa de llegar a Valparaíso, encargado de trasladarse a Perú para poner en manos del Virrey y de la Real Audiencia una súplica del ayuntamiento de Concepción, en que pedía se nombrase a Villagra para el cargo que vacante dejó la muerte de Valdivia, con el cabildo de Santiago firmó y apoyó igual demanda, en menosprecio de sus propios intereses.

Afanado andaba entonces el concejo de Santiago con la construcción de un bajel en el astillero de Valparaíso, destinado para comunicar al gobierno de Perú la muerte de Valdivia, y cuanto ocurrido había hasta llegar a determinarle sucesor; porque fue preciso recurrir con diligencia a este medio, atento a que la municipalidad de Concepción se negó a ceder uno de los cuatro vasos que en su puerto tenía, y que aquel concejo había requerido con repetidas instancias; mas con la llegada de Orense ya no se pensó sino en concurrir a un mismo fin, pidiendo todos en favor de Villagra como queda dicho, y despachando con urgencia al encargado. Concluido poco después el nuevo buque, dio también vela para Perú, sin más objeto que para confirmar las noticias de que Orense había dado ya cuenta, pero mal dirigido, vino a estrellarse en la costa a unas cuatro leguas del valle de Huasco.

A pocos días de este acontecimiento, los dos bajeles que dijimos haber salido de Penco arribaron a Valparaíso con la triste noticia de la derrota de Marigüeñu, y del abandono de la ciudad Concepción. Reunióse inmediatamente el Cabildo

---

<sup>74</sup> Le nombraban de capitán general y gobernador, de las ciudades de Concepción, Imperial, Villarrica, Valdivia, hasta el estrecho de Magallanes, “con tal condición que en esta ciudad (Santiago) y en sus términos no tenga que ver ni se entrometa en proveer cosa alguna, y que esto lo tenga y rija, y gobierne, y sea capitán general y justicia mayor, como al presente lo es, el dicho general Rodrigo de Quiroga, hasta que S.M. mande otra cosa”. (Acuerdo del Cabildo del 14 de febrero de 1554).



ANTIGÜEDADES CHILENAS .



para concertar aquellas medidas que reclamaba la apurada posición del país, y la primera fue mandar que sin perder instante se acudiera al socorro de Imperial y de Valdivia; y en segundo lugar que el alcalde Juan de Cuevas y el capitán Francisco de Riveros saliesen a verse con Villagra, que se acercaba ya con las tropas de Concepción y con los habitantes de esta colonia: medida muy oportuna, pues se acababa de recibir una comunicación en la cual Villagra requería al cabildo de Santiago el reconocimiento de gobernador de Chile, en virtud del testamento de Valdivia, y porque así lo estimaba también la voluntad de las ciudades Concepción, Imperial, Villarrica y Valdivia.

Estuviera, o no, este caudillo en su derecho, es de reconocer que esta vez su imperiosa pretensión fue inoportuna, nada conciliable con el amor propio de un cuerpo justo apreciador de la importancia de sus atribuciones, y muy propia para conducir al ensayo de las guerras civiles que en aquella época corrían devastando a América con sobrada frecuencia.

Que se pudiera llegar a este fatal término, lo comprendieron perfectamente todos los capitulares; y ya que no se rindieran a las exigencias de Villagra, les pareció quedarían algún tanto calladas con hacer que Quiroga se desnudara de su título de gobernador, aunque protestando resuelta y eficazmente contra la injusticia del proceder, y haciéndolos responsables de cuanto en el país sobreviniera. Exigió también se le suministrase testimonio del tiempo de su administración y de su porte, y con esto entregó un mando que solamente un mes traía ejercido.

Llegó Francisco de Villagra a Santiago cuando el ayuntamiento de esta ciudad estaba ya en posesión de todos los poderes, y desde luego aparentó respetar cuantas disposiciones de aquel cuerpo emanaran, y hasta contribuir para que no sufrieran retardo ni dificultad alguna en la ejecución; pero hartó se dejaba ver que esta conformidad era simulada, traída de intento en cuanto tardara la ocasión de llegar al fin que en su mente tenía grabado. En efecto, al cabo de algunos días (el 21 de marzo) ya remitió Villagra al concejo un requerimiento para que se le reconociese en calidad de gobernador, porque el país había menester de orden y de arreglo en sus negocios, era preciso *allanar y restaurar la tierra*, y en negarse a esta instancia, añadía, pudiera envolverse la indisciplina de las tropas, si ya no la más completa deserción.

Algo había de cierto en esta parte. Queríanle sobremanera los soldados; las provincias del sur corrían grandes riesgos, y era forzoso recurrir a medidas rigurosas y prontas para aquietar los ánimos, lo cual pedía unidad en el poder, o más bien un poder dictatorio. Detenidamente midieron esta cuestión los concejales, y aun oyeron el parecer de los jurisperitos llamados para mayor ilustración de la materia; mas fue resulta de todo una segunda repulsa a la pretensión de Villagra, manifestando cuán peligroso les parecía el desasirse del poder en ocasión en que concurría otro nuevo pretendiente más poderoso que Quiroga, de mejor derecho, con sobrados títulos, y con fuerzas también para hacerlos valederos.

Era este pretendiente don Francisco de Aguirre, ocupado hasta entonces en la conquista de Tucumán.

Es de recordar aquí que los límites del gobierno de Chile iban de oriente a occidente hasta cien leguas de la costa, y fenecían después de dobladas las cordilleras en

las provincias de Cuyo, Diaguitas, etc. Cuando Francisco de Villagra atravesó este país, dio en un pueblo llamado Talina con el capitán Juan Núñez de Prado, autorizado por el presidente La Gasca para conquistar aquel terreno de rigurosa pertenencia al gobierno de Valdivia. Hubo entre esos dos jefes algunos altercados, de que resultó la desunión de los colonos; pero como Villagra se ausentara, Núñez pasó al valle de Calchaquí, y, de concierto con el cacique de la localidad, fundó una aldea que fue llamada el Barco. En una correría que con treinta de los suyos ejecutó Núñez, vino a caer por casualidad donde Villagra se mantenía acampado, esperando ocasión para atravesar las cordilleras; y mandáraselo el resentimiento, o un repentino acceso de ira vengadora, cargó al general chileno sin siquiera reparar en la inferioridad de sus fuerzas, y por consiguiente al instante se halló roto, y perseguido hasta el Barco, de cuya colonia se apoderó Villagra en nombre de Valdivia. Núñez, que continuaba fugitivo con algunos de sus soldados, no vio mejor medio de salvación, que el rendirse humilde y pesaroso a su adversario; hízolo así, y Villagra, además del perdón, le honró con el título de teniente gobernador de aquel país, reconocido y declarado entonces propiedad de Chile.

No valían mucho las protestas de lealtad, los juramentos de fidelidad a Valdivia, con que Núñez de Prado entró en su nuevo cargo; porque un papel inferior no le cuadraba en cuanto las circunstancias pudieran llevarle al desempeño del principal. De su deslealtad, decimos más, de su traición, abundantes pruebas había soltado mientras el servicio del partido de González Pizarro estuvo, pues que, desertándole, y pasando a las filas de La Gasca, en mucho fue la causa de la ruina de su antiguo jefe.

Este porte, que todos los militares de Perú conocían, debiera hacer más precavido a Villagra, porque probablemente, con elección más acertada, se le evitarán a la colonia los disgustos y los disturbios que experimentó, pues apenas supiera Núñez que aquél había atravesado las cordilleras, cuando declaró el país fuera de la dominación de Chile, dándole el pomposo título de *Nuevo maestrazgo de Santiago*, y haciéndose reconocer gobernador absoluto, independiente, o cuando más, sumiso al virreinato peruano.

Con manifiesto desagrado llegó a recibir Valdivia esta noticia, y queriendo castigar tan villana acción, pues le importaba guardar una provincia de conocida utilidad al porvenir de Chile, por el gran número de indios que podía suministrar a las del norte, que tanto carecían de ellos, mandó que Francisco de Aguirre se transportase al país con una escogida partida de hombres. En 1552 emprendió ese jefe la marcha atravesando las cordilleras por la vallejónada de Elqui, y pronto se miró muy cerca del desleal Núñez, quien, sin fuerzas para resistir al nuevo adversario, escapó a Perú después de poner en la horca a un alcalde que defendía su perpetuación, y que en favor de Valdivia se había pronunciado<sup>75</sup>.

---

<sup>75</sup> El doctor Gregorio Funes, deán de la catedral de Córdoba, dice en su *Historia de Buenos Aires* que Aguirre prendió a Núñez de Prado, le envió a Chile, y allí murió no se sabe cómo. Por nuestra parte más cierto nos parece este pasaje de una carta de Valdivia. "Aunque un Juan Núñez de Prado desdobló la ciudad del Barco que el dicho Villagra había favorecido en nombre de V.M. y dejado bajo

Cuando Aguirre entró en el Barco, apuradísimo era el estado de la población, desierta casi la mitad de ella, y circuida de cuerpos de indios que sin cesar la atacaban y afligían. Como viera que la posición no ofrecía una defensa fácil y segura, se resolvió a abandonarla trasladando la colonia contra las márgenes de río Dulce, dando al nuevo pueblo el nombre de *Santiago del Estero*, el mismo que hoy conserva. Pronto se hizo población importante, merced a la actividad del jefe que la dirigía, y atareado andaba éste en busca de elementos con que impulsar la prosperidad de la villa, cuando se le presentó su hijo Fernando con la novedad de que Valdivia había muerto, y nombrádole en su testamento para suceder en el gobierno de Chile, en caso de ausencia o fallecimiento de Alderete, primer llamado.

Aguirre era ambicioso y emprendedor. En la conquista de Tucumán no veía gran gloria para sí, porque obraba por mandato de un jefe y cualesquiera los resultados fueren, más parte de mérito había de caber a quien ordenó la expedición, que al encargado de ella por esmerada que su solicitud pareciera. En tal supuesto ya se infiere con cuánto gozo recibiría aquel capitán la noticia, y cuál lugar se labraría en su fogosa imaginación; dispuso, pues, sin perder instante, que su segundo Juan Gregorio Bazán se encargase del gobierno de la nueva colonia, y hecho, partió para La Serena con gran parte de las fuerzas que a sus órdenes traía.

Los habitantes de La Serena y su concejo le recibieron con imponderable alegría, al paso que le tributaban las honras que como a gobernador de Chile le tocaran, conformándose en esto con la voluntad de Valdivia. Semejante suceso, que concurría legalizando, digámoslo así, las pretensiones de Aguirre, le inclinó a dirigirse al cabildo de Santiago, para que a imitación del de La Serena, y con vista de sus derechos a la sucesión en el gobierno, se le declarase su jefe supremo. He ahí la causa porque los concejales de Santiago creyeron no deber acceder a la demanda de Villagra, que acaso fuera dividir las armas en dos partidos enconados, y acarrear una guerra civil de espantosos desastres. Ni fue aquel cabildo menos explícito y entero con Aguirre, diciéndole que había juzgado conveniente regir por sí mismo el país hasta la resolución de la voluntad soberana, a este intento ya consultada.

Diego García de Cáceres, y Juan Godínez, marcharon encargados de poner en manos del pretendiente aquella respuesta y “de hacer a Francisco de Aguirre un requerimiento de que no venga a esta ciudad con la gente de guerra que trae, ni entre en los términos de ella, por excusar escándalos y alborotos que se podrían recrecer entre el general Francisco de Villagra y su gente, que está en esta ciudad”<sup>76</sup>.

Grande fue el enojo de Aguirre así como tomara conocimiento del acuerdo del cabildo de Santiago, ante el cual despachó *incontinenti* a su hijo Fernando, con orden de que viniese en declararle gobernador de Chile, de cuyo título usó en todas sus comunicaciones; pero, aunque imperioso en la forma como en el fondo de

---

mi protección, atento a que de aquí podía ser provisto, y no de otra parte, y según han escrito se fue a Perú ahorcando a un alcalde que defendía su perpetuación porque conocía lo que importaba para una tal jornada estar allí poblado, etc.”. (Carta a Carlos V).

<sup>76</sup> Acuerdo del Cabildo de 25 de mayo de 1554.

su demanda, y, aunque enérgicamente apoyada ésta por el cabildo de La Serena, nada adelantó con el de Santiago, resuelto como estaba a guardar el gobierno, hasta providencia real, porque así presumió convenir a la paz y tranquilidad del país; antes de unánime voz respondieron los concejales en tono amenazador que aprendiese el pretendiente a respetar sus deberes por sí propio, o en otro caso se encargarían de mostrarle con la fuerza cuáles eran los límites en que había de contenerlos.

Ni jugaba sola en esta abierta lucha la persona de Francisco de Aguirre, pues con igual empeño concurría tal cual vez Villagra porque prevalecieran sus pretendidos títulos al gobierno, y entre tanto se hallaban las provincias del sur en completo desamparo, en el mayor aislamiento, amenazadas de ruina. Aun se llegó a decir en esta ocasión que todos sus moradores habían perecido, rumor que, si por dicha salió falso, todavía llevó el cabildo de Santiago a ordenar que persona ninguna, aunque muchas lo tenían solicitado, pudiera pasar a Perú en el bajel dispuesto a dar vela, con demanda de socorros al Virrey y a la Real Audiencia, a quien se le informaba de todo cuanto había ocurrido, considerando el país abocado a una horrible y espantosa anarquía.

Celo, decisión y entereza probaron los concejales de Santiago en tan azarosa crisis, ya cuidando del mantenimiento del orden, ya rechazando esforzados las instancias de aquellos dos ambiciosos; mas harto veían no haber en ellos fuerza para rendir la voluntad de dos altivos competidores, ambos cumplidos militares, ambos con apoyo de colonias que se presumieron con derecho de resolver toda clase de contienda administrativa, y ambos en fin al frente de tropas que les eran enteramente fieles y adictas.

En tal estado de cosas recurrieron a probar persuadiendo y negociando lo que su débil poder nunca habría de alcanzar en lucha, y dispuestos ya a transigir, sometieron a la prudencia y juicio de peritos el fallo de tan importante negocio, suministrándoles para el mejor acierto cuantos documentos y antecedentes había en muestra del derecho y alegaciones de cada uno de los pretendientes. No rehusó Villagra este medio, antes entró gustoso en él, pero no así Aguirre, que al notificársele el regidor Juan Godínez contestó no le aceptaba, ni de él había menester, siendo sus títulos legítimos, indisputables, y por tanto fuera de toda controversia con quienquiera que fuese; receloso sin duda de que la presencia de Villagra en Santiago, y los esfuerzos de sus amigos no dejarían de influir en la solución, más que los concejales acudieran con cuantos medios fueren en su mano para hacer que decidiera recta e imparcial justicia.

Esta respuesta no apartó a los miembros del concejo de su conciliador proyecto, pues hicieron que los letrados Altamirano y las Peñas, con fama de los más entendidos del país y de mayor rectitud, comparecieran en su presencia, quedando encargados de examinar y resolver el punto de derecho; mas como importaba que en aquel lance se vieran aquellos jueces aparte de toda influencia, porque pareciera el fallo con absoluta e independiente libertad, se dispuso pasasen a bordo de un bajel, en donde se mantendrían hasta dejar sentada su opinión. Así se verificó después de haber jurado solemnemente los letrados en la iglesia, y sobre los santos evan-

gelios, que procederían según conciencia y la más desinteresada justicia y Villagra, que se conformaría sin réplica al fallo de los sabios legistas.

Salieron éstos para Valparaíso en septiembre de 1554, acompañándolos hasta dejarlos a bordo el alcalde ordinario, Francisco de Alderete, los regidores Rodrigo de Arana, Francisco Rivero, el capitán Juan Bautista Pastene y también Alonso de Escobar, y los letrados comenzaron el examen de todos los antecedentes relativos al caso en cuestión. Sobrado quisieran ellos poder pronunciarse definitivamente en favor de una de las partes interesadas, y sacar con esto al país de la mortal incertidumbre en que le traían después de algunos meses, ya los levantamientos de los indios, ya la inquieta agonía de las provincias del sur, ya en fin la agitación de los ánimos en las del norte; y causa era ésta, en verdad, para acelerar el dictamen, y atribuir el poder con toda su fuerza a uno de los dos pretendientes, para que con urgencia diese cara a las necesidades del día; pero su carácter tibio e irresoluto alargó la discusión, dieron oídos a la prudencia, saliendo por fin y postre con que Francisco de Villagra debía marchar inmediatamente en socorro de las ciudades Imperial y Valdivia, y que si en el transcurso de siete meses, es decir, en abril de 1555, no tuviera S.M. provista la plaza de gobernador de Chile, viniera el cabildo de Santiago en nombrar al dicho Villagra, con preferencia a Francisco de Aguirre.

Llegó a Santiago ese dictamen. El 4 de octubre recibió cuanta publicidad requería, y a la mañana siguiente Villagra, aunque no muy satisfecho de los legistas, convoca a los concejales a su propia morada para decirles que, pues se había resuelto deber concurrir al socorro de las ciudades de la Araucanía, era preciso que el tesoro le suministrase los caudales necesarios, dispuesto como estaba a presentar tales fianzas cual correspondiesen a la cantidad que se le diera; y que además convenía se le proclamase sin espera ninguna gobernador y capitán general de Chile, pues si (y esto en tono de absoluto imperio) en el término de un hora no lo veía así cumplido, la fuerza le pondría en el lugar que demandaba.

La altanería y presunción en requerimiento de un título que al cabo no se le tenía negado, revolvió el brioso orgullo de aquellos concejales, quienes denodados respondieron se conformase con lo provisto, como así lo tenía ofrecido con juramento, protestando contra toda otra resolución; y pues se miraban allí “oprimidos y sin libertad”, conveniales retirarse al lugar de costumbre para sus deliberaciones, donde deslindarían la gravedad de semejante negocio.

Justa era esta resolución y no había motivo para que Villagra pretendiera estorbarla. La junta aquella carecía de la conveniente legalidad; los votos de los concejales andaban entre el imperio de la intriga y el de la violencia, y por lo mismo con razón se hubiera podido argüir de nulidad el resultado. Sin embargo, no se paró Villagra en estas consideraciones; dada ya sin embozo la medida de sus deseos, y confiando en la cooperación de sus tropas para hacerlos triunfar, repuso en nombre de S.M.:

“Que debían nombrarle; y luego *incontinenti* el dicho señor general mandó a muchos caballeros y soldados que estaban fuera en la sala que entrasen dentro en el dicho

aposento, y en presencia de todos ellos dijo que él se hace recibir por fuerza en este cabildo y que para darle favor y ayuda para ello los manda entrar como han entrado: y luego muchos de ellos, y especialmente el maestre de campo Alonso de Reinoso, y Juan de Figueroa y otros muchos dijeron que ellos y los demás vienen a dar favor y ayuda para que se haga recibir el dicho señor general, y hacer lo que les mandare como su capitán general y justicia mayor; y luego los cabildantes lo recibieron contra sus voluntades, protestando y tomando por testigos los soldados y caballeros que estaban presentes<sup>77</sup>.

Bien comprendió Villagra la incongruencia de vestir un título tan intempestivo, y arrancado de un modo demasiado violento; mirándole por lo mismo como nulo, se dirigió de nuevo al Ayuntamiento con razones y argumentos en que se pintaban los males que eran de temer para el país si Aguirre llegara a venir contra Santiago, viéndole con sus tropas entretenido en pacificar la Araucanía; pero como su estudiada persuasiva, y sus palabras mañosas, se estrellaran en la severa y tenaz resolución de aquellos funcionarios, salió ordenando a sus secuaces fueran a proclamarle capitán general y justicia mayor, dándose desde entonces en busca de cuanto creyó convenir para marchar a la defensa de Imperial, Valdivia y Villarrica, privadas de comunicación con las colonias del norte. Acudió con este objeto a la tesorería, en solicitud de caudales, y como se le negaran hizo pedazos las arcas, recogiendo trescientos ochenta y ocho mil seiscientos veinticinco pesos, que enceberraban, y que empleó en prest y equipo de ciento ochenta soldados con los cuales emprendió su expedición<sup>78</sup>.

---

<sup>77</sup> Acuerdo del Cabildo del 4 de octubre de 1554.

<sup>78</sup> “Y como no le socorrimos, se hizo recibir por fuerza en esta ciudad por capitán general y justicia mayor, diciendo servir a V.M. en ello. Un día estábamos en la fundición quintando, y entró dentro con ciertos hombres y nos requirió le diese el oro que estaba en la caja real, y nosotros se lo defendimos con requerimientos y apelaciones para ante V.M. Y no embargante esto nos quebrantó la caja y forciblemente, sin poderlo nosotros resistir por estar como estaba poderoso, sacó de la caja real 388.625 p. diciendo así convenía al servicio de V.M., con los cuales hizo ciento ochenta hombres con que fue a socorrer las dichas ciudades; somos informados que su ida hizo mucho fruto porque a no ir se perdieran las dichas ciudades”. (Carta de los tesoreros de Santiago Arnao, Segarra, Ponce de León, Juan Fernández Alderete y A. Álvarez, dirigida a Carlos V el 10 de septiembre de 1555).

## CAPÍTULO XXV

Noticia Lautaro a Caupolicán el triunfo de Marigueñu. Marcha contra Concepción y la incendia. Su regreso a Arauco, a donde había concurrido el Toqui. Asamblea general de los indios. Opiniones encontradas acerca de la guerra. Caupolicán con treinta mil soldados sobre Imperial. Da diez mil a Lautaro encomendándole el asedio de Valdivia. Corre Villagra a defender esas dos ciudades. Rechaza a los indios, y asienta sus armas en Arauco y Tucapel. Estragos de la viruela.

(1554 A 1555)

Envanecido Lautaro en cuanto se mirara rodeado de tantos trofeos como en la famosa batalla de Marigueñu recogiera, causando a los españoles pérdidas tan considerables y tan sensibles, por lo mismo que no era fácil repararlas, ya no pensó sino en despachar emisarios al toqui Caupolicán, con cargo de notificarle el reciente triunfo, y cómo se determinaba en busca de otros con que la fortuna parecía convidarle. Con singular actividad y presura reunió de nuevo sus huestes, y habiendo llenado con guerreros de probada habilidad las plazas de mando que la muerte arrancó de sus filas en la sangrienta refriega, marchó contra Concepción para cargar segunda vez a su enemigo, y no dejarle descanso, posición ni abrigo alguno en el suelo de la Araucanía. Llegando a orillas del río Biobío, se le anunció que los habitantes de aquella ciudad, atribulados, llenos de espanto y de zozobras, huían presurosos unos por mar, otros por tierra, sin dejar gente que la colonia defendiera; cuya noticia aceleró la marcha del general araucano, que no paró hasta mirarse dentro de la población abandonada.

Bien hubiera continuado Lautaro la derrota de los españoles, cuya retirada forzosamente había de ser lenta y embarazosa, teniendo que atender a la guarda de ancianos, de mujeres y niños, que la falta de espacio en los bastimentos, o la celeridad con que se hubo de cumplir la fuga, en la precisión de caminar por tierra habían puesto; pero es la inclinación al saqueo hartamente natural en aquellas hordas salvajes, y como era Concepción una de las poblaciones más ricas, entre todas las que entonces poseían los españoles, y como no hubo tiempo para recoger cada uno lo de su pertenencia, las casas habían quedado atestadas de alhajas, de enseres y de bastimentos de aliciente sobrado poderoso para que los indios, una vez dentro de muros, no miraran sino a desbandarse buscando cada uno de ellos donde acumular mejor botín.

Como hubieran recogido cuanto de buen uso y mayor importancia les pareciera, cansados ya también de quemar muebles, y destruir cuantos animales domésticos llegaron a encontrar, entregaron la ciudad a las llamas, y pasaron a arrasar el fuerte que la defendía, encomendando Lautaro a los indios del país, que ni contribuyesen en adelante a la fundación de nuevas moradas, ni tanto arruinasen los muros de las incendiadas, que habían de quedar como para testimonio del poder y esfuerzo araucano.

El loco deporte a que tras ese hecho de venganza se entregaron los soberbios naturales es indecible; que entre ellos costumbre fue celebrar los triunfos de su incomparable esfuerzo, y los estragos de su selvática fiereza, con juegos, con borracheras y destemplados extremos, y en todo eso se entretenían cuando le llegó al joven General un aviso del Toqui, convocándole a una asamblea que debía ocurrir sin dilación, para resolver cuanto a la guerra pareciera de mejor consejo; por cuya razón alzó Lautaro su campo, y se encaminó a donde se le ordenaba.

Celebró Caupolicán la llegada de este adalid con toda suerte de regocijos públicos y de meditados obsequios, que esto y más le parecía merecer quien con tanta dicha y prontitud tanta acababa sus gloriosas empresas. Ni se mostraron menos agasajadores los demás jefes, quienes, en mayor gala y más pública ostentación del júbilo que la ruina de sus opresores despertaba en sus pechos, aparecieron todos o casi todos vestidos con despojos de españoles vencidos, y aun se vieron entre ellos las mismas prendas de que en sus días había usado el gobernador Valdivia.

Iban, en efecto, los indios en alas de la fortuna, y natural era que se aprestasen para requerir nuevos favores; así es que, mientras las masas daban libre suelta al contento que la prosperidad de sus armas debía excitarles, el Toqui y los caciques, en número de cientot treinta, se formaron en consejo para ajustar el medio de proseguir la campaña, y ver de cuál parecería mejor usar, hasta que limpio enteramente quedase el país de sus aborrecidos invasores.

Caupolicán, que fue el primero en la palabra, mostró en esta junta mucha pasión por la guerra. Traía recogidos ya frutos de sumo valer, y por tanto no quiso ajustarse con el moderado sentir que al principio de su elevación probara; antes pensaba dar inmensa anchura a la línea de sus operaciones futuras, que habían de abrazar distintos y apartados puntos. Apoyaban estas máximas Lincoyán y Pehuelén, pero más arrojados todavía, y más temerarios, parecieron los caciques Angol, Angolmo y Tucapel, con pretensiones de que las armas debían marchar en diligencia a la conquista de las ciudades Santiago y La Serena. Pensaron otros que, con acometer desde luego a Valdivia e Imperial, sería empresa de sobrada faena, sin que fuera la presunción por entonces con miras más exageradas, y este opinar hubo de parecerle a Tucapel tan tímido, tan incongruente que a hechos de inconsiderada violencia pasara en medio de la asamblea, a no detenerle la grave y rígida amonestación de ancianos respetables<sup>79</sup>. El prudente Colocolo, avisado y constan-

<sup>79</sup> Sientan varios autores que Tucapel, no pudiendo reprimir el enojo que hubo de causarle el lenguaje medido del cacique Puchecalco, se adelantó jugando su maza, y en mitad de la asamblea mató de un solo golpe a aquel jefe indio; otros dicen que no hubo sino reto sin efecto. Carácter irritable y

te consejero de aquella milicia audaz, supo aquietar diferencias y traer la cuestión a fin, proponiendo que era caso de no pensar sino en comenzar la campaña con el asedio de la ciudad Imperial, acometiéndola desde luego por tres diferentes puntos, con los tres cuerpos en que, en sentir suyo, debía dividirse el ejército.

Vino en ello el Toqui, y como un gran número de caciques se arrimaran también a la opinión del entendido anciano, se llamó inmediatamente a las armas, y el ejército todo se puso en ordenado movimiento a principios de marzo de 1554.

Treinta mil combatientes seguían esta vez al Toqui, y las marchas se cumplieron con aceleramiento; pero fuera que el general araucano tuviese por muy pequeña empresa la toma de Imperial, atendido su valor y el que probado traían sus soldados, o pareciérale conveniente cumplir hechos de su propia meditación y consejo, ello es que se apartó en parte del plan de Colocolo, pues como se viera sobre las márgenes del río de las Damas, dio a Lautaro diez mil hombres, y la orden de marchar al cerco de Valdivia. Adelantose él contra Imperial, encargando el mando de su retaguardia al intrépido Lemolemo, y bien pronto se vio ante la ciudad enemiga, contando rendirla sin gran esfuerzo, pues le tenían informado los indios que servían a los españoles, cómo éstos, recelando el asedio, y sintiéndose sin fuerzas para una larga resistencia, habían despachado a Santiago hijos, mujeres y ancianos, en ánimo de retirarse y abandonar el país con desembarazo en cuanto apretara el peligro.

Pronto comprendió Caupolicán que el comandante de las armas españolas, Martín Ruiz de Gamboa, no se mostraba dispuesto a ceder ni tan luego, ni tan de balde como aquél presumiera; antes rechazaba todos los embates con no poco daño de los indios, y envalentonaba a los suyos más que con estudiadas pláticas, con hechos de armas de singular arrojo.

Consumiéronse los quince primeros días en un empeñado ataque, respondiéndole desesperada defensa, y al cabo resolvió Caupolicán el asalto con toda su gente a la vez; pero al llegar la hora de ejecutarle sobrevino un temporal furioso con tal destempe de granizo, de truenos, de relámpagos, de tormentosa cellisca, que los indios hubieron de alzar el campo, y “retirarse a sus tierras, dicen todos los historiadores, porque así se lo ordenó la Virgen María, aparecida en aquella ocasion al toqui araucano, y a sus soldados”<sup>80</sup>.

violento mostró constantemente Tucapel, pero no por ello creemos que a tanto se excediera en esta ocasión, o cuando mucho probablemente no habría sino el desafío.

<sup>80</sup> Con una blanda voz y delicada,

Les dice: ¿Adónde andáis, gente perdida?

Volved, volved el paso a vuestra tierra,

No vais a la Imperial a mover guerra.

(*Araucana*, canto IX)

Dejando ese suceso conforme con las creencias de aquella época, no hallamos imposible el que los araucanos desistiesen de su empeño en presencia de la airada tempestad, porque, sobradamente supersticiosos, en ella pudieron leer un agüero desfavorable a sus proyectos. Es de todos modos cierto que, si a levantar el sitio llegaron, en breve volvieron a ponerle, como lo veremos.

Harto presumía el cabildo de Santiago la estrechez y peligros que debían experimentar aquellas ciudades; pero ya vimos cómo los jefes de las tropas que pudieran volar al socorro atendían, antes que a otra cosa, a recoger la herencia de don Pedro de Valdivia, y por consiguiente, los mismos jefes araucanos llegaron a suponer que ningún auxilio a Imperial, ni a Valdivia, podía por entonces realizarse. Con todo, el astuto Caupolicán cuidó de que se extendiera la voz de haber sido destruidas aquellas dos colonias, y perecido en ellas todos sus moradores, por si se trataba de socorros, que parecieran con tal noticia tardíos, y por tanto excusados.

Pudiera surtir efecto el ingenioso ardid, si por fortuna no llegara a Santiago, para invalidarle, aviso del capitán Gamboa, que reclamaba con urgencia un alivio al extremoso apuro en que los sitiadores le tenían. En efecto, escaseaban ya las municiones de boca y guerra en la plaza; el ardor de los araucanos se aumentaba de día en día; mientras que, usado hasta el exceso el de la corta guarnición española, si acaso se despertaba a vista del inmediato peligro, el primer descanso volvía a rebajarle, por lo mismo que se reconocían los sitiados sin esperanza para sustentarse. Ni era menor tampoco el conflicto en que Lautaro tenía la población de Valdivia, y ambas ciudades sucumbieran sin remedio, a no llegarles favor en su último y desesperado trance.

El nuevo gobernador Francisco de Villagra, así como tomara conocimiento del aviso de Gamboa, ya no pensó sino en socorrerle. Con ciento ochenta caballos que pudo reunir en la capital, salió en octubre de 1554, sin que le arredrara el número de los enemigos, ni que mucho precio hiciera de las infinitas celadas, que de antemano sabía le tenían puestas los indios en diferentes puntos del tránsito.

Siguió con diligencia en línea de la parte oriental de los montes de Nahuelbuta, pero, como lo había previsto, obligado a cada instante al uso de sus armas para abrirse un paso que los indios pretendían contener con atrevido tesón. A muy duras pruebas le puso el enemigo en esta jornada tan laboriosa, y de tan difícil tránsito, pero todo lo superó el ardidoso Villagra, llegando dichosamente al cabo de diecinueve días a vista de Imperial. Cuál fuera el ímpetu con que cargó al enemigo, el resultado lo proclama, puesto que, declarados los sitiadores en confusa derrota, huyeron todos ellos a lo más espeso de los bosques; pero el general español, despechado y ansioso de una cumplida venganza, ya no se satisfizo con ver libres a los moradores de Imperial; antes se echó a correr los campos de aquel distrito, acuchillando y matando inclemente a los naturales, destruyendo, abrasando todos sus sembrados, arrebatándoles sus provisiones de maíz y otros granos, en fin, derramando consternación, espanto, luto y muerte en toda la tierra, como si los reveses pasados le autorizaran a dar prueba en este lance de una cruenta y desmedida saña, sobre gentes que, al cabo, no hacían sino defender su propia patria, su adorada independencia. Igual y tan triste suerte cupo a los indios de Valdivia y Río Bueno, contra los cuales fue destinado el maestre de campo de Villagra, Alonso Reinoso.

Traídas a forzosa obediencia todas las tribus indias mantenidas desde Imperial hasta Valdivia y Río Bueno, y abastecidas aquellas dos ciudades con cuanto era menester para su sustento y defensa, Villagra se echó en persecución de las masas

araucanas con el mismo sistema de incendio y asolación de los campos, y llegó a plantear su real en Arauco y Tucapel con sólo cumplir algunas escaramuzas tan mal empeñadas, como tibiamente sostenidas, porque los indios disminuían en número como por encanto, los que aparecían daban muestras de un inconcebible desaliento, y al fin vino a verse el caudillo español sin un solo enemigo, como si el país se abriera para encerrar en su seno hasta el último miembro de aquellas formidables huestes, cuyo carácter guerrero y porfiado a tanta costa habían llegado a conocer los españoles.

Pronto supo Villagra la causa del misterioso silencio. Los araucanos, cogidos de repente de la viruela, de cuya enfermedad ni una sola idea tenían, huyeron azorados todo trato, todo comercio humano, para esconderse en lo más árido de los montes; la epidemia se propagó con celeridad tanta, su violencia fue tan instantánea, que allí donde ponía su enseña, allí obraba una repentina muerte, sobre todo entre los indios del segundo butalmapu, o provincia llamada de los *Llanos*, enconada enemiga de los españoles, y cuyos naturales quedaron muy pocos con vida<sup>81</sup>.

Es cierto, como lo asienta Molina, que los españoles produjeron en aquellas regiones el mortal contagio; como quiera, también ellos le pagaron entonces un crecido tributo, sirviendo de cebo a su estragada voracidad.

---

<sup>81</sup> Los historiadores Molina, García, Olivares y Figueroa, dicen que de un repartimiento de diez a doce mil indios hecho por Valdivia en 1552, sólo dejó la peste cien; y Hernando de San Martín cuenta que de ochocientos que aquel gobernador le diera, los setecientos veinte le arrebató la epidemia de 1555.



## CAPÍTULO XXVI

Nuevas pretensiones de Francisco de Aguirre al gobierno de Chile. Resiste con tesón el cabildo de Santiago, y toma medidas de defensa. Entra Fernando Aguirre en Santiago con dieciséis soldados. Desármalos el Ayuntamiento. Los reclama Aguirre y se le devuelven. Alzamiento de los promaucaes. Extienden éstos la falsa noticia de que Villagra y su gente habían sido deshechos en Arauco. Recíbense noticias favorables de Perú. Arriba Villarroel a Pichualca. Pretensiones de Villagra al gobierno de Chile. Las rechaza el Cabildo. Llegan cuatro bajeles, y en uno de ellos Arnao Segarra. Provisión de la real audiencia de Lima. Villagra en Santiago.

(1555)

**E**l cabildo de Santiago había recogido el supremo poder desde que Villagra se ausentó de la capital para socorrer a las colonias del sur; porque firme en su propósito de no ceder a ningún género de exigencias, entendió ser muy conveniente el guardar el gobierno hasta tanto que la real audiencia de Lima o la corte de España determinaran el sucesor de Valdivia.

Entretenido Villagra en subyugar las tribus araucanas, si acaso no fueran de olvidar sus pretensiones a un puesto que tanto se aunaba con sus ambiciosas miras, habíalas por lo menos aplazado, y con esto bien pudiera el Cabildo continuar tranquilo el ejercicio de la primera dignidad; mas pronto apareció quien saliera disputándole la posesión, dando así motivo a nuevos cuidados, porque los cabildantes apenas si tuvieran otra fuerza para combatir pretensiones que su carácter entero y no poco resuelto, como nos lo han de decir los hechos.

En cuanto se recibiera la noticia de que Francisco de Aguirre, despreciando el fallo de los letrados, había cogido su gente y puéstose en camino contra Santiago para hacerse reconocer en calidad de gobernador de Chile, el Ayuntamiento pronunció el día 1 de enero de 1555 una acordada, declarando a Aguirre alevoso y traidor a su Rey, e incurso en la pena de muerte y perdimiento de sus bienes, si a la jurisdicción de Santiago llegase con gente armada; debiendo salir el escribano del Cabildo a notificar este auto, y el sacerdote licenciado Marmolejo, y el capitán Rodrigo de Quiroga, habían de acompañarle también para mejor penetrar las intenciones del pretendiente.

Ni se detuvieron aquí las disposiciones del concejo, antes queriendo parar cualquier golpe arrestado que pudiera intentar Aguirre salió el 5 del mismo mes

haciendo un apellidamiento general a las armas, y determinando punto donde todos los vecinos habían de reunirse a señal convenida; pero el 7 ya penetró en la ciudad, no el pretendiente en persona, sino su hijo Fernando, acompañado de dieciséis soldados, con los cuales pasó al concejo, entregando una carta de su padre con traslado de otra que anunciaba ser de la Real Audiencia, y cuyo contexto era que Francisco Fernández Girón se había alzado en Perú contra la causa del Rey, y acaso vendría a caer en el reino de Chile<sup>82</sup>.

Como se notara que de los soldados venidos con Fernando Aguirre seis traían arcabuces y mecha encendida, presuroso ordenó el Ayuntamiento el desarme de aquella gente, el embargo de sus armas y caballos, y el arresto preventivo, aunque cada jinete en casa particular, como si sólo se entendiera un alojamiento separado; pero Fernando fue desterrado de la capital.

También la noticia del levantamiento de Girón dio nuevos recelos a los concejales, y más cuando se les decía que probablemente se internaría en Chile aquel alborotador; pero infatigables y resueltos por mantener a toda costa la tranquilidad pública, acudieron mandando que persona ninguna saliese de la ciudad, ni enviase sus indios a las minas; que cada domingo se pasaría una revista general, y en fin que a expensas del tesoro se fabricasen armas con que poder oponerse a cualquier ataque, dando el mando de la plaza a Rodrigo de Quiroga, en acuerdo del 14, y la fiscalía a don Alonso Álvarez.

Si la autoridad hubiera a mano una fuerza armada en que apoyarse, en bien y en breve quedarán resueltos semejantes incidentes; pero aquélla faltaba, y éstos se complicaban de día en día. Entre el concejo, y los vecinos don Pedro Gómez de Don Benito, el capitán Juan Jofré, Juan de Cuevas y Alonso Álvarez se produjeron diferencias que lo crítico de las circunstancias tuvo que mantener impunes, para responder nuevamente a Aguirre que por conducto de Guevara se dirigió al Cabildo con fecha 26 del referido mes, reclamando la inmediata libertad de sus soldados, pues que (decía con imperio) “no se le da nada que haya en esta ciudad trescientos ni quinientos hombres para defenderla, que vendrá desde La Serena a alborotarla”.

No se fue sin la merecida repulsa esa tan desmandada amenaza, antes el Ayuntamiento, y todos los moradores de Santiago, cuyo voto se consultó esta vez, rechazaron indignados lo que con insolencia tanta se les pedía; mas como se insistiera pretextando que Aguirre tenía necesidad de aquellas fuerzas por si el rebelde Girón se allegaba al país, como por otra parte pudiera la obstinación acrecer el despecho hasta encender una guerra civil, cuyas consecuencias precisamente fueran fatales, se tuvo mejor acuerdo disponiendo que Rodrigo de Quiroga pasase a La Serena para entregar los soldados, y negociar acomodados con Francisco de Aguirre, invitándole a que esperase en aquella ciudad la soberana resolución acerca del gobierno de Chile<sup>83</sup>.

---

<sup>82</sup> Se dirigía la Audiencia al cabildo de Santiago, pero por conducto de Francisco de Aguirre a quien ella presumió en Tucumán, y le invitaba a que saliese en persecución del traidor. Aguirre estaba ya en La Serena, y retuvo la carta en su poder hasta esa ocasión.

<sup>83</sup> “Y que se mantenga en la dicha ciudad hasta que S.M. declare quién sea el gobernador”. (Cabildo de Santiago, 28 de enero de 1555).

En estas inconsideradas y sucesivas contiendas no había provecho sino para las tribus indias, prontas siempre a sacar partido del desacuerdo de sus opresores. En el Ayuntamiento había energía y actividad, pero no tenía brazos con que hacer su autoridad valedera; llevaba ya dos años contados sin recibir refuerzo ninguno, ni siquiera una consoladora noticia de Perú, y en medio de su fundado aprieto todavía se le anuncia el levantamiento de los promaucaes que acababan de dar muerte, en el pueblo de Duno, al dominico Buirox, y herido a varios de sus acompañantes, descargando también rabiosos en los indios de paz.

Bueno es el común peligro para dar de mano las rencillas, y grave hubo de perecer aquél, pues reparamos que, reconciliados de nuevo los concejales con Álvarez, Jofré y Cuevas, al primero le guardan fiscal de S.M. y a los dos últimos se les confía el cargo de ir contra los promaucaes, cada uno de ellos con diez hombres de a caballo, que salieron de Santiago, Jofré en los primeros de febrero, y Cuevas el 22 del mismo de 1555.

También se remitió en el propio mes un corto socorro a Villagra, con cuatro mil pesos que al efecto se tomaron en el tesoro, pero con apagadas esperanzas de éxito, porque concurrió en la ocasión la triste nueva “que dan los promaucaes que los araucanos le han desbaratado”<sup>84</sup>.

Por fortuna la noticia fue una invención de los indios, y como el alzamiento de éstos no llegó al carácter grave que desde luego se pudo presumir recobraron los moradores de Santiago alguna más confianza por su futura suerte, no en balde, pues que para bien y contento suyo arribó al puerto de Valparaíso un buque mercantil, anunciando que pronto llegarían otros cuatro de Perú, y que así de este puerto como de la Península traía noticias muy satisfactorias<sup>85</sup>.

Entre esas noticias no era la menos importante la prisión y condigno castigo que ya había sufrido en Perú el cabecilla Girón, por cuyo motivo los habitantes de Santiago fueron llamados inmediatamente a entregar en manos del tesorero de S.M. Juan Fernández de Alderete, las armas que para la defensa de la ciudad tenían recibidas: así se cumplió en 1 de abril de 1555.

Por lo demás, no faltaban razones para mostrarse satisfechos y contentos aquellos conquistadores, a quienes se les decía también que la Real Audiencia había venido en nombrar persona<sup>86</sup> para el gobierno interino de Chile, al paso que por la parte de España se insinuaba en camino con gran número de soldados el adelantado Gerónimo de Alderete, nombrado en propiedad por el Rey para gobernador de las tierras que Valdivia había ganado.

Nueve días después, fue motivo de mayor contento, la llegada a Pichualca de Gaspar de Villarroel<sup>87</sup>, que trajo en un buque algunos refuerzos de Perú,

<sup>84</sup> Acuerdo del Cabildo de 15 de febrero de 1555.

<sup>85</sup> Que se le escriba a Francisco de Villagra y a todos los cabildos de las ciudades las noticias, pues son tan buenas que en ellas se regocijen y estén advertidos (acuerdo del Cabildo de 1 de abril de 1555).

<sup>86</sup> Ya veremos cómo esta noticia no se confirmó.

<sup>87</sup> Ovalle le llama Cristóbal de Escobar Villarroel, mas no hay en esto sino equivocación de nombre, siendo el de aquel capitán Gaspar de Escobar Villarroel; y pretende García que el difunto Valdivia

mas que con la comunicación de su arribo acompañara una carta de Villagra que reclamaba de nuevo el gobierno, fudándose en ser transcurridos ya los siete meses que los juriconsultos aplazaron para la formal y definitiva provisión, cuando se les consultó acerca del valor del testamento de Valdivia; porque en la demanda había medida, y también fundamento. Pero como el Cabildo se considerase en vísperas de acontecimientos que cerrarían de una vez la puerta a todas las pretensiones, porque a tanto podía ir el discurso con las recientes noticias, respondió a Villarreal con acuerdo de 9 y 12 de abril “que desde allí se volviese con la respuesta (para Villagra) de que viene navegando la resolución del gobierno, y así que espere con paciencia la llegada, y en el entretanto acabe de hacer el castigo en Arauco, pues parece que anda en buenos términos”.

En efecto, ya contaba Villagra seis meses en los campos de Arauco y, aunque algunas treguas pudo traer la epidemia a las armas araucanas, es de suponer que en tanto tiempo no dejaran de ocurrir funciones de las cuales saliera el general español con dicha y lucimiento, porque, como lo siente el mismo Cabildo: “No es presumible que el ardor araucano, después de sus triunfos, sabiendo que las victorias son como las palmas que no quieren estar solas, se estuviesen en Arauco mano sobre mano”.

Como quiera, preciso es confesar que los araucanos o no fueron felices en esta campaña, o no usaron con empeño de sus armas, pues notamos que el mismo Villagra abandona<sup>88</sup> aquel país en principios de junio, diciendo al Cabildo, que ni tiene ya enemigos contra quienes combatir, ni elementos en su poder para pensar por entonces en poblar de nuevo las antiguas colonias, por cuya razón había determinado su regreso a Santiago.

Bien cabe también un motivo de esta resolución en el parte que este caudillo había recibido algún tiempo antes, de los alcaldes Rodrigo de Arana y Alonso de Escobar, comunicándole el descompuesto empeño con que Aguirre volvió a sus pretensiones; por lo menos no dejó de entrar en recelos con tan inesperada ocurrencia, pues sin perder instante despachó para Santiago, con los competentes poderes a su tío el capitán Gabriel de Villagra, y cargo de requerir al Cabildo que sin excusa ni restricción le declarase gobernador de Chile, conforme a sus derechos y a la resolución de los árbitros letrados, publicada en 4 de octubre del año anterior.

El 29 de abril se le notificó al concejo la pretensión, pero fue desechada sosteniendo que no se haría novedad en el gobierno hasta saber la voluntad soberana; y como el apoderado de Villagra insistiera en su demanda el 1 y 12 de mayo, conminando a los municipales con la multa de cinco mil pesos para la cámara y

---

le envió en busca de socorros a Perú desde el valle de Mariquina, en cuanto recibiera los que le condujo del mismo punto Francisco de Villagra.

<sup>88</sup> García dice al contrario “que abandonó con sentimiento lo que a costa de sus fatigas había adelantado en Arauco, pues teniendo arrinconado a Caupolicán, y estando padeciendo los butalmapus una terrible enfermedad de viruela, al tiempo que iba a repoblar las despobladas ciudades, y quedar él con el resto del ejército de su escolta, con su campo volante le quitaron la espada de la mano...”. (Alude con esto a la provisión de la Real Audiencia de que luego se hablará).

redención de cautivos, si no venían en hacer justicia, le fueron devueltos ambos escritos sin más respuesta que, o hablase a la autoridad con mesura, o ella concurriría severa para señalar la fórmula: “Y notifíquesele al adelantado y a los que andan con él en Arauco para que no entren en el distrito de la capital, pena de perdimiento de bienes”.

En esto se andaba cuando arribaron a Chile los navíos de que atrás dimos cuenta, y en uno de ellos Arnao Segarra, que presentó al cabildo de la capital el 23 de mayo la real provisión de la audiencia de Lima, por medio de la cual se fallaba en materia de gobierno con lo sustancial: 1º de quedar por nulo y de ningún valor el testamento de Valdivia, no menos que los nombramientos hechos por las diferentes ciudades; 2º que se licencien las tropas puestas al servicio de los distintos jefes en acción en el reino, y se pasase a repoblar Concepción, prestando auxilios el vecindario de Santiago, si de auxilios hubiere menester; 3º que no hubiese gobernador, sino que cada alcalde lo fuese así para lo político como para lo militar, en lo concerniente a su distrito o jurisdicción.

Ésa fue la resolución que pronuncia la audiencia de Lima en 3 de febrero de 1555, o sea, trece y más meses después del fallecimiento de Valdivia, cuya providencia cumplimentada por el cabildo de Santiago con el ceremonial de usanza, y tomados los traslados correspondientes, fue notificada en forma al apoderado de Villagra, y a Francisco de Aguirre que apeló de ella, sin éxito.

Desde que Francisco de Villagra tomó conocimiento del rescripto, se apresuró a cumplirle con muestras de religioso respeto, y de esmerada sumisión, más que interiormente hubiera de sentir cuán mal se respondía a sus relevantes servicios, pues relevantes y muy meritorios debieron parecer, cuando dice el mismo Cabildo:

“Aunque desdeñado Francisco de Villagra del cabildo de Santiago, y no escarmentado en el riesgo que tuvo en la cuesta de Villagra, no falló al bien público con sus deberes exponiendo su ancianidad al trabajo y su vida al riesgo marchando con su ejército, corrió a socorrer Imperial y Valdivia, y reducir en aquellos distritos los naturales”.

Tras semejante prueba vanas fueran las que pudiéramos acusar en lauro de ese ilustre y valeroso caudillo, que regresa conforme y silencioso a Santiago, se despide de sus leales compañeros de armas, y entra sin repugnancia, ni queja, en una vida retirada, desnudo de toda autoridad, sin cargo alguno de república, pero rodeado del amor de todos los colonos, y lo que más es, porque parece inconciliable con la desgracia, siguiéndole constantes y verdaderos amigos, los que durante su fortuna y superior mando no debieran aparecer sino como en calidad de astutos e interesados cortesanos.



## CAPÍTULO XXVII

Los alcaldes de las ciudades gobernadores. Escudo de armas con que a la ciudad de Santiago honra S.M. Los cabildos piden un solo gobernador. Empréndese la repoblación de las colonias del sur. Los pencones demandan auxilio a los araucanos. Lautaro con 4.000 soldados viene contra Concepción. Batalla en campo abierto. Se renueva en el palenque. Son rotos en ambas los españoles. Se retiran con mucha pérdida. Concepción arrasada segunda vez.

(1555)

Tardía, pero también desacertada, parece la determinación de la Real Audiencia, porque si en mejores circunstancias pudiera cumplir una medida que así desquicia individuales pretensiones, prontas a trasladarse en banderías, por lo mismo que hasta los ayuntamientos tenían en la materia distintas miras, si no fuera más propio decir, distinto candidato para el vacante gobierno, sabiendo que todas o casi todas las tribus indias del suelo chileno se mantenían en constante pugna contra los conquistadores; que no una de las pocas colonias establecidas, sino las más, y hasta la capital misma, se temía más de una vez la repentina y brusca irrupción de masas, contra cuyo arrojo valiera tan poco el tronido del cañón, como la muerte, cuyo alcance parecían desdeñar; no presenta acuerdo ni tino tan gran relajación del poder, de que ni pudo salvarse la parte militar, en la que entonces se afianzaba la tranquilidad, y también la vida de los ciudadanos.

Por lo demás, bien se manifiesta en la tal medida el espíritu dominante de aquella época, siempre en pugna por mantener esas regalías jurisdiccionales o principios democráticos, que al cabo perecieron con las famosas comunidades de Castilla; pues a ellas se asemejaran las distintas colonias chilenas, si largo tiempo continuaran sus concejos con el gobierno político y militar de su distrito, o sólo se diferenciarían por la simple fórmula de tener un como merino de superior ordenamiento.

De todos modos, llevando a debido efecto y cumplimiento el rescripto, cada alcalde ordinario de las ciudades de Chile vistió el pomposo título de maestre de campo, quedando para los regidores el de capitán; y cada concejo estableció su milicia cívica, cuyos individuos fueron llamados *soldados de número*, porque se les dio el correspondiente. No escasearon los alardes ni los ejercicios, pues si para

fortuna de los españoles la horrorosa epidemia de las viruelas tenía a los indios desarmados y ocultos, con sus familias, en apartadas guaridas, bien pudiera ceder el contagio, renacer la pasión de la guerra, o mejor de la venganza, en los pechos de los indomables araucanos, y cuerdo era el mantenerse amaestrados y prontos para rebatir provocaciones en día oportuno.

El cabildo de Santiago comenzó su gobierno declarando de buena ley y curso el oro de las minas del Álamo, y por lo que toca a sucesiones o herencias, “que los hijos o mujeres de los vecinos de la ciudad heredasen los indios<sup>89</sup> de la propia manera que los demás bienes”.

Data de veintidós días más tarde el privilegio que del rey de España recibió la ciudad de Santiago con título de *Noble y leal*, y escudo de armas en campo de plata, un león en su color que empuña una espada desnuda, y ocho veneras de Santiago formando brosla.

Como iba ya casi vencida la rigurosa estación, y se notaba el decaimiento de los indios del sur, desde que con tanta reciaura los cargó la peste, bien se pensó en cumplir una expedición para domarlos, de modo que nunca osaran volver a las armas; pero sin poder ninguno el Ayuntamiento fuera de su propio recinto, mal se podía dar salida a semejantes proyectos; antes dieron motivo para que bien examinada y reconocida la difícil posición del aislamiento jurisdiccional, conviniera en que sobre no haber razón para discurrir tan osadamente, apenas si se pudiera esperar en la obligada defensiva, supuesto que el enemigo llegara a descorrer de nuevo su estandarte.

Hallábanse entonces en Santiago los cabildos de las ciudades de Concepción, Confines, Villarrica e Imperial, y comprendiendo todos ellos que la nueva forma de gobierno, sobre no rendir ventaja ninguna al país le traía expuesto a vicisitudes, que, si no se precavían con tiempo, pudieran labrar su total ruina, en junta general y acuerdo de 10 de agosto de 1555, fue dispuesto unánimemente que el contador nombrado por S.M. para la Real Audiencia, Arnao de Segarra, pediría a la superioridad viniese en nombrar a Francisco de Villagra para gobernador de Chile, como solo medio de prevenir los trastornos, los males a que presumían había de arrastrarlos la poliarquía.

La Real Audiencia, al resolver a su manera la cuestión gubernativa, todavía se entró en puntos de economía política, cuya solución acertada sólo de los que de cerca palpaban los hechos podía salir. Prevenía, como ya se ha notado, que se volviera a repoblar la ciudad de Concepción, y a ello contribuyera el cabildo de Santiago con los auxilios que fueran menester; y preciso fue cumplimentar esta disposición, si acaso no la demandara también la escasez de provisiones en la capital<sup>90</sup>, o no pareciera inconveniente en llevarla a buen fin, supuesto que los indios no daban ninguna señal de volver a la guerra. Sea lo uno o lo otro, determinada fue

---

<sup>89</sup> Acuerdo del 30 de mayo de 1555.

<sup>90</sup> “Y que también se pregone que todos los de arriba vayan juntos, porque no yendo se gasta *la comida* que hay, y después no habrá comida hasta que se coja la nueva, etc.”. (Acuerdo del 30 de septiembre de 1555).

la repoblación por auto de 11 de octubre, previniendo el Cabildo que no solamente los vecinos de Concepción, sino los de Confines, Villarrica e Imperial, pasasen a sus respectivas colonias, siendo incursos en la multa de doscientos pesos de oro, cada uno de los que, al cabo de ocho días de la publicación del bando, fuese hallado dentro del distrito a Santiago correspondiente<sup>91</sup>.

No fue esta providencia muy del gusto de los antiguos moradores de Concepción, pero tuvieron que someterse como los vecinos de las otras colonias, saliendo todos ellos el 1 de noviembre. El concejo de Santiago suministró a esos diferentes pueblos la cantidad de diez mil pesos fuertes procedentes del real tesoro, y con calidad de reintegro, toda vez que S.M. no viniese en aprobar el don, descargando la responsabilidad de aquel cuerpo municipal. Trece jornadas hicieron juntos los nuevos repobladores, al cabo de las cuales se vieron sobre márgenes del río Maule, y desde este punto apartaron camino, vadeando el Biobío, en frente de Negrete, los que correspondían a las ciudades Imperial y demás de arriba, que sin accidente llegaron a sus respectivos destinos, y encaminándose hacia la costa, con dirección al valle de Penco, los que iban a poblar Concepción, que aparecen con sus alcaldes Juan de Alvarado y Francisco de Castañena<sup>92</sup> y en número de ochenta y cinco individuos, siendo los treinta y uno de anterior vecindad, y los restantes unos nuevos, otros alquilados para el servicio militar<sup>93</sup>, con más los sacerdotes Abreu y Ortiz, y un religioso de la Merced.

Alvarado entró en Concepción el 24 de noviembre de 1555, después de haber reconocido que en sus contornos no aparecían enemigos; y pregonando acuerdo formal de repoblación en el mismo día, se pasó al repartimiento de ochenta y cinco solares, con igual número de estancias, dejando para la señora viuda de Pedro de Valdivia la propiedad que en esta colonia poseyera su difunto esposo, según así lo pidió su apoderado Francisco Gudiel, porque aquella señora había quedado en Santiago.

Con esmerado celo, con prodigiosa actividad se comenzaron los trabajos de reedificación sobre las antiguas ruinas, aunque el alzamiento del fortín se hiciera objeto preferente porque esto es, en efecto, lo que aconsejaba la prudencia por si llegaba caso de nuevos acometimientos; así es que, si no pudo el palenque llegar al grado de solidez y resistencia que Ercilla le supone, pues no hubo tiempo para tanto, bastaría por lo menos para abrigarse de los tiros de un enemigo entre quien

<sup>91</sup> “Otro sí ordenamos que los vecinos de las ciudades de los Confines y Villarrica salgan a repoblar las ciudades acompañados de los vecinos de Imperial y Valdivia y que todos juntos partan de mañana sábado en diez días y no antes ni después, y dentro de ocho días pasen el río Maule en seguimiento de su jornada. Y ninguno de los unos ni de los otros lleven ningún indio de esa tierra, a fuera de los términos de esta ciudad, so pena de cada doscientos pesos de oro”. (Acuerdo de la fecha citada).

<sup>92</sup> Yerra Molina en asentar que Francisco de Villagra, ya gobernador, condujo esos pobladores. Ni Villagra salió de Santiago, ni Villagra era entonces gobernador.

<sup>93</sup> No se mienta el número de colonos que a Imperial, Villarrica, etc., pasaron esta vez. En el que señalamos para Concepción discuerdan los autores entre 60, 68 y 100; verdad es que los del número menor hablan solamente de *soldados*, y acaso no tomaran en cuenta los 31 vecinos antiguos, cuyas familias, con otras para las demás colonias, pasaron por mar.

no eran de uso las bocas de fuego. Como quiera, en esta tarea andaba aquella colonia afanada cuando le llegó el bajel *San Cristóbal*, que desde Santiago le conducía mujeres, hijos, y muchos útiles de que había menester.

Grande fue el disgusto con que los indios pencones vieron a estos importunos y detestados vecinos, sólo que como no se sintieran con fuerza para rechazarlos, hicieron como si disimularan el ultraje en tanto que se aseguraban el favor de los araucanos, a que recurrieron con estudiada cautela, y crecidos ofrecimientos. Caupolicán recogió la demanda con tan señalada satisfacción, cuanto fueron ejecutivas las resoluciones al caso convenientes, pues que sin demora ninguna hace que Lautaro, con cuatro mil soldados, marche contra los españoles, debiendo contar además, para desalojarlos, con los indios de Penco, de Andalién, de Talcahuano y Hualpén<sup>94</sup>.

El astuto cuanto denodado Lautaro observó en sus jornadas una muy escrupulosa cautela para coger descuidado al enemigo, pero conocedor Alvarado del ardid de los indios, desde luego había puesto espías avanzadas en observación de movimientos que pudieran ocurrir, y antes que Lautaro pasara el Biobío, ya tenía noticia de su venida el jefe español; siendo causa para que con toda diligencia encargase a Lope de la Landa el paso a Santiago en demanda de socorros para sustentar la colonia, y defenderla nuevamente del encarnizamiento araucano.

Esmerada era la solicitud con que el concejo de la capital daba cara a tantas necesidades como surgían de día en día, pero andaban escasos los recursos. Tranquilo por entonces respecto a la situación de las colonias de la *tierra de arriba*, como él decía, por lo mismo que nada sabía de ellas; acaso satisfecho de su propia obra, de la que manifiesta gozar adelantado diciendo en auto de 12 de noviembre: “Se escriba a los señores de la Real Audiencia, se va a poblar Concepción y los demás cabildos son idos, y cómo *esto ha hecho mucho provecho*”; había vuelto toda su atención contra los inquietos promaucaes que acababan de dar muerte a dos yanacunas y un español, destacando en su persecución al regidor Juan Cuevas encargado de correr el sur del río Maule; a Pedro de Miranda se le encomendó castigar a los indios de la sierra, y Santiago de Azoca fue contra los que en la costa andaban: esas tres partidas salieron de Santiago el 9 de diciembre de 1555.

Pero no por esto falló el Cabildo a la demanda que La Landa le hizo en esta ocasión por orden de Alvarado, pues acudió a socorrerle con tres mil pesos de la caja real<sup>95</sup>, y con cuantos soldados pudo recoger; partiendo este refuerzo por tierra el 18 de diciembre, y de Valparaíso un bajel de dos palos que el generoso sacerdote Marmolejo<sup>96</sup> cargó de vituallas a sus propias expensas, y ofreció gustoso para el

<sup>94</sup> Pretende Ercilla que Lautaro no fue esta vez sino *con otros DOS MIL pláticos soldados*. Acaso se desvíe en esto de la verdad histórica por no luchar con la voz *cuatro* que le descomponía la medida del verso. Corto, en efecto, fuera aquel número, máxime apuntando, como apunta el poeta, diecisiete caudillos de los más valientes, entre los cuales cuentan Tucapel, Leucotón, Lemolemo y otros, todos a las órdenes del héroe Lautaro.

<sup>95</sup> También en calidad de reintegro, si el Rey no los abonase.

<sup>96</sup> Fue don Bartolomé Rodrigo González de Marmolejo el primer cura parroco de Santiago, el primer vicario general y visitador del reino de Chile, en cuyo ejercicio entró el 13 de junio de 1555, por

mejor y más pronto servicio de la colonia. Contra esta prodigiosa actividad, nunca desmentida entre aquellos emprendedores, va a surgir la del joven Lautaro mucho más robusta, y también más afortunada.

Pasaron las huestes araucanas el Biobío, y a su encuentro salieron nueve caballos que Alvarado enviara en reconocimiento para distinguir el número y las disposiciones del enemigo. Esta descubierta tuvo ocasión de notar que con los araucanos se unían masas de pencones, conocidos porque cada tribu o departamento solía vestir plumajes o penachos de color diferente; y volvió ligera a dar cuenta de la proximidad del enemigo.

El comandante español no quiso esperar a la defensiva; de un aliento probado y en cuyo pecho nunca halló lugar el temor, pareciéndole por otra parte que en salir al campo raso la batalla le ofrecía mayores recursos, pudiendo usar desembarazado de su caballería, se arrojó a recibir al contrario, con cuya frente dio al doblar un otero distante de Concepción poco más de media legua, y en el llano donde el otero fenece se enredó la función con ánimo ensañado en ambos bandos, notándose desde luego que en el ejército de Lautaro venían algunos pifanos, tambores<sup>97</sup> y armas blancas de las que en sus reveses habían perdido los españoles.

Cuatro horas de reñido empeño se mantuvieron los dos campos, redoblando el ardor del araucano cuanto mayor riza cumplía en sus filas el pronto y exterminador alcance de las bocas de fuego y demás armas castellanas; pero cansado ya el brazo español de tan laboriosa contienda, viendo por otra parte que nuevos cuerpos de pencones corrían de refresco al socorro de los batallones de Arauco, Alvarado pronunció retirada hacia la plaza, habiendo de hacer cara, de trecho en trecho, al ímpetu brioso y acelerado con que el valiente Lautaro le seguía la retirada.

Abrigados los españoles en el fortín, y teniendo al pie las masas indias que por todos los costados trataran de asaltarle, se abrió nueva pelea con más encono, con mayor desesperación de que en la primera se diera prueba, y como los castellanos comenzaran de repente a jugar con algunos recampanados que en los cubos tenían dispuestos, horroroso era el estrago que la metralla abría en las masas indias, no hay sino que éstas, idólatras de su independencia y de su libertad, llenas del exagerado arrojo a que las arrastraba una implacable sed de venganza, acostumbradas también a ceñir gloriosas palmas, y lo que más es, en sobrado número para reponer simultáneamente las considerables pérdidas que les pudieran hacer las armas de sus odiosos enemigos, despreciaban la muerte, se mantenían impertérritas y a pecho abierto ante las tronitosas bocas que la vomitaban, y sólo un pensamiento lucía en aquella muchedumbre, morir matando, y matar hasta vencer... Ora abalanzándose sobre los débiles tapiales del fuerte, ora esquivando tajos y reveses de la caballería española, que en derredor del atrincheramiento

---

nombramiento del obispo de las Charcas, y provisión de la Real Audiencia, y en fin su primer obispo, y primer evangelizador, según aparece del sínodo de Alday, y de su propio retrato que estuvo en la sala episcopal, y ha desaparecido.

<sup>97</sup> Pero usaban de ellos con áspera y rabiosa disonancia.

funcionaba con despechado valor, ya tal vez penetrando impávidos, furiosos, en el defendido recinto, no parecía sino que sitiadores y sitiados, de común convenio, traían vendidas sus vidas para aquella jornada, en ánimo de que entre ellos no se pudiese cantar vencimiento, ni aparte de ellos otra cosa que la mutua y bárbara destrucción de ambos partidos.

Con porfiada ferocía se iba cumpliendo también la ruina en los españoles de mayor graduación y valer, porque tanto Lautaro como Tucapel, Angol y otros caudillos araucanos, acabaron en este día hechos tan hazañosos que la pluma más ejercitada desluciera relatándolos, porque no hay palabras que basten, ni en ellas el colorido necesario para pintar lo sublime del ardimiento en función de lo que el alma finge ser de causa propia, para que el fanatismo lo sustente.

Vino, por fin, la noche, y mayor fuera la dicha si ella anticipara sus silenciosas e imponentes sombras, que bien habían menester ambos campos de reposo para rehacer sus consumidas fuerzas, y con la tregua pudieran acaso entrar en consejo más acertado. Lautaro se apartó del sitio con ánimo de ordenar sus desmembrados escuadrones y esperar a que la primera luz le dejara volver a concluir el empeño de arrasar de nuevo la colonia, y hacerla sepultura de todos sus moradores; pero Alvarado, que viera en derredor suyo un gran número de heridos, y treinta combatientes muertos, comprendió el inútil y perjudicial tesón de su defensa, y se dispuso a abandonar el puesto.

Como se encontrara todavía en rada el *San Cristóbal* que de Valparaíso había venido con las familias de aquellos desgraciados moradores, y como Lautaro se pusiera aparte del atrincheramiento castellano para durante la noche, el caudillo español aprovechó con diligencia la ocasión, poniendo a bordo el mujeriego, y los ancianos y heridos, sin dejar en tierra sino los pocos hombres que de las armas podían hacer buen uso<sup>98</sup>, y con los cuales se puso en retirada al amanecer.

Embarazosa, difícil y arriesgada la tuvieron los españoles, porque Lautaro corrió hostilizando la retaguardia hasta del otro lado del río Itata, y los naturales de ambos sexos, furiosos y audaces, salían también para cortar el paso a los vencidos; de suerte que el tránsito fue un continuo peligro, un perpetuo combatir. Por fin, dieron en el camino con el refuerzo de hombres que a Lope de la Landa el cabildo de Santiago había entregado, y ya pudieron prestarse a un bien necesario descanso, entrando, además, en busca de algún alimento, del cual los tuvo privados el enemigo con su presurosa persecución, durante tres días.

Esta gente pasó después el Maule, y emprendió el camino de Mapocho, hasta haber de unirse con los pequeños destacamentos que andaban entonces en la

---

<sup>98</sup> Quiere Ercilla que el embarque ocurriera en medio del día, en lo más ardoroso del combate, y precisamente suponiendo que los araucanos peleaban dentro del mismo fortín, allí confundidos con los españoles; pero este decir no puede ser otra cosa que una ficción poética. Nuestra versión se funda en dos distintos manuscritos que nos inspiran la necesaria confianza; es por otra parte un aserto que lejos de repugnar se armoniza perfectamente con los demás hechos, sobre todo con la retirada de Lautaro, que el mismo Ercilla asegura. Sin tener aquellos datos, todavía miráramos como impracticable el embarque en tan apretado trance, y nos inclináramos a suponerle con antelación a la refriega, que así quedaba Alvarado libre de cuidados contra un revés.

sumisión de los promaucaes de la jurisdicción de Santiago; y su derrota la supo el cabildo de esta ciudad el 23 de diciembre de 1555, por parte que al intento le dirigió desde el río Maule Pedro de Villagra diciendo: “Lautaro y los indios dieron sobre Concepción que se estaba reedificando, y desbarataron los españoles de ella, matándoles la cantidad de treinta hombres, y los demás que quedaron vienen huyendo”<sup>99</sup>.

No se cuenta en parte ninguna el número de muertos que los araucanos tuvieron en esta jornada, aunque todos los historiadores le suponen muy crecido, y no hay duda que debió serlo en lid tan dilatada y reñida, de la que dice Ercilla<sup>100</sup>.

Sin embargo, Lautaro arrasó de nuevo la colonia, y regresó a Arauco para recoger parabienes y alabanzas de sus compatriotas, en premio a tantos y tan verdorosos laureles como sobre su frente juvenil se placía en tejer la veleidosa fortuna.

---

<sup>99</sup> “Y que se dé aviso a Imperial y a los demás pueblos de arriba, y que para esto se escriba y envíe comisión a Pedro de Villagra para que los entretenga y hagan espaldas a la tierra de adelante”. (Acuerdo del Cabildo en aquel mismo día).

<sup>100</sup> Haciendo en los contrarios tal estrago  
Que la plaza de sangre era ya lago.

(*Araucana*, canto IX).



## CAPÍTULO XXVIII

Liga de Lautaro con los promaucaes y otros indios. Caupolicán y Lautaro cada uno con diez mil araucanos asedian el primero Imperial, el segundo Valdivia. Son socorridas estas colonias. El capitán Jofré contra los promaucaes. La audiencia de Perú encarga el gobierno de Chile a don Francisco Villagra. Marcha este caudillo en socorro de las plazas sitiadas. El Ayuntamiento destina a Altamirano contra los indios de las cercanías. Los araucanos se retiran. Villagra regresa a Santiago.

(1555 - 1556)

**E**n la lucida y resuelta imaginación del valeroso Lautaro así se agolpaban las empresas, como los medios de que era menester servirse para llevarlas al deseado fin, siendo de admirar cómo el joven indio presuponía que aun los mismos imposibles habían de ceder ante el solo indicio de su fogosa y arrestada voluntad. Convertida ya en ruinas la ciudad de Concepción, y en marcha Lautaro con toda su gente para Arauco, lejos de que el triunfo llevara desvanecida y embriagada esa juvenil gloria de las armas araucanas, tan sólo revolvía planes con que recoger nuevas coronas, disposiciones para asegurarlas y asegurar con ellas dicha y paz a su idolatrado país. En efecto, preciso se hacía el completo exterminio de los extranjeros; convenía purgar el suelo de odiosos usurpadores, y todo hecho de armas que atrás quedara de tan grandiosas miras, era, en sentir del joven vicetoqui, de muy poco valer. Por tanto, al paso que, para rehacer el espíritu público en todas las provincias, despachó mensajes con noticia de su última victoria, también previno a los naturales de Itata, Cauquenes, Perquilauquén, promaucaes y otros, que, siendo su intento no dejar las armas hasta acabar con todas las colonias españolas situadas en el país, y habiendo de comenzar sus operaciones por Imperial y Valdivia, convenía que todos los indios de aquellas tierras se alzasen y concertasen para con sus fuerzas y acertadas disposiciones contener a las partidas extranjeras que de la capital se llegaran a destacar en socorro de los pueblos del sur. Como las provincias respondieran todas protestando quedar dispuestas a la ejecución de cuanto se les ordenaba, desde que a propósito se apelara a su cooperación para la común independencia, Lautaro apresuró sus marchas para Arauco, más con ánimo de requerir de su inmediato jefe el otorgamiento de ejecutar sus atrevidos proyectos, que en la mira, por otra parte muy justa, de recoger de nuevo las ala-

banzas, las bendiciones de todo un pueblo que a voz en grito le aclamaba su héroe, su salvador.

Con demostraciones de imponderable júbilo se vio acogido el joven indio, entre todos los jefes de su bando, pero Caupolicán sobre todo parecía andar en busca de expresiones con que honrarle, como de obsequios en que darle a entender cuánto celebraba sus glorias, cuánto se complacía en su fortuna: corazón leal, magnánimo, desprendido, pues nunca quiso ver en la turbulenta ambición de su joven lugarteniente un rival, ni en el prestigio popular que le seguía, el arma de que un día pudiera servirse para desposeerlo sin esfuerzo de la autoridad suprema; pues la presunción de saber y de merecer mandar, no se suele hallar bien en la línea de la obediencia.

Lautaro, sin embargo, más atento al término de sus esperanzas que a los aplausos, obsequios y aclamaciones de sus compañeros de armas, propúsoles en junta general cuán útil, cuán perentoria y al mismo tiempo fácil le parecía la destrucción de las ciudades del sur, si sin pérdida de tiempo se venía a poner en obra la empresa; dando por razón la promesa que las provincias le habían hecho de concurrir a la ruina de los españoles, y el desconcierto en que éstos andaban desde la desacertada providencia que trajo el poder gubernativo a manos de los alcaldes, que desarmó a los cabos de nombre y de señalada práctica, y que, en fin, hizo de cada colonia un poder aislado, débil, acaso indiferente para cuanto ocurrir pudiera fuera de los límites de su particular jurisdicción; pues bien comprendió el joven indio toda la importancia de tan fatal error, e instaba por lo mismo para que no se perdieran en el ocio los frutos con que la engañosa fortuna llegaba a convidarle, si en seguir sus inspiraciones se mostrara activo y resuelto.

Unánimes entraron los pareceres en el proyecto que el Vicetoqui expuso, y a fines de diciembre de 1555, Caupolicán y Lautaro se arrimaron con veinte mil combatientes al río Cautén, separándose en este punto los dos jefes, para caer el primero sobre Imperial, con la mitad de los tropas, y siguiendo la otra mitad a las órdenes de Lautaro que marchó a sitiar a Valdivia.

Tras la derrota de Concepción harto era de suponer que los araucanos habían de tratar de cumplir las de otras colonias, y tal fue la idea de los cabildantes de Santiago, puesto que acuerdan con fecha 25 de diciembre que marche un bajel a Perú para noticiar al Virrey la desastrosa pérdida de aquella ciudad, lo cual se cumplió inmediatamente; y que otro bajel pase con igual noticia a las ciudades australes, a fin de que se mantuviesen alerta y en pie de defensa por lo que contra ellas pudiera ocurrir; sólo que esta disposición no tuvo inmediato efecto, y es de presumir que así sucediera por carecer de algunos de los medios, con que se pensó concurrir para socorrerlas<sup>101</sup>.

---

<sup>101</sup> Que pues no se despachó el navío con el aviso y socorro a las ciudades de arriba según se determinó en cabildo de 25 de diciembre, que se haga ahora con los dos mil pesos que facilitan los oficiales reales, pues se tiene nueva por los indios que los araucanos hacen junta de gente para ir sobre la ciudad Imperial y que se han concertado con los naturales de aquellos lados, y de los términos de esta ciudad, se alcen para que no sepan ni se puedan socorrer los unos españoles a los otros. (Cabildo, 13 de enero de 1556).

Como quiera, las ciudades sitiadas resistieron tenaces a los terribles ataques de los generales indios, y si acaso pudo asomar en los colonos alguna inquietud por no haber grandes motivos para esperar un socorro de fuerzas amigas, pronto fue ocasión para desecharla y cobrar mayor aliento, merced a la actividad de los alcaldes de Santiago, Pedro de Miranda y Francisco Riveros, en despachar de Valparaíso un buque con tropas, con municiones de boca y guerra, que llegó breve y felizmente para mejor defensa de las dos colonias amenazadas.

Ni se contentó con esta medida salvadora el ayuntamiento de la capital, sino que mandó también que el capitán Juan Dávalos Jofré, acompañado de treinta soldados, se apostase *incontinenti* entre los promaucaes, y contuviese por cuantos medios fuesen de emplear el levantamiento a que ya se disponían conformemente a la promesa que a Lautaro tenían hecha; determinación que paró la revuelta, y dio al traste con las anticipadas esperanzas del joven vicetoqui, como van a demostrarlo los hechos, en cuanto reparemos el nuevo aspecto que la administración de Chile va a vestir, justamente cuando mayor parece el conflicto de su dislocada máquina.

Después que los ayuntamientos de las ciudades reconocieron los peligros de aquella como poligarquía a que la Real Audiencia los redujo, y que, con sentimiento y anhelo del bien común, pidieron respetuosos se les diese un solo gobernador para todo el país, no parece sino que, o agobiados bajo el peso de un poder excéntrico, o con desprecio de atribuciones que carecían de la fuerza salvadora de las armas, la sola útil, la sola necesaria en circunstancias tales, hasta de las disposiciones puramente locales se olvidan; y aun el mismo cabildo de la capital se muestra sobradamente parco en sus acuerdos, y entre los pocos, raro es el que versa sobre intereses del procomunal, si por acaso no le conciernen el celebrado en 18 de abril relativo a minas y diezmos, y otro del 2 de mayo, en que se previno que todos los artesanos habían de exponer sus invenciones para cada celebración anual del *Corpus Christi*<sup>102</sup>.

De este como letargo administrativo vino a sacarle Rodrigo Volante, notificándole el 11 del propio mayo una real provisión de la audiencia de Lima, que con fecha 15 de febrero anterior había venido en nombrar a Francisco de Villagra, no gobernador de Chile, sino su corregidor y justicia mayor, que al cabo fue variar el nombre, y de ninguna manera las atribuciones gubernativas, puesto que se le concedieron amplias y generales<sup>103</sup>.

Grande fue el contento del ayuntamiento de Santiago y de todos los moradores conociendo semejante disposición, obedecida y ejecutada sin pérdida de más tiempo que los cortos instantes de que Villagra hubo menester para presentar las fianzas de ley<sup>104</sup>, y pronunciar el juramento usado en casos tales.

<sup>102</sup> Ya asoma aquí el establecimiento de los gremios; en su lugar veremos cuánto llegaron a influir en los destinos del país, señalarlo ahora fuera anticipar los hechos.

<sup>103</sup> Y en carta particular que la Audiencia dirigió con igual fecha a Villagra se decía entre otras cosas: “Que en las ciudades que estaban en pie se hiciesen de todo muchas sementeras para la sustentación del mucho socorro de tropa que para reducir a los araucanos venía navegando desde España al cargo del adelantado del reino de Chile don Gerónimo de Alderete”.

<sup>104</sup> Fueron sus fiadores Pedro Gómez de Don Benito, Al. de Escobar, el capitán Juan Bautista Pastene y Marcos Veas.

Como Villagra recogiera el poder, desde luego comenzó a pensar en reunir elementos con que acudir a la defensa de las ciudades sitiadas; pero licenciadas todas las tropas el día en que se hizo de cada alcalde un gobernador, andaban los soldados dispersos y avecindados en las provincias septentrionales, que se mantenían pacíficas, y fue preciso hacer un nuevo apellidamiento a las armas, y esperar a que se fueran reuniendo, en tanto que se procuraban medios con que equipar y abastecer a la gente con cuanto del caso era para el desempeño de una expedición formal. La estación, por otra parte, no pedía prisa, antes convenía dar lugar a que se abriera la primavera para sustentar la campaña sin haber de lidiar contra intemperies siempre fatales a los humanos esfuerzos.

Mientras que Villagra da todo su conato a los preparativos que a su proyectada empresa cumplen, también el Cabildo aparece ya más afianzado en esperanzas de un mejor porvenir, y decreta en 9 de julio que el día de Santiago sea fiesta solemne, como patrón de la capital, nombrando alférez real a Juan Jofré, con encargo de presentar en el día del santo el real estandarte en que salieron bordadas de oro las armas de la ciudad, y en su cima la imagen del apóstol a caballo; cuya ceremonia quedó desempeñada en la tarde del 24 del mismo mes<sup>105</sup>. Entró, además, en contrata con Francisco Gálvez para echar un puente sobre el Maipo a unas cinco leguas de la ciudad de Santiago, y con García de Avilés que se propuso construir por dos mil quinientos pesos otro puente de madera de algarrobo sobre sus correspondientes tajamares; proyectos utilísimos pero que no tuvieron efecto por entonces.

Ya en esto se estaba en el mes de octubre, y como el nuevo corregidor se mirara con fuerzas para pasar a favorecer las colonias de Imperial y Valdivia, tan estrechadas del enemigo durante diez meses de repetidos ataques y de asaltos valerosamente rechazados, dispuso y cumplió su salida de Santiago el 27, no sin haber dejado unida al libro del Cabildo su disposición testamentaria<sup>106</sup>, por si en la empresa que iba a acometer viniera a serle adversa la fortuna.

Cuáles hechos de armas pudo cumplir Villagra en el transcurso de esta expedición cosa es que no anda averiguada; consta de los apuntes oficiales de los cabildantes, que así en el 7 como en el 14 del mes de diciembre, se dio cuenta en pleno concejo de cartas de Villagra en que se le avisa haber logrado rechazar a los sitiadores, obligándolos a levantar el sitio de ambas poblaciones, y como aquel corregidor continuaba castigando a los indios, siempre con éxito feliz; pero en el 21 del propio mes apareció Villagra en Santiago, porque como se llegara a decir que el marqués de Cañete, virrey nuevamente llegado a Perú, iba a nombrar o tenía ya

<sup>105</sup> "Diciendo los alcaldes desde una ventana al alférez que estaba en la calle: Este estandarte entregamos a V. Md., señor alférez de esta ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, en nombre de Dios y de S.M. nuestro Rey y señor natural, y de esta ciudad, y del Cabildo, justicia y regimiento de ella, para que con él sirváis a S.M. todas las veces que se ofreciere. Y el dicho capitán Jofré dijo que así lo recibía y prometía de hacerlo y de cumplirlo, y lo recibió a caballo, y se fueron todos juntos con otros caballeros acompañándole a la iglesia mayor, a donde oyeron vísperas, y después de acabadas tornaron a cabalgar, y anduvieron por las calles de esta ciudad hasta que volvieron a la casa de este capitán a donde se quedó el estandarte". (Cabildo).

<sup>106</sup> Así consta por testimonio que del hecho dio el escribano del cabildo Pascual de Ibaceta.

nombrado un gobernador para Chile, hubo de desagradarle una noticia tan poco conforme con los servicios que al país había prestado, y abandonó la campaña, queriendo desnudarse de su autoridad en la misma capital<sup>107</sup>.

También llegó a oídos del Cabildo y de los moradores de Santiago esta anticipada resolución del Virrey, y ya veremos en su lugar cuál causa tuvo; así es que, si bien fue recibido Villagra en la capital con públicas demostraciones del alto aprecio a que sus hechos militares y sus prendas personales le hacían acreedor, todavía no fue para muchos un desahogo, antes un motivo de verdadero pesar, reparando cuán poco había de durarles el prudente gobierno del hombre a quien en aquel instante se dirigían festejos, parabienes y una aclamación general.

---

<sup>107</sup> Esta expedición de Villagra en socorro de Imperial y Valdivia todos los historiadores la trasladan al año de 1557, siendo resultado de ella la salvación de aquellas dos colonias, y la derrota de Lautaro. Conformes iremos en este punto, sólo que Villagra no cumplió una, sino dos empresas, según resulta del libro del Cabildo, y de un manuscrito que merece toda nuestra confianza. Se asienta que el cabildo de Santiago ya tuvo el 5 de noviembre de 1556 noticia de que los araucanos a las órdenes de Lautaro andaban en la jurisdicción de aquella capital; y que en consecuencia fue comisionado para salir contra el enemigo, según unos Godínez, según otros Altamirano, y de cualquier modo obligados uno u otro a retroceder con pérdida en tres reencuentros consecutivos que con el joven vicetoqui tuvieron. Todos éstos son hechos de necesaria y rigurosa reforma. Los cabildantes dispusieron, en efecto, el 5 de noviembre, que Diego García Altamirano saliese a castigar a los indios sublevados que andaban robando en los términos de la ciudad, y sin serlo pudo muy bien decirse que eran los indios de Lautaro, contra quienes no fue aquel capitán, sino Pedro de Villagra. El mismo contexto del capítulo en que vamos a entrar será una prueba patente en pro de la opinión que aquí defendemos, y quedarán destruidos todos esos asertos con que se confunden nombres, fechas y operaciones militares.



## CAPÍTULO XXIX

Quiere invehir el Toqui a Lautaro, y éste, escocido, le llama a nuevas empresas. Acéptalas Caupolicán. Lautaro con seiscientos araucanos hacia el Maule, y llega a fortificarse en Peteroa con unos tres mil auxiliares más. Caupolicán pone cerco a Imperial con diez mil indios. Lincoyán asedia a Valdivia con igual número. Temores de las ciudades sitiadas. Miguel de Velasco, gobernador de Imperial, avisa a Villagra del peligro que corren las colonias del sur. El corregidor sale con cien caballos para Imperial. Deja treinta a su maestro de campo Pedro de Villagra para que se mantenga a la vista de Lautaro. Este jefe pierde su atrincheramiento, y se aposta a orillas del río Claro. Levanta el campo y le asienta de nuevo en Peralillo. El corregidor hace que los indios se alejen de las ciudades sitiadas. Vuelve con cuarenta caballos contra el campo de Lautaro. Le sorprende al romper del día. Reñido combate. Desiertan los auxiliares de Lautaro. Muere éste y sus seiscientos compañeros. Villagra triunfante en Santiago.

(1556 - 1557)

Como el éxito no respondiera a las promesas y seguridades con que el joven Lautaro promovía la dilatada y penosa campaña que tan sin fruto mantuvieron los indios ante los muros de Valdivia e Imperial; como también viera el Toqui que las armas españolas llegaran por fin a socorrer las colonias, contra la protesta que las provincias hicieran de levantarse y obstruir el paso al enemigo, fue caso de cruzarse algunas palabras entre aquellos dos arrestados jefes, si no con la necesaria acrimonia para llevar a sus corazones un funesto y recíproco encono, ajeno en todo caso de dos capitanes tan cumplidos tan perfectamente hermanados, por lo menos, vistiendo cuanta expresión bastó para despertar el amor propio del joven Lautaro, y traerle a empeños siempre audaces, siempre tales cual suele aconsejarlos un valor sin límites, una ufanía exagerada, un patriotismo de envidiable temple, de probado desinterés.

Habían mentido los promaucaes a su palabra, y, ¿qué importa esa deslealtad? Lautaro se ofrecía a castigarla, y lo que es más a romper con la ciudad de Santiago, si necesario fuere, a impedir por lo menos que las armas castellanas volvieran al auxilio de los establecimientos meridionales, y esto con solos quinientos soldados que se le dieran, a tal condición que Caupolicán había de volver contra Valdivia e

Imperial, y una vez arruinadas estas colonias, venir con su ejército a donde el joven caudillo se hallara, para emprender juntos la destrucción de la capital de Chile<sup>108</sup>.

Como Caupolicán tenía sobradas pruebas del arresto de su lugarteniente, y que tratándose del exterminio de sus opresores, en cada pecho araucano ardía la temeraria llama que tanto agitaba y consumía el alma tierna del joven vicetoqui, de contado entró en las arriesgadas proposiciones que se le hacían, disponiendo que a su antojo escogiera aquél los soldados demandados, y marchase al desempeño de su empresa, en tanto que él por su parte acabara la que contra las ciudades del sur se le propuso de nuevo.

Poco tiempo gastó Lautaro en la elección de los guerreros que habían de seguirle, y acaso menos de lo que deseara, por apartarse cuanto antes de un ejército que a voz en grito pedía ir a esta campaña, teniéndose por muy dichoso cada uno de los soldados llamados a servicio de tan esclarecido cabo, siendo en todos ellos seiscientos, que a tanto le obligó la insistencia del Toqui para que tomara cien combatientes más de los pedidos.

Así dispuesto, rompió su marcha en dirección del río Maule, siguiendo Caupolicán para Imperial con veinte mil hombres, y desde este punto los diez mil sobre Valdivia a las órdenes de Lincoyán.

Ocurrieron estos movimientos a mediados de diciembre de 1556, y si de espanto vinieron a ser causa para los moradores de aquellas colonias, que apenas si habían sacudido todavía los temores en que el precedente asedio los tuvo<sup>109</sup>, espanto y asombro difundió también en Santiago la noticia de que Lautaro, con muchos indios y muchos cabos de nombradía, coronaba ya los oteros que dominan el valle de Peteroa, y en él se forticaba. En efecto, al paso del Maule contaba el caudillo araucano tres mil soldados, y además algunas partidas de promaucaes.

Valdivia e Imperial presumían una suerte muy desfavorable, porque conociendo cuáles causas habían apartado de su recinto pocos días antes al activo y denodado Villagra, de recelar era que éste, supuesto haber de descender del elevado lugar a que con justicia se le llevara, ya no querría exponer sus recientes glorias a un revés de la inconstante fortuna, dejando que la tanteara el que a sucederle había de venir.

En cuanto a Santiago, el temor fue instantáneo, y nacido solamente de que de intento se abultaron los hechos, corriendo entre los indios de boca en boca; porque ante la pericia del corregidor no pudo pasar el arrojo de Lautaro, sino en forma de temeridad, y su plan de atacar a la capital, como una incongruente baladronada

---

<sup>108</sup> Yo juro al infernal poder eterno,  
Si la muerte en un año no me atierra,  
De echar de Chile el español gobierno  
Y de sangre empapar toda la tierra.

(Ercilla, canto XII).

<sup>109</sup> Entra Villagra en Santiago de regreso de aquellas colonias el 21 de diciembre (véase la nota última del precedente capítulo). Al siguiente día 22 ya le vemos presidiendo el Ayuntamiento; y en acuerdo del Cabildo del 2 de enero de 1557 se dice: “¿Si hay o no hay en Villagra autoridad bastante para depositar en quien más le plazca su corregimiento durante la ausencia que va a en hacer defensa de las ciudades de arriba?”.

para ver si el deber de la propia defensa imponía silencio al deseo de emprender la ajena, es decir, la de las villas que el Toqui sitiaba.

Para que tan acertadamente juzgara Villagra de los nuevos sucesos, bastábale tener a la vista el aviso que del gobernador de Imperial, don Miguel de Velasco, sucesor de Gamboa, acababa de recibir, noticiándole el nuevo cerco, y la necesidad de fuerzas que le socorrieran, suponiendo también que en el propio apuro debía hallarse Valdivia.

Como quiera, esas dos colonias resisten denodadas al ímpetu con que los indios las acometen; Lautaro, por su parte, levanta en su campo un fortín en igual sistema, y así de defendido, como los que viera levantar en otro tiempo a su maestro y dueño el gobernador Valdivia; y Villagra reúne fuerzas, acelera preparativos, sin contar los pocos días que le toca el mandar, antes aprovecha las horas para servir de nuevo a su rey, al país, y a sus amenazados compañeros, porque éstos en peligro, ya no pudiera él guardar en su pecho resentimientos mezquinos, indignos de quien entiende su deber, y en algo estima el propio honor.

Sale, pues, el corregidor de Santiago acompañado de su maestro de campo Pedro de Villagra y cien caballos<sup>110</sup>, acaso entre el 18 o 20 de enero de 1557, a cuya conjetura nos lleva el ver que en acuerdo del Cabildo del 27 del propio mes consta que el capitán Juan Jofré apareció pidiendo se le reconociese en calidad de corregidor interino, nombrado tal por el mismo Villagra<sup>111</sup>, en el tambo de Cocalquete, y fecha de 24, a cuya instancia hubieron de ceder los cabildantes una vez que fue dictamen de sus asesores, los jurisconsultos Martínez Escobedo y Peñas, que Villagra podía poner sucesor ya que su ausencia era necesaria y motivada.

El cabo español obró cuerdo guardando para sí el plan de operaciones que en aquella empresa pensaba ejecutar<sup>112</sup>, y desde el tambo se encaminó aceleradamente al campo de Lautaro, arrojándose, envuelto en las sombras de la noche, y no para atacar al enemigo, sino para, con conocimiento de sus posiciones, ordenar medidas que surtir pudieran tal entretenida como era menester al fin de sus designios. En efecto, reconocido el terreno, y penetrado también el intento del caudillo araucano, determinó que Pedro de Villagra con treinta caballos quedase a la vista de los indios, tratando de entorpecer cuantos movimientos ellos intentaren, pero que había de proceder con la mayor prudencia; esquivar reñidas funciones, no atacar sin una seguridad del vencimiento, y sobre todo entretener al enemigo hasta tanto que, de vuelta de las ciudades del sur, entraran ambos a desbaratarle. Dispuestas de este

<sup>110</sup> Molina pone ciento noventa y seis, y mil indios auxiliares. En el libro 2º de provisiones de la capital no se hace mérito de auxiliar ninguno, ni en auxiliares debían entonces fiarse los españoles. El número de éstos tampoco debió ser tan crecido cuando, según consta del citado libro, y de otros documentos que a la vista tenemos, Pedro Villagra quedó en observación de Lautaro con treinta. El corregidor volvió de Imperial con cuarenta, y los treinta restantes los dejó en refuerzo a aquellas dos colonias.

<sup>111</sup> Que para que en mi ausencia no perezca la justicia y haya quien defienda la ciudad nombro de mi lugarteniente, de corregidor y justicia mayor a vos el capitán Juan Jofré, alcalde ordinario que sois este año en dicha ciudad, etc. (Villagra).

<sup>112</sup> Tan sólo al Ayuntamiento se le anunció, y eso desde el tambo de Cocalteque, diciendo: “Yo voy al socorro de Imperial y de las demás pobladas arriba en esta gobernación, etc.”. (Cabildo de Santiago).

modo las cosas, el corregidor dobló la falda del cerro en que se había fortificado el bando araucano, caminando sigiloso, y sin ser visto, a la defensa de Imperial.

A la luz del siguiente día pudo ver el joven Lautaro las armas castellanas ya apostadas a su frente, pero ni el menor recelo tuvo de que otras fuerzas marchaban a medirse con las que sitiaban las ciudades del sur, pues a suponerlo de sobra corrigiera el plan que en aquella posición le detenía. Siendo su particular cargo impedir el paso a los españoles, en esto sólo piensa, a esto sólo atiende empeñando desde luego algunas escaramuzas, hasta que, por demás descubierto en una de ellas, le cargaron sus enemigos, arrojándole impetuosos del fortín<sup>113</sup>, forzándole a retroceder hasta las márgenes del río Claro, en cuya vega también se atrincheró el intrépido Villagra.

Como el jefe araucano se viera sobre márgenes que el caudal del río venía barbeando, y reparara que su enemigo estaba acampado en lo más hundido de la vega, pensó sacar gran partido de la posición, recurriendo a medios sobradamente peregrinos. Fue su idea desmontar un trecho del terreno que servía de dique a la corriente para que ésta rompiera por la vega, y durante la noche anegara las tiendas del campo castellano y su gente, y el plan surtiera el deseado efecto si la vigilancia de Villagra no llegara descubriéndole a tiempo oportuno, para huir con todos los suyos el riesgo, apostándose donde el agua no podía alcanzarlos.

Al cabo de algunos días de insignificantes hechos, porque en ambos bandos parecía dominar el empeño de una recíproca observación, más bien que el de entrar en una riña decisiva, Lautaro alzó su real, y no paró con su gente hasta el sitio que llaman del Peralillo, orilla boreal de Mataquito, donde volvió a fundar una trinchera con posición ventajosa; pero siempre seguido del general español, que, atento a su deber, como entendido en la guerra, aprovechaba oportunamente todas las ocasiones para contrariar cuantos designios dejaban traslucir los movimientos del héroe indio.

En tanto que así se divertían estos dos campos, el corregidor siguió su jornada para Imperial con cuanta diligencia demandaban las circunstancias, y llegó a ella en diecinueve días de marcha, habiendo pasado por Angol, cuyos moradores le vieron con indecible alegría<sup>114</sup>.

La presencia de Francisco Villagra en Imperial fue para Caupolicán un golpe inesperado, y seguro como él estaba de que aquella colonia ya carecía de todo sustento, hasta de ánimo para luchar más tiempo contra su poderoso enemigo, con sumo despecho acusaba a Lautaro, cuando en la mente de este esclarecido joven no existía, ni podía en realidad existir, idea de otras fuerzas enemigas que aquéllas, que a su frente entretenía, conforme al proyecto convenido.

<sup>113</sup> Son varios los historiadores que en esta contienda con Lautaro hacen jefe de los castellanos a Juan Godínez, quien según ellos fue batido tres veces y siempre con notable pérdida (véase la nota última del anterior capítulo). Es una equivocación: "Y porque nos ha servido (Juan Ruiz de León) con sus armas y caballos en todas las ocasiones, batallas y reencuentros, que en 21 años se han ofrecido con los naturales; especialmente la que tuvo cuando fue *con el maestre de campo Pedro de Villagra contra el capitán Lautaro y su ejército en el valle de Peteroa*, donde había hecho un fuerte: y estaba guarnecido en él hasta desbaratarle y tomar el dicho fuerte". (Real cédula de Felipe II, en el Pardo, 11 de marzo de 1578).

<sup>114</sup> Son todos estos hechos constantes en la real cédula de Felipe II, citada en la precedente nota.



UN MALON.



Esto no obstante forzoso fue que el general araucano levantara apresuradamente el sitio, dejando que los españoles entraran en Imperial, desbarataran enseguida todos cuantos ataques tenían abiertos los indios, y se apoderaran de gran cantidad de mantenimientos que en su campo tenían hacinados, y de los cuales tanta necesidad sentían los colonos.

Corrió Villagra a Valdivia, pero cuando llegó a ella ya los sitiadores la habían abandonado, en virtud del aviso que al efecto les había pasado el Toqui; y por tanto, sin detenerse más que para dejar algunos hombres de refuerzo<sup>115</sup>, por si los enemigos volvieran, caminó en paso de Villarrica, Imperial y Confines, sin descanso hasta unirse con su maestro de campo Pedro de Villagra, haciendo le guiese por veredas excusadas un indio conocedor del terreno<sup>116</sup>, quien con fidelidad le condujo de noche hasta el campo de Lautaro.

La fortuna ha vuelto la espalda al joven indio; le ha cerrado los ojos para que no vea el paso de las armas castellanas a la defensa de las ciudades meridionales; para que no entienda que estas mismas armas, ya victoriosas, están al pie de la escogida posición en donde él se cree inexpugnable; tres horas guardará todavía la noche su tenebroso manto, y Villagra las gasta en preparativos que a la alborada han de entrar en juego para que el Sol fije sus primeros rayos en torrentes de sangre humana.

En efecto, ni ha aparecido la primera luz, cuando arrojándose los españoles de interpresa al fortín de los indios, se trabó una de aquellas funciones que el irresistible despecho puede sólo aconsejar, función tan cruenta que condenó al olvido todas cuantas en la conquista iban cumplidas, función, en fin, donde, si el arresto y el desprecio de la propia vida han de valer el nombre de hazaña, todos los que a ella concurren fueron héroes, todos dignos de un recuerdo inmortal.

Diligente corrió el caudillo araucano allí donde el peligro asomara más amenazador, y con ánimo sereno dispuso cuantas órdenes conceptuara de mejor remedio contra los efectos de la terrible sorpresa, ofreciendo el primero su valeroso pecho a las lanzas enemigas, porque nunca llegaron a arredrarle. Con igual bizarría, con no menos admirable arrojo salieron todos sus soldados a la pelea<sup>117</sup>, pero los muchos

---

<sup>115</sup> Unos treinta hombres repartidos en las ciudades del sur, y regresó al campo de Lautaro con cuarenta.

<sup>116</sup> Y si donde está el campo lautarino  
 En una noche puedes tú llevarme,  
 Del trabajo serás gratificado,  
 Y al fuego, si me mientes, entregado.  
 (Ercilla, canto XII).

<sup>117</sup> Sacudiendo el pesado y torpe sueño,  
 Y cobrando la furia acostumbrada,  
 Quien el arco arrebató, quien un leño,  
 Quien del fuego un tizón, y quien la espada,  
 Quien aguija el bastón de ajeno dueño,  
 Quien, por salir más presto, va sin nada;  
 Pensando averiguarlo desarmados,  
 Si no pueden a puños, a bocados.  
 (Ercilla, canto XIII).

auxiliares que desde Itata hasta promaucaes se le habían reunido, en cuanto vieran, ya despavoridos, los estragos que las armas españolas hacían, o huyeron llenos de terror o rindieron sus armas cuando apenas si se había entrado en la pelea.

Esta cobarde deserción, acaso no bastara para resolver la contienda; fue todavía mucho más sensible para el bando araucano, el que desde luego, y cuando más recia y temeraria comenzaba a hacerse la refriega, del invicto Lautaro, digno de larga ventura, sólo vino a quedar el glorioso nombre que con sus proezas supo escribir él mismo en el templo de la fama...<sup>118</sup>.

¡Desventurado!... Apenas ha entrado en el mundo cuando ya se ausenta, como si en su rápida y laboriosa carrera llegara a ver llena la medida de esos grandes trabajos con que perpetuaron sus nombres los atletas de los tiempos heroicos. Mientras vive es el espanto de los enemigos de su patria, los persigue, los vence, los ahuyenta de las posesiones usurpadas; mientras vive, y cuando advierte la humillación a que casi suscribe ya su país, salta en medio del teatro donde se juegan los destinos del pueblo araucano, y del ciudadano abatido hace un invencible guerrero, del hombre indiferente un patriota denodado, obliga a que el fugitivo borre su afrenta con volver al campo del honor, enseña a triunfar, y fija para siempre la libertad, la gloriosa independencia del suelo que le vio nacer. Y muerto; ¡ah!, muerto sus compatriotas le lloran con el más profundo dolor, y le lloran entonando himnos que casi la generación presente repite con señalado respeto, y muy debida gratitud... Y también sus enemigos fueron justos hasta el extremo de tributarle cuantos elogios merecieron así sus prendas personales, como las que probó en calidad de soldado, que si, cual era natural, contentos celebraron la infausta suerte de este invicto joven, su más terrible adversario, no por ello quisieron desentenderse de lo que se debe al valor, al ingenio, al patriotismo, a una alma verdaderamente elevada y magnánima: y al cabo, en honrar la memoria, y admirar las virtudes del malogrado Lautaro, a sí mismos se honraron los españoles.

Dijimos que ésta fue mayor pérdida para los araucanos que la deserción de los promaucaes, y, sin embargo, o en las filas de aquellos valientes no se anuncia todavía la muerte de su caudillo, que escondida se mantiene entre las sombras de la noche, o si noticia de ella tienen necesariamente han jurado vengarla, porque el furor en ellos acrece a medida que con mayor encarnizamiento los atropellan y descuartizan los castellanos. Todo es sangre, todo es horror, todo grito de desesperación y de exterminio, arrojándose los indios sobre las lanzas españolas, como si con clavar sus pechos en el aguzado acero, hubieran de asegurar el triunfo apetecido.

Harto le supone ya de su parte el corregidor Villagra, y cansado de tantas víctimas como traía hechas un valor más que temerario, trató de ver si con el anuncio

---

<sup>118</sup> Una flecha a buscarle que venía  
 Por el siniestro lado; o dura suerte!...  
 Rompe la cruda punta, y tan derecho  
 Que pasa el corazón más duro y fuerte  
 Que jamás se encerró en humano pecho!...  
 (Ercilla, canto XIII).

de un honroso cuartel llegaría a economizar sangre humana; pero con propuesta semejante no hizo sino acrecentar la rabia de aquellos indómitos y feroces guerreros, para quienes no parecía medio ninguno fuera de la gloria del vencer, a la gloria del morir que alcanzó a jefes y soldados, sin salvarse sino el cacique Remulco, y muy mal herido, como si el destino le reservara para que diera cuenta a Caupolicán de tan desastrosa cuanto funesta expedición<sup>119</sup>.

No compraron de balde estas palmas los españoles, antes dieron mucha sangre, aunque no fue crecido el número de sus muertos, entre los cuales no cita la historia sino el nombre del bizarro Juan de Villagra, pariente del corregidor.

Contar las proezas que en esta jornada hicieron cada uno de ellos, fuera ya excusado: dieron muerte a Lautaro y a seiscientos guerreros, que escogidos por tal jefe, necesariamente abrigan un temple de alma semejante al suyo. ¿Qué otra prueba mejor en lauro de los vencedores?... Faltoles, empero, la gloria de poder decir: ¡los vencimos!... cuando los hijos de la Araucanía debieron exclamar con orgullo: ¡antes muertos que rendidos!...

Acabada esa sangrienta refriega, Villagra regresó a Santiago, cuyos habitantes, sabedores de tanta dicha como le había seguido en la empresa, salieron presurosos a recibirle con cuanto aparato, pompa y algazara pudo aconsejar el delirio a que los llevó la noticia de tan señalados triunfos. En la capital y en las demás ciudades del reino se ordenaron tres días seguidos de iluminaciones, de festejos y regocijos públicos, todo en celebridad de la muerte del vicetoqui araucano, todo en obsequio y merecida gloria de su vencedor, sin siquiera reparar que a las puertas de la entusiasmada población estaba quien había de desterrar el contento con hechos que imprimieran en los corazones honrados un dolor legítimo, una indignación justa, aunque enfrenada la supo mantener la sensatez de los ciudadanos.

---

<sup>119</sup> Cuando de la real cédula ya citada no resultara la justificación de estos hechos, en el aserto de todos los autores la hallaríamos. Fue verdaderamente atroz el ataque, y como los indios se vieron sorprendidos dentro del palenque, y éste saltado por los españoles, de ningún modo se puede representar la sangrienta escena con colores tan propios como los que empleó Ercilla diciendo en el canto xv:

Crece la rabia y el furor se enciende,  
 La gente por juntarse se apiñaba,  
 Que ya ninguno más lugar pretende  
 Del que para morir en pie bastaba.  
 Quien corta, quien barrena, rompe, hiende  
 Y era el estrecho tal, y priesa brava  
 Que sin caer los muertos de apretados  
 Quedaban a los vivos arrimados.



## CAPÍTULO XXX

Gerónimo de Alderete y la corte de España. Mercedes que Felipe II concedió al difunto Valdivia. Alderete nombrado gobernador de Chile. Se embarca en San Lúcar con seiscientos soldados, varios clérigos y religiosos. Arde la nave en las inmediaciones de Puerto Bello, y no se salvan sino cuatro personas. Doña María de la Rueda causa de esta fatalidad. Muere Alderete de sentimiento. El virrey de Perú, marqués de Cañete, nombra para gobernador de Chile a su hijo don García Hurtado de Mendoza. Llega éste a Coquimbo con setecientos hombres. Prisión de Francisco de Aguirre en La Serena. Destitución de los alcaldes en Santiago, y en el propio día el arresto del corregidor don Francisco Villagra.

(1557)

Motivo había para que los españoles celebraran de tan lucida manera la muerte de Lautaro, que aleccionado en la escuela del gobernador Pedro de Valdivia, y valeroso cual otro, supo dar a las armas araucanas gloria mucha con hechos propios; pero fue mayor presente el haberles enseñado el camino de alcanzarla en las ocasiones, con preceptos prácticos de orden, de sumisión y disciplina, de que hasta entonces ninguna señal tenía dada aquella desmandada y rústica milicia<sup>120</sup>.

Y con todo, si bien se miden los sucesos de esta época, el paso recíproco en ambos bandos del dolor al más loco contento, para caer del júbilo en el más triste y desolado abatimiento, era la justa medida de una fortuna desleal y empeñada en equilibrar las esperanzas entre los que con sólo el derecho de la fuerza pretendían dictar leyes a pueblos extraños, y los hijos de éstos que en uso de una indisputable

---

<sup>120</sup> Dejen de encarecer los escritores  
A los que el arte militar hallaron,  
Ni más celebren ya los inventores  
Que el duro acero y el metal forjaron;  
Pues los últimos indios, moradores  
Del araucano estado, así alcanzaron  
El orden de la guerra y disciplina,  
Que podemos tomar de ellos doctrina.

(Ercilla, canto xxv).

justicia cogieron las armas, para mantener puras, a costa de su sangre, su independencia, su libertad, la posesión del suelo que de sus mayores traían heredado.

Suene entre unánimes aclamaciones ese triunfo del corregidor Villagra en Mataquito, y goce este caudillo de las palmas que en su carrera tiene recogidas, pues bien se aúna todo, y bien responde a los distinguidos servicios que su espada lleva hechos a la causa que sirve; pero entretanto reconozcamos cuál estado de cosas ofrece Chile, donde la guerra disminuye considerablemente el número de los colonos, donde las parcialidades y banderías, lejos de disolverse, toman mayor incremento de hora en hora, y, en fin, a donde no llegan recursos, ni refuerzos después de varios años, aunque vimos poco ha que ya se anunciaban con suma satisfacción de aquellos infatigables conquistadores.

En efecto, Gerónimo de Alderete, primer llamado por Pedro de Valdivia en su testamento, para el gobierno de Chile, y que por orden de aquél marchara a España en septiembre de 1552 para exponer al Rey el cuadro de la conquista, y sacar de S.M. cuantos socorros permitieran las circunstancias, llegó a Sevilla, y desde este punto se encaminó para Salamanca, a fin de cumplir el encargo particular del difunto Gobernador, que era inclinar el ánimo de su esposa doña Marina Ortiz de Gaete, a que se aventurase a pasar a donde su marido se hallaba, entregándole, con este motivo, el dinero necesario al viaje.

Acabada esta diligencia, pasó Alderete a la Corte, entablando en ella un buen número de pretensiones, pues ya vimos que Valdivia, además de las gracias particulares que a la soberana voluntad demandara, todavía señaló otras varias relativas a indemnizaciones, y auxilios, y por otra parte en calidad de apoderado de las colonias del sur, también fue preciso que aquel comisionado aumentara el catálogo de las solicitudes sometidas a la regia disposición.

Por lo que toca a mercedes que miran a la honra personal, el gobierno español no se mostró tardo, ni tampoco mezquino, respondiendo a Alderete con el hábito de Santiago; y para Pedro de Valdivia, título de adelantado y gobernador perpetuo de Chile, extendiendo los límites de su jurisdicción hasta el estrecho de Magallanes; alguacil perpetuo de todas las ciudades del reino; confirmación de sus encomiendas de indios que eran numerosas, y hasta la promesa de un título de Castilla con el epíteto de marqués de Arauco.

Las ciudades que Alderete representó también obtuvieron los títulos que ambicionaban, y el escudo de armas conforme al origen de cada una de ellas, cual se infiere del que de la capital dejamos relatado; mas aquellas instancias en que se iba directamente tras sacrificios de intereses mayores, como siempre exigen circunspección, conveniencia y un esclarecido consejo, la Corte se mantuvo sobrado morosa, y tanto que Alderete hubo de luchar con ella cerca de cuatro años antes de traerla a una resolución satisfactoria.

Grande fue el contento con que por último aquel entendido y perseverante capitán recibió el cargo de ponerse a la cabeza de seiscientos hombres, destinados a las conquistas de Chile, provistos de cuanto era de hacer, y prontos ya en Sevilla para que a la llegada de su jefe pudiera éste pasarlos a bordo y dar la vela; mas fue de poca duración el satisfactorio consuelo, pues al llegar Alderete a aquella ciudad,



García Hurtado de Mendoza. Colección Museo Histórico Nacional



bien resuelto a no gastar sino el tiempo preciso para el embarque de la gente, entró también la triste nueva de la desastrosa muerte que Valdivia recibiera en Tucapel.

Con señalado sentimiento lloró esta pérdida aquel agradecido capitán, deudor a su desgraciado jefe, no de honras, no de empleos, no de distinciones, porque, aunque mayores las gozara, ganadas las traía su espada, sino de una amistad leal, íntima y siempre consecuente; y eso que todavía ignoraba la última fineza con que el difunto le llamaba a gobernar todo un reino, caso de que la muerte llegara a sorprenderle. Pero entrando en el examen del desventurado suceso, pronto comprendió que no debía desalentar hasta el extremo de perder de vista, por la muerte de un amigo, el porvenir de tantos compatriotas a quienes el auxilio que en su mano tenía, había de ser de tan gran provecho; y como Felipe II se hallara a la sazón en Londres, ya no quiso embarcarse para Chile, sin pasar en posta a Inglaterra en consulta de la voluntad del Soberano, con expresión de la infausta nueva.

El Rey, en efecto, con vista de semejante acontecimiento, hubo de reformar sus anteriores resoluciones, y atender sobre todo a la provisión del cargo que vacante dejó Valdivia; pero sin conocimiento ninguno de las personas más dignas que en Chile podía haber para desempeñar fiel y cumplidamente tan superior empleo; y, aunque el difunto Gobernador le tenía hechos grandes elogios del mérito, de la capacidad, de los distinguidos servicios de Gerónimo de Alderete, todavía quiso S.M. que este capitán le informase en la materia, supuesto conocer muy de cerca a todos los militares que en la conquista de aquella región hubieran podido señalarse.

Alderete respondió de un modo así de resuelto cuanto tuvo de honroso para los jefes Francisco de Villagra, Francisco de Aguirre y Rodrigo de Quiroga, sus amigos, y pintó en su lenguaje tal viso de verdad, tanta modestia y desprendimiento, que recordando Felipe II cuanto de este jefe dijera el antiguo Gobernador, no pudo menos de replicar satisfecho: “Está bien, yo premiaré en su día los servicios de esos tres sujetos; pero es mi voluntad que seas tú mismo el gobernador de Chile”; agraciándole, además, con el hábito de Santiago.

Tras esta disposición, Alderete volvió a España, y con toda su gente, y un gran número de eclesiásticos y de religiosos, que en Chile debían militar por el triunfo de la fe, pasó al puerto de San Lúcar de Barrameda<sup>121</sup>, acompañado de doña María de la Rueda, su cuñada<sup>122</sup>, y dio vela para su destino, en la capitana de los galeones ya prontos a la navegación para Puerto Bello.

Esa doña María de la Rueda, de una devoción más supersticiosa que afectada, pasaba a Chile con intento de establecer un beaterio, y comenzó desde luego a instar porque el capitán del buque la consintiera en su camarote una luz, que decía serle de toda necesidad para el rezo de sus oraciones y cumplimiento forzoso de la regla de su orden; mas de estas demandas que de día en día aparecían con mayor importunidad, noticia ninguna tenía su cuñado Alderete, sólo que el capitán, olvidando lo que a su obligación importaba, o no queriendo parecer inexorable a

<sup>121</sup> Según Ovalle en Sevilla se verificó el embarque de Alderete.

<sup>122</sup> Hermana quieren muchos autores que sea; añadieran *política* y andaríamos de acuerdo; era hermana de doña Esperanza de la Rueda, esposa de Alderete.

los reiterados y tenaces ruegos de una señora tan allegada a la persona del nuevo gobernador, aunque con encargo de mucha prudencia y celo, cedió a la exigencia, para tener el dolor de ver al cabo de pocos días que su debilidad atrajo el incendio del navío, y con él la ruina de unas ochocientas personas. Dormida doña María sin haber matado la luz, ésta prendió el fuego en su camarote, se propagó a todo el cuerpo del bajel y cuando se advirtió el desastre, ya no pudieron salvarse sino el mismo capitán, Alderete y otras dos personas<sup>123</sup>, que con presteza se echaron en una lancha inmediata, para tener que apartarse del buque con la mayor diligencia; pues cebadas las llamas en las municiones de guerra, y en la artillería, comenzó un tronitoso estampido entre cuyo horror se ahogaron los lamentosos alaridos de tantas inocentes víctimas que en cenizas vino a recoger el seno del imponente piélagos.

Ocurrió este accidente hacia mediados de 1556<sup>124</sup> no muy lejos de Puerto Bello, pero de tal manera sobrecogió el ánimo del gobernador Alderete que llorando las tantas desgracias de que causa fue su cuñada, enfermó gravemente, y la pesadumbre no cesó hasta acabar con su existencia en la isla de Taboga<sup>125</sup>.

<sup>123</sup> Un hijo del mismo capitán; pero perdió otro, que no tuvo tiempo para saltar en la lancha, y pereció como los demás. Alderete se salvó porque precavido ni aun quiso vestirse, sino que en camisa se arrojó donde vio esperanza de salvación.

<sup>124</sup> El 22 de diciembre ya recibió la noticia el ayuntamiento de Santiago, que mostró por la pérdida un muy cumplido sentimiento.

<sup>125</sup> Herrera, Garcilaso y otros historiadores pretenden que Alderete regresó a España en uno de los galeones, en demanda de nuevas patentes, o sean, despachos de sus empleos, como también de socorros con que volver a Chile, pues que todo lo perdió. Después le traen con la escuadra en que viene el marqués de Cañete para virrey de Perú, con cuyo sujeto, y acompañado además, según otro autor, de don Alonso de Ercilla, llegó a Panamá, siguiendo el 1º para su virreinato y el 2º expirando en Taboga por no poder hacerse superior a las desgracias que sufrió en su primer viaje. No podemos entrar en opiniones semejantes. Desde luego el marqués de Cañete tiene nombramiento de Carlos V para virrey de Perú con fecha de 5 de noviembre de 1554, y orden de no demorar su partida, ni alegar excusas; renueva S.M. este encargo en carta autógrafa para la Marquesa el 14 de enero de 1555. Alderete es hecho gobernador de Chile en 1556, y por Felipe II, quien con este año comenzó su reinado por abdicación de su padre Carlos. No es presumible que, por mucho que corrieran los sucesos, hubiera de mantenerse el Marqués en España todo el tiempo que necesitó Alderete para ir desde San Lúcar a Puerto Bello, volver a la metrópoli, hacer nuevo acopio de gente, y tornar con la escuadra que iba a Perú. Además, si tal ocurriera, en los asientos del Cabildo, en el mismo Ercilla ya que se le nombra, viéramos cuál destino se dio a las fuerzas que con Alderete debían venir esta segunda vez. Nadie nos da cuenta de ellas, antes Ercilla entiende que el Gobernador murió pocos días después del incendio de la nave.

Mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra,  
 Cuando la fe de nuevo allí plantastes;  
 Allí le distes cargo de esta tierra,  
 De allí con gran favor le despachastes;  
 Pero cortole el áspero destino  
 El hilo de la vida en el camino.

(Canto XIII)

Eso mismo siente Molina; tal es también nuestro creer, porque, en efecto, el suceso no admite combinaciones que por una parte destruyen su gravedad y por otra gritan contra la evidencia. Que a vista del mal la pesadumbre mate a un hombre tan sensible y cumplido como el nuevo gobernador lo era, se concibe; que pasado el mal, y reparado con nuevos elementos, quiebre el aliento y no pare hasta acabar con la vida, eso es lo que nos parece problemático.

Este fatal acontecimiento fue causa para que los españoles establecidos en Chile derramasen abundantes lágrimas, al paso que los araucanos le celebraron con toda suerte de fiestas, sobre las que en aquella misma ocasión cumplían en honra del enlace que su general Lautaro contratado había con la india Guacolda. Clara es la razón de ésas tan opuestas demostraciones entre ambos partidos. El araucano conocía el mucho valer de Gerónimo de Alderete, primer descubridor de aquel país, fundador de Villarrica, hombre activo, denodado y severo<sup>126</sup>, que si allegara al punto de su destinación con los seiscientos guerreros hundidos en el mar, graves daños acaso se hubieran seguido para los indios, y en tal suponer ya se entiende si debieron ellos dar suelta a un loco contentamiento. En cuanto a los españoles, legítimo era su llanto, pues no sólo perdían un hombre de todos querido, de todos conocido y alabado, sino, también, un refuerzo de tropas harto capaz de frenar la audacia de los enemigos, y restablecer el orden que daba muestras de desconcierto en más de un establecimiento colonial, por ambiciones y envidias puramente personales.

Francisco de Aguirre no podía ver con indiferencia el gobierno del país en manos ajenas. Mientras el cabildo de Santiago pudo resistirle; mientras por disposición de la Real Audiencia en cada alcalde hubo que ver un gobernador, en una palabra, mientras en Villagra, su competidor, llegó a crear fuerzas bastantes para tener su ambición a raya, aquel pretendiente, aunque se mostrara tenaz, pareció echar siempre delante una cuestión de bien entendido derecho, o cuando menos de un derecho cuestionable; mas en cuanto viera que a Francisco Villagra le dio la dicha real audiencia el gobierno de Chile, y que aquél su émulo había caminado para las tierras del sur contra las armas araucanas, empeñadas en talar y destruir todos los establecimientos españoles, desconfiando de llegar un día al apetecido mando, comenzó a suscitar enconos contra el corregidor, y hasta rencillas y rivalidades entre colonias cuya salvación reclamaba la más formal y perfecta armonía; de suerte que no de gobierno merecía el nombre, sino de desorden, aquél en que las fuerzas españolas se encontraran<sup>127</sup>, en tanto que Villagra con las suyas recogía más gloria de la que debió prometerse al entrar en las arriesgadas empresas de que dejamos hecha mención.

Esos interesados manejos no quedaron estériles, antes penetraron hasta el cuerpo concejil de la capital, y ya desearan sus miembros poner coto a las demasías de una existencia tan desorganizada, ya sintieran que, faltar el socorro de que Alderete venía encargado, si no recurrían en busca de otro, remedio alguno habían de hallar para sus infortunios; de cualquier modo convinieron, ausente el corregidor, en reclamar al virrey de Perú, don Andrés Hurtado de

---

<sup>126</sup> Ningún historiador señala la patria de ese esclarecido caudillo, ni en nuestro poder hay documentos que la indiquen. Sabemos sí que el apellido no es común en España, y la sola familia que en aquella época le llevaba, era la del licenciado Pedro de Alderete, fiscal togado del supremo tribunal de la Corte de Felipe II en su último año de residencia en Valladolid; según así resulta de un manuscrito existente en la biblioteca real de París.

<sup>127</sup> Aguirre gobernaba en La Serena y toda su jurisdicción con independencia absoluta, lo cual parecía un verdadero desafío al poder, un desacato a la superioridad, sólo que lo disimulaba la época con la cuestión de derecho.

Mendoza, un gobernador para Chile<sup>128</sup>, y tropas con que volver al país la paz que sus enemigos tenían por todas partes turbada, y el orden que las pasiones traían también descarrilado.

Con esta encomienda se presentó en Perú el procurador síndico de Santiago don Diego García de Cáceres, tras el fallecimiento de Gerónimo de Alderete. El Virrey midió los hechos en que se apoyaba la demanda y se prestó incontinenti a los deseos que se le indicaron dando el gobierno de Chile a su hijo don García<sup>129</sup>, que acababa de cumplir veintidós años, y que como descendiente de tan distinguida persona, halló en breve gran número de caballeros dispuestos a seguirle en su nueva carrera<sup>130</sup>, y más de setecientos soldados de entrambas armas. La de caballería fue puesta a las órdenes del famoso don Luis de Toledo, que pasó a Chile siguiendo el desierto de Atacama hasta llegar a Copiapó.

El gobernador don García Hurtado entró con la infantería y muchos clérigos y religiosos en cuatro<sup>131</sup> naves que al intento se prepararon en Callao, y dio vela en los principios de febrero de 1557; llegando al puerto de Coquimbo un día antes que don Luis de Toledo, es decir, el 25 de abril de 1557, y ya cuando Francisco de Aguirre había tomado conocimiento de comunicación que el Virrey le transmitió por medio del indicado don Luis.

Saltó en tierra el nuevo Gobernador, después de haberle cumplimentado a bordo Aguirre y todas las autoridades de La Serena, entre quienes fue reconocida su dignidad, siendo alcaldes Pedro de Cisternas y Alonso de Torres; todo por supuesto sin faltar en lo más mínimo a los usos de aquella época, que no permitía entrar en función de importancia, sin que las de Iglesia quedaran solemne y religiosamente desempeñadas. Aun en la que esta vez celebró La Serena, parece que el pretendiente Aguirre quiso mostrar una extremada sumisión y obediencia, tomando de la brida el caballo en que iba don García y sirviéndole así de guía hasta su morada, para en ella comenzar prodigando a un tan noble huésped sus obsequiosos rendimientos; esto, no obstante, no le excusó de la prisión en que don García le puso en breve: luego iremos indagando la causa que pudo motivar tal salida.

El maestro de campo Juan Ramón, que con don García venía, salió de La Serena para Santiago el 26 de abril, encargado de hacer que la autoridad de la capital reconociese en su persona la del nuevo gobernador y justicia mayor del reino, y

<sup>128</sup> Y el Ayuntamiento señaladamente pedía el hijo del Virrey, que éste era el medio más seguro de obtener un crecido favor.

<sup>129</sup> Por patente de 9 de enero de 1557.

<sup>130</sup> El oidor de la Real Audiencia Hernando de Santillana, vino con don García en calidad de auditor de guerra.

<sup>131</sup> Unos quieren que las naves fueran cinco, otros ocho y hay quien pone nueve. Pedro de Oña dice en este punto:

Por esta sola causa raudo y listo  
Al proceloso mar derecho tira,  
Do esperan cuatro naves artilladas  
Pendientes de las áncoras ferradas.

(*Arauco domado*).

de hospedar en la propia casa del corregidor Francisco de Villagra. Llevaba en su compañía cuarenta arcabuceros, y como se le impusiera el deber de acelerar cuanto posible fuese sus jornadas, entró en Santiago el 6 de mayo, o sea, un día después que el corregidor regresó de su felicísima empresa, y el segundo de los regocijos públicos con que se celebraba el triunfo.

Ramón pidió a los alcaldes Juan Fernández Alderete y Juan Jofré, que llamaran inmediatamente a cabildo, en el cual presentó los poderes y despachos de don García, a que se dio entero y formal cumplimiento, reconociendo en su persona la autoridad de justicia mayor. Concluido este acto, los dos alcaldes se vieron embarcados en sus funciones, y ya que Alderete fue repuesto en su lugar el 29 del mismo mes, Jofré tuvo por sucesor a Diego de Araya, al paso que el maestro de campo, apoderado del nuevo gobernador, dio a reconocer en el propio día, en calidad de corregidor de la capital y su jurisdicción, a Pedro de Mesa, llamado a esas funciones por disposición de don García.

Más adelante fueron todavía esas medidas de rigor que tanto desdecían en ocasión en que el vecindario de Santiago cantaba gozoso el importante triunfo de sus armas sobre las del héroe araucano; mas inconcebible nos parece el que mientras todo un pueblo está colmando de alabanzas y de bendiciones al afortunado caudillo que con tanto acierto, y ventura tanta, le guiara, sin motivo aparente se le desvíe de la natural alegría a que los sucesos le traían muy de tarde en tarde, sumiéndole en el disgusto, en el sentimiento, si por acaso su prudencia no le dejó ir hasta la desesperación. En fin, más injusto, más desleal se descubre el proceder de que, recibido y aclamado por gobernador de Chile, don García Hurtado de Mendoza, sin resistencia, sin señal alguna de oposición; hospedado, agasajado con fina hidalguía su representante Ramón en la morada del corregidor don Francisco de Villagra, venga aquél al día siguiente deponiendo a los dos alcaldes de la capital, y prendiendo al ilustre vencedor de Mataquito, sin acusar causas, sin oír descargos, o de tal manera como obrar se suele contra los salteadores<sup>132</sup>. ¡Ayer entró Villagra en Santiago cubierto de coronas, cargado de parabienes; y hoy le pone el agente de don García en la triste condición de un reo de Estado. Tal es la burla con que la fortuna maneja a los mortales!..

---

<sup>132</sup> Preciso es que el joven don García viniera de Perú con instrucciones que encargaban esas repugnantes medidas, pero choca por una parte el no dar con hechos que las legitimen, y choca más el modo con que a ejecutarlas se asiste. En La Serena la casa de Francisco de Aguirre es la posada que elige don García, y paga el hospedaje con la prisión del que le acoge y obsequia casi hasta la humillación. ¿Cuál causa se arguye en abono de este proceder?

Suárez de Figueroa quiere que Aguirre, resentido de no hallar silla privilegiada en la función de iglesia a que el nuevo Gobernador asistió, se saliera furioso y dijera a la puerta: “*Amigos, si como sois veinte fuerais cincuenta, yo revolvería hoy el hato*”. Tal trivialidad ajena nos parece de un hombre como Aguirre. ¿Qué delito mandó la prisión de Francisco Villagra? ¿Sería su moderada respuesta en el acto de prenderle? “Excusada era, dijo a Ramón, tanta prevención, pues una letra que escribiera don García bastara para conducirme a donde fuera su voluntad”. Autores hay que piensan cubrir este hecho con decir que Aguirre y Villagra persistían tenaces en disputarse sus derechos al gobierno; pero, ¿a qué disputaría el último una cosa que poseía en nombre del Rey, y por provisión de la Real Audiencia?... Hubo notoria injusticia, y la hemos de ver reparada en su día; hubo envidias, hubo celos contra los dos jefes de mayor lustre en Chile, y por consiguiente vino la arbitrariedad apartándolos del teatro donde habían derramado su sangre, y recogido laureles inmarcesibles.



## CAPÍTULO XXXI

Determina don G.H. de Mendoza un trato noble y uniforme en favor de los indios de paz. Nombra alcaldes mineros. Reforma y regulariza la administración pública. Señala el valle de Penco para sus primeras operaciones militares. Se embarca. Aporta a Quiriquina parte de la armada tras una furiosa tempestad que echó el resto de las naves a Valparaíso. Convídase con paz a los indios, y los araucanos responden a don G. Hurtado por medio del astuto cacique Millarauco. Pasa el gobernador de Quiriquina al continente con ciento cincuenta hombres y levanta el fuerte de Pinto. Vuelve Millarauco al campo español con fingidas palabras de paz, mientras que Caupolicán se apareja para la guerra. Asalta el Toqui el fuerte de Pinto. Salta en tierra Julián Venezuela con la gente que se mantenía a bordo, y salva a los españoles de la muerte. Retírase el Toqui con grandes pérdidas. En los españoles hasta el mismo Gobernador sale herido.

(1557)

Tras el arresto de los capitanes Aguirre y Villagra, que fueron ambos trasladados a bordo del bajel *San José*, y mandados a disposición del virrey de Perú, por orden de don G.H. de Mendoza<sup>133</sup>, este Gobernador ya no pensó sino en asentar en sus nuevos dominios aquel sistema que más pudiera aunarse con las necesidades del país, siendo de las preponderantes la que ponía por condición un concierto regular y de amistosas relaciones entre naturales y extranjeros, si de veras se apetecía el que los establecimientos españoles llegaran a arraigarse en un suelo de donde con tan despechado, cuanto constante empeño, salían, como por encanto, numerosas masas de hombres resueltos a sacrificar sus vidas, antes que llevar el baldonoso yugo de extraña dominación, por suave y paternal que se anunciase.

En el joven don G.H. de Mendoza, que no contaba entonces sino veintidós años, no nos han de escasear dotes de merecida alabanza, y si demasiado dócil prestó oídos a cierta clase de hombres que, por responder a la envidia que los despedaza, echan mano de las armas de la calumnia, creyendo ser ella el mejor escalón para subir a honras de que en todos conceptos son indignos, también anduvo atinado to-

---

<sup>133</sup> “Para quietud de mi gobierno”, decía el nuevo Gobernador, según resulta de los acuerdos del Cabildo.

mando consejo de las personas más señaladas del reino cuyo gobierno se le acababa de encomendar. Es de citar entre esas personas la del célebre licenciado González Marmolejo, que sobre señalar cuántos eran los males que afligían a cada una de las colonias chilenas, y cuál el origen de ellos, todavía fue hasta el punto de indicar el remedio provocando a medidas de templanza y de generosidad para con los indios, ya que la experiencia enseña que con el rigor, si el odio se encubre y disfraza, no por ello decae, ni deja de cumplir en su día los estragos que en silencio prepara.

No perdió el Gobernador las justas insinuaciones de aquel digno sacerdote, antes en cuanto supiera de una manera oficial, que así el ayuntamiento de Santiago, como los de las demás ciudades, habían cumplimentado la real provisión, y que en la capital quedaba reconocido por su lugarteniente el oidor Hernando de Santillana, su auditor de guerra, porque el apoderado y maestro de campo Juan Ramón fue llamado a servir en el ejército con don Luis de Toledo, hecho teniente general, jefe de la caballería, y destinado a ocupar el valle de Penco, ya volvió toda su atención tras de medidas puramente administrativas.

Convocó, con este objeto, a todos los moradores de La Serena, y a cuantos españoles en esta ciudad se hallaran entonces, unos vecinos de Santiago, otros de las demás colonias, para hacerlos comprender cuánto era de su desagrado el mal porte y trato que con los indios se observaba, dando así motivo a la cruenta guerra en que se veían empeñados, y cuánto convenía el volver a un régimen de tolerancia y caridad cristiana para con aquellos descarriados y fanáticos naturales que la persuasión, y no la fuerza, había de traer al servicio de la religión y del Rey. Llamados de esta manera los colonos a sentimientos de humanidad y templanza, dispuso el Gobernador varias ordenanzas, o bandos, entre otros uno que, sobre recomendarle política acertada, devolvió al hombre lo que a la dignidad de su ser se debía, siendo sus bases principales: 1<sup>o</sup> que ningún encomendero pudiese disponer para el laboreo de las minas sino de la sexta parte de sus indios; 2<sup>o</sup> estos indios habían de tener dieciocho años cumplidos, y no pasar de los cincuenta; 3<sup>o</sup> a cada uno de ellos se le había de entregar en cada sábado por la noche el sexmo a la sexta parte del oro que en la semana hubiere recogido; 4<sup>o</sup> los mantenimientos para los trabajadores se habían de enviar a las minas en bestia de carga, todo a coste y porte del dueño; 5<sup>o</sup> que estos dueños habían de instruir a los indios en los preceptos de la religión sin recurrir a amenazas ni a castigos, antes con filial ternura y cariño; 6<sup>o</sup> que a ningún indio se le obligaría al trabajo en día festivo.

Y porque esas disposiciones surtieran el efecto que se apetecía quedó nombrado un alcalde para cada mina, con facultades harto latas contra los que a violar la ley se propasaren, ya continuando el bárbaro e inhumano trato de que hasta entonces se había hecho alarde, como si los inocentes indios fueran indignos de compasión y de miramiento, ya escaseando los alimentos, porque en cantidad como en calidad habían de responder en adelante a lo que la conservación de la salud individual prescribe, y a lo que necesita el reparo de las fuerzas gastadas en el trabajo cotidiano.

También salieron tras estas otras reformas que dieron a la administración de justicia mayor regularidad, y al desvalido medio con que hacer frente a las tropelías que comúnmente cometen los poderosos; de suerte que como en los primeros

pasos de su gobierno entrara el joven don G.H. de Mendoza con disposiciones amoldadas todas ellas en la más perfecta equidad, se acarreó las voluntades, despertó un indecible entusiasmo, y de todas partes salían hombres brindándole con servicios de toda especie, y hasta con el sacrificio de sus vidas, a tal de concederles el apetecido honor de alistarse en sus banderas.

En tan buena disposición de los ánimos, ya comenzó el Gobernador a dictar medidas con que llegar al necesario conocimiento del estado de las colonias españolas, como del aprieto en que el enemigo pudiera tener algunas de ellas, particularmente las de la parte del sur, que tanto hostilizaban los indómitos araucanos. Mandó con este objeto a Imperial una lancha, y orden al gobernador militar de aquella plaza, previniéndole que, si las circunstancias lo permitían, había de hallarse en el valle de Penco con cincuenta caballos a los principios del próximo agosto<sup>134</sup>, y para Valparaíso despachó también tres de los bajeles de su propia armada, todos ellos encargados de conducir municiones de boca y guerra, con destino a las fuerzas llamadas a aquel referido valle.

Enseguida, don G. Hurtado con toda su gente, y muchos de los hacendados de La Serena que voluntarios quisieron seguirle, se embarcaron en las naves restantes, y dieron vela para el señalado destino; pero como anduviera el invierno en su mayor reciura, pues ocurría la empresa en principios de junio, como se mirara la armada a los 35° de altura poco más a menos, una tremenda tempestad vino a sacudirla con empuje tan violento que a pique de perderse estuvieron las embarcaciones, sobre todo la capitana<sup>135</sup> que hubo menester de aligerar en más de una mitad su cargamento, y que con otras dos naves logró, como por milagro, arribo al puerto apetecido, dispersas las restantes y forzadas del temporal hasta la bahía de Valparaíso, desde cuyo punto, volvieron sin riesgo a unirse con el Gobernador.

Éste había desembarcado en la isla Quiriquina<sup>136</sup>, resuelto a esperar en ella en tanto que se cumplieran los rigores de la estación, aunque dado enteramente a negociaciones de paz con los indios enemigos, por medio de los naturales de la isla ocupada, que llevaron mensaje a Caupolicán.

De antemano sabía el toqui araucano, y lo sabían todos los jefes indios, que un nuevo gobernador había llegado a Chile, y con él un muy respetable cuerpo

<sup>134</sup> Se decía esto en mayo, cuyo mes todavía le pasó el Gobernador en La Serena, aunque Olivares, Figueroa y Molina asientan que ya en el de abril había desembarcado en Concepción. El mismo don García Hurtado de Mendoza dice desde La Serena a su padre: “Pienso rehacer y reforzar la caballería que irá a juntarse conmigo en Penco a la punta de la primavera”.

<sup>135</sup> Ercilla iba en ella, y dice a este propósito en su *Araucana*, canto XV:

De mi nave podré sólo dar cuenta  
Que era la capitana de la armada,  
Que arrojada de la áspera tormenta  
Andaba sin gobierno derramada.

<sup>136</sup> Según Ercilla, los naturales de esta isla se arrimaron al puerto, y con inaudita resolución pretendieron oponerse al desembarque de los españoles, pero éstos poniendo en juego la artillería, lograron inmediatamente ahuyentarlos. Ya hemos dicho que Ercilla iba con el Gobernador; presenció los sucesos; no tenemos motivos para contradecirle en el que al intento relata, sólo que considerándole de muy poca importancia, con indicarle aquí creemos haber satisfecho al deber de imparciales historiadores.

de soldados, porque mantenían espías diestros y vigilantes en todos los puntos del reino, y ni les faltaban tampoco servidores leales entre aquellos mismos indios del repartimiento que con los españoles vivían. Por tanto, nada de nuevo fueron anunciando los mensajeros del caudillo español, como por tal no se cuente la propuesta de una paz que, con sólo envolver la más remota idea de sumisión, se hacía inadmisibile en un pueblo que parece no apetecer la vida, en tal de no gozarla con la más absoluta independencia. Así es que en sentir del Toqui, y del mismo parecer asomaron todos los demás jefes araucanos, en parlamento general convocado en Ongolmo, a virtud de la comunicación de don G.H. de Mendoza, los indios comisionados no volvieran al real castellano con más respuesta que un solemne desprecio, o quizá un reto revestido de valentonadas en forma de insultos, que en esta parte gran acopio pudieran recoger en aquel día los mensajeros de la boca del destemplado y terrible Tucapel. Hallábase allí el cuerdo Colocolo, quien así como reparara que la juventud ardorosa se había desahogado lo bastante, para permitir que la experiencia y las canas que la acreditan expusieran con templanza el consejo, sobre condenar las atolondradas máximas de los jefes reunidos, hizo empeño para que se admitiese la propuesta del enemigo, y asentó de un modo claro, entendido y concluyente, cuánto importaba el entrar en ajustes de paz, ya porque convenía conocer si las condiciones rendirían o no ventajas al país, ya porque en el curso del ajuste se lograba la ocasión de reparar cuáles eran las fuerzas enemigas, cuáles sus elementos de acción, cuáles, en fin, sus intenciones.

Venció este dictamen, porque en verdad, si el venerable anciano no ejercía el mando supremo en la milicia, por no ser compatible con su avanzada edad, tenía en aquélla, y en todo el pueblo una tal influencia que sin su beneplácito, ni el mismo Toqui lograra disponer de la fuerza armada para cumplir operaciones de ninguna especie. Por consecuencia fue comisionado para responder a la propuesta del Gobernador el sagaz cacique Millarauco, con facultades amplias para concluir paces *mentidas*, porque el verdadero objeto de esta misión no era otro sino el de observar con cuidadoso estudio tantos cuantos elementos de ofensa consigo traía el nuevo jefe de las armas castellanas.

Millarauco se embarcó, pues, en una piragua, y se dirigió al campo enemigo, en el cual fue recibido con tal aparato que los españoles, no sólo hubieron de creer en poco el juego del tronitoso cañón, el son concertado de atabales, tambores, y otros cien instrumentos de la marcial música, sino que hasta aparecieron todos en orden de batalla por cuyo frente hubo de pasar el embajador indio para llegar a la tienda del Gobernador, sin dar la menor muestra de sorpresa, sin siquiera pintar en su semblante un leve indicio de esos comunes afectos que la novedad remueve sin esfuerzo.

Don García Hurtado de Mendoza recibió al jefe araucano con distinguida amabilidad, y como recargara, en desahogo de sus sinceros deseos, sobre la adelantada invitación, diciendo que en su pecho no había encono ni malquerer contra los indios; que era hombre nuevo en el teatro de la guerra, y por tanto exento de cualquier resentimiento que la venganza pudiera despertar; que así estaba dispuesto a castigar a los españoles si en algo hubieren agraviado a los naturales como con éstos lo haría si a desmandarse llegaran; el taimado Millarauco no tuvo más que

hacer que reproducir esas mismas expresiones de descubierta reconciliación, asegurando con estudiada naturalidad, que Caupolicán, como él mismo, como todos los moradores de la Araucanía, nada apetecían tanto como el fin de una guerra desastrosa, la consolidación de una paz valedera y durable, sin que les pareciera afrenta el reconocer por Soberano suyo al rey católico, dado que ni tenidos por sus esclavos fueran, ni como tales tratados. “Y tened entendido, añadió en tono significativo, que todo esto lo hacemos por puro efecto de humanidad, no porque de ningún modo nos asuste vuestro poder”.

Preñado hubo de quedar de las palabras del indio el gobernador español; acaso llegó a convertirlas en un cierto e inesperado triunfo, cuyos dichosos resultados a sí propio le parecían debidos, y por lo mismo no solamente anduvo familiar, y en extremo cortés, para despedir al Cacique, sino que le colmó de presentes, e hizo que todos sus oficiales concurrieran para mostrarle cuanto en el campamento tenía hacinado el cuerdo sentir de que podría ser la guerra indispensable. Esto era precisamente lo que más anhelaba Millarauco; esto lo que logró cumplida y detalladamente, sin haberlo pretendido, y tras lo cual se restituyó a su país.

Vencido ya el invierno, y harto confiado en palabras de paz, el Gobernador echó al continente un cuerpo de ciento cincuenta hombres, con orden de levantar un fortín en el otero de Pinto, a la parte occidental del valle de Penco, sobre la ribera del mar, y con uno de sus costados naturalmente defendido, atendiendo a la guarda de los demás con salchichones y fosos, entronando también en su corona ocho piezas de artillería; esta orden quedó en breve desempeñada, y todo, por lo mismo, en estado de responder a cualquier interpresa que el enemigo pudiera intentar.

Como la caballería que mandaba don Luis de Toledo se hallara ya al paso del Mapocho, marchando para Penco, según órdenes que desde La Serena se le dieron, no vio el Gobernador inconveniente ninguno en abandonar Quiriquina, trasladando su cuartel al continente; mas en cuanto los pencones notaran que los extranjeros descubrían en su hacer el propósito de establecerse nuevamente en aquel suelo, se dirigieron cautelosamente a Caupolicán para que con sus fuerzas concurriera al exterminio de tan odiosos huéspedes.

No se hizo de rogar el jefe araucano; y como se determinara en general asamblea el rompimiento de hostilidades contra las fuerzas invasoras, concibió y llevó a término un ardid, no noble en verdad, pero sobradamente ingenioso para adormecer al enemigo haciéndole creerse seguro cuando más cerca de sí tenía el daño que le amenazaba.

Dispuso, pues, el Toqui que, mientras él recogía hasta unos nueve o diez mil<sup>137</sup> guerreros en los estados de Arauco, de Catiray y de Tablebu, con los cuales se encaminó para el Biobío, Millarauco había de concurrir al campo del Gobernador reiterando sus protestas de paz y buena inteligencia con los españoles, y solicitando de éstos un trato humano, una correspondencia fina y amistosa. Descargó el indio su embajada con el arte de que era tan capaz, porque, si bien aparecía como

---

<sup>137</sup> Quince mil supone Calancha; Olivares y Figueroa dan el mismo número que nosotros señalamos con vista de documentos que nos inspiran una muy merecida confianza.

inoportuna, tras las seguridades con que dos meses antes se le había despachado, todavía supo hacerla circunstancial llamando muy a propósito antecedentes de cruel recuerdo, y de los cuales traía origen la desesperada lucha a que el país se había arrojado; pues todo esto era menester para dorar apariencias, y llegar a ver cuál parte del atrincheramiento de los españoles era la más débil, cuál, en fin, la más fácil de saltar el día en que Caupolicán le embistiera de repente.

Tan atento, tan hidalgo como en la Quiriquina se mostró esta vez el joven Gobernador en Pinto con su disfrazado enemigo, asegurándole que ni pensaba en la guerra, ni nunca la haría a no provocarle con ella, y despidióle con nuevos dones; pero para el indio era prenda de mayor estima el entero reconocimiento de la posición que el campo castellano ocupaba: ésta fue la prenda que recogió con particular esmero, volviendo a donde el Toqui se hallaba, con la exacta reseña de cuanto se pudo hacer condición para el acertado éxito de las proyectadas operaciones.

Instruido Caupolicán, a quien Millarauco no calló ni lo defendido del lugar que los españoles guardaban, ni los inconvenientes y riesgos que había que vencer hasta expugnarle, ya no quiso oír otro consejo que el de acabar con sus enemigos, o morir en la contienda, y en la noche del 9 de agosto se allegó al río Andalién trayendo su ejército en tres divisiones, para compartirlas en este punto entre los generales Huacamante, Marihuenu, Picul, Tucapel, Loncomilla y Curupillán.

A los tres primeros se les encargó el cuidado de allanar el foso del fuerte, llevando cada uno de los soldados que los seguían un haz de fajina, y dióseles a los tres segundos la orden de sustentar a todo trance el ataque mientras que abierto paso cargase todo el ejército al asalto de la muralla.

Aún no asomaba la aurora del día 10, cuando en desempeño de su deber yacían ya revolcados en su propia sangre los denodados Marihuenu, Picul, Loncomilla y Curupillán, porque como llamaran al arma los centinelas españoles, con aceleramiento y tino comenzó el plomo sus horrendos estragos en aquellas consideradas y fanáticas masas... ¿Temieron ellas la muerte alguna vez? Tres veces deshechas y quebrantadas, tres veces vuelven con leonina furia contra el fuerte, y por fin logran allanar el foso, no como intentado habían, sino a fuerza de cuerpos que la metralla desmembraba, y por encima de los cuales corren nuevos guerreros hasta abrir brecha, hasta taladrar el muro, hasta penetrar en el fortín, cual lo cumplieron con asombrosa osadía los valientes capitanes Huaconu, Tucapel, Lebentún, Remulco, Lepunmanque, Talcahuenu y Encol; importando el arrojado de estos siete esforzados varones, que con sus mazas y macanas derribaban enemigos a diestra y a siniestra en el interior del fortín, tanto acaso como importar pudiera el brusco choque de todos los indios reunidos. No hubo hasta este día ejemplo de tanta temeridad; nunca se esperó ver que un Tucapel había de luchar a brazo partido con don Felipe Hurtado de Mendoza, y que cansados ambos atletas, se habían de apartar por mutuo convenio; no parecía de presumir que Huaconu hubiese de arrebatar al brioso Martín de Elvira su propia lanza, ya que desgraciadamente un balazo<sup>138</sup>

<sup>138</sup> Una pedrada, dice Molina. Como quiera, este suceso dio margen a otro no menos audaz, no menos digno de contar con las heroicidades de aquella jornada gloriosa. Como viera el cacique Huati-

cortara el hilo de tan valerosa vida, al tiempo de saltar el foso, trayendo por trofeo el arma del castellano; no había, en fin, por qué suponer que siete guerreros, a quienes el despecho sólo pudo dirigir, tuvieran al presidio español casi confundido, casi desesperando del vencimiento y con la muerte a los ojos, que acaso la recibieran a no saltar en tierra los españoles mantenidos a bordo de la escuadra, corriendo presurosos contra los indios, y a las órdenes del famoso Julián Valenzuela<sup>139</sup>, que rompió a punta de lanza las filas del cacique Feñistón encargado de contenerle, y tan arrojado que también perdió la vida. Tras ese suceso se allegó el refuerzo al fuerte, penetró en él, y el Toqui desesperanzado se pronunció en retirada siendo ya cerca de las dos de la tarde; es decir, tras nueve o diez horas de la función más obstinada, más feroz y cruenta de cuantas hasta entonces, habían empeñado las armas de aquel indómito país<sup>140</sup>.

De esta batalla, donde los hechos aparecen como si ponderaciones del humano ardimiento fueran, harto estrago pregonan más de dos mil cadáveres indios que en el campo quedaron tendidos<sup>141</sup>, y si por la desigualdad de sus armas no lograron dar muerte a español ninguno (lo que nos parece improbable), es por lo menos constante que cada cual de ellos salió con una o más heridas de mayor o menor gravedad, contando entre los muy maltratados los capitanes Simón Pereira y Francisco de Osorio, y en los heridos de menor peligro aquel mismo joven con quien Millarauco acababa de ajustar paces, es decir, el gobernador del reino de Chile.

---

col que Huaconu rendía el postrer suspiro, se arroja al foso y recoge la lanza de Elvira: éste, que de lo alto de la muralla descubre la enseña de su afrenta, y medita medios con que repararla, se precipita al foso a riesgo de que el golpe le cueste la vida, salta como un rayo contra Huaticol, huye el bote que éste le asesta, le clava un puñal en el pecho y vuelve con su lanza al fuerte.

<sup>139</sup> Olivares le dice *Valencia*, poniendo que es probable le llamara Ercilla *Valenzuela* para hacerle consonar con *rodela*. Valenzuela leemos nosotros en los manuscritos que poseemos.

<sup>140</sup> Era el estruendo tal que parecía  
El batir de las armas presuroso  
Que de sus hijos quicios, todo el cielo  
Desencajado se viniese al suelo.

(Ercilla, canto XVII de la *Araucana*).

<sup>141</sup> Digno de recuerdo nos parece el arrojado de la esposa del cacique. Pilluhueno, que sabedora de la muerte de éste corre durante la noche al campo de batalla, busca entre los cuerpos ya sacados del foso el de su amado Pilluhueno; logra descubrirle, se asienta al lado esperando a que venga el nuevo sol, y con la llegada de éste se acerca pidiendo al Gobernador le consienta sepultar los restos de aquel su esposo en lugar de su propia elección. Se acoge su demanda, ya que con la condición de que la india ha de abrazar el cristianismo, y es tanta la veneración de ésta por los restos de quien fue un día compañera, que sin titubear acepta, es bautizada con el nombre de Beatriz, sepulta el cuerpo, queda con los españoles, y no pasa día ninguno que no vaya a visitar el lugar donde yacen las cenizas de su idolatrado marido.



## CAPÍTULO XXXII

El cacique Curahuenu participa al Gobernador una nueva leva de araucanos para volver contra Pinto. El capitán Ladrillero en demanda de acelerados socorros a don Luis de Toledo. Llegan al fuerte los caballos españoles. Vuelve el Toqui al asalto; sale don García Hurtado a recibirle; aquél se retira a sus estados, y éste a Pinto. Don Luis de Toledo en el valle de Penco; concurre a este mismo punto Martín Ruiz de Gamboa con cincuenta caballos de Imperial. Sale don García Hurtado en línea de Arauco. Llega al Biobío, y le salva no queriendo Caupolicán disputarle el paso. El Toqui se establece en las Lagunillas. Preludios favorables al bando araucano. Carga éste al campo invasor, y la caballería le rompe después de un encarnizado combate. Estragos que cumplió la inhumanidad de los vencedores.

(1557)

No siguen los españoles picando al enemigo que se retira, porque harto necesitan reparar sus abatidas fuerzas, atender a sus heridas, desahogar el foso, remendar el fortín, en una palabra, volver a ponerse en estado de rechazar nuevos insultos, que a los araucanos ni se les escarmienta con derrotas, ni se les impone respeto con la lóbrega y horrible enseña de la muerte. Gastados seis u ocho días en volver a la fortificación la firmeza de que menester había, y ya muy mejorada la tropa, gracias a la solicitud y esmero con que se atendió al recobro de los heridos, pues no se cuenta que muriese ninguno de ellos; acaso comenzaran los españoles a celebrar contentos su estragoso triunfo, si no llegara para impedirlo un aviso secreto del cacique Curahuenu, comunicando al Gobernador que alzados en masa todos los estados de Arauco, se disponían a caer de nuevo sobre el fortín de Pinto.

Esta novedad era sumamente desconsoladora para el presidio español, corto en número, y mucha parte de él casi en la imposibilidad de hacer uso de las armas, si los enemigos acometían antes que la multitud de heridos y contusos se curara completamente. Comprendió el joven Gobernador el aprieto, y despachó con toda cautela y diligencia al capitán Ladrillero en una lancha con la orden de pasar a las aguas del Maule, arriesgándolo todo hasta ver si lograba prevenir al general de la caballería don Luis de Toledo, así del apuro en que se reconocía la guarnición de Pinto, como de lo mucho que importaba el que adelantara sus marchas, y allegara socorros, aunque día y noche hubiese de caminar.

El Toqui, por su parte, hizo alto sobre las márgenes del Biobío, desde donde despachó todos sus heridos para que en sus hogares cuidaran de reponerse. Dio también prontas y vigorosas órdenes para que las parcialidades de Arauco y de Tucapel, como las de las provincias limítrofes, concurriesen a su campo; pues tan terrible descalabro como el que acababa de experimentar, y sobre todo, el intenso encono que al nombre español resentía, traían a este jefe tan fuera de sí, con tal anhelo de venganza, que tuviera por cierta su misma muerte, y no por ello faltara al nuevo asalto que contra Pinto tenía ya resuelto.

Ni siquiera fue dueño de la necesaria calma hasta que a sus filas entraran todos cuantos refuerzos pedidos tenía al país, sino que ansiando dar contra su enemigo, antes que mayores elementos cobrase, caminó para el valle de Penco con acelerado paso; pero como a este tiempo ya tuviera el Gobernador cien caballos que don Luis de Toledo destacara con presura, en cuanto supo la estrechez en que aquél se reconocía, y la vigilancia de los espías llegara a señalar con tiempo el movimiento de Caupolicán, pensó don García Hurtado de Mendoza que era caso de salirle al encuentro para utilizar en campo raso el arma de la caballería. Puesto en marcha el 14 de septiembre, se dieron al instante frente los dos bandos en las vegas del río Andalién, mas sin efecto, porque para el Toqui fue inesperada nueva el arribo de aquel refuerzo, y al instante volvió camino para Arauco en ánimo de acrecer elementos y fuerzas con que darse más seguro a ulteriores disposiciones.

También retornó a Pinto el Gobernador, y grande fue su gozo el 18 del propio mes viendo llegar a su campo la caballería que don Luis de Toledo mandaba, y otros muchos voluntarios de la capital, entre los cuales doce a las órdenes de don Antonio González, que su tío el vicario general González Marmolejo había montado, equipado, y que a sus expensas mantenía. Para mayor consuelo de las armas castellanas, y cuando apenas se aparean los soldados que a las órdenes de don Luis venían, ya asomaron en el abra de Penco otros cincuenta caballos que de Imperial seguían al capitán Martín Ruiz de Gamboa; de suerte que de la noche a la mañana salió el nuevo Gobernador de la estrechura en que con un puñado de combatientes se mirara, para contar en el primer alarde cuatrocientos cincuenta caballos, y unos trescientos sesenta infantes<sup>142</sup>; fuerza verdaderamente respetable, tomando en cuenta el valer de la escuela militar y de la disciplina, no menos que la importancia de los elementos que para ofender a su enemigo llevaba.

En presencia de un cuerpo semejante, ya no quiso el Gobernador gastar inútilmente el tiempo manteniéndose en espera de un adversario cuyo vencimiento hubo de parecerle infalible, haciéndose también necesario, si se había de atender al fomento de todos los establecimientos españoles, a la creación de otros nuevos, y sobre todo a una administración desembarazada y regular por medio de la cual

---

<sup>142</sup> No sabemos cuál razón pudo tener Molina para traer dos mil auxiliares con la caballería de don Luis de Toledo, y suponerle a este jefe mil caballos. Lo de auxiliares, cuanto más se ha extendido y enconado la guerra, más repugna; lo de mil caballos es también chocante por lo mismo que nos consta cuál número sacó de Perú el Gobernador; ¿pudieron suministrarlos las colonias chilenas en aquella época? Seguro es que entre todas ellas no contaban ni *trescientos*.

vendrían a cicatrizarse las llagas que un continuo sobresalto, un pelear incierto, y una existencia de problemático porvenir, mantenían abiertas; siendo causa de que todo vacilara, todo se presumiera sin estabilidad, sin arraigo.

Con este objeto, abandonando el fuerte de Pinto, y provisionalmente acampado en el valle de Penco, dispuso don García Hurtado de Mendoza que su maestre de campo don Juan Ramón tomase el mando de la infantería, llevando a sus órdenes el sargento mayor Pedro de Obregón, y los capitanes don Felipe Hurtado de Mendoza, don Alonso Pacheco y Basco Suárez. Guarneció los flancos de esta arma compartiendo la de caballería entre los cabos don Luis de Toledo y Martín Ruiz de Gamboa, entrando también en ella los capitanes Alonso de Reinoso, Rodrigo de Quiroga y Francisco de Ulloa; y el Gobernador se reservó un cuerpo volante, trayendo por su alférez al capitán Pedro del Castillo.

Así ordenada y dispuesta aquella gente, pronunció don García Hurtado una breve alocución en la cual recomendaba disciplina, obediencia, y sobre todo constancia y sufrimiento contra las largas fatigas y penalidades que precisamente había de causar un enemigo terco, arrojado y envanecido con antiguos laureles<sup>143</sup>; tras lo cual hizo levantar sus reales (el 2 de octubre)<sup>144</sup>, marchando en dirección del Biobío, con las ocho piezas de campaña de que el capitán Francisco Álvarez Berrío hizo uso en la defensa del fortín de Pinto.

No anduvo menos activo en sus preparativos el general araucano, en cuyas filas entraron con presteza admirable hasta cuarenta y cuatro parcialidades, y treinta y dos capitanes que en más de un encuentro traían ya medidas sus armas con las del orgulloso conquistador; reuniendo en todo un número de dieciséis mil combatientes<sup>145</sup>, veteranos por la mayor parte, más que los nuevos no desmerecieran en aliento, ni en ese civismo singular que a tantas proezas arrastra a los hijos de aquel inmortal país.

Con este ejército llegó Caupolicán a orillas del Biobío mucho antes que descubrirlas pudieran los españoles, pero se mantuvo silencioso esperando a que sus enemigos salvaran el río, porque hubo de parecerle que aseguraba el derrotarlos con dar tiempo a que dejaran a su espalda un tan poderoso estorbo para la retirada.

---

<sup>143</sup> Lo que yo de mi parte os pido y digo  
Es que en estas batallas y revueltas,  
Aunque os haya ofendido el enemigo,  
Jamás vos le ofendáis a espaldas vueltas:  
Antes le defended como al amigo,  
Si volviéndose a vos, las armas sueltas,  
Rehuyere el morir en la batalla;  
Pues es más dar la vida que quitalla.

(Ercilla, canto XXI de la *Araucana*).

<sup>144</sup> A este tiempo había despachado para Perú los bajeles que a Chile le trasladaron, a excepción de dos que pasaron a las cuidadas del sur, con cargo de recoger víveres y conducirlos a Arauco, presumiendo que no se hallarían fácilmente en este país.

<sup>145</sup> Veinte mil pone Calancha; quedan otros autores en catorce mil; con fe en los documentos que poseemos, no podemos prescindir del número que ellos nos marcan.

De muy distinta manera calculó el Gobernador, quien tras de aparentes demostraciones de querer cumplir el paso de las aguas por la parte llamada plaza de San Pedro, se corrió unas dos leguas y media contra la embocadura, y en lanchas al intento dispuestas puso sus tropas y trenes en la opuesta orilla, con cuatro días de no interrumpida tarea, ni obstáculo de ninguna especie. Fueron los primeros que saltaron, en la ribera meridional Juan Ramón, Julián de Bastida, Diego Cano y el mismo Gobernador, quienes al momento montaron y se echaron a reconocer el campo.

Como el Toqui viera cumplidos sus deseos, emprendió el movimiento hacia el río, y llegó a sentarse en los llanos que llaman de las Lagunillas; imperdonable falta, pues que si a propósito quisiera cometerla no hubiera podido facilitar juego tan escogido y ventajoso para la caballería española, que era justamente la que más le podía ofender, y de la que lecciones anteriores le mandaban esquivar las cargas.

Sin embargo, distribuyó su gente en tres distintas líneas, hartó bien dispuestas para prestarse mutuo apoyo; pero mantúvose en su posición esperando a que el enemigo le atacase. Otro tanto hubo de desear don García Hurtado toda vez que vemos que cada uno de los bandos guarda su lugar, contentándose con enviarse mutuamente débiles destacamentos incapaces de entablar una seria y reñida función. Al cabo hubieron de encenderse los ánimos hasta punto de jugar una escaramuza a la que concurrieron opuestas y sueltas partidas, que llegaron a ensangrentarse, y de la que salieron los españoles mal parados, dejando en el campo a Francisco de Osorio y a Hernando Guillén<sup>146</sup>, víctimas de la airada mano de los furiosos Lincoyán y Tucapel.

Con prelude que así argüía en favor de los araucanos, ya reformó Caupolicán sus planes, y lejos de esperar a que le cargase su enemigo, se echó ardidoso a envestirle, bien seguro de que había de desbaratarle en su centro, así y del mismo modo que habían sido desbaratados los insignificantes grupos de avanzada y descubierta. En ambos bandos reinaba ya el furor; venganza, sangre querían los españoles, como debido tributo a la que ellos acababan de perder, y que llegó a parecerles el sello de su ignominia; sangre, venganza pedía Caupolicán, deseoso de castigar el agravio que en Pinto se le hiciera, y dar a su patria una de aquellas coronas que con ufanía tanta del inmortal Lautaro ella recordara, y en cuya memoria distinguía el valeroso toqui deslustre, afrenta para sí propio, más que la imparcial razón acusar no podía sino a los caprichos de una inconstante fortuna.

Y como en extremos tales el despecho es el consejero que el hombre escucha, el que le induce, el que le impulsa, el que, en fin, le precipita, así el Toqui, ciego de rabia y ferocía, cayó sobre el campo castellano ofreciendo miles y miles de pechos al plomo de cañones y arcabuces, a una muralla erizada de aguzados aceros, que tal apareció la infantería española, formada en cuadro, y presentando por todos sus costados un impenetrable lienzo, en cuya faz asomaba la horrenda Parca segando vidas que, silenciosa y corrida, hubiera de respetar si con armas iguales las llamara a la pelea. Y con todo, temerario, loco es el empeño con que los araucanos se obs-

<sup>146</sup> García pone Hernán Pérez; es el caso que Ercilla trae ese nombre como uno de los que más lucieron en la sangrienta batalla de este día, y la escaramuza precedió de mucho a la función general.

tinan en romper las filas castellanas, ansiosos de confundirse en ellas para que se fie el juego al arma blanca, porque, si a este caso los trae la fortuna, sobrado saben ellos lo mucho que de su brío y esfuerzo deben esperar; pero contra sus atrevidas heroicidades, contra sus terribles e imponentes choques, que ni discontinúan, ni flaquean, por más que la muerte redobla sus tiros en las despechadas masas, la caballería enemiga sale, y dando por los flancos a los batallones más entrados en la riña, todo lo hunde, todo lo desbarata y atropella hasta inutilizar las atrevidas disposiciones del Toqui, que supo ser soldado en lo más recio de la lid, sin por ello descuidar lo que al deber de un muy cumplido jefe en casos tales atañe.

Y muriera este ilustre caudillo antes que declararse en retirada; pero descompuestas varias de sus columnas, aunque con otras menos castigadas quiso conternerlas, una vez en desorden ya, no hubo medio de gobernar las indisciplinadas huestes, y éstas se declararon en precipitada fuga en dirección de los bosques que a espaldas se dejaban ver. Caupolicán, con la ferocía de un irritado león, se revolvió entre los grupos más numerosos, amenazando a jefes y a soldados para que volvieran caras al odioso enemigo en cuyas manos dejaban las palmas de la victoria; mas vanos fueron sus gritos, vanos sus esfuerzos, porque dominaba las masas un pánico terror, una confusión incurable. No andaba lejos la noche, y fortuna hubiera sido que con este desdichado lance concurriera para recoger en sus sombras aquellos desmandados guerreros en quienes la caballería española descargó inclemente una bárbara saña, no queriendo perdonar, ni dejar con vida, a ninguno de los que en el alcance tropezara<sup>147</sup>.

Sangrienta en extremo fue la función de este día, marcada en algunas historias con el nombre de *batalla del Biobío*; pero ni aun el mismo Ercilla, que en ella se hallara, se acuerda de anotar qué pérdidas sufrió cada uno de los bandos, pues sólo atiende a relatar las admirables hazañas que cumplieron varios caciques araucanos, no menos que muchos de los capitanes españoles, cuyos nombres consigna. En el propio descuido han incurrido todos los demás historiadores, y sentimos no poco que en nuestros documentos no haya remedio para repararle, pues que sólo nos señalan la muerte de los dos españoles ya citados, un considerable número de heridos de gravedad, y no pequeña pérdida de caballos<sup>148</sup>.

---

<sup>147</sup> Hubo prisioneros, pero hechos unos durante la lucha, otros a tiempo en que los araucanos se declararon en retirada desordenada, que quedaron cortados entre la caballería que se echó en persecución de los fugitivos, y el cuerpo de infantería empeñado en la acción. Molina y otros asientan que el Gobernador hizo se cortaran las manos a todos los prisioneros, y que así mutilados fueron despachados a su país. No queremos acoger aserto en que medida tan atroz se señala, lo primero porque desdice del contesto de las recientes ordenanzas publicadas en La Serena; lo 2º porque hay en contra, lo que Ercilla pone en boca del Gobernador (véase la nota 143); con lo cual conviene García diciendo, “que devolvió a Caupolicán los prisioneros sueltos y libres para que viese que así sabía vencer como perdonar”. Tan inhumano y bárbaro castigo sólo hubo de ser contra el cacique *Galvarino*, del que cuentan los autores que anduvo descompuesto e insolente con la persona misma del Gobernador.

<sup>148</sup> Recuerdan también el bizarro porte que en esta batalla probaron los jefes de caballería, Juan Ramón, Pedro Olmo de Aguilera, Alonso Reinoso, Hernández, Pérez de Quesada, Cáceres y Pedro Cortés.

Verdad es que allegados ya los ánimos a una lucha de que no es posible retroceder sin que uno de los partidos quede completamente deshecho, y fuera de juego, con rapidez se han de suceder las jornadas, el rebato se ha de desarrollar de un modo maravilloso, y contra los hechos de hoy traerá el día de mañana otros que sepulten aquéllos en lo más profundo del olvido.

## CAPÍTULO XXXIII

Camina don García Hurtado en dirección de Laraquete. Obstáculos con que le trabajan los araucanos. Respeta los campos de los indios, pensando que éstos se lo habían de agradecer. Descansa el Gobernador en Laraquete, y los araucanos le matan un soldado. En vano pretende vengar esta muerte. Marcha para Millaraupe. No sabe qué creer del continuado silencio y reserva con que se guardan los movimientos del Toqui, cuando le tiene a su frente con catorce mil guerreros. Acomete Caupolicán al campo castellano y le pone a pique de perecer: cantan victoria los indios. Éntralos a la desesperada don Luis de Toledo, y logra desmandarlos obligándolos a precipitada fuga. Impío proceder del Gobernador. Los españoles marchan a Tucapel. Reedifican esta plaza: alzan otra en Lebu. Fundación de Cañete. Indios en busca de mariscos. Su jefe Colhuemán pone en terrible aprieto a Rodrigo de Quiroga, pero al fin es roto. Refriega de Cayucupil. Los indios matan cuatro españoles en Tucapel.

(1557)

**A**lgunos días gastó el Gobernador en su campo para recobrar fuerzas y reponer las armas, porque todo lo había dislocado el reñido empeño al que los araucanos le habían traído, que el vencimiento no salva de descalabros, antes con ellos se compra siempre.

En estado ya de continuar sus operaciones militares, ordenó el movimiento en dirección de Colcura y Laraquete; mas, no fue escasa su admiración, notando que contra sus primeros pasos comenzaron a oponerse destacamentos sueltos de indios que Caupolicán dejara en observación, y con cargo de inquietar al enemigo, en tanto que él reponía su ejército en el interior del país: proceder muy conforme con la índole batalladora, activa, arrojada e infatigable de aquellas hordas, y arreglado enteramente al plan de operaciones que en la mente del Toqui se revolvía.

Así, a medida que se arrimaban los españoles a la parte que más quiebra en el país, más y más numerosas eran las guerrillas indias, guarecidas todas ellas tras torrenteras y derrumbaderos unos naturales, otros artificialmente abiertos o cortados; de suerte que cada paso era un tropiezo, y a cada paso era menester desnudar la espada, aunque en balde, porque los araucanos parecían en posición de poder ofender casi siempre, y rara vez en la de dejar descubierta la ofensa.

Llegó por lo mismo a creer el Gobernador que Caupolicán, con el grueso de sus peones, se hallaría acampado en la famosa cuesta de Villagra<sup>149</sup>, donde, sobre encontrar una posición difícil de expugnar, podían los araucanos prometerse fortuna con el glorioso recuerdo de los laureles que allí ciñera un día su malogrado héroe Lautaro; pero allegado al sitio, y reconocido que fue con exquisita cautela, vino a sacudir todos sus recelos viéndole desembarazado.

En la marcha tuvo el Gobernador gran cuidado porque se respetaran religiosamente las sementeras y posesiones indias, pensando que este porte no dejaría de considerarle el enemigo con favorable juicio; pero si mejor conocido tuviera el carácter araucano, desde luego habría reparado que hombres que desdeñan su vida desde que amenazada reconocen su adorada independencia, en nada habían de estimar los bienes.

Como quiera, una vez puesto en el valle de Laraquete, tomó unos días de descanso con ánimo de recoger los bastimentos que debían arrimar a aquella ensenada los dos vasos que con este encargo despachado había para Valdivia, al abandonar el fuerte de Pinto. Inquieto le tenía la falta de noticias sobre el lugar y proyectos del Toqui, aunque la constancia de las partidas sueltas que los indios mantenían a vista, daba a entender que ni ellos estaban cansados de guerra, ni escarmentados, ni tampoco desprevenidos. Como durante este campamento se cumplieran por la caballería española diferentes y repetidas correrías para explorar el país, en una de ellas dio Arnaldo de Segarra con una celada de indios, con los cuales hubo que empeñarse; pero cuerdos los naturales desde que reconocieron la ventaja de los españoles, se echaron presurosos en una ciénaga que los caballos no podían penetrar, y Cegarra no osó entrarla a pie, antes creyendo que si a tal imprudencia fuera, ninguno de sus soldados quedara con vida, volvió al campamento dejando en manos de los araucanos el caballo de Juan Ralón, y éste muerto en la primer acometida.

Con sumo desagrado acogió el Gobernador este suceso que atribuyó desde luego a la impericia de Cegarra, y como apeteciera que cuanto antes se castigara cumplidamente la muerte de Ralón, mandó *incontinenti* que el adelantado Rodrigo de Quiroga corriese con su compañía al lugar de la escena, y vengase en los indios el daño que Cegarra dejó impune; mas, aunque diligente anduvo Quiroga, ya no dio con indio ninguno, sólo que cruzando de una a otra parte para ver si lograba descubrirlos, vino a tropezar en una de las piezas de artillería que Lautaro arrebató a Villagra en Mariguéñu, con cuyo despojo regresó al real.

De nuevo creció el enojo en el pecho del joven don García Hurtado, por parecerle que era afrenta de las armas castellanas el dejar sin reparo la muerte de uno de sus hombres, y sin pararse más en diversiones que tan poco fruto rendían, levantó su real caminando en dirección de Millaraupe, a cuyo punto llegó en dos seguidas jornadas. En este tiempo vagas, inciertas eran la noticias que circulaban respecto a los movimientos y disposiciones del Toqui; sabíase solamente que, pre-

---

<sup>149</sup> Y enviándoles siempre a rogar con la paz hasta la cuesta a donde desbarataron a Villagra que teníamos por cierto que estaba allí toda la junta (carta de don García Hurtado al Virrey su padre, existente en el archivo de Simancas).

sentado el cacique Galvarino en el senado araucano, enseñando en sus manos cortadas el irrecusable testimonio de la cruda ferocidad de los españoles, un grito de horror y de indignación resonó en la asamblea, penetró enseguida como un rayo por todos los puntos de la Araucanía, y fue causa para que hasta las mujeres juraran el sustento de una guerra sin fin contra sus aborrecidos opresores.

Empero no estaba tan lejos el general indio, ni tampoco pensaba en guardar al jefe español en la incertidumbre en que le traía la fidelidad constante con que aquel pueblo reserva los secretos que en provecho suyo se le encomiendan; antes como viera que en lo quebrado del terreno de Millaraupe se le ofrecía buena oportunidad para atacar, sin haber de temer un gran daño de la caballería enemiga, al alba del 30 de noviembre dio cara al campo real con catorce mil combatientes que veintidós cabos de acreditado nombre dirigían.

La acometida fue tan súbita, tan inesperada, que cuando los españoles quisieron repararla, ya los araucanos habían roto parte de la caballería avanzada, y también penetraran el centro, si con su acostumbrada gritería, y ruidoso destemple de sus bocinas, no llamaran la atención de los españoles, trayéndolos en ala a donde se anunciaba el peligro, que bien sabían era a su frente, como que ocupaban punto que la misma naturaleza defendía en los flancos y por la espalda.

Detenido por este medio el brusco embate de las masas de Caupolicán, tuvo el Gobernador tiempo para aparejar todas sus tropas, y señalar cuantas disposiciones podían conducir al seguro sostenimiento de la función a que se le provocaba, y como comenzara ya el día a descorrerse, dispuso que el capitán Ruiz de Gamboa se adelantase a dar carga a los indios con su escuadrón, mientras que la infantería llegaba a enredarse en la batalla.

En efecto, trabáronla los dos bandos con ensañada resolución, y llevaron muchas horas dando suelta a hechos de temerario arrojo; pero como cada vez creciera más y más el de los indios, causando muchos y muy sensibles descalabros en el real castellano, éste comenzó a perder brío y terreno hasta punto de que su adversario llegó, no sin fundamento, a cantar el triunfo, y acaso le perdiera por cantarle demasiado ligero, pues que en este instante de confusa irresolución, el Gobernador ordenó que don Luis de Toledo con el escuadrón de su mando se volviese contra el cuerpo más avanzado de Caupolicán, y se ejecutó esta maniobra con tanto tino, con rapidez tan señalada, que entró el desorden en las masas araucanas, y con el desorden una derrota lastimosa, y más fatal siempre para los indios, que el desmedido aliento con que ponían sus pechos a la boca del horrísono cañón.

Perdieron los araucanos en esta jornada, que duró hasta bocas de noche, cerca de cinco mil hombres, entre los cuales ochocientos prisioneros<sup>150</sup>, pero hecho una lástima dejaron el campo castellano, entre los ayes de centenares de heridos, y el dolor a que movía la muerte de un crecido número de valientes, cuyos nombres debiera haber recogido la historia.

---

<sup>150</sup> El terreno del lugar de la escena y la pesadez del día hubieron de tener gran parte en tantos estragos como quedaron cumplidos. Un sol abrasador, por entre un ligero y caldeado viento que removía de entre las plantas de los combatientes mil remolinos de polvo, con más, el esfuerzo excesivo de una larga, constante y despechada acción, fue causa para que muchos hombres murieran sofocados.

De todos modos, de reprobar es en esta ocasión el impío proceder de don García Hurtado de Mendoza, más que se atribuya a sugerencias de sus implacables allegados, que no vemos razón para quitar la vida a los doce úlmenes hallados entre los ochocientos prisioneros, y más irritante aparece el hecho cuando se mira que con calculada inquina, y asquerosa barbarie, son aquellos infelices condenados a ponerse a sí propios el infame cordel que la justicia humana destinó para el cuello del malvado, y a colgarse cada uno de lo más elevado de un árbol<sup>151</sup>. ¡Cómo si menester hubiera de un espectáculo en que holgarse y celebrar la destrucción de la especie!... ¡Cómo si porque los indios se cebaran furiosos en la sangre de sus enemigos, ya fuera justa la imitación de excesos tales entre hombres que decían llevar en una mano la civilización, en la otra la ley de un dios de clemencia!...

En los primeros días del mes de diciembre, se puso el Gobernador en marcha para Tucapel, porque no se detuvo en aquel teatro de sangre sino cuanto fue indispensable para recoger algún alivio y refresco con que los heridos pudieran aguantar las fatigas del camino. No halló en él estorbo ni contrarresto, porque eran de cuantía las pérdidas que los araucanos sufrieran en setenta y cinco días, empeñando tres encarnizadas batallas, y varias escaramuzas contra un ejército muy de otra naturaleza que los que hasta entonces habían concurrido a la guerra, tanto por el número de hombres, cuanto por los elementos de destrucción que le seguían, y por lo mismo, tiempo era menester para restaurarse.

Allegado don García Hurtado a la arruinada plaza, al instante puso en obra la reedificación, y también pasó a levantar otra en Lebu, que fue dedicada a santa Margarita, y había de servir como de barrera que estos estados comunicara con los de Arauco. Enseguida, receloso de que los indios volverían a reunirse y a proseguir en su sistema de infatigable hostilidad, destacó varias partidas contra los distritos de Purén, Catiray, y otras parcialidades de Nahuelbuta; y, aunque en ninguna de ellas dieran sus soldados con gente armada, el encono contra los indios de estos países revueltos se había hecho ya general, y por lo mismo, poco tolerantes se mostraron en sus excursiones. A vuelta de ellas, y como no aparecieran motivos de inquietud, concibió el Gobernador la idea de poblar el país con algunos establecimientos dispuestos de manera que unos a otros pudieran darse la mano en el día del peligro; y principió este plan en el distrito de Ilicura y márgenes del río Togol-Togol, con la ciudad dicha *Cañete de la Frontera*, nombre del mismo título que llevaba la casa de quien su fundación acababa de ordenar<sup>152</sup>.

<sup>151</sup> Obedecieron estos desgraciados jefes al incalificable mandato con ánimo resuelto y sereno, tanto que Ligureu, encarándose al caudillo español, le dijo: "Sea para mí el árbol más empinado que en este sitio aparezca, para que el sol y mis compatriotas, distinguiendo mejor mi cuerpo, adviertan que perecí gustoso y constante en defensa de las libertades patrias, que acabó para siempre mi espíritu, pero que ni por ello se me apagó el odio y aborrecimiento que al nombre español guardo en el corazón". No fue menos terrible la imprecación del manco e indefenso Galvarino, que cuenta también en el número de estos mártires.

<sup>152</sup> El paraje era ameno y deleitoso, y dista del mar siete leguas. La fresa o *frutilla*, así llamada en Chile, sobre venir en abundancia, era de la más regalada calidad, entre la que en aquel reino se coge. La ciudad encabezó desde su fundación cien vecinos.

Trazado el casco de la ciudad, señalados y distribuidos los solares, como también el lugar en que se había de alzar un fuerte de bien entendida defensa, entró el Gobernador en el nombramiento de un cabildo, con elección de don Alonso de Reinoso para gobernador de la plaza, y de don Miguel de Velasco para el mando de un escuadrón de caballos que en defensa de los trabajadores habían de quedar en aquel punto; pero apenas determinadas estas disposiciones cuando comenzaron a dejarse ver algunos destacamentos de indios armados con los cuales fue preciso jugar diferentes escaramuzas, y con tanta más prudencia y cautela, cuanto que por grandes diligencias que se hicieron, imposible el lograr si acaso el Toqui andaba o no con un nuevo ejército en aquellos contornos.

Ocurrió al mismo tiempo el que cerca de tres mil indios de ambos sexos se descolgaron sobre las playas de Lebu, para ver de suplir con la pesca de mariscos a la grandísima escasez de víveres en que llegaron a reconocerse; y conducía toda esta hambrienta gente el ulmen Colhuemán; iban sin armas, y fuele fácil, por lo mismo, al capitán Francisco Ulloa, que con su compañía bajó a reconocerlos, el declararlos sus prisioneros, y conducirlos a presencia del Gobernador. Éste, más cuerdo y menos irritado ya que en Millaraupe, resolvió usar de clemencia con aquellas gentes (no había en verdad por qué rehusársela) y ordenó se les restituyese a todos la libertad; pero el ingrato ulmen, que viera en su arresto y en el de su gente una injuria, y en la liberalidad del joven Gobernador un hecho que el temor sólo había podido aconsejar, apenas libre cuando ya no sintió sino violentos deseos de venganza, no parando hasta reunir cinco mil indios, con los cuales marchó resuelto a expugnar el fuerte de Lebu, y acabar con su presidio.

Todo parecía contribuir para dar cumplida satisfacción a ese enojado y nuevo guerrero. Andaba Rodrigo de Quiroga recorriendo la tierra con sólo treinta y dos soldados, y, como quien no trae descubierto enemigo ninguno, dispuso aposentarse confiado, justamente en punto cuyas avenidas ya tenía cerradas el ulmen con emboscadas numerosas que habían de asaltar al español en cuanto asomara la primera luz del día siguiente 27 de diciembre, como en efecto lo ejecutó, con asombrosa extrañeza del incauto Quiroga. Con todo, como nunca se asentara el miedo en el ánimo de aquel castellano, inmediatamente ordenó a su segundo Alonso de Escobar que con doce hombres empeñara la lucha, mientras él con los restantes trataría de romper por entre los grupos para desunirlos y desbaratarlos, como lo consiguió al cabo de dos horas de inaudito esfuerzo y rara valentía; pero echándose rabioso en alcance de los fugitivos, vino a dar de hocicos con dos numerosos cuerpos de indios, que al socorro de los vencidos corrían, y se envolvió de tal suerte en una nueva refriega, que desconcertados de repente todos los españoles, a pique de perecer estuvieron, y de seguro sufrieran esa desdichada suerte con otro jefe menos aguerrido que Quiroga, quien sacudiendo airoso su instantánea turbación, y apelando grave e imponente al ardor de sus soldados, comenzó a producir hazañas de imponderable osadía, y como los suyos concurrieran imitándole, acabó por destrozar al ulmen matándole cuatrocientos hombres, con otros cien que le saca prisioneros<sup>153</sup>.

<sup>153</sup> En el capítulo siguiente tendremos mejor causa para pintar esta posición.

Semejante lección bien debiera bastar para que los araucanos mirasen antes de venir a la pelea, con cuales medios habían de sustentarla; pero no se paraban ellos en tales consideraciones, antes parece que en los reiterados reveses encontraban razones de nuevo aliento; y por lo mismo vemos que poco después de esta función ya parecen más unidos y más numerosos en Cayucupil<sup>154</sup>, desafiando a su detestable enemigo.

El Gobernador, con noticia de esta ocurrencia, dispone que su maestro de campo Ramón, seguido de las compañías de don Felipe Hurtado de Mendoza, y de don Alonso Reinoso, marche y ataque aquel cuerpo indio, lo cual se ejecuta en una noche tan sumamente negra y enlutada que gran parte de los españoles descarrilaron, y sin el día no les fuera posible reunirse. Al romper del sol descubrió Ramón un pequeño destacamento de araucanos, del que no quiso hacer caso alguno, porque el atacarle hubiera podido ser señal de alarma para el cuerpo de Cayucupil, sobre el cual deseaba caer de interpresa. El éxito respondió en parte a sus esperanzas, porque cogidos de improviso los araucanos pronto fueron rotos, y muchos perdieron sus vidas, a no tener tan cerca un monte en que lograron asilarse; pero entretanto el destacamento de que Ramón no quiso hacer aprecio se corrió hacia la plaza de Tucapel, y si los españoles desbarataban al enemigo apostado en Cayucupil, los araucanos despedazaban en las inmediaciones de aquella plaza cuatro españoles que andaban recogiendo leña, y con cuyas cabezas, apartadas del tronco, huyeron a esconderse en los montes, para celebrar a sus anchas un triunfo de mucha más valía que el que ganó a la misma hora el pendón castellano.

---

<sup>154</sup> Es de sentir que sólo hayan venido a nosotros los nombres de Francisco de Riberos, Alonso de Escobar, Juan de Cuevas y Luis de Toledo, porque los individuos de esta partida tan débil en fuerzas, lugar se hicieron en la historia con hecho tan arriesgado y hazañoso.

## CAPÍTULO XXXIV

Despacha don G. Hurtado al capitán Gerónimo de Villegas con ciento cincuenta soldados para que repueble Concepción. Licencia a los vecinos que de Santiago vinieron a servirle voluntarios. Asiento de Villegas en su destino con título de corregidor. Cabildo de Concepción. Distribución de solares. Levantamiento de un fuerte. Desprendimiento del ilustre sacerdote Marmolejo. Miguel de Velasco pasa a Imperial por orden de don G. Hurtado en busca de municiones de boca y guerra. Caupolicán se propone recoger el convoy de Velasco. Ardid a que para ello apela. Le penetra don G. Hurtado y hace que el capitán Alonso de Reinoso marche en diligencia al encuentro y resguardo de Velasco. El Toqui coge a estos dos jefes en el estrecho de Cayucupil, los ataca y reduce al lastimoso estado. Cébanse los indios, en el saco del convoy, y la codicia les hace perder el completo triunfo que ganado traían. Llegan los españoles a Cañete. Caupolicán se acampa en Talcamávida.

(1558)

Como la aparente tranquilidad del país en los primeros días que los españoles se asentaron en los estados de Tucapel hiciese suponer que, si los araucanos no habían renunciado a la guerra, estaban por lo menos en la imposibilidad de continuarla por entonces, D. G. Hurtado de Mendoza además de ir con el plan de poblar aquel suelo, también resolvió se alzase de nuevo la ciudad de Concepción, cuyo encargo recayó en el entendido capitán Gerónimo de Villegas, habiendo puesto a sus órdenes cientocincuenta soldados, y cuantos efectos fueran de necesidad para asentar por tercera vez la desventurada colonia. Con esta gente despachó también el Gobernador todos los voluntarios que desde Santiago concurrieron a Pinto, ansiosos de tomar parte en esta campaña; aquél les manifestó cuán pagado y agradecido quedaba de ellos, y el interés con que elevaría sus nombres a la consideración soberana, para que a cada uno le cupiese el premio merecido a sus brillantes servicios.

Al recibir Villegas el título de corregidor y justicia mayor de Concepción, de mano misma del joven don G. Hurtado, le fue entregada nómina de todos los sujetos destinados a ejercer los diferentes oficios de república que en Concepción compondrían un regimiento civil y político, suficiente y capaz para que ninguno de los ramos administrativos quedara sin juego; de suerte que llegando con su gente a la arrasada

ciudad, nada tuvo que hacer sino dar cumplimiento y publicidad de ésa y otras disposiciones en nombre del Rey, y del superior que se las había ordenado.

Así se cumplía, en efecto, el 6 de enero de 1558, en cuya mañana, puesto Villegas al frente de toda su partida, en la plaza de Concepción, tras el asiento de cruz y rollo, como enseña principal de justa posesión y soberano dominio, leyó en alta voz los nombres de Francisco de Ulloa y Cristóbal de la Cueva para alcaldes; don Luis de Toledo, don Miguel de Velasco, Pedro de Aguayo para regidores perpetuos; Juan Gómez, Gaspar de Vergara y Juan Gallegos para regidores amovibles cada tres años; Pedro Pantoja para síndico; Juan Pérez para alguacil mayor; y en fin, fue nombrado alarife, con trescientos pesos de sueldo, Francisco Medina; en igual cantidad se dotó la escribanía del Ayuntamiento, que le cupo a Domingo Lozano; la portería, con doscientos pesos, a Cristóbal Nicón, y de la fábrica o mayordomía de la iglesia se encargó el regidor perpetuo don Luis de Toledo.

Despachada esta diligencia, y publicado también el auto de repoblación, entró Villegas en la medida y distribución de terrenos, que fueron repartidos con calidad de despropiamiento de todos cuantos al cabo de un año no parecieran cerrados; pues con esta medida se conseguía lo que era de apetecer, esto es, el alineamiento y uniformidad del casco sin vacíos ni descubiertas, que sobre deslucir la perspectiva, facilitarían paso al enemigo el día de una irrupción.

Comenzaron los españoles por el restablecimiento de un fuerte, para ampararse contra los acometimientos que los araucanos quisieran intentar, y como ésta fue obra de pocos días, emprendieron la de sus moradas con cuanto apego, con cuanta actividad encomendaban las circunstancias; siendo digno de notar el celo, la liberalidad y presura con que corrió el piadoso e ilustrado sacerdote de la capital, González Marmolejo, poniendo en manos de estos nuevos pobladores todo cuanto caudal poseyera, para que con él se socorriesen en los apuros. Menester había entonces de hombres de caridad y de desprendimiento, pues no respondían los recursos del país a tantas necesidades como surgían de la desoladora guerra que no permitía labrar los campos, y arrasaba cuantos encontrara con algún fruto.

Escasez, hambre entre los araucanos; hambre y escasez en los establecimientos españoles más internados entre aquellos arrogantes guerreros, sobre todo en los de Tucapel, Lebu y Cañete, cuyas guarniciones comenzaban a sentirse exhaustas hasta de municiones de guerra.

Como falta semejante no pudiera repararse en aquellos lugares, el joven don García Hurtado despachó a Miguel de Velasco, con la compañía de su mando, a Imperial<sup>155</sup>, encargado de recoger y conducir buena provisión de reses, de cecina,

---

<sup>155</sup> En esta colonia ponen los autores a don G. Hurtado de Mendoza, para el tiempo en que ocurrieron los sucesos de que a dar cuenta vamos, como que le sacan de Cañete en cuanto determina el trazo de la ciudad, y ni aun le dejan mandar la repoblación de Concepción guardándola para muchos meses después. El Gobernador vino desde Cañete a Imperial más tarde de lo que se pretende, que así lo vemos en manuscritos de cuyo relato no podemos dudar, ni dudarán tampoco nuestros lectores viendo el orden y natural desenlace de las operaciones militares. Mas por si la crítica se empeñara en buscar salida contra nuestro juicio, adelantemos un hecho. ¿Declaró Villegas el auto de repoblación el 6 de enero? Es cosa auténtica, pues en 24 del mismo mes escribe el Gobernador a su padre desde Cañete y

y de otros artículos, debiendo tomar de paso las municiones de guerra que para defensa de los establecimientos de Tucapel se necesitaban.

Llegó esta empresa a oídos de Caupolicán, y como siempre se mantuviera en acecho de ocasiones en que poder recurrir demandando favor a una fortuna para él desleal y traidora, concibió esta vez la resolución de deshacer a Velasco, recurriendo a un ruin proceder, aunque verdad es que contra la superioridad de las armas castellanas nada había en manos de los araucanos sino sus desnudos pechos, y el derecho indisputable de usar del ardid para ver de contrarrestar la opresión, y sacar sin mancha la libertad y la independencia de su suelo contra toda justicia invadido y usurpado. Diligente, pues, el Toqui toda vez que de sacudir un golpe de mano se trataba, despachó un crecido número de espías entre los cuales se había de correr el aviso de cuantos movimientos cumpliera el comisionado Velasco, del día en que de Imperial saliese con su convoy con dirección a Cañete, y de la gente que en su compañía sacara. Instruido cual convenía en todos estos pormenores, diputó para Cañete a los capitanes Talcachima y Amuché, para que de su parte dijeran al Gobernador que reunidos los estados de Arauco, Tucapel, Purén, Catiray y otros, en una asamblea general, para resolver medios de término a un estado de cosas tan violento, tan desastroso para el país, había sido voto unánime el deponer las armas, jurar obediencia al rey de España, y ponerse bajo la protección de sus banderas; siempre que sin encono, sin recriminaciones ni mala voluntad, se les otorgara tan especial gracia; pero tras estos enviados salió el Toqui con seis mil indios en dirección de la sierra de Purén, por donde Velasco había de pasar con su convoy; porque de ninguna manera se pensaba en tratos de paz, sino en divertir a don G. Hurtado, a fin de que menos pensara en asegurar la vuelta de sus soldados.

Llegaron aquellos dos mensajeros a Cañete, recibiendo los el Gobernador con su acostumbrada afabilidad y cortesanía, y como los hubo oído, en breves palabras les hizo comprender lo muy dispuesto que siempre le habían de hallar a usar de clemencia, y recibir con amistad sincera a los que sumisos y obedientes se le ofreciesen, con lo cual los despidió, rogando político diesen cuenta al Toqui del cumplido éxito de su embajada.

Probó en esta ocasión don García Hurtado de Mendoza sagacidad en el decir, y admirable tino en el obrar, porque cierto, por antecedentes, de que en los araucanos no había fe, y que cuando con paz convidaban, entonces saltaban a la guerra, como lo hicieron en el fuerte de Pinto; apenas volvieran la espalda Talcachima y Amuché, y ya se le comunicaba al capitán Alonso de Reinoso la orden de coger sin demora cien caballos, y ponerse en acelerada marcha al encuentro de Velasco, para escoltarle y defenderle del enemigo, si acaso le saliera al camino. En la acelerada jornada de Reinoso, no hubo contratiempo, ni siquiera apareció cosa que a pensar en él indujera, antes llegó al cabo de la imponente garganta de Cayucupil en la cual entraba ya Velasco con su convoy, y sin haber visto tampoco enemigo al-

---

le dice: “envié a Gerónimo de Villegas con cientocincuenta hombres a poblar Concepción. Yo me he quedado aquí a poblar esta ciudad”. Y en otra parte: “estaré aquí comiendo por ración como hace un año que lo hago, etc.” (el original en el archivo de Simancas).

guno, aunque encima le tenían. El astuto Caupolicán de intento dejó que el convoy pasara Purén y entrase en el estrecho desfiladero de Cayucupil, como de intento consintió que Reinoso se encerrara también con su tropa en un sitio que aprietan dos largas y empinadas crestas, desde cuya cúspide la ofensa puede ser terrible, pero no consciente respuesta.

No se detuvieron los españoles sino lo que hubo menester la gente de Reinoso para revolver el angosto carril, o mejor sendero de aquella formidable vallejada, en la cual se fueron internando sin el menor recelo; pero llegados a la mitad de ella, cargaron los indios con tan estrepitosos bramidos, con tal lluvia de galgas, de troncos de árboles, de flechas, de hondas y de otros proyectiles, lanzados de ambas crestas a la vez, que los españoles quedaron desde la primera descarga muy mal parados<sup>156</sup>, y lo que peor es, sin recurso ninguno de que echar mano para precaverse contra el riesgo en que tenían sus vidas.

No podían volver pie atrás, obstruido como ya estaba el sendero con maderos y peñascos rodados; al frente caminaban ganados<sup>157</sup> y acémilas, formando también otro estorbo no menos difícil de salvar que el de la espalda; de suerte que fue preciso, si sentir un furioso anhelo de cumplida venganza, resignarse a morir de una pedrada o bajo el golpe de un enorme leño, sin esperanzas de saciar aquel deseo.

Fue fortuna para ellos el que un gran número de araucanos, notando el desconcierto y abatimiento en que parecían sus enemigos, y codiciando un botín que más tarde les ofreciera sin daño una completa y segura victoria, corrieron incautos a disputarse el saco del convoy, y por consiguiente, más que no descontinuara la tormenta y arrojó de proyectiles, se distinguieron claros de que el advertido e impávido Reinoso supo hacer precio para sacar las armas castellanas de tan singular conflicto, ordenando al instante que el capitán Nuño Hernández con once de los más valientes<sup>158</sup>, trepase caracoleando hasta domar una corona de monte que se

---

<sup>156</sup> Unos al suelo van descalabrados,  
Sin poder en las sillas sostenerse;  
Otros, cual rana o sapo, aporreados,  
No pueden, aunque quieren, removerse;  
Otros a gatas, otros derrengados,  
Arrastrando procuran recogerse  
A algún reparo, o hueco de la senda,  
Que de aquel torbellino los defienda.

(Ercilla, canto XXVIII de la *Araucana*).

<sup>157</sup> En la carta que en la nota antecedente citamos dice don G. Hurtado: "Ahora me llega noticia de que dieron seis mil Indios en otra de mil quinientas cabezas de puercos que había enviado a que me trajesen de Imperial. Porque hace cuarenta días que no se come carne en esta ciudad de Cañete".

<sup>158</sup> Del número fue el mismo autor de la *Araucana*, don Alonso de Ercilla, y aparte se llama en esta acertada resolución, diciendo:

Que ganada la cumbre de la sierra  
La victoria era nuestra conocida,  
Porque toda la gente de la tierra  
Andaba ya en el saco embebecida

(Canto XXVIII).

ostentaba desguarnecida, cuya determinación, desempeñada con dicha, cambió totalmente el juego.

En cuanto esta docena de españoles se llegó a mirar en posición de medirse con los indios, envióles una tan acertada rociada de balas que llenó de pavor a las masas, no tanto por el destrozo que causarles pudiera, cuanto que cogidas de improviso llegaron a presumir que les ofendían tropas de refresco, llegadas en auxilio de las que encerradas y vencidas suponían, y este fatal error les inclinó a una precipitada fuga, sin que de nada sirvieran los esfuerzos con que Caupolicán<sup>159</sup> quiso traerlos a la pelea.

Cuando Reinoso notó que las crestas de aquellos montes quedaron sin gente ofensiva, reunió sus soldados y saltó al centro del convoy sobre los crecidos grupos de araucanos que en saquearle se entretenían, después de haber dado muerte a varios indios de carga venidos de Imperial, y a algunos españoles que escoltándole iban; pero, si bien pudo recobrar gran parte de ganados y de efectos, y también vengar en los más descuidados las sensibles pérdidas que traía experimentadas, la escabrosidad del terreno permitió al mayor número salvar sus vidas, encrespándose de corrida en los bosques, con buen carguío de víveres, y otros despojos con que poder llamarse vencedores, a mayor título que vencidos.

Así es que de esta función, ocurrida el 20 de enero de 1558, ninguno de los dos bandos debió salir muy satisfecho; sin embargo, celebráronla mucho los indios, y no la cantaron con menos estrépito, algazara y pompa los españoles, aunque en realidad debíase a su milagrosa salvación un desahogo, y al acierto del joven Gobernador en el envío de Reinoso, un tributo de general alabanza y público deporte: todo ello comenzó, en efecto, con la llegada de los osados e infatigables conquistadores a la ciudad de Cañete, en el lastimoso estado que de sorpresa semejante es de suponer<sup>160</sup>, y con pérdida de diez a doce castellanos, cuyos nombres nos faltan<sup>161</sup>.

---

<sup>159</sup> Los autores no dicen cuál fuera el jefe de esta expedición, y respecto a Caupolicán cuentan que cuando en Talcamávida supo que por su culpa y desmedida codicia, perdieran los cuatro mil indios un lance en que debieron perecer todos los españoles, la indignación le llevó hasta el extremo de un ejemplar castigo en algunos de los capitanes que a aquella función asistieran. De nuestros documentos resulta que el Toqui en persona se halló en esta batalla, y creíble nos parece ya que de antemano tenía el triunfo de ella en un ardid, y que tanto ha menester de un triunfo para reponer su deslucida reputación en el país; pero castigó a varios de sus súbditos, porque le desobedecieron y huyeron del lugar de la escena.

<sup>160</sup> Al rumor de atambores caminando,  
Con buena guardia y diestros corredores,  
Llegamos al real todos heridos,  
Donde fuimos con salva recibidos.

(Ercilla, canto XXVIII de la *Araucana*).

<sup>161</sup> De esta reñida función guardaba testimonio fehaciente la familia de los Figueroa vecinos de Concepción y descendientes de Nuño Hernández, en cuyo nombre se pasó a prueba de tribunales en 1568, conviniéndole justificar haberse hallado en la referida refriega.



## CAPÍTULO XXXV

Pasa don G. Hurtado a Imperial. Da en esta ciudad órdenes para que se solemnice la proclamación de Felipe II por rey de España. Hace que Martín Ruiz de Gamboa con ochenta lanzas vaya a reforzar la guarnición de Cañete. Ataca el toqui Caupolicán esta nueva colonia, y sale derrotado. Fiesta de la proclamación en Imperial. Ercilla y Pineda condenados a la decapitación. Reforma de esta sentencia en destierro. Los capitanes Juan Ladrillero y Cortés Ojea salen de Concepción con dos bajeles por orden de don G. Hurtado en busca del estrecho de Magallanes. Resultado desastroso de la expedición. El Gobernador marcha por tierra hasta dar vista a Chiloé o archipiélago así llamado. Julián Gutiérrez reconoce una de las islas. Don García Hurtado retrocede y puebla en Curacaví la ciudad Santa Marina de Gaete, dándole el nombre de Osorno. Caupolicán ataca a Reinoso en Digahue y le destroza enteramente. Sitia a Concepción y no puede con Villegas. Vuelve Reinoso contra el Toqui y es deshecho segunda vez. Marcha Caupolicán contra Imperial y corre a los españoles de don García Hurtado hasta encerrarlos en la ciudad. Asaltos valerosos que acomete, y su retirada a Tucapel.

(1558)

Pocos días se detuvo el Gobernador en Cañete, porque viéndola ya medianamente abastecida con lo que de la batalla de Cayucupil se logró salvar, y deseando cortar algunos abusos y demasías que en las colonias del sur comenzaban a cometerse, remitió el corregimiento de los establecimientos de Tucapel al capitán Reinoso; y se encaminó para Imperial, donde fue recibido con lucido aparato y general satisfacción, oyéndose aclamar libertador del país, y restaurador de las armas castellanas.

Llevaba ya consigo el Gobernador una real cédula en que se le encomendaba la proclamación oficial de don Felipe de Austria por rey de España, a virtud de renuncia que de la Corona en él hiciera su padre Carlos, cuya provisión mandó el virrey de Perú al paso de los bajeles *San Luis* y *San Sebastián* que con víveres, algunos útiles y vestuarios, se le mandaron desde Callao a don G. Hurtado, para que con mayor desahogo y comodidad pudiera continuar la campaña.

Como la ceremonia de la proclamación fuera una novedad para aquel país, el Gobernador quiso hacerla motivo de festejos y recreaciones públicas, y despachó por consiguiente las oportunas órdenes, asentando que el 7 de abril era el día en

que las ciudades habían de cumplimentar el proveído, aclamando por su Rey y soberano dueño al señor don Felipe.

Entretanto que los españoles se daban a preparativos con que subir de punto su contento, otros muy diferentes revolvía en su imaginación el Toqui, a la sazón apostado en Talcamávida. Sabiendo este caudillo que el jefe español había pasado a Imperial, no dejando en los estados de Tucapel sino las fuerzas justamente necesarias para presidir los fuertes, y la escasa guarnición entre que contaban los moradores de la nueva Cañete, despachó aceleradas órdenes por todo el ámbito del país con apellidamiento a las armas para dar por tierra con los establecimientos referidos, comenzando por la ciudad. Era incurable erroría la que gobernaba ya todas las facultades del atrevido toqui, tratándose de desbaratar a su enemigo, y como ahora le ve desmembrado, un crimen le pareciera el mantenerse inactivo.

Con todo, la reunión de estos guerreros diseminados en Arauco, en Tucapel, en Purén, en Catiray, y en otros puntos, no fue tan sigilosa, ni tan acelerada como al caso convenía; antes llegó con tiempo a oídos del joven Gobernador, y perspicaz, tanto como activo, comprendió que los araucanos iban a cargar en su ausencia contra Tucapel, por lo que sin pérdida de momento hizo que Martín Ruiz de Gamboa con ochenta lanzas corriera al socorro de Cañete.

Llegó este cabo a la ciudad, cuando ya andaba el Toqui reconociendo la parte que por más flaca y ventajosa le pudiera ofrecer un favorable resultado; y la vista del refuerzo español no dejó de sobrecogerle e irritarle, porque a prever su venida, él hubiera cuidado de atajarla; pero al cabo fiando en su brío, en el de tantos y tan distinguidos capitanes como le acompañaban a la cabeza de diez mil soldados, todos ellos muy curtidos en la guerra, mantuvo su proyecto de atacar resueltamente a Cañete, disponiendo sus líneas de suerte que mientras ciertos cuerpos habían de despachar sus tiros contra la gente que coronase los muros del fuerte impidiendo los apaches, otros concurrirían con leñas y fajinas a allanar el foso, otros debían poner fuego a los maderos que formaban el rebellín, otros, en fin, tentarían el asalto, si acaso no encontraran medio para el completo desmonte de la fortaleza; porque a esto y a mucho más adelantaba la presunción de aquellos inocentes adalides, quienes sin más armas que sus macanas y toscas picas, cosa fácil creyeran el escalamiento de la más recta y empinada roca.

Prevenido estaba Alonso Reinoso para repeler el ataque, y acertadas eran las disposiciones que había dado para que, tras el cierto y seguro rechazo en que a su enemigo había de poner, la caballería diese las sañosas y brutales cargas que de costumbre había hecho, no perdonando vida, ni respetando leyes que la clemencia y la generosidad tienen dictadas en las naciones cultas, en favor del vencido.

Así es que, echado Caupolicán al combate con aquel desnudo de que nunca supo desmentirse, la metralla por una parte, y el plomo de la arcabucería por otra, comenzaron a barrer compañías enteras de indios, y tanto más certeros eran los tiros de los españoles, cuanto que sus adversarios, lejos de huir el cuerpo a vista de tan terrible y destrozadora ofensa, corrían en tropel y masa ofreciendo sus pechos a las bocas de fuego, sin reparar que marchaban ya sobre cadáveres de hermanos, sin más idea en su mente que la de romper, si era posible, a un odioso opresor,

o recibir de sus manos la gloriosa muerte que deber presumían al sustento de su idolatrada libertad.

Cinco horas sostuvieron los araucanos con tenaz empeño esta temeraria y desigual lucha, y sin poder ofender, sin reparar siquiera que su osadía era ruinosa y sus esfuerzos vanos; pero cansados de batallar, envueltos entre centenares de cuerpos, y anegados, por decirlo así, en sangre humana, se pronunciaron en desconcertada fuga, y los caballos de Gamboa, que apostados esperaban, dieron entonces un nuevo rasgo de impía barbarie con arrancar vidas de hombres inermes ya, y desolados; y más allá fuera su furia, si la noche, empañada de repente cuando su cuenta comenzara el crepúsculo, no corriera dando a entender el duelo que la causara un espectáculo de tanto crúor<sup>162</sup>.

Con la nueva de este triunfo supuso el Gobernador que los indios no habían de levantar cabeza en mucho tiempo, y entró, por consiguiente, en la idea de adelantar conquistas con nuevos descubrimientos, para pagar los servicios de un crecido número de militares dignos de recompensa; porque enmendada ya la administración civil y política con medidas de equitativa justicia, y no viendo al frente enemi-

---

<sup>162</sup> No es esta batalla la que nos cuentan los autores conocidos, dando por consecuencia de ella el trágico fin del inmortal toqui: todavía hay para este jefe varios hechos gloriosos, y hechos de irrevocable exactitud. Como quiera, vamos a decir apartándonos del aserto de los que en la historia de Chile nos precedieron, y para que la crítica no adelante juicios, preciso se hace el usar de las razones que nos han inclinado a huir esta vez hasta del mismo Ercilla, testigo de las operaciones de aquella época. Algo prolijos pareceremos, pero la materia lo exige.

1º Ercilla, y los que a Ercilla han seguido, pasan en silencio la función de que acabamos de dar cuenta, según de nuestros manuscritos resulta, y, sin embargo, no puede dejar duda, puesto que está confirmada en expediente al intento y a demanda de Nuño Hernández, instruido por ante el doctor Peralta, oidor de la real audiencia de Chile en 1568, es decir, diez años después de haber ocurrido; probando el Hernández haberse hallado en ella con Francisco de Celada, Alonso de Miranda, Juan de Cabrera, Francisco de Gutiérrez y Pascual Ordañeta, testigos declarantes. Y acaso quedara por dicha en Ercilla cuando puso:

Y pasando en silencio *otra batalla*,  
Sangrienta de ambas partes y reñida,  
Que aunque por no ser largo aquí se calla,  
Será de otro escritor esclarecida.

Pues con los acontecimientos de aquel año a vueltas anda este autor.

2º Sacan de la escena aquellos historiadores a Caupolicán mientras que el Gobernador anda corriendo en descubrimientos hacia las tierras magallánicas. Esto es ir muy de prisa con los acontecimientos, aunque lejos los tenemos todavía, porque Caupolicán se ha de ver con don G. Hurtado de Mendoza, tras su vuelta del archipiélago, y mientras ésta se cumpla se medirá con otros jefes castellanos. ¿Cabe que el Gobernador, escribiendo al Virrey su padre desde *Cañete* en 24 de enero de 1558, y que le dice: “Yo estaré aquí hasta ver que se asosieguen más, y que empiecen a dar señales de paz”, aparezca el 31 del mismo mes delante de Chiloé, como lo asientan Molina y otros refiriéndose a Ercilla, aunque éste dice *hebrero* (febrero)? Destruyendo esa fecha corriéndola algunos meses, con perfecta claridad se entregaran los hechos, y esto es lo que pensamos poder lograr.

Lo que aprendemos como verdadero, es lo que nos obliga a separarnos del sentir de otros autores, y no el deseo de censurarlos, pero evidentemente parecen invertidos todos los hechos que narra el canto XXXVI de la *Araucana*; aceptáronlos otros escritores, y la historia de un año, fecundo en maravillas y proezas, vino a parecer, además de deslucida y mutilada, confusa y llena de contradicciones. No las anotaremos, porque quien nuestro estudiado silencio comprenda y aprecie, comparando nuestro decir con lo que anda escrito, sobrado ha de tener para fundar juicio y pronunciar.

gos para entretener las armas, natural era pensar engrandecerse con la adquisición de tierras, sino conocidas, contadas de antemano dentro de una línea imaginaria; sólo que como se estuviera en vísperas del día señalado para la ceremonia de la proclamación, a los preparativos que para celebrarla se habían determinado, retrajo don G. Hurtado todas sus miras.

Así es que el 7 de abril abundantes parecieron los juegos y festejos públicos en Imperial<sup>163</sup>, más que vinieran a parar en alborotos que a pique anduvieron de rendir graves y dolorosos males entre los hijos de un mismo país, y compañeros que, lidiando en defensa de una misma causa, sólo a su mutua y recíproca conservación debieran atender.

Sobre mastil hincado en la plaza se había fijado un estafermo, contra el cual se reunieron gran número de jugadores, todos o los más de ellos hijos de las más ilustres casas de España, con los cuales también alternaron el célebre autor de la *Araucana* don Alonso de Ercilla, y el famoso en armas don Juan de Pineda. Sobre si a Ercilla le habían rozado en la espalda los bolillos del estafermo, por no haberle herido con la necesaria destreza; o sobre si Pineda anduvo menos diestro que Ercilla; cruzaron estos dos caballeros sus palabras, tras éstas vino la amenaza, y enseguida, desnudando sus espadas, un serio cuanto atropellado reto<sup>164</sup>. No se pararon en barras los espectadores, lo mismo la nobleza que la plebe: lejos de poner en paz a dos hombres que por causa tan nimia pasaban a disputarse sus vidas, echaron mano de las armas, y unos a otros se empezaron a sacudir sin compasión, sin siquiera decir por qué, hasta que corriendo el Gobernador al lugar de la escena, pudo apaciguar la tempestad, mandando arrestados a Ercilla y a Pineda, que un consejo de guerra condenó a la pena capital en aquel mismo día, por graduar de hecho premeditado para dar salida a un motín, lo que en realidad no era sino casual y hasta de origen pueril; ya que con otra cara vinieron presentándole escozores y resentimientos mezquinos que de tiempo atrás se descolgaban.

Como no resultaran graves males del alboroto, como los dos sentenciados tenían sobrado número de amigos de valía, como el pueblo todo a voz en grito pidiera su perdón; tuvo el Gobernador que relajar la sentencia, contentándose con la pena de destierro, que no fue pequeña injusticia, más que con la ordenanza militar se quiera venir a los casos en que el hombre se halla fuera de facción; o si acto de clemencia hubo, no aplicar el castigo motivando la conmuta con la cláusula de justificada impremeditación<sup>165</sup>.

<sup>163</sup> Con igual fecha y no menor aparato celebró esta fecha la ciudad de Santiago, presidiéndola el oidor Hernando de Santillana, lugarteniente de don García Hurtado de Mendoza.

<sup>164</sup> El padre Torres en su *Crónica agustiniana* pretende que este acalorado incidente se consumó dentro de la iglesia de Imperial, y durante la celebración de la misa de gracias. En tal caso grave fue el desacato, pero duro es creer que los españoles de aquella época osasen a convertir la casa de Dios en un campo de batalla, ellos tan mirados y reverentes en las ceremonias religiosas, ellos cuyas creencias a fuerza de sagradas y veneradas rayaban en un señalado fanatismo. En el carácter de don G. Hurtado, antes se desnudara del mando, que perdonar profanación de tanto importe. Estamos, pues, por lo que nos dicen nuestros documentos.

<sup>165</sup> Suárez Figueroa y otros pretenden que Ercilla, resentido contra don G. Hurtado, calló sus más señalados hechos, y desfiguró también los que del tiempo de aquel caudillo relata; se extraña que tras

Como quiera, así puestos fuera del ruido de las armas esos dos ilustres conquistadores, el uno se dio a cantar las proezas ejercitadas en el suelo araucano, mientras que el otro, en el convento de San Agustín de Lima, celebraba las del Creador con vida de virtud ejemplar, y de santa conformidad.

Tras tan inesperada cuanto extraña peripecia el Gobernador vino a su proyectado plan de descubrimientos, que tanto valían y tanto nombre daban en aquella época de singular índole, y para que mejor resultado rindiera, ordenó al corregidor de Concepción, Gerónimo de Villegas, que pusiera a disposición de los capitanes Juan Ladrillero y Cortés Ojea, los bajeles *San Luis* y *San Sebastián*, con la gente y enseres necesarios para caminar en demanda del estrecho de Magallanes; encargándoles hicieran un minucioso y bien entendido reconocimiento de cuantos puertos, bahías y caletas se dieran a ver; en tanto que él, por tierra, había de visitar todo lo que pudiera conducir al deseado complemento de tan importante empresa.

Como los buques se mantenían de antemano aparejados, no hubo sino poner a bordo de cada uno de ellos treinta hombres, y los víveres que se consideraron necesarios, con lo cual Ladrillero y Ojea dieron la vela, siendo jefe de esta expedición el primer nombrado. Llegando a Valdivia (últimos de agosto) tomó Ladrillero a su bordo el famoso nauta Sebastián Hernández, vecino de aquel puerto, muy conocedor de aquellos mares desde que con el capitán Francisco de Ulloa los registrara por disposición del malhadado gobernador don Pedro de Valdivia, y las naves dieron rumbo en busca del estrecho; pero pronto fue caso de andar a tientas, porque, no hecho a consejos ni a reconvenciones el extremado orgullo del jefe de esta expedición, en cuanto se comenzó a navegar aparte de costa conocida, o se pasaban los días en aguas perdidas, o corrían frente a ensenadas y embocaduras que desorientaban a la gente, y lejos de avanzar en la descubierta se solía retroceder cada vez más.

Llegaron por fin a escasear los víveres, y también a amenazar peligros de naufragio, con lo cual comenzó el marinaje a pintar señales de un muy sentido descontento. Hernández, por su parte, exponiendo sin rebozo los daños a que la terquedad de Ladrillero arrastraba a toda la gente, instaba porque se diese vuelta a Chile, puesto que ni había ya víveres, ni aparecía punto en donde recobrarlos; pero todo en vano, porque aquél resolvió temerario el descubrimiento del estre-

---

tal sentir todavía hayan seguido al poeta. Nosotros creemos que no ha habido sino un trastrueque en las operaciones militares cumplidas desde 1558 hasta 1560; pero librárase Ercilla de semejante impugnación si, juzgando su propia causa, no incurriera en escribir ligero:

No digo como al fin por accidente

*Del mozo capitán acelerado,*

Fui sacado a la plaza injustamente

A ser públicamente degollado,

Ni la larga prisión impertinente

Do estuve tan sin culpa molestado,

Ni mil otras miserias de esta suerte

De comportar más graves que la muerte.

(canto XXXVII de la *Araucana*).

cho, o perecer; y como en este camino se estaba más bien que en el otro, el marino de Valdivia, que con su propia vida quería se conservara también la de toda la tripulación, comenzó con sigilo a traer ésta a sus miras para que se pronunciara resuelta contra el empeño de su iluso comandante. ¡Desgraciado!, sabedor de estos manejos Ladrillero, se apoderó de su persona antes de tener ganada la necesaria fuerza para resistirle, y le colgó de un penol, probando que poseía lo cruel con lo ingrato. Satisfecho así su enojo, continuó libre su derrota, siempre en busca del estrecho magallánico, pero siempre alejándose más del lugar que a ciegas buscaba.

Estábase ya en los primeros días del mes de octubre, y a favor de este tiempo emprendió don G. Hurtado su marcha hacia el estrecho, con ánimo de llenar las miras de la empresa por tierra, y venir de paso en ayuda de la que los bajeles continuaban por mar, si de ayuda hubieran menester; pero parecía que un mal genio se atravesaba para desconcertar el proyecto, porque si la gente de mar andaba perdida y sin guía ni juicio<sup>166</sup>, la de tierra la guiaba la traición, para precipitarla y hundirla en un abismo, desde que adelantada la columna castellana más allá de Valdivia, y recogiendo de la costa, tuvo menester de aceptar guías del desconocido país.

Estos guías salieron de la primera tribu serrana, limítrofe con la de los cuncos, y cuyo jefe o cacique era el indio Orompelli<sup>167</sup> que con dañada intención mandó a sus súbditos dirigiesen a los españoles por derrumbaderos y malezas, huyendo de ellos en cuanto los pusieran en lo más áspero de las sierras, donde el hambre, la escabrosidad de las veredas, el cansancio y las intemperies, dieran fin de ellos. En falta anduvo esta vez la fecunda penetración de don G. Hurtado, pues con buena fe y sobrada confianza, siguió con los suyos cinco días, atropellando obstáculos, resistiendo incomodidades y venciendo imposibles de tal naturaleza cual en ninguna de las anteriores empresas se experimentarían; pero no viendo el fin de tantas penalidades, ni medio tampoco para salir del enredoso laberinto en que a fuerza de doblar puertos, y revolver estrechas gargantas, llegó a mirarse, barruntó el engaño, se apoderó de los guías amenazándoles con muerte cruel si no le sacaran a tierra de su señor, y como el temor surtiera el efecto apetecido, Orompelli, que no esperaba semejante retorno, pagó con su cabeza el desleal proceder. La propia suerte recayera en los indios que hicieron de guía, a no comprar las vidas con la promesa de que seguirían fieles hasta llegar al punto en cuya demanda se iba, y así lo cumplieron, poniendo al Gobernador a vista de Chiloé.

Aquí tomó don G. Hurtado una piragua de los isleños del país, e hizo que el capitán Julián Gutiérrez, con varios arcabuceros, entrara al reconocimiento de una de las más inmediatas islas del archipiélago, y de la cual volvió al cabo de tres días

<sup>166</sup> Ni supo de ella por entonces el Gobernador, ni apareció en las costas de Chile hasta en mayo de 1559 en que una soberbia borrasca trajo las naves dispersas con poca interrupción de días, la capitana al puerto de Valparaíso con Ladrillero, un marinero y un negro, y el bajel de Ojea aportó a Valdivia, con su jefe y tres españoles más, que murieron, así como el marinero de la capitana, poco tiempo después de haber saltado en tierra. Se perdieron, pues, sesenta hombres, y no se descubrió el estrecho, ni rindió fruto alguno la tal expedición.

<sup>167</sup> Tunconobal le llaman los historiadores, y le hacen desterrado de los estados de Arauco, copian-do a Ercilla. Fue Orompelli, y no aquél de quien se habla en la batalla de Millarapue.

con informes no desventajosos ni para los que la habitaban, ni tampoco por lo que hace a sus producciones y calidad del suelo; pero como el principio dominante de todas aquellas atrevidas empresas era el oro, allí donde el precioso metal no asomaba descubiertamente, el empeño de asentarse no era grande ni sostenido.

Por lo mismo, ni quiso el Gobernador adelantar sus descubrimientos, ni tampoco fundar donde entonces se hallara, diciendo que nada era de esperar de un país tan quebrado y montañoso, no dejando ver sino cenagales en sus pequeñas y desairadas faldas. Cierta es que sus sierras pretenden algunas de ellas medir su soberbia cumbre con las de los Andes, y que no carece de cierto rigor el temple de aquel país, pero posiciones hay que recompensado hubieran el sudor; y si se quiso extender el juicio hasta las islas, en la lozanía de sus leñas y malezas, andaba manifiesta su fertilidad.

Como quiera, volvió paso atrás el Gobernador inclinándose en línea de los majestuosos Andes, en cuyas inmediaciones ya comenzó a pasear ricas praderías, corridas y fértiles vegas de vistosa y alegre perspectiva que le condujeron hasta Curacaví, punto en que el difunto Valdivia asentado había (1552) la ciudad llamada Santa Marina de Gaete, en honra de su ilustre esposa, y que pobló don G. Hurtado, con el nombre de Osorno<sup>168</sup>; recordando así el título del condado que su abuelo poseía en Castilla, como si la grandeza heredada fuera de más valer que la personalmente adquirida por el primer gobernador de Chile, y como si los relevantes y laboriosos hechos de este célebre conquistador no fueran dignos de cuenta, y de un generoso respeto.

En tanto que el Gobernador cuidara del asiento de esta nueva colonia, de la que salió corregidor el licenciado Alonso Ortiz, Caupolicán, que reparado había sus reveses, y comprendido ventajas para sus armas con la ausencia de las castellanas, que siguieron la empresa de Chiloé, concurrió con más de ocho mil guerreros contra Concepción<sup>169</sup>. Sabedor Alonso Reinoso de semejante movimiento entró por retaguardia de su enemigo con unos ciento cincuenta hombres hasta las llanuras de Digahue, inmediatas a Talcahuano; donde trabada la refriega llegó a hacerse tan porfiada y sañuda que cuando el jefe castellano quiso desenredarse de ella, apenas si viera vivos la tercera parte de sus soldados: por lo cual se retiró ardiendo en ira, y discurriendo medios de venganza.

Púsose el Toqui mucho más envanecido, más confiado y tenaz en ofensa de los moradores de Concepción, a la cual respondía siempre el corregidor Villegas

---

<sup>168</sup> Rápido hubo de ser su florecimiento, pues que poblada en noviembre de 1558, notamos que en 1576 Nieto de Laete, uno de sus vecinos, lega, antes de morir, la enorme suma de 27.000 pesos de *buen oro* para los tres mil indios de su encomienda; convierte otros 54.000 pesos en obras pías, y todavía le deja un inmenso caudal a su hijo Francisco, según así consta en el protocolo eclesiástico, o libro de fundaciones. Allí se establecieron dominicos, franciscanos, monjas de santa Isabel, orden tercera, fábricas de ricos paños, hospital, y hasta hubo de alzarse un palacio episcopal, según lo da de sí un instrumento público con fundación de capellanía de don Juan Donoso, en 1573.

<sup>169</sup> Molina y otros traen a Caupolicán II para ésta y otras operaciones que hasta la muerte del Toqui veremos; ya hemos dicho que los hechos del año en que estamos han sido tratados con desordenada ligereza en las historias.

con acertadas disposiciones, y un valor admirable, no permitiendo que los sitiadores adelantasen terreno alguno, y causándoles daños de consideración con las descargas; más que en poco los tuvieron los araucanos, como hombres tan hechos a mirar la muerte con asombroso desprecio. En esto andaban sitiadores y sitiados, cuando avisado Caupolicán que volvía Reinoso con nuevas fuerzas en desquite de su anterior derrota, salió a recibirle apartándose de la ciudad, y le causó otra nueva afrenta, ni menos desastrosa, ni menos pronta que la recibida en los llanos de Digahue; con cuyo motivo se retiró el español a su ciudad de Cañete.

Bien volviera el Toqui al asedio de la ciudad encomendada al valeroso Villegas, pero venía de Osorno el gobernador don G. Hurtado habiendo desmembrado de mucho sus tropas con la población de aquella ciudad; era natural pensase en pasar a Cañete para reunirse con aquella guarnición, e importaba sobremanera estorbarlo; porque el jefe araucano andaba leal y perfectamente servido hasta por indios de paz, y a tiempo solía saber siempre los movimientos de las armas enemigas. Así es que dejando para mejor lance la colonia de Concepción, se puso el Toqui en aceleradas marchas hacia Imperial, en ánimo de contener a don G. Hurtado, y traerle al combate.

Don G. Hurtado supo también con tiempo la marcha de Caupolicán, le echó al camino una partida de caballos en celada, que descubierta a punto, y rota con maravillosa presteza, fue corrida hasta las mismas puertas de la ciudad. Tantos y tan acelerados, cuanto favorables sucesos desvanecieron en tal manera al Toqui que resolvió el asedio de Imperial, y presumió expugnarla sin grandes esfuerzos, sin costosos sacrificios, olvidando en su inimitable ardimiento el gran poder del arma enemiga, sobre todo jugando de entre barreras.

Numerosos, audaces asaltos acometieron los araucanos, y a vez se vino en que salvaron el foso con gran admiración y sobresalto de los sitiados; pero contra la mayor heroicidad, salía de repente la más fatal desgracia por entre bocas encendidas que vomitaban muerte y destrucción, cebándose a placer en masas de extremada impavidez, y que la imprudencia malgastaba, por no pararse a tomar consejo de las lecciones del tiempo.

Comprendió al fin Caupolicán lo inútil de sus esfuerzos, y abandonó su empeño marchando ordenadamente a los estados de Tucapel, no para emprender nuevos sitios, porque comenzó a conocer cuán caros le costaban, sino decidido a mantenerse de modo que se acabaran relaciones entre las inmediatas colonias, y que amenazando hostilidades en apartadas líneas, las fuerzas de los españoles tuvieran que desmembrarse, y entrar en funciones aisladas; de las que se prometía salir airoso y triunfante, pues sobradamente digno de ese premio le hacía su laborioso e infatigable trabajar por la gloria y la independencia de sus pueblos.

## CAPÍTULO XXXVI

Marcha don G. Hurtado a la ciudad de Concepción. Se traslada a Cañete. Caupolicán se atrinchera en Quiapo con catorce mil combatientes. El Gobernador concurre con doscientos caballos contra el fuerte del Toqui. La prudencia de Colocolo inutiliza cuantos arbitrios pone en juego la pericia del Gobernador. Desacertada presunción de los indios, causa de su derrota. Arrojo temerario de don G. Hurtado. Es otra vez inclemente con los prisioneros. Pasa a Arauco y reedifica la antigua plaza. Vuelve a Concepción. Visita la capital. Regresa a Concepción y publica en ella ordenanzas, que se llamaron *Tasa de Santillana*.

(1558 - 1559)

**E**n la marcha misma del general araucano reconoció el Gobernador que el intento del enemigo era por lo menos el poner incomunicadas las ciudades de Concepción y Cañete, y como le interesara desbaratar un plan que habría de rendir frutos de gravedad si a efecto se le dejaba venir, aceleró también su partida caminando para Concepción, en cuya colonia gastó muy pocos días de descanso, porque era todo su afán unirse en Cañete con Reinoso, para guarecer este nuevo pueblo de cualquier irrupción repentina.

Llegó felizmente a este punto, pero pronto corrió la noticia de que Caupolicán con catorce mil soldados, muchos cabos de fama, y el anciano Colocolo entre ellos, se encontraba acampado en Quiapo, y defendido con un magnífico fuerte, en derredor de un monte muy áspero, muy paludoso, y que por naturaleza parecía impenetrable.

Era el objeto del Toqui, como ya se ha insinuado, que los españoles no pudieran suministrarse auxilios de establecimiento a establecimiento, y que en ellos los mantuvieran encerrados diferentes cuerpos volantes que se habían de correr en distintas direcciones, hostilizando al enemigo, siendo punto de común asilo el palenque de Quiapo; en cuya construcción probaron los indios, sino superioridad a sus conquistadores, cuanta destreza se pudiera pedir para una perfecta copia de las cortinas, baluartes y rebellines, que en su suelo asentaron las armas castellanas.

Don G. Hurtado aprehendió serias resultas de este nuevo sistema de guerra de los araucanos, y como el dilatar una empresa para ver de desalojarlos de tan ventajosa posición fuera dar margen a que más y más se afirmasen en ella, acabando

por comprender utilidad inmensa con el alzamiento de defensas donde ampararse contra un desbarate, resolvió ir en persona al campo araucano, seguido de doscientos caballos, y algunas piezas de artillería.

No fue poca su sorpresa en cuanto se viera en presencia de su enemigo, cuya posición se ostentaba en tan imponente aspecto que acaso fuera aquella la primera vez en que la probada bizarría del soldado español sintiera desfallecer, hasta el caso de pintar en su semblante, poca a ninguna gana de acometer el allanamiento de un punto, en su sentir, inexpugnable.

Con intenso, aunque enfrenado dolor, reparó el alentado caudillo la desfavorable impresión de que pareció afectado el ánimo de los que le seguían, y para darles lugar y motivo con que rehacerle, se echó con muy corta escolta en reconocimiento del fortín enemigo, con tanto más asiento y seguridad, cuanto que sabía hasta dónde podía ir el empuje del arma rústica con que quisiera ofenderle su adversario. En esta diligencia, vio con sumo descontento que el atacar era imprudente y en extremo arriesgado, pero puesto ya al frente de un enemigo cuya soberbia había de acrecentarse, si acaso se le volviera la cara, ni aviniéndose tampoco con la vanidad del pabellón conquistador un proceder que de temor o de recelo pudiera pregonar indicios, asentó el Gobernador su campo, resuelto a provocar a la pelea con guerrillas desmontadas, a ver si los araucanos, en su impavidez y natural rebato, se arrojaban a raso para que por su cuenta los tomase la caballería.

Y con la indomable fogosidad del Toqui, en tantas ocasiones reconocida y admirada, ésa era, en efecto, la máxima que convenía seguir, porque seguramente no se contuvieran mucho los indios ante el reto de un enemigo que tanto aborrecían; pero estaba con ellos el experimentado y prudente anciano Colocolo, cuyas canas el mismo Toqui veneraba, y ya se comprende con cuáles consejos de irresistible freno, y acertada cordura, no correría las líneas aquel respetable e ilustre patricio. Así es que en balde se gastaban las provocaciones del español, en balde sus tiros, y si tal vez se le llegó a responder en algún atrevido avance, nunca fue de modo que diera por entablado el juego, nunca con resultado de traer tal cual indio fuera de barrera.

Fastidiado don G. Hurtado de un hacer tan estéril, tentó el medio de su artillería contra el rebellín, para reconocer también la insuficiencia del cañoneo contra los corpulentos y empinados troncos que sustentaban el ángulo de aquella obra flanqueada; de suerte que era preciso asaltar el recinto, o resolverse a levantar campo: en este último medio no podía entrar el Gobernador; fue, pues, preciso acometer el primero.

A la sazón hacía de maestre de campo del Gobernador el atrevido Alonso Reinoso, por ausencia de Ramón que don G. Hurtado había despachado en comisión a Perú, antes de entrar en la empresa de Chiloé. En aquel jefe ardía un crudo encono contra el toqui indio, a quien no podía perdonar la seria y afrentosa lección que en Digahue, y cerca de Concepción, le diera sucesivamente; y a él se le ordenó el asalto del fortín araucano por el frente, mientras que el capitán Gonzalo Fernández había de ejecutarle por el flanco derecho, y por el izquierdo el mismo Gobernador. La determinación era oportuna, porque irritado ya el soldado con inútiles avances,



ARAUCANOS .



y repetidas escarapelas, había recobrado su habitual valor, y pedía con instancias que se le pusiera en lance decisivo; a él los llevó don G. Hurtado y dieron todos pruebas de que eran dignos del valeroso enemigo contra el cual fueron; pero rechazada fue su audacia con singular orden, y señalada serenidad.

Así humillada la arrogancia de aquellos conquistadores, cuyo aliento siempre se muestra más lucido y rollizo cuanto mayor fuese el contratiempo con que la suerte saliera probándolos, ya se hizo común el grito de vencer o morir en la contienda, y los asaltos se reprodujeron con admirable despecho, pero estrellándose todos ellos en el bien dirigido y porfiado resistir de los araucanos, quienes, coronando el baluarte, formaban, por decirlo así, cortinas de bronce ni menos inmóviles que las de la fortaleza, ni menos insensibles al tiro y esfuerzo del agresor.

Desesperado andaba ya el joven don G. Hurtado, no viendo medio de recoger fruto alguno para tantos trabajos como el araucano le había inutilizado, y más le desesperaba el recelar que su gente, cansada y aburrida ya de tanto hacer, no podría menos de desalentarse. Cuidó, sin embargo, de no apartarla del campo, aunque con disposiciones que sobrado daban a entender no se pensaba en nuevos empeños hasta que con el descanso se hubiesen recobrado fuerzas.

Nunca pudo presumir el joven Gobernador que con ceder a una medida impuesta por la misma necesidad, quebrantaba la saludable prudencia en que el enemigo tenía afianzado su triunfo. Para los araucanos la inacción de los españoles fue cobardía; rechazados tantas veces, ya sólo pensaban en una vergonzosa deshilada; y era preciso saltar sobre ellos y acabarlos antes que aseguraran sus vidas poniendo tierra de por medio; presunción descabellada contra la cual nada, por desgracia, pudo la elocuente cordura del mentor araucano, porque se echaron las masas afuera del atrincheramiento corriendo al campo castellano con un furor y un desvarío imponderable. A este extremo apeteció traerlos desde luego el Gobernador, pero en ocasión más aliviada; como quiera, menester fue recurrir a las armas, aunque por pronto que los españoles anduvieron en ello, envueltos y confundidos entre numerosos haces de indios se miraron, y en la sensible obligación de recurrir a la espada, ya que de las bocas de fuego la confusión vino estorbando el uso. La batalla se trabó con encarnizamiento, y muchas fueron las fatigas que hubieron de superar los españoles hasta rehacerse en ordenada línea para contener el empuje de los escuadrones enemigos, pero como al cabo de dos horas de acaloradísima contienda, lograran desenredarse lo suficiente para jugar con algunos pedreros, y parte de la arcabucería, contra varios cuerpos de indios, el desorden se introdujo, y fue preciso retroceder con precipitación al baluarte.

Don G. Hurtado con veinte soldados arrancó de repente contra los fugitivos, pero tan despechado y fuera de juicio que por entre sus mismos enemigos penetró en el recinto ya desmontado y con la espada desnuda, por habérsele roto la lanza en cuanto a la entrada del fuerte se apareara. Por fortuna de este arrojado caudillo, Reinoso le reconoció en la armadura, y apelando a voz en grito al valor de todos los españoles para que corrieran a defender la amenazada vida del imprudente Gobernador, rodeado ya de centenares de enemigos, saltó la barrera toda la columna castellana donde al arma blanca se sostuvo otras cuatro horas la lid, costando a los

araucanos más de dos mil cadáveres, y teniendo que abandonar el puesto, derrumbándose por las asperezas del monte.

No cuentan los historiadores cuáles pérdidas experimentarían los españoles en esta función, ocurrida el 13 de diciembre de 1558, ni tenemos documentos con otra noticia que, *de los nuestros faltaron algunos*, y así debió de ser en contienda en que los indios pudieron por mucho tiempo probar con efecto el uso de sus macanas y picas. En el recinto hallaron los españoles cinco piezas de bronce y varios arcabuces, trofeos que Lautaro había recogido en la cuesta llamada de Villagra por la derrota que en ella sufrió este General; también en el recinto recogieron gran cantidad de víveres que Caupolicán tenía almacenados, y como si nada de esto hubiera de bastar para que el joven don G. Hurtado depositara generoso la ira que el tesón de su enemigo pudo causarle, repitió en los prisioneros indios un acto, sino de tan atroz complacencia como el ejecutado en los úlmenes de Millarapue, así de injusto, y poco menos bárbaro, pues que indefensos y rendidos hizo se les quitara la vida<sup>170</sup>.

Terminado este sacrificio, regresó Ramón Reinoso a Cañete, y el Gobernador se trasladó a la antigua plaza de Arauco (en 18 de diciembre)<sup>171</sup> que reparada nuevamente y presidida con fuerzas suficientes, permitió a don G. Hurtado dar vuelta en los primeros días del mes de enero de 1559 a Concepción, cuyos moradores le recibieron con un júbilo y un entusiasmo superior a todo encarecimiento. Y en verdad, que contando con la dicha de este joven caudillo en la guerra, el valeroso ardimiento que a ella llevaba, y las pruebas de general experto con que se acercó a la batalla, digno era de tales demostraciones públicas, digno de la admiración de los suyos, y más digno por lo mismo que tanto sus hazañas y sus cuerdas disposiciones se adelantaran a lo que es de común esperar en una edad propia solamente para desbarros, por faltarle la escuela de la experiencia.

Contados hubieron de ser los días que el Gobernador pasara en esta colonia, de la cual se apartó dirigiéndose a la capital, con ánimo de visitarla, y dictar algunas providencias en mejor desempeño del orden judicial y regimiento civil, que bien había menester de enmienda, a pesar del celo y del amor de la justicia con que procedía siempre el ilustre cabildo de Santiago. Con severo rigor salió don G. Hurtado castigando los latrocinios de los encomenderos, que retenían los jornales de sus indios, como si éstos les debieran su sudor y fuerzas sin otra retribución que un pedazo de pan mal aliñado, y con él tal vez un bárbaro trato. En los empleos de lucro criaturas que la intriga, la lisonja, a la contemplación alzaban, en daño de hombres beneméritos, de veteranos inteligentes, inutilizados en la guerra, y sin más auxilio para mantener sus vidas, sino el que la caridad pública quisiera otorgarles. La hacienda, diligente en la recaudación de sus rentas, cuando se trataba de

<sup>170</sup> Logró guardar la suya el interesante joven Pichilmelemu, hijo del cacique Calhuemán, que implorando la clemencia del Gobernador, con protesta de servirle fiel, le recogió, le guardó en su compañía, le trató con nobleza, y recibió en recompensa la más exquisita fidelidad.

<sup>171</sup> Un año avanzan los autores; como que consta así del libro xxxii de *Provisiones de la capital*, f<sup>o</sup> 48: "Que el 20 de enero de 1559 estaba allí el Gobernador, habiendo hecho ya el descubrimiento del archipiélago".

dar contra contribuyentes no deudos ni allegados a los jefes del ramo, todavía se mantenía olvidada y remisa cuando se la llamaba a rendir cuenta de caudales, y ni hacía gran escrúpulo de distraerlos, porque el tráfico, la granjería, y la usura estaban por entonces en su mayor fuerza y vigor. La justicia entorpecida; la autoridad en ciertos casos desacatada, débil y tímida en otros, sobre todo si tropezaba con personas caracterizadas, a las cuales no osaba llegar.

A todo eso y a mucho más tuvo que hacer frente el Gobernador, llegando a Santiago; y amante de una estricta equidad, con ella entró, ya destituyendo empleados, ya premiando antiguos servicios, ya determinando medidas de orden, ya, en fin, regularizando aquella relajada administración, que en ausencia de este jefe había de recaer otra vez en los propios vicios, por falta de una mano robusta, rígida y capaz de tenerla a raya.

Quisiera el Gobernador permanecer en la capital del reino cuanto tiempo se hiciese preciso para formular y publicar una ley común, donde quedaran ordenados los deberes y derechos así de los españoles como de los indios; mas Santiago estaba muy apartado del teatro de la guerra; don G. Hurtado tenía por de mucho interés el andar a la mira de las operaciones militares, y, aunque muy imperfecta era la reforma acabada de hacer en la administración de aquella colonia, se propuso llevarla a fin con la que para todos los demás establecimientos meditaba decretar en Concepción, si las armas le dejaban descansar algunos días.

Era, en efecto, necesario, esencial el arreglo de la administración civil, cien veces corregida, cien otras barrenada en todos sus resortes; pero, ¿de qué venía todo esto sino de la debilidad, y también de la contemplación con que los funcionarios públicos solían tratar a sus administrados? Bien nos hacemos cargo de la época, y en cuenta tomamos sus costumbres; mas si Valdivia, con menos elementos que sus sucesores, y con atenciones de mayor cuidado, tuvo el nervio suficiente para regir las colonias con mano severa, disculpa ninguna tienen los demás gobernadores si acaso pareciere débil e impotente la autoridad que ellos ejercieron.

Todo eso lo comprendió perfectamente don G. Hurtado de Mendoza, y con propósito de poner enmienda.

Con ese propósito salió de la capital para Concepción, llevando en su compañía al oidor Santillana para que con su acuerdo quedara también resuelto el repartimiento de los indios de paz, su padrón y escrupulosa revista, y supliendo la ausencia de aquél su lugarteniente, Rodrigo de Quiroga, nombrado el 20 del dicho enero para representar en Santiago la suprema autoridad<sup>172</sup>.

El padre del gobernador Mendoza, virrey de Perú, tenía conferidas amplias, omnímodas facultades a su hijo, por rescripto de 9 de enero de 1557, para que pudiera otorgar encomiendas, y reformar las otorgadas por otros gobernadores, tal y como a su albedrío y mejor convenir cumpliera, y el asesor Santillana hubo de ver en esta disposición toda cuanta latitud fuera de desear para hacer de don G. Hurtado un absoluto señor de ajenos bienes, un legislador soberano.

---

<sup>172</sup> Acuerdo del Cabildo, cuyo acuerdo han confundido los historiadores con otro en que resultara puesto en el gobierno de Chile el mismo Quiroga por don G. Hurtado. Véase el capítulo xxxviii.

Lleno de esta singular idea, salió declarando vacantes todas las encomiendas del distrito de Concepción, suponiendo justificar el despojo con que los poseedores fueron ligeros y débiles hasta punto de haber abandonado la ciudad en dos lances seguidos, cuando ninguna otra cosa más hicieran que rendirse a la imperiosa orden de quien en aquellas ocasiones los mandaba y dispuso la despoblación, o abandono de la ciudad, siendo en primer lugar el gobernador Francisco de Villagra, y después Juan de Alvarado<sup>173</sup>.

Al cabo, si aquella fue época de prodigios, no escaseó tampoco en arbitrariedades repugnantes, siendo del número ésta que encomendó los indios de la jurisdicción de la colonia referida, en Miguel de Velasco, Cristóbal de la Cueva, Gaspar de Villarroel, Pedro de Pantoja, Pedro Aguayo, Pedro Murino de Lobera, y otros muchos, todos ellos hombres beneméritos y dignos sin disputa de premios y mercedes singulares, pero que se les hubieran debido y podido dispensar sin perjuicio de tercero; sin traer otras familias a la indigencia, tras haber derramado su sangre en gloriosos empeños; en fin, sin parecer parcial ni déspota acarreándose las maldiciones de aquéllos a quienes tanto debió herir y perjudicar el descabellado desafuero.

---

<sup>173</sup> Hay autores que en disculpa de ese arbitrario despojo suponen lo hizo don G. Hurtado con el fin de que en lo sucesivo el temor de perder los bienes hiciera a los vecinos de las colonias más resueltos, más mirados en la estabilidad de sus hogares. Buen pensamiento, en verdad, con tal que no salga con efectos retroactivos, porque servirá de aviso, y cada cual sabrá a lo que se expone; pero, ¿hay justicia para desposeer de lo ganado, no diremos a quien de buena o mala gana hubo de obedecer al superior, sino ni aun a aquél que reconocido sin fuerzas para contrarrestar las de su enemigo, le huye voluntario? Se quiso atender al ensalzamiento de nuevas criaturas; se dio con un jefe joven, y esta parte de las ordenanzas (*Tasa de Santillana*) salió con clara injusticia.

## CAPÍTULO XXXVII

Se traslada el Gobernador a la plaza de Arauco. Nombramientos que en ella señala para el regimiento de la capital. Envía a Gabriel de Villagra con ochenta hombres para más segura guarda de la ciudad de Cañete. Proceder de algunos caciques con Caupolicán. Convoca éste una asamblea general. Sus propuestas. Apellidamiento a la guerra. El capitán Purán (indio) entra disfrazado en Cañete. Confianzas imprudentes de este emisario con el indio Andrés, criado del gobernador de plaza Alonso de Reinoso. Irrupción de los araucanos en Cañete y su total derrota. Caupolicán se retira a su país. Vendido por su amigo Tongolmo cae en manos del capitán Avendaño. Es conducido a Tucapel. Muere empalado y asaeteado. Indigno porte de Reinoso con el esclarecido toqui.

(1559)

Luego que el Gobernador ordenara en Concepción las cosas relativas a los nuevos moradores de esta colonia, conforme al entender del oidor Santillana, firmando leyes y ordenanzas, sin más consulta, sin más examen que el resolutorio dictar de aquel letrado, se restituyó a la plaza de Arauco, dispuesto a consolidar la conquista de toda la tierra que en este estado llegara a poseer el gobernador D. Pedro de Valdivia. Debió llegar a la plaza en los primeros días de diciembre de 1559, aunque no vemos fecha segura hasta el 18 del propio mes y año en que aparece nombrado un alguacil mayor, para la ciudad de Santiago, y señalados con fecha 20 los que regirían la capital en calidad de alcaldes ordinarios para el año de 1560<sup>174</sup>. Más que algunos encuentros ocurrieran a don García Hurtado con los naturales, como de todos ellos saliera con fortuna, y en ninguno aparecieran causas para inferir que los indios habían de pensar en inquietarle con la fuerza ni el tesón de que eran capaces, concluyó considerándose perfectamente seguro en aquel país, y para que a este mismo estado de seguridad viniera la ciudad de Cañete, cuya prosperidad tanto anhelara el Gobernador, despachó a Gabriel de Villagra

---

<sup>174</sup> “Pasó a entradas de verano a la plaza de San Felipe de Arauco, y estando perfeccionándola proveyó para la ciudad de Santiago un alguacil mayor, el 18 de diciembre de 1559, y nombró para ella alcaldes ordinarios y regidores el siguiente día 20”. (Cabildo). Véase la nota penúltima del precedente capítulo.

con ochenta hombres en refuerzo de aquella población, necesitada también de brazos para acabar sus edificios.

Llegó Villagra a Cañete sin accidente ninguno, porque desde la fatal derrota de Quiapo, comenzó el ilustre Caupolicán a ser blanco de las acerbas calumnias con que la rivalidad envidiosa trataba de derruir clandestina y traidoramente la merecida popularidad del infatigable y valeroso toqui, y como después de aquel desastre todavía concurrieran hechos de armas, ya que no de señalada gravedad, contrarios siempre al pendón araucano, los ánimos andaban entre éstos más ocupados en repetir quejas y propagar infundados cargos contra su General, que en concertarse para volver al campo del honor tras una fortuna declaradamente adversa.

Los enemigos de Caupolicán contaban una por una todas las pérdidas que las armas habían sufrido bajo la dirección de aquel jefe, y sin tomar en cuenta ninguno de sus triunfos, con estudiada maña rememoraban los del héroe Lautaro, para que el pueblo en masa comparara, para que el pueblo en masa, a vista de tan opuesto contraste, pidiera pasase el hacha de la dignidad suprema a manos de uno de los varios que la ambicionaban, pues el crecer, aunque a expensas de la más lucida honradez sea, aunque pasar se necesite por encima de dignas y merecidas reputaciones, usando de armas vedadas, desleales y traidoras, obra de todos los pueblos parece, sea cual fuere el grado de cultura de cada uno de ellos.

Supo Caupolicán en sus días ser sordo a la lisonja, despreciar las alabanzas, y responder tan rígida cuanto imparcialmente a cuantas obligaciones le impusiera su cargo; por lo mismo, no le había de faltar, ni le faltó en este lance, la necesaria calma, la entereza conveniente para dar de mano el agravio, aunque fácil le fuera el castigarle, no pensando sino en cuánto pudiera rendir gloria a su patria, lustre a sus armas el afianzamiento de la sagrada independencia en que ver quería a todos sus compatriotas; sólo que, o con algún resentimiento del innoble proceder de sus adversarios, o quizá para probarlos en público trayéndolos al último extremo de un desprendimiento, de un arrojó, de un sacrificio que acaso no cupiera sino en pecho de un Lautaro y de un Caupolicán, convocó a todos los mandarines para una asamblea general.

En ella relató con noble franqueza el mal estado a que la guerra le había reducido, y el hado fatal que parecía salir al desbarate de todas sus empresas después de algún tiempo; pero que contra ese hado elementos poderosos tenía el país si, como lo suponía, todos sus hijos sentían el amor de la libertad que pregonaban, el odio y execración de que alarde se hacía contra el sanguinario y altivo conquistador; pero vio que en llamar a un levantamiento general con la dura condición de dar a las llamas lo que cada cual poseyera<sup>175</sup>, y servir pudiese al sustento del enemigo,

---

<sup>175</sup> Conviene, o gran senado religioso,  
Que vencer o morir determinemos,  
Y en sólo nuestro brazo valeroso  
Como último remedio confiemos:  
Las casas, ropa y mueble infructuoso

si la fortuna le dejase el triunfo, los que más valentonaran para desconceptuarle y arrebatarle el prestigio, aquéllos fueron los que parecieron menos determinados a poner tan subido precio en las aras de la nacional independencia.

Con todo, era preciso continuar la guerra y apeló a nuevas levadas, a nuevos sacrificios, pues nada ciertamente se le pudo rehusar como que tenía de su parte los más acreditados generales, entre los cuales cuentan el célebre Colocolo, el invicto y tan feroz cuanto desprendido Tucapel; y era entonces la guerra un pensamiento natural, pues los españoles estaban diseminados en la guarda de diferentes puntos, unos de nueva planta, y de repoblación otros, y por consiguiente su poder no había de ser tan robusto.

En el plan de operaciones que el Toqui se propusiera esta vez, las plazas de Cañete, Lebu y Tucapel fueron las primeras sobre que habían de caer las hostilidades, y, fecundo en amaños, abrió campaña contra Cañete, esperando que la sorpresa le facilitaría lo que la fortuna se empeñaba en negarle; pero para que el ardid saliera a medida del deseo hubiera sido menester emplear un hombre tan reservado y sagaz como Millarauco, o dar con uno de los indios que al servicio de los españoles estaban, si no del temple de alma de un Lautaro, por lo menos con igual sentir en gloria del suelo que le viera nacer; hubo, al contrario, un Purán harto imprudente y crédulo, y un Andrés demasiado alevoso para con su patria, pues que sin venderla traidoramente pudo muy bien mantener fidelidad a los que le daban el pan, y que ciertamente no le pidieran en descuento una de esas acciones villanas que sólo en pechos ruines hallan origen y sustento.

Purán, oficial del intrépido toqui, hombre que había servido un tiempo a los españoles, y que no carecía de ingenio y travesura, pasó a la ciudad de Cañete, con cargo de examinar las disposiciones y fuerza de la plaza; las horas en que sus defensores pudieran parecer más confiados o desprevenidos; los puntos más flacos para la resistencia; en una palabra, cuantas noticias hubieran de conducir a una sorpresa fácil y segura, confundiéndose al efecto entre los indios de paz como uno de los tantos que por su calidad tenían libre entrada en la población. Seguía Purán su secreta misión con ventura, pues que ni sus compatriotas, ni los mismos españoles llegaron a recelar de su persona, pero hubo de presumir que en los indios no cabía traición, y apeteciendo iniciarse más y más en los medios de resistencia con que el enemigo contara, no menos que conocer cuál momento sería el conveniente para atacarle con mayor éxito, trabó relaciones con el criado del gobernador de la plaza Alonso de Reinoso, que unos llaman Andrés y otros Andresillo<sup>176</sup>; en cuyo indio descargó confiado todos sus secretos, todo el fondo de su misión, estimulándole con magníficos premios a cooperar con él al triunfo que su patria común necesitaba.

Que al descanso nos llaman, abrasemos;  
 Que habiendo de morir todo nos sobra,  
 Y todo, con vencer, después se cobra.  
 .....  
 Pues no ha de haber partido ni concierto  
 Sino sólo vencer o quedar muerto.

(Ercilla, canto XXIX de la *Araucana*).

<sup>176</sup> Figueroa pone Baltasar, nombre que ningún autor ha recogido.

La proposición, lejos de traer al semblante del taimado Andrés tal cual pinta de desagrado, produjo, al contrario, esas prendas con que al leal y crédulo, el hombre mañoso deslumbra protestando interés, simpatía, celo, reserva, parte eficaz en una causa sin duda ninguna común y causa ganada, añadió el renegado Andrés, siempre que el General dé repentinamente en este pueblo al mediodía, porque ésta es la hora en que nuestros opresores se entregan al descanso como que pasan las noches sobre las armas.

En estos mentidos manejos se pasaron algunos días, Andrés engañando y Purán creyendo; Reinoso disponiendo cuanto era menester para rechazar el meditado asalto, como que le tenía bien advertido su criado, y Caupolicán preparándose para recoger el triunfo que su espía le aseguraba con admirable fe y sencillez. Así que llegado el día de convenida señal con inaudita celeridad corrieron los araucanos al establecimiento español, y le penetraron con gran algazara y gritería, sin dar en oposición de ningún género; pero como Alonso Reinoso viera dentro de barrera las masas para cuyo rechazo estaba prevenido, ordenó con un cañonazo el cierre de las puertas de la ciudad, y con la artillería, y con la arcabucería, comenzó a barrer columnas indias en las calles hasta poner en espantosa confusión y desorden a su enemigo, matándole sus más lucidos y esforzados jefes, y cubriendo el suelo de cadáveres, siendo contados los indios que lograron volver a campo abierto para unirse a los cuerpos que Caupolicán dejara a retaguardia, y fuera del recinto.

Tras esta horrorosa matanza la caballería española dio contra los indios de reserva, desalentados ya habiendo reconocido la perfidia con que se los había traído a la muerte, y rotos, y deshechos, y víctimas del implacable furor de los soldados castellanos, pocos fueron también los que pudieron hallar en las malezas y fragosidad del país el amparo de una vida sacrificada en la imprudencia de Purán<sup>177</sup>, no menos que en la alevosía del desnaturalizado Andrés.

Con la ruina total del ejército araucano, mandado por el soberbio Caupolicán, debiera quedar Reinoso vengado y satisfecho, apartando de su mente el sentir de los dos reveses que aquel caudillo le había hecho experimentar en campos no muy distantes de Concepción. No parece así. Antes suponiendo sin duda que sin la muerte del Toqui nada habría de llegar a templar el encono que en su pecho abrigara, puso a precio, y muy subido, la cabeza de su noble adversario, pregonando grandes sumas para quien se lo entregara vivo o muerto; hecho nada generoso, nada conforme tampoco con las costumbres de aquella época más caballerosa en este punto que la actual, y que sobre todo si usaba de recursos tales, nunca, como ni hoy se hace, para con personas de la categoría de un Caupolicán, sino sólo contra facinerosos y asesinos de fama cuyo exterminio tanto importa a la sociedad.

El Toqui llevaba harto castigo en la dolorosa pérdida que acababa de sufrir, y sobrado debió sentirla cuando con sola su familia y un muy corto número de amigos se retiró a los montes de Pilmayquén, su país, para esperar que el tiempo le permitiera reponer fuerzas con que acudir a la defensa del albedrío y bien común;

---

<sup>177</sup> En la contienda murió de los primeros ese desventurado, porque iba guiando a la cabeza de sus compañeros de armas.

pero respondió al pregón de Reinoso el capitán Tongolmo<sup>178</sup>, vecino, amigo íntimo en quien el desventurado toqui tenía depositados hasta sus más recónditos arcanos, y, ¡el malvado!... le trajo a poder de sus enemigos cuando menos en ellos pensara, cuando más confiado y seguro llegó a considerarse en su retiro.

Guiando aquel codicioso y desleal indio al capitán don Pedro de Avendaño, que con cincuenta españoles salió comisionado para cercar la morada del Toqui y sorprenderle, llegó la partida a Pilmayquén antes que el alba rayara, y la prisión del caudillo araucano quedó cumplida, mas que con bizzaría se la disputaran él y una docena de partidarios que le acompañaban, pues sobre que fuera injusto negar a los españoles arrojo y aliento en los lances, por terribles que aparecieran, era su número muy crecido para salir esta vez de entre sus manos, rompiendo un cerco que la sorpresa les dejó acabar a toda su satisfacción.

Avendaño condujo el noble cautivo a la plaza de Tucapel, y malherido en un brazo, pero parece que hubo de guardar con él cuanto miramiento pide el infortunio, cuanta hidalguía es de presumir en hombres bien nacidos; no así Reinoso, que viéndose con su ansiada presa a los pies se mostró descompuesto, soberbio y cruel, hasta el momento mismo de ponerla en un afrentoso palo<sup>179</sup>.

<sup>178</sup> Otros culpan al cacique Angolicán, otros callan el nombre de este traidor; pero ni Caupolicán se hallaba en las tierras de aquel cacique, como se pretende, sino en su propia casa, ni en nuestros documentos vemos otro nombre que el de *Tongolmo*.

<sup>179</sup> Notamos que los autores cargan a Reinoso la culpa de esa indebida muerte, menos García que pretende absolverle de ella so pretexto de necesario escarmiento. Delincuente nos parece Reinoso por lo que toca al duro trato que mantuvo con la ilustre víctima hasta verla sacrificada, pero no quisiéramos acusarle del sacrificio. ¿Es creíble que Reinoso se atreviera a pronunciar contra la primera persona del país enemigo, sin consultar con su jefe? ¿No estaba este jefe en la plaza de Arauco? Y, aunque en la empresa de Chiloé estuviera, como lo sienten los que no hicieron cuenta de muchos de los hechos de este año, trastornando de paso el orden de los que relatan, o Reinoso quedó con instrucciones de natural previsión, y por lo mismo facultado para obrar, o si no fueran de admitir esas facultades, por más que aborreciera aquel capitán al célebre prisionero, era la persona de éste de suma valía para determinar por sí y ante sí contra ella. En nuestra opinión el Gobernador ordenó y Reinoso ejecutó con culpable contento. Nos inclina a esta creencia el que la muerte del caudillo araucano se cumplió, según todos los historiadores, varios días después de su captura, en los cuales pretenden que se convirtió a la fe, y recibió el bautismo tomando el nombre de *Pedro*: estos días pudieron gastarse muy bien esperando la resolución de don García Hurtado de Mendoza. El Gobernador, se nos dirá, no consintiera que el generalísimo de las armas enemigas acabase su vida en un infame y menguado suplicio. No, en efecto, concediéndole que sobre estar impuesto en las vicisitudes de la guerra, ni escuchaba consejos de ruines, ni desconocía el mérito y el valor de sus adversarios; ¿pero en qué los tuvo él? “Y pensé que quedaban castigados para no alzar nunca más la cabeza, y ellos están tan emperrados con *este mal indio de Caupolicán*, que otro día envió a decir que aunque fuese con tres indios me había de matar, y aun desafiándome en forma *como si fuera hombre de gran punto*, etc.”. (Carta de don García Hurtado al Virrey su padre, fechada en Cañete, 24 de enero de 1558). Esa respuesta sirve también para probar que Ercilla no fue muy escrupuloso en la narración de los hechos, pues pone en boca de don García, con referencia a ese desafío, lo siguiente:

..... Soy contento  
De acetar el combate, y le aseguro  
Que a el plazo puesto, y señalado asiento,  
Podrá a su voluntad venir seguro:  
El indio, que escuchando estaba atento,

Ni las penalidades, ni los ultrajes, ni la vista misma del tablado en que la estrella esplendorosa del pueblo araucano iba a ser espetada y asaeteada en mengua y baldón de las armas vencedoras, desalentaron un solo instante el ánimo fuerte de aquel varón traidoramente vendido<sup>180</sup>. Si para arrastrarle al cadalso, si para dar más ponderancia y solemnidad a la ejecución de lo que ya en el vulgo corre con nombre de *justicia*, creyó Reinoso ser muy oportuno traer a la escena cuantos indios en aquellos contornos anduvieran, cuantos españoles a sus órdenes tenía, enseñándoles un héroe desfigurado en el asqueroso aparato de un malhechor<sup>181</sup>, no hizo con esto sino que la afrenta con que quiso cubrir la memoria de la víctima, sobre el mismo sacrificador la echaran las generaciones, maldiciendo indignadas esa tan repugnante y bárbara injusticia con que se dispuso de una vida digna de mejor fin<sup>182</sup>.

Tal y tan trágico acabar tuvo aquel caudillo araucano bajo cuyo gobierno apareció la ciudad de Concepción dos veces arrasada; aquél que desalojó a sus enemigos de Angol, de Villarrica, de Santa Marina de Gaete, de las plazas de Arauco, Tucapel y Purén; aquél que en tan apurado extremo puso a los moradores de Imperial y de Valdivia con asedios de incomparable tenacidad y osadía; aquél que en once batallas campales, si no le faltó gloria, supo también derramarla a manos llenas en el pendón castellano trayéndole con incomparable brío a empeños en que ejercer rasgos de pasmosa heroicidad, recoger triunfos de perpetuo nombre, y ceñir laureles cuyo verdor no agostará el tiempo, ni cubrirá jamás el olvido; aquél, en fin, a cuyos pies cayera asesinado el ilustre y también desafortunado gobernador de Chile don Pedro de Valdivia<sup>183</sup>.

---

Muy alegre le dijo: Yo te juro  
Que esta osada respuesta eternamente  
Te dejará famoso entre la gente.

(Canto xxv de la *Araucana*).

<sup>180</sup> Venga (la muerte) que yo la pido, yo la quiero  
Que ningún mal al grande, si es postrero.

(Ercilla, canto xxxiv de la *Araucana*)

<sup>181</sup> Descalzo, destocado, a pie desnudo;  
Dos pesadas cadenas arrastrando  
Con una sogá al cuello, y grueso nudo,  
De la cual el verdugo iba tirando.

(Ercilla, canto xxxiv de la *Araucana*).

<sup>182</sup> De cien flechas quedó pasado el pecho  
Por do aquel grande espíritu echó fuera  
Que por menos heridas no cupiera.

(Ercilla, canto referido).

<sup>183</sup> No quisiéramos incurrir en nota de inexactos por sólo callar el hecho que todos los historiadores refieren respecto a la india llamada Fresia según unos, Guden en sentir de otros, y esposa del malhadado toqui quien como viera preso y con vida a su esposo, comenzó a llenarle de denuestos y acabó por estrellar contra una peña a un hijo de Caupolicán que en los brazos traía, diciendo que no quería hijo infame de padre tan cobarde e infame. No son epítetos éstos que con ningún período de la vida de aquel guerrero cuadrar pudieran, y más nos parecen de invención poética para colorir el cuadro, que de exactitud histórica: estímelos cada cual a su manera.

## CAPÍTULO XXXVIII

Ofrece el Gobernador la paz a los araucanos por medio del joven Pichihuelemu. Encuéntralos este enviado furiosos, intratables. Colocolo los convierte, y vuelve Pichihuelemu a Arauco acompañado de varios personajes comisionados para el ajuste de las proposiciones. Muchas familias indias desiertan sus hogares por no someterse a la dominación española. Don García Hurtado pone de gobernador de Cañete al capitán Gonzalo Fernández. Alonso de Reinoso traslada la plaza de Tucapel a Talcamávida, y la colonia de los Confines a Colhué, por orden del Gobernador. Va de gobernador de Tucumán Juan Gómez Zurita. Pedro del Castillo funda en Cuyo las ciudades Mendoza y San Juan. Pasa don García Hurtado a Concepción. Vuelve a Santiago. Deja el gobierno de Chile en Rodrigo de Quiroga hasta que de él se encargue Francisco de Villagra, nombrado por el Rey, y se embarca en Valparaíso con dirección a Perú.

(1560 - 1561)

Que con la muerte del noble e impávido toqui araucano hubieran de quedar los indios sumidos en el abatimiento más doloroso y cruel; que la noticia de tan infausto suceso les había de arrancar las armas de las manos, aunque luego las recogieran más feroces y enconados, una vez que, vueltos del espanto, se acordaran que deber era suyo el vengar aquella sangre ilustre, vendida a los enemigos del país, y derramada con escarnio y baldón, cosa era de natural consecuencia, y cosa en que dio la lucida penetración del Gobernador; más que se adelantara presumiendo imposible que aquel pueblo belicoso volviera a levantar cabeza. El fondo del joven don García Hurtado era verdaderamente hidalgo, y si la experiencia anduviera con él manteniéndole sordo a insinuaciones de hombres de baja ralea, tan cumplido y grande pareciera en el gobierno militar como en el político, porque si se mostró constantemente amante de la justicia, enemigo de los abusos, humano, generoso, protector de todos los indios de paz; a la paz anhelaba traer también los pueblos revueltos; por su mejor estar se hubiera sacrificado gustoso, y gustoso les perdonara tras el triunfo, aunque muy caro llegara a costarle.

Muchas eran las veces que había ya convidado con la paz al pueblo araucano, y harto le dolía el ver que con insultos volvía siempre la respuesta; pero estando fuera de juego el malhadado adalid que con tan mágica ponderancia domeñaba

y removía aquellas alentadas masas, supuso más hacedero el ajuste de amistosas relaciones con el indómito pueblo, y resolvió que el joven Pichihuelemu pasase al campo de sus compatriotas, llamándolos a una reconciliación honrosa y leal con la bandera conquistadora.

Pichihuelemu, joven de despejado entendimiento, noble en todos sus procedimientos, adicto con religiosa fe al Gobernador, cuyo señalado cariño llegó a granjearse en muy poco tiempo, caminó al desempeño de su misión bien resuelto a no omitir medio ninguno de los que en su mano estuviesen, para ver de vencer la obstinada repugnancia, y mejor, el odio con que los araucanos miraban a los españoles; pues harto le afligían también los horrores que sobre su patria descargaba la guerra, y como él no hallara en don García Hurtado sino bondad y cariño, cariño y bondad presumía en el corazón del joven caudillo para todos los indios, si todos le juraran paz y quietud.

Este emisario penetró en el campo araucano justamente cuando todos los mandarines del país, reunidos en general asamblea, discurrían sobre los mejores medios con que conviniera venir en las circunstancias, no solamente al reparo de la terrible pérdida de la célebre cabeza que regía los destinos del pueblo, sí también al logro de elementos con que castigar en el enemigo la insultante demasía a que su crueldad le arrastrara en la ejecución de tan injusto sacrificio.

Como Pichihuelemu diera inmediatamente cuenta de su misión, ¡la guerra!..., ¡la guerra!, fue el estrepitoso grito que sonó en los aires de la herbosa y escondida vallejada que ocupaba la junta, pintando al propio tiempo todos los semblantes ese paño lívido que la ira vomita cuando, tentada de improviso, se revuelve y dilata hasta punto de saltar la estrechura en que se la tenía comprimida; pero hallábase allí Colocolo, y si recogido, y si silencioso se mantuviera ante el justo motivo con que sus compañeros rechazaban una embajada en cuyo ajuste iba por condición primera la servidumbre, con más experiencia que todos ellos, todavía comprendió que en la paz había grandes bienes, que la paz era oportuna, que la paz era, en fin, una tregua de estimable precio para reparar estragos, y volver a la guerra más robusto, más prevenido y más alentado. Ni un solo instante quisiera Colocolo vivir sumiso a un extranjero, porque en esta parte tan araucano era como todos los demás; sólo que en llevar un tiempo aquella degradante calidad, creía él ver asegurada para siempre la independencia de su patria, y si venía a tratos de paz, no por ello entendió renunciar a la guerra cuando con medios para hacerla se volviese a ver el país.

En tal sentir, así como el astuto y venerable anciano reconoció que en el turbión de injurias y valentonadas que las propuestas del Gobernador provocado habían, ya más tibios los ánimos y más desahogados, fácilmente podrían admitir consejo de la prudencia, entró exponiendo su parecer y ponderando la fortuna de las armas castellanas, pues más resaltaba, cuanto que con mayor estudio la supo poner al lado del calamitoso cuadro que de su propio país bosquejara, describiendo la muerte de sus más ilustres hijos, la de millaradas de soldados, y por fin, la del hombre importante que en su sola persona parecía guardar el invencible poder de toda la nación, sus esperanzas y su gloria. Parecíale arriesgada y fatal la

resistencia, puesto que sobre escasear los brazos, sobre encontrar bisoños la mayor parte de aquéllos de que se hubiera de echar mano, hasta de bastimentos se sentía necesitado, y fiar en un resultado ventajoso con tan débiles recursos era según él imperdonable locura.

Con razones tan pertinentes nuevo fue el giro en que las cosas entraron, y Pichihuelemu vio con no poca satisfacción que a su demanda cedieron los votos más importantes de la asamblea, ya que no faltaron jefes que consintieron abandonar sus hogares antes que doblar la cerviz al yugo extranjero, del cual se libertaron retirándose a lo más remoto e impenetrable de los montes. Nunca tan subido contento paseara el alma del joven don García Hurtado de Mendoza, como viendo venir a su favorecido mensajero en compañía de un crecido número de próceres araucanos que ofrecieron paz sin humillación, paz sin desdoro, para los estados de Arauco y Tucapel; y como les fuera otorgada sin doblez, ellos la afianzaron con poner a disposición del Gobernador cuantos brazos consideró necesarios para doblar las defensas de la plaza de Arauco, repetir sus fosos, ensanchar sus cuarteles, hacerla, en fin, impenetrable.

En esta plaza se mantuvo don García Hurtado hasta los primeros días del mes de junio de 1560, y sus ocupaciones no eran otras sino un asiduo e infatigable celo en el despacho de los negocios administrativos, porque limpios los caminos desde el ajuste de la paz, los españoles de todas las colonias, autoridades como particulares, todos concurrían a Arauco, éstos en queja de agravios o injusticias, aquéllos en consultas o demandas de públicas disposiciones. Aunque con fe en la paz, por lo mismo que de todas veras la deseaba, como ya le había dicho la experiencia la ligereza con que aquellos indios rompían sus promesas, pensó que no era imposible que la guerra renaciera, y anhelando cortarla, o por lo menos debilitar sus elementos, dio el mando de la ciudad de Cañete al capitán Gonzalo Fernández, encargando a la probada actividad de Reinoso pasase a Tucapel, y trasladase *incontenti* aquella plaza a Talcamávida, por si los araucanos vinieran a rebelarse, cogido de antemano estuviera el abrigo de aquellos montes. Ni a esto sólo se redujo la comisión de Reinoso. Una vez aquella plaza en estado de resistencia, había de correrse a los llanos de Angol, poner la colonia de los Confines en Colhué con nombre de ciudad *de los Infantes*<sup>184</sup>, pero dejando en aquélla un fortín competentemente presidado; todo lo cual quedó cumplido con singular destreza y recomendable celeridad.

Con estas medidas de prudente cautela para guardar lo ganado, todavía aparejó otras la honrosa ambición del joven conquistador, quien, como sus predecesores, media su gloria según la importancia de las conquistas, siendo por lo tanto de mayor luz cuanto más se dilataran los límites de la dominación soberana. En esta mira, al paso que Juan Gómez Zurita se viera con el nombramiento de gobernador de la provincia de Tucumán y orden de salir sin demora para su destino, al capitán Pedro del Castillo se le encomendó marchase con cien caballos a subyugar la pro-

---

<sup>184</sup> No prevaleció este nombre porque los vecinos continuaron el de *Confines*, y Confines se conservó.

vincia de Cuyo. Siguió este jefe el camino de los *Hornillos* hasta doblar la cordillera, entró en la ordenada conquista, y como los naturales no parecieran dispuestos a pedirle cuenta del derecho en que estribaran sus pretensiones, nada tuvo que hacer sino asentar la ciudad llamada *Mendoza* (en honra de uno de los sobrenombres de la casa del Gobernador), y a beneficio de la inalterable paz en que los *cuyos* se mantenían, adelantar sus descubrimientos hasta donde plantó la colonia dicha *San Juan*<sup>185</sup>.

En tareas de tanta utilidad consumía los días el Gobernador, cuando le cogió carta del Virrey su padre anunciándole cómo el Rey había dispuesto del gobierno de Chile en favor de Francisco de Villagra, y cuánto anhelaba su retorno a Lima por si fuese para el sepulcro con la grave enfermedad que en cama le tenía postrado. A cuenta de que en las disposiciones de su hijo no hubiera demora, cuidó aquel ilustre anciano de que con la carta le llegase la competente autorización para nombrar persona que el gobierno de Chile ejerciese, en tanto que Villagra concurriera a desempeñarle.

Don García Hurtado, con vista de semejante noticia, salió de Arauco, y marchó para la ciudad Concepción, sin duda alguna resuelto a entrar en los deseos que su padre le manifestara, pues que llegando a este punto su primer acuerdo fue el nombramiento de gobernador interino del reino de Chile, cometido a Rodrigo de Quiroga hasta haberse apersonado el propietario Francisco de Villagra, porque si en Santiago ejercía ya aquel cargo<sup>186</sup>, limitado estaba a la ausencia provisional de don García Hurtado, y sujeto a consultarle en los casos de gravedad<sup>187</sup>.

---

<sup>185</sup> Merecen recuerdo dos ocurrencias de esta época, siquiera porque se desenlazaron en mayor honra de personajes importantes en la historia. Fue la primera que como una partida de españoles apresara (no se dice por qué) a la esposa e hijo del ulmen Ayllapagui, éste corrió a Arauco pidiendo a don García Hurtado la libertad de su familia, pero con la particularidad de deslizarle entre las manos un tejo de oro en apoyo de su demanda, que a ese inocente insulto empeñaba el ansia con que los españoles buscaran aquel metal. Don García Hurtado oyó al indio con afabilidad, le otorgó con gusto lo que anhelaba, pero le devolvió el tejo, y pasmado el ulmen de tan desinteresada generosidad, no vio con qué retribuir el favor sino trayéndole a paz toda la comarca de Catiray.

Es la segunda, una conjuración de varios araucanos que, ansiosos de dar muerte alevoso al joven Gobernador, dispusieron regalarle un cestillo de frutas delicadas por medio del capitán Metucalcha, quien con un cuchillo había de asesinarle al tiempo de poner en sus manos aquel regalo. Esta villana traza llegó a oídos del venerable Colocolo, con el tiempo medido para hacer que su hijo corriese a descubrirla al mismo don García Hurtado en persona; y prevenido éste del peligro supo ennoblecerse hasta el punto de confundir a Metucalcha, confeso en su delito, y manifiesto el instrumento con que había de perpetrarle, perdonándole, así como a sus cómplices, un atentado que de indignación llenara el alma generosa del ilustre personaje a cuya honradez se debió el descubrimiento. Enemigo era Colocolo del caudillo español, pero enemigo mucho mayor de las acciones que la ruindad concierta.

<sup>186</sup> Véase la penúltima nota del capítulo XXXVI.

<sup>187</sup> Se nota no sin sorpresa, por lo mismo que es causa ignorada, que don García Hurtado firma el nombramiento de su sucesor interino en Concepción el 7 de junio de 1560, que Quiroga no quedó reconocido en su calidad de gobernador interino hasta mediados de febrero de 1561, como que siguió gobernando don García Hurtado, y se le ve en Quillota el 3 del dicho mes y año, pues todo consta de una manera auténtica en el libro del Cabildo. ¿Por qué don García Hurtado anticipó de siete meses aquel nombramiento, si en ánimo estaba de seguir gobernando?

Con todo, lejos de ausentarse, lejos de desnudarse del mando, vemos que de nuevo y con su ingénita actividad se entrega a reformar todos los ramos de la pública administración, y no por lo que aisladamente concerniese a aquella colonia, sino comprendiendo con medidas uniformes y generales el gobierno de todo el reino, sin olvidar indios de paz, encomenderos, beneficio de minas, administración de justicia, policía, hacienda, ayuntamientos, en una palabra a todo atiende, todo lo enmienda y equilibra con extraordinario acierto, con asombrosa equidad, con irrecusables prendas de que en su juvenil pecho el amor a sus gobernados, el más fervoroso deseo de su bienestar, tenían raíces profundas.

Se trasladó desde Concepción a Santiago, cuyos moradores respondieron dignamente a lo que a persona tan caracterizada, tan dichosa en la guerra, y tan entendida en el arte de gobernar se debía, pues ni anduvieron mezquinos en obsequios y festejos de pública satisfacción, ni demasiados tampoco aclamándole en el lleno de su contentamiento restaurador del reino, pacificador y conquistador de nuevas tierras, que todos esos nombres se granjeó en siete batallas campales, y siete establecimientos que en el país vino a sentar<sup>188</sup>.

Esas demostraciones entusiastas con que los pueblos todos salían probando cuán satisfechos les tenía el gobierno de su caudillo, para éste serían sin duda de suma complacencia, pero nunca causa de que se enfriara la rigidez con que él asistía al cumplimiento de sus deberes. Dejó por lo mismo que los moradores de la capital gozaran a placer de aquellas fiestas, de aquellos diferentes juegos con que voluntarios quisieron solemnizar su llegada, mas en cuanto las viera concluidas, entró en un examen detenido y severo acerca de la administración, reparando con disgusto que miramientos y contemplaciones tenían la de hacienda poco menos que desamparada, porque raro era el vecino que no le fuera en deber considerables sumas, ya por razón de tributos, ya en lo perteneciente al quinto real del beneficio minero: su entera voluntad hizo en breve que el erario recibiera cumplida satisfacción.

Es la catedral de Santiago obra debida al piadoso celo de este joven guerrero, que puso la primera piedra de su fundamento pocos días antes de alejarse de un suelo en que con tanta ventura hizo su primer ensayo, así en armas, como en el uso de la justicia; no apareciendo después hecho alguno de su gobierno, si por tal no se tiene la visita que hizo a las famosas minas de Quillota, en cuyo tambo se le ve el 3 de febrero de 1561<sup>189</sup> y el 5 en el puerto de Valparaíso embarcándose para Callao, donde supo con pesadumbre el fallecimiento de su padre, virrey que fue de Perú.

Favorecidos, amparados quedaron los indios de paz con los reglamentos que don García Hurtado acertó a sacar de entre la severidad de su justicia, y la natural

---

Cualquier solución pudiera parecer aventurada, y cumple a nuestro propósito el no fallar sin un profundo convencimiento, pues por nada ni por nadie quisiéramos apasionarnos.

<sup>188</sup> Consta así en la parte expositiva que precede al nombramiento de virrey de Perú con que S.M. le honró treinta años más tarde. “Mediante la victoria que Nuestro Señor fue servido daros en siete batallas que tuvisteis con los indios, entre los cuales poblasteis siete ciudades”.

<sup>189</sup> Cabildo de Santiago.

clemencia que le caracterizaba, cuando libre disponía de sus inspiraciones. Los encomenderos ante el inexorable querer de aquel joven tuvieron que frenar su brutal inclinación, y no ver en sus siervos animales de carga y vara, para cuyo sustento bastaran desperdicios entre insolente desprecio, como era de costumbre; antes por el hombre respetaron al hombre, considerándole en el trato y en las relaciones de modo que la humanidad pareciera honrada, el deber respetado y la justicia satisfecha.

Sobre un gobierno con pauta uniforme y equitativa, con reglas de estudiada armonía para que todos los ramos jugaran con desembarazo en sus diferentes aplicaciones, todavía logró Chile en esta memorable época tregua al desastroso genio de la guerra, seguridad en los caminos, plazas bien guarnecidas, ensanche en las posesiones, y una fuerza armada en reserva como nunca había visto desde la comenzada conquista.

Para alcanzar todos esos bienes ya hemos notado cuáles y cuántos fueron los sacrificios, pero estos sacrificios apreciarlos y pagarlos con largueza supo don García Hurtado, procediendo en las mercedes y recompensas con tan estrecha imparcialidad que se puede decir rindió un religioso culto al mérito, y entre disputársele el eco interior de la amistad, o el de particulares resentimientos de personas que sabía no eran muy suyas, mayor pago recibieron éstas, que las que con aquélla honraba.

Nada diremos de su vida pública y privada durante su mansión en Chile, sino que fue un modelo de compostura y de llaneza, contra el esperar de sus pocos años, y lo elevado de su cuna... ¡Lástima verdaderamente que despreciables aduladores torcieran la índole de ese claro y virtuoso varón, empeñándole a lavarse en sangre inocente, en sangre de criaturas que disputaban sus lares, y su albedrío, con el doble derecho de legítima propiedad, de legítima defensa a una injusta agresión!... Y, ¿para qué?, para que sin cuenta a la tierna edad, sin cuenta a extrañas influencias, todavía digan las generaciones: fue tirano, fue sanguinario e impío.

Al menos no le acusarán de interesado, pues que, sobre ser constante que cuantos muebles y enseres poseyera, otros tantos fueron distribuidos unos para adorno y servicio de los templos, otros para uso de particulares sus amigos, no es menos cierto que salió de Chile acaso sin los fondos necesarios para la navegación<sup>190</sup>. Sí que de la capital, como de otras ciudades, corrieron los hombres de posibles brindándole con todo su dinero, y, aunque nada de nadie aceptara, un tal rasgo debió pasar al alma del joven conquistador la firme persuasión de que sus actos dejaban lisonjeros recuerdos, y su persona un nombre querido y respetado; motivos ambos sobrado poderosos para que el hombre de bien asiente en su corazón un contento inalterable, el espejo fiel de su buen obrar, con la consoladora imagen de la gratitud que sus semejantes le tributan. Por desgracia, no en entero hubo de caberle al esclarecido y joven caudillo esa dulce herencia, pues como si

---

<sup>190</sup> Y convienen los historiadores en que con haber conservado las economías de sus sueldos y obtenciones no fuera mucho hallarse al fin de su gobierno con la suma de cien mil pesos fuertes, o su representación en oro pallado; pero todo lo invirtió en la guerra, y en varias obras piadosas.

el destino quisiera recordarle que no en todas sus obras anduvo justo, de entre las primeras personas que concurrieran con el bolsillo en la mano, para que sin cargo, ni cuenta, atendiera cumplidamente a todas sus necesidades, salieron Juan Jofré y el ayuntamiento de Santiago, mostrando orden de poner a disposición de don García Hurtado todos cuantos fondos quisiese, y una encarecida cuanto hidalga súplica, solicitando se dignase admitir, con el obsequio, la amistad de un nombre... que trajo a los ojos del invicto gobernador una lágrima de noble pesar, y que decía: *Francisco de Villagra*.



## CAPÍTULO XXXIX

Gobierno interino de Rodrigo de Quiroga. Estado de las cosas en aquel tiempo entre españoles y araucanos. Los indios asesinan a Pedro de Avendaño y a cuatro españoles más. Consecuencias del atentado. El Gobernador pasa a Purén. Vuelve a Santiago. Entrega el mando, y se retira del servicio.

(1561)

Como a mediados de febrero de 1561 quedó cumplida y obedecida en Santiago<sup>191</sup> y demás colonias españolas de Chile, la provisión del gobierno interino en Rodrigo de Quiroga, sujeto distinguido ya en este, como en otros cargos de república, a que anteriormente se le había llamado, siéndolo en esta ocasión por nombramiento de don G.H. de Mendoza, fechado el 7 de junio de 1560 en Concepción, cual se ha dicho más atrás.

Presentaban entonces las cosas un muy favorable aspecto para los españoles, porque si mentida pudiera ser la paz que con ellos pactaran los araucanos, manteníanse éstos como olvidados de pensar en romperla, dando así ocasión a que sus enemigos corrieran confiados allá donde la satisfacción de un deseo los llamaba; que pues callaban las armas, en cuyo ejercicio tantos disgustos, y trabajos tantos, habían hallado, natural era ir en busca de distracciones y placeres permitidos, mientras no se declarara relajada la armonía entre los dos pueblos. Decimos armonía porque no hallamos voz que a nuestro pensamiento responda, y ésa está muy lejos del interior sentir que en los dos bandos presidía; ni los españoles aspiraban a menos que a sojuzgar un pueblo cuyos hijos, en compensación del desposeimiento de su suelo natal, recibirían cadenas y servidumbre; ni los araucanos pudieran pensar en corresponder finos y agradecidos con gentes, que a tan degradante posición los bajarán.

Si ajustaron paces, no con más objeto que el de reparar tantos reveses como sus armas habían experimentado. Aunque no escasos en capitanes de acreditado valor, todavía los puso la muerte del ilustre Caupolicán en el caso de atreguar la guerra, que el reponer la suprema dignidad del Estado, si cosa sencilla y breve

---

<sup>191</sup> El 5 en esa capital.

parece entre naciones cultas, tiempo pide, y grandes embarazos trae, entre tribus enteramente independientes unas de otras, y así como llamadas a la defensa de una causa común, también convenía que todas ellas, y sus respectivos jefes, a una vinieran depositando el *toquiato* en sujeto digno de regir los destinos del país.

Es presumible también que si quedara don G.H. de Mendoza en el gobierno de Chile, la paz fuera de más duración; habían reconocido los araucanos la admirable fortuna de aquel joven conquistador en las armas; como nunca conocieron el miedo, no diremos que la temieran, pero llegaron a respetarla, y con la ausencia de aquella afortunada persona, ese respeto pudo muy bien olvidarse, en la esperanza de que, habiendo de medirse con un nuevo jefe, acaso quisiera el hado mostrárseles propicio.

Es de todos modos evidente que en el alma de los araucanos dos sentimientos de consecuencia se sustentaban con indecible robustez; amor de su independencia, odio implacable contra aquéllos que esa independencia querían arrebatarles, y si ocasión para probar ambas cosas llegaba a presentarse, seguro que no la habían de desperdiciar.

Apareció esta ocasión el 22 de febrero, en que Pedro de Avendaño con otros cuatro amigos cayó en su estancia<sup>192</sup> situada en la jurisdicción de Purén, sin más ánimo, ni otra idea que la de pasar algunos días de recreo en el campo entre sus indios, y dirigir en tanto el orden y distribución de una casa que de nueva planta estaba alzando en su encomienda. Ocurrió que como veinte o más de sus indios tuvieran que cargar con maderos de bastante peso para arrimarlos a la obra comenzada, cada uno de aquéllos tomó una enorme estaca fingiendo apoyar en ella para resistir mejor la carga, y en cuanto llegaron adonde su amo y demás españoles estaban, y que hubieron soltado los maderos, comenzaron a trancazos hasta acabarlos en muerte lastimosa<sup>193</sup>.

Los indios cogieron la cabeza de su señor, Pedro de Avendaño, se refugiaron en las tierras del cacique Angalicán en el mismo distrito de Purén, y desde allí se pasó a los estados de Arauco y Tucapel la ensangrentada prenda que del atentado sacaran, y fue recibida en ambos puntos con singular satisfacción y contento; cosa equivalente a: nos cuadra el rompimiento de la paz, y con gusto volvemos de nuevo contra los enemigos de nuestro país.

Ni otras eran tampoco las intenciones del cacique Angalicán, quien, con palabras de marcada soberbia, rechazó la pretensión del comandante de la plaza de Purén, Miguel de Velasco, que reclamaba se le entregasen los reos en su jurisdicción asilados; pasó el jefe castellano a la amenaza, y con insultante desprecio le respondió el jefe indio; causa para que aquél, comunicando al gobernador interino Rodrigo de Quiroga el asesinato cometido en la persona de Avendaño y sus cuatro amigos, diera también cuenta del mal responder de Angalicán, encareciendo lo mucho que importaba el castigarle sin ninguna demora, por lo mismo que presu-

---

<sup>192</sup> Hacienda de campo, si acaso no fuera mejor casería.

<sup>193</sup> Debió Pedro Cortés salvar su vida huyendo precipitadamente, puesto que se supone, en su manuscrito histórico, testigo presencial de la escena.

mía que el sacrificio se había cumplido a instigación del Cacique; porque se decía que andaban ya los próceres del país en la elección de un toqui<sup>194</sup> y porque, en fin, en la cabeza del desgraciado Avendaño iba el grito de guerra para todos los estados, en lo que sus hijos entienden por *correr la flecha*.

Imponderable el dolor que esta noticia llevara al sensible corazón de Rodrigo de Quiroga, viendo por testimonio de la paz violada, por enseña de un nuevo levantamiento, la cabeza de Pedro de Avendaño, su yerno... Así es que entre sobrecogido y desesperado salió de Santiago con una corta escolta, y tomando en Concepción otras fuerzas, otras también en Cañete, se puso sin dilación ninguna en Purén (el 9 de marzo), resuelto a vengar la ofensa sin parar en medios, sin escuchar consecuencias.

Si que a esta sazón ya andaban los araucanos en preparativos para volver a la guerra, pero como ni Arauco, ni Tucapel, ni otros distritos de los que en la paz habían entrado, dieran todavía muestras señaladas de hostilidad, Rodrigo de Quiroga no podía, ni debía, descargar en esos estados la ira envenenada que en su pecho ardía desde que supo la muerte de Avendaño; y forzado, por lo mismo, a hacer pasto de ella el único punto en que el crimen se cometiera, dio suelta a una desmandada indignación, arrasando toda la comarca, para que entre el hierro y el fuego perecieran personas y propiedades de inocentes, como propiedades y personas de culpados.

Fue fortuna para una parte del territorio de Purén que el ayuntamiento de Santiago llegara todavía a tiempo, pidiendo en manera imperante el retorno instantáneo de Rodrigo de Quiroga a la capital, donde había de dimitir su cargo de

---

<sup>194</sup> Nuevos razonamientos son necesarios en abono del contexto de los tres precedentes capítulos. ¿Quién sucedió al Caupolicán muerto en Tucapel? Caupolicán su hijo, o II, como le llama Molina y otros historiadores. En sentir de esos mismos historiadores la famosa batalla de Quiapo fue posterior a la muerte de aquel ilustre caudillo; ¿quién mandaba a los araucanos? Caupolicán II, según Molina, Tucapel según Figueroa. Ercilla no hace mención de Caupolicán II, ni tal jefe parece haber existido. En efecto, si ese hijo tuviera el verdadero Caupolicán, ¿no hubiera aparecido al lado de su padre en algunas funciones? Como Lautaro se ganó un nombre inmortal, rayando en los diecinueve años, ¿no es de presumir que con veintidós ya cumplidos diera Caupolicán II tal cual prueba de ser hijo digno del que ejercía el supremo poder? Menester había de esa prueba, porque entre los araucanos no se medra sin acreditar valor y osadía; son todos ellos valientes y osados, preciso es, pues, que quien haya de mandarlos lleve esas cualidades hasta el asombro; ¿las traía escritas Caupolicán II, mozo desconocido hasta que plugo a los historiadores entregarle el hacha de piedra? *Santisteban Osorio* debió conocerle sin duda, pues dice que se mantuvo en un oculto valle, de donde nunca jamás había salido, y que

Todo el tiempo que digo, el araucano,  
Comunicando siempre con las fieras,  
Haciéndose en sus hechos inhumano,  
Andaba por los montes y riberas:  
Mataba muchas de ellas, por su mano,  
Buscando las más bravas y ligeras,  
Que en todo Pilmayquén hallar podía  
Y de sus mismas pieles se vestía.

No hay sino que este *continuador* de la *Araucana*, si desapacible en el canto, todavía tuvo la desgracia de ser más que singular en el cuento, acabándole allí donde la sana razón le comienza.

gobernador interino, para poder reconocer en el gobierno la persona de Francisco de Villagra, representado en forma por el licenciado Juan de Herrera. Sin ese aviso, que puso a Quiroga en la necesidad de obedecer, quedado hubiera todo el distrito de Purén asolado, yermo; verdad es que sobrado dejó cumplido la crueldad, para que los indios se revolvieran de nuevo con tesón y ensaña, pidiendo a su enemigo cuenta de tanto ultraje, y cabezas con que aplacar el grito de la orfandad desvalida, y de la inocencia sin piedad castigada<sup>195</sup>.

---

<sup>195</sup> Ya nos pedirá la historia otra vez el nombre de Rodrigo de Quiroga, sólo importa saber aquí que en cuanto se desnudara del gobierno interino de Chile, voluntaria o forzosamente quedó retirado de las armas: el modo no anda averiguado, pero no damos con razón para admitir el retiro voluntario. Que Francisco de Villagra le apartara del servicio, por haber merecido una muy señalada amistad de don García Hurtado de Mendoza, también es suposición infundada, y tiene contra sí no pocos antecedentes; con que el cabildo de Santiago, y el mismo Villagra, desaprobaban el extremado rigor que Quiroga describió en Purén, mirándole como una provocación a la guerra, pudo llegarse al punto que se anota, y esto es lo más probable de todo cuanto sobre la materia se ha dicho; mas faltan datos para convertir la probabilidad en hecho.

## CAPÍTULO XL

Los reos Francisco de Villagra y Francisco de Aguirre. Llegada de Villagra a Coquimbo. Dase a reconocer gobernador de Chile. Salen a recibirle dos concejales de la capital. Pedro de Villagra pasa a Cañete. Gregorio Castañeda a la reconquista de Tucumán. Aparecen los araucanos en Lumaco. Pasa el Gobernador a Arauco. Altamirano marcha a reforzar a Cañete. Se embarca el Gobernador para Arauco y le llevan los vientos a Chiloé. El toqui Antuhenu en frente de Cañete. Se refuerza el Toqui en Nahuelbuta, y le bate otra vez Altamirano. Villagra enferma y se traslada a Concepción.

(1561 - 1562)

En cuenta hemos tomado el injusto porte de don G.H. de Mendoza con Francisco de Villagra, que preso, y en compañía de su competidor Aguirre, fue mandado a disposición del marqués de Cañete, virrey de Perú; pero resta saber que con los resultados de tal disposición, si la honradez del perseguido Villagra subió a su lugar natural y merecido, la de él que tanto blasonaran sus detractores con terrible merma se acercó a la balanza de la imparcial justicia. Ni pudiera suceder otra cosa cuando se ve que Aguirre, supuesto reo como Villagra, halla en el virrey de Perú, con recomendación de don G.H. de Mendoza<sup>196</sup>, un amigo, un protector, en fin, una espada, y las fuerzas, y los recursos necesarios para ir a la conquista de la provincia de Tucumán, cuando para Villagra no hubo sino desaires y al cabo inhospitalidad, poniéndole en la dura precisión de trasladarse a su patria. Ni pudiera suceder otra cosa cuando llegada la víctima a los pies del trono en demanda de castigo si crímenes se le prueban, o de desagravio si su inocencia luce, con conocimiento de causa le alza el Soberano al gobierno de Chile, adornado con los títulos de mariscal

---

<sup>196</sup> Como con ese Gobernador se aparta también Suárez Figueroa de los asuntos que a Chile conciernen, preciso es que aquí anotemos cuánto nos choca el ver que, si acertado pudo andar reprendiendo a Ercilla un voluntario olvido de hechos que la verdad histórica reclamaba, parcial e inconsecuente se muestra no dando a Valdivia, a Quiroga y a Villagra sino injusticias y excesos, que más gritan, cuanto que con cuidadoso estudio se vierten entre desmedidas alabanzas a la persona de don G. Hurtado. Desapasionados hemos escrito los defectos y demasías de ese Gobernador, también sus apreciables prendas, y como éstas no anden vinculadas, bien las descubriera Figueroa en aquellos conquistadores, a reprimir un poco el hastío que parece causarle el villanaje.

y adelantado, y dándole cuatrocientos soldados que habían de seguirle a su nuevo destino. El remedio dice en sí cuánta fuera la gravedad del mal.

Embarcose Villagra con su gente para Tierra Firme, desde donde pasó al puerto de Payta, y enseguida a Lima; no deteniéndose en esta capital sino el tiempo necesario para el apresto de dos bajeles que le pusieron en Coquimbo el 4 de junio de 1561. Saltó en tierra el 5, y entrando en La Serena fue recibido y aclamado gobernador de Chile con señaladas demostraciones de júbilo, así de parte de aquel vecindario, como de sus autoridades; otorgando en el siguiente día 6 el competente poder para que el licenciado Juan de Herrera, con presentación del real despacho, pidiese su obediencia y cumplimiento al cabildo de la capital, y se diese a reconocer por su lugarteniente y capitán general del reino, en lo que la ausencia durara. El 13 del propio mes entró Herrera en el ejercicio de sus funciones<sup>197</sup>.

Villagra, por su parte, confiando en la paz que con su antecesor tenían tratada los araucanos, se entró a visitar el estado de las minas de aquella provincia, y cuantas encomiendas en ella había, siéndole sumamente grato el ver que, gracias a las severas ordenanzas de don García Hurtado de Mendoza, la condición de los indios había mejorado sobremanera, porque los encomenderos tenían en aquéllas un freno que no se había de romper impunemente. Así es que si acaso creyó conveniente traer de su autoridad propia algunas disposiciones de oportunidad, o de interés puramente local, en nada alteró el régimen que Pedro de Valdivia asentara, y don G. Hurtado había enmendado con acierto.

En este intermedio el cabildo de Santiago preparaba un pomposo y magnífico recibimiento a su nuevo gobernador, y para que por todos los medios se expresase la satisfacción con que se le veía en el mando supremo, fue acuerdo del 11 de julio que uno de los alcaldes, y un regidor pasarían inmediatamente a felicitarle, con cargo también de acompañarle en su tránsito de La Serena hasta la capital.

En el camino hubieron de hallarle esos dos miembros de justicia, porque Villagra, olvidadas ya las incomodidades de su larga navegación, venía para Santiago y entró en esta ciudad el día 19 del dicho mes.

Nunca tan pródigo aquel vecindario en toda suerte de juegos y de festejos; nunca entusiasmo tal como el con que corrió a saludar a su nuevo gobernador, siendo digno de reparo el grito unánime que se perdía en los aires, no de vana alabanza a la persona vestida con la suprema autoridad del reino, antes de bendición a la justicia del Soberano porque tan a punto pagado había lo que al mérito y a la honradez se les estaba debiendo.

¿Y por qué no dar entonces libre curso al contento? En sus resultados la paz con los indios no inspiraba todavía entrada a un serio recelo, pues que corría sin contar otro accidente que el de Avendaño y sus amigos, accidente que con demasía había castigado Rodrigo de Quiroga, y accidente, en fin, cuya importancia no supo estimar el gobernador Villagra, como si con la ausencia de Chile se le hubiera ido de la memoria todo cuanto le enseñara el pueblo araucano, para probar que no había de ser nunca esclavo de otro pueblo, ni reconocer obligatorio tal pacto a que la necesidad a la violencia le trajeran.

<sup>197</sup> Así resulta de los asientos del cabildo de Santiago.

Con todo, por si los indios pensarán en vengar los estragos que en la comarca de Purén había ejecutado el enojo de Quiroga, vino Francisco de Villagra en mandar que su hijo Pedro pasase a la ciudad de Cañete con ochenta lanzas, y cargo de recorrer aquellas cercanías sin hostilizarlas, antes conduciéndose de modo que las buenas relaciones ni la tranquilidad no se alterasen. Algunas partidas de araucanos se cruzaban ya en aquel distrito; pero con la llegada de Pedro de Villagra desaparecieron.

Afán fue de todos los conquistadores el alejar cuanto posible los límites de su dominación, y ya que el gobernador Villagra, en desprecio de lecciones de tiempo pasado, no presumiera fácil el quebrantamiento de la paz, volvió sus miras a Tucumán, cuya provincia él mismo había agregado al reino de Chile en 1549, venciendo a Juan Núñez Prado, que en nombre del virrey de Perú la gobernaba. Pertenecía otra vez esta provincia al Virrey, y mandábala Juan Gómez Zurita (nombrado anteriormente por don G. Hurtado); mas como Villagra se reconociera con mejor derecho, y mirara en el despojo un agravio contra los estados que en nombre del Soberano regía, hizo que Gregorio Castañeda<sup>198</sup> con cien caballos volviese a reconquistar aquellas tierras, usando de las armas si la razón llegara a ser desatendida: Zurita fue destrozado, y Tucumán quedó nuevamente dependencia de Chile<sup>199</sup>.

Cuidadosos atendían los araucanos a todas las disposiciones del nuevo gobernador que inadvertido desmembraba sus fuerzas, y confiado se mantenía en la capital; y anduvieron entretanto tan cautelosos, tan atinados, en los preparativos para la guerra que cuando los españoles menos lo esperaban se vieron con un cuerpo de cinco a seis mil guerreros, fortificados en el lago Lumaco, y hostilizando los distritos de Imperial, de Purén, de Angol y de Colhué, bajo las órdenes del nuevo toqui Antuhenu<sup>200</sup>.

Al nombre de este General con que de improviso salieron los estados de Arauco y Tucapel, rasgando los tratados convenidos con don G.H. de Mendoza, como por encanto se alzaron Catiray y otras provincias de los contornos, y fuera general el levantamiento, a no concurrir el mismo Villagra donde el peligro amenazaba, aunque más de una de las estancias españolas habían sido arrasadas, cuando él llegó a dar cara al enemigo. Diligente y animoso recorrió el Gobernador las tierras de Arauco y de Tucapel, las de Cañete y de Angol, llegando a Imperial en los principios de mayo de 1562<sup>201</sup>, cuyos moradores le recibieron con sumo contento

<sup>198</sup> No tardó en reemplazarle Juan Jofré “para proseguir en la conquista, por orden del Gobernador”.  
(*Cabildo de Santiago*).

<sup>199</sup> Procedió mal Villagra en esa disposición, más que en su favor habla el Derecho. Apelar a las armas contra sus hermanos con pretexto de recobrar... ¿qué? Un terreno con dueño, es decir, un terreno ya declarado dominio del Rey. Consúltese, pues, con ese dueño, él o sus consejeros dirán si es más conveniente para el país en cuestión el gobierno de A o el gobierno de B. Fue un desacato a la Corona el extremoso medio del gobernador de Chile; justo hubiera sido pedirle cuenta de la sangre por su causa vertida, sólo que en aquella época de instituciones civiles sin carácter determinado, por todas partes quebraba el cetro, exceptuando la que guardaba la manos del *inquisidor*.

<sup>200</sup> Tal fue el nombre del jefe que sucedió a Caupolicán.

<sup>201</sup> A cuya ciudad debía llegar en breve su mujer doña Cándida Montes, y que “el Gobernador había llegado a ella, pues se ve el 22 de mayo en que nombró a su joven hijo don Pedro de su teniente

y llana cordialidad; que a ello les autorizaba la circunstancia de ver un convecino en el que para otros pueblos no era sino el Jefe del Estado.

Antuhenu no quiso tomar la ofensiva, ni tampoco descubrir su frente, que, aunque esforzado y audaz, no escaseaba en prudencia; y como comprendiera cuánto importara el ordenar y amaestrar sus batallones, antes de empeñarlos en función de consecuencias, en las algaidas más guardadas y seguras del país se mantenía, mientras que con falaces y nuevas protestas de paz se fuera ganando tiempo para abrir convenientemente la campaña.

Con esas estudiadas proposiciones y pretexto de cumplimentar al Gobernador, le habían salido varios caciques a su paso por Arauco, Tucapel y Cayucupil, y esta vez concurren otros a Imperial probando, para asombro de las gentes, que en el alma de aquellos indios ni cabía idea de sumisión, ni entrar pudiera la del abatimiento; antes como si trataran de igual a igual, hemos dicho poco, como si dolidos de aquellas manadas de aventureros errantes que allí parecían sin patria ni hogar, un rasgo de magnanimidad fuera ya necesario, entraron ofreciendo al Gobernador algunos terrenos donde pudieran fundar los españoles, y cultivar para su sustento; seguros de no ser inquietados en manera ninguna: “pero que no habían de contar con *mytayos*, sino que ellos mismos ganasen el pan con su propio sudor”.

Preciso es reconocer que, tanto como de santa, tiene la máxima de atrevida, sólo que hubiera debido pegar en un don G.H. de Mendoza, para que al trasluz reparara la poca solidez del edificio que creyó de tanta duración. A punto estuvo el mismo Villagra de ver en semejante propuesta el delirio de un descompuesto orgullo, pero justo apreciador del valer del enemigo con quien trataba, sagaz se mostró en respuestas muy medidas y de ningún compromiso, y hasta despidió a los caciques con presentes de alguna importancia, para que menos pudieran penetrar sus secretas miras.

Apenas salieran los caciques de Imperial, cuando ya marchaba el Gobernador para Valdivia, desde cuya plaza, reunidas con diligencia algunas tropas que de Osorno y Villarrica se mandaron venir, con ciento setenta hombres, se dirigió el maestro de campo Julián Gutiérrez Altamirano para Cañete, encargado de obrar con el joven Pedro Villagra, que había de hostilizar y castigar abiertamente las provincias rebeldes.

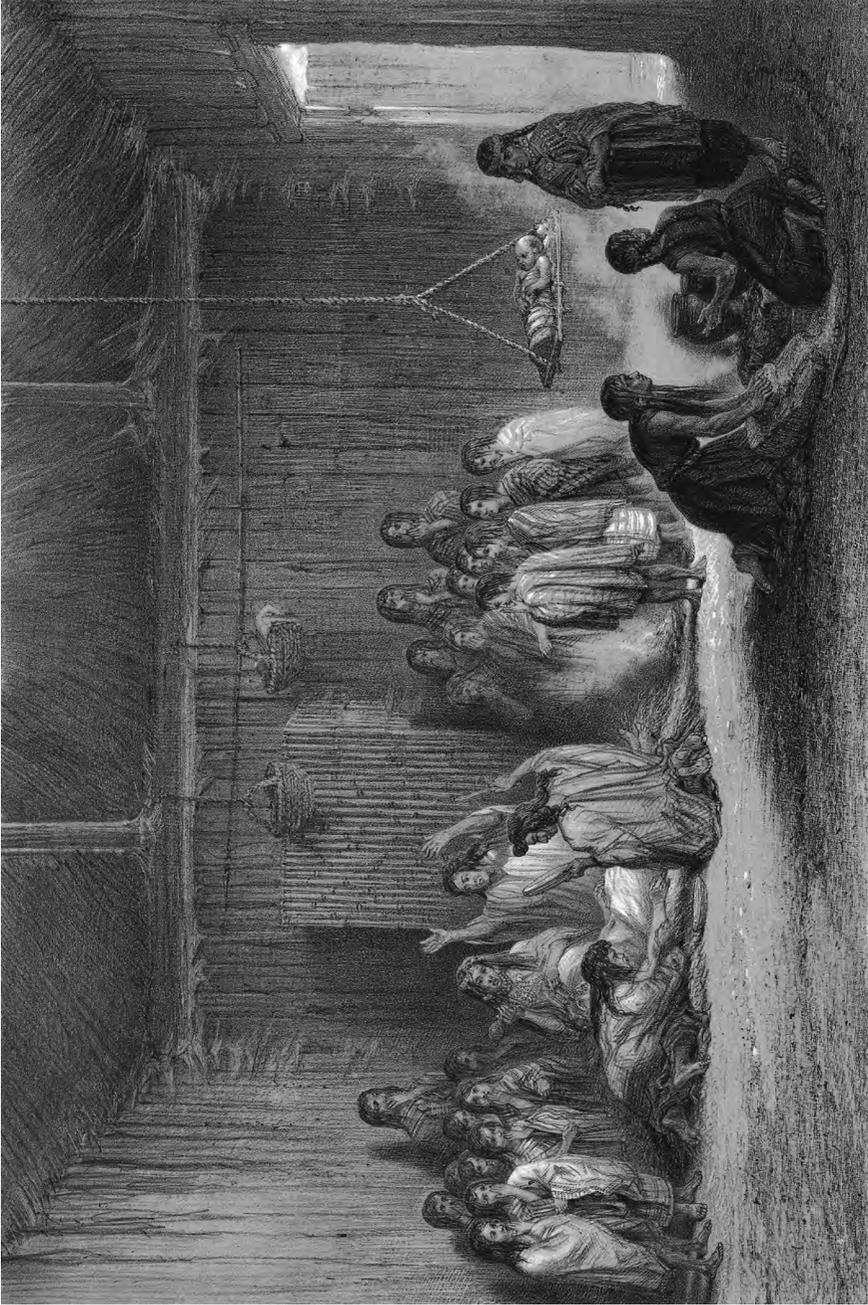
El Gobernador tomó también inmediatamente un buque en el puerto de Valdivia, resuelto a trasladarse a Arauco, porque aquejábale demasiado la gota, y prefirió este viaje al que, en mejor estado, hubiera querido hacer por tierra; pero un mal temporal le puso de arribada en la isla de Quinchao, una de las del archipiélago de Chiloé, con cuyos indios tuvo un ventajoso empeño, y concluido dio nuevamente vela para su destino, al cual aportó sin ningún otro contratiempo.

Cuando Altamirano llegó a Cañete, ya encontró esta plaza sitiada por el toqui araucano, mas se le abrió inmediatamente paso, porque el astuto Antuhenu advirtió que si se enredaba con este inesperado refuerzo, también saldría a función el

---

de gobernador, y capitán general para la ciudad de Santiago, e ínterin volvía el propietario Juan Jofré que estaba a la otra banda de las cordilleras en Cuyo, y Carea, conquistando y poblando”.

(*Cabildo de Santiago*).



**UN MACHTTUN,**

Modo de curar los enfermos.



presidio de aquella ciudad; y retiró sus fuerzas con ánimo de utilizarlas contra los cuerpos o dos destacamentos sueltos que los españoles habrían menester de sacar a campo, para hacerse con forrajes de que sentían extrema escasez.

A suponer que los españoles habían de quedar a la defensiva, y nada más, fundada era la esperanza de Antuhuenu, pero lejos andaba esa suposición de las órdenes de Villagra, en virtud de las cuales, salió inmediatamente Altamirano con cerca de doscientos ochenta hombres, en persecución del Toqui, que de antemano se había fortificado en Lincoya, término de Tucapel, y en cuya posición fue roto, dejando en manos de su enemigo muchos prisioneros, gran cantidad de mantenimientos, y en el campo más de ciento cincuenta cadáveres.

Tras este hecho se volvió Altamirano a Cañete, pensando que, con el escarmiento, mucho habían de tardar los indios en reponerse para venir con nuevas provocaciones; pero ni más tiempo perdieron que el necesario para llegar a los montes de Nahuelbuta, en la parcialidad de Rucupillán, donde habiendo reparado una posición que no podía ser atacada sino por el frente, en ella asentó el Toqui su real, cerrando con bien entendida estacada la parte descubierta, y despachando un cuerpo que había de correrse en amenaza del presidio de Angol, mientras que otro no muy considerable discurriría en avanzadas, para divertir mejor al enemigo; porque las fuerzas indias de día en día se aumentaban.

Con noticia de estas disposiciones se puso otra vez Altamirano en movimiento, marchando derecho a las posiciones que el Toqui ocupaba. Aunque llegó a ellas sin haber reparado en el tránsito quién de este movimiento parte hubiera podido dar a Antuhuenu, no dejó de sorprenderle el ver con cuanta vigilancia se mantenía el campo del General enemigo, y lo que más es, lo acertado del punto en que parecía resuelto a defenderse, y al cual no podía llegar en manera ninguna la caballería que mandaba en aquella ocasión Nuño Hernández. Resuelto el ataque, fue preciso echar pie a tierra y marchar contra la empalizada, lo cual se ejecutó con arrojo y destreza; pero también respondieron los indios con igual aliento al que en sus días probaran los veteranos del esclarecido Caupolicán, aunque menos prácticos en lides, para mal suyo, dejaron que los españoles penetraran en el recinto. En tal caso ya se hizo la refriega general, y si despavoridos algunos cuerpos bisoños, comenzaron a echarse por los barrancos y derrumbaderos, o por entre las espesuras de los impenetrables bosques que a espaldas tenían, otros hubo que a la voz del alentado Antuhuenu, sustentaron la lid con extraordinario despecho, siendo para ellos la muerte más apetecida y buscada que la fuga, a un vergonzoso rendimiento. Las armas castellanas recogieron el triunfo, mas en gran apuro les puso Antuhuenu con sus tres mil guerreros, y si muchos de éstos perecieron en la contienda, también a Altamirano le mataron cuatro hombres, sin que uno solo de todos los demás dejara de sacar heridas de mayor a menor gravedad.

En muy mal estado, en efecto, quedarían los españoles, cuando de regreso el maestre de campo a la ciudad de Cañete, fuele menester enviar a la ligera un socorro a la plaza de Angol, ya amenazada de otro cuerpo de indios, y sólo pudo dar a Pedro Fernández de Córdova, veinticinco hombres, que sin duda perecieran en la primera jornada, si Andrés Fuenzalida, uno de ellos no se entendiera en ardidés mejor que aquel capitán.

Con esta partida dispuso Córdova pasar la noche a inmediaciones de un bosque, en el cual estaba con seiscientos araucanos un cabo de Antuhenu llamado Rucupillán<sup>202</sup>. Cuando viera este jefe, y sin ser visto, el corto número de extranjeros que tan inmediato daba muestras de echarse al descanso esperando la venida de nueva luz, en ánimo entró de sorprenderle y destrozarle; pero acaso con menos fe en el éxito que la que a sus fuerzas dar debiera, cae en la fatal idea de pasar al campo contrario con veinte de los suyos, dejando los demás en celada, y con seña convenida para cuando habían de responder a la interpresa que en su mente traía ya combinada.

Presentose Rucupillán a Córdova con desembarazo y muestras de muy particular interés, hasta llegar a decirle que nada tanto como la paz ambicionaba, que por renovarla, se había resuelto a salir de su morada con aquéllos sus siervos, y que de ellos había de disponer el jefe español en prenda de la sinceridad de sus palabras. Mucho agradeció Córdova las buenas disposiciones del Cacique, y quisiera hallarse en mejor caso para poder pagarle un tan fino obsequio, del cual dispuso efectivamente, haciendo que cada uno de aquellos veinte indios entrase a servicio de uno de los españoles que le seguían; mientras él amistosa y familiarmente se entretenía conversando con Rucupillán.

Fuenzalida, de un natural sumamente receloso, no quiso creer de buena fe al jefe araucano, y apartándose a un regazo quebrado con el indio que le cupo, sin detenerse, ni ser visto de nadie, le puso el mosquete al pecho, amenazándole que allí iba a dejar la vida, si no confesaba ingenuamente las intenciones con que su señor viniera al campo; medida que surtió el efecto deseado, y tras la cual, dada parte a Córdova, todos los demás indios y Rucupillán quedaron presos.

Con firme resolución negó éste la trama que ya la amenaza en unos, ya un inhumano trato en otros, dejaron aclarada y descubierta; pero para completa prueba, cuatro indios más aparecieron en la cresta del monte, voceando a su jefe; forzóse a éste para que les respondiera, y como entretanto corrieran Pedro Cortés, y Monroy con otros tres soldados a cortarlos por la espalda, fueron presos dos de ellos, quienes también declararon lo mismo que se sabía, siendo enseguida todos los veintitrés víctimas del encono de Pedro Fernández de Córdova, que se alejó de aquel lugar en cuanto acabara el cruento sacrificio.

Mientras de esa suerte iba extendiéndose la guerra en aquellas provincias, también en el gobernador Villagra se agravaban las dolencias, y a tal punto que sintió la necesidad de retirarse a Concepción, para poder continuar un régimen curativo capaz de dar resultados. Dispuso en consecuencia que Altamirano viniese a la plaza de Arauco, y cumplida esa orden, encargó el mando de dicha plaza al capitán Lorenzo Bernal del Mercado; puso un destacamento volante bajo las órdenes de Arias Pardo, con cargo de atender, como lo pidieren las circunstancias, al auxilio respectivo de Cañete, Tucapel, Angol y los Infantes; y tras esas disposiciones hizo que su maestre de campo le escoltase hasta Concepción, en cuya ciudad entró el 22 de diciembre 1562<sup>203</sup>, teniéndole la gota como atafagado a fuerza de padecer.

<sup>202</sup> Cacique o ulmen de la parcialidad del mismo nombre.

<sup>203</sup> Asientos del cabildo de Santiago.

## CAPÍTULO XLI

Antuhuenu activa el arreglo y la organización de su ejército. Desacatos a la justicia en Santiago y en La Serena. Los araucanos en Millapoa. Atácalos Arias Pardo con mal éxito. Avanza Arias hasta Catiray y Antuhuenu le destroza. Sitia el Toqui la plaza de Arauco. Ardid con que engañó a Lorenzo Bernal. Alza su campo Antuhuenu. Fatal condescendencia del Gobernador. Pedro Villagra en Millapoa. Antuhuenu en Marigüeñu. Batalla en que perecen el joven Villagra y casi todos los españoles y auxiliares. Bizarría del chileno Pedro Cortés.

(1563)

Entre paz y guerra vacilan ya algunas parcialidades, viendo que los primeros hechos de armas del nuevo toqui no responden a la esperanza del país, y como, irritados los españoles por el quebrantamiento de los pactos, todo en él lo talan, todo lo encienden y destruyen, tal tribu se siente consternada y llena de espanto, mientras que en otra la irritación y el despecho recobran imponderable energía.

El Toqui, por su parte, no cuenta los reveses, ni menos piensa entrar en acomodos con un enemigo cuyo vencimiento le parece probable desde que sus jóvenes guerreros, más habituados al juego de las armas, mantengan en los lances la calma, la audacia y el esfuerzo que en este digno sucesor de Caupolicán lucían. Por lo mismo, infatigable se le ve organizando sus huestes, instruyéndolas, ejercitándolas, mudando cabos y arreglando cuerpos, que si de elementos carecía para ponerse a igual en armas con su contrario, sobrábale imaginación para dar a sus líneas un giro enteramente nuevo, y un plan de operaciones regular y sostenido, desde que se imprimiera su inflexible y severo querer en aquellas masas indisciplinadas y soberbias.

Bien comprendía el gobernador Villagra que la guerra, lejos de ceder, había de encruelecerse de día en día, y con no poco sentimiento se trasladó a Concepción; pero el descalabro de su salud no le dejaba otro arbitrio, aunque si en el reposo suponía un remedio a sus dolencias, nuevos enemigos le esperaban dispuestos a robársele.

Lleno de celo por la prosperidad pública, no menos afanado porque el reino, cuyo gobierno estaba a su cargo, floreciese con monumentos que comenzasen proclamando grandeza y poder, apenas llegara a Concepción, y postrado como lo tenía el mal, todavía dio curso a cuantos expedientes tenían entorpecidas las opera-

ciones militares, todavía encomendó al corregidor de la capital<sup>204</sup> que sin demora, pretexto, ni excusa, se apresurasen las obras comenzadas, en particular la casa del concejo, y el templo, cuya primera piedra había sentado don G.H. de Mendoza.

En camino estaba la orden cuando llegó aviso del corregidor de Santiago, quejándose del desacato que en esta ciudad se hacía a la justicia, por medio de pasquines y baldonosos libelos que se distribuían subrepticamente, o de noche se sembraban con profusión por las calles, y en todos ellos se llamaba a un levantamiento contra la autoridad. Gran mella hizo esa novedad en el sensible corazón de Villagra, y, aunque con poder para descargar el tremendo golpe que tanta avilantez requería, aunque cierto también del fautor y fautores principales de tamaño insulto, más que la justicia no los trajera señalados, con muestra de nuevas pruebas de la generosidad y caballerosidad de su alma, ni parte, ni juez se quiso hacer en la causa, antes mandó que el licenciado Alonso de Ortiz pasase a sumariarla, y allá resolviese conforme a resultas, y al eco de su propia conciencia<sup>205</sup>.

Apenas puesto en la capital este comisionado cuando la autoridad de La Serena concurre con la propia queja que la de Santiago, pero diciéndose además insultada y atacada abiertamente por los mismos hombres que el Gobernador suponía, esto es, por Francisco de Aguirre<sup>206</sup>, sus hijos Fernando y Francisco, y otros sus amigos.

De estas incalificables tropelías, que sobre distraer a la autoridad, la desvirtuaban, muy detallados pormenores tenía el Toqui, y atento a ocasiones favorables, no había de perder una en que la anarquía parecía enseñarse robusta, antes hizo que en desprecio del campo volante con que se paseaba Arias Pardo, varios de sus

<sup>204</sup> Éralo Juan Jofré, vuelto ya de Tucumán.

<sup>205</sup> Dio la comisión desde Concepción en 13 de marzo al licenciado Alonso de Ortiz para que remediase los escándalos y libelos contra la real justicia, y el guardián de san Francisco, el P. Rabaneda (cabildo de Santiago).

<sup>206</sup> ¡Fatal ambición que así alucinó a un caudillo de tanto lustre, a un militar de los más entendidos y valerosos de aquella época! Los Aguirre fueron presos y procesados, dice el libro 3º de provisiones de la capital al folio 329; y en el de acuerdos se lee: “confirió (el gobernador Villagra) el segundo despacho al licenciado Juan de Herrera en 17 de mayo para que les siga causa al general Francisco de Aguirre en la ciudad de La Serena, donde es vecino, y a Fernando de Aguirre, y a Francisco de Aguirre el Mozo, y a los demás culpados, en los desacatos y resistencia a la real justicia”. Se ignora el resultado de ese proceso, pero ya que la historia no pasa de este punto con el nombre del célebre acusado, ni cuentas quiso hacer de su carrera, aquí toca consignar las noticias que a este respecto tenemos. Francisco de Aguirre nació en Talavera de la Reina; siguió las armas en calidad de distinguido, y en las campañas de Italia se le ve de subteniente, con cuyo empleo asistió a la expugnación de Roma, acudiendo con su compañía a la defensa y amparo de un convento de religiosas, que la tropa quiso entrar a saco. El Papa agradeció tan noble proceder, y preguntando cuál recompensa quería, el joven Aguirre respondió se le dispensase contraer matrimonio con su prima hermana doña Constanza Montes, hija también de Talavera, lo cual se le otorgó. Vuelto a España, le hizo rey corregidor de aquella ciudad; pero más amante de las armas que de las letras, arrojó el bastón y recogió la espada trasladándose a Perú con su hijo Fernando, muy niño aún. Tuvo en este país encomienda de indios, como confundador de la ciudad de La Plata. Pasó a Chile con don Pedro de Valdivia y en calidad de capitán. Fue tres veces alcalde ordinario de Santiago; también oficial real, y capitán de guerra o corregidor. Hecho general reconquistó a Coquimbo, y refundó La Serena, cuya ciudad puso por timbre de sus armas la inicial *F.* de *Francisco*, para mayor honra de Aguirre. Conquistó también y pobló las diaguitas y jurjes: en fin, fue grande y acabó olvidado.

capitanes corriesen con cuerpos distintos las cercanías de Cañete, encargándoles que no entraran en empeños serios con los españoles, sólo si provocarlos por direcciones opuestas para que las fuerzas se aparentaran mayores, y más incierto el punto que el grueso de ellas ocupaba.

Uno de esos cuerpos que orden tenía de reunirse a otro en Talcamávida, se adelantó marchando a medianoche hasta las inmediaciones de Cañete, y con silencio tanto que llegó a coger un hato de cerdos, y un caballo de los de una partida española que conducía aquel ganado a la ciudad, cuyos soldados descuidados se entraron en una como choza que en aquellos ejidos se había alzado. Grande fue la sorpresa del jefe Juan de Lazarte cuando con la luz del alba viera que le faltaban la manada de cerdos y un caballo, pero como por la huella presumiera descubrir y recobrar lo perdido, se puso inmediatamente a seguirla con once hombres más, y antes que los indios llegaran a reforzarse con otros, ya fue lance de disputar seriamente la presa. El terreno era escabroso; los españoles acometieron con brío, pero fiando los araucanos en su número, respondieron al ataque, con unidad tanta que en breve sacaron la vida a Lazarte y a otros tres, y perdiéranla todos los españoles, si ya muy mal heridos y estropeados, no cuidaran de abandonar el empeño retirándose más que de prisa a Cañete, para referir la desgracia a que un reprehensible descuido los trajo.

Cuando el entendido Antuhenu tuvo noticia de este suceso, al momento comprendió que sus enemigos no le habían de dejar sin represalias, y por consiguiente determinó que todos los cuerpos sueltos se unieran, no donde él tenía su real<sup>207</sup>, sino sobre el cerro de Millapoa, y que allí se mantuviesen alertas en tanto que españoles los pronunciasen sus movimientos, pero que si de improviso fueren acometidos, de la defensa del terreno cada uno de los capitanes le había de rendir estrecha cuenta.

A tal caso se vino sin tardanza, porque Arias Pardo con noticia de este nuevo campo, por relación que de él le hicieron algunos indios de paz, marchó *incontinenti* a batirle, y acaso sin un exacto conocimiento de la posición que ocupaba, pues que al descubrirle no pudo menos de confesar que costaría el desalojar al enemigo si en la defensa se empeñaba con su natural temeridad. Como quiera, el ataque comenzó cuando aún no estaba el Sol a mitad de su carrera, y los conquistadores penetraban la escabrosa sierra con admirable constancia y denuedo, pero tropezaban en la cima con una resistencia impenetrable. Las lanzas se escondían en pechos indios, los arcabuces no erraban tiro, y ni por eso se perdía un pie de terreno, ni por eso se descubría una calle en aquél como baluarte, formado de hombres resueltos a sellar con su muerte la orden de su toqui. En desesperada pelea se mantuvieron ambos bandos toda la tarde; en ambos descargaba la muerte su exterminador alfanje; en ambos resonaban los ayes y lamentos de multitud de heridos, y fue menester que la noche los apartara, pues si algunas horas más se hubiera retardado, tal era ya el temerario despecho, que en ellas acabaran quizá las vidas de todos los combatientes.

<sup>207</sup> Estaba en Catiray, como lo veremos luego; Molina le supone infundadamente en Millapoa.

Pensó Arias Pardo volver con el alba a la refriega, aunque no pocos muertos, no pocos heridos le costara la de este día; pero los araucanos, que habían sufrido pérdidas de mucha consideración, abandonaron el cerro durante la noche, y se dirigieron al cuartel general de Antuhuenu cantando victoria que a esto los autorizó Arias con haberse apartado del campo de batalla por lo que durara la noche.

Así es que con la llegada del día, y ausencia inesperada de los indios, enfurecido se mostró el caudillo español, y más sensible le pareció el descalabro del día anterior, por lo mismo que no veía delante objetos en qué vengarle. Resolvióse, pues, a seguir la huella de su enemigo y no parar hasta descubrirle; acaloramiento imprudente que le llevó a Catiray, y le puso en la necesidad de dar contra el mismo Toqui, cuyas fuerzas, sobre numerosas, eran de las más floridas, como que se guardaban para marchar al asedio de la plaza de Arauco.

La batalla de Catiray comenzó con un ardimiento de encarnizado encono, pero cerrados los españoles en una recia acometida, todos ellos hubieron de quedar descubiertos a la particular defensa; probando en ella hechos de sin par bizarria, hasta que cansados de tanto esfuerzo, despedazados muchos de ellos, y al fin todos rotos con rabiosa furia, fue preciso huir de aquella carnicería, para refugiarse unos en Cañete, en donde acaba de entrar Altamirano, otros en Arauco, yendo con estos últimos gravemente herido el arrojado jefe Arias.

Con tan feliz suceso adquirió el Toqui una preponderancia inmensa sobre el pueblo, como sobre la milicia, y esto le empeñó a tomar resuelto la ofensiva, comenzando con el asedio de la plaza de Arauco.

Mandaba en ella el capitán Lorenzo Bernal, y además de la guarnición española, tenía un cuerpo de indios auxiliares cuyos cabos, llamados Llincalcubú, Malluquetal, Tehualemu, Coluantú y Pelluleb, traían probado valor araucano, y a quienes cupo esta vez la guarda del foso, colocados noche y día en el mismo revezo de la contraescarpa.

A las acometidas de Antuhuenu, la artillería de la plaza y la arcabucería respondían con acierto, pero el mayor mal para el toqui venía de parte de los capitanes auxiliares, porque conocedores, si acaso no antiguos amigos, de los mejores jefes de las filas araucanas, se los ponían por punto de mira a los españoles, y por este medio raro era el día que no perdiera Antuhuenu seis u ocho de sus más acreditados oficiales.

Fecundo en ardidés, y, aunque no muy confiado en el buen éxito del que a la imaginación se le vino para remediar aquel mal, resolvió ponerle en obra, y echando mano de un parlamentario sagaz, le envió a la plaza encargado de decir al jefe español que ganado y vencido le tenía desde que así le acomodara ordenarlo, pero que no quería deber el triunfo a la traición, estimando en mucho más que los españoles se le rindieran voluntariamente, con palabra de ser bien tratados.

Con esto quiso retirarse el parlamentario para mejor disimulo, pero Bernal le pidió nuevas explicaciones sobre la palabra *traición*, y como con desprecio respondió el mensajero que los auxiliares ofrecían la entrega de la plaza, si el Toqui les aseguraba el perdón.

Sí que era proverbial la deslealtad de los indios, y que esa deslealtad había costado muchas vidas; pero creer por entonces desleales a unos hombres a cuyo celo

se debe el acierto de la defensa, hombres que avanzados al daño le desprecian, y cumplen con heroico esfuerzo el deber que se les tiene impuesto, fue desacierto de Bernal; y como si marchara sobre un volcán, como si en derredor suyo ya no viera sino traidores, ni se para a investigar, ni quiere oír descargos, ni da fe a protestas y súplicas, es ante todas cosas preciso que los inocentes y denodados auxiliares evacúen *incontinenti* la plaza para ver... que el enojo de Antuhenu los sacrifica, los asesina a todos ellos sin piedad, en venganza de los daños que le habían causado. ¡Indiscreto! cuando ya no tenía remedio comprendió aquella infernal estratagema que le atrajo no poco descrédito.

Concluido el bárbaro sacrificio, que, como lo dijo el sañudo toqui, toda su odiosidad había de recaer sobre los españoles, y reconociendo que inútilmente gastaba sus fuerzas contra la plaza, el general araucano levantó el cerco, y marchó contra los establecimientos de Cañete, de Angol y los Infantes.

Ese consecutivo desaliento de las armas castellanas, llevó al alma del gobernador Villagra un muy sentido pesar, porque como no le permitiera su estado el dirigirlas personalmente, ni le parecía dar con disposiciones acertadas, ni aun osaba ya cargar con la responsabilidad de ellas, antes comenzó a traerlas todas al examen de consejos de guerra, que se sucedían con frecuencia; que retardaban las operaciones cuando mayor actividad demandaban; que, en fin, suelen perder la ocasión entre opuestos pareceres, para que por lo regular triunfe el más desconcertado.

Esta vez así sucedió. Fue acuerdo que Pedro de Villagra, hijo del Gobernador, saldría con cien caballos de las compañías reformadas<sup>208</sup>, tropa toda ella de una juventud, si brillante, no en menos grado desvanecida; que llevaría los auxiliares necesarios para el transporte de municiones de boca y guerra; que había de hostilizar sin contemplación las provincias rebeladas; pero que esquivase todo género de empeño con cuerpos numerosos hasta recibir órdenes donde otra cosa se dispusiera.

El joven Villagra pasó el Biobío con toda su gente, y se apostó en Millapoa, como punto más a propósito para acudir en ayuda de los establecimientos comarcanos, y tener al enemigo más estrechado en las operaciones; pero pronto se le reunió Arias Pardo con otro destacamento de sesenta hombres, que se habían podido reclutar en Concepción, porque el Gobernador, mal seguro de aquella ma-

---

<sup>208</sup> Y lo que más es con el mando en jefe de todas las armas que recorrían el teatro de la guerra; desacierto imperdonable de que algunos escritores hacen fundamento para decir que Villagra fue en esto injusto, y sobrado ambicioso, pues que pospone hombres de mérito, de talentos y de servicios singulares, a un *mozalbeta* bisoño, porque es hijo suyo! Es, en efecto, culpable el Gobernador, pero culpable de debilidad, pues que asiente a las instancias de los jóvenes que habían de seguir a su hijo Pedro, la mayor parte voluntarios, y que le piden por su jefe, o no quieren servir a las órdenes de otro ninguno; por lo demás, harto sabía Villagra la poca experiencia de su hijo. Con todo, exageración nos parece la de García poniendo en boca de aquella juventud atronada: “*Ahora sí que iremos con gusto a vencer, que no nos manda ninguno de España*”. Mucho se adelanta en ese decir el instinto de independencia, y sin tan mal estaban ya aquellos jóvenes con sus *propios padres*, ¿por qué no pasarse a las filas de los indios, y no ir contra su causa? Más que alabanza, nos parece insulto esa bocanada que tan fuera de sazón ya se atribuye a aquella juventud.

nada de locos entusiastas que con su hijo seguían, y no menos desconfiado de éste, puso en juego todo su crédito y valer, para que concurrieran soldados de nombre y práctica al campamento de Millapoa, al que también bajó con veinticinco hombres desde Cañete el intrépido y entendido mariscal de campo Altamirano, en cuanto supo que en él se hallaba el hijo del jefe supremo.

En tanta fuerza confiados, se dieron los españoles a la tala de los campos indios, dejando el país en estado lastimoso, y rechazando los naturales a lo más retirado de los montes; que Antuhuenu no hubo de creer cuerdo el atacarlos a descubierto. Como supiera el Gobernador que con su hijo andaba Altamirano, ya no titubeó en disponer la ofensiva contra el ejército del Toqui, antes mandó que se fuese en su busca, y se le acometiese con arresto siempre que se reconociera oportunidad; pero sucedió que al recibo de esta orden, se estaban dando disposiciones en el campo del joven General para trasladar a Concepción más de cien españoles y otros tantos auxiliares, cogidos de una encendidísima correnca que los tenía casi exánimes.

Quedó por consiguiente el campo con ochenta y cinco españoles y cien auxiliares, y, aunque tan rebajado, todavía fue acuerdo de continuar las hostilidades, como que si tal vez se tropezaba con algún cuerpo indio, era tan débil que no había motivo para respetarle.

De entre esos cuerpos merodistas se recogió un día una persona de venerable aspecto, de gallarda presencia, de tan singular continente, que le creyó Altamirano uno de los más lucidos hombres de la Araucanía; y como le compeliere con amenazas de muerte a decir francamente si era el mismo Antuhuenu, o donde éste se hallara, el prisionero le respondió:

“No la muerte me hiciera hablar, antes la prefiero a la esclavitud en que la suerte acaba de colocarme; pero pídesme verdad, y verdad es mi lenguaje ordinario. Antuhuenu tiene su cuartel en Mariguenú; por quince días se le han prometido víveres para su ejército. Si en la primera batalla es vencido, tendréis incontinenti la paz; si la fortuna corona sus sienes, guerra y no más que guerra habrá para vosotros”.

Prendado Altamirano del noble desembarazo con que el indio se explicara, hizo que se le diesen ropas, se le curase una herida que traía, y que se le dejase en libertad con tres jóvenes más que de entre los prisioneros señaló como hijos suyos; y vuelto enseguida al campo de Villagra diole conocimiento de lo que acababa de saber acerca de Antuhuenu.

No más fue menester para que el ardoroso corazón del joven General, atropellando todos cuantos consejos encontrara la prudencia y la pericia del maestro de campo, y los de algunos otros capitanes amaestrados en la guerra, se contemplara ya con el Toqui y todo su ejército, sino muertos, por lo menos aherrojados a sus plantas, y en tal entender el clarín profirió al instante la voz de marcha.

Llegando a la plaza de Arauco, el mismo Bernal quiso redargüir contra la resolución de Pedro Villagra, pero se le impuso silencio, y orden de aparejar una

docena de hombres de los de su presidio, con los cuales se volvió a emprender la ruta, hasta acampar en la ensenada de Chibilingo<sup>209</sup>.

Mandose una partida en reconocimiento del campo enemigo, la cual volvió en breve dando cuenta de haber descubierto varios cuerpos avanzados en línea de la montaña, y en su placeta o cumbre un crecido ejército; con cuya noticia Altamirano fue de parecer que no se tentase el ataque, sino que se pusiese la gente en emboscada, y una corta parte pasase a destruir los sembrados que verdegueaban sobre un espacioso otero contiguo a la famosa cuesta de Marigüeño<sup>210</sup>; pues pensaba que con este arbitrio no dejarían de concurrir los indios en defensa de sus campos, perdiendo así las ventajas de la posición que ocupaban.

Si no a cobardía, por lo menos a impertinencia, atribuyó este expediente la inconsiderada juventud del General y de su atolondrada pandilla, y fue menester apretar con las guerrillas avanzadas de los araucanos, que sin resistir se replegaban al monte, conforme su General se lo tenía encomendado.

En ordenada marcha y bien entendida disposición siguieron trepando los castellanos hasta las trincheras de Antuhenu, porque el experto Altamirano, ya que sin poder para estorbar la desigual pelea, olvidando generoso el desaire con que se acababan de pagar sus palabras, todavía quiso que se entrara en la contienda con el concierto debido, con cuantas precauciones imponían por una parte el ingénito valor del enemigo, por otra la prodigiosa defensa en que aguardaba.

Fue el primero que dio contra los indios el capitán Gómez de Lagos, que llevaba con doce hombres la vanguardia, y recibió una muy crecida rociada de flechas y de piedras que le obligaron a hacerse atrás. A este movimiento retrógrado se echaron varios indios fuera de trinchera, acometiólos Lagos, y como lograra desordenarlos y ponerlos en fuga, al mismo tiempo que se acercaba con nuevas fuerzas Pedro Villagra, el imprudente soldado Gregorio Cabrera exclamó: *—¡A ellos que huyen!—*. Y los españoles se desmandaron, seguros ya de un triunfo cuya prueba todavía no había comenzado. Apéase el general; imítanle los suyos, saltan la empalizada; se revuelven los indios, y en un cerrar y abrir de ojos Villagra, dieciocho españoles, y más de sesenta auxiliares cesan de existir, sin quedarle otro arbitrio al maestre de campo que avanzarse a arrancar de manos de los indios el cuerpo del malhadado General, y con él, y con ocho hombres que le acompañaban, y con los doce del capitán Gómez Lagos, echarse precipitado por los derrumbaderos al llano de Colcura, desde donde continuó la retirada.

<sup>209</sup> Ése es su nombre, aunque Pedro Cortés, que en aquella expedición iba, pone Quebrada de Catiray, y otros más modernos dicen al sitio Colcura. Todos tienen razón como que todos paran en un mismo término, sólo que el sitio de ese término que ocupó el campo castellano se llamaba Chibilingo.

<sup>210</sup> Baña el mar gran parte de su falda, estrellándose bravo contra rocas de imponente y precipitoso asiento, bajo las cuales abundan mariscos delicados. En ese soberbio monte, las leñas, las hierbas, los surtideros de cristalinas aguas, y hasta los prados, todo parece disputándose una lujuriosa vida, contra la cual nada pueden las intemperies, ni la reciuera de las estaciones. En su cresta, y sitio mismo en que venció Lautaro, 300 pasos cuadrados llena el atrincheramiento de Antuhenu. No hay camino para doblarle; tal cual sendero de aventurado y peligrosísimo descenso se descuelga sobre la playa.

Varios españoles quedaron cortados dentro del recinto, y caras vendieron sus vidas, pero la más grande y la más ardua empresa de la función para el bizarro chileno, Pedro Cortés, quedó reservada, como que ni vio la retirada de Altamirano que se efectuó por costado opuesto al en que él estaba con catorce hombres de reserva, y algunos auxiliares, ni sabedor era de la muerte del joven General, y demás compatriotas, cuando por todas partes se reconoció rodeado de masas enemigas.

Acompañábale Agustín Hernández, y le propuso como remedio contra el irresistible aprieto el despeñarse. —*Nos retiraremos peleando, exclamó el joven Cortés, y no haya aquí más voz que la mía, ni nadie se rinda: la muerte o una honrosa salvación*—. En efecto, comenzó la carga con admirable serenidad y marchaba abriéndose paso con la muerte por delante, cuando a poco asomaron con igual empeño dos de los escarriados en el recinto, Gonzalo Rodríguez y Pedro Castillo, que cansados de matar y acribillados de heridas, todavía tuvieron aliento para venir a expirar ambos a los pies del valeroso Cortés, por entre una muchedumbre ya llena de respetuoso terror.

El caballo de Castillo, como por instinto saltó por entre los indios, dándole a Cortés su rienda, móntale el chileno, pero en breve se le matan los enemigos, y él mismo pereciera también en la caída si con desesperado arrojo no se interpusiera defendiéndole Francisco Pérez<sup>211</sup>, y cogiéndole a grupa con una soltura imponderable. Ya estaban estos héroes muy inmediatos a la ensenada de Chibilingo, pero solos con Gonzalo de Salazar, pues los otros diez compañeros muertos quedaron en el empeño de cinco horas que les costó el descenso de la montaña por entre escuadrones enemigos.

Aquí, nuevos cuerpos salen en su persecución; el caballo de Pérez se atasca en un barrizal: algunos indios se adelantan contra los fugitivos; salta en tierra el generoso Cortés, pues no quiere ser causa de que por él perezca su amigo; acomete furioso a los araucanos más adelantados, tiende a dos de ellos con su espada, detiense los otros a vista de tal acción, y como Pérez ha salido del atolladero, como la fortuna pone delante un indio auxiliar a caballo y con un niño español, Cortés se vuelve, alarga el niño a Pérez, salta en la cabalgadura del auxiliar, y se salvan todos llegando a Arauco el adalid chileno con ocho terribles heridas, de las que ni siquiera había cuidado durante su maravillosa resistencia.

¿Qué costó la impericia, el atronamiento del malogrado joven Villagra? Su muerte; la de cuarenta y siete españoles de los más lucidos y acrisolados del país, y la de cerca de cien auxiliares que con su sangre sellaron aquel día una heroica resistencia, una lealtad digna en verdad de mejor fin<sup>212</sup>.

<sup>211</sup> Hijo de Chile también, y amigo íntimo de Cortés.

<sup>212</sup> No de balde compró Antuhueñu este completo triunfo, pues consta que contaba en sus filas cinco mil quinientos guerreros, y pasando desde Marigueñu a las inmediaciones de Arauco apenas si raya en los cinco mil; además de suponer es que muchos heridos se retirarían a curarse en sus hogares.

## CAPÍTULO XLII

Valerosa resolución del Gobernador trasladándose a Arauco. Alza la anarquía nuevo pendón. Cae la cabeza del jefe rebelde. Insurrección de los indios *mochos*. Va contra ellos el hermano del Gobernador, y tiene que retirarse. Antuhenu pone cerco a Cañete. Despoblación de esta colonia, de Tucapel y de Lebu, de orden del Gobernador. Muere éste en Concepción, llamando para que le sucediera en el gobierno a su hermano Pedro.

(1563)

Llora el gobernador Villagra interiormente la pérdida de un hijo querido; con ella la muerte de tantos valientes; en fin, el descrédito del pendón castellano, porque todo eso ha acarreado su no excusable condescendencia para con una manada de muchachos, de brillantes esperanzas, sin duda, de un temple de alma que ansía señalarse en el camino de la gloria, pero en quienes no había asiento, luz ni práctica, y por tanto debieran ir a riendas de cabos diestros y experimentados, que no faltaban en el país.

Síguele la adversidad al desgraciado Gobernador, pero no trae al semblante el sentimiento que en su interior se revuelve, agravando sus dolencias hasta punto de consumir a fuego lento aquella alma rica en recursos, noble, grande y generosa en pensamientos, porque, ¿pudiera aprovechar el país el que su jefe desmayara ante los golpes de la ingrata fortuna? Pero si su salud no le permitía salir de remedio contra los reveses, y él, él sólo era quien podía repararlos: esta convicción era la que le destrozaba, y la que le arrancaba lágrimas de despecho.

El estado de los negocios pedía, sin embargo, una determinación pronta, y se había de venir a esa determinación sin excusar sacrificios por violentos y costosos que ellos pudieran ser; no los rehusó el Gobernador, antes firmemente persuadido que a encontrarse él mismo al frente de sus armas no habrían recibido estas tantas y tan repetidas afrentas, con desprecio de todo parecer contrario, sin cuenta del grave riesgo en que iba a poner su atormentada existencia, mandó que se le dispusiese una silla de manos, y con los restos que de Marigüeño trajo su maestre de campo, y con una treintena más de hombres que en Concepción pudo reunir, se trasladó a Arauco, en ánimo de asistir a la guerra, y dirigirla en persona.

Para rasgo de tan acendrado civismo un premio a su manera tenía preparado la más negra y criminal envidia, porque los manejos de los anarquistas hondas raíces iban echando en todos los establecimientos, aunque para fortuna del país, y mayor honra del angustiado Villagra, ya no eran los Aguirre, sino la gente perdida, la gente inmoral, la sola que se alistaba en las filas del desorden.

Apenas saliera de Concepción el Gobernador, casi cadavérico, cuando un Martín de Peñalosa<sup>213</sup> alzó pendón traidor contra el Rey, y pidiendo la cabeza de su representante Francisco de Villagra. No gustó sin duda un tan peregrino lema, pues que vemos como corriendo con diligencia contra el incendio, Gabriel de Villagra, tío del Gobernador; al instante resultó preso el cabecilla parando su presunción en un infame cordel<sup>214</sup>.

Apagada apenas esa ráfaga de una violenta ambición, cuando los indios de la isla Mocha enseñaron también su bandera tinta ya en sangre de un sacerdote español que entre ellos vivía, y que ellos mismos habían solicitado con grandes ofrecimientos, so pretexto de querer persona que en los deberes temporales y espirituales los iniciara. El Gobernador, cuyas dolencias de hora en hora empeoraban, no pudiendo pasar a la isla para comprimir la rebelión, y castigar la muerte del sacerdote, envió sesenta hombres a las órdenes de su hermano Pedro, quien, como desembarcara, ya le fue preciso empeñarse en reñidísima refriega con los naturales que bien apercebidos esperaban; perdió dos hombres, y si poco más descuida el retirarse, no cogiera el bajel que le condujo, y con el cual regresó al puerto de Concepción.

A esta ciudad volvió de nuevo el Gobernador con su maestre de campo, pues reconoció que sus débiles fuerzas no estaban para responder a sus animosos deseos, y porque a pesar de la esmerada vigilancia de sus autoridades civiles y militares, por probable se tuvo otra explosión de la anarquía, y en la alternativa, más importaba estorbar una guerra entre españoles, que la en que contendían éstos y los araucanos.

El toqui de ese invencible pueblo vio gran juego en esa diversión de las fuerzas enemigas, gastadas en su mayor parte en apoyo de la justicia, desacatada en varios puntos, sobre todo en La Serena, donde había no pocos partidarios de Francisco de Aguirre, y por consiguiente asomó con el asedio de Cañete. Fue, pues, menester que Juan Gómez de Lagos con algunas tropas, recogidas a la ligera, pasase al socorro de aquella plaza; mientras que Altamirano con otro destacamento había de llamar la atención del enemigo entrando con todos los horrores de la guerra desde Catiray hasta el lago Lumaco; y la determinación surtió el efecto propuesto, sólo que como fueran éstas las solas fuerzas de que entonces se podía disponer, y

---

<sup>213</sup> Véase la nota 72.

<sup>214</sup> Nadie hace mérito de este acontecimiento, y, sin embargo, no hay para qué argüir contra su autenticidad, puesto que en real cédula, fechada en el Pardo el 11 de marzo de 1578 se lee: "Habiéndose ofrecido que Martín de Peñalosa se hubiera alzado en el reino de Chile, contra nuestro servicio en el gobierno del mariscal Francisco de Villagra, fuiste (Juan Ruiz de León) en busca del tirano con el general Gabriel de Villagra, y te hallaste en le prender y castigar, etc."

cerrarlas en los distintos establecimientos amenazados, hubiera acaso traído graves males de parte de los conspiradores españoles; el Gobernador estimó conveniente la despoblación y abandono de Cañete, de Tucapel y de Lebu, cuyos presidios pasaron a la plaza de Arauco, trayendo la gente inservible con mujeres y niños a Concepción; que se ejecutó sin obstáculo ninguno<sup>215</sup>.

Como quiera, resultados eran esos que importaban tanto cada uno de ellos como la más acabada derrota, y de tal suerte afectaron el alma del valeroso Villagra, sobre quien tras cada día descolgaba el hado un nuevo infortunio, que sin más fuerza para resistir al extremoso rigor que física y moralmente le perseguía, al asomar la luz del 22 de junio rindió su espíritu, con fin de sus infatigables tareas, y principio de una gloria de que hasta sus mayores enemigos le declararon desde luego merecedor.

Tras la muerte es cuando entra la justa medida de las reputaciones, porque rara vez la envidia se atreve a profanar la estrecha y silenciosa mansión en que al hombre se le pone de paso a la eterna paz. Justicia hubo concediendo al mariscal Francisco de Villagra cuantas dotes se necesitan para pasar con igual lucimiento y elevación de alma por tres vidas, si la expresión se nos consiente, la vida militar, la política y la privada; que si en la primera consiguió proezas singulares, en la segunda se señaló por lo equitativo e imparcial, no enseñando en la tercera sino generosía para con sus enemigos, y admirable resignación contra las amarguras que ellos le causaron.

Lloráronle todos los establecimientos españoles, y, ¿qué mucho cuando siempre le tuvieron a su lado, siempre al frente del peligro, siempre sirviendo de sostén al reino<sup>216</sup>, y de respeto al soberbio y audaz araucano?

Pasó Francisco de Villagra de España a Perú en compañía de su antecesor Pedro de Valdivia, con oportunidad del socorro que el marqués del Valle mandaba al marqués de los Atabillos. Sirvió en aquel reino con honrosa distinción, pero fue preso en la encarnizada contienda que se levantó entre pizarros y almagristas, y, como éstos, pereciera a no dar en cuarto de hora en que la justicia quiso admitir por racional descargo que en la milicia la ciega obediencia es la primera ley. Ya le vimos lugarteniente de Pedro de Valdivia; ya le vimos con gran parte en la conquista de Chile, y sus adelantamientos hasta Tucumán, que por dos veces hizo propiedad del territorio chileno. Tres veces gobernó este reino, y siempre con general aplauso, que tal resulta de los asientos del cabildo de la capital, aun de los acordados en aquellos días que esa corporación le disputara la autoridad.

---

<sup>215</sup> ¿No fue impolítica esa resolución una vez que Gómez de Lagos forzó el asedio, haciendo que Antuenu se retirase una vez que Altamirano logró imponer terror en muchas leguas del país que hostilizaba? Si no valen contra tales declamaciones los motivos que apuntados dejamos, otros aconsejarían ese abandono, y de gravedad habían de ser, más que el tiempo los haya condenado al olvido, pues de memorias de la época resulta que todo el reino aplaudió la medida, y en particular la encomiaron los mismos moradores de las ciudades despobladas. Cuando venga el gobierno de Quiroga lo probaremos.

<sup>216</sup> Acaso se le debiera la conquista, pues si, jefe de la corta guarnición de Santiago, o cuando le atacaron tantos miles de indios ausente Valdivia no se mostrara con valor tanto, aquel día pereciera el nombre español en Chile.

Asentóse de vecino en la ciudad Imperial, dotándola con tres mil quinientos indios de repartimiento en la provincia de Maguegua, treinta de los cuales quedaron para su propia encomienda. En 1561 agregó a propios de la ciudad de Concepción un vastísimo campo, que desde la línea del señalado al difunto Pedro de Valdivia corre hasta el río Itata, y le comparte la carretera que conduce a Santiago.

Este ínclito caudillo nació en Colmenar de Arenas, provincia de Extremadura. Casó con doña Cándida Montes y en ella tuvo dos hijos<sup>217</sup>, Pedro, que se malogró en la famosa batalla de la cuesta Mariguenu, y Álvaro, cuya descendencia hubo de mancharse con enlaces sobradamente incongruentes, aunque según memorias antiguas, con la pobreza se viene en disculpa del hecho<sup>218</sup>.

Por real provisión de 17 de agosto de 1562, el virrey de Perú conde de Nieva tenía mandado que los gobernadores de Chile pudiesen nombrar y nombrasen en adelante sus sucesores al gobierno, que habían de ser reconocidos por todas las ciudades, y mantenerse en sus empleos, hasta que otra cosa dispusiera la Real Audiencia, con conocimiento de las prendas y de los méritos del nombrado; pero el ilustre Francisco de Villagra no hubo menester de aquella facultad porque de la misma munificencia regia<sup>219</sup> la tenía, y en uso de ella, cuando se reconociera cerca de la muerte, quiso que su tío Gabriel de Villagra entrara en el gobierno de Chile; excusándose éste, ya con algún achaque, ya con lo avanzado de su edad, el atribulado mariscal ordenó que su hermano Pedro se encargara de regir el país, en tanto que el Monarca le confiase a persona de su real agrado.

<sup>217</sup> Olivares y Pedro Figueroa no admiten más de uno, pronto señalaremos su error.

<sup>218</sup> Lo de pobreza pudiera comprobarse leyendo el testamento que el mariscal otorgó en la ciudad de Concepción el 13 de junio de 1563, y en el cual instituye por sus herederos a los indios de su encomienda... Pero en ley no valiera un testamento que así perjudicaba a su hijo Álvaro... pero si tal hijo tenía, y causas para desheredarle hubo, en aquel documento se debieran asentar, que así lo ordenaban ya entonces las leyes, y nada se dice. Pues contra tan poderosas objeciones sale esta respuesta. En título de corregidor y justicia mayor de la provincia de Colchagua, que al gobernador don Martín García Óñez de Loyola extiende en la ciudad de Concepción, con fecha 30 de mayo de 1593 a favor de don Álvaro de Villagra, y título que tiene registrado el libro IV de provisiones de la capital, con folio 496 y vº, se dice del Álvaro que es hijo del mariscal Francisco de Villagra. No es, pues, posible resistir a un documento de importancia semejante, no en otros pormenores necesita entrar la historia.

<sup>219</sup> Ejemplo rarísimo y que tanto prueba la alta idea que Felipe II hubo de formarse sobre las esclarecidas prendas del hombre que llegó al trono en demanda de una equitativa y pública justicia.

## CAPÍTULO XLIII

Pedro Villagra en el gobierno. Aparecen los indios en Lebequetal. Antuhenu asedia la plaza de Arauco. El Gobernador rompe el campo de Lebequetal. Aprieto en que se ven los españoles. Abandona Lorenzo Bernal la plaza de Arauco. Inconcebible descuido de Antenecul en Concepción y su retirada a Laraquete. Francisco Vaca y Juan Pérez de Zurita rotos sucesivamente. El Toqui a orillas del Tabolebu. Avanza el Toqui contra los infantes. Antenecul sitia de nuevo Concepción. Lorenzo Bernal contra Antuhenu. Socorre Santiago a Concepción. Antenecul sabe la muerte del Toqui, y se retira a sus estados.

(1563 - 1564)

El 12 de julio de 1563 reconocida estaba ya en todas las colonias del sur la autoridad de Pedro de Villagra, hermano<sup>220</sup> del mariscal Francisco, pero no era entonces el gobierno cosa apetecible, porque si acaso suficiente fuera la fuerza armada para que la discordia no alzara cabeza, de muy poca gente se podía disponer en contra del indómito enemigo que amenazaba ya la mayor parte de los establecimientos españoles.

Con la muerte de Francisco de Villagra, los indios presumieron correr de triunfo en triunfo, y hasta los moradores de Lebequetal se rebelaron al instante, asentando un campo a tres leguas de Concepción; mientras que el intrépido toqui ceñía con numerosos batallones la plaza de Arauco.

Con sesenta caballos salió el gobernador Pedro, y en dos días de reñido empeño logró echar de sus posiciones al enemigo de Lebequetal, causándole más de cien muertos; y regularmente avanzara en socorro de Arauco, a no ver que los indios vencidos volvían entre filas de dos mil araucanos más, con que el vicetoqui Antenecul formó el sitio de Concepción, sin dejarle otra puerta abierta que la del mar.

Advertido anduvo Antuhenu en esta disposición, con la cual acorraló a los únicos españoles que podían marchar a la defensa de Arauco, en cuya plaza seguían mandando las armas castellanas de Lorenzo Bernal, que respondió a los muchos y muy atrevidos ataques del Toqui con un acierto y un valor sin par. Con

---

<sup>220</sup> Primo le supone Molina: "Se recibió de gobernador y capitán general interino del reino de Chile en el cabildo de la Concepción el 13 de junio de 1563". (Cabildo de Santiago).

todo, ambos sitios se continuaban con firme propósito de acabarlos hundiendo los establecimientos extranjeros, y si el sostenido fuego de la gente de Bernal causa en las masas indias no pequeños estragos, los soldados de Antenecul incendian casas, derriban huertas, destruyen viñas, arrasan sembrados, y tienen a los colonos de Concepción en desesperada estrechez, no obstante el esforzado aliento con que sus hogares defienden.

En cuanto a Bernal, no pudiera rendirle el Toqui, dado que en la plaza guardara hartas provisiones para cansar la pertinacia de los sitiadores; pero carecía de bastimentos, y, aunque por dos veces asomara un bajel que de Concepción había despachado Pedro de Villagra con víveres para la guarnición, tan alerta se mantuvo Antuhenu, que no hubo fuerza para romper sus líneas en la legua que media entre la plaza y la ribera; el socorro no llegó a su destino, y el conflicto de los sitiados de día en día se aumentaba<sup>221</sup>.

Por fortuna, se manifestó en los indios, primero un cierto desmayo, cuya causa no comprendían los españoles, segundo tal cual grupo de gente que de día en día abandonaba el campamento para internarse en los montes, y era que, guardado el cerco con tanta constancia durante casi todo el invierno, que no suele ser suave en aquel distrito, la mayor parte de los araucanos enfermaron, y hasta el mismo Toqui sintió que le fallaban sus propias fuerzas.

Aunque Lorenzo Bernal desconocía esa tan importante nueva para él, con sólo ver que su enemigo había cesado en sus impetuosos ataques, y que continuamente rebajaba su número, ya entró en la esperanza de poder llegar a salvar su gente por medio de una vigorosa salida, pues sin víveres ni municiones, abandonar la plaza era menester, o rendirse.

Cumplió, en efecto, esta resolución al favor de la noche, sacando a todos sus soldados bien dispuestos a vender caras las vidas, y en medio de ellos las mujeres y niños; mas no fue poca su sorpresa notando paso abierto, y que los araucanos no le perseguían, lo cual le procuró el seguir tranquilo la sierra de Nahuelbuta por el camino de Lonconahuel, hasta llegar sin inconveniente a los Confines<sup>222</sup>.

Harto se ve, pues, cuánta era la prudencia del Toqui. Bien reparó la ausencia de sus contrarios, pero su campo no estaba entonces para acometer una empresa que de todas maneras hubiera sido terriblemente disputada, y como era principal empeño alejar de aquel país toda enseña de dominación, todo albergue de las armas extranjeras, se consiguió este objeto, arrasando en la mañana siguiente la

---

<sup>221</sup> Por esto, y según otros autores, porque quisiera el Toqui vengar personalmente las pérdidas que diariamente le hacía la artillería del fuerte, los dos jefes enemigos se citaron a combate singular, que hubo de ocurrir en un erial inmediato al foso, y que duró más de dos horas sin daño ni mengua para ninguno de los dos adalides; ambos valientes, ambos resueltos y entendidos en el manejo de las armas, y que cada uno de ellos volvió a su respectivo campo con la satisfacción de haber encontrado un digno competidor.

<sup>222</sup> Otros dicen que a los Infantes. Sí que Lorenzo Bernal pasó a los Infantes en cuya colonia estaba avencinado, pero fue de vuelta de Concepción, a cuyo punto pasó desde los Confines, y de donde salió para el pueblo de su domicilio, muy incomodado contra el gobernador Pedro Villagra, porque no le había hecho su maestre de campo.

plaza de Arauco y sus dependencias, no quedando en este departamento, ni en el de Tucapel, por recuerdo de las obras castellanas sino escombros que el fuego no pudo consumir.

No había de salir en Concepción con tan cumplida fortuna el vicetoqui Antenequil, y menos cuanto más se alargaba el asedio, porque aquella colonia recibía ya de cuando en cuando algunos socorros de Santiago y de ciudades del mediodía, pero continuaba probando el general araucano que a ningún otro cedía en valor, ni en inteligencia. Ni cabe estrechar más a los sitiados que ponerse los araucanos a cuatrocientos cincuenta pies de la plaza mayor de Concepción, saquear la casa de Pedro Pérez de Valdivia, y a otras pasaran después, sin la audacia de Nuño Hernández de Salomón que con una partida de caballos se arrojó entre la multitud invasora, y con despechado furor acometiendo<sup>223</sup>, logró rechazar los enemigos, corriéndolos en confusión hasta las líneas de su acampamento.

A tanta provocación ya no pudo resistir el Gobernador, que hasta entonces había creído deber mantenerse en la defensiva, por no arriesgar en un lance el corto número de hombres que con él seguían la guerra, y resolvió por consiguiente que soldados y colonos todos se aprestasen para salir a desbaratar el cerco compuesto de seis cuerpos de indios formados en medialuna; prevenido le esperaba el Vicetoqui.

Los españoles salieron a campo no dejando en la ciudad, sino los hombres necesarios para el juego de algunos pedreros con que se defendía, y el número de los que al Gobernador siguieron apenas si llegaba a cien. Sin embargo, ya que los cuerpos araucanos estuvieran a punto de prestarse mutuo apoyo por medio de una bien entendida línea de comunicación, todavía era gran ventaja para Pedro Villagra el poder entrar a elección y separadamente, contra la sexta parte de su enemigo; partido supo sacar el cabo castellano de esa ventaja, pues ora cargando con toda su gente a este cuerpo, ora revolviéndose contra aquél, ora, en fin, dando cara al que de otra parte quería moverse, entretuvo la función todo el día, causando grave daño a los indios, y dislocando casi todas sus líneas.

Cesó el combate con la noche, quedando los dos bandos en determinadas posiciones, para medirse de refresco en el siguiente día, pero tuvo Antenequil una tan feliz inspiración en aquella noche, que a desarrollarla sin parar en reflexiones de consecuencias más o menos probables, la ciudad amenazada pereciera sin remedio.

Indefensa, por decirlo así, confiada además en que el Gobernador está delante de las armas que apretada la tenían, y al romper de la aurora se ve con éstas al umbral de sus puertas, y se pierde en conjeturas sobre la suerte que ha podido haber de aquella noche a todos sus defensores. No se concibe el porqué no la invadiría el atrevido Antenequil, que con ese solo objeto debió acercarse a la ciudad, burlando la vigilancia del Gobernador.

Pasmado quedó éste cuando al romper el día no descubriera a su frente ni un solo indio, pero más sobrecogido una vez que puesto sobre el lugar que de campa-

---

<sup>223</sup> Pronto cayó del caballo gravemente herido, pero Francisco Celada y algunos otros soldados le ayudaron a montar, y sin hacer cuenta de la sangre que corría la herida entró de nuevo en el choque con incomparable aliento y serenidad.

mento había servido al Vicetoqui, para ver de distinguir por la huella hacia dónde guiaba su retirada, reconoció la marcha contra Concepción; pues presumió, con mucho fundamento, que ya estaba la ciudad en manos de su adversario. A escape echó Villagra con toda su gente, e inexplicable fue su contento cuando llegó a reparar que el ejército araucano se mantenía inactivo fuera del recinto, porque conocida la índole de estos guerreros, fácil era suponer que de haber penetrado en la colonia, las masas andarían desbandadas entre el saqueo, la destrucción y el incendio. Así que, con ese cuidado de menos, dio animoso contra las filas de Antenecl, y en cosa de una hora fueron esta vez rotas y dispersas en suma confusión, no obstante los esfuerzos con que su jefe trataba de asentar el orden, y de oponer una robusta resistencia; y seguida oportunamente la derrota fue consecuencia el desbarate de la milicia india, poniéndole al Vicetoqui en la necesidad de huir hasta Laraquete, en cuyo punto ya se hallaba el campo de Antuhenu<sup>224</sup>.

Desembarazado Pedro Villagra de un tan terco enemigo, y por si acaso en rehaciendo sus huestes intentara volver a la carga, avisó a los comandantes de armas de las ciudades de arriba, para que con diligencia le mandasen algún refuerzo, si de él podían disponer en las circunstancias, sin comprometer su porvenir.

Escasísimo también de víveres hizo que el capitán Francisco Vaca con treinta y cuatro soldados pasase a Itata para recoger mantenimientos, pero le acometieron muchos indios ya rebelados, y le forzaron a retirarse con pérdida hacia orillas del Maule. El 15 de enero de 1564 llegó a Concepción la noticia de esta derrota, muy sentida del Gobernador y del Cabildo, que reunidos inmediatamente para resolver nuevos medios con que abastecer la ciudad, vinieron encomendando a Juan Pérez de Zurita pasase a Angol en busca de mantenimientos, y aun de hombres y caballos, si pudieran hallarse disponibles. Salió al desempeño de su misión aquel jefe en la noche del día 16 del propio enero, y le siguieron doce hombres que llegaron a su destino el 18 por la tarde. Diligente anduvo Zurita, pues que el 20 sale ya de Angol con muchas provisiones y 38 lanzas, entre las cuales ocho del corregidor de la ciudad, don Diego Carranza que quiso pasar a Concepción para entender al Gobernador en negocios de justicia y de regimiento; pero el 22 a mediodía<sup>225</sup> le

<sup>224</sup> No quieren varios autores que Antenecl se retirara esta vez a fuerza de las armas castellanas, sino voluntariamente, y en virtud de orden del Toqui. ¿Para qué esa orden?, ¿para qué Antenecl volviera inmediatamente al asedio de Concepción con los mismos dos mil hombres? ¿No es, pues, un sueño el creer que Antuhenu, reconociendo ser útil el sitio de aquella colonia, mande alzarle, haga pasear esta gente hasta Laraquete, sin más objeto que el de decir a su jefe: “Vuelva Ud. contra Concepción?”. Aunque nuestros documentos no nos asegurarán la exactitud de ese acontecimiento, de cuyo se dejará presumir, y no pudiera pasar sin el debido criterio, porque atentos andamos en busca de la verdad por entre muchedumbre de escritos tal vez apasionados, tal vez también escasos de noticias. Luego se retirará Antenecl *voluntariamente*.

<sup>225</sup> Esa exactitud en las fechas guarda el mismo Zurita, escribiendo al cabildo de Santiago desde el tambo de Gabriel de la Cruz, en Peterva; y cuya carta, que por demasiado larga no trasladamos, existe íntegra en el libro III del Cabildo de la capital. Con todo, para prueba de lo que se asienta en la nota precedente, copiamos de la dicha carta lo siguiente: “Salí de allí (de Angol) el jueves siguiente, trayendo conmigo con los que yo llevé 38 hombres, aunque los ocho o diez de ellos no tenían sino la muestra. A la ida hallé todos los llanos *despoblados*, pero tuve lengua que estaban los indios haciendo fortaleza

cercaron los indios en Lebequetal, le mataron cuatro españoles, siendo del número el distinguido don Pedro de Godoy, y le quitaron todo el bagaje, apretándole de tal suerte que no pudiendo refugiarse en Concepción, se echó a escape hasta el Maule.

A este tiempo ya andaba Antuhenu con sus tropas sobre las riberas del Tabolebu, y para comenzar nuevas operaciones, no esperaba sino las fuerzas que a la Laja tenía pedidas. En Mulchén también aparecieron numerosos reclutas cuyo jefe no se nombra, y como se corriera la voz de que iban a poner sitio a los Confines, el cabildo de esta ciudad hizo que Juan Morán con veintiocho hombres, de cuyo número fue Pedro Cortés, marchara en descubierta de los movimientos del enemigo. Harto raya en temeridad esa disposición, pero al extremo la llevó aquel capitán, que a favor de una espesísima niebla, cae de improviso a la alborada sobre el campo de los indios, y figurándose éstos que tienen encima todo el poder castellano, un imponderable terror se apodera de ellos, huyen azorados en todas direcciones, se dejan despedazar a prender sin siquiera indicio de resistencia, y vuelve el afortunado Morán a su colonia con más de cien prisioneros, dejando muertos en el campo un número de indios no inferior.

Pronto llegó a oídos de Antuhenu este revés, y acreciendo su ira contra el nombre español, sin más dilación determinó perseguirle hasta sacar cumplida venganza, porque, ya se ha visto, en sangrar al pueblo araucano no se hace sino dar mayor tesura y pujanza a su irresistible valor. Marchó, pues, con dos mil quinientos soldados contra la ciudad de los Infantes, pero para que el Gobernador no pudiera socorrerla, volvió a despachar a su vicetoqui, con orden de sitiar otra vez Concepción.

El Toqui, subiendo a la parte occidental del Vergara, y en su confluencia con el Biobío, puso balsas con que salvar las aguas, y tomó una excelente posición cuyo frente y lado sur quedaron en breve defendidos con fosos y terraplén, sirviendo aquellos dos ríos de baluarte para retaguardia y lado norte, como que eran invadables.

Como con antelación supiera el concejo de los Infantes cuáles eran las intenciones del Toqui, y que el esperarle fuera consentir advertidamente la total destrucción de todas las estancias españolas, si acaso también con el aprieto del asedio no viniera la ruina de la colonia entera, prefirió probar fortuna en campo abierto, para lo cual encargó el mando de las armas a Lorenzo Bernal, por ausencia del corregidor Diego Carranza.

Salió Bernal con cincuenta caballos a reconocer el campo enemigo, pero no quiso empeñarse con él, porque desde luego reparó ser sus fuerzas muy cortas para competir con las del Toqui; y regresó a los Infantes. Había en esta ciudad varios caciques de los que voluntariamente se dieran a la dominación española, y fueron todos ellos convocados a la sala consistorial, en donde Bernal los hizo entender que también los amenazaba el peligro, que curasen de la común defensa,

---

cerca de Concepción, y que tenían tomados para la vuelta todos los caminos<sup>o</sup>. Éste fue el retorno de Anteneul, como veremos luego.

y contribuyesen personalmente con los españoles, sus amigos, al exterminio del rebelde araucano.

El venerable anciano Mincheleb, muy respetado de los demás caciques que allí estaban, y después de haberse entendido con ellos, respondió por todos a Bernal ofreciéndole cuatrocientos auxiliares, con la singular condición de que a cada indio se le había de dar un hilo de chaquira de una vara de largo, su buena ración de chicha<sup>226</sup>, y veinte perros para celebrar en buena *comilona* el triunfo que del Toqui suponían arrancar<sup>227</sup>.

Eso y mucho más otorgó con gusto el jefe castellano, prometiendo que si con bien se salía de la empresa, en abundancia habría mercedes para toda aquella gente; y por tanto se pasó al apresto con cuanta celeridad pedía el caso, como que ya corrían avanzadas del Toqui a bocas de la ciudad. Sacó esta vez Bernal sesenta hombres, y los cuatrocientos auxiliares, con vista de lo cual las partidas avanzadas de Antuhenu se fueron replegando ordenadas hasta su atrincheramiento, dejando que los españoles asentaran su real, que lo hicieron a cerca de mil pasos distantes de aquél.

Gran prudencia mantenían ambos campos, porque se conocían perfectamente sus respectivos caudillos, y se respetaban también. Bernal contemplaba la ventajosa posición de su adversario, examinaba cuidadoso por cuál costado convendría acometerle, volvía una mirada escudriñadora sobre los auxiliares, y cada vez le parecía más aventurado el haber de encomendar una parte de tan grave empresa a hombres en quienes nunca quiso suponer ninguna fe: por lo mismo, lejos de hacer armas, pidió al Ayuntamiento nuevo refuerzo y un pedrero. Éste y quince caballos le llegaron enseguida, no quedando en los Infantes sino veinte soldados, que acaso los reclamara todavía Bernal no obstante ser hombre en cuyo pecho no halló cabida el miedo, si de casualidad no naciera un incidente que aceleró las operaciones llenando de un fanático entusiasmo a los auxiliares que a voz en grito pedían el ataque, mientras que sembró en el ejército araucano un desánimo y una confusión que sólo puede absolver quien conozca su supersticiosa crianza.

Ocurrió, pues, que una zorra, ahuyentada sin duda de entre la maleza, vino a echarse por medio de los dos campos, y como la viera el galgo de Pedro Cortés acometió tras ella hasta matarla, justamente contra el foso de la defensa de Antuhenu, cuyos soldados con lastimosa gritería comenzaron a vocear su inevitable derrota.

¿Por qué, les decía el valeroso Antuhenu con la mayor firmeza, por qué augurar torcidamente de un hecho casual y sin consecuencia?... Y en tanto que aquel jefe recorría sus líneas exhortándolas a que sacudieran el absurdo y fatal encogimiento en que las veía, los auxiliares no cesaban de gritar, ¡al asalto!... ¡al asalto!...

<sup>226</sup> Especie de sidra; hacen los indios ese brevaje de manzanas, de diversas frutas, y aun de ciertas semillas.

<sup>227</sup> Bocado deleitoso pudo ser el perro entre los antiguos araucanos, baste que así lo diga Pedro Cortés, testigo ocular; pero por lo que toca a los de hoy ningún caso hacen de semejantes animales, aunque crecido número sustentan, sobre todo para la caza de diversos cuadrúpedos y rodeo de sus toradas.



**JUEGO DE CHUECA.**  
(entre los Ataucasos.)



No perdió Lorenzo Bernal tan favorable coyuntura, sólo que con la continuada escuela ya sabía que si tal vez se ha de dejar al acaso su parte en el buen suceso de las armas, el guiarlas con discernimiento y prudencia es siempre indispensable condición. Así, lo que hizo fue distribuir sus tropas en tres trozos; puso veinte españoles con cada tercio de auxiliares; uno de esos tres cuerpos se había de mantener en reserva, y los otros dos saltarían el atrincheramiento del Toqui por opuesto punto y a señal dada: de este modo dispuesto, sacó al frente diez a doce caballos que le restaban, y dioles la orden en alta voz de ponerse a retaguardia, y hacer fuego contra cualquiera que se apartase del campo, aunque se le viera herido, o inutilizado para la pelea; pues se iba a entrar en función decisiva, y había resuelto la muerte para todos, o el vencimiento<sup>228</sup>.

Ni tras esas disposiciones quiso entrar todavía contra el Toqui; se contentó con avanzar uno de los cuerpos, no tanto que quedase a tiro hecho, y lo suficiente para provocar los araucanos al fuego<sup>229</sup>, y dejarles consumir las municiones en salvas; pero armas de aquella naturaleza por primera vez en sus manos, más que de ayuda, habían de servirles de estorbo, y poco arriesgara el capitán español, aunque menos caso hiciera de ella.

Cuando cesó el desconcertado tiroteo, pasó Bernal de avance con cuatro soldados más hasta la trinchera, por la parte sur; Antuhuenu exhortó a los suyos con tan altiva gravedad que de nuevo apareció en todos los semblantes el natural denuedo, y el ataque comenzó amenazando los españoles dos puntos apartados en los cuales hallaron maravillosa resistencia.

Ya se habían gastado en la pelea más de dos horas y considerables estragos traían hechos las armas de los dos partidos, cuando Lorenzo Bernal, que con singular bizarría se obstinaba en romper el flanco enemigo, advirtió cómo éste cargaba en masa a la parte que él quería forzar, dejando casi descubierto su frente; revolvióse con la celeridad del rayo, y cargó tan repentino sobre el punto flaco, que con los suyos y gran número de auxiliares penetró el recinto; corre entonces a resolver la contienda el cuerpo de reserva, entra en los indios la confusión, el campo se convierte en una espantosa carnicería, en vano el animoso toqui pretende contener a los fugitivos que a docenas se arrojan a las aguas del Vergara, para asegurar sus

<sup>228</sup> Molina supone que esta determinación de Bernal vino cuando ya tenía casi perdida la batalla, rotas todas sus líneas y en desordenada fuga; creemos en esta parte a Pedro Cortés, que con Bernal estaba en aquel día; también siente lo propio Ugarte, y nuestros manuscritos conforman perfectamente con el relato de esos dos escritores. Verdad es que si nos empeñáramos en anotar todos los errores del abate lejos fuéramos con la tarea.

<sup>229</sup> En la cuesta de Mariguenu y batalla que costó la vida al joven Villagra, hijo del Mariscal, recogieron los indios más de sesenta arcabuces, y algunos barriles de cartuchos, de cuyas armas y municiones comienzan a servirse en esta función. ¡Inocentes! Muy a costa de sangre reconocieron la ventaja de las bocas de fuego, pero si no tienen medido su alcance, ni saben lo que importa la mira... Con el trueno de la pólvora inflamada creen ellos que se llega al efecto deseado, y por lo mismo tirotean contra el aire, que mal dijéramos contra los enemigos, una vez que Bernal, de intento, se mantuvo fuera de tiro, hasta que los indios quemaron inútilmente todas las municiones. Se repara, sin embargo, en ese ensayo una inclinación a entrar en uso de lo que tanto provecho rendía a los extranjeros; ya tomarán de ellos cosa más útil que los arcabuces, y entonces operará ese arrogante pueblo una metamorfosis completa.

vidas en la opuesta margen; en vano acaba por sí mismo, y con algunos cuerpos y capitanes disciplinados, hechos de sin par gallardía, porque al cabo cantan victoria los conquistadores; los auxiliares la vociferan con feroz alegría, y Antuhenu ya solo, ya desesperado, se arroja al Biobío que, como si de parte del dichoso vencedor estuviera, apagó un espíritu de brillante porvenir, la vida de un guerrero que supo sustentar ilesa la libertad de su patria, la gloria de las armas araucanas, con una juventud nueva y aun no hecha a la maestría y superior poder de las del audaz conquistador.

Esta función costó a los araucanos más de mil doscientos hombres, entre los cuales quinientos prisioneros que Bernal condujo a la ciudad, con cuarenta y un arcabuz, veintiséis cotas, y quince celadas que recogió en el campo, de las que en el cerro de Mariguenu perdido había la inconsiderada presunción del hijo de Francisco Villagra; pero el mal mayor estuvo en el desastroso fin del entendido y valiente toqui. Perdieron los españoles cinco soldados, y más de cuarenta auxiliares; hubo de aquéllos veinte heridos, y el número fue grande en estos últimos, pues combatieron en aquella jornada como con empeño de acreditar que eran verdaderos chilenos: ¿a qué otra calificación?

En tanto que todos esos hechos con rapidez tal venían al triste desenlace que ya nos enseñan, no dejaba de adelantar Antenecul en el asedio de Concepción, cuya colonia sucumbiera necesariamente sin el desprendimiento, sin la actividad y el patriotismo del Cabildo y moradores de Santiago. Reparemos cuál era su posición.

“La tierra está en punto de ser perdida; el Gobernador y toda la gente de aquella ciudad está en gran riesgo y peligro, como el capitán Diego Carranza informará a vuestras mercedes; y si el socorro no lo tienen de Dios y de vuestras mercedes, temo se pierda, y aun lo creo, porque toda la tierra está sobre ellos, así los del estado como los del cerro, y conjurados todos de no alzar el cerco hasta haber rendido aquel pueblo, o ser ellos vencidos. Todas las mujeres e hijos tienen consigo para que los ayuden a sustentarse; cógenles las comidas a los de la Concepción, etc.”<sup>230</sup>.

Los colonos de Concepción ya no apetecían sino que se les procurase medios de salud huyendo por mar del terrible aprieto en que se los tenía, pero Pedro Villagra, imitando en esto a los indios, tenía también resuelto el hundirse entre las ruinas de la ciudad, antes que consentir que por tercera vez se la abandonase a la furia de los indios.

Hallábase en esta colonia el alemán Pedro Lisperguer, capitán inteligente, nauta experimentado, y de este sujeto echó mano el Gobernador, encargándole pasase a Santiago, en donde, de acuerdo con el Cabildo, había de procurarse cuantos recursos quisiera facilitarle la suerte, y volver con ellos sin ninguna demora, que así lo imponía la estrechez en que a los sitiados dejaba. Lisperguer regresó con

<sup>230</sup> Juan Pérez de Zurita al cabildo de Santiago en carta del 27 de enero.

fortuna, y nave bien cargada a Concepción, y, aunque poca era la gente que consigo trajera, con ella, y con la abundancia de bastimentos bastara para reanimar el espíritu de los afligidos colonos, que del más funesto desmayo pasaron a un loco contentamiento en cuanto el nauta alemán les dijera que por tierra venía a marchas dobles don Juan Pérez de Zurita con cientocinquenta hombres de refuerzo<sup>231</sup>.

En efecto, no tardó en llegar aquel jefe, pero dos días después de haber levantado Antenecul su campo, con noticia que tuvo del fatal fin del toqui Antuhuenu, pues sin duda no quiso cargar con la responsabilidad de las operaciones militares, sin oír nuevo consejo de los magnates del país, con conocimiento del último y tan importante suceso.

#### FIN DEL TOMO PRIMERO

---

<sup>231</sup> Digna es de nota, en esta ocasión sobre todo, la actividad de los cabildantes de Santiago, y el civismo de sus gobernados. Se reúnen a las nueve de la noche del 1 de febrero de 1564 para resolver acerca del contenido de la carta de Zurita ya citada, y ponen entre otras cosas: “Habiendo tratado y conferido el remedio dando el mejor orden que fuese posible, dijeron: que no embargante que los vecinos de esta ciudad y sus moradores están muy pobres, y adeudados, y faltos de lo necesario, así de armas como de caballos, a causa de haber sustentado y sustentar este reino a Su Majestad de 24 años a esta parte y haber ayudado de cada día a hacer esta ciudad grandes socorros y ayudas de comidas, armas y gente para la sustentación de las de arriba conforme su posibilidad. Que esto no obstante, aunque hay poca gente en la ciudad, y la que hay sea necesaria para su sustentación; que con todo que se dé el socorro al Gobernador, de gente, armas y utensilios, el más y mejor que se pueda proveer... Que para que el auxilio sea más copioso, que para el día de Nuestra Señora 2 de febrero se celebre cabildo abierto para que en todo se platique, vea y provea lo que más necesario sea al servicio de Dios y de S.M. y bien de este reino”.

Y enseguida se lee:

“En el cabildo abierto estuvieron los cabildantes y vecinos tan generosos y empeñados que muchos, además de dar un soldado equipado, se ofrecieron ir en persona ellos mismos a tan necesario socorro, y llamaron a Zurita que viniese a recibir la tropa equipada de arcabuces, de utensilios, etc., etc.”.



## ÍNDICE DE LAS MATERIAS DEL TOMO PRIMERO

Presentación	v
De la historia natural a la historia nacional. La <i>Historia física y política</i> de Claudio Gay y la nación chilena <i>por Rafael Sagredo B.</i>	ix
PRÓLOGO	3
CAPÍTULO PRIMERO. Estado de España antes del descubrimiento de América. Borrascoso reinado de Enrique IV. Isabel aclamada reina de Castilla contra los derechos de la princesa Juana. Su matrimonio con Fernando. Su acertada administración. Conquista de Granada. Establecimiento de la Inquisición.	11
CAPÍTULO II. La monarquía española constituida. Se propone Cristóbal Colón el descubrimiento de las Indias. Preséntase con este objeto a la corte de Lisboa, y enseguida a la de España. Desprecian los sabios de Simancas el plan de Colón. Dispónese éste a pasar a Francia después de muchas humillaciones y desaires, pero la reina Isabel le detiene, entra en sus miras y ordena la ejecución de ellas.	17
CAPÍTULO III. Da Colón con nuevas dificultades. Logra vencerlas con los generosos esfuerzos de Martín Alonso Pinzón, y sus dos hermanos. Su partida del puerto. Descontento de la tripulación: ésta se rebela. Colón el primero que descubre tierra.	25
CAPÍTULO IV. Desembarca Colón en una isla, y la nombra San Salvador. Sus relaciones con aquellos naturales. Descubre otras islas. Su errada opinión acerca de la de Cuba. Deserción del navío la <i>Pinta</i> . Visita Colón la isla Española, y naufraga en ella la <i>Santa María</i> ; funda una colonia de treinta y ocho personas, y vuelve a España.	31
CAPÍTULO V. Arriba Colón a España. Brillante acogimiento que le hace la Corte. Envidiosas pretensiones de Portugal acerca de los descubrimientos de Colón. Bula de repartimiento. Prepara Colón su segundo viaje.	39
CAPÍTULO VI. Emprende Colón su segundo viaje. Descubre las Antillas. Llega a la isla Española, donde se le anuncia la destrucción de la <i>Navidad</i> , habiendo sido degollados todos sus compañeros. Fundación de la ciudad Isabel. Violenta inquietud de sus habitantes; logra Colón	

- calmarla. Échase a nuevos reconocimientos en el mar. Descubre Jamaica  
Se mantiene en su error respecto a la isla de Cuba. 45
- CAPÍTULO VII. Vuelve Colón a la Española, y encuentra en ella a su hermano Bartolomé. Batalla de la Vega con los naturales. Regresa Colón a España y emprende su tercer viaje. Descubre el continente. Insurrección de Roldán. Aporta Bobadilla a la Española, encargado de informar cuál era el estado de la colonia. Pone preso al Almirante, y le envía a España, con una cadena al pie, para que comparezca ante los monarcas. Imperfecto desagravio contra tamaño ultraje. Cuarto y último viaje de Colón. Sus tribulaciones. Su muerte. 51
- CAPÍTULO VIII. El portugués Vasco de Gama se hace célebre logrando doblar el cabo de Buena Esperanza. Desleal conducta del rey Fernando. El famoso don Diego de Ojeda emprende su viaje de descubrimientos acompañado del florentino Américo Vespucio. Don Diego Colón, hijo del inmortal Almirante, recobra judicialmente los empleos y prerrogativas de su padre. Pasa al gobierno de su colonia seguido de varias de las principales familias de España. Diego Velázquez conquista la isla de Cuba. Ponce de León somete la de Puerto Rico, y da con la Florida. Descubrimiento de Yucatán por don Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís. Balboa se apodera del gobierno de Darién. Descubre el mar del Sur. Es nombrado adelantado de este mar, y gobernador de Panamá y de Coyba. Muere en un cadalso. Francisco Pizarro se propone descubrir y conquistar Perú. Recházanle los naturales. Segunda tentativa no menos desgraciada. 57
- CAPÍTULO IX. Pasa Pizarro a España. Vuelve a América para emprender de nuevo la conquista de Perú. Cuál era entonces el estado de los peruanos; cuál la religión que sus incas, o emperadores, les dieran, haciéndola objeto de todas sus conquistas. Arriba Pizarro a Tumbes. Felicítanle los príncipes Atahualpa y Huáscar por medio de embajadores. Llega Pizarro a Cajamarca. Apresa al inca reinante. Enorme suma que este Soberano ofrece por su libertad. Su desastrosa e injusta muerte. Marcha Pizarro al Cuzco. El gobernador de Guatemala, Pedro de Alvarado, en Perú. Almagro sale resuelto a combatirle. Conciertan paces estos dos jefes. 65
- CAPÍTULO X. Nombra Pizarro un sucesor a Atahualpa y parte para el Cuzco. Invasión de Pedro de Alvarado. Consecuencias que acarrea. Fernando Pizarro vuelve de España. Usurpa Almagro el gobierno del Cuzco. Se reconcilia con Pizarro. Resuelve ir a la conquista de Chile. Reseña histórica de su descubrimiento por el inca Yupanqui. 71
- CAPÍTULO XI. Penetran los españoles en Chile con una división de quince mil indios que Manco Inca les dio como auxiliares. Perece la mayor parte de esta gente en las cordilleras. Cómo se condujo Almagro con los caciques de Copiapó. Treinta naturales condenados a muerte en Huasco, y otros sucesos. Función de Río Claro. Vuelve Almagro al Cuzco. Da contra los Pizarro. Batalla de las Salinas. Almagro prisionero, juzgado y ajusticiado. 77

- CAPÍTULO XII. Emprenden nuevas conquistas otros cabos españoles. Encárgasele a Valdivia la de Chile. Cuánto le cuesta el hacerse con soldados. Su salida del Cuzco, y su llegada a Atacama en donde rompe el acuerdo celebrado con Pedro Sánchez de Hoz, quedando dueño de la expedición. Entra en el valle de Copiapó y le declara posesión de la corona de España. Su marcha a través del país. Batalla en el valle de Chile. Llega a las llanuras de Mapocho. 87
- CAPÍTULO XIII. Resuelve Valdivia establecerse a la falda del cerro Huelén. Concédense un término y toma posesión de él. Funda la ciudad de Santiago. Instalación del Cabildo y nombramiento de capitulares. Estratagema de los indios para deshacerse de los españoles. Noticia de la muerte de Pizarro, y cuál sensación causa. Valdivia nombrado gobernador de Chile por el Cabildo y el pueblo. Pasa a la embocadura del río Chile para fabricar un bergantín. Conspiración en Santiago contra la vida de Valdivia. Vuelve éste a la ciudad. Cinco conjurados en la horca. Los indios asesinan a los españoles ocupados en la construcción del buque. 97
- CAPÍTULO XIV. Comienzan las hostilidades. Valdivia marcha contra un cuerpo de indios apostados al sur de Santiago. Michimalonco acomete a la ciudad y logra incendiarla. Acción desesperada de doña Inés de Suárez. Retorno de Valdivia. Apurada posición de los españoles. Monroy se resuelve a pasar a Perú en busca de nuevas tropas. Su marcha. Los colonos cultivan los alrededores de Santiago teniendo que mantenerse armados. Llega un bajel de Perú, y vuelve Monroy. Contenido general. Relación del expuesto y trabajoso viaje de Monroy. Valdivia sale contra los indios de la provincia de los promaucaes. 107
- CAPÍTULO XV. El capitán Pastene con nuevos socorros para Chile, por orden de Vaca de Castro. El Gobernador hace que aquel nauta pase a visitar la costa hasta las alturas de la isla de Chiloé, y tome posesión de ella. Comienza la sumisión de los indios. Se benefician las minas. Fundación de la ciudad *La Serena*. Vuelve Pastene a Perú, y Ulloa y Monroy le acompañan. Expedición militar de Valdivia hasta el río Biobío, cuáles fueron los resultados, y su retorno a Santiago. Faltan noticias de Perú; ocasiona esto un descontento general en la colonia, y el Gobernador manda que Juan Dávalos marche a aquel país. 117
- CAPÍTULO XVI. Regresa Pastene a Chile. Triste desenlace de su misión. Guerras civiles en Perú. Marcha Valdivia a este país para sustentar y hacer valer la causa del Rey, y síguenle diez de sus oficiales en el bajel de Pastene. Llega a Callao después de haber abordado en Coquimbo y en Tarapacá. Se reúne en Andahuayla con el virrey D. Pedro de la Gasca. Batalla de Sacsahuana. Se le confirma a Valdivia en el gobierno de Chile. Comienza a procurarse gentes para su colonia. Cargos a que tiene que responder ante el Virrey y la Real Audiencia. Su regreso a Valparaíso. 125
- CAPÍTULO XVII. Gobierno de Francisco Villagra en ausencia de Valdivia. Conspira Pedro de Hoz y muere decapitado. Administración de Villa-

- gra. Vuelve de Perú Juan Dávalos Jofré, y Villagra pasa a este país. Levantamiento de los indios del norte. Incendio de La Serena. Cuarenta españoles degollados. Medidas para detener las consecuencias de ese suceso. Vuelta de Valdivia a Chile. Recibimiento que se le hace como gobernador del país. Sus tareas gubernativas. Manda que Francisco de Aguirre pase a reedificar La Serena. Se abastece de cuanto es necesario para cumplir una expedición militar a la parte del mediodía. Medidas de precaución para la seguridad y el orden de la ciudad. Acontecimiento que por poco no le cuesta la vida. 133
- CAPÍTULO XVIII. Marcha Valdivia a las provincias meridionales. Llega al río Biobío. Empeña varias escaramuzas con los indios. Se dirige hacia el mar después de haber reconocido el país. Su permanencia temporal en las honduras de Andalién. Entra en función contra los naturales. Alza en Penco un palenque y concurren un sinnúmero de indios atacándole. Resultado de esta acción. Arribo por mar del capitán Juan Bautista Pastene. Misión de este piloto y del capitán Gerónimo de Alderete para la Araucanía. Fundan los españoles la ciudad de Concepción, e instalan su concejo. Alonso de Aguilera pasa a España por orden de Valdivia. 143
- CAPÍTULO XIX. Estado de la ciudad de Santiago. Marcha Valdivia a la conquista de la Araucanía. Funda la ciudad llamada Imperial e instala en ella un cabildo. Regresa a Concepción. Recibe en este punto una carta del Monarca, y otra de Francisco de Villagra dándole cuenta de hallarse en las pampas inmediatas a Santiago. Villagra arriba con dos bajeles a Concepción. Pasa Valdivia a las provincias del sur. Acontecimiento de Calle-Calle. Fundación de la ciudad Valdivia. Reconocimiento del río Bueno y del lago Ranco. Vuelve el Gobernador a Santiago. Gerónimo de Alderete pasa a España. Expedición para las pampas. 155
- CAPÍTULO XX. Dichoso desenlace de la empresa. El cabildo de Concepción reprueba el sistema colonizador de Valdivia. Funda éste el pueblo de *Angol*, o de los *Confines*. Mineraje. Arribo de dos buques de Perú. Expedición del sur a las órdenes de Francisco de Villagra. Sabe Valdivia la insurrección de los araucanos. Carácter de este alzamiento. Desavenencias entre los indios a propósito de la elección de un toqui. Restablece Colocolo la armonía y hace que el nombrado sea Caupolicán. Calidades y mérito de este cacique. Su ardid para tomar la plaza de Arauco, y suceso fatal que produjo. Marcha contra la de Tucapel y la asedia. Estado desesperado de la guarnición. Abandona ésta la plaza y se retira a Purén. 165
- CAPÍTULO XXI La noticia del levantamiento de los indios causa en Concepción un terrible desánimo. Marcha Valdivia para restablecer el orden. Se presenta en Arauco. Degüello de dos avanzadas españolas. Desprecia Caupolicán las proposiciones que le hace Valdivia. Derrota de los indios. En vano tratan sus jefes de reunirlos. El indio Lautaro, criado de Valdivia, desierta el campo español, y logra rehacer el ánimo en sus compatriotas. Segunda batalla en que perecen todos los españoles. Valdivia prisionero: es asesinado por Leucotón en presencia de Caupolicán, que se disponía a perdonarle la vida. Carácter de aquel insigne conquistador. 175

- CAPÍTULO XXII. Regocijos públicos a causa de la victoria de Tucapel. Lautaro nombrado vicetoqui. Medios con que los caciques presumen mantener las ventajas del triunfo. Discordan en pareceres. Saben que un refuerzo de españoles viene de Purén; los atacan y los fuerzan a retirarse. Preparanse para la guerra. Destino que da Caupolicán a sus tropas. 185
- CAPÍTULO XXIII. Se divulga en Concepción el fatal descalabro de Tucapel y la muerte de Valdivia. Dolorosa impresión que en los habitantes causa esta novedad. Comunicación del suceso al cabildo de Santiago, y demanda de socorros. Disposiciones de este cabildo. Rodrigo de Quiroga gobernador interino, contra lo dispuesto en testamento de Valdivia. Insurrección de los indios mapochos sofocada. Caminan algunas fuerzas en amparo de Concepción. Concurre a esta ciudad Francisco de Villagra, y entrando se le nombra gobernador. Resuelve este jefe vengar la muerte de Valdivia. Llega con su gente hasta Tucapel sin impedimento. Retrocede. Se empeña con los indios en Mariguénu y sale roto. Vuelve a Concepción en un estado lastimoso. Los habitantes todos huyen, y se encaminan a Santiago. 189
- CAPÍTULO XXIV. Estado de Chile después de la batalla de Mariguénu. Villagra y Quiroga en disputa del gobierno. Hace el cabildo de Santiago que Quiroga se desnude de su título de gobernador, y guarda las facultades de esta suprema dignidad. Sale Francisco de Aguirre reclamándola. Digresión sobre la provincia de Tucumán, y resultado de la empresa de Aguirre. Cómo se conduce el cabildo de Santiago con los pretendientes al gobierno. Pronuncian en esta cuestión, dos letrados, pero sin anuencia de Aguirre. No se conforma Villagra con el parecer de los jurisconsultos, y pretende se le nombre gobernador. Opónense los concejales, y al cabo violentados le admiten. Se apodera de los fondos que había en arcas. 197
- CAPÍTULO XXV. Noticia Lautaro a Caupolicán el triunfo de Mariguénu. Marcha contra Concepción y la incendia. Su regreso a Arauco, a donde había concurrido el Toqui. Asamblea general de los indios. Opiniones encontradas acerca de la guerra. Caupolicán con treinta mil soldados sobre Imperial. Da diez mil a Lautaro encomendándole el asedio de Valdivia. Corre Villagra a defender esas dos ciudades. Rechaza a los indios, y asienta sus armas en Arauco y Tucapel. Estragos de la viruela. 207
- CAPÍTULO XXVI. Nuevas pretensiones de Francisco de Aguirre al gobierno de Chile. Resiste con tesón el cabildo de Santiago, y toma medidas de defensa. Entra Fernando Aguirre en Santiago con dieciséis soldados. Desármalos el Ayuntamiento. Los reclama Aguirre y se le devuelven. Alzamiento de los promaucaes. Extienden éstos la falsa noticia de que Villagra y su gente habían sido deshechos en Arauco. Recíbense noticias favorables de Perú. Arriba Villarroel a Pichualca. Pretensiones de Villagra al gobierno de Chile. Las rechaza el Cabildo. Llegan cuatro bajeles, y en uno de ellos Arnao Segarra. Provisión de la real audiencia de Lima. Villagra en Santiago. 213
- CAPÍTULO XXVII. Los alcaldes de las ciudades gobernadores. Escudo de armas con que a la ciudad de Santiago honra S.M. Los cabildos piden

- un solo gobernador. Empréndese la repoblación de las colonias del sur. Los pencones demandan auxilio a los araucanos. Lautaro con 4.000 soldados viene contra Concepción. Batalla en campo abierto. Se renueva en el palenque. Son rotos en ambas los españoles. Se retiran con mucha pérdida. Concepción arrasada segunda vez. 219
- CAPÍTULO XXVIII. Liga de Lautaro con los promaucaes y otros indios. Caupolicán y Lautaro cada uno con diez mil araucanos asedian el primero a Imperial, el segundo Valdivia. Son socorridas estas colonias. El capitán Jofré contra los promaucaes. La audiencia de Perú encarga el gobierno de Chile a don Francisco Villagra. Marcha este caudillo en socorro de las plazas sitiadas. El Ayuntamiento destina a Altamirano contra los indios de las cercanías. Los araucanos se retiran. Villagra regresa a Santiago. 227
- CAPÍTULO XXIX. Quiere invehir el Toqui a Lautaro, y éste, escocido, le llama a nuevas empresas. Acéptalas Caupolicán. Lautaro con seiscientos araucanos hacia el Maule, y llega a fortificarse en Peteroa con unos tres mil auxiliares más. Caupolicán pone cerco a Imperial con diez mil indios. Lincoyán asedia a Valdivia con igual número. Temores de las ciudades sitiadas. Miguel de Velasco, gobernador de Imperial, avisa a Villagra del peligro que corren las colonias del sur. El corregidor sale con cien caballos para Imperial. Deja treinta a su maestre de campo Pedro de Villagra para que se mantenga a la vista de Lautaro. Este jefe pierde su atrincheramiento, y se aposta a orillas del río Claro. Levanta el campo y se asienta de nuevo en Peralillo. El corregidor hace que los indios se alejen de las ciudades sitiadas. Vuelve con cuarenta caballos contra el campo de Lautaro. Le sorprende al romper del día. Reñido combate. Desiertan los auxiliares de Lautaro. Muere éste y sus seiscientos compañeros. Villagra triunfante en Santiago. 233
- CAPÍTULO XXX. Gerónimo de Alderete y la corte de España. Mercedes que Felipe II concedió al difunto Valdivia. Alderete nombrado gobernador de Chile. Se embarca en San Lúcar con seiscientos soldados, varios clérigos y religiosos. Arde la nave en las inmediaciones de Puerto Bello, y no se salvan sino cuatro personas. Doña María de la Rueda causa de esta fatalidad. Muere Alderete de sentimiento. El virrey de Perú, marqués de Cañete, nombra para gobernador de Chile a su hijo don García Hurtado de Mendoza. Llega éste a Coquimbo con setecientos hombres. Prisión de Francisco de Aguirre en La Serena. Destitución de los alcaldes en Santiago, y en el propio día el arresto del corregidor don Francisco Villagra. 243
- CAPÍTULO XXXI. Determina don G.H. de Mendoza un trato noble y uniforme en favor de los indios de paz. Nombra alcaldes mineros. Reforma y regulariza la administración pública. Señala el valle de Penco para sus primeras operaciones militares. Se embarca. Aporta a Quiriquina parte de la armada tras una furiosa tempestad que echó el resto de las naves a Valparaíso. Convídase con paz a los indios, y los araucanos responden a don G. Hurtado por medio del astuto cacique Millarauco. Pasa el gobernador de Quiriquina al continente con cientocincuenta hombres y levanta el fuerte de Pinto. Vuelve Millarauco al campo

español con fingidas palabras de paz, mientras que Caupolicán se apareja para la guerra. Asalta el Toqui el fuerte de Pinto. Salta en tierra Julián Venezuela con la gente que se mantenía a bordo, y salva a los españoles de la muerte. Retírase el Toqui con grandes pérdidas. En los españoles hasta el mismo Gobernador sale herido. 253

CAPÍTULO XXXII. El cacique Curahuenu participa al Gobernador una nueva leva de araucanos para volver contra Pinto. El capitán Ladrillero en demanda de acelerados socorros a don Luis de Toledo. Llegan al fuerte los caballos españoles. Vuelve el Toqui al asalto; sale don García Hurtado a recibirle; aquél se retira a sus estados, y éste a Pinto. Don Luis de Toledo en el valle de Penco; concurre a este mismo punto Martín Ruiz de Gamboa con cincuenta caballos de Imperial. Sale don García Hurtado en línea de Arauco. Llega al Biobío, y le salva no queriendo Caupolicán disputarle el paso. El Toqui se establece en las Lagunillas. Preludios favorables al bando araucano. Carga éste al campo invasor, y la caballería le rompe después de un encarnizado combate. Estragos que cumplió la inhumanidad de los vencedores. 261

CAPÍTULO XXXIII. Camina don García Hurtado en dirección de Laraquete. Obstáculos con que le trabajan los araucanos. Respeta los campos de los indios, pensando que éstos se lo habían de agradecer. Descansa el Gobernador en Laraquete, y los araucanos le matan un soldado. En vano pretende vengar esta muerte. Marcha para Millaraupe. No sabe qué creer del continuado silencio y reserva con que se guardan los movimientos del Toqui, cuando le tiene a su frente con catorce mil guerreros. Acomete Caupolicán al campo castellano y le pone a pique de perecer: cantan victoria los indios. Éntralos a la desesperada don Luis de Toledo, y logra desmandarlos obligándolos a precipitada fuga. Impío proceder del Gobernador. Los españoles marchan a Tucapel. Reedifican esta plaza: alzan otra en Lebu. Fundación de Cañete. Indios en busca de mariscos. Su jefe Colhuemán pone en terrible aprieto a Rodrigo de Quiroga, pero al fin es roto. Refriega de Cayucupil. Los indios matan cuatro españoles en Tucapel. 267

CAPÍTULO XXXIV. Despacha don G. Hurtado al capitán Gerónimo de Villegas con cientocincuenta soldados para que repueble Concepción. Licencia a los vecinos que de Santiago vinieron a servirle voluntarios. Asiento de Villegas en su destino con título de corregidor. Cabildo de Concepción. Distribución de solares. Levantamiento de un fuerte. Desprendimiento del ilustre sacerdote Marmolejo. Miguel de Velasco pasa a Imperial por orden de don G. Hurtado en busca de municiones de boca y guerra. Caupolicán se propone recoger el convoy de Velasco. Ardid a que para ello apela. Le penetra don G. Hurtado y hace que el capitán Alonso de Reinoso marche en diligencia al encuentro y resguardo de Velasco. El Toqui coge a estos dos jefes en el estrecho de Cayucupil, los ataca y reduce al más lastimoso estado. Cébanse los indios, en el saqueo del convoy, y la codicia les hace perder el completo triunfo que ganado traían. Llegan los españoles a Cañete. Caupolicán se acampa en Talcamávida. 273

- CAPÍTULO XXXV. Pasa don G. Hurtado a Imperial. Da en esta ciudad órdenes para que se solemnize la proclamación de Felipe II por rey de España. Hace que Martín Ruiz de Gamboa con ochenta lanzas vaya a reforzar la guarnición de Cañete. Ataca el toqui Caupolicán esta nueva colonia, y sale derrotado. Fiesta de la proclamación en Imperial. Ercilla y Pineda condenados a la decapitación. Reforma de esta sentencia en destierro. Los capitanes Juan Ladrillero y Cortés Ojea salen de Concepción con dos bajeles por orden de don G. Hurtado en busca del estrecho de Magallanes. Resultado desastroso de la expedición. El Gobernador marcha por tierra hasta dar vista a Chiloé o archipiélago así llamado. Julián Gutiérrez reconoce una de las islas. Don García Hurtado retrocede y puebla en Curacaví la ciudad Santa Marina de Gaete, dándole el nombre de Osorno. Caupolicán ataca a Reinoso en Digahue y le destroza enteramente. Sitia a Concepción y no puede con Villegas. Vuelve Reinoso contra el Toqui y es deshecho segunda vez. Marcha Caupolicán contra Imperial y corre a los españoles de don García Hurtado hasta encerrarlos en la ciudad. Asaltos valerosos que acomete, y su retirada a Tucapel. 279
- CAPÍTULO XXXVI. Marcha don G. Hurtado a la ciudad de Concepción. Se traslada a Cañete. Caupolicán se atrinchera en Quiapo con catorce mil combatientes. El Gobernador concurre con doscientos caballos contra el fuerte del Toqui. La prudencia de Colocolo inutiliza cuantos arbitrios pone en juego la pericia del Gobernador. Desacertada presunción de los indios, causa de su derrota. Arrojo temerario de don G. Hurtado. Es otra vez inclemente con los prisioneros. Pasa a Arauco y reedifica la antigua plaza. Vuelve a Concepción. Visita la capital. Regresa a Concepción y publica en ella ordenanzas, que se llamaron *Tasa de Santillana*. 287
- CAPÍTULO XXXVII. Se traslada el Gobernador a la plaza de Arauco. Nombres que en ella señala para el regimiento de la capital. Envía a Gabriel de Villagra con ochenta hombres para más segura guarda de la ciudad de Cañete. Proceder de algunos caciques con Caupolicán. Convoca éste una asamblea general. Sus propuestas. Apellidamiento a la guerra. El capitán Purán (indio) entra disfrazado en Cañete. Confianzas imprudentes de este emisario con el indio Andrés, criado del gobernador de plaza Alonso de Reinoso. Irrupción de los araucanos en Cañete y su total derrota. Caupolicán se retira a su país. Vendido por su amigo Tongolmo cae en manos del capitán Avendaño. Es conducido a Tucapel. Muere empalado y asaeteado. Indigno porte de Reinoso con el esclarecido toqui. 295
- CAPÍTULO XXXVIII. Ofrece el Gobernador la paz a los araucanos por medio del joven Pichihuelemu. Encuéntralos este enviado furiosos, intratables. Colocolo los convierte, y vuelve Pichihuelemu a Arauco acompañado de varios personajes comisionados para el ajuste de las proposiciones. Muchas familias indias desiertan sus hogares por no someterse a la dominación española. Don García Hurtado pone de gobernador de Cañete al capitán Gonzalo Fernández. Alonso de Reinoso traslada la plaza de Tucapel a Talcamávida, y la colonia de los Confines a

- Colhué, por orden del Gobernador. Va de gobernador de Tucumán Juan Gómez Zurita. Pedro del Castillo funda en Cuyo las ciudades Mendoza y San Juan. Pasa don García Hurtado a Concepción. Vuelve a Santiago. Deja el gobierno de Chile en Rodrigo de Quiroga hasta que de él se encargue Francisco de Villagra, nombrado por el Rey, y se embarca en Valparaíso con dirección a Perú. 301
- CAPÍTULO XXXIX. Gobierno interino de Rodrigo de Quiroga. Estado de las cosas en aquel tiempo entre españoles y araucanos. Los indios asesinan a Pedro de Avendaño y a cuatro españoles más. Consecuencias del atentado. El Gobernador pasa a Purén. Vuelve a Santiago. Entrega el mando, y se retira del servicio. 309
- CAPÍTULO XL. Los reos Francisco de Villagra y Francisco de Aguirre. Llegada de Villagra a Coquimbo. Dase a reconocer gobernador de Chile. Salen a recibirle dos concejales de la capital. Pedro de Villagra pasa a Cañete. Gregorio Castañeda a la reconquista del Tucumán. Aparecen los araucanos en Lumaco. Pasa el Gobernador a Arauco. Altamirano marcha a reforzar a Cañete. Se embarca el Gobernador para Arauco y le llevan los vientos a Chiloé. El toqui Antuhuenu en frente de Cañete. Se refuerza el Toqui en Nahuelbuta, y le bate otra vez Altamirano. Villagra enferma y se traslada a Concepción. 313
- CAPÍTULO XLI. Antuhuenu activa el arreglo y la organización de su ejército. Desacatos a la justicia en Santiago y en La Serena. Los araucanos en Millapoa. Atácalos Arias Pardo con mal éxito. Avanza Arias hasta Catiray y Antuhuenu le destroza. Sitia el Toqui la plaza de Arauco. Ardid con que engañó a Lorenzo Bernal. Alza su campo Antuhuenu. Fatal condescendencia del Gobernador. Pedro Villagra en Millapoa. Antuhuenu en Marigueñu. Batalla en que perecen el joven Villagra y casi todos los españoles y auxiliares. Bizarría del chileno Pedro Cortés. 321
- CAPÍTULO XLII. Valerosa resolución del Gobernador trasladándose a Arauco. Alza la anarquía nuevo pendón. Cae la cabeza del jefe rebelde. Insurrección de los indios *mochos*. Va contra ellos el hermano del Gobernador, y tiene que retirarse. Antuhuenu pone cerco a Cañete. Despoblación de esta colonia, de Tucapel y de Lebu, de orden del Gobernador. Muere éste en Concepción, llamando para que le sucediera en el gobierno a su hermano Pedro. 329
- CAPÍTULO XLIII. Pedro Villagra en el gobierno. Aparecen los indios en Lebquetal. Antuhuenu asedia la plaza de Arauco. El Gobernador rompe el campo de Lebquetal. Aprieto en que se ven los españoles. Abandona Lorenzo Bernal la plaza de Arauco. Inconcebible descuido de Antenecul en Concepción y su retirada a Laraquete. Francisco Vaca y Juan Pérez de Zurita rotos sucesivamente. El Toqui a orillas del Tabolebu. Avanza el Toqui contra los Infantes. Antenecul sitia de nuevo Concepción. Lorenzo Bernal contra Antuhuenu. Socorre Santiago a Concepción. Antenecul sabe la muerte del Toqui, y se retira a sus estados. 333

FIN DEL ÍNDICE

